

Guerras irregulares en el Caribe

LAURA MUÑOZ
MARÍA DEL ROSARIO RODRÍGUEZ DÍAZ
JOSÉ ABREU CARDET

Coordinadores



Guerras irregulares en el Caribe

Guerras irregulares en el Caribe

Laura Muñoz
María del Rosario Rodríguez Díaz
José Abreu Cardet

coordinadores

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

2020

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

Guerras irregulares en el Caribe

Coordinadores: Laura Muñoz, María del Rosario Rodríguez Díaz y José Abreu Cardet

Primera edición 2020

D.R. © Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
Instituto de Investigaciones Históricas
Edificio C-1, Área de Institutos, Ciudad Universitaria
Av. Francisco J. Múgica S/N, Villa Universidad
58004, Morelia, Michoacán, México,
www.iih.umich.mx

D.R. © Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac
03730, Ciudad de México
www.mora.edu.mx

Formación editorial:

Diseño de portada: Liliana Díaz Lomelí

Cuidado Editorial: María del Rosario Rodríguez Díaz y Laura Muñoz

ISBN Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo: 978-607-542-140-7

ISBN Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora: 978-607-8611-54-6

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal de Derechos de Autor, y en su caso, de los tratados internacionales aplicables, la persona que infrinja esta disposición, se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ÍNDICE

[Presentación](#)

[Introducción](#)

[El ejército español entre el viejo y el nuevo mundo](#)

María Florencia Musante Grau

[Pedro Menéndez de Avilés, estratega para España desde el norte circuncaribeño](#)

Lourdes de Ita

[La guerra por la sal en el Caribe venezolano \(1598-1648\).](#)

Juan Carlos Rey González

[La batalla de Cayo St. George. Una aproximación desde la hermenéutica de la frontera](#)

Ana Elvira Cervera

[La república federal de Centroamérica y las invasiones militares centralistas desde México, Belice y Cuba, 1831-1832](#)

Arturo Taracena Arriola y Juan Carlos Sarazúa Pérez

[El impuesto de sangre español en la guerra de Cuba \(1895-1898\).](#)

José Luis Cifuentes Perea y Manuel Antonio García Ramos

[El suicidio de Puig](#)

José Enrique Rovira Murillo

[El último combate contra el dominio español en Cuba y en América](#)

Ángela Peña Obregón y Enrique Doimeadiós Cuenca

Lo invisible en la guerra hispano-cubano-americana

Arlene Díaz

Orígenes y dinámicas de la alta oficialidad del ejército cubano durante la primera república (1902-1933).

Servando Valdés Sánchez

Cosme de la Torriente y Peraza: una visión sobre el derecho internacional durante la primera guerra

Paul Sarmiento Blanco

El Caribe, la segunda guerra y las estrategias de la revista *National Geographic*

Laura Muñoz

El bloqueo alemán del Caribe en 1942 y sus efectos en Puerto Rico

Ligia T. Domenech Abréu

La legión del Caribe, una mirada desde la CIA

Guadalupe Rodríguez de Ita

Las guerrillas cubanas de la década de los cincuenta: una visión desde la teoría

Armando Cuba de la Cruz e Ivette García González

La guerra de liberación nacional: una secuencia a través de la prensa cubana

Ada Ivette Villaescusa Padrón

Crisis de octubre de 1962: la visión desde los soldados y milicianos cubanos

Oscar Larralde Otero

Más allá del deber. Un teniente español y los mambises

José Abreu Cardet

Presentación

El volumen que presentamos al debate de especialistas y del público en general, es producto de la dinámica del seminario EL CARIBE VISIONES HISTÓRICAS DE LA REGIÓN, que inició en 2002 con el objetivo de entender mejor al Caribe, a sus sociedades, sus políticas, su historia, su cultura y su evolución económico-social. En los últimos años, y gracias al entusiasmo de José Abreu, surgió un grupo interesado en explorar el tema del Caribe como espacio de violencia y de guerras a lo largo de un periodo que abarca los siglos XIX y XX. El objetivo principal es tratar de deconstruir mitos nacionales e ir más allá de la tradicional historiografía militar nacionalista. La propuesta es ofrecer nuevas visiones, reflexiones e interpretaciones sobre esas contiendas, partiendo de temas muy variados, con una mirada diferente, dando voz a otros actores, poniendo atención en otros acontecimientos, fijándose en otras formas de luchar (con mapas, fotografías y textos, por ejemplo) y deteniéndose en otras perspectivas (las locales). Se han buscado miradas innovadoras, enfoques comparativos, así como estudios de casos concretos.

Este libro colectivo, que ofrece 20 miradas al tema de las guerras en el Caribe, se suma a un primer volumen publicado por la Universidad Michoacana y el Instituto de Historia de Cuba. No hubiera sido posible sin el esforzado empeño de Jakeline Castelán Segovia, Alma Patricia Montiel Rogel y Estefanía Sara Mijangos, quienes revisaron varias veces todos los textos. De manera especial, queremos reconocer el cuidado prolijo de la Dra. Donají Morales Pérez, que evitó que el libro tuviera errores y quien hizo importantes sugerencias para mejorarlo en todo sentido. Las cuatro, como se propone en la última sección, fueron más allá del deber.

Introducción

La interpretación de esa realidad bélica ha ido variando con el tiempo. Se ha esculpido en letra de oro en los libros de las historias nacionales de Francia, Holanda o Inglaterra el saqueo de sus piratas y corsarios, teniendo cuidado de borrar u olvidar las torturas a que fueron sometidos los habitantes de estas comarcas para que declararan donde estaban sus ahorros. De igual manera han borrado el recuerdo de las violaciones de criollas o españolas, negras o mulatas por algunos vecinos de Dieppe, Londres o Ámsterdam. En España se hizo memoria de esas crueldades, pero las aplicadas por los caballeros castellanos y sus descendientes a indios y luego a los africanos se dejaron en algún rincón del olvido. En la medida en que se afianzaban y enriquecían las potencias comenzaron las narraciones de los grandes combates navales de flotas, que poco tenían que envidiarle a la Invencible. La toma de La Habana por los ingleses devino en símbolo de lo sobredimensionado, hasta ese momento. Pocas veces se había organizado una escuadra de tales dimensiones para atravesar el Atlántico.

Parte de este universo es lo que hemos tratado de mostrar en estas páginas, explicado por autores de culturas y formas de pensar diferentes, de disquisiciones variadas. La interpretación de las contiendas caribeñas ha traído una especie de continuación de los enfrentamientos en el campo intelectual. Las llamadas guerras irregulares tan recurridas por los débiles, que son la mayoría, nos parece acercar a esa historia de los ciegos que querían conocer un elefante. El monarca de la región les ofreció la oportunidad dejando a su disposición un paquidermo. Cada uno fue interpretando el físico de la bestia según la parte tocada por sus manos. De igual manera, tales contiendas se interpretan desde los intereses y pasiones del presente. Los historiadores de las

metrópolis o de las antiguas colonias desandan caminos muy diferentes impulsados por el nacionalismo de los nuevos países o el orgullo de las viejas metrópolis.

Un asunto tan elemental como la definición de qué es una victoria no está esclarecido en los más doctos textos sobre el pasado. Para unos es quedar dueños del campo, gracias a los cañonazos, cargas a la bayoneta o bombardeos de B 26, según la época. Para otros, los débiles, los irregulares, es quedar vivo de tales arremetidas, y encontrar un racimo de plátano, que no fue destruido en la última incursión de las tropas del gobierno, una jutía desprevenida, un panal de miel a nivel de la mano de un hombre. En fin, comer algo y seguir los caminos de la fuga, que por poco elegante que parezca es una constante de la guerrilla.

Todos los caminos parecen conducir a las estatuas de mármol de los grandes héroes nacionales que se levantan en las plazas más importantes de las ciudades caribeñas. Se ha olvidado a esa multitud de mujeres, niños y ancianos que alimentaron en lo material y lo espiritual a los héroes para que siguieran su andar de combates y de muerte. No hay nada más alejado de ese mármol de las estatuas que la vida de estos hombres y mujeres de la guerra, no necesitan de heroicos himnos sino de un poco de sancocho dominicano o ajiaco cubano, del simple sorbo de agua, o la carne de la hembra tan necesaria y buscada por los más encumbrados y gloriosos generales fundadores de pueblo.

El Caribe ha sido un entrecruzar de agencias de inteligencia que hace realidad la ficticia imagen de James Bond, los españoles desplegaron en la región una red de cónsules y espías tras los insumisos dominicanos de la guerra de restauración o los independentistas cubanos, británicos y estadounidenses lanzaron al galope sus agencias de inteligencia por la región buscando detalles de sus enemigos. Trujillo conformó lo que un historiador de esta ribera llamó una telaraña de agentes y confidentes que asesinaron o secuestraron a sus enemigos. Los cuerpos de inteligencia cubanos, de 1959 al presente, son un universo por conocer. Los que parecían asuntos menores, temas del folclor, más

de interés de los novelistas y directores de cine de aventuras para entretener a un público ávido del exotismo de estas playas de cocoteros y mulatas, un día anunciaron la posibilidad del estallido de una contienda nuclear, un acontecimiento que ha recibido diversos nombres: crisis de los cohetes, de octubre, del Caribe, pero que tiene un criterio común: estuvo a punto, en 1962, de convertir este mundo en un planeta de pavesas.

Los trabajos que reunimos en esta colección están ordenados siguiendo un orden cronológico. Inicia la secuencia el de María Florencia Musante Grau, que nos acerca a un estudio necesario sobre el ejército español de la conquista, visto desde ambos lados del Atlántico. Su formación allá y su actuación acá. Un asunto poco tratado, pues tal parece que las huestes hispanas salieron de la nada para conquistar los imperios y las tribus.

La colaboración de Lourdes de Ita nos presenta a un personaje complejo, polémico y singular, Pedro Menéndez de Avilés, uno de los navegantes españoles más notables de su época y estratega para la expansión americana desde América. A continuación, Juan Carlos Rey González nos descubre que el Caribe venezolano fue testigo, y sus vecinos víctimas o participantes según el devenir de los acontecimientos, de un conflicto internacional entre Holanda y España. La guerra por la sal puede desencadenar ríos de sangre.

Por su parte, Ana Elvira Cervera ofrece un acercamiento muy interesante y novedoso a la batalla del cayo St. George, de 1798, desde la hermenéutica de la frontera, en la que el espacio y los sucesos ocurridos son comprendidos a partir del posicionamiento filosófico. En un lado se encuentra la novel nación beliceña que interpreta el pasado con el objetivo de naturalizar su legítimo derecho a estar ahí. Del otro, lo experimentado y narrado por la embestida española y la experiencia particular de la fracción inglesa, narrada a posteriori.

Arturo Taracena Arriola y Juan Carlos Sarazúa Pérez recuperan la noción de una guerra que marcó el fin de la primera etapa de la República Federal de Centro América (1824-1832) y abrió la última, la que habría de finalizar con la disolución del experimento federal en 1839. La contienda sacó a la luz las

relaciones conflictivas entre las autoridades centroamericanas con la población garífuna del litoral caribeño, las pretensiones de España por recuperar el territorio centroamericano perdido en 1821 y las tensiones entre las potencias mundiales del momento por controlar las rutas marítimas y la posibilidad de un canal interoceánico. Asimismo, expresó la consolidación de la experiencia militar entre oficiales, soldados y la población en general y representó el inicio de la impronta de los caudillos en el istmo.

José Luis Cifuentes Perea y Manuel Antonio García Ramos nos trasladan con su trabajo a otra época, el fin del siglo XIX y la guerra de Cuba. Conocemos el esfuerzo superlativo que la clase política de la Restauración llevó a cabo para retener a la isla con el desembarco de quince expediciones y su fracaso. De qué y cómo murieron los miles de jóvenes que integraron el ejército colonial español en la última contienda de independencia de la mayor de Las Antillas, nos enteramos en estas páginas. Los autores se han acercado a ese momento lastimoso del guerrero, cuando la muerte visita el cuartel o el fortín en la búsqueda de su terrible cosecha. Argumentan con cifras y descripciones detalladas las circunstancias del fin de muchos miembros de aquel ejército.

Tres trabajos más se refieren a esta guerra. José Enrique Rovira Murillo y Arlene J. Díaz. El suicidio de un oficial español en los días de la defensa de Puerto Rico, en 1898, contra la invasión de los Estados Unidos es el pretexto que utiliza José Enrique Rovira Murillo para ofrecernos su visión de aquellos momentos de ocaso de un imperio, donde, muy justificadamente, se puede afirmar que nunca se ponía el sol. Ofrece un criterio interesante sobre el papel de las milicias locales de aquella isla. Ángela Peña Obregón y Enrique Doimeadiós Cuenca nos llevan a “presenciar” el último combate contra el dominio español en Cuba. En cambio, Arlene J. Díaz examina la labor de Sylvester Scovel, espía y corresponsal de guerra, como un ejemplo concreto de uno de los artilugios que el gobierno de Estados Unidos empleó para manufacturar el apoyo público a la intervención estadounidense en la guerra entre España y Cuba. Los objetivos de este texto son: demostrar las maneras en

que el gobierno recopiló información clandestinamente, y la distorsionó para facilitar su agenda expansionista, y luego publicó en los periódicos de Joseph Pulitzer; entender la función y los mecanismos de lo invisible en esta guerra y su efecto en la producción y reproducción de ciertas narrativas históricas y silencios sobre la guerra; y, considerar el papel clave que tuvo la guerra en Cuba como laboratorio y gestor de un Estado estadounidense moderno, centralizado y expansionista antes de 1898.

En el contexto de los estudios de los países de nuestra región, muchas veces los ejércitos nacionales son analizados bajo el argumento de propinar golpes de Estado, aplastar huelgas obreras y sostener implacables dictaduras. Servando Valdés Sánchez rompe con tales esquemas y en su estudio sobre la oficialidad de las fuerzas armadas cubanas, en los primeros treinta años del siglo xx, nos muestra los senderos de su formación y su papel en la sociedad de la mayor de Las Antillas.

Hasta ahora los estudios sobre el papel de Cuba en la primera guerra mundial se han centrado en su subordinación a Estados Unidos y en la producción azucarera y las inversiones del poderoso vecino. Paul Sarmiento Blanco hace un acercamiento al aspecto jurídico, el impacto en el pensamiento político cubano de aquel conflicto. Ejemplifica con el papel del senador Cosme de la Torriente y Peraza.

Laura Muñoz examina la labor de la revista *National Geographic* y su contribución a la contienda bélica durante la segunda guerra mundial como una máquina representacional, como una productora de imágenes que da cuenta de cómo Estados Unidos ostentó una infraestructura militar adecuada para defender el área vulnerable desde el sur de su territorio, el Golfo de México y el mar Caribe, y de manera especial el Canal de Panamá. Dos fueron las armas, por excelencia, de *National Geographic Magazine* en esos años: el despliegue de fotografías de diversos tamaños en blanco y negro y a color, y la reelaboración actualizada de mapas de todo el mundo, en los que se resaltan áreas específicas. Con esas dos armas, la revista dio sus batallas y generó los

discursos que propagó en esa época. Se trata en ambos casos de documentos repletos de información, de acervos itinerantes que sirvieron para respaldar acciones en diferentes lugares.

Sobre la misma época, Ligia T. Domenech Abréu desmitifica la infernal cacería que los submarinos nazis llevaron a cabo en el Caribe. El asunto ha sido mirado desde los destroyers británicos y estadounidenses o los convoyes que llevaban hombres y recursos para la guerra europea. Faltaba la necesaria mirada de los antillanos que parece no existir en el paisaje que se ofrecía en los periscopios de las naves alemanas. Ligia nos invita a que veamos esa matanza desde Puerto Rico.

Guadalupe Rodríguez de Ita se ocupa de las ilusiones de los integrantes de la Legión del Caribe para librar a la zona de tiranos, como Somoza o Trujillo. Ha conformado un singular contrapunteo entre las esperanzas de aquellos ilusionados por la libertad y la visión de la CIA sobre esa singular organización. Nos ofrece los criterios y valoraciones que hizo la agencia, e incluso sus intenciones de utilizarla para derrocar al gobierno de Jacobo Arbenz.

El universo de cimarrones, de apalencados, de irregulares dominicanos y cubanos batiendo a las huestes imperiales, de las guerrillas de Sandino, de Guatemala o el Salvador necesita una mirada que vaya más allá de la descripción del testimonio e incluso del estudio particular de cada caso, Ivette García González y Armando Cuba de la Cruz han aceptado el reto de acercarnos a una aproximación desde la teoría a esas guerras aparentemente sin frentes ni retaguardia que ha mantenido en vilo a potencias mundiales.

Ada Ivette Villaescusa despliega su mirada en una prensa que lucha en apoyo a la revolución cubana y contra la censura. Es un primer acercamiento a las fuentes y a un conjunto de titulares que proyectan las condiciones y las contradicciones que se vivieron en la época.

La crisis de los cohetes o del Caribe es tema muy conocido y estudiado. Además del interés académico está el de la experiencia que se pueda obtener de un acontecimiento que pudo tener un fin apocalíptico. Los estudiosos parecen

moverse desde la Casa Blanca al Kremlin o La Habana. Fuera de los despachos de la CIA o la KGB, de memorándum y correspondencias de presidentes y mariscales no parece que despierte interés aquel acontecimiento. Negando tal criterio Oscar Larralde Otero nos entrega su testimonio como miliciano cubano, en un olvidado poblado de pescadores y marinos del oriente de la isla. Escrito con la pasión del convencido nos acerca a la decisión de una parte significativa de los cubanos de enfrentar una guerra termonuclear desde sus trincheras.

Al final, en la sección titulada Más allá del deber, José Abreu Cardet nos acerca a uno de los grandes olvidados en las confrontaciones independentistas de la zona: la visión del otro lado de la colina. El autor ofrece un estudio con notas aclaratorias del testimonio de un teniente español, prisionero de los insurrectos cubanos en la contienda de 1868 a 1878. Este texto resulta atractivo y muy sugerente porque contiene muchos de los temas desarrollados en los trabajos previos.

En una ocasión, buscando en libros y archivos sobre una de las guerras de la región librada contra una potencia colonial, encontramos un texto escrito por un insurrecto donde narraba que luego de un combate siguieron a las tropas de la metrópoli en retirada y al descubrir las tumbas donde los contrarios habían depositados a sus caídos dice: “[...] desenterramos los muertos para despojarlos de la ropa (...) Las galletas que encontramos en los bolsillos de los soldados muertos nos sirvieron de alimentos...”¹ Nunca hemos podido olvidar esta narración, los hombres escarbando, apresados por los olores fétidos como preámbulo de la escena que les aguardaba, los cadáveres ensangrentados, en el inicio de la putrefacción, desnudarlos, discutiendo las inmundicias de aquellos cuerpos a insectos y gusanos y alimentándose de las galletas que quizás ya eran parte del proceso de descomposición.

Hoy nos preguntamos: ¿Se habrá escrito y analizado todo sobre las guerras en el Caribe? ¿Se podrá entender a aquellos hombres y mujeres con los instrumentos y metodología de las ciencias sociales? ¿Cómo explicar al extremo

a que habían llegado estos orgullosos terratenientes y campesinos que formaban ese ejército irregular de convertirse en carroñeros por una idea? Algunos actos humanos nos muestran los límites de los estudios académicos. Para acercarnos y entender aquellos hombres y mujeres de este Caribe nada exótico, que libraron guerras en desventaja absoluta contra potencias poderosas o dictaduras implacables, es necesario utilizar un término que no es científico, ni historiográfico pero real y necesario: el agradecimiento de todos los vecinos de estas costas por lo que hicieron esta multitud sin nombre de inmolados por mejorar este entorno que hemos heredado.

¹ Oscar Ferrer Carbonell. Néstor Leonelo Carbonell, Como el grito del Águila, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2005, p. 169.

El ejército español entre el viejo y el nuevo mundo

María Florencia Musante Grau

Una de las principales actividades del hombre es la guerra, el estado de paz entre los hombres que viven juntos no es un estado de naturaleza (status naturalis), que es más bien un estado de guerra, es decir un estado en el que, si bien las hostilidades no se han declarado, sí existe una constante amenaza.¹ Sobre esta frase de Immanuel Kant, en su libro *Sobre la paz perpetua*, gira el principio de que *la guerra es el origen de todo* y por lo tanto los hombres son los que la llevan a cabo respondiendo a ideales, creencias y formas de vida que representan su tiempo histórico.

Este trabajo tiene como finalidad presentar al ejército español en tiempos de la reconquista y las transformaciones que lo llevaron a cruzar el Atlántico y a enfrentarse en el nuevo mundo con un nuevo enemigo: la geografía americana, respondiendo así a Kant, lo nuevo siempre representa una amenaza y para ello había que prepararse.

1492: un año paradigmático

La reconquista de Granada en febrero de 1492 supuso el fin de las guerras con el reino Názride y también de la hueste medieval. Desde el 711 los reinos españoles se vieron invadidos por los moros que ocuparon una gran parte de la península hasta 1492. Este hecho de ocupación gestó el ideal del caballero cristiano que *avanzaba* sobre los infieles y *adelantaba la marca*, la frontera a favor de Castilla y Aragón. El casamiento de los reyes católicos, Isabel y Fernando, permitió la unificación de la corona manteniendo los principios de

unidad: un territorio, una religión y un gobierno. Por lo tanto, las huestes que se conformaron representaron este ideal; hombres españoles y cristianos. Su objetivo fundamental era la reconquista del territorio que había sido ocupado, por lo tanto, este ejército era tan numeroso que incluía milicias concejiles, señores de mesnadas, compañías de mercenarios.

Finalizada la reconquista y avanzando en el campo de los descubrimientos y la nueva tecnología, este ejército quedó atrasado en el campo continental. Las nuevas guerras desarrolladas en el Mediterráneo y en Italia llevaban a modificar esta pesada institución y de esta forma se favoreció al avance de los soldados a pie, armados de picas y arcabuces además de la caballería:

Tras la unificación de España, el sostenimiento de la tropa, la estrategia militar, los proyectos bélicos, las planificaciones armamentísticas y la creación de un nuevo tipo de soldado y de ejército, de cara a las guerras ofensivas y de expansión fuera de las fronteras nacionales y en orden tanto hacia pueblos y territorios fronterizos como lejanos, se consideraban incumbencia obligada y prácticamente única de la Corona [...].²

La Corona, ya estabilizada, se hizo cargo de la vieja hueste y lentamente comenzó con un proceso de transformación, esos hombres provenientes de distintos estamentos, con escasa preparación fueron dando paso a un ejército nacional mucho más disciplinado, profesionalizado, con mejor equipamiento y con proyección hacia el exterior. Castilla se orientaba a: Canarias, África del Norte y las Indias (América) mientras que Aragón se orientaba a Nápoles y las Sicilias. Esta orientación hacia la política exterior se desarrolló sobre tres ejes: Europa, África y América y fue iniciada por los reyes católicos y consolidada por su nieto Carlos I.

Los tercios españoles

El año 1492 puso fin a la dominación morisca y al ideal de caballero cristiano. La Real Ordenanza de 1495 establecía la forma de reclutar y pagar a una serie de capitanías (compañías) por el tiempo que el rey las necesitara, cuando los enfrentamientos se prolongaron en el tiempo éste decidió hacerlas

permanentes. Dicho ejército que nacería de la misma reconquista se convirtió en una unidad profesional que se dividiría en tres partes denominados tercios. Cada tercio estaría a cargo de un “maestre de campo” quien ejercía la autoridad sobre los capitanes de las demás compañías.

Esta organización permitió a la corona tener el control administrativo, organizativo y de mando de las compañías que se encontraban aisladas. Con el correr del tiempo las técnicas de combate fueron perfeccionándose, solían abrir fuego con los mosquetes a más de 100 metros, en un segundo momento con los arcabuces ya a menor distancia y por último los piqueros que avanzaban en forma de cuadro. Por las alas avanzaban arcabuceros (artillería móvil) que eran empleados según las necesidades. Y esta organización dio el origen a los célebres tercios españoles; formaciones de infantería disciplinadas y bien instruidas, armadas con picas que les permitía ser un arma letal contra la caballería y arcabuces.

Esta formación estaba en la cúspide de las formaciones europeas y le permitió a la corona española enfrentarse a los ejércitos europeos con el objetivo de consolidar sus fronteras. Pero un nuevo escenario se avecinaba. Las fronteras del imperio español no sólo se encontraban en el continente, sino que se extendían más allá del océano Atlántico incluyendo al nuevo mundo.

Un nuevo mundo con una geografía disímil a la europea, con un vastísimo territorio apenas explorado y con una población que no era enemiga, en términos de definición, pero quienes tenían distintos intereses sobre la misma región.

Si el tercio puso fin a la hueste medial, América reflató el concepto y creó la hueste indiana ya que con su exuberante vegetación y con un clima tropical muy distinto al europeo, no era apta para las formaciones cerradas.

La hueste indiana

El término hueste hace referencia a una formación de unidades por compañías, se emplea mayormente previo a la concepción de ejército como tal, en la

España medieval se le utilizaba porque hasta la llegada de los reyes católicos no existía la idea de unidad y de instituciones pertenecientes al Estado, como lo entendemos en la actualidad. Pero también la hueste tiene una concepción romántica. Los hombres que la conformaban tendían a la aventura, a adentrarse en un mundo no conocido, por eso la denominación de “adelantados”, representando a sus acciones como aventureras para exaltar la gallardía en pos de la defensa de un ideal. Ese adelantamiento de la marca tenía una acción poblacional, ya que no sólo extendía la frontera, sino que también favorecía el asentamiento y la fundación de nuevas ciudades.

Es importante tener en cuenta que en un primer momento los nativos no eran el objeto a quien combatir, el enemigo estaba en las potencias europeas que podrían llegar a ocupar un espacio que por voluntad de la reina Isabel le pertenecía a España de ahí proviene la idea de defensa del territorio y la necesidad de fundar asentamientos.

Estas acciones estaban llevadas a cabo por particulares, la corona sólo brindaba títulos y honores, todo detallado en las capitulaciones que se firmaban con particulares quienes costeaban la expedición.

Tanto el adelantado como sus hombres eran voluntarios, de ahí el carácter fundamental de la hueste, no eran soldados porque no estaban a sueldo, sino que su paga estaba relacionada con el botín o las tierras por ocupar. El trato no era de subordinados, sino que era más bien patriarcal entre el adelantado y sus “compañeros” ya que más que la disciplina, se mantenían por la persuasión:

El caudillo indiano tampoco puede emparentarse con el ‘señor’; no solo carece de derechos sobre sus hombres, sino que allegados a estos, por libre ofrecimiento y sin ser extraídos de unos estados que no tiene, viene a ser un compañero de ellos, incluso con obligaciones que le serán hartamente exigidas [...] además de ser el caudillo el primero en el lance y dificultad, en el hambre y en el cansancio, también a ratos es médico y cirujano y al enfermo o herido es el primero que ayuda a cargarle haciendo el oficio de padre no el de señor feudal.³

Se estructuraban, o mejor dicho se ordenaban en tres ramas según la forma de combatir:

1. Los jinetes, caballería pesada a la usanza europea que fueron evolucionando por las exigencias climáticas a alivianar las armaduras y a acortar los estribos de ahí el nombre de “jineta.”
2. Los infantes o peones, diestros en el manejo de espadas y armas blancas.
3. Los artilleros, escasos en los primeros tiempos hasta las construcciones de las fortificaciones en donde su empleo va a ser fundamental para brindar protección ante el ataque proveniente del mar.

Puede decirse que el ejército real hizo su aparición, mínima, en Indias con “la gente de pelea” que se despachó en el segundo viaje colombino, gente sacada de las tropas que habían intervenido en la guerra de Granada. Serían veinte lanzas jinetas, todos a sueldo de la corona, pero con armas y caballos a sus costas. [...] este pequeño contingente no fue enviado a luchar contra los indios, sino la prevención de un ataque portugués, en momentos en que todavía no se habían concretado las posiciones y concesiones mutuas entre Castilla y Portugal acerca de las islas y las tierras del nuevo mundo.⁴

Aunque el objetivo principal de la conquista no haya sido la lucha contra los indios al poco tiempo de la llegada española a América el objetivo cambia y da comienzo a la época de los conquistadores.

La conquista

El viaje de Colón puso a España a las puertas de una nueva aventura la cual tuvo un carácter guerrero más que militar en sus primeros momentos. Hablamos de guerra porque fue una aventura con gente de pelea que cargaba sobre sus espaldas los gastos de la empresa contrariamente a una acción realizada por soldados que responden a un poder estatal.

La hueste indiana no era una unidad militar según el concepto moderno. Carecía de existencia previa o posterior, de estructura definida; depende de un adalid no de la Corona.

Esta diferencia es sumamente importante para poder establecer un criterio en temas relacionados con las fuerzas asentadas en América. En el momento de la conquista son expediciones de tipo mercantil producto de las capitulaciones; posteriormente se desarrolló la etapa de consolidación en la cual ya se encuentran unidades para defender lo ya conquistado, respondiendo de esta forma a una concepción defensiva. Dentro de la etapa de consolidación, que va a durar hasta la emancipación, se tomaron las medidas para proteger las zonas más vulnerables a los ataques enemigos, es decir el Caribe, y se procedió a la construcción de empalizadas y posteriormente fortificaciones, donde vamos a encontrar guarniciones permanentes convirtiéndose de esta forma en el cinturón defensivo americano.

Una vez marcadas estas diferencias es preciso comprender que en los primeros momentos de la conquista no se aplicaron grandes técnicas de combate, ya que los hombres que participaron estaban unidos por un objetivo en común y no por los lazos orgánicos que unen a un ejército.

Armamento

Las armas que traían los españoles por supuesto que eran europeas y servían para combatir contra un enemigo europeo que vivía en una región de clima templado oceánico y no en un territorio tropical y húmedo. Pronto tuvieron que dejar de lado las armaduras, tanto las propias como las de los caballos, porque el clima resultaba insostenible con esa vestimenta. Rápidamente dejaron las armas europeas y las cambiaron por el tipo que usaban los nativos.

El arcabuz, arma característica de los tercios, fue poco eficaz debido al clima y al terreno americano:

Precisaba de una horquilla para sujetar el extremo del cañón, necesitaba pólvora fina para cebar la carga principal, de pólvora más gruesa y tenía que llevarse una mecha encendida para efectuar el disparo. La propia mecha debía encenderse con pedernal y yesca, y como no era posible mantener constantemente el ascua del arma, en América los arcabuceros eran atacados a veces antes de que consiguieran encender sus mechas.⁵

La ballesta tampoco fue usada, los ballesteros quedaban alejados de la lucha por el lento sistema de recarga. Las saetas de la ballesta causaban bajas en cada indio que alcanzaban, pero los indios eran demasiados y pocos eran alcanzados.

Si no fueron las armas clásicas de los siglos XIV y XV ¿cómo consiguieron derrotar a los nativos?:

La mayor parte de los analistas consideran que lo que ahora denominamos guerra asimétrica es tan antiguo como el hombre y se remontan al pasaje bíblico de David contra Goliath que es citado con insistencia. [...]

En 1997 aparece como tal la definición de guerra asimétrica explicada entonces por Paul F. Herman como ‘un conjunto de prácticas operacionales que tienen por objeto negar las ventajas y explotar las vulnerabilidades (de la parte más fuerte), antes que buscar enfrentamientos directos’.⁶

Si analizamos la siguiente cita podremos extraer que una de las ventajas que tenían los nativos era la vivencia de la geografía del lugar y su vulnerabilidad estaba en lo desconocido, como el caballo que afectó muchísimo a los originarios al igual que el perro.

Los primeros embarques de caballos, vacunos, ovejas y cerdos llegaron a La Española en 1493, a partir del segundo viaje de Colón. El caballo junto a su jinete fue considerado por los nativos como un solo individuo, creyéndolos sus dioses creadores con “pies de plata” —haciendo referencia a las herraduras—. Lo desconocido para ellos fue una gran vulnerabilidad ya que ante la sola presencia del animal sentían tanto miedo que, en muchos casos, no opusieron resistencia a la presencia española. En combate, tenían una ventaja mayor sobre el soldado a pie ya que podía combatir por más tiempo y maniobrar más rápido. Los europeos a sabiendas del efecto que causaban prohibieron que los nativos montaran y menos que lo poseyeran.

El segundo animal fue el perro, preferentemente de las razas: alano, mastín y dogo. Los perros bien entrenados eran un arma mortal contra los

nativos, y excelentes guardianes que preanunciaban a los grupos que se escondían en la espesura del bosque.

En cuanto a las armas “convencionales”, los españoles utilizaron en el momento de la conquista lanzas y picas, espadas grandes y tajantes, emblema de la infantería del combate cuerpo a cuerpo. Así como también armas portátiles de fuego, los cañones eran pequeños y de bronce, pero con un potente estruendo que ocasionaba confusión entre los indios.

La humedad y las lluvias tropicales, sobre todo en América Central, facilitaron el cambio de moda, ya que todo material que fuese de hierro se oxidaba o se achicharraba por el excesivo calor, principalmente los soldados sufrían con el uso de la cota de malla. Ante esta dificultad adoptaron las corazas de los locales; jubón de fibra de algodón o magüey, con un relleno de tres dedos de espesor, si se los empapaba con salmuera estos se endurecían y los protegían de las flechas. Los animales, caballos y perros eran protegidos con la misma manta.

La táctica

La primera medida tomada por las huestes indianas fue la adaptación al medio, ya que, como se dijo anteriormente, el clima y la vegetación distaban mucho de las conocidas en el mediterráneo europeo. Una vez aclimatados, la táctica empleada por excelencia para la conquista de nuevos territorios fue la marcha en columna por territorios despoblados hasta encontrar núcleos de población, los cuales se sometían. Exploración, descubrimiento y conquista terminaron siendo, en la mayoría de los casos, un solo momento.

El “baqueano”, quien conocía el terreno era sumamente importante en cualquier tipo de operación, más que algún soldado experimentado en las guerras europeas. También se practicaron las “cabalgadas”, entradas en territorio no conquistado que fueron muy habituales y podían ser a caballo o navales, como se van a denominar en la región antillana, desembarco en costas cercanas o islas en busca de rehenes o botín.

Cuando el combate se desarrollaba a campo abierto se denominaba “guazabara”, con éste las huestes buscaban sembrar el terror frente a sus enemigos utilizando básicamente el estruendo de los cañones, los perros y los caballos adornados con cascabeles.

Una vez producido el contacto entraban los peones, soldados a pie armados con sus espadas y rodelas, actuando en pequeños grupos para protegerse de las flechas enemigas. Finalizado el combate se concluía con la persecución, en la cual los jinetes podían cabalgar por horas asolando y cansando al enemigo para así tomarlo como prisionero.

Etapas de consolidación

Tan pronto como un territorio es conquistado las armas dejan de tener fuerza y las huestes se disuelven para transformarse en colectividad de colonos. La defensa de dichos territorios —siguiendo el modelo medieval—, pasa a depender de los vecinos, quienes tienen que enfrentarse a los problemas con los extranjeros y con los viejos soldados que llevados por la codicia se lanzan en busca de nuevas riquezas asolando poblaciones, sobre todo las costeras.

A partir de este momento se asienta un ejército con características bien definidas que se mantuvo hasta la emancipación. La corona tuvo problemas para mantener dos ejércitos, uno en Europa y otro en el nuevo mundo, razón por la cual España respondió ante las escaladas o avances de potencias extranjeras de manera paulatina y gradual, con un concepto defensivo, ya que el objetivo era preservar el territorio, no nuevas conquistas.

El gran problema que tuvo América a partir del siglo XVI fue el temor al avance de nuevas potencias europeas más que a problemas locales. El ejército estaba para la defensa externa y esto se vislumbró en los primeros intentos de sublevación ya que las autoridades se encontraban sin unidades regulares.

Si el objetivo era la defensa del territorio, el núcleo fueron las zonas costeras, ya que las amenazas provenían del mar. Esto dio origen al cinturón defensivo que se construyó en América a través de las fortificaciones; primero

estructuras muy endebles hasta conformarse las grandes fortificaciones de tipo Vauban que se erigieron en todo el Caribe.

Estas fortificaciones no podían estar en manos de hombres con sólo buena voluntad, ya que requerían de una guarnición permanente que tuviera el conocimiento para la utilización de las piezas. Lo máximo que puso el ejército español fue una guarnición de 150 hombres, con 37 artilleros. Esta confianza llevó a que, en 1762, gracias a la pérdida de las fortificaciones en La Habana y Manila en manos británicas, se diera por finalizado este concepto defensivo.

La llegada de los borbones al trono español también trajo aparejado un cambio en la organización militar que se apoyó en tres puntos: la armada, quien protegía los mares y el comercio; las fortificaciones, que no van a volver a caer en manos enemigas por veinticinco años y que cada año que pasaba se iban convirtiendo en verdaderas obras majestuosas manejadas por un grupo de ingenieros militares; y por último el ejército.

El problema radicaba en que, como de costumbre, España no tenía suficientes hombres y por lo tanto se convocaron a las milicias, esta convocatoria a los criollos se denominó “el proceso de americanización de la defensa de las Indias”, a las tropas del ejército real, las fijas y las milicias de blancos se unieron las de pardos, morenos y naturales. Tropas que no tenían nada que envidiarle a las peninsulares.

Conclusiones

El ejército es una institución que responde al Estado y se nutre de sus ciudadanos, por lo tanto, las características que tenga dependen del momento determinado que vive el país, con sus valores y su historia. El ejército español, a fines del siglo xv, finalizaba una de las hazañas más importantes en su historia y simultáneamente comenzaba otra. Terminaba con la ocupación de los moros en 1492 y descubría a fines de ese mismo año un Nuevo Mundo.

El fin de la ocupación morisca le permitió a España salir de su época medieval y entrar en la modernidad con la conformación del Estado moderno.

El nuevo mundo, América con sus características, le permitió mantener algunos elementos del mundo medieval, las huestes, con su ideal de caballero cristiano, gallardo, heroico y aventurero que supo adecuarse al tiempo y lugar para mantenerse por tres siglos en la región.

Fuentes

BIBLIOGRAFÍA

Kant, Immanuel, *Sobre la paz perpetua*, Madrid, Tecnos, 1795.

Ramos, Demetrio, *Determinantes formativos de la hueste indiana y su origen modélico*, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1965.

Riesco Terrero, Ángel, “Transformaciones de la gente de guerra y hueste medieval hispanas en ejército moderno: estable, profesional y representativo del Estado con especial referencia a algunas ordenanzas del siglo XVI”, *Revista de Historia Militar*, Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, núm. 97, 2005, pp. 127-150.

Wise, Terence, *América Latina: de la conquista a la Independencia*, Madrid, Ediciones del Prado D.L., 1995 (Ejércitos y batallas, 50).

¹ Kant, *Sobre la paz*, 1795, p. XII.

² Riesco, “Transformaciones de la gente”, 2005, pp. 127-135.

³ Ramos, *Determinantes formativos*, 1965, p. 28.

⁴ Riesco, “Transformaciones de la gente”, 2005, p. 184.

⁵ Wise, *América Latina*, 1992, p. 8.

⁶ Antonio Cabrerizo Calatrava, “El conflicto asimétrico”, en CEAS-Universidad de Granada, <<http://www.ugr.es/~ceas/Sociedad%20y%20seguridad/CABRERIZO.pdf>>. [Consulta: 13 de diciembre de 2017.]

Pedro Menéndez de Avilés, estrategia para España desde el norte circuncaribeño

Lourdes de Ita

Introducción

El llamado Gran Caribe¹ fue una región usada estratégicamente aún antes de que se teorizara respecto a su valor geopolítico en siglos posteriores.² Durante los siglos XVI al XVIII, fue una zona pivotal muy valorada tanto por los colonizadores españoles, como por navegantes ingleses, franceses, holandeses y de otros reinos. El despliegue de varios archipiélagos habitados y habitables a una distancia relativamente corta del litoral novohispano y del de Tierra Firme, la presencia de dos penínsulas y de dos istmos —en particular el largo istmo centroamericano— que al cruzarlos comunicaban el Atlántico con el Pacífico, así como la fisiografía general de las cuencas que lo forman, hicieron del Circuncaribe colonial una región de la que los ingleses decían era “la niña de los ojos del Rey de España”, y no sin razón, pues por ahí debía pasar tanto la flota de Nueva España, como la que provenía del Potosí y del Perú vía Panamá. Controlando algunas zonas del Caribe, se podría lograr el control del rico tráfico entre Sevilla y Nueva España-Filipinas, por un lado, y entre Sevilla y Panamá-Perú-El Potosí por otro. En esta lógica se basaron los primeros asentamientos franceses en la Florida y un siglo después, el plan antillano de Cromwell.

Pedro Menéndez, nacido en la segunda década del siglo XVI en la villa portuaria de Avilés, al norte de la península ibérica, fue uno de los navegantes españoles más notables de su época y una figura polémica y singular. La

historiografía en torno a Menéndez suele ser muy tendenciosa y en ocasiones encomiástica aún en la actualidad, no solamente porque sus actividades estuvieron directamente relacionadas con actores señalados de la historia de España, Francia, Inglaterra y Flandes, sino particularmente en la historiografía española, porque se muestran las diferentes facetas del navegante, así como las diferentes circunstancias en las que se encontró, su carácter y condiciones personales, su formación como marino del norte de la península, su arrojo y habilidades, su relación con los poderosos de España y el celo vehemente — con ellos compartido— contra los extranjeros, contra los “herejes luteranos”, enemigos político-ideológicos de los Habsburgo del XVI, y finalmente, el uso que dio a todos estos elementos, para posicionarse en el tablero metropolitano.

Menéndez, marino del norte de España

Durante la época medieval, en España, no sin la influencia de Génova y Portugal, se habían forjado diferentes flancos marítimos, por una parte, estaban las costas andaluzas muy relacionadas con el *Magreb*, por otra, Cataluña que habiendo aprovechado la influencia mora y conquistado la protección de las Baleares, Sicilia y Cerdeña,³ se situaba bien dentro y frente al Mediterráneo, y por otra parte, las costas del norte, las de Asturias, Cantabria y el País Vasco, que desde el siglo XIII se habían unido en una federación conocida como *la Hermandad de la Marisma* o la *Hermandad de las Villas de la Marina de Castilla*,⁴ con el fin de defender hacia el interior, los derechos que habían obtenido de parte del rey por haber participado en las campañas de la reconquista de Andalucía, y hacia el exterior, sus intereses comunes ante el comercio que se efectuaba con los puertos franceses e ingleses y en general con los que pertenecían a la Liga Hanseática y formaron un frente naval al servicio de Castilla, tan afianzado, que logró mantener su actividad y autonomía y frenar la influencia de la Hanseática hacia lo que se ha denominado el “Arco Atlántico”.⁵

La Hermandad de las Cuatro Villas, que fue parte de la de *Hermandad de la Marisma*, agrupó a Santander, Laredo, San Vicente de la Barquera y a Castro Urdiales, en el Cantábrico. Los puertos del norte de España mantuvieron ese antiguo y activo comercio con Flandes y con Inglaterra en el período previo a 1492 gracias a tratados comerciales firmados antes de la llegada europea a las Antillas,⁶ algunos tan recientes como el Tratado de Medina del Campo, firmado sólo tres años antes de la llegada de Colón al archipiélago caribeño.⁷

Pedro Menéndez de Avilés se forjó en esa escuela marinera del norte de la península ibérica, que todavía a mediados del xvi, tenía un prestigio más añejo⁸ que el de los marinos, comerciantes y armadores de la relativamente reciente Casa de la Contratación de Sevilla, primer organismo administrativo creado para las Indias con la finalidad de organizar y controlar el tráfico con los territorios del continente americano, considerándolos un mercado reservado para Castilla. La Casa se ubicó en Sevilla por ser un puerto interior, salvaguardado por el Guadalquivir de los ataques marítimos y donde era más seguro el aparejo de las embarcaciones.⁹

Probablemente por haberse formado en una escuela de navegación diferente, por sus conocimientos y habilidades tanto en la navegación, como en las fibras sensibles de las políticas de su época, fue que en sus cartas dirigidas a los reyes de España, Carlos I y V de Alemania, y Felipe II, así como a la “Princesa de Portugal”, Juana de Habsburgo —hermana de Felipe II y gobernadora de España cuando este se ausentó del reino para casarse y permanecer en Inglaterra entre 1554 y principios de 1559— Menéndez hacía atrevidas recomendaciones, sugerencias y solicitudes, directas y resueltas, así como abiertas críticas a los maestros de la Casa de Sevilla, cuestiones que lo llevaron a ganarse la enemistad de muchos en España, y en particular de los oficiales de la Casa de Contratación. Sin embargo, fueron esas mismas críticas y propuestas las que definieron los lineamientos para el proyecto de flotas de la Carrera de Indias.¹⁰ El hecho de que Pedro Menéndez hubiera sido nombrado como Capitán General de la Flota de Indias directamente por el rey, fue otra de

las razones por las que tuvo problemas serios con los oficiales de la Casa de la Contratación.

Los biógrafos, las cartas y los documentos

Para analizar la trayectoria y las circunstancias en las que el marino asturiano se encontró en las diferentes fases de su devenir como capitán de las flotas de los reyes de España y en particular desde que fue nombrado capitán general de la Flota de Indias y Adelantado de la Florida, existen algunas fuentes que pueden considerarse primarias: los escritos de los tres principales biógrafos de Menéndez. Uno de ellos, su cuñado, Gonzalo Solís de Merás, a quien incorporó en sus viajes como cronista y cuyo *Memorial* ha llegado hasta nuestros días gracias a Eugenio Ruidíaz y Caravia;¹¹ otro de sus biógrafos fue Francisco López de Mendoza Grajales, capellán de la expedición de quien se tiene menos información,¹² y finalmente; Bartolomé Barrientos, quien era profesor de latín en la Universidad de Salamanca, y de su *Vida y hechos de Pedro Menéndez de Avilés*, se han llevado a cabo diferentes ediciones, tanto en español como en inglés.¹³ Otra fuente muy importante para acercarnos a examinar a Menéndez, son algunas de las cartas que escribió y que sobreviven. Parte de ellas fueron publicadas en el segundo tomo de Ruidíaz y Caravia en 1893 y más recientemente en 2002 por Juan Carlos Mercado. En esta recopilación hecha por los autores mencionados, encontramos una carta fechada en julio de 1555 dirigida al rey Carlos I de España y V de Alemania, seis cartas a Juana de Habsburgo,¹⁴ la gobernadora de España desde 1554 a fines de 1558, cuando Carlos I y V de Alemania abdicó al trono para retirarse en Yuste y Felipe II, el nuevo rey, se encontraba en Inglaterra como rey consorte de María Tudor, procurando hacer lo suyo por recuperar a *la pérfida Albión* como reino católico que apoyara a España contra Francia. Una carta fechada el 14 de abril de 1557, un día después de la primera dirigida a la princesa Juana, la envió al presidente del Consejo de Indias,¹⁵ Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondejar y Finalmente, tenemos 41 cartas escritas al propio Felipe II, una vez vuelto a

España, cubriendo un periodo entre el 5 de abril de 1562 y el 2 de septiembre de 1574, desde la época en la que los mercaderes de la Casa de Contratación lo detuvieron en las atarazanas de Sevilla por casi dos años junto con su hermano Bartolomé, por iniciativa o intrigas de los oficiales de la Casa de Contratación, hasta el periodo en que se desplazó a la Florida, cumpliendo las órdenes del rey como adelantado, y a su regreso a Cantabria, donde el 2 de septiembre de 1574, haciéndole saber al rey “que ha[bía] terminado y remitido la memoria que le encargó respecto a la conservación de la Armada” y que estaba listo y preparado para salir contra Inglaterra, esperando hacerlo “con el primer tiempo”.¹⁶ No lo lograría. Antes de pasados quince días de esa carta, en el puerto de Santander donde se encontraba la flota esperando los “primeros tiempos” para zarpar, se extendería una epidemia de tifus exantemático y Menéndez de Avilés, al igual que un elevado número de su tripulación moriría en Santander.

Los inicios del marino de Avilés

Cuando Pedro Menéndez tenía menos de diez años, su padre había muerto y su madre se había vuelto a casar y tuvo muchos hijos, de modo que los tres hijos mayores, Álvaro Sánchez de Avilés, Bartolomé Menéndez¹⁷ y el propio Pedro, se metieron como grumetes, empezando así desde temprana edad, como se acostumbraba entonces, su formación de marineros:

[...] porque tuvo veinte hermanos y hermanas, dividióse la hacienda, de manera que todos quedaron pobres: él dióse a ser soldado, con otros hermanos suyos: de tal manera se inclinó a la milicia del mar é tierra, que olvidando su contento, tierra, naturaleza y deudos, la siguió y sigue en servicio de S.M., como es notorio: salió de su tierra huérfano, de poder de sus propios amos que le criaban, porque su padre era muerto y su madre se casó segunda vez: invieron tras él y lleváronle dentro de seis meses de Valladolid, y para asegurarle e que no se fuese de la tierra, le desposaron con Ana María de Solís, que era de edad de diez años, parientes dentro del cuarto grado, lo cual no bastó para le tener en la tierra.¹⁸

Por la información que da su biógrafo y cuñado, sabemos que cerca de los quince o dieciséis años, seguramente durante la segunda guerra franco-española

de 1536-1538, participó en la armada organizada contra corsarios franceses en Cantabria; posteriormente se compraría un barco pequeño, un patache, y él mismo se dedicaría al corsarismo al servicio de España: “En aquel tiempo había guerras con Francia: hízose armada contra corsarios: metióse en ella y anduvo dos años, y luego que vino a su tierra, vendió parte de su hacienda, hizo un patax, y con sus amigos se metió en coso venturero, donde tuvo e hizo cosas muy venturosas é notables [...]”.¹⁹

Pero Menéndez empezó a ser notado en España alrededor de 1544, cuando se embarcó contra una escuadra francesa que comandaba nada menos que Jean Alphonse de Santoigne, quien años atrás, había conducido dos barcos de Jean François de la Rocque de Roberval desde Hornfleur hasta el noreste del continente americano, llevando al explorador Jacques Cartier “en lo que se considera la primera tentativa oficial de colonización francesa en América del Norte”.²⁰

En 1544 Jean Alphonse Santoigne había capturado, en Finisterre, 18 barcos vascos cargados de hierro y otras mercancías y huyó a La Rochelle. El emperador Carlos envió a Menéndez a perseguirlo, y este así lo hizo hiriendo de muerte a Santoigne y recuperando cinco de los barcos:

Luego, el año siguiente [...] unos cosarios tomaron al cabo de Finisterre diez e ocho navíos vizcaínos, cargados de hierro y herraje y otras muchas mercadurías de mucho valor: pareciéndole al emperador [...] que entonces gobernaba estos Reynos, questos cosarios merecían ser castigados y no podrían ser pasados a Francia con la presa, invió a mandar a Pero Menéndez procurase salir en corso contra ellos [...] se fue derecho a la costa de Bretaña y dende Bela Isla a Rochela les tomó cinco presas y prendió al capitán francés que había cogido estas presas [...] Este capitán francés era un cosario famoso que los franceses llamaban Juan Alfonso Portugués y los españoles Juan Alfonso Francés: salió herido, de que murió.²¹

Después de este episodio, el emperador y rey Carlos I de España y V de Alemania, lo autorizará a seguir la persecución de corsarios franceses en las costas del norte de la península ibérica, a lo que se dedicará varios años, así como a la protección del monarca. Según Mercado, en uno de los frecuentes viajes a Flandes, Menéndez salvaría del naufragio a la galera imperial y la

confianza real en Menéndez iría en aumento, lo que se haría evidente al considerar las muchas cédulas y nombramientos que se le irán concediendo. En 1552, haría su primer viaje a América como comandante de diversos barcos.

Capitán general y diseñador del modelo de flotas de la Carrera de Indias

En 1554, Pedro Menéndez fue nombrado por primera vez capitán general de la Flota de Indias, pero en esa ocasión postergó su viaje trasatlántico hasta el año siguiente, pues fue solicitado por el todavía príncipe Felipe para ser su escolta y consejero en el viaje que emprendería a Inglaterra con el fin de casarse con la recientemente coronada María Tudor, hija mayor del ya fallecido Enrique VIII y de su tía abuela, Catalina de Aragón. Fue hasta que volvió de aquel viaje que Menéndez se dirigió a Nueva España como capitán general de la Flota de Indias. Es importante recordar que este nombramiento se otorgaba para cada viaje en particular, pues no era una posición que se ostentara durante un determinado periodo de tiempo. Menéndez lo obtuvo durante nueve ocasiones entre 1555 y 1574.

En relación al viaje de 1555, es interesante notar el comentario que hace Mercado sobre Menéndez, quien una vez llegado al Caribe, “excediéndose en sus atribuciones, traspasaría el mando a su lugarteniente y hermano Bartolomé, marchando él a Nueva España, para atender negocios particulares, cuya índole nunca se ha sabido”.²² Consideramos que su viaje a Nueva España, estaría relacionado con alguna entrevista con el virrey Luis de Velasco y probablemente con el marino Andrés de Urdaneta, quien todavía no tomaba los hábitos. También es interesante que, pese a la renuencia del capitán general de incluir en la Flota de Indias a barcos o naturales extranjeros ya como marineros o como pasajeros,²³ durante el viaje de 1555, como parte de la Flota y desde Sevilla, iba un barco propiedad del inglés John Sweeting, que iba comandado por su yerno Leonard Chilton, transportando al joven Robert Tomson y a John Field y a su familia, comerciantes de la Compañía Andaluza

de mercaderes ingleses, que ante la persecución religiosa que había iniciado en Sevilla en contra de los ingleses después de la reforma anglicana, habían decidido mudarse a Nueva España.²⁴ También el comerciante Roger Bodenham, de quien se ha dicho que era un espía inglés que conservaba la confianza de los hispanos mientras le proporcionaba información a Francis Walsingham, secretario particular y consejero de la reina Isabel I de Inglaterra, viajó a Nueva España en 1565 en la flota comandada por Menéndez de Avilés.²⁵ Bodenham afirmaba:

Yo, Roger Bodenham, habiendo vivido largo tiempo en la ciudad de Sevilla, en España, y habiéndome casado allá [...] empecé a considerar de qué manera podría recuperar mis bienes y mi posición, y con la ayuda de mis amigos, preparé una embarcación llamada 'La Barca Fox', de Londres, de ciento ochenta toneladas, y con ella hice un viaje a las Indias Occidentales, habiendo obtenido el buen favor de los mercaderes españoles debido al largo tiempo en que había vivido en aquél país y a que me había casado allá. Mi viaje fue en la Compañía del General Don Pedro Meléndes [*sic*] hacia la Nueva España, quien habiendo sido nombrado General para la Tierra Firme y Perú, hizo a su hijo General para la Nueva España, aunque el propio Pedro Meléndes era el hombre principal y el director de ambas flotas.²⁶

Aunque Bodenham no reconocía los títulos correctos de los nombramientos de la flota, sí entendía, recordaba e informaba sobre la estructura y mecánica de las mismas. En relación a las atribuciones que proponía debía tener el capitán general, en su *Memorial* ²⁷ Menéndez argumentaba que su nombramiento debía durar por un periodo de tiempo mayor al de un solo viaje, por las siguientes razones:

[...] el que fuere capitán general no ha de ser prohibido por un viaje sino que diga la cédula por el tiempo que Su Majestad fuere servido para que los maestros le tengan más temor y amor y respeto porque, como dicen que es por un viaje, será ocasión que sean atrevidos y desvergonzados y para que no se aparten de la capitana, que lo suelen hacer muy desvergonzadamente con ver que, llegados a Sevilla, no es parte para los castigar van se por donde quieren. Para esto, el que fuere capitán general por el tiempo que Su Majestad fuese servido, ha de tener en la tierra el mismo poder que tuvo en la mar, para castigar la gente de mar que fue y vino en la flota por el delito que hizo en la mar. Y han de ser ejecutadas las ordenanzas tocantes a la navegación que consta orden, ellos tendrán el amor y temor necesario para que no se aparten y anden como conviene.²⁸

Esa propuesta, no les habría gustado a los oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla, quienes ya bastante relegados se sentían porque el rey Felipe nombraba directamente a Menéndez capitán general de la Flota de Indias sin consultarles, y en esa ocasión, parecería que este procuraba empoderarse aún más en sus atribuciones como capitán general al recomendarle al rey esta y otras disposiciones, “lo que parece al capitán Pero Menéndez que Su Majestad debe mandar proveer para que en la navegación de las Indias anden los navíos con más seguridad de lo que ha mandado hasta aquí y para que vayan y vengan con más brevedad [...]”.²⁹ En su *Memorial*, Menéndez hacía una serie de críticas a las prácticas que realizaban los armadores y pilotos de la Casa de Contratación, como el preparar y conducir a las Indias barcos en muy malas condiciones, que no les importaba perder siempre que pudieran cobrar el seguro de avería, contratar a marinos poco capaces pero que soportaran pagos parciales sin quejarse, llevar una tripulación incompleta y aparentar que algunos de los pasajeros eran parte de la misma, puntos todos ellos que tocaban fibras sensibles de los oficiales de la Casa de Sevilla y que llevaron a fabricarles una serie de cargos a Pedro y a Bartolomé Menéndez, y a retenerlos presos en las atarazanas de Sevilla por casi dos años entre 1563 y 1565.

Pero el punto medular de las propuestas de Pedro Menéndez en su *Memorial*, era que la Flota de Indias siempre debía viajar en convoy o escuadra. Esteban Mira afirma que ya desde 1522 y hasta 1561 cuando se establecieron las regulaciones, en la práctica se utilizó ese tipo de navegación, pues aunque era un sistema pensado para tiempos de guerra, debido a que los ataques corsarios estaban siempre presentes, se mantuvo como una práctica casi permanente. Entre 1561 y 1564 se legislaría definitivamente el Sistema de Flotas de la Carrera de Indias con el modelo que diseñó Pedro Menéndez en su *Memorial* de 1556. Ese modelo, duraría en lo sucesivo, por más de dos siglos:³⁰

El proyecto que finalmente definió la estructura de la navegación trasatlántica, a partir de 1561, fue el de Pedro Menéndez de Avilés. Se trataba de un sistema de dos flotas anuales, las cuales habrían de zarpar, respectivamente en enero y agosto. Ambas partirían juntas, para separarse al llegar a las

Antillas, la una con rumbo a Veracruz y la otra a Tierra Firme y Portobelo. En 1564 este modelo fue ligeramente modificado: la primera flota habría de partir en abril, compuesta exclusivamente con los buques con destino a la Nueva España. La otra zarparía en agosto, compuesta con los buques con dirección a Tierra Firme y a la América Central.³¹

Por su parte, Ortega y Medina, opinaba que el sistema de convoy adoptado por la propuesta del estratega Menéndez, hizo que España sacrificara la rapidez y la maniobrabilidad en aras de la “combinación de fuerza y peso”, lo cual puso de manifiesto que España abandonaba todo intento de ofensiva, que renunciaba a seguir disputándole a “las naciones protestantes” el dominio del mar, lo que sería evidente en la batalla de 1588 en el Canal de la Mancha.³²

Pedro Menéndez de Avilés, La Florida y su estrategia de expansión americana desde América

Durante el siglo XVI, la península de La Florida y sus alrededores fueron objeto de diversas expediciones españolas como parte de su avanzada en la conquista del territorio del nuevo continente. Ubicada al norte de Cuba y cerrando desde esta posición la cuenca circuncaribeña, La Florida tenía una posición estratégica en el contexto del comercio y la navegación, en la ruta del viaje de regreso a España y de las exploraciones al norte del continente por su costa este. Las múltiples isletas que forman su litoral, pronto le dieron el carácter de lugar apropiado para refugiarse y escapar fácilmente y por tanto, sitio frecuente para entrada de corsarios, piratas o colonizadores ilegales. Por otro lado, la línea costera de La Florida con una extensa red de ríos que prometían ser caminos de agua que internándose en el territorio pudieran llegar a conducir a esas ciudades y fortunas sobre las que se contaban historias fabulosas, fungió también como un atractor para expedicionarios que esperaban su golpe de suerte en estas incursiones. Expectativas que, sin embargo, casi siempre probaron ser quimeras que terminaban en una catástrofe.

Paulatinamente, las primeras expediciones españolas fueron reconociendo el perfil costero de la península de Florida y en ocasiones el interior de la

misma. En esos territorios se forjaron leyendas de supervivencia en condiciones extremadamente críticas de las que los protagonistas daban cuenta al lograr volver a los asentamientos españoles. Estas expediciones ocuparon un periodo de aproximadamente 50 años, desde 1513 con Juan Ponce de León, Pedro Quejo y Lucas Vázquez de Ayllón en 1526, Pánfilo de Narváez y Cabeza de Vaca en 1528 y 1530, Hernando de Soto en 1539, Tristán de Luna y Ángel de Villafañe en 1559 hasta los reconocimientos e incursiones de Pedro Menéndez de Avilés en 1565.

Pero, los españoles no fueron los únicos que buscaron establecer asentamientos en la costa de La Florida. En Francia, las tensiones religiosas entre los protestantes hugonotes y la monarquía francesa, dieron pie a una serie de viajes que buscaron establecer colonias en América para los disidentes religiosos. Con Gaspard de Coligny a la cabeza, los calvinistas hugonotes hicieron un primer intento de colonización en Brasil, pero los portugueses no permitieron que la colonia prosperara. Sus siguientes proyectos de asentamiento se dirigieron entonces a La Florida, que había sido mapeada, junto con la costa este hasta Terranova, por los hermanos Verrazano, hugonotes italianos a las órdenes de Francisco I de Francia desde 1524.

Los hugonotes franceses realizaron una serie de tres viajes a La Florida: El almirante hugonote Gaspard de Coligny designó a Jean Ribault para comandar la primera de estas expediciones, partiendo en 1562 con una tripulación de 150 hombres. Los capitanes Salles y Laudonnière acompañaban a Ribault en ese viaje, en el que fundaron en un brazo de mar, en la isla Parris, el primer fuerte francés en la costa oriental norteamericana, al que llamaron Charlesfort, en la actual Carolina del Sur. Años antes Vázquez de Allyón había reconocido esa región en la parte norte de la península, y aunque no había fundado ningún asentamiento, lo había llamado Santa Elena.³³

Al regresar Ribault a Francia y verse impedido de cumplir su promesa de volver a Charlesfort ese mismo año con refuerzos y provisiones, el fuerte quedó abandonado a sus propios recursos, que además de ser pocos y el ambiente

hostil para los advenedizos de La Florida, hizo fracasar el establecimiento de la colonia. Las guerras de religión en Francia habían obligado a Jean Ribault a emigrar a Inglaterra donde buscó el apoyo de Isabel I para organizar una nueva expedición al norte de América, pero ante las intrigas franco-españolas y el temor de los consejeros de Isabel I de una traición de su prima María Estuardo, Ribault es acusado de espionaje y detenido en la Torre de Londres.

En tanto, Coligny organizaba un segundo viaje a La Florida en 1564, esta vez al mando de René Goulaine de Laudonnière, quien al llegar encontró Charlesfort abandonado y en ruinas. Los colonizadores franceses habían muerto o se habían ido a buscar la manera de sobrevivir, algunos de ellos dejando a sus niños al cuidado de los indios. Laudonnière fundó entonces un segundo asentamiento en la desembocadura del río San Juan y le dio el nombre de Fuerte Carolina en el noreste de la península de Florida (véase mapa 1). Al tiempo que esto ocurría, el español Hernando Manrique de Rojas —habiendo partido desde Cuba a La Florida por instrucciones del gobernador, quien a su vez había recibido órdenes de Felipe II de acabar con el asentamiento hugonote en Charlesfort— encontró a uno de los chicos franceses que sobrevivieron a la hambruna del fuerte francés, viviendo en una aldea nativa de la zona, al cuidado del cacique local. Se trataba de Guillermo Rufin, que era un muchacho de 16 años, que como otros hijos de los hugonotes había sido entregado a los indios por sus padres y había sido criado entre ellos, a fin de que tuviera posibilidades de sobrevivir en las críticas condiciones en las que se encontró la colonia francesa.³⁴

Dado el acertijo que representa esa parte de la costa peninsular, con una gran cantidad de isletas, brazos de mar y ríos, Rufin sería de gran utilidad como guía e intérprete para los españoles, y no sólo para Manrique en ese primer momento, sino posteriormente para Menéndez de Avilés en su proyecto de recuperar La Florida para Felipe II y acabar con los colonos hugonotes. A pesar de la coincidencia de las dos expediciones, la de Manrique y la de Laudonnière, nunca se encontraron, precisamente por las características de la

línea costera. La enérgica actitud de Laudonnière al establecer la colonia en el Fuerte Carolina, provocó resentimientos y motines entre los colonos, situación que llegó a ser del conocimiento de Gaspard de Coligny.

Muy probablemente por los contactos y las investigaciones de Francis Walsingham, secretario particular de Isabel I, en Francia,³⁵ Jean Ribault logró quedar libre y regresar a Francia en 1565. Coligny lo comisionaría entonces para un tercer viaje a La Florida. Además de las provisiones y los refuerzos, Ribault debería relevar a Laudonnière de su posición en el Fuerte Carolina y resolver la tensa situación entre los colonos y el capitán francés.

Para estas fechas, la presencia de los protestantes hugonotes en La Florida se había convertido en un motivo de preocupación para Felipe II, quien finalmente decidirá escuchar las peticiones de Pedro Menéndez de Avilés, recluido junto con su hermano Bartolomé, en las atarazanas de la Casa de Contratación de Sevilla, y darle el nombramiento de Adelantado de La Florida.³⁶ Entre sus condiciones estaban las de acabar con los hugonotes, fundar asentamientos en esa zona y pacificar a los indios de la Florida, llevándoles la predicación de los conquistadores.

MAPA 1

LA FLORIDA, SIGLOS XVI Y XVII



Mapa de La Florida de Nicolás Sansón d'Abbeville, Geógrafo a la orden del Rey, en París, en la casa del autor, en las Galerías del Louvre, con el privilegio del rey por 20 años, c. 1657, intervenido por Lourdes de Ita. Fuente: Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., en <www.loc.gov/item/2003623129/>.

[Consulta: 18 de febrero de 2018.]

Menéndez de Avilés, retomará su antigua carrera de persecución de franceses *luteranos* ejercida en el mar Cantábrico, pero esta vez, en el nuevo escenario del norte circuncaribeño, área que considerará, finalmente, suya.

Las cartas que Menéndez le envía al Rey estando todavía en Sevilla, antes de zarpar a La Florida, nos hacen pensar que estaba enterado del segundo viaje de Ribault a esa región en 1565³⁷ de modo que acelera los preparativos de su armada para llegar ese mismo año y alcanzar a Ribault e impedirle conseguir sus propósitos de reforzar el asentamiento francés en Florida. En esa ocasión, los barcos franceses y españoles se encontrarán en la desembocadura del río San Juan³⁸ en medio de una tormenta que provocará la pérdida de los barcos de Ribault, y se verá obligado a desembarcar con sus hombres, en tanto que

Menéndez conseguirá hacer buen puerto al sur del Fuerte Carolina y logrará llegar por tierra hasta dicho fuerte, sorprendiendo a los veinte soldados y a un centenar de colonos que se encontraban ahí. Ante la asimetría de fuerzas, los españoles pedirán la rendición de los franceses, quienes no se resistirán, pero Pedro Menéndez, relatando al rey Felipe lo sucedido, le decía que:

Vino un gentil hombre, lugarteniente del musier Ludunier [*sic*] ofrecióme que me entregarían las armas y se darían, con que les otorgase la vida. Respondíle que las armas me podía rendir y ponerse debajo de mi gracia, para que yo hiciese dellos aquello que nuestro Señor me ordenase [...] y así se fue con esta respuesta, y se vinieron y me entregaron las armas y híceles amarrar las manos atrás y pasarlos a cuchillo; sólo quedaron diez y seis, que los doce eran bretones marineros que ellos habían robado, y los cuatro oficiales de carpinteros y calafates, gente que yo tenía dellos necesidad. Parecióme que castigarlos desta manera, servía a Dios Nuestro Señor y V.M., para que adelante nos dejen mas libres esta mala seta.³⁹

Posteriormente, Menéndez, avisado por unos indios, embosca a Ribault y su diezmada tripulación, e igualmente los pasan a cuchillo. Esas ejecuciones marcaron el fin del proyecto hugonote en La Florida y el apuntalamiento de Menéndez de Avilés ante los ojos del rey Felipe II.

Laudonnière, por su parte, conseguiría escapar de Menéndez con algunos de sus hombres para, eventualmente, llegar a Inglaterra donde hablaría e informaría sobre Florida al cronista Richard Hakluyt, para después pasar a Francia. La *amenaza* de la ideología protestante de los hugonotes sería disipada también en Francia durante la llamada *masacre de la noche de San Bartolomé* en agosto de 1572, ocurrida en París y sus alrededores, cuando serían ultimados también, Gaspard de Coligny, y los principales líderes hugonotes, así como miles de disidentes religiosos protestantes.⁴⁰ Laudonnière sobreviviría a esta masacre y fallecería en 1574.

Después del degollamiento de los franceses, Menéndez inició la segunda etapa de sus planes en Florida: La de fundar poblaciones y asentamientos en esta península. Entre 1565 y 1567, Menéndez establecía el primero de ellos en septiembre de 1565 en San Agustín, al sur de lo que fue el Fuerte Carolina, en el lado este de la región, y San Mateo, en el mismo mes, sobre lo que había

sido el propio fuerte Carolina (véase mapa 1). En el sur de la península establecerá cuatro presidios, generalmente en la vecindad de poblaciones indias: Santa Lucía en 1565, San Antonio de Padua en 1566, Tocobaga en 1566, y Tequesta en 1567. Finalmente, en la parte norte de la península, dispondrá de un asentamiento que considerará estratégico, en Santa Elena en el año de 1566.⁴¹

Santa Elena, había sido elegido por los franceses para establecer su primer asentamiento de Charlesfort, y constituyó el más importante para el Adelantado, quien procuraría hacer de esta población la joya de su territorio. El proyecto de Menéndez para Santa Elena incluiría desarrollar un *hinterland* de manera que pudiera auto sostenerse a través de su propia agricultura y su actividad ganadera.⁴² Retomó el modelo de poblamiento francés, pues procuró llevar a Santa Elena colonos con sus familias, para lo que también llevó consigo a su esposa. Logró que se concediera un situado para La Florida, lo que le iba a permitir solventar algunos de los gastos coloniales.

Santa Elena fue el origen de las expediciones hacia tierra adentro de Florida. De acuerdo con sus indicaciones a Juan Pardo, quien iba a dirigirlas, Menéndez parecía creer que siguiendo río adentro llegarían hasta un lugar desde donde verían *las Zacatecas*: “y los franceses eran llegados primero y desembarcaron a su salvo en la punta de Santa Elena que hay un puerto que dicen que es el mejor que hay en toda La Florida y que tiene una ribera que sube cien leguas la tierra adentro hasta las sierras y podrá ver de ellas a las Zacatecas, como doscientas cincuenta leguas y lo que se entiende no hay trescientas.”⁴³

De este modo, entre sus instrucciones a Pardo, Menéndez le urgirá a buscar y encontrar una ruta desde Florida hasta las minas de Zacatecas. Seguramente las depreciaciones de distancia de Menéndez se derivarían de la poca claridad con que aún contaban los cartógrafos y exploradores de la época, así como de las hipótesis aún en boga sobre la existencia de pasajes y de rutas privilegiadas hacia zonas estratégicas del imperio español.

Estas pudieron haber sido algunas razones por las que Menéndez favoreció el fuerte de Santa Elena. Pardo realizaría dos expediciones hacia el interior, pero en ninguna de ellas conseguiría avanzar en el sentido solicitado por el Adelantado. Sin embargo, en su particular percepción, Menéndez parecería tener una visión de conjunto de los territorios hispanoamericanos en los que Santa Elena en particular y La Florida en general, serían áreas pivotaes que cobrarían un sentido estratégico en el contexto de su ubicación americana.

Los planes de Menéndez para Santa Elena y La Florida se seguirían desarrollando aún después de ser nombrado gobernador de Cuba, pues ejercerá ese mandato por delegación entre 1568 y 1572, sin embargo, se verán interrumpidos cuando en 1573 es requerido por el rey Felipe, para trasladarse a España a hacerse cargo en Santander, de la organización de la Armada que procuraría reestablecer la supremacía naval española en el Canal de la Mancha.⁴⁴

En 1574, Menéndez recibió la orden de preparar la Armada para controlar la álgida situación de los Países Bajos en alianza con Inglaterra. El 8 de septiembre de 1574, los ministros del rey de España le dieron a Pedro Menéndez posesión de la Armada y de cuantas facultades y poderes requería. Pero al cabo de ocho días, el 16 de septiembre de ese año de 1574, murió el Adelantado, después de haber sido contagiado, como habíamos dicho, en la epidemia que se desató en el puerto de tifus exantemático. En medio de muchos avatares, los asentamientos que fundó en La Florida permanecieron y le sobrevivieron por un tiempo considerable, pero nunca encontraron sus comisionados, la anhelada ruta desde La Florida hasta las Zacatecas.

Fuentes

ARCHIVO

AGI Archivo General de Indias

BIBLIOGRAFÍA

Apestegui, Cruz, *Piratas en el Caribe. Corsarios, filibusteros y bucaneros, 1493-1700*, Barcelona, Lunweg, 2000.

Arnal Simón, Luis (coord.), *Fundaciones en la Florida y el seno mexicano, siglos XVI al XVIII*, México, FA-UNAM/CONACYT, 2006.

Barrientos, Bartolomé, *Vida y hechos de Pedro Menéndez de Avilés*, Asturias, Auseba, 1993.

Bosch García, Carlos, *Tres ciclos de navegación mundial se concentraron en América*, México, UNAM, 1985.

Bradley, Peter T., *Navegantes británicos*, Madrid, Mapfre, 1992.

Connell-Smith, Gordon, *Forerunners of Drake*, Londres, Longmans, 1954.

De Ita Rubio, Lourdes, *Viajeros isabelinos en Nueva España*, México, IIN-UMSNH/FCE, 2001.

González Díaz, Falia y Lázaro de la Escosura Pilar, *Mare clausum, mare liberum. La piratería en la América española*, Sevilla, Archivo General de Indias/Ministerio de Cultura/Subdirección General de Publicaciones, Información y Documentación, 2010.

Grafenstein Gareis, Johanna von, *Nueva España en el Circuncaribe, 1779-1808. Revolución, competencia imperial y vínculos intercoloniales*, México, CCYDEL-UNAM, 1997.

Hakluyt, Richard, *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation*, t. v, Londres, Dent and Company, 1907.

Holt, Mack, P., *The French Wars of Religion, 1562-1629*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

Larochelle, Dany, “Du Ciel au Bateau: la Cosmographie (1544) du pilote Jean Alfonse et la construction du savoir géographique au xvi^{ème} siècle”, tesis de maestría en Artes (Historia), Université de Sheerbroke, 2001.

Mahan, Alfred T., *The Influence of Sea Power upon History, 1660-1783*, Boston, Little Brown & Co., 1890.

Mercado, Juan Carlos, (ed.), *Pedro Menéndez de Avilés. Cartas sobre la Florida, 1555-1574*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 2002.

Mira Caballos, Esteban, “Pedro Menéndez de Avilés diseñó el modelo de flotas de la Carrera de Indias”, *Revista de Historia Naval*, año 24, núm. 94, España, 2006, pp. 7-24.

Ortega y Medina, Juan A., *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico, siglos XVI-XVII*, México, IIH-UNAM, 1994.

Philips, Edgar Lee, *Father Francisco López de Mendoza Grajales*, 2008.

Rivera Medina, Ana María, “Estado, negocio y corsarismo: Vizcaya desde el medievo a la modernidad”, *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, núm. 5, Untzi Museoa-Museo Naval, Donostia-San Sebastián, 2006, pp. 117-133.

Ruidíaz y Caravia, Eugenio, *La Florida: su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés*, Madrid, Imp., fund. y fab. de tintas de los Hijos de J. A. García, 1893, 2 tt.

Valdéz Bubnov, Iván, *Poder naval y modernización del Estado: política de construcción naval española (siglos XVI-XVIII)*, México, Bonilla

¹ El Gran Caribe o Circuncaribe es una región circunscrita por las islas y litorales que bordean las cuencas del Golfo de México y del Mar Caribe. Véase Grafenstein, *Nueva España*, 1997, pp. 21-40.

² Richmond, “The Objects and Elements”, 1943, pp. 1-16, y Mahan, *The Influence of Sea*, 1890, pp. 32-35, 88, 261, 315, 325, 327 y 410-411.

³ Bosch, *Tres ciclos*, 1985, pp. 26-48, 177-213 y 239-244.

⁴ Rivera, “Estado, negocio”, 2006, pp. 118 y 124.

⁵ Véase Commission de l’Arc Atlantique, en <<http://cpmr-atlantic.org/fr/>>. [Consulta: 18 de febrero de 2018.]

⁶ Connell-Smith, *Forerunners of Drake*, pp. v-vi, 6-13.

⁷ Bradley, *Navegantes británicos*, 1992, p. 32 y De Ita, *Viajeros isabelinos*, 2001, p. 35.

⁸ Hay que recordar el reconocimiento de la corona española a la destreza de los navegantes vascos al encomendarles empresas complejas durante su primer siglo colonizador trasatlántico y transpacífico, tales como su participación toral en la primera circunnavegación del mundo, con Sebastián Elcano, la fundación de los primeros asentamientos en el sureste asiático español con Miguel López de Legaspi, o la búsqueda y hallazgo de la ruta de tornaviaje desde Filipinas, con Andrés de Urdaneta, entre otros casos.

⁹ La Casa de la Contratación fue establecida por cédula real dada en Alcalá de Henares el 20 de enero de 1503, incluyendo las ordenanzas que regulaban su administración y sus funciones, que fueron aumentando a lo largo de la primera mitad del xvi. González y Lázaro, *Mare clausum*, 2010, p. 31.

¹⁰ Véase Mira, “Pedro Menéndez”, 2006, pp. 7 y 8.

¹¹ Véase “Memorial que hizo el Dr. Gonzalo Solís de Merás, de todas las jornadas y sucesos del Adelantado Pedro Menéndez de Avilés, su cuñado, y de la conquista de la Florida y justicia que hizo de Juan Ribao y otros franceses”, Ruidíaz y Caravia, *La Florida: su conquista*, 1893, t. i, pp. 117-229. En su segundo tomo de esta obra, Ruidíaz y Caravia hace una exhaustiva recopilación de registros y ubicación de fuentes.

¹² Philips, *Father Francisco*, 2008, p. 1.

¹³ Mercado, *Pedro Menéndez*, 2002, p. 13, y Barrientos, *Vida y hechos*, 1993.

¹⁴ Escritas entre el 13 de abril y el 22 de octubre de 1557, desde San Sebastián, o Laredo, pidiéndole su provisión para abastecer las embarcaciones a fin de salir a perseguir a diferentes grupos de franceses que rondaban el Cantábrico.

¹⁵ Presidente del Consejo de Indias de 1546 a 1559.

¹⁶ Mercado, *Pedro Menéndez*, 2002, p. 289.

¹⁷ En los siglos xvi y xvii era común que los hermanos tuvieran diferentes apellidos pues generalmente escogían alguno de los primeros apellidos de sus padres o abuelos. En una parte de su *Memorial*, Solís de Merás habla de la genealogía de Menéndez y anota: “Esta es la Memoria de la genealogía del dicho

Capitán Pero Menendez: Pero Menendez de Abilés; su padre, Alonso Albarez de Abilés; su madre, Maria Alonso de Arango; su agüelo, padre de su padre, se llamó Albaro Sánchez; su agüela, se llamó Maria González Cascos; su agüelo, padre de su padre, se llamó Juan Alonso de la Campa; su agüela, se llamó Elbira Menendez de Arango”, véase Ruidíaz y Caravia, *La Florida: su conquista*, 1893, t. II, p. 742.

¹⁸ Véase *ibid.*, t. I, 1893, pp. 1-2.

¹⁹ Véase *ibid.*, t. I, 1893, p. 2.

²⁰ Así como Menéndez en España, Jean Alphonse de Santoigne empieza a ser muy reconocido en Francia a partir de 1531. Su nombre se encuentra en numerosos documentos de archivo concernientes al comercio marítimo de La Rochelle de 1531 a 1545. Larochelle, “Du Ciel au Bateau”, 2001, p. 5.

²¹ Véase Ruidíaz y Caravia, *La Florida: su conquista*, 1893, t. I, pp. 4-5.

²² Mercado, *Pedro Menéndez*, 2002, p. 15.

²³ Véase Mira, “Pedro Menéndez”, 2006, p. 17.

²⁴ De Ita, *Viajeros isabelinos*, 2001, pp. 57-64.

²⁵ Este comerciante aseguraba que había zarpado de Cádiz en mayo de 1564, pero otras fuentes comentan que fue en 1565. Algunos autores ingleses aseguran que Bodenhams conservaba la confianza de los españoles, mientras actuaba encubiertamente como un espía inglés, al igual que lo hizo su hijo William. Las cartas a Francis Walsingham, consejero y secretario particular de Isabel I, serían evidencia de ello. Véase De Ita, *Viajeros isabelinos*, 2001, pp. 70-72.

²⁶ Hakluyt, *Voyages*, 1907, p. 263, y De Ita, *Viajeros isabelinos*, 2001, pp. 68-72.

²⁷ Pedro Menéndez de Avilés, *Memorial sobre la navegación de las Indias*, 1556; reproducido en: Esteban Mira Caballos, “Pedro Menéndez de Avilés”, 2006, p. 17.

²⁸ Véase Mira, “Pedro Menéndez”, 2006, p. 20.

²⁹ *Ibid.*, p. 16.

³⁰ *Ibid.*, pp. 7-9.

³¹ Valdéz, *Poder naval*, 2011, p. 57.

³² Ortega, *El conflicto anglo-español*, 1994, pp. 225-226.

³³ Arnal, *Fundaciones en la Florida*, 2006, pp. 22-23.

³⁴ Archivo General de Indias (AGI), Cartas de Gobernadores, Santo Domingo, 99, R.8, N.28, 9 de julio de 1564, en <<http://pares.mcu.es/>, 22/02/2018>. [Consulta: 18 de febrero de 2018.] Arnal, *Fundaciones en la Florida*, 2006, pp. 24-25.

³⁵ De Ita, *Viajeros isabelinos*, 2001, p. 29.

³⁶ Mercado, *Pedro Menéndez*, 2002, pp. 16-17; Ruidíaz y Caravia, *La Florida: su conquista*, 1893, t. I, pp. 27-55, y Arnal, *Fundaciones en la Florida*, 2006, p. 26.

³⁷ Véanse las cartas XVI y XVII, en Ruidíaz y Caravia, *La Florida: su conquista*, 1893, t. II.

³⁸ Arnal, *Fundaciones en la Florida*, 2006, p. 27, y Apestegui, *Piratas en el Caribe*, 2000, pp. 52-53.

³⁹ Véase carta XX, en Mercado, *Pedro Menéndez*, 2002, pp. 143-144.

⁴⁰ Holt, *The French Wars*, 1995, pp. 76-98.

⁴¹ Arnal, *Fundaciones en la Florida*, 2006, pp. 27-29.

⁴² *Ibid.*, p. 34.

⁴³ Ruidíaz y Caravia, *La Florida: su conquista*, 1893, t. II, p. 131.

⁴⁴ Mercado, *Pedro Menéndez*, 2002, pp. 17-18.

La guerra por la sal en el Caribe venezolano (1598-1648)

Juan Carlos Rey González

Inicios del conflicto a nivel mundial

Al momento de la muerte de Felipe II —1598— hacía ya largo tiempo que el conflicto hispano-holandés —entre la corona española y los rebeldes de las Provincias Unidas— se había convertido en el epicentro de la lucha por el poder político, económico y financiero en Europa. Sin embargo, en lo geográfico, el enfrentamiento había tenido un carácter limitado. Pues, por más que se tratara de un asunto crucial para todo el continente, los combates habían tenido lugar únicamente en el territorio de los Países Bajos; y, por lo tanto, se habían concentrado en un pequeño rincón de Europa. Ahora bien, para finales del siglo XVI las fuerzas neerlandesas habían logrado una vertiginosa expansión en el Lejano Oriente, el Caribe y el África Occidental, donde se encontraban los puntos más débiles de España y Portugal —este último, unido a la corona española desde 1580. Así, a partir de 1598 la guerra hispano-neerlandesa empezó a evolucionar con rapidez, llegando sus diferendos a ampliarse hasta abarcar el mundo entero, convirtiéndose lo que se ha definido como el primer conflicto global de la historia.¹

En este texto se pretende hacer una revisión general de las principales acciones que se desarrollaron en el marco de este conflicto durante la primera mitad del siglo XVII en el área actualmente comprendida por el Caribe venezolano y sus zonas vecinas. Haciendo uso de trabajos que previamente han abordado de manera dispersa las acciones de piratas y corsarios en el Caribe, así

como de documentos de primera mano procedentes del Archivo General de Indias de Sevilla y del Archivo Histórico Nacional de Madrid, en este texto se presenta un recorrido cronológico a través de las principales etapas del conflicto, haciendo énfasis en la relación de las diferentes acciones puntuales, así como en la revisión de sus causas y consecuencias a nivel global. De esta manera se pretende brindar un panorama analítico amplio frente a los relatos meramente anecdóticos y descriptivos que en muchas ocasiones han brindado mayor atención a las acciones específicas de piratas y corsarios en el Caribe, que a la forma en que estas se enmarcaron en contextos globales y el impacto que pudieron tener en el desarrollo de un sistema de relaciones de carácter mundial.

A pesar de la óptica geográficamente restringida desde la que se aborda el tema, la revisión de los diferentes eventos locales a la luz del enfrentamiento principal permite apreciar cómo todos estos respondieron a las dinámicas y estrategias bélicas impulsadas desde las Provincias Unidas y la corona española a escala global. Así mismo, es posible dar seguimiento de algunas consecuencias de estos eventos, las cuales abrieron las puertas al complejo entramado de relaciones y tensiones que se desarrollarían en el marco de una economía mundial naciente, donde las Provincias Unidas se consolidarían como un centro hegemónico, frente a un área semi-periférica representada por la monarquía católica, que lucharía por mantener su papel de intermediaria entre los países del centro y sus colonias americanas.²

La incursión neerlandesa en los territorios marítimos que la corona española consideraba como de su exclusivo dominio fue justificada ideológicamente a partir de la teoría jurídica basada en el *mare liberum* de Hugo Grocio, publicada en 1608, la cual refutaba la doctrina tradicional del mar sometido a la soberanía de España y Portugal, defendiendo la expansión naval de las pequeñas provincias.³ Sin embargo, esta expansión había tenido su origen muchos años atrás, datando de la época en que el duque de Alba había ido a Flandes a emprender su persecución contra los rebeldes —1567—,

generando que muchos de ellos tomaran las naves mercantes de Holanda y Zelanda para armarlas en corso y hostigar el comercio marítimo español. Fue en aquellos años que Guillermo de Orange, como uno de los principales líderes de la rebelión, entregó patentes de corso a los capitanes de las naves neerlandesas,⁴ estimulando fundamentalmente tres objetivos: construir una fuerza de apoyo a la rebelión contra los españoles; aumentar los fondos para la guerra con lo que provenía de las presas; y finalmente, producir con la piratería el descontento necesario para propiciar la insurrección.⁵

Ahora bien, las razones iniciales de los holandeses para llegar al Caribe a finales del siglo xvi fueron similares a las de otras naciones europeas. España obtenía de aquella región, de manera exclusiva, una gran cantidad de productos que luego vendía encarecidos en Europa —sobre todo cueros, azúcar, tabaco, jengibre, caña fístula, perlas, zarzaparrilla, cochinilla, añil, maderas tintóreas, cacao, entre otros. Entonces, cuando se cortaron las relaciones con la península, a raíz de su guerra de liberación, los Países Bajos aprovecharon la experiencia de muchos “flamencos” que ya habían servido en las naves hispanas para lanzarse abiertamente a América en busca de estos productos. En este sentido, existen varios registros de la presencia neerlandesa en América desde la segunda mitad del siglo xvi: en 1567 barcos de la Frisia Occidental y de Zelanda habían anclado en La Habana; en 1572, cinco naves fueron descubiertas frente al istmo de Panamá; en 1593, fueron capturados diez barcos holandeses cargados de tintes y otras mercancías en la costa de Nueva Andalucía.⁶

En los últimos años del siglo xvi la economía de las Provincias Unidas se consolidaría principalmente a partir de un sistema mercantil de amplias proporciones, impulsado por una poderosa producción agrícola, una gran industria de preservación de alimentos y un desarrollo naval impresionante.⁷ Esto, aunado a la derrota de la armada española frente a Inglaterra en 1588, hizo que las naves holandesas dominaran una gran parte del océano, levantando una base económica fuerte y diversa. Esto sólo pudo ser posible

gracias a la capacidad que tuvo el comercio neerlandés para adaptarse a diferentes reacomodos y alianzas entre las naciones europeas; ya que, si bien en 1596 España se vería confrontada por una alianza de sus tres rivales —Francia, Inglaterra y los Países Bajos—, sólo dos años más tarde, tras la firma de la paz de Vervins, se suspenderían las hostilidades entre Francia y España en el territorio europeo.⁸ Posteriormente Inglaterra, en 1604, firmaría la paz, dejando a las Provincias Unidas solas frente a la Monarquía Católica.⁹ España igualmente aprovechó estos reacomodos para procurar contrarrestar el poder comercial holandés, concertando pactos político-económicos que buscaban evitar que otras potencias comerciaran con los rebeldes. El tratado de paz con Inglaterra, firmado en 1604 a partir de las negociaciones en Somerset House, además de poner fin al conflicto que tenían ambas naciones desde 1585, reflejaba que Inglaterra renunciaría a prestar ayudas a los Países Bajos. Igualmente, aunque el tratado concedía libertad a los súbditos —españoles e ingleses— para contratar en los respectivos territorios, prohibía a estos últimos sacar mercancías de la península para llevarlas a Holanda y viceversa. Aquel año también se firmó entre España y Francia un tratado comercial por el cual ambas naciones suprimían recíprocamente las imposiciones aduaneras extraordinarias y Francia se comprometía a no comerciar con Holanda. Así mismo, en 1607 se firmó el tratado hispano-hanseático que confirmaba los privilegios de la Hansa en Portugal y los hacía extensivos a Castilla a cambio del compromiso de que los hanseáticos no sirviesen de intermediarios en el comercio holandés.¹⁰

Pese al entramado de alianzas establecidas para debilitar la economía de los Países Bajos, para aquellos momentos gozaban de ventajas que les permitieron impulsar el comercio a nivel mundial frente a la península. Entre los principales factores que impulsaban estas ventajas se han identificado: la importancia que concedían a la actividad comercial como el nervio vital de su economía; su mayor disponibilidad de capital —pues las provincias eran el mercado financiero de Europa—; la puesta en práctica de métodos comerciales

más dinámicos y actualizados; la tenencia de barcos mejor diseñados para la actividad comercial; la venta de mercancías europeas en mejores condiciones que otras naciones —cobraban fletes más bajos y ofrecían créditos comerciales a plazos más largos. Este escenario permitió que, durante el siglo xvii, Holanda se convirtiera en la principal promotora y beneficiaria del contrabando en el Caribe, en correspondencia con el dominio comercial que ya ejercía en Europa.¹¹

Para finales del siglo xvi, uno de los sectores de mayor desarrollo y motor fundamental del comercio para las Provincias Unidas era la industria en torno a las salazones de pescado —principalmente arenque— y de carne. Esta industria generó como consecuencia el surgimiento de un importante sector capitalista dedicado al comercio de la sal; producto cuyo interés no derivaba de su valor en sí, sino de la riqueza asociada que generaba y de los mercados que abría al permitir la preservación de los alimentos. Por esta razón, una de las consecuencias más sensibles para los comerciantes de las Provincias Unidas, producto del embargo impuesto por la corona española a las naves neerlandesas en 1598, fue que estos perdieran la posibilidad de aprovisionarse en las salinas ibéricas de Sanlúcar y Setúbal, así como las salinas africanas de Cabo Verde —en tanto el embargo también era efectivo en los territorios portugueses por la unión circunstancial de la Corona. Esto generó que los neerlandeses iniciaran la búsqueda de fuentes de sal alrededor del mundo, encontrándolas fundamentalmente en América, en diferentes puntos del Mar Caribe. Ello iniciaría una serie de acciones bélicas asociadas a las actividades comerciales de contrabando que han sido denominadas en la historiografía caribeña como las “Batallas de la Sal”.¹²

La explotación holandesa de Araya y las primeras “batallas por la sal”

Aunque existe el registro de algunas pequeñas explotaciones holandesas en las salinas caribeñas desde 1593,¹³ tras el embargo peninsular la demanda

insatisfecha del mineral por parte de la industria holandesa impulsó la organización de la primera flota salinera de las Provincias Unidas. Dicha flota zarpó en 1599 hacia las Antillas, dirigiéndose específicamente hacia la salina de Punta Araya, en el territorio que actualmente ocupa Venezuela.¹⁴ Su éxito fue tal que ya al año siguiente partirían hacia allá unos 100 cargueros desde Holanda para desarrollar la empresa de explotación.¹⁵

El encanto inmediato que generó la salina de Araya en los holandeses se explica debido a que su sal era de una muy buena calidad. Pero además, junto a la atracción de poder cargar el mineral gratuitamente, se añadía la posibilidad de aprovechar el viaje para contrabandear mercancías en la región de Cumaná y en la isla de Margarita,¹⁶ lo que permitía cubrir los principales gastos del fleteo entre Europa y América, reduciendo los costos y multiplicando las ganancias de cada viaje.¹⁷

Durante esos años llegó a ser tal la cantidad de sal explotada por los neerlandeses en Araya que, además de cubrir las necesidades de su industria, las Provincias Unidas se convirtieron en un importante exportador para el resto de Europa.¹⁸ La sal de Araya llegó a adquirir tal importancia entre los comerciantes neerlandeses que, en 1602, se reunió en Hoorn un “congreso de la sal” con el fin de organizar la explotación industrial en aquel lugar. En él se decidió que los barcos salineros dirigidos a Araya navegarían en flotas bajo el mando de un almirante —convirtiéndolas prácticamente en flotas de guerra—; que llevarían armas, artillería y catapultas; y que, al arribar a la salina, elegirían un jefe que coordinaría la defensa terrestre.¹⁹ Además, los neerlandeses llegaron a desarrollar una gran organización en la explotación de la salina, pues cada ciudad tenía asignadas sus zonas de explotación, donde construían rancherías y caminerías de tablas para poder trabajar sobre los depósitos de sal. Incluso, posiblemente se llegó a organizar algún tipo de sistema de turnos entre dichas ciudades con el fin de evitar la congestión del fondeadero y lograr una ocupación casi permanente de la zona.²⁰

IMAGEN 1



Lugares donde se realizaron las principales actividades holandesas en el territorio venezolano durante la primera mitad del siglo XVII.

Fuente: elaboración propia.

Ya que el principal interés holandés estaba centrado en la extracción de sal, a pesar de la cercanía de Araya con la ciudad de Cumaná, la relación que establecieron estas flotas con los cumaneses hasta 1605 fue bastante cautelosa.²¹ Los neerlandeses no atacaron en ningún momento a los pobladores españoles ni levantaron fortificaciones con el fin de no llamar la atención. De la misma manera, las autoridades españolas en la región se vieron obligadas a tolerar estas incursiones, pues no poseían los medios adecuados para impedirlos. Por esta razón, se limitaron al establecimiento de vigías, los cuales les permitían estar prevenidos ante los movimientos holandeses y poder dar cuenta precisa de estas actividades a la península. A partir de este registro los gobernadores de Cumaná y Margarita, Diego Suárez y Fadrique Canerse, enviaron una cantidad importante de informes alertando a la corona y solicitando su ayuda para enfrentar las continuas incursiones.

Según estos informes, entre 1599 y 1604 llegaron a la salina al menos 456 naves holandesas y más de 10 000 hombres, estos, además de cargar la sal,

comerciaban “ilegalmente” con algunos de los colonos españoles e indígenas de la zona.²² Las estadísticas en estos informes enviados al Consejo de Indias son ilustrativas de la gravedad de la situación y de cómo España había perdido, ante la magnitud de la presencia holandesa, no sólo el control de la salina sino también el dominio del mar en aquella zona.²³ Tal era el control marítimo que tenían los holandeses durante aquellos años que don Diego Suárez de Amaya, al viajar junto con su familia desde Margarita a Cumaná para tomar posesión de la gobernación, no pudo acceder por la vía marítima a través del Golfo de Cariaco —que era la forma más expedita— sino que tuvo que viajar por tierra a causa de que los enemigos “señoreaban” el puerto del Ancón de Refriegas; zona por la cual habrían tenido que pasar forzosamente si hubiesen elegido la vía marítima.²⁴

La corona española consideró peligrosa esta situación y estudió varias medidas para desalojar a los intrusos: establecer un sistema de fuertes; inundar la salina; crear una armada encargada de resguardar el Caribe de incursiones enemigas;²⁵ el envío de una flota especial; incluso, se llegó a pensar en la posibilidad de envenenar la salina.²⁶ Sin embargo, no fue sino hasta 1604 cuando, como primera acción concreta por parte del consejo de estado, se dio la visita de reconocimiento a la salina por parte del ingeniero Bautista Antonelli junto al capitán Pedro Suárez Coronel.

A pesar de que la posibilidad de anegar la salina desde el puerto de Guarnache había sido vista como una opción favorable, la cual fue ampliamente apoyada por las autoridades de Cumaná y Margarita —ya que no veían en la explotación de la sal ningún provecho para España—,²⁷ a partir de su diagnóstico del lugar Antonelli descartó esta opción por considerarla naturalmente imposible. El ingeniero recomendó, en cambio, cegar la salina desde el Ancon de Refriegas, detallando en su informe los medios para realizar la operación. Así mismo, opinó en contra de la creación de la fortaleza por el enorme gasto que supondría. Sin embargo, Antonelli sugería que, en caso de ejecutarse esta opción, la fortaleza no debía levantarse en el lugar seleccionado

por los funcionarios locales —a 450 pasos del mar y 200 pasos de la salina— sino en una eminencia sobre el surgidero y Ancon de Refriegas, donde comúnmente recalaban las urcas flamencas que venían a explotar la sal, con el fin de que esta construcción permitiera la mejor defensa del puerto ante cualquier incursión.²⁸ Sin embargo, la ejecución de todas estas recomendaciones sería postergada por los altos costos que implicaban.

Ante esta situación, al año siguiente —1605— se decidió enviar desde Europa una flota con la misión especial de desalojar los navíos holandeses que se encontraran explotando la sal en Araya. Así, el 19 de septiembre don Luis de Fajardo zarpó de Lisboa con una armada de 19 embarcaciones, arribando a Araya el 6 de noviembre, sorprendiendo ocho urcas holandesas que se encontraban cargando sal. Tras una fuerte escaramuza pudo capturarlas y, un par de días después, logró apresar otra embarcación cargada con sal y destruyó las instalaciones que habían sido levantadas en tierra para la explotación del mineral. En el marco de estas acciones, en tanto España no había reconocido aún la independencia de las Provincias Unidas, no se reconocieron las patentes de corso que fueron esgrimidas por los holandeses capturados; por lo que, haciendo cumplir las leyes establecidas respecto a piratas apresados *in fraganti*, todos los holandeses capturados fueron condenados a muerte y ejecutados.²⁹

Estas acciones tuvieron una fuerte repercusión en las Provincias Unidas, donde fueron consideradas como “una masacre”, trayendo como respuesta una fuerte intensificación del corso y del contrabando flamenco frente a España.³⁰ A su vez, la situación provocó un endurecimiento de la posición española, tomando medidas para reforzar sus defensas costeras y un mayor control del tráfico comercial. En este sentido, el establecimiento del comercio neerlandés en el Caribe durante los primeros años del siglo XVII fue evidente en varias regiones. En los enclaves portuarios del occidente de la Española —Puerto Plata, Montecristi, Bayahá y La Yaguana— los buques de las Provincias Unidas mantenían un importante comercio de cueros que empleaba más de 20 navíos anuales y suponía unas transacciones cercanas a los 800 000 florines.³¹ Así

mismo, las gobernaciones de Margarita y Cumaná —en general toda la región costera que actualmente comprende el oriente de Venezuela—, experimentaron para aquellos años importantes cambios en su economía, los cuales dieron inicio a la producción y comercialización del tabaco como un rubro específicamente destinado a la exportación —principalmente impulsado a partir del contrabando generado por las naves holandesas que participaban en la explotación salinera en Araya.³² Esta situación impulsó la destrucción por parte de España de los enclaves portuarios del occidente de la Española entre 1605 y 1606; así como la prohibición, ordenada por el rey a principios de 1606, de sembrar tabaco en Venezuela, Nueva Andalucía y las islas de Barlovento por un período de diez años.³³ Ahora bien, todas estas medidas terminarían por afectar mucho más a los intereses españoles que a los de los comerciantes holandeses, pues el abandono de la costa occidental de La Española a la postre traería como consecuencia el nacimiento de *Saint Domingue*. Así mismo, gran parte del tabaco que los holandeses obtenían para su comercio en Europa era sacado directamente de un entramado de pequeños asentamientos zelandeses entre los estuarios del Orinoco y el Amazonas, así como de las propias factorías que habían establecido desde 1590 en la llamada “Costa Salvaje” —actualmente frente costero de Guyana, Surinam y la Guayana Francesa—, zona en la que el control de españoles y portugueses era meramente nominal.³⁴

A pesar de que las acciones del año 1605 en Araya golpearon fuertemente las iniciativas holandesas para explotar la sal caribeña, este período trajo consigo un gran crecimiento para el comercio neerlandés, viviendo una etapa tan floreciente que durante aquel año el proyecto de crear una Compañía de las Indias Occidentales —frente a la Compañía de las Indias Orientales que había sido creada en 1602— había progresado con bastante velocidad. Además, para 1607, después de haber tomado las Molucas en manos portuguesas, los holandeses habían logrado desarrollar un importante comercio con la costa de Guinea que les permitía establecer un amplio circuito comercial en el

Atlántico. Sin embargo, en vista de las contradictorias presiones en favor de la paz y la guerra existentes en ambos bandos, en el mismo año comenzó un intrincado proceso de negociaciones entre España y las Provincias Unidas, lo cual hizo que el proyecto de la Compañía fuera congelado.

El proceso de negociaciones concluyó primero con el alto al fuego hispano-neerlandés en abril de 1607 y finalmente con la firma en Amberes de la Tregua de los Doce Años, el 9 de abril de 1609.

La Tregua de los Doce Años

La Tregua de los Doce Años se firmó sobre la base del reconocimiento español de la independencia neerlandesa y de la mutua conservación de las posesiones que cada una de las partes tenía en las Indias para aquel momento. Esta tregua se había considerado como un posible paso al establecimiento de una paz completa. A partir de su artículo iv, España reconocía a los holandeses su derecho a comerciar con los puertos de la península ibérica, pero no con los situados más allá de la línea de Tordesillas —necesitándose para esto último un permiso especial del Rey.³⁵ Sin embargo, esta cláusula fue interpretada según la conveniencia de cada parte, lo que llevó a que prosiguiera el contrabando holandés en América, permitiendo un importante avance en la doctrina del mar fundamentada en los argumentos de Grocio. Además, la tregua dejó sin resolver la cuestión de las Indias Orientales, lo que produjo toda una serie de enfrentamientos en África Occidental, donde ambos bandos se acusaban recíprocamente de violar sus condiciones.

En América la tregua presentó al menos tres escenarios diferentes: En el caso del norte del continente el período dio inicio a la colonización holandesa en el territorio comprendido entre los actuales ríos Hudson y Delaware, la cual tendría su origen en la expedición conducida por Henry Hudson en 1608 para la Compañía de las Indias Orientales.³⁶ Así mismo, la tregua fue continuamente violada en torno a los florecientes asentamientos zelandeses alrededor de las desembocaduras del Orinoco, el Amazonas y a lo largo de la

costa de las Guayanas —la “Costa Salvaje”. En cambio, en el Caribe, aunque no dejaron de ocurrir algunas escaramuzas aisladas, el conflicto perdió gran parte de su intensidad debido a que la reapertura de las salinas ibéricas a los neerlandeses supuso que el aprovisionamiento en Punta de Araya dejara de ser rentable.

A pesar de que la sal ibérica estaba grabada y debía ser pagada por los compradores holandeses —a diferencia de lo que ocurría con la de Araya—, los mayores costes y riesgos de la navegación trasatlántica contrarrestaban esas ventajas. Por esta razón, durante la tregua España bajó la guardia en esta zona hasta el punto de suspender los proyectos específicos para la defensa de la salina de Araya y la creación de la Armada de Barlovento.

La guerra de los treinta años: las primeras estrategias globales

La tregua de Amberes no fue renovada y, tras la muerte de Felipe III en 1621, pocos días antes de su vencimiento, la política del nuevo monarca —Felipe IV— con respecto al problema neerlandés tuvo pocos cambios. Finalizada la tregua se reintrodujeron en los Países Bajos y en España los sistemas rivales de regulación económica de tiempos de guerra, que ya se habían utilizado entre 1598 y 1607, generando un cambio bastante violento en el marco existente para comercio mundial. Reiniciada la guerra, entre las estrategias económicas implantadas por los neerlandeses se provocó un cambio en las inversiones nacionales, retirándolas de Europa y destinándolas al tráfico colonial. A su vez, los ministros españoles decidieron usar el gran poder territorial y su potencial de control político de muchas fuentes de riqueza en el mundo para excluir a los neerlandeses de los principales sectores de comercio internacional.³⁷

Dado que su sistema político estaba basado en una república federal con provincias autónomas gobernadas por los estados provinciales y un organismo que unificaba solamente las actuaciones de las Provincias Unidas en política exterior, las élites mercantiles de Holanda y Zelanda —las provincias marítimas— fueron las que impulsaron el diseño de la política colonial de la república

holandesa. Dicha política estuvo basada especialmente en la creación de compañías monopolísticas por acciones, las cuales desarrollarían los intereses colonizadores y proyectos de explotación económica como empresas particulares.³⁸ Así, el interés holandés por el Caribe y la “Costa Salvaje” ya no implicaría solamente expediciones comerciales eventuales sino la búsqueda por la consolidación de un circuito comercial amplio, establecido sobre bases político-administrativas y socioeconómicas. Esto generó que se creara finalmente la Compañía de las Indias Occidentales y que en España se intentara excluir, en la medida de lo posible, a los bienes y barcos neerlandeses de todos sus dominios, con el objeto de golpear a los Países Bajos en los diferentes sectores de su economía.

La Compañía de las Indias Occidentales recibió su carta de privilegio el 3 de junio de 1621, siendo creada con un capital de 7 108 161 florines, dividido en 1 200 acciones.³⁹ Sin embargo, a principios de la década de 1620, la nueva compañía holandesa era muy precaria y no había perspectiva alguna de que esta pudiera establecer una ofensiva comparable a la que generaba su par —la Compañía de las Indias Orientales— en el lejano oriente; y, aunque la idea central que había animado la creación de esta compañía era la del desarrollo comercial, otra finalidad privaba en ella: la agresión a los intereses españoles y portugueses en América. Folletos publicados en Ámsterdam encandilaban a la opinión pública con deslumbrantes visiones de las grandes riquezas que controlaría monopólicamente la compañía: el oro de Guinea, las plantaciones de azúcar de Brasil, las minas de plata del Perú y México y la sal venezolana.⁴⁰

Es importante señalar que, como privilegio, a esta nueva compañía se le dio un *mare clausum*: el americano. Resultando así que Holanda, que tanto había luchado por el *mare liberum*, caía en el mismo vicio de propiedad de los mares: los asiáticos para la Compañía de las Indias Orientales y los americanos para la de las Indias Occidentales. Así mismo, con la creación de esta compañía se reafirmaba, a nivel político y económico, el enlace entre los intereses

privados y el soporte estatal y militar de la empresa comercial, política y colonizadora de los Países Bajos.

La guerra de los treinta años: reinicio de los conflictos por la sal de Araya

Durante los meses que siguieron al reinicio del conflicto, tras el nuevo cierre de las salinas de españolas y portuguesas para las naves holandesas, y antes de que el comercio holandés de la sal se incorporara al monopolio de la Compañía de las Indias Occidentales, algunas ciudades del norte de Holanda impulsaron un intento sostenido por reanudar el transporte de la sal caribeña de Araya, oponiéndose a que esta salina fuera incluida dentro de los límites exclusivos de la compañía.⁴¹ Pero, irónicamente en 1622, cuando los conflictos por la monopolización del comercio de sal se habían resuelto —siendo este concedido en su totalidad a la Compañía de las Indias Occidentales—, Punta de Araya, considerada por Ámsterdam como un imán para la inversión, dejaría de ser una fuente de aprovisionamiento viable; pues, aunque algunos barcos holandeses lograron cargar sal en 1621, la importancia de la salina fue percibida en la península, generando el establecimiento de un nuevo sistema de defensas, de una consideración bastante importante.

Ya en septiembre de 1621, ante una fuerte incursión holandesa en Araya, el gobernador de Cumaná, Diego Arroyo y Daza, a pesar de no poder evitar que se reconstruyeran las caminerías e instalaciones para la explotación de la salina —así como la construcción de una pequeña fortificación de madera que los holandeses llevaron pre ensamblada desde Ámsterdam y equiparon con seis piezas de artillería—, logró impedir que estas posiciones se consolidaran de manera permanente a partir de la vigilancia y control armado de la boca del río Bordones —cerca de la ciudad de Cumaná—, el cual era utilizado por los holandeses como fuente de agua potable para surtir sus operaciones —ya que en toda la península de Araya no se contaba con fuentes del vital líquido. Esta misma estrategia, incluyendo la defensa de las desembocaduras de los ríos de

Santa Fé, Mochima y Manzanares, fue utilizada a principios del año 1622, cuando se presentó en Araya una nueva incursión conformada por una escuadra de 27 urcas. En dicha oportunidad, los holandeses, además de contar unos 500 arcabuceros y mosqueteros para su defensa, se encargaron de levantar dos fuertes: uno sobre la salina en donde plantaron trece piezas de artillería y otro cercano al mar, con cinco piezas. Sin embargo, a pesar de estas fuerzas, la estrategia cumanesa de controlar las fuentes de agua nuevamente tuvo los efectos deseados pues, tras recoger precariamente la sal, los holandeses se vieron obligados a abandonar sus posiciones en la salina.⁴²

Ese mismo año, ante el crudo escenario que comprometía nuevamente el control marítimo en torno a Cumaná y la isla de Margarita, la junta de guerra de Felipe IV ordenó la construcción de un fuerte en Araya. En este sentido, el 31 de marzo de 1622 se despachó una real cédula al gobernador de Cartagena ordenándole averiguar si entre los papeles de Bautista Antonelli, los cuales eran resguardados en aquella ciudad por su hijo Juan Bautista, se encontraría algo relativo a los planes de fortificación de la salina. Además, se le mandaba enviar a la ciudad de Cumaná a los dos ingenieros que residían en Cartagena, o al menos al más antiguo, para dirigir la construcción del fuerte.⁴³ El proyecto fue así encomendado a los ingenieros Cristóbal de Roda y Juan Bautista Antonelli. Tras el arribo de los pertrechos y fuerzas para la construcción en el mes de agosto, el gobernador de Cumaná, don Diego de Arroyo y Daza, encabezó el inicio de las labores de levantamiento de la edificación y su fundación como “Real Fortaleza de Santiago del Arroyo de Araya”. Esta fortificación fue ubicada, de acuerdo a las recomendaciones que habría dado Bautista Antonelli, en un cerro que dominaba la entrada y buena parte de la salina; y, aunque los trabajos para su construcción se demoraron bastante —pues esta sólo llegó a ser concluida en 1648—, la movilización española en torno a la salina permitió que las próximas incursiones holandesas fueran repelidas con bastante efectividad.⁴⁴

Entre finales del año 1622 y principios de 1623, 104 navíos holandeses distribuidos en tres diferentes incursiones fueron repelidos exitosamente por las fuerzas instaladas en torno al nuevo fuerte —a pesar de encontrarse en una etapa muy incipiente de su construcción.⁴⁵

En aquella oportunidad, las tropas recién instaladas comandadas por el gobernador de Cumaná, lograron evitar la explotación de la salina. Además, tras la encarnizada defensa desde la fuerza en tierra, la armada de la Nueva España, con 14 galeones al mando del Almirante Tomás de Larraspuru, logró la captura de 6 de las embarcaciones salineras, así como poner en fuga a las demás naves holandesas que aún se encontraban contrabandeando en torno a las costas de Araya y Cumaná. Estas acciones causaron numerosas bajas entre los holandeses y los obligaron a regresar a Europa con las naves vacías.⁴⁶

A pesar de que en 1626 la flota de corsario holandés Bawdoin Hendrick, compuesta por 17 buques y alrededor de 1 500 hombres, además de un alto poder de fuego —a tal punto que su nave capitana contaba con 26 piezas de artillería, 2 de bronce y el resto de hierro, mientras que su almiranta con 32 piezas, 6 de las cuales eran de bronce—⁴⁷ logró desembarcar en Araya y realizar algunas operaciones de explotación de sal, la presencia permanente de la fuerza defensiva impulsó a los holandeses a dedicarse a la localización de otras salinas que no contaran con la protección que había hecho de Araya un punto poco viable para su explotación y aprovisionamiento.⁴⁸

La guerra de los treinta años: operaciones de corso y pillaje

En 1623, durante la primera reunión oficial de los directores de la Compañía de las Indias Occidentales, se plantearon tres posibles objetivos estratégicos. En el marco de la nueva situación de conflicto con la península, estos objetivos eran tanto comerciales como bélicos: intentar un nuevo y más fuerte ataque en contra de las defensas de Araya; capturar una gran base española en el Caribe; u, organizar una expedición de pillaje a las costas del Pacífico americano.

Aunque la opinión de la mayoría de sus directivos favorecía la organización de grandes operaciones de pillaje, al realizarse estas no tuvieron mucho éxito. Dados los múltiples fracasos de las grandes empresas, a partir del año 26 los directores de la Compañía Holandesa se vieron obligados a abandonarlas y a organizar pequeñas operaciones de pillaje, las cuales les rendirían una gran cantidad de frutos a partir de una menor inversión. Así, la compañía se dedicó a fomentar y organizar el corso caribeño, obteniendo de ahí sus más importantes dividendos. Baste decir que hasta 1647 la compañía obtuvo dos terceras partes de sus beneficios del corso, y sólo una tercera parte del comercio, el contrabando y el transporte de sal.⁴⁹

Sin embargo, a diferencia de las cámaras de la Compañía de las Indias Occidentales de Holanda y Groningen, que centraban su atención por lo que refiere al Nuevo Mundo en estas operaciones de conquista y ataque a barcos españoles, sin demasiado interés en el establecimiento de colonias, la cámara de Zelanda tenía una visión distinta. Sus representantes, junto con algunos comerciantes particulares, seguirían esforzándose en el proyecto que los ocupaba desde hacía más de dos décadas: el desarrollo de establecimientos para la plantación y el comercio de tabaco en las Guayanas y la Amazonía.

En 1626, zarpó de Texel rumbo a Brasil una flota de 30 buques que fueron puestos al mando de Bawdoin Hendrick con la intención de dar apoyo a la escuadra neerlandesa que había tomado por asalto Bahía. Sin embargo, a causa de toda una serie de demoras, no logró arribar a Bahía antes de que fuera reconquistada por los españoles. Por esta razón la flota decidió dirigirse al Caribe, con el fin de sacar algún provecho de aquella expedición. Después de fracasar en San Juan de Puerto Rico, parte de la flota tomó rumbo a costas del oriente venezolano, donde asaltó los puertos de Pampatar y la Asunción en la isla de Margarita. Posteriormente las naves se dirigieron hacia Araya donde, tal y como se comentó en el apartado anterior, a pesar del enfrentamiento con los defensores del fuerte de Santiago del Arroyo —el cual aún se encontraba en construcción—, lograron embarcar un cargamento de sal. Posteriormente la

flota se trasladó a Bonaire, para reaprovisionarse y dirigirse una vez más hacia las Antillas Mayores.

La beligerancia marítima, particularmente intensa en el Caribe en los años 1629-1633, también fue complementada por verdaderas invasiones que prácticamente trasladaron la guerra a tierra. Hubo varios intentos de desplazar colonias españolas. Así, en Puerto Rico en septiembre de 1625, las fuerzas holandesas se propusieron conquistar San Juan, como consta en una memoria del Consejo de Indias de esa época.⁵⁰ Así mismo, en 1629 Johann Adrian Hauspater —quien anteriormente había sido hecho prisionero en Araya por don Luis de Fajardo— dirigió un ataque contra de Santo Tomé de Guayana. Según parece, este ataque tenía la finalidad de lograr un asentamiento holandés en el lugar, pues los holandeses traían una gran fuerza y, tras ocupar la ciudad, comenzaron a desembarcar ladrillos, cal y toda otra serie de materiales con el fin de construir un fuerte permanente. Entre tanto, los vecinos españoles quemaron la población y huyeron a la selva donde iniciaron una guerra de guerrillas mientras los holandeses cavaban los cimientos del fuerte. A causa de la resistencia local Hauspater llegó a perder 200 hombres en pocos días y se convenció de que el lugar no era el más apropiado para el establecimiento de una colonia. Por lo tanto, abandonó la zona y se dirigió a Santa Marta, atacando aquella ciudad.⁵¹ Una de las principales consecuencias de esta expedición fue la consolidación de la alianza con los indígenas caribes; junto con quienes, ya desde antes de 1624, los holandeses realizaban expediciones a lo largo del Orinoco y del Casiquiare.⁵² Apoyándose en esta alianza, los holandeses lograron avanzar aún más en su penetración a la selva guayanesa, dominando el Esequibo y afianzando sus pequeños asentamientos del Delta del Orinoco⁵³.

El cenit de esta actividad de pillaje fue la captura de la Flota de la Plata mexicana en la bahía de Matanzas en Cuba, por la flota holandesa capitaneada por Piet Heyn en 1628. En aquel episodio, Heyn se dirigió con 24 navíos hacia La Habana a la espera de las flotas hispanas que debían regresar a la península

con mercancías y metales preciosos. Aparecida la de Nueva España, fue atacada y capturada en la bahía sin que se le pudiera prestar auxilio. El botín obtenido fue de 15 millones de florines —unos cuatro millones de ducados— y permitió que ese año la Compañía de las Indias Occidentales entregase a sus accionistas un dividendo equivalente al 50 por 100 del capital invertido.⁵⁴ Las ganancias y el prestigio recuperado por la compañía tras esta captura permitieron la realización de una nueva operación de gran envergadura. Aunque un importante número de sus directivos era partidario de la captura de una base en el Caribe, esta vez se decidió planear una expedición con el fin de obtener una base de operaciones segura en Brasil. Esta nueva flota, compuesta por 67 barcos al mando del almirante Hendrik Corneliszoon Loncq, fue la que tomó para manos holandesas Olinda y Pernambuco en 1630.⁵⁵

Igualmente, como secuela de la acción de Heyn, un mayor número de buques de la Compañía de las Indias Occidentales irrumpió en aguas americanas pretendiendo ganancias de la actividad corsaria. Entre ellos Cornelius Goll —llamado “Pie de palo” en varios documentos españoles—, al menos en tres ocasiones —1629, 1638 y 1640— mantendría en vilo a las autoridades españolas al merodear por las costas cubanas, intentando repetir, sin éxito, la hazaña de 1628.⁵⁶

La guerra de los treinta años: la búsqueda y explotación de otras salinas

Aunque el embargo español había afectado notablemente todos los sectores del comercio europeo de Holanda y Zelanda, el problema más agudo seguía planteándose con los suministros de sal.

Los estados generales apreciaron desde un principio la amenaza potencial que entrañaba para su industria arenquera la exclusión de las salinas ibéricas. Sin embargo, en Holanda se había confiado en que las salinas de Araya podían resolver ese problema, pero después de las derrotas sufridas en esta zona a

principios de la década de los 20 los holandeses se vieron apremiados por la necesidad de explotar otras salinas.

En aquellos años fue publicado el libro de De Laet: *Mundo nuevo o descripción de la India Occidental* el cual, desde la experiencia de la Compañía de las Indias Occidentales, articulaba el reclamo de posesión holandesa sobre el hemisferio americano, configurando el imaginario neerlandés sobre el Caribe y solidificando nociones geográficas con las emergentes doctrinas sobre el derecho al comercio y la libre navegación.⁵⁷ En el tercer capítulo del Libro 18, “Descripción del cabo llamado Araya, y de las demás célebres salinas cercanas”, se incluía información acerca de la isla de La Tortuga —pequeña isla al norte de las costas venezolanas que no debe ser confundida con la Isla Tortuga ubicada al norte de Haití—; junto con la desembocadura del río Unare, en la costa de Tierra Firme, como zonas ricas en sal y con muy poca presencia de fuerzas españolas para su resguardo.⁵⁸ Esto despertó el interés del consejo de delegados de la Compañía de las Indias Occidentales donde se concentrarían inicialmente en desarrollar operaciones para la explotación de las salinas en la isla de La Tortuga y posteriormente también desarrollarlas en la desembocadura del río Unare, así como de la pequeña salina en la isla de San Martín.

A diferencia de Araya, en La Tortuga no existía un yacimiento natural, ya que la isla carecía de una laguna que permitiera la acumulación de sal y, además, la misma se inundaba durante el tiempo de lluvia. Por esta razón, cuando en 1628 el gobernador de Venezuela, don Francisco Núñez Melean, junto al ingeniero Juan Bautista Antonelli, quien para aquel entonces dirigía la construcción del castillo de Araya, fueron comisionados para examinar la isla, los españoles le restaron importancia a la misma considerando muy poco factible su aprovechamiento. Sin embargo, para finales de aquella década los holandeses se asentaron en ella e iniciaron su explotación a partir de la instalación de un ingenioso y complejo sistema conformado por once bombas que impulsaban el agua del mar hasta unas lagunas artificiales en el interior de

la isla. Allí, el líquido se evaporaba, permitiendo la acumulación y posterior aprovechamiento de la sal. Para principios de los años 30, junto a las instalaciones para la explotación salinera, habían logrado instalar un fuerte para su defensa lo que les permitió alcanzar una producción de sal con niveles bastante aceptables.⁵⁹

Ante aquella situación, en el año 1631 el gobernador de Venezuela mandó una expedición a la isla la cual capturó dos urcas holandesas y destruyó las instalaciones que se habían construido pero los holandeses las rehicieron al año siguiente. De esta manera, en 1632 se extraían semanalmente de La Tortuga 12 000 fanegas de sal, con las que se cargaban 30 o 40 barcos.⁶⁰

Las actividades holandesas continuaron en la isla a pesar de varias operaciones españolas que buscaban detener la explotación a partir de la captura de los enemigos y la destrucción de las instalaciones. Finalmente, en 1638 Benito Arias Montano, como gobernador de Cumaná, organizó un importante ataque en contra de una expedición holandesa que se encontraba en pleno proceso de extracción de la sal.⁶¹ A partir de este ataque el gobernador logró destruir el fuerte que los holandeses usaban como defensa, junto con todas las instalaciones de explotación salinera. Además, de acuerdo con la recomendación de Juan Bautista Antonelli, organizó el trabajo para anegar totalmente la salina, dificultando enormemente para el futuro cualquier actividad de explotación en el lugar.⁶²

En Holanda, además de la carencia de sal, el problema tenía que ver con su calidad. En el período comprendido entre 1628 y 1632, al recibirse las grandes cantidades de sal provenientes de La Tortuga los problemas cuantitativos parecían resueltos. Sin embargo, resultó ser que la sal de La Tortuga no era del todo adecuada para salar el pescado, lo que seguramente influyó en el abandono definitivo de esas salinas por parte de los holandeses en el año 38, tras las acciones del gobernador de Cumaná.

Otra salina explotada en el Caribe venezolano durante esta etapa se localizó en la desembocadura del río Unare. En esta zona, los holandeses

también llegaron a construir un fuerte para defender el proceso de explotación y establecieron una alianza con los indígenas locales para su continuo abastecimiento de alimentos. Sin embargo, los mismos fueron expulsados en 1633 por las acciones del mismo gobernador de Cumaná, Benito Arias Montano.⁶³ En 1640 los holandeses reanudarían la explotación de esta salina, dando inicio a un nuevo establecimiento que aparentemente, además de garantizar las actividades de explotación, pretendía generar un enclave permanente en Tierra Firme —desplazando a los españoles como colonos, tal y como ya lo habían adelantado en el noreste de Brasil. En agosto de aquel año se encontraban en la boca del río Unare unas ocho naves y hasta 700 hombres atrincherados en un fortín que había sido fabricado en Holanda y transportado por piezas hasta aquel lugar.⁶⁴ En esta oportunidad el gobernador de Cumanagoto, don Juan de Orpín, armó un contingente conformado por unos 120 españoles y reforzado por un gran número de indios *píritus*, con el cual pudo expulsar nuevamente a los holandeses de aquella zona.⁶⁵ Sin embargo, ya que dicha gobernación no tenía fuerzas para mantener el control del área —y ante severas amenazas del regreso de los holandeses—, el gobernador Orpín, actuando sin el apoyo real, decidió movilizar sus fuerzas para, en 1642, anegar la salina dejándola inútil para cualquier aprovechamiento futuro.⁶⁶

La guerra de los treinta años: colonización y establecimiento de una nueva base holandesa en el Caribe

Con la creación de la Compañía de las Indias Occidentales se reafirmaría el enlace entre los intereses privados y su soporte estatal y militar en Holanda. La Compañía, un antiguo proyecto del calvinista William Usselinx, era una poderosa organización de accionistas con facultades comerciales y gubernamentales casi ilimitadas, aunque responsable en última instancia ante el gobierno de la nación. Así, para aquellos años, las particularidades organizativas de la Compañía y los estados generales permitirían hablar de la implantación de un modelo particular de colonización; detallado en los

documentos correspondientes a su constitución. Según el propio Uselincx, los proyectos colonizadores llevados a cabo por la Compañía de las Indias Occidentales debían estar dirigidos a conducir familias neerlandesas y protestantes a los nuevos territorios americanos que fuesen conquistados. Sin embargo, la principal diferencia de este modelo con el español sería que, precisamente en este caso, la colonización se pretendía llevar bajo la supervisión y dirección de la Compañía y no de los estados generales. Es decir, la colonización se desarrollaría dentro de un esquema principalmente impulsado por la impronta del negocio privado y, aunque los estados generales apoyaron las iniciativas privadas en los aspectos militares y políticos, estas no serían consideradas nunca un asunto de estado, tal como sucedió en el caso español.

En este sentido, desde los Países Bajos a partir de 1621 se empiezan a proyectar diferentes empresas de colonización comercial y demográfica. La gran mayoría de mismas, aunque apenas tuvieron éxito a nivel demográfico sirvieron para desarrollar una importante red de contrabando y comercio organizado en América, al margen de las autoridades españolas; aunque, contradictoriamente, en convivencia con ellas. El establecimiento de esta red resultó ser uno de los factores más influyentes en el avance del comercio interregional en toda el área de las Antillas y el Caribe continental.

En este sentido, a pesar de los diferenciados intentos por establecer posiciones en el Brasil y América del Norte, las principales áreas en que pudo consolidarse la expansión de los estados generales fueron, desde finales del siglo XVI, algunas islas antillanas del Caribe y en la “Costa Salvaje”.⁶⁷ Desde estos enclaves se consolidaría la infiltración de las flotas holandesas en el monopolio castellano en América y el desarrollo parcial de un comercio directo con diferentes regiones dentro del monopolio hispano en el área antillana, la zona costera norte de Tierra Firme y el Reino de Nueva España; además de un intercambio con la población nativa caribeña, de las islas antillanas y de los ríos Guayaneses.⁶⁸

En el año de 1634 se renuevan las intenciones de las compañías holandesas de expandirse a expensas de España y Portugal. Aunque la conquista de Pernambuco había logrado aumentar el prestigio de la Compañía de las Indias Occidentales, la posición de los holandeses, arrinconados en esa cabeza de playa por las tropas hispano-portuguesas no representaba ningún beneficio económico. Así mismo, la situación generada tras la pérdida de San Martín en 1633, además de los fuertes golpes sufridos en Araya, la Tortuga y el Unare, obligaron a los neerlandeses a buscar un nuevo puerto seguro en el Caribe. Por esta razón, en 1634 la Compañía de las Indias Occidentales concibió un plan para establecer una base permanente en la isla de Curaçao y apoderarse también de sus vecinas Aruba y Bonaire; donde ya desde 1621 barcos holandeses atracaban para abastecerse de algunos recursos valiosos como madera y sal en menor medida.

El 28 de julio de 1634 una flota, comandada por Johan van Walbeeck, tomó la isla de Curaçao, venciendo fácilmente la resistencia de la pequeña tropa española dirigida por el gobernador Lope López de Morla. Esta nueva posición insular supondría un importante clave, desde el punto de vista de la estructura organizativa de la presencia holandesa en las Antillas.⁶⁹ La toma de la isla generó dos consecuencias inmediatas en el territorio venezolano; la primera fue que, dada la cercanía del enemigo a las costas corianas, el obispo de Coro incentivó la mudanza de la sede del obispado de Venezuela a una nueva catedral en Caracas; y la segunda, el redoblamiento de las actividades defensivas en toda la región.

En Madrid, la pérdida de Curaçao, considerada fácil de defender y peligrosamente cercana a la principal línea marítima entre Panamá y Sevilla, se vio como una importante derrota. Esto generó que se estableciera una junta específica, presidida por el conde duque de Olivares, para estudiar la situación. La misma decidió enviar tropas para expulsar a los holandeses; sin embargo, el nuevo escenario mundial, producto de la guerra contra Francia y la intensificación de la lucha en Brasil, supuso que el proyecto de reconquista de

Curaçao fuera archivado indefinidamente. Entre tanto, en la isla los holandeses prepararon sus defensas en contra de una posible expedición española de represalia.

Durante este período una pequeña colonia zelandesa en la isla de Tobago, establecida a finales de la década de los 20, fue eliminada por los españoles de Venezuela. En este ataque los defensores holandeses, en un episodio casi único en la historia de este conflicto en el Caribe, fueron masacrados. Esta noticia desató la cólera en los Países Bajos, y como represalia las tropas holandesas asentadas en el Esequibo, al mando de Aert Gronnewegen, y siguiendo instrucciones recibidas directamente de Holanda, saquearon Santo Tomé en el río Orinoco y atacaron Trinidad en 1637.⁷⁰

Ante estas nuevas acciones, con el fin de desafiar la supremacía naval que los holandeses habían establecido, a finales de la década de 1630, por iniciativa del virrey de la Nueva España se dio inicio a la creación de una fuerza naval permanente para operaciones en el Caribe: la Armada de Barlovento. Sin embargo, esta nueva flota no impidió que, a principios de los años cuarenta, se reforzaran ininterrumpidamente las fortificaciones y las fuerzas navales en Curaçao y también se diera inicio a una política holandesa de agresiones esporádicas a los asentamientos españoles en Venezuela, Nueva Granada, Cuba y Puerto Rico, combinada con un hostigamiento marítimo sistemático.

Entre las nuevas arremetidas neerlandesas, en octubre de 1641 las autoridades de Curaçao pasaron a la ofensiva preparando una expedición de seis barcos que, comandada por Heyndrick Gerritszuna, recorrió el golfo de Venezuela y entró en el lago de Maracaibo tomando algunas pequeñas embarcaciones y sometiendo al saqueo y al pillaje a los pequeños asentamientos de la zona —Barbacoas de Moporo, Pazante y Tomoroco—, apoderándose de algunos cargamentos de tabaco y cacao, y posteriormente saqueando la ciudad de San Antonio de Gibraltar.⁷¹

En réplica a esta arremetida, desde Venezuela, Ruy Fernández Fuenmayor organizó un destacamento que expulsó a los holandeses de Bonaire, pero no se

decidió atacar la base principal de Curaçao; desde donde se seguirían organizando algunas operaciones de pillaje contra las provincias españolas — como los ataques a Coro y Puerto Cabello en 1642.

El tratado de Münster

A partir de 1640, los diferentes reveses sufridos por España —comenzando por la insurrección catalana, la pérdida de Artois ante los franceses y la devastadora secesión de Portugal— obligaron a que la monarquía suavizara su política en contra de Holanda y buscara un acuerdo a cualquier precio.

Aunque durante todo el transcurso de la guerra se dieron algunas conversaciones y negociaciones secretas, las conversaciones públicas por la paz comenzaron a mediados de la década de 1640 y terminaron con la firma del tratado de Münster en 1648, el cual reconocería las posesiones holandesas en las Indias y daría fin a la Guerra de Treinta Años.

La paz de Westfalia respondió a toda una estrategia global. Esta les permitió a los españoles, no sólo cerrar el frente norte en Flandes e iniciar así su recuperación territorial, sino también, encontrar un posible aliado comprometido en la defensa del *status quo* colonial —que para aquel momento era puesto en riesgo por las pretensiones hegemónicas de Francia e Inglaterra—, capaz de asegurarle a España el respaldo naval y recursos financieros. La paz suponía el reconocimiento tanto de los asentamientos neerlandeses en América como de los derechos de la Compañía de las Indias Occidentales para comerciar directamente con ellos. Por vez primera la monarquía hispánica desistía de su teórico exclusivismo en la zona, lo que no suponía que renunciase al monopolio del tráfico sobre los dominios de su jurisdicción, ya que prohibía comerciar con los territorios españoles. Así mismo, con respecto al tema de la sal, si bien se incluyeron en el artículo XIII del tratado algunas disposiciones relativas a su comercio, por las que se regulaba la exportación de sal española a puertos neerlandeses y viceversa, Madrid se mantuvo firme en su negación

frente a las aspiraciones neerlandesas de explotar las salinas americanas —entre las cuales Araya seguía teniendo un atractivo fundamental.

De acuerdo a los argumentos diplomáticos planteados por los neerlandeses en los años siguientes para soportar sus continuas aspiraciones a la explotación de las salinas de Araya, estos, en el pasado, habían practicado la explotación y el comercio de la sal desde aquel lugar y habrían mantenido asentamientos estables en la zona. Incluso, en el marco de estas controversias, desde el seno del propio Consejo de Indias surgieron algunas voces que, como la del conde de la Roca, exigían el uso de recursos tan valiosos como las salinas de Araya como elementos de intercambio con La Haya para forzarla a realizar una serie de concesiones diplomáticas. “Desde una óptica pragmática, resaltaba la necesidad de contar con un respaldo naval lo suficientemente fuerte para que, sin resultar amenazador, se pudiera hacer frente a la pujanza inglesa en las Indias Occidentales, a pesar de que, a cambio, se tuviesen que efectuar determinados indultos sobre el monopolio”.⁷²

Ahora bien, aunque estas salinas pudieran haberse convertido en un factor de acercamiento entre las Provincias Unidas y la monarquía católica, nunca se llegó a un acuerdo sobre su explotación. Más bien, a partir de la firma de Münster, las principales actividades de los holandeses en el Caribe, ahora oficialmente como aliados de los españoles, se verían volcadas al contrabando y al tráfico negrero, generando que Curaçao y San Eustaquio se convirtieran en grandes puertos de tráfico; iniciando una etapa en la que el capital neerlandés en América influiría de manera determinante en la materialización de los sistemas económicos de plantación que llegarían a caracterizar al Caribe.⁷³

El conflicto hispano-holandés a la luz de un naciente sistema mundial

A pesar de que en este artículo no hemos estudiado de manera específica las características del conflicto hispano-holandés durante la primera mitad del siglo XVII, la revisión que hemos hecho en torno a las acciones que durante

dicho período enfrentaron a holandeses y españoles en el área que actualmente comprende el Caribe venezolano y sus zonas vecinas, nos permite confirmar la tesis de que las mismas se insertan dentro de estrategias bélicas globales, las cuales sólo tenían en estas zonas uno de tantos escenarios para la acción, en el marco de un conflicto desarrollado a escala mundial.

En este sentido, durante el periodo referido es posible observar claramente tres etapas diferentes: la primera etapa de 1598 a 1609, se ve caracterizada por el cierre de las salinas europeas a los holandeses y, como consecuencia de esto, la explotación que ellos hacen de las salinas de Araya; la segunda etapa comprendida entre 1609 y 1621, corresponde a la Tregua de los Doce Años y se caracterizó por discretas actividades de colonización holandesa en sectores muy periféricos de América y el de los conflictos por la sal caribeña como consecuencia de la reapertura de las salinas de ibéricas a los holandeses; y finalmente, el tercer período durante la Guerra de los Treinta Años (1621-1648), caracterizado por un recrudecimiento de las actividades en el Caribe. Este recrudecimiento implicó nuevamente el conflicto por el control de las salinas, pero también el surgimiento de importantes actividades de corso y pillaje entre los puertos americanos, junto con la intensificación de las actividades comerciales de contrabando promovidas por los holandeses con los diferentes puertos americanos.

Así mismo, a pesar de que las investigaciones previas se han enfocado principalmente en las actividades desarrolladas por los holandeses en torno a la explotación de las salinas en la región —lo que ha llevado a denominar a los holandeses que operaron en el Caribe venezolano durante aquellos años como los “Corsarios de la Sal”—,⁷⁴ la revisión que hemos hecho ha permitido la identificación de al menos cuatro diferentes tipos de actividades desarrolladas en el marco de este conflicto.

Dentro del primer tipo de actividades se encuentran aquellas relacionadas con la extracción de la sal —realizadas en Araya, La Tortuga, el Unare, entre otras—; dentro del segundo tipo, las actividades de corso y pillaje realizadas en

los puertos y ciudades —La Asunción, Porlamar, Santo Tomé de Guayana, Maracaibo, Gibraltar, Coro, Puerto Cabello, entre otras—; el tercer tipo de actividades estaría caracterizado por la búsqueda y el establecimiento de una nueva base holandesa en el Caribe —reflejado en la conquista de Curaçao, Aruba y Bonaire—; y finalmente, el cuarto tipo de actividades estaría relacionado con el establecimiento de pequeñas colonias factorías dedicadas fundamentalmente al cultivo del tabaco y su exportación a Europa —el caso de aquellas colonias ubicadas en la “Costa Salvaje”, el Delta del Orinoco, Tobago, entre otras.

En los años que mediaron entre la tregua de los doce años con España —1609— y el tratado de Breda con Inglaterra —1667—, la expansión que alcanzaron las dos pequeñas provincias que constituían el alma de las Provincias Unidas, Holanda y Zelanda, resulta un fenómeno muy particular. Tanto que, el gentilicio de la primera acabó por calificar popularmente al conjunto de los llamados Países Bajos. Este período contempla el nacimiento y desarrollo del imperio colonial holandés.⁷⁵ Como consecuencia inmediata del conflicto, a partir de aquellos enclaves que Holanda logró adquirir a lo largo y ancho de todas las Indias —los cuales, como Curaçao, durante los años anteriores a 1648 y la paz de Westfalia, se encontraban aislados de los continentes, y en este caso específico, tan desprovistos de cualquier tipo de aprovechamiento económico que los directores de la Compañía de las Indias Occidentales pensaron seriamente en abandonarla para ahorrarse así el gasto que suponía su mantenimiento—, se logró el afianzamiento de las posiciones económicas holandesas cerca, tanto de los territorios caribeños, como de una gran parte del mundo.

Así, resulta llamativo que mientras en Europa el conflicto hispano-holandés respondía principalmente a fines políticos independentistas, dicho conflicto en territorios americanos correspondió fundamentalmente a intereses económicos; y, aunque estos obviamente, influyeron a su vez en el desarrollo de las actividades políticas y las campañas europeas, una vez finalizada la guerra se

mantuvo esta misma tendencia.⁷⁶ Y es que, los factores económicos se habían convertido en la base de un sistema mundial de relaciones de poder, el cual una vez establecido se iría reforzando prolongando su existencia —aunque con una serie de cambios— hasta nuestros días.

Fuentes

ARCHIVOS

AGI Archivo General de Indias, Sevilla, España.

AHN Archivo Histórico Nacional, Madrid, España.

BIBLIOGRAFÍA

Boogart, Ernst van den, Pieter Emmer, Peter Klein y Kees Zandvliet, *La expansión holandesa en el Atlántico, 1580-1800*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992.

Britto García, Luis, *Demonios del mar. Piratas y corsarios en Venezuela 1528-1727*, Caracas, Comisión Presidencial del v Centenario de Venezuela, 1998.

Britto García, Luis, *Señores del Caribe. Indígenas, conquistadores y piratas en el mar colonial*, Caracas, Fundación Tradiciones Caraqueñas, 2001.

Bruni Celli, Blas, *Relaciones de mérito y servicios de funcionarios de España en Venezuela*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2016.

Crespo Solana, Ana, “Holanda en el Caribe desde la perspectiva comparada. Aportación al debate sobre los modelos de expansión en los siglos XVII y XVIII” en CATHARUM *Revista de Ciencias y Humanidades del Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias*, núm. 9, 2008, Tenerife, pp. 39-48.

Dávila P., Rafael, “La sal: objetivo codiciado por Holanda en las Provincias de Nueva Andalucía y Venezuela durante el Siglo xvii”, *Tiempo y Espacio*, vol. xxxiii, núm. 64, 2015, Caracas, pp. 45-71.

De Laet, Joannes, *Mundo nuevo o descripción de las Indias Occidentales*, Caracas, Universidad Simón Bolívar, 1988.

Felice Cardot, Carlos, *Curazao hispánico (antagonismo flamenco-español)*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1973.

Goslinga, Cornelio, *Los holandeses en el Caribe*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1983.

Gutiérrez Escudero, Antonio, “Los holandeses en América del Norte y el Caribe en el siglo xvii” en Luis Navarro García (coord.), *Historia de las Américas*, 3 vols., Sevilla, Universidad de Sevilla/Editorial Alhambra, pp. 783-794.

Haring, Clarence, *El comercio y la navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos*, París, Brujas, 1939.

Haring, Clarence, *Los bucaneros de las Indias Occidentales en el siglo xvii*, París, Brujas, 1939.

Herrero Sánchez, Manuel, “La explotación de las salinas de Punta Araya. Un factor conflictivo en el proceso de acercamiento hispano-neerlandés (1648-1667)”, *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 15, 1993, Madrid, pp. 173-194.

Israel, Jonathan, *The Dutch Republic and the Hispanic World, 1606-1661*, Oxford, Clarendon Press, 1982.

Israel, Jonathan, *Empires and Entrepots. The Dutch, the Spanish Monarchy and the Jews, 1585-1713*, Londres, The Hambeldon Press, 1990.

Klooster, Wim y Gert Oostindie, “El Caribe holandés en la época de la esclavitud”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 51, núm. 2, 1994, Sevilla, pp. 233-259.

Lucena, Manuel, *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América*, Caracas, Editorial Grijalbo, 1994.

Mártir de Anglería, Pedro, *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Editorial Bajel, 1942.

Ojer, Pablo, “Una aristocracia indígena: Los indios píritus”, *SIC*, núm. 198, 1957, Caracas, pp. 380-383.

Ojer, Pablo, *Las salinas del oriente venezolano en el siglo XVII*, Caracas, UCAB, 1962.

Pérez de Tudela y Bueso, Juan, *De guerra y paz en las Indias*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999.

Rey González, Juan Carlos, “Los corsarios de sal. La penetración holandesa en el Caribe”, *El Desafío de la Historia*, año 2, núm. 13, 2010, Caracas, pp.54-61.

Rey González, Juan Carlos, “Benito Arias Montano: un gobernador cumánés azote del enemigo holandés”, *El Desafío de la Historia*, año 4, núm. 27, 2011, Caracas, pp. 92-97.

Rojas, Arístides, *Orígenes venezolanos*, Caracas, Oficina Central de Información, 1972.

Rondón, Yonezka, “La región histórica margariteña y su influencia en la conformación de redes comerciales en el Caribe”, *Memorias Revista digital de*

Historia y Arqueología desde el Caribe colombiano, año 7, núm.12, 2010, Barranquilla, pp. 97-128.

Santana Pérez, Germán, “Canarias: base de la actuación holandesa en el Atlántico (siglos xvii y xviii)”, *Cuadernos de Historia Moderna*, núm. 29, 2004, Madrid, pp. 91-109.

Varela, Jesús, *Las salinas de Araya y el origen de la Armada de Barlovento*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1980.

Verna, Paul, *El descubrimiento, el genocidio de los indios y Gibraltar, ciudad martirio de Venezuela*, Caracas, Briceño y Asociados, 1995.

Wilson, Charles, *Los Países Bajos y la cultura europea del siglo xvii*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1968.

Wolff, Jennifer, “Venisti tandem: Johannes de Laet y la articulación del imaginario geográfico holandés sobre el Caribe, 1625-1641”, *Caribbean Studies*, vol. 43, núm. 2, 2015, Río Piedras, Puerto Rico, pp. 3-32.

Zambrano Pérez, Milton, “Piratas, piratería y comercio ilícito en el Caribe: La visión del otro (1550-1650)” en *Historia Caribe*, núm. 12, 2007, Barranquilla, pp. 23-56.

¹ Israel, *The Dutch Republic*, 1982, p. xv.

² Zambrano, “Piratas, piratería”, 2007, p. 49.

³ Wilson, *Los Países Bajos*, 1968, p. 63.

⁴ A pesar de que la actividad corsaria estuvo “regulada” en Holanda por ordenanzas de 1597 y 1622; en España hasta la segunda década del siglo xvii esta condición no fue reconocida a los buques de esta nación que navegaban como tales, siendo más bien considerados como piratas y, además, como “herejes”. Véase Zambrano, “Piratas, piratería”, 2007, p. 52.

⁵ Goslinga, *Los holandeses en el Caribe*, 1983, p. 110.

⁶ Zambrano, “Piratas, piratería”, 2007, p. 46.

⁷ Se ha calculado que la expansión de la flota naval holandesa le permitió incrementarse alrededor de unas 150 embarcaciones en 1550, a un número de 4 000 unos 100 años después. De esta manera, casi tres cuartas partes de los buques de comercio en Europa enarbolaban bandera holandesa para aquel momento. Véanse Goslinga, *Los holandeses en el Caribe*, 1983, p. 110, y Gutiérrez, “Los holandeses en América”, 1991, p. 783.

⁸ El tratado de Vervins contenía una “cláusula secreta” según la cual se planteaba la continuación de la guerra marítima al este del meridiano de las Azores y al sur del Trópico de Cáncer. Lo que implicó la paz europea pero el recrudecimiento de las hostilidades, fundamentalmente, en el Mar Caribe.

⁹ Klooster y Oostindie, “El Caribe holandés”, 1994, p. 236.

¹⁰ Santana, “Canarias: base”, 2004, pp. 93-94.

¹¹ Rondón, “La región histórica”, 2010, p. 106.

¹² El término “Batallas de la Sal” ha sido usado en reiteradas oportunidades: Britto García lo popularizó para el caso venezolano a partir de su novela *Demonios del mar*. Véase Britto, *Demonios del mar*, 1998, pp. 366 y 382. De manera particular, este fenómeno fue estudiado a profundidad para el caso venezolano por Dávila, “La sal: objetivo”, 2015, pp. 47 y 57. De manera divulgativa ha sido abordado por Rey, “Los corsarios de sal”, 2010, pp. 54-61, y Rey, “Benito Arias”, 2011, pp. 92-97. Sin embargo, aparentemente fue Cornelio Glosinga el primero en acuñarlo para referirse a las acciones que durante la primera mitad del siglo xvii enfrentaron a holandeses y españoles en el Caribe. Véase Goslinga, *Los holandeses en el Caribe*, 1983, p. 110.

¹³ Arístides Rojas llegó a afirmar a finales del siglo xix que la presencia holandesa en la salina de Araya databa de 1542 —esta misma fecha es manejada por Haring en su clásico estudio de principios del siglo xx—, sin embargo, esta información no es confirmada por ninguna de las otras fuentes que hemos consultado. Véanse Rojas, *Orígenes venezolanos*, 1972, p. 188, y Haring, *Los bucaneros de las Indias*, 1939, p. 45.

¹⁴ Las noticias de la existencia de estas salinas habían sido difundidas en Europa a partir de la descripción que hizo Pedro Mártir de Anglería en sus *Décadas del Nuevo Mundo*, 1942, p. 86. Las mismas habían sido localizadas por los europeos Alonso Niño y Cristóbal Guerra alrededor del año 1500. Sin embargo, no fue sino hasta 1569 cuando el gobernador de Cumaná, don Diego Fernández de Serpa, tomó posesión de ellas, incorporándolas a su jurisdicción. A partir de aquel año los españoles desarrollaron algunos intentos para su explotación; sin embargo, a pesar de la facilidad de su extracción, la sal de Araya no representaba un producto atractivo para la economía local —dominada casi de manera exclusiva por las perlas producidas en los ostrales de Cubagua y Margarita—, ni tampoco para la economía ibérica, la cual podía abastecerse de las salinas españolas y portuguesas. Véase Ojer, *Las salinas del oriente*, 1962, p. 5.

¹⁵ Lucena, *Piratas, bucaneros*, 1994, p. 125.

¹⁶ Goslinga, *Los holandeses en el Caribe*, 1983, p. 112.

¹⁷ El éxito de los holandeses a partir de su expansión comercial en el Caribe, aunado a los altos costos que suponía armar las naves de guerra, implicó cambios también en la práctica del corso caribeño que venía siendo desarrollada durante el siglo xvi por parte de navegantes franceses e ingleses. Muchos de estos sustituyeron la práctica de corso abierta, aunada a una política militar agresiva, por expediciones

“más pacíficas”, orientadas fundamentalmente al contrabando. Sin embargo, esto no implicó una suspensión total de las actividades hostiles ya que aún fueron muchos los corsarios ingleses que persistieron en las actividades de asalto y saqueo, como sucedió con Simón Boreman en 1601, quien asoló las mismas costas de Cumaná mientras contrabandeaba a partir de una suerte de comercio “a la fuerza”. Es ilustrativo de este tipo de actividad la nota de Bautista Antonelli en su relación al rey de 1604: “hallé que en el río Bordones, que está dos leguas de Cumaná avia quatro navíos de rescate, y entre ellos vno inglés cargado en Londres, y en él venían dos mercadres, el vno Florentín y el otro Arragoces [*sic*]: trayan mucha mercancía, ansí de Inglaterra como de Italia: estos navíos van corriendo toda la costa de Cumaná, Goto, Caracas, Río de la Hacha, Santamarta, y de allí atraviesan a la isla Española, donde acaban de vender, y cargar de cueros, y supieron como V. Magestad mandava hacer esta diligencia por una canoa que tomaron de Cumaná y echaron la gente a tierra y se llevaron la canoa”. Véase Rojas, *Orígenes venezolanos*, 1972, pp. 395.

¹⁸ Varela, *Las salinas de Araya*, 1980, p. 56.

¹⁹ Britto, *Señores del Caribe*, 2001, p. 182.

²⁰ Varela, *Las salinas de Araya*, 1980, pp. 76-77.

²¹ Zambrano, *Piratas, piratería*, 2007, p. 44.

²² *Ibid.*, p. 73.

²³ Dávila, “La sal: objetivo”, 2015, p. 54.

²⁴ Rondón, “La región histórica”, 2010, p. 107.

²⁵ La llamada “Armada de Barlovento”, cuyo proyecto fue constantemente discutido en España durante aquellos años.

²⁶ Haring, *El comercio y la navegación*, 1939, p. 136.

²⁷ Ya al menos desde 1600 se planteaba esta posibilidad, tal y como se aprecia en uno de los mapas de la época que aparentemente habría sido enviado por el contador de Cumaná, Pedro Luis de Vargas. En el mismo se indica sobre el punto de tierra entre las salinas: “Desde estas salinas hasta la principal hay novecientos pasos y tierra llana y puede romperse y echar la mar dentro y no ser de más provecho”. Planta de las salinas de Araya y costa hasta Cumana, 1600, en Archivo General de las Indias (en adelante AGI), MP-Venezuela, exp. 9.

²⁸ Rojas, *Orígenes venezolanos*, 1972, pp. 390-399.

²⁹ Britto, *Señores del Caribe*, 2001, p. 186. De acuerdo con Arístides Rojas sólo un grupo de los holandeses habría sido ejecutado, mientras que los demás habrían sido conducidos a la fortaleza de Cartagena, donde se mantendrían prisioneros hasta 1609, época en que España firmaría la Paz de Amberes con los Países Bajos, dando inicio a la Tregua de los 12 años. Véase Rojas, *Orígenes venezolanos*, 1972, p. 189.

³⁰ Britto, *Señores del Caribe*, 2001, p. 187.

³¹ Gutiérrez, “Los holandeses en América”, 1991, p. 791.

³² Rondón, “La región histórica”, 2010, p. 107.

³³ Israel, *Empires and Entrepots*, 1990, p. 201.

³⁴ Boogart, Pieter, Klein y Zandvliet, *La expansión holandesa*, 1992, pp. 91-93.

³⁵ Haring, *Los bucaneros de las Indias*, 1939, p. 57.

³⁶ Desde 1602, tras el reconocimiento oficial en los Países Bajos de la Compañía de las Indias Orientales como principal organización mercantil dedicada al comercio con el Extremo Oriente, se plantearon algunos proyectos que también tuvieron una influencia directa en América —a pesar de que esta no fuera su principal intención. En este sentido, con el fin de superar la competencia comercial establecida fundamentalmente por ingleses y portugueses, la Compañía de las Indias Orientales se propuso la búsqueda de vías más cortas para dirigirse hacia los mares de China. El principal de dichos proyectos tuvo su inicio en 1608, cuando se acordó con Henry Hudson —de origen inglés— que dirigiera una expedición con el objetivo de hallar una ruta al Asia por el norte de América. La expedición de Hudson llegaría el 3 de septiembre a la entrada de la rada que en el futuro se convertiría en puerto de New York; la cual, a pesar de haber sido descubierta por Verrazano en 1524 y re explorada un año después por el español Esteban Gómez, pareció a Hudson y sus hombres el acceso al paso del Noroeste. A pesar de no lograr encontrar dicho paso —que de hecho no existía— la expedición impulsó a Holanda reclamar esos territorios, los cuales estarían bajo la administración inicial La Compañía de la Nueva Holanda. Aunque en la década de 1610 esta zona no alcanzó un importante desarrollo como proyecto colonizador, ya que únicamente se levantaron algunas factorías en la ribera del río Hudson para comerciar pieles con los indios mohicanos, en 1621, con la creación de la Compañía de las Indias Occidentales que sería su sucesora en la administración local, se plantearon nuevos intentos que permitieron a Holanda mantenerse, sin mayores problemas, en el norte de América durante unos cuarenta años. Véase Gutiérrez, “Los holandeses en América”, 1991, pp.783-786.

³⁷ Israel, *The Dutch Republic*, 1982, p. 93.

³⁸ Crespo, “Holanda en el Caribe”, 2008, p. 40.

³⁹ Lucena, *Piratas, bucaneros*, 1994, p. 125.

⁴⁰ Israel, *The Dutch Republic*, 1982, p. 125.

⁴¹ Rojas, *Orígenes venezolanos*, 1972, p. 189.

⁴² Dávila, “La sal: objetivo”, 2015, pp. 57-59.

⁴³ Construcción del fuerte de punta de Araya, Madrid, 31 de marzo de 1622, en AGI, Santo Domingo 869, exp. leg. 7, fs.163r-163v.

⁴⁴ A pesar del éxito que a la postre demostraría la construcción de la fortaleza para la defensa de las salinas, para aquellas fechas existían varios detractores al proyecto. En este sentido, el gobernador de Margarita se referiría explícitamente a sus debilidades, así como a la revaloración de la opción de inundar la salina. En este sentido, en el mapa que acompaña una comunicación emitida por este desde la isla en 1623 se indica: El sitio “tiene así mismo tres faltas notables: La primera y más esencial es faltarle a esta fuerza de todo punto de donde ser socorrida en una necesidad y cuando de la Margarita se pudiera socorrer con cincuenta hombres, si el enemigo como tan práctico pone dos urcas en Guaranache (punto A) es cosa imposible poder entrar. La segunda poderle quitar el sustento que ha de ser así mismo de acercamiento por la mar, y esto se puede hacer con dos urcas que se pongan en el golfo (punto C) y otras dos en la ensenada de Guaranache (punto A). La tercera es de batería por la frente de tierra (punto B) de

suerte que si el enemigo entrase con armada de propósito esta en conocido riesgo la fuerza por falta de socorro a cuya causa es remedio más seguro y menos costoso por ser el gasto de una vez, cegar la salina como su Majestad mandó los años pasados, supuestos que su sal no sirve ni es de provecho más que a los flamencos y si el enemigo no vuelve con armada ni trae más fuerza que las urcas que hasta aquí han venido es suficientísimo remedio soldados en campaña que no los dejasen trabajar en la salina”. Véase Planta irregular para el sitio sobre el surgidero de Ancón de refriegas en la salina de Araya, hecha por el capitán don Andrés Rodríguez de Villegas, gobernador de esta isla Margarita por el Rey, nuestro señor, Margarita, 15 de mayo de 1623, en AGI, MP-Venezuela, núm. 14.

⁴⁵ En el plano de la planta del lugar donde se debía levantar el fuerte, elaborado por Juan Bautista Antonelli y Cristóbal Roda se da cuenta de la rápida acción del gobernador de Cumaná —previa a la llegada de los ingenieros— en el levantamiento provisional de estructuras para la defensa para resistir estos ataques: “Cuando llegué a este sitio hallé que el gobernador se había fortificado para la defensa de los enemigos que no tomasen sal. Y fue muy necesarios y convenientes los reparos que van declarados [...] algunas cosas necesarias que estaban por acabar se van acabando para esta defensa y reparos hasta que se haga la fortificación principal y en todos estos reparos no hay cosa superflua antes se van ahora acabando algunas cosas que le faltaban que después de acabada la fortificación se ha de quitar todo”. Véase Planta de çitio del çerro que llaman de Daniel en donde se a de hazer el castillo para la guardia destas salinas en donde se va declarando los miembros del castillo por sus guarismos, Araya, 22 de abril de 1623, en AGI, MP-Venezuela, núm. 12. Aparentemente uno de los principales baluartes de la fuerza lograría ser concluido a principios de 1625, ya que, de acuerdo al testimonio dejado por Arístides Rojas a finales del siglo XIX, en el museo de Caracas reposaba una pieza de piedra de la fortaleza con la siguiente inscripción: “En 4 de diciembre —no se puede leer el año por haberse roto la parte superior de la laja— reynando Don Philipe 4 Rey d. España y de las Yndias N° Sr se empezó esta fábrica siendo Governador y Capit. General en estas provincias Don Diego de Arroyo Daza, y se acabó este lienzo y punta de este baluarte en 1 de Henero de 1625 quedando plantada el artillería”. Véase Rojas, *Orígenes venezolanos*, 1972, p. 186.

⁴⁶ Felice, *Curazao hispánico*, 1973, p. 114, y Bruni, *Relaciones de mérito*, 2016, pp. 59-61.

⁴⁷ Lucena, *Piratas, bucaneros*, 1994, p. 136.

⁴⁸ Una vez levantada la fortaleza, se lograría cumplir fielmente su propósito, aunque supondría una enorme carga para las arcas españolas. En una memoria inédita sobre la Provincia de Cumaná, escrita por el virrey de Santa Fe, don Jorge de Villalonga, en 1720, citada a finales del siglo XIX por Arístides Rojas, se indicaba que el fuerte de Santiago de Arroyo tenía una dotación de 246 plazas —200 fusileros, 20 artilleros; junto con los demás empleados y oficiales. De acuerdo con esta, “el sostenimiento de este tren costaba al gobierno español 31.923 pesos fuertes al año, y añadidos los demás gastos ascendía a cerca de 41.360 pesos”, los cuales eran enviados desde Nueva España. En 1761, tras la evaluación del gobierno español sobre la inutilidad de la fortaleza para aquel momento —sobre todo por la pérdida del valor estratégico de la sal de Araya en el escenario mundial— la fortaleza fue abandonada y destruida. Según Arístides Rojas, “había costado más de un millón de pesos y durante su existencia había consumido por dotación cerca de ocho millones de pesos”. Véase Rojas, *Orígenes venezolanos*, 1972, pp. 191-195.

⁴⁹ Lucena, *Piratas, bucaneros*, 1994, p. 132.

⁵⁰ Klooster y Oostindie, “El Caribe holandés”, 1994, p. 237.

- ⁵¹ Lucena, *Piratas, bucaneros*, 1994, p. 147.
- ⁵² Britto, *Señores del Caribe*, 2001, p. 203.
- ⁵³ Boogartk, *La expansión holandesa*, 1992, p. 93.
- ⁵⁴ Gutiérrez, “Los holandeses en América”, 1991, p. 792.
- ⁵⁵ Pérez y Bueso, *De guerra y paz*, 1999, pp. 91-101.
- ⁵⁶ Gutiérrez, “Los holandeses en América”, 1991, p. 792.
- ⁵⁷ Wolff, “Venisti tandem”, 2015, p. 3.
- ⁵⁸ De Laet, *Mundo nuevo*, 1988, pp. 1203-1205.
- ⁵⁹ Goslinga, *Los holandeses en el Caribe*, 1983, p. 120.
- ⁶⁰ Lucena, *Piratas, bucaneros*, 1994, p. 144.
- ⁶¹ Victoria del Gobernador de Cumaná contra 8 navíos holandeses, Sevilla, 1639, en Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), diversas colecciones, vol. 26, núm. 81.
- ⁶² Rey, “Benito Arias”, 2011, pp. 95.
- ⁶³ Relación de la victoria del capitán B. Arias contra Holanda, Sevilla, 1633, en AHN, diversas colecciones, vol. 26, núm. 65.
- ⁶⁴ De acuerdo con la relación que hace Juan de Urpín: “llegó el Gobernador a reconocer a los enemigos el 15 de agosto acompañado de otros soldados y halló entre la Salina y la resaca del mar (cosa inaudita!) un fuerte de madera tan grande, tan bien dispuesto y fabricado, artillado, municionado, con tanta guarnición, con tan buen foso y tan bien ceñido del mar como pudiera si hubieran trabajado en él en aquel sitio muchos oficiales muchos meses, muchos años: pareció parto prodigioso de los montes. Es sin duda que la fábrica se meditó y trazó y se ajustó en Olanda, y que ajustadas las maderas se pudo armar en el espacio breve de siete días”. Véase Rojas, *Orígenes venezolanos*, 1972, pp. 401-411.
- ⁶⁵ A partir de estas acciones de apoyo en la defensa ante los holandeses, por real cédula expedida el 3 de mayo de 1642 se otorgó a los indios píritus el privilegio de no ser encomendados. Véase Ojer, “Una aristocracia indígena”, 1957, p. 382.
- ⁶⁶ Britto, *Señores del Caribe*, 2001, p. 218.
- ⁶⁷ Producto de este sistema de relaciones, la “Costa Salvaje” experimentó una fuerte transformación hasta convertirse en una región puramente caribeña, tanto desde el punto de vista de su funcionalidad económica como de sus características sociales.
- ⁶⁸ Crespo, “Holanda en el Caribe”, 2008, pp. 39-43.
- ⁶⁹ *Ibid.*, p. 42.
- ⁷⁰ Israel, *The Dutch Republic*, 1982, p. 274.
- ⁷¹ Verna, *El descubrimiento, el genocidio*, 1995, p. 129.
- ⁷² Herrero, “La explotación de las salinas”, 1993, p. 174.
- ⁷³ Crespo, “Holanda en el Caribe”, 2008, p. 41.
- ⁷⁴ Rey, “Los corsarios de sal”, 2010, pp. 54-61.

⁷⁵ Gutiérrez, “Los holandeses en América”, 1991, p. 783.

⁷⁶ Sería importante resaltar, aunque no haya sido desarrollado en este texto, el papel transversal que jugaron en este conflicto las diferencias y persecuciones de tipo religioso, impulsadas fundamentalmente por la posición católica de la corona española, frente a judíos y protestantes que conformaban el grueso de la población de las Provincias Unidas, ya desde aquellos años.

La batalla de Cayo st. George. Una aproximación desde la hermenéutica de la frontera

Ana E. Cervera Molina*

*La historia es la reconstrucción siempre
problemática e incompleta de lo que ya no es.
La memoria es siempre un fenómeno actual,
un vínculo vivido en el eterno presente.
La historia una representación del pasado.*

Les lieux de mémoire, Pierre Nora

Introducción

El 10 de septiembre de 1798, tuvo lugar el último intento de desalojo de los ingleses arranchados en los territorios del Walix por parte de las autoridades españolas. La confrontación armada ocurrida en esa fecha en el Cayo St. George, también conocido como Cayo Cocina o Caxina, fue una batalla sin grandes proezas militares. De ella, poco se podrán valer los narradores de las gestas heroicas de las guardias milicianas españolas a pesar de que la avanzada hispánica fue liderada por un condecorado mariscal de campo, gobernador y capitán general de Yucatán: don Arturo O'Neill de Tyronte y O'Kelly (1736-1814), mientras que su contraparte fue capitaneada por un comerciante inglés de maderas apenas conocido: Thomas Paslow. Sin embargo, con el paso del tiempo los efectos del suceso armado han ido tomando tintes interesantes, en especial, cuando quienes narran los efectos del acontecimiento sobre el devenir de las naciones participantes son de origen inglés o beliceño.

La batalla de Cayo St. George, realizada a 97 millas aproximadamente de la actual frontera México-Belice, en el distrito de Corozal, ha sido determinante para la construcción histórica de dicha frontera, puesto que el espacio que comprende toda la franja costera ubicada desde Bacalar hasta lo que hoy identificamos como Belize City fue una zona de afluencia constante en la que frecuentemente, en periodos de guerra en Europa, autoridades españolas increparon de manera violenta a los cortadores ingleses arranchados en la zona en pos de mantener intacta la soberanía hispánica en la misma. A lo largo del siglo XVIII, estos cortadores, vinculados fuertemente al comercio de maderas vía Jamaica, lideraron una delicada y compleja avanzada silenciosa sobre territorio español, la cual, en efecto, violentaba los acuerdos internacionales que las coronas a las que pertenecían signaban, pero lo hacían de manera muy sutil, con base en una complicada estrategia que negaba su presencia en el área.

Por su parte, el Cayo St. George (véase fig. 1), es una pequeña isla en forma de media luna ubicada a ocho millas de Belize City que depende del Belize District. Actualmente, su importancia es menor en relación a la costa beliceña y su población permanente es muy escasa. Según Molina Solís, el cayo cuenta “con una milla de largo y cien yardas de ancho, aproximadamente”.¹ Pero a principios del siglo XVII este islote era considerado como el lugar favorito de los bucaneros que surcaron las costas de la Bahía de Honduras para establecer negocios.² En el siglo XVIII, la importancia cardinal de este pequeño bloque terrestre se fundaba sobre el hecho de ser una pequeña isla autónoma próxima a la zona concedida por Carlos III a los ingleses para la explotación exclusiva de palo de tinte en el Tratado de Versalles de 1783 y en la Convención de Londres de 1786 (véase fig. 2).

FIGURA 1



(ST. GEORGE'S CAY)

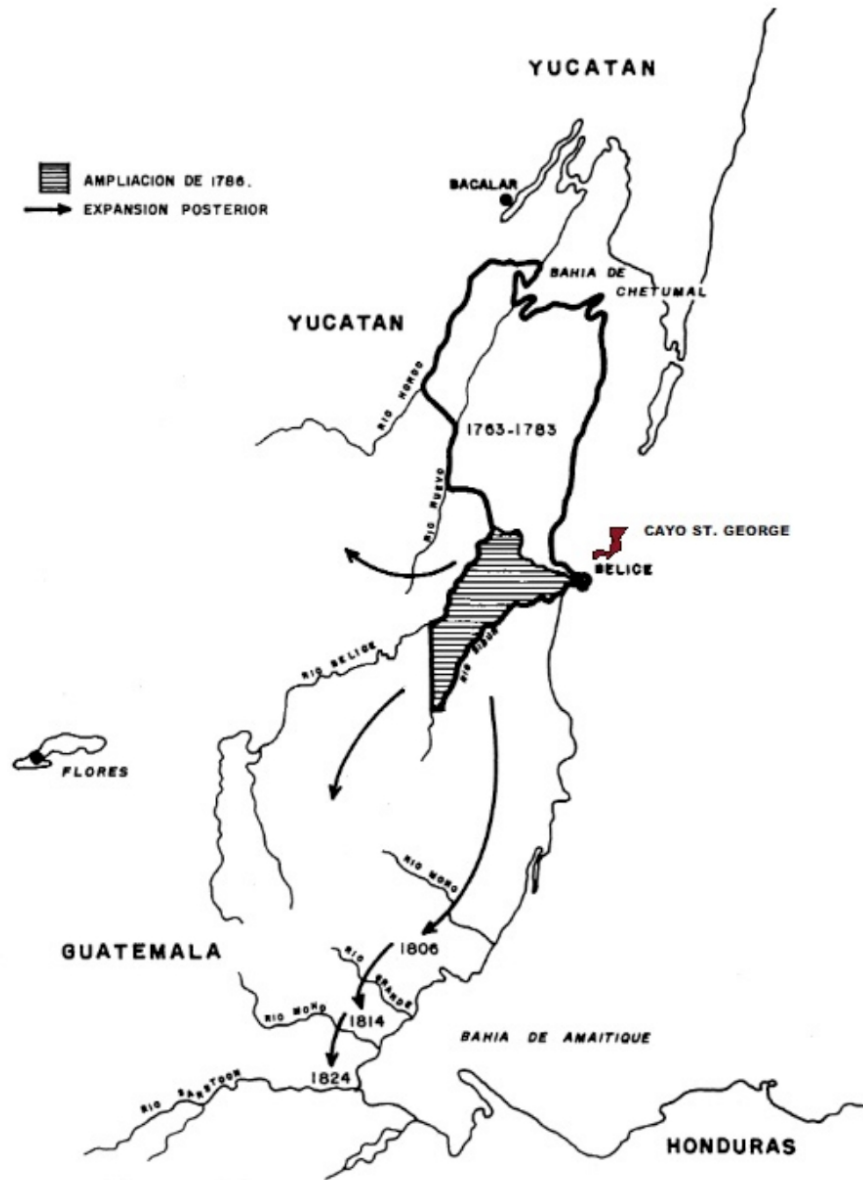


ADAPTED FROM Cartografia de Ultramar (MADRID); ANON. MAP-1780

Mapa de "Caio Cosina" atribuido a un "espía español" en 1764.
Adaptación de A. K. Craig con base en la versión española de 1780.

Fuente: Craig, *The Geography of Fishing*, 1966, p. 67.

FIGURA 2



El territorio beliceño a partir del arreglo de 1786.

Incorporación del Cayo St. George con base en el mapa original de 1993 creado por Jan de Vos.

Fuente: De Vos, Las fronteras, 1993, p. 75.

Como bien se sabe, una batalla siempre tiene al menos dos partes, y nunca será interpretada de la misma forma por los vencidos, ni por los vencedores, así como tampoco por los que vinieron después de la confrontación armada listos para construir naciones y nacionalismos producto de las proezas de héroes caídos. Es este cambio vertiginoso en la interpretación

de un mismo hecho lo que me lleva a recurrir a la hermenéutica como un modo de entender lo sustancialmente móvil de la enunciación de la historia y la forma en que la memoria activa el poder referencial del presente. Pero, al ser la historia de la batalla de Cayo St. George parte sustancial de la construcción de la actual frontera México-Belice, es pertinente hablar de una hermenéutica de la frontera en la que un fenómeno tan complejo como el nacimiento de un bloque liminal se entrecruza con el punto retórico en el que se construye el legítimo derecho de acceso a la tierra visto desde posturas muchas veces diferenciadas, la mayor parte del tiempo encontradas.³

De esta forma, la hermenéutica de la frontera busca referir la naturalización discursiva del derecho jurídico de un Estado sobre el territorio y el aislamiento de este con respecto al todo que lo contiene a través de un diálogo constante entre la continuidad y la discontinuidad en los modos de territorialización del espacio. En esta forma de lectura espacial de los efectos del Estado colonial sobre el territorio, la colonia representa el poder, visible a través de la acción de los representantes administrativos del rey, y la frontera los límites de su acción legal frente a otro que reconoce como no perteneciente a su comunidad.

Un encuentro poco trascendente pero definitivo, septiembre de 1798. La batalla de Cayo St. George

La batalla de Cayo St. George es un ejemplo claro de cómo podría leerse un fenómeno bajo la óptica de la hermenéutica de la frontera. En ella, la interpretación de los resultados de la confrontación armada está mediatizada por la experiencia y el posicionamiento de quien establece su estar ahí para enunciar la historia. Para unos fue un suceso decisivo que marcó su acceso legal al territorio, para otros un evento sin trascendencia que no otorga ni quita soberanía. Contrario a lo que se creería, en sí misma la batalla es un lugar de enunciación.

El ámbito académico no es ajeno a esta postura polarizada de interpretación del suceso. Desde el punto de vista hispánico podemos tomar como ejemplo el extenso trabajo del sevillano José Antonio Calderón Quijano, quien se posiciona como una de las autoridades académicas en cuanto a materia de jurisprudencia territorial de Belice y Yucatán se refiere. En su extenso trabajo *Belice 1663 (?) - 1821...*, el autor solo contempla tres fechas relevantes en las que se modifica el estatus jurídico de Belice (1783, 1786 y 1826) dejando ligeramente de lado el hecho de la batalla de Cayo St. George (1798), momento en el que sí hay un cambio importante en el modo en cómo los cortadores ingleses accedieron y se organizaron en los territorios, aunque este solo sea un cambio de orden nominal en el ideario colectivo. En su texto, Calderón Quijano reconoce este acontecimiento, pues le dedica una somera reflexión a la expedición que en su momento liderará Arturo O'Neill,⁴ pero no lo considera de suma relevancia puesto que no generó un tratado diplomático en el que se violentara o defendiera la soberanía española sobre el territorio, sino que sólo alimentó la creencia inglesa de que Gran Bretaña se había anexionado estos dominios por derecho de conquista.

Desde la perspectiva anglosajona, por su parte, tenemos autores como Mavis C. Campell, profesora emérita de historia en el Amherst College de Massachusetts, que en su libro *Becoming Belize...* ha puesto especial interés en esta batalla apuntando su valor fundacional en la creación de British Honduras y en el sentido de pertenecía a la tierra de sus colonos que derivó de ella. Su historia está hecha a partir de archivos y documentos ingleses.⁵ Por su parte, en el lado beliceño, muy aliñado a la postura de Campell, esta batalla ha sido de orden fundacional para la estructuración de su perspectiva nacionalista. En 1898, 100 años después de ocurrida la batalla, *The Colony Secretary* declaró el 9 y 10 de septiembre como días de celebración pública en recuerdo de lo ocurrido en aquellas fechas un siglo atrás, actualmente, solo en el 10 de septiembre se celebra The Battle of St George's Caye Day Parade.⁶

Si bien es cierto que el discurso hispanista ha minimizado el impacto de esta batalla, también lo es que septiembre de 1798 no fue una fecha decisiva para el nacimiento jurídico administrativo de la frontera centroamericana entre Nueva España y Honduras Británica, ya que su impacto diplomático fue menor. Sin embargo, este no es un hecho que valga por su producción diplomática, sino que es uno que vale por su capacidad simbólica, la cual estriba en el ejercicio de una nominalidad que hasta entonces no había encontrado pretexto jurídico para su existencia.⁷

Con al menos un siglo de confrontación entre autoridades españolas e inglesas, la batalla de Cayo St. George sí dio una justificación nominal al imaginario inglés para la anexión de este territorio por parte de Gran Bretaña durante el siglo XIX. En esta batalla, la naturaleza, el desconocimiento del terreno, y una serie de órdenes mal acatadas cobraron una elevada factura a la política de no confrontación del Príncipe de la Paz, Carlos IV, que los ingleses supieron aprovechar con singular perspicacia. Varios factores de diversa índole fueron determinantes para la pérdida de gran parte del territorio perteneciente a la Capitanía General de Yucatán en manos inglesas. Factores como la variación climática por temporadas, las enfermedades, la crisis económico-administrativa que impuso el reformismo absolutista borbónico, el insostenible monopolio comercial de las compañías de Indias, la lejanía de los centros de poder, la centralización de recursos en las metrópolis, el desconocimiento del modo de navegación de ciertas zona de Yucatán y el Caribe continental por parte de la armada española y el eterno desfase histórico entre Europa y América, entre otros, abarcaron más de un siglo de sigiloso avance poblacional inglés sobre el Caribe continental que pronto encontraría su espacio de legitimación en el territorio que hoy reconocemos como Belice.

Del lado español la avanzada estuvo liderada por Arturo O'Neill de Tyrone y O'Kelly, quien fue gobernador y capitán general de Yucatán de 1793-1800. Nacido en Irlanda, pasó muy joven a España, y comenzó su carrera militar como cadete en el regimiento de Hibernia. Tiempo después y tras

varios éxitos militares, tomó parte en la expedición de Martinica y luego en la de Pensacola bajo las órdenes del general Bernardo Gálvez. El rechazo triunfal de sus enemigos en la plaza de Pensacola en 1781, al mando del cuerpo de cazadores, le valió el gobierno de la misma, razón por la cual fue apto para solicitar el gobierno de Caracas o el de Yucatán. Por sus grandes méritos militares fue nombrado gobernador y capitán general de Yucatán, cargo del que tomó posesión el 29 de junio de 1793, en sustitución de José Sabido Vargas, sucesor provisional en el cargo después del asesinato de Lucas del Gálvez.⁸

En la escena internacional, el 6 de octubre de 1796, tras la firma de La Alianza de San Ildefonso con Francia, España reanuda las hostilidades contra Inglaterra declarándose Carlos IV profundamente agraviado por toda la serie de injurias que los ingleses habían cometido contra los españoles y hacia sus nuevos amigos franceses. Las políticas comerciales expansionistas de Inglaterra establecieron como prioridad comercial para España la expulsión de los súbditos británicos a toda costa de territorio amigo, bajo la consigna que estos habían violado los acuerdos intercoloniales firmados en los Tratados de Versalles de 1783, los cuales pretendían regular su estadia en las tierras liminales de Nueva España:

Con tan reiterados e inauditos insultos que ha repetido al mundo aquella nación ambiciosa los ejemplos de que no reconoce más ley que la del engrandecimiento de su comercio por medio de un despotismo universal en la mar, ha apurado los límites de mi moderación y sufrimiento, y me obliga para sostener el decoro de mi Corona, y atender a la protección que debo a mis vasallos, a declarar la guerra al rey de Inglaterra, a sus reinos y súbditos, y a mandar que se comuniquen a todas las partes de mis dominios las providencias y ordenes que correspondan y conduzcan a la defensa de ellos, y de mis amados vasallos, y a la ofensa del enemigo.²

Ante este llamado a las armas hecho por Carlos IV en 1796, las autoridades coloniales españolas en América, acostumbradas a los “capitanes de guerra”, vieron una oportunidad para recuperar su decadente economía mermada por el bloqueo de las comunicaciones entre México y Las Antillas,¹⁰ apuntando a la recuperación de los dominios concedidos para la explotación extranjera. Para lograr su objetivo fueron paulatinamente expandiéndose a las

periferias y centrándose en lanzar expediciones diplomáticas con la misión de negociar con las potencias rivales con el fin de conservar su territorio y soberanía tal como era conocida hasta entonces. En esta lógica se produjo el último intento español de reconquista del área del Walix, basado en la idea de recuperar lo ocupado, que se jugaba la última carta diplomática en las cortes al tiempo que otorgaba autonomía al gobernador local para la defensa de los márgenes y el desalojo de los intrusos arranchados.

En la declaración de guerra de 1796 se alegaba que los ingleses habían empezado a construir fortificaciones en territorios no autorizados por España, rumor que se venía gestando con fuerza desde varias décadas atrás. Junto a hechos concretos, también existieron pruebas y testigos recuperados en los diarios de los comisarios españoles durante sus visitas a los establecimientos ingleses que aseguraban que dichos asentamientos se gobernaban por sí mismos y que Gran Bretaña los había oficializado al otorgarle valor jurídico a la existencia de sus magistrados.¹¹ Efectivamente, todos estos hechos violaban los Tratados de Versalles de 1783 en donde se establecieron los límites de acción entre España y otras potencias y donde se puntualizó fuertemente la no construcción de estructuras de defensa y la imposibilidad de auto-gobernación de los asentamientos extranjeros.

El 7 de diciembre de 1796 el conde de Balcarres, Alexander Lindsay, gobernador de Jamaica, decidió tomar medidas respecto a un incidente ocurrido con un comisario español durante su visita a los establecimientos británicos en la Bahía de Honduras. En instrucciones privadas, Balcarres dice a Barrow que él, como superintendente, jugará el doble papel de administrador civil y comandante en jefe de los súbditos de Su Majestad los cuales estaban o serían armados para la defensa de los “Settlers of the Bay Honduras” en caso de ruptura con España.¹² Aunque en específico los establecimientos ingleses del río Walix no constituían todavía una propiedad inglesa que le permitiera injerencia a Lindsay, la firma del Tratado de San Ildefonso entre España y Francia en agosto de ese mismo año precipitó la orden del sanguinario

gobernador de Jamaica. Alentado por las políticas expansionistas inglesas, Alexander Lindsay mandó construir dos endeble fortificaciones; una a las orillas del río Belice o Walix, y otra cerca de Cayo Cocina, las cuales resultarían decisivas en la batalla de Cayo St. George frente al embate español, y uno de los motivos por los que, en 1798, Arturo O'Neill emprendiera su controversial expedición en contra de estos dominios con la intención de expulsar a los enemigos del rey para gloria y honor de Su Majestad:

Aún antes de haber S.M. declarado la guerra al de la Gran Bretaña, se habían empezado a fortificar los ingleses establecidos en la costa oriental de esta provincia, retirándose de los ríos Hondo, Nuevo, Norte, Sibún, y Cayo Cocina; y reuniéndose todos en las costas de Walix, donde han formado dos baterías, una en cada orilla a su entrada de fosa grande de madera trabadas con ligazón y sobre ellas una explanada coronada de Artillería, y lo mismo le aseguran haberse ejecutado en la punta de Jaloba que es la entrada por Río Viejo al de Walix, teniendo armados para su defensa de 1 300 a 1 500 hombres de todas castas, a quienes disciplinan sin las tripulaciones de los buques que hallen en dicho río.^{[13](#)}

En 1797, un año después de la declaración general de guerra, don Arturo O'Neill, escribió al virrey de Nueva España, marqués de Branciforte, sobre la necesidad de un último y definitivo desalojo de los ingleses cortadores de Palo de Tinte (*Baymen*) de los territorios españoles ocupados por estos. Ya la declaración de guerra de 1796 había modificado la política de tolerancia hacia estos asentamientos, por tanto, era el momento idóneo para retomar las hostilidades. El comisionado para la segunda visita anual de 1798 fue Juan O'Sullivan, sargento mayor veterano del Batallón de Milicias de Campeche, pero su labor fue sucesivamente interrumpida por la no cooperación inglesa del superintendente Hunter, quien se negaba a designar una contraparte inglesa que acompañara a la española, al tiempo que los magistrados se negaban a dar validez a los datos proporcionados por O'Sullivan, violentando de nuevo los tratados.^{[14](#)}

Después de un año de tensas negociaciones, en mayo de 1798, O'Neill por fin obtiene la ayuda del comandante general de marina de La Habana, don Juan de Araoz, y encabeza la última batalla de reconquista y expulsión inglesa

de los habitantes de la Bahía de Honduras tratando de seguir con la exitosa tradición de eliminación de extranjeros sobre la cual se había construido y sostenido su carrera militar y la de muchos españoles en la península de Yucatán, en especial, después del desalojo de 1779 de Cayo Cocina en el que muchos ingleses perdieron sus propiedades sin ser recompensados.¹⁵ A la batalla que derivó de esta confrontación se le llamó, posteriormente, “batalla del Cayo St. George o San Jorge”, y fracasó en sus intentos de desalojo, aún frente a las grandes expectativas que sobre ella había augurado el gobernador de Yucatán, obligando a las colonias a negociar una serie de concesiones que resultarían muy provechosos para Inglaterra, y para el contrabando de mercancías por consecuencia, y que fueron, al momento de firmar la paz entre España y Gran Bretaña (1862), la primera aparición nominal de Belice y de los *Baymen* claramente como territorio y ciudadanos pertenecientes a la Honduras Británica. Tras conseguir el apoyo de Araoz para emprender el desalojo, O’Neill tuvo a su disposición dos fragatas de guerra, una al mando de don Sancho de Luna, y la otra al mando de don Francisco de Fuentes Bocanegra, para limpiar de corsarios las costas de Yucatán, sin embargo, después de que las embarcaciones llegaron a Bacalar, las tropas reales en tierra provenientes de Campeche y Yucatán tardarían poco más de un mes en reunirse y salir de Mérida rumbo a la Laguna. En el inter, en pleno julio y tras días de espera, las provisiones y el agua empezaron a mermar significativamente en las fragatas y los soldados españoles empezaron a caer gravemente enfermos, víctimas de picadura de los moscos, la fiebre amarilla y el dengue:

No llegó el caso de que estos Buques se empleasen en el todo de la empresa, como quería O’Neill pues aunque salieron de Campeche el 20 de Mayo de este año escoltando el convoy que aquel Jefe dirigía contra dichos establecimientos no pudieron pasar del paraje que llaman el Contoy, tanto porque la mayor parte de dichos buques no daba lugar a navegar en aquella sonda, cuanto porque la misma escasez de agua y víveres con que se hallaban, avanzada la estación en medio de los escollos de que abundan aquellos estares, los exponía a perecer si intentaban pasar adelante con el convoy, por cuyas causas se vieron obligados a arribar a Campeche el día 30, de Julio último, después de dos meses de su salir de este puerto.¹⁶

El 3 de septiembre de 1798 las tropas españolas, saliendo desde Campeche, emprendieron la emboscada contra los asentamientos ingleses del Walix, pero se encontraban desnutridas, sin agua, diezmados por la fiebre, en estado convaleciente por el dengue, sin medicamentos, y en total desconocimiento del suelo marítimo y terrestre, de las corrientes, de los vientos y de la entrada de los “nortes” o “vientos de agua” al inicio de la temporada de huracanes en la península yucateca.¹⁷ Ante tales circunstancias, el 10 de septiembre cuando la batalla tuvo lugar, esta no duró mucho, las grandes fragatas cañoneras traídas desde La Habana y Veracruz optaron por no acercarse lo suficiente a la entrada del río como para emprender la emboscada y se retiraron. La poca población de soldados españoles en condiciones de pelear no pudo maniobrar e ir a la guerra con aproximadamente 354 hombres *on float* dispuestos en un precario sistema de goletas y balandras hechas de retazos de palo de tinte, con cañones improvisados, y manejadas por esclavos.¹⁸ Ante esto, O'Neill se vio en la necesidad de intercambiar cañonazos a lo largo de un par de horas con los enemigos ingleses y marcar la retirada al ver el nulo avance de acuerdo al plan de apoyo. Finalmente, los colonos ingleses de los establecimientos del río Walix se declararon a sí mismos como vencedores:

Varios oficiales suplicaron a O'Neill que no pusiese en riesgo su persona, por ser muy importante su vida para el éxito de la expedición; más él, desatendiendo todo ruego, se dio a la vela con dirección al enemigo, como a las dos de la tarde, en compañía de las cuatro cañoneras comandadas por D. Pedro Grajales, D. Feliciano Mallen, D. José Díaz y el capitán del batallón de Castilla D. Juan Bautista Gual. Iban además la goleta 'San Ramón', la balandra 'Santa Isabel', 'Concepción', y 'San Joaquín' y dos lanchas con un obús de a ocho, cada una, para auxiliar a las cañoneras, sin contar otras varias lanchas equipadas de auxilio; mandando respectivamente estos barcos. [...] Esta flotilla entró al canal que separa el Cayo San George de Cayo Cocina y, cuando se encontró a tiro de cañón de los ingleses, empezaron estos el fuego, continuando, sin embargo, su ruta la flotilla española, hasta ponerse a tiro de metralla; rompió

entonces el fuego la cañonera de Grajales e hicieron a su imitación los demás buques, siguiendo muy vivo por una y otra parte y ganando espacio los buques españoles, acercándose al enemigo, especialmente el de Grajales que se aproximó hasta quinientas varas de distancia de los buques ingleses. Observóse, en estos momentos, que varios pontones cañoneros ingleses atacaban por babor, y que de Cayo Cocina se desprendieron una goleta y otros pontones más en auxilio de los buques ingleses empeñados en la acción, en tanto que de Walix se dio a la vela, en dirección a Cayo Cocina, un bergantín de guerra, y para no ser cogidos por retaguardia y cortándoles la vuelta, pues en su buque [dio] Grajales la señal de retirarse del combate, al cabo de cerca de una hora de continuado fuego. Los ingleses sufrieron graves pérdidas, se abstuvieron de seguir a sus contrarios, quienes verificaron la retirada en buen orden, llevando a remolque el pontón, y continuando a vista del enemigo hasta hora muy avanzada de la noche por ser el viento contrario y haber de proteger la lancha y botes de auxilio con todo mérito, como si hubiera obtenido brillante victoria.¹⁹

Tras cerrar el expediente de la expedición de Arturo O'Neill, el 4 de mayo de 1799, el nuevo virrey de Nueva España, Miguel José de Azanza, verificó la pérdida del territorio y el malogrado resultado de la expedición que salió de Yucatán contra los establecimientos ingleses del Walix, manifestando que era necesario turnar la resolución de esta empresa a un ministerio de marina el cual deslinde de responsabilidades a los comandantes de los buques que participaron en tan insólita batalla, pues O'Neill los hacía directamente responsables de la pérdida del territorio debido a su negligencia y a su negativa a combatir a los ingleses bajo sus órdenes y en los términos que él disponía. Un caso específico es el del capitán Sancho de Luna quien, alegando una escasez de víveres, se retiró de la ofensiva aún antes de empezar la batalla:

En 17 de enero de 97 dio cuenta el Capitán General de Yucatán de la expedición que tenía proyectada para desalojar a los ingleses de sus establecimientos en la costa oriental de aquella provincia, lo que sería de gran beneficio para la misma y podría verificarlo con las fuerzas militares que tenía, si el Comandante de Marina del Departamento de la Habana le prestaba el auxilio de dos Fragatas que se habían pedido; en 29 de mayo siguiente se le comento únicamente que V.M. se

había enterado. Obtuvo según se ve el auxilio de las dos fragatas y verificó la expedición, pero no con el éxito que se proponía lo que le atribuye a la repugnancia que manifestaron los comandantes de dichos buques en proteger el convoy; si fuere del agrado de V.M. podrá pasarse al Ministerio de Marina para que en él se examine si fue falta de los oficiales de Marina o en realidad no pudieron hacer otra cosa.²⁰

Al igual que la aprobación expresa del rey a O'Neill verificando la empresa que este quería comandar contra los establecimientos ingleses de Walix solicitada en 1797, el examen que Azanza solicitaba a las autoridades militares españolas no está disponible, y, aunque voluntariamente el comandante de la fragata Minerva, don Sancho de Luna, escribe una carta al virrey Azanza donde describe las penurias y el mal estado en que se encontraban sus fragatas, los múltiples retrasos y los reveses a los que se enfrentaron producto de los advenedizos vientos del norte en época de huracanes que, en palabras de Luna, "seguramente les hubieran hecho naufragar", así como la imposibilidad de cumplir con las órdenes del gobernador de Yucatán por no haber un mapa de la zona o alguien que los orientara de manera efectiva por zonas inhóspitas; no se convocó ningún tipo de ministerio de marina que deslindara responsabilidades, ni se realizó un análisis concienzudo de las causas de la pérdida, simplemente se minimizó, se aceptó la derrota y se abandonó el territorio a nivel práctico para la ocupación inglesa.

Es de suponer que en medio de la crisis que vivía España, ya prácticamente invadida por Francia; la poca y lenta fluidez de información entre el gobernador de Yucatán, el virrey de Nueva España y el rey de España; la autonomía que gozaba O'Neill en su calidad de gobernador general de Yucatán; y el abandono del que siempre fue víctima la península yucateca, gracias a la política metalúrgica que privilegió el oro y plata americanos, no se prestara mucha atención a la fallida expedición de O'Neill en 1798 y ésta pasara a un segundo plano sin transcendencia en la jerarquía de prioridades hispanas. Sin embargo, para Gran Bretaña esto significó su asiento definitivo en la zona a nivel nominal y el flujo corriente y rápido, vía Jamaica, de maderas

preciosas, insumos, productos y esclavos con Europa fuera del monopolio español. Aunque vendrían nuevos reveses para los ingleses que los harían disputar una vez más el territorio a nivel diplomático con España estos lograron alcanzar la denominación jurídica oficial de colonia inglesa para Honduras Británica en 1862. Para Inglaterra, el Walix significaba la entrada definitiva y legal de sus intereses al mercado trasatlántico a través de una amplia puerta que les abría la posibilidad de expansión colonial a través del istmo centroamericano. O'Neill reconocía esto como un potencial peligro para el imperio español escribiendo:

La ventaja que da a su comercio el corte de palo de tinta y maderas que sacan de estos establecimientos en perjuicio de esta provincia que por su causa se halla en la mayor decadencia, me decidieron luego de que recibí la declaración de la guerra, a pensar en formar expedición para desalojarlos de los establecimientos que poseen y apoderarme de sus esclavos.²¹

La batalla de Cayo St. George y el nacimiento de Honduras Británica son un claro ejemplo de resistencia e insistencia colonial, su población variopinta constituida por “all Men of all Colours”²² tiene una amplia historia de permanencia en el territorio en estrecha relación con la población maya autóctona del Petén Itzá y Yucatán. Sin embargo, para la población de “todos los hombres de todos los colores” constituida por una poca población blanca y el gran número de población negra, esclava o liberta, mestiza y mulata implantada en el territorio por la corona inglesa la disyuntiva estuvo, a finales del siglo XVIII, entre irse o pelear, entre respetar las leyes que los expulsaban de nuevo de un territorio que ya era su espacio de acción cultural y que reconocían como “su país”, o pelear frente a una armada que se rumoraba estaba fuertemente constituida y que presentaba un plan de acción que comprendía la emboscada simultánea por mar y tierra.

El 1 de junio de 1797, cuando de nuevo los rumores del intento de desalojo del gobernador de Yucatán corrían fuertemente por la zona y ante el recuerdo del último desalojo español que los obligó a replegarse violentamente, los establecimientos ingleses de Walix tuvieron una espontánea asamblea de

orden decisivo que fue liderada por Thomas Paslow.²³ En ella, Paslow representaba la mayoría (65 votos) que pugnaba por quedarse y luchar en defensa y reclamo del territorio, en su contraparte, una minoría (51 votos), representada por Thomas Potts, pugnaba por emigrar a la Costa de Mosquitos y establecerse ahí, como ya lo habían hecho en épocas previas.²⁴ Tras la votación de los señores principales y ministros, Paslow obtuvo la victoria en la asamblea y la minoría perdedora afrontó la decisión: optaron por no emigrar a la Costa de Mosquitos y por primera vez confrontar la avanzada militar española. Para Paslow: “The man who will not defend his Country is not entitled to reap the benefit thereof”.²⁵ Este evento significó, tal vez, la primera coalición interracial de América. En ella lucharían hombro a hombro colonos blancos ingleses, sus esclavos negros, algunos libertos, mulatos, mestizos y mujeres, los cuales serían tratados como soldados ingleses iniciando su entrenamiento de forma inmediata. Cuando el enfrentamiento fuera inminente, las tropas inglesas oficiales en Jamaica de Balcarres y el navío HMS Merlin serían el apoyo, solo requerido en caso necesario, pues en realidad estaban solos y de ellos dependía su propia defensa. Gran Bretaña no apoyaría oficialmente esta confrontación.

Realmente no existió un culpable por la pérdida del territorio como algunos han intentado argumentar acusando la ineficacia de O'Neill o la “mala fe” de los colonos ingleses. La historia del nacimiento de Honduras Británica es la historia de la permanencia de una población inasible y de la explotación comercial de un recurso forestal no renovable que trajo consigo un consecuente desarrollo en la región. O'Neill, aunque en un principio vio en la guerra contra Inglaterra una forma fácil de enriquecimiento y adquisición de tierras y esclavos, dado su reciente llegada a la Gobernación de la Provincia de Yucatán (1793), desconocía parcialmente, al momento de proyectar su expedición, lo agreste del terreno y la dificultad de navegación que sus mares suponían para el tránsito de buques mayores, así como para la obtención de víveres y agua. De igual forma, sus comandantes venían con mapas poco efectivos de la zona que

los dejaron navegando a ciegas y realizando al mismo tiempo el reconocimiento y el ataque.

Por su parte, los colonos ingleses estaban plenamente identificados con el territorio explotado, lo habían reconocido y habitado por completo gracias a la tala del palo de tinte y caoba y a sus huidas constantes. Esta vez estaban resueltos a defender su estadio. Los negros, esclavos o libertos, tenían pleno conocimiento y manejo de los mares que habían aprendido de su convivencia cercana con los indios mayas y mosquitos. Ambos, bajo la promesa de luchar hombro con hombro, establecieron una organización cohesionada para la defensa del espacio que reconocían como suyo y que incluyó, en un principio, a todos por igual prometiendo la posterior entrada como ciudadanos al sistema inglés. Como se sabe ninguna de estas promesas llegó a ser efectiva, la gran población convocada no fueron incorporados al sistema inglés como ciudadanos, pero la sola idea de ser dueños de su propia tierra y de tener espacio de representación dentro del territorio que ya habitaban “desde tiempos inmemoriales” fue sumamente seductor, llevando a los habitantes de los establecimientos ingleses de Walix a estar dispuestos a emprender una lucha encarnizada por la defensa de su propio espacio frente a los rumores de la temible embestida de España. Esta encarnizada lucha no fue necesaria, la naturaleza, la ignorancia del territorio y la burocracia española terminaron por ganar la batalla y sentar precedente de la eficacia de un arma que, hasta la independencia formal de Belice, sería poderosamente utilizada por Gran Bretaña: los rumores y el contrabando de mercancías y armas vía Jamaica.

¿Por qué necesitamos una hermenéutica de la frontera?

El concepto “hermenéutica” como parte sustancial de un problema filosófico surge prioritariamente en el texto *Hermeneutik* de Friedrich Schleiermacher. En él, el autor alude que “comprender” es la noción y el aspecto medular de toda cuestión hermenéutica, y su fin es de carácter no tanto teórico sino de un manejo práctico, es por tanto una doctrina metódica. En ella, según el autor, la

comprensión se divide entre la adivinatoria, entendida como un presentir espontáneo; y la comparativa, la cual sugiere una multiplicidad de conocimientos objetivos, gramaticales e históricos; abriendo con ello la interpretación del significado a partir de las conexiones de afirmaciones o de las comparaciones expresas. Según Scheleiermacher en palabras de E. Coreth, la relación entre estos modos de comprensión muestra un “círculo hermenéutico en el cual el momento adivinatorio significa la proyección espontánea de una preconcepción, a través de cuya proyección es guiada la refundición comparativa”.²⁶ Por tanto, la comprensión adivinatoria representa un escalón previo y necesario que se instaura como antesala de la comprensión total, la cual resultaría de carácter comparativo. Sin embargo, Gadamer, en su famosa obra *Verdad y método*, rescata y cuestiona un aspecto importante: el círculo hermenéutico a partir de la temporalidad del estar ahí, es decir, la historicidad de la comprensión. En este sentido, en el caso del abordaje hermenéutico de un suceso que es interpretado a partir no de los hechos sino del modo en que estos son narrados y afectan el presente, estamos asistiendo a un problema de la intelección, el cual establece un posicionamiento básico: existe un sujeto que comprende, por un lado, y un objeto que espera ser comprendido, por el otro.

En el caso de la hermenéutica de la frontera y en el caso particular de la batalla que nos compete, es decir, la del Cayo St. George de 1798, el espacio y los sucesos ocurridos en él son comprendidos a partir del posicionamiento filosófico arriba mencionado, pues, de un lado se encuentra la nobel nación beliceña que interpreta el pasado con el objetivo de naturalizar su legítimo derecho de estar ahí; y del otro, lo experimentado y narrado por la embestida española y la experiencia particular de la fracción inglesa, la cual es narrada *a posteriori*. Ambas narraciones, las cuales aguardan para ser comprendidas en el futuro, ocurren dentro del mismo espacio temporal: 10 de septiembre de 1798, pero fueron documentadas en momentos diferentes, siendo el discurso español anterior al inglés, y se mueven de forma autónoma y separada, sin intentar comprenderse mutuamente. En medio de todas estas posturas, es decir, del que

toma el hecho y lo reinterpreta y del que narra el hecho interpretándolo, queda “la verdad” siempre supeditada al paso del tiempo y a la interpretación de quienes refieren poseerla.

Siendo que la hermenéutica de la frontera se centra en la comprensión como eje significativo de la experiencia narrada, la interpretación que se desprende de ella busca el entendimiento dinámico del marco de enunciación y significación que establecen como el punto de partida aquellos que habitan y han sido formados en el centro y con respecto a la liminalidad. Para poder hablar de la aplicación de este proceso al área de estudio que nos interesa es pertinente recalcar lo volátil del punto de enunciación y comprensión del sujeto frente a lo esencialmente estático de la producción material del territorio, ya que, según la óptica de la hermenéutica de la frontera que aquí se bosqueja lo que cambia en la narración histórica de ambos bandos imperialistas confrontados no es el paisaje ni el territorio en sí mismo, sino la mirada de aquel que los interpreta y enuncia, es decir, del sujeto formado. Como se aprecia, la interpretación de un hecho está dada por la comprensión comparativa. En este sentido, solo aquel que ha sido formado es capaz de interpretar “correctamente”, pero su grado de precisión en dicha interpretación está dado por la comprensión del tipo adivinatorio, el cual establece un punto de inicio a partir del cual los sucesos adquirirán potencialidad explicativa en la comprensión de tipo comparativo. Sin embargo, para que el posicionamiento hermenéutico desde la liminalidad adquiera sentido es necesario establecer la diferencia como una forma retórica clara y visible, es decir, es necesario establecer un punto ontológico en el que lo que es, está confrontado directamente con lo que no es. En esta misma lógica, el vacío ocupado establece una existencia normativa frente al que carece de ella, creando así formas diferenciadas del ser que nacen en contraparte de lo que es el otro que habita del otro lado del espacio liminal.

En el análisis del fenómeno frontera que obliga a la creación de una nueva manera de abordaje hermenéutico llamada precisamente hermenéutica de la

frontera se muestra que el texto, una vez creado y que su autor se haya desvanecido en la historia, adquiere su propia relevancia como herramienta formadora del presente. Las narraciones generadas de, sobre y desde la frontera adquieren aquí un dinamismo impresionante una vez que el autor haya perdido relevancia para su interpretación, ya que sus usos se vuelven anacrónicos al momento de su producción, y sus sentidos originarios toman tintes metafóricos que ayudan a explicar el presente como un proceso que deviene activamente del pasado, pero sin aludir al cruce formación-vivencia del sujeto narrador.

Para la cultura occidental el texto escrito funciona como un modo de provocar o acceder a la memoria, pero, aunque la hermenéutica de carácter textual le dé al texto una gran autonomía de interpretación al disociarlo del sistema productor y de la legalidad de su tiempo, esto no quiere decir que una interpretación consensuada deba olvidar estos elementos, sobre todo al momento de aludir al sustantivo memoria. En la memoria, tres elementos son vitales para la constitución histórica del hombre. Estos son: retener, olvidar y recordar.²⁷ De este modo, el texto conservado para la posteridad pretende retener y fijar en la memoria los eventos que se quiere salvar del olvido. En él se intenta aseverar la existencia de los hechos importantes asegurándolos para la posteridad. Esta situación le permite al individuo formado (ya no al que produce sino al que interpreta) salvar del olvido solo aquello que conviene a la comunidad hermenéutica.

En la lógica del recuerdo, el olvido adquiere una dimensión intencional que presume su carácter aspiracional, pues en dicha lógica más que olvidar un evento, la comunidad hermenéutica pretende evitar la existencia de una legalidad social diferente a la suya en donde “evitar” no es apartar la mirada de algo, sino atender a ello en forma tal que no se choque con él, sino que se pueda pasar de lado.²⁸ En este sentido, “evitar” es sinónimo de obviar la existencia del otro, pretendiendo que este no tiene corporalidad, mientras que “olvidar” no representa una negación del hecho, sino un no reconocimiento de

la legalidad social sobre la que se sostienen otras comunidades hermenéuticas diferenciadas al considerar la propia como única óptica seleccionadora de recuerdos. Estas tres acciones centrales a la memoria: retener, olvidar y recordar, son evidentes en el juego óptico que establecen la frontera y la liminalidad como punto de enunciación.

A pesar de esto, con todo y el prestigio que adquirió durante la colonia el texto escrito como salvaguarda de la memoria, este, al igual que la memoria misma, no es una plataforma de almacenaje estable. En él, los hechos, los actores y los objetos se organizan de acuerdo a la jerarquía de valores de quien los rescata del olvido, es decir, del productor del texto. Dicho productor, para la conformación del texto, recurre constantemente a un catálogo finito de representaciones (comprensión adivinatoria), las cuales le permiten entender el mundo en la medida en que traducen el entorno en algo susceptible de ser conocido, pero no necesariamente comprendido en su correcta dimensión (comprensión comparativa).

Es importante puntualizar que el texto como símbolo que alegoriza es susceptible de ser interpretado de maneras tan diferentes como tradiciones, sujetos y abordajes se propongan, por tanto, este es una entidad abierta. Sin embargo, esta postura abierta hacia la interpretación del mismo sugiere muchos conflictos y trampas tanto para el codificador como para el decodificador, ya que dicho texto puede ser manipulado y entendido en legalidades dispares de acuerdo a la intencionalidad de quien lo confronte, ya que el ejercicio de comprensión queda a la suerte del lector, el cual puede ser o no un sujeto competente o formado en la “correcta” legalidad social del “estar ahí” que el texto reporta. Pero, por otro lado, esta ambigüedad inherente del texto también tiene sus ventajas para mantener la vigencia y actualización del mismo, pues al ser este una estructura abierta no se agota con una sola explicación, ya que dicha definición varía según el soporte y el modo en que es leído tanto como por la persona, el lugar y el momento en que se interpela su contenido. De este modo, como vemos en el caso de la batalla de Cayo St. George los textos

derivados de ella pueden o no ser reflejo de la “realidad”, recuento de los “hechos crudos”, un “maquillaje” del campo de batalla que encubre intensiones oscuras o simplemente una “alegoría” del sentido aspiracional de la comunidad hermenéutica que lo rescata, pues todas estas son realidades posibles que convierten a la verdad universal en verdades polisémicas. Empero, a pesar de lo esencialmente abierto de los textos lo que es innegable es que cada uno de ellos expresa la “verdad” de su productor, sus motivaciones y su modo de comprensión, es decir, ofrece un panorama de lectura del horizonte hermenéutico en el que dicho sujeto se mueve y una legalidad social de la tradición en que fue concebido.

Ya una vez hecho un breve recorrido a través de los elementos explicativos que interesan dejar claro para fundar una hermenéutica de la frontera, es momento de construir el puente que permita unir la postura que reconoce al autor como productor de significados con la que apunta hacia la comprensión del texto como entidad de carácter abierto, a través de una base sólida que dé sentido al correcto “estar ahí” mediante el entendimiento del carácter legal del acto de la comprensión y ocupación. Para ello me serviré de las bases simples de la hermenéutica jurídica, la cual contempla el plano difuso de “lo justo”, “lo valioso”, y “lo defendible” comprendido a través de las normas y principios jurídicos que establece la ley y la administración.²⁹ Este tipo de hermenéutica se centra en la comprensión y la interpretación en un sentido dialógico, pero esta tiene la particularidad de ofrecer un código muy específico que se construye con base común en la noción del derecho internacional vigente, el cual se edifica a su vez sobre el respeto a la ley y al aparato administrativo encargado de crearla y hacerla valer. Este tipo de abordaje, más que una forma de extracción de significados ocultos se concibe como una metodología que permite dialogar entre la verdad y lo justo a través de la interpretación de los motivos y la argumentación.

Por tanto, es en este punto que entra la hermenéutica jurídica para complementar el abordaje que ofrece la hermenéutica de la frontera, dicha

forma explicativa funciona como puente de enlace entre la hermenéutica del autor y la del texto y nos permite abordar la construcción instrumental del territorio. A partir de ella el objetivo es otorgar garantía al proceso de legalización de las narraciones que evidencia y fortalece la parte instrumental del discurso permitiendo que este pase de ser un “sentimiento de toda la vida espiritual y ética”³⁰ a convertirse en una estrategia de abordaje en la que el texto por sí mismo constituye una herramienta de negociación, independiente del autor que la produjo, aunque ampliamente relacionado a él y en el entendido de una base legal común que sirva como eje transversal. En sí misma, este tipo de hermenéutica representa una herramienta retórica en donde las resoluciones “justas” se fundan sobre una regulación intelectual que es llevada posteriormente a la práctica.

Como método de acercamiento a lo justo, Savigny establece cuatro criterios de interpretación que abordan a su vez cuatro aspectos generales: el gramatical, el lógico, el histórico y el sistemático.³¹ A estos es necesario agregar dos más: la finalidad de la norma y la aplicación transversal de los axiomas que dicta la ley. En este sentido es posible afirmar que la ley es un postulado histórico que deriva de la historia efectual, en la cual fungió como herramienta de regulación del conflicto social de acuerdo a la lógica interna de pensamiento de la comunidad hermenéutica y la tradición que la atravesaba al momento de su creación. Con el nacimiento de la ley como forma de establecer lo “justo” del correcto “estar ahí” nacieron también las tradiciones jurídicas que, para la frontera, la liminalidad y para las relaciones de política exterior de los Estados coloniales, se basaron en una serie concadenada de ejercicios retóricos que fundaban una legalidad establecida sobre una fusión de horizontes hermenéuticos que hoy entendemos como elementos de partida sustancial del derecho internacional. En él, el lenguaje jurídico y el documento escrito, entendido como prueba fehaciente de la verdad y evidencia del hecho pasado, establecen un modo particular de acceder al territorio que instituye la noción de propiedad. Al estar el lenguaje jurídico en renovación constante, la

interpretación del mismo se hace flexible, abierta e histórica, es decir, se focaliza en el efecto que los hechos del pasado han causado sobre el presente, al lugar en que tienen cabida los hechos y a la ley que está vigente durante el momento de valoración jurídica de las acciones descritas.

Gracias al entendimiento de la hermenéutica jurídica como herramienta de aproximación a los acuerdos internacionales vemos cómo cada artículo decretado en Europa con respecto a los asentamientos británicos del Walix tuvo un impacto práctico sobre los modos en que sus habitantes interactuaron en modo previo al confrontamiento armado de 1798. Esto es particularmente visible en la transición de los antiguos bucaneros ingleses de cortadores de palo de tinte a *Baymen* y en los problemas que reportaron en sus visitas al área los comisionados españoles. En este sentido, la exégesis jurídica que refiere la comprensión de estos artículos provenientes de tratados con valor internacional consistió en hacer una paráfrasis, argumentada y directa, del texto, en la cual se tomaba casi textualmente lo que decía la ley sin salirse de ella, pero ajustando sus huecos o vacíos argumentales a las necesidades de aquel que la invoca. A partir de esto lo que no estaba explícitamente prohibido estaba implícitamente permitido.

Por tanto, la hermenéutica de la frontera resulta un elemento metódico que comprende al autor, al texto y a la ley que refiere la liminalidad en la dimensión histórica del “estar ahí”. En ella vemos cómo el territorio es un escenario vivo sobre el que se activa la memoria, renovándolo constantemente. Pues los valores con los que se nombra en presente siempre resultan una colección de hechos, muchas veces no directamente conectados, a los que se les otorga valor fundacional, dando con ello siempre formas nuevas de lectura del espacio, de los narradores y de las acciones narradas que tuvieron lugar en él.

Fuentes

ARCHIVOS

AGI Archivo General de Indias
AGS Archivo General de Simancas

BIBLIOGRAFÍA

Calderón Quijano, José Antonio, *Belice 1663 (?) - 1821. Historia de los establecimientos británicos del río Usumacinta hasta la independencia de Hispanoamérica*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1944.

Campbell, Mavis C., *Becoming Belize. A History of an Outpost of Empire Searching for Identity, 1528-1823*, Kingston, University of West Indies Press, 2011.

Craig, A. K., *The Geography of Fishing in British Honduras and Coastal Waters*, Baton Rouge, Louisiana State University, 1966.

De Vos, Jean, *Las fronteras de la frontera sur*, Tabasco, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 1993.

Embid, J. M., "Hermenéutica Jurídica" en A. Ortiz-Osés y P. Lanceros (eds.), *Diccionario de hermenéutica. Una obra interdisciplinar para las ciencias humanas*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2004, pp. 187-191.

Gadamer, Hans George, *Verdad y método, fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Sígueme, 1992.

Godoy, Manuel, *Memorias*, ed. E. La Parra, Alicante, Universidad de Alicante, 2008.

Molina Solís, José F., *Historia de Yucatán durante la dominación española*, Mérida, Lotería del Estado, 1913.

Navarro García, L. y M. del P. Antolín Espino, “El virrey marqués de Branciforte (1794-1798)” en José Antonio Calderón Quijano (ed.), *Los virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos IV*, t. 1, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1972, pp. 367-625.

Ortiz-Osés, A. y P. Lanceros (eds.), *Diccionario de hermenéutica. Una obra interdisciplinaria para las ciencias humanas*, Bilbao, Universidad de Duesto, 2004.

Zavala Vallado, S., J. Duch Colell, M. Antochiw Kolpa y F. Espejo Méndez, “O’Neill y O’Kelly, Arturo” en *Yucatán en el tiempo*, México, Inversiones Cares, S.A. de C.V., 1998, pp. 422-423.

* Becaria posdoctoral del Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales, UNAM, bajo la línea de investigación del doctor Adrián Curiel Rivera.

¹ Molina, *Historia de Yucatán*, 1913, p. 342.

² Craig, *The Geography of Fishing*, 1966, pp. 64-65.

³ El concepto “liminalidad” fue acuñado por el sociólogo francés Arnold van Gennep en su libro *Les rites de passage* (1909). Este concepto refería la separación de una posición social para incorporarse a una nueva que ocurre durante los rituales de iniciación y los ritos de paso. Sin embargo, en 1967, Victor Turner en su libro *The Forest of Symbols* recupera este término para describir aquello que está entre lo uno y lo otro, es decir, el término se aplica para aludir a los procesos de transición, aunque estos no estén ritualizados. En el presente trabajo, liminalidad se utiliza para explicar la transición de un estado no reconocido a uno reconocido en donde la frontera, como espacio de enunciación, se convierte en uno en donde se observan las tres características básicas de la liminalidad: ambigüedad en la comprensión del yo, invisibilidad estructural y carencia casi total de atributos sociales.

⁴ Calderón, *Belice 1663*, 1944, pp. 351-358.

⁵ Campell, *Becoming Belize*, 2011, pp. 245-282.

⁶ St. George Caye Day Society, “Battle of St. George’s Caye Day”, en <<http://www.stgeorgescayebelize.org/battle-of-st-georges-caye-day.html>>. [Consulta: 3 de noviembre de 2016.]

⁷ “El 10 de septiembre será un día memorable porque en él tuvo lugar la escaramuza de San George que sirvió a los ingleses como pretexto de conquista del territorio de Walix, que antes confesaban plenamente no tener sino a título muy precario”. Molina, *Historia de Yucatán*, 1913, p. 342.

⁸ Zavala, Duch, Antochiw y Espejo, “O’Neill y O’Kelly”, 1998, p. 422.

⁹ Godoy, *Memorias*, 2008, p. 685.

- ¹⁰ Navarro y Antolín, “El virrey marqués”, 1972, p. 580.
- ¹¹ Informe de Gual en Bacalar, Bacalar, 1792, en Archivo General de Indias (en adelante AGI), exp. 3025.
- ¹² Campell, *Becoming Belize*, 2011, p. 264.
- ¹³ Sobre la expedición proyectada por el capitán general de Yucatán don Arturo O’Neill, Mérida, 1799, en Archivo General de Simancas (en adelante AGS), Secretaría de Guerra 7246, exp. 17.
- ¹⁴ Calderón, *Belice 1663*, 1944, pp. 352-353.
- ¹⁵ Campell, *Becoming Belize*, 2011, p. 269.
- ¹⁶ Sobre la expedición proyectada por el capitán general de Yucatán don Arturo O’Neill”, Mérida, 1799, en AGS, Secretaría de Guerra 7246, exp. 17.
- ¹⁷ “[...] le hacía relación del suceso de mi salida del Contoy para practicar cuanto en el habíamos acordado, y le manifestaba que no quedándole ya víveres a estas 2 Fragatas más que para 30 días disminuido un cuarto de ración en todas especies desde 1º del referido Julio, y hallándose con un número crecido de enfermos, sin dietas ni medicinas con que socorrerlos, y lo que es más considerado lo remoto que debía morarse en aquella estación lograr un viento largo, constante y fresco para emprender mi idea a dicha Isla de Cozumel.”. *Ibid.*
- ¹⁸ Campell, *Becoming Belize*, 2011, p. 268.
- ¹⁹ Tomado del diario inédito del ayudante del capitán general de la capitanía de Mérida don Francisco Heredia y Vergara. Molina, *Historia de Yucatán*, 1913, pp. 345-346.
- ²⁰ Sobre la expedición proyectada por el capitán general de Yucatán don Arturo O’Neill, Mérida, 1799, en AGS, Secretaría de Guerra 7246, exp. 17.
- ²¹ *Ibid.*
- ²² Campell, *Becoming Belize*, 2011, p. 248.
- ²³ *Ibid.*
- ²⁴ *Ibid.*, p. 265. La retirada a la Costa de Mosquitos de las familias y esclavos era una estrategia muy utilizada desde el siglo XVII por los ingleses para garantizar su supervivencia en la zona con el menor daño posible ante los sucesivos desalojos españoles.
- ²⁵ Campell, *Becoming Belize*, 2011, p. 266.
- ²⁶ Ortiz-Osés y Lanceros, *Diccionario de hermenéutica*, 2004, p. 210.
- ²⁷ Gadamer, *Verdad y método*, 1992, pp. 44-45.
- ²⁸ *Ibid.*
- ²⁹ Embid, “Hermenéutica jurídica”, 2004, p. 188.
- ³⁰ Gadamer, *Verdad y método*, 1992, p. 39.
- ³¹ Embid, “Hermenéutica jurídica”, 2004, p. 188.

La república federal de centroamérica y las invasiones militares centralistas desde México, Belice y Cuba, 1831-1832

Arturo Taracena Arriola
Juan Carlos Sarazúa Pérez

En 1878, en el primer tomo de su célebre *Reseña histórica de Centro América*, el historiador, líder político y diplomático liberal guatemalteco Lorenzo Montúfar subraya que la guerra de los federalistas centroamericanos en contra de las pretensiones de los centralistas —con apoyo disimulado de Cuba, Gran Bretaña y México— por reconquistar el poder que habían perdido en 1829, era:

el más espléndido que se había obtenido desde el año [18]21. La conjuración servil era vasta y estaba ramificada en todas partes. El arzobispo [Casaús y Torres] desde La Habana conmovía al clero. El obispo de Chiapas, fray Luis García, favorecía al ex presidente Arce. Los partidarios de Arce vociferaban que el ex presidente tenía su apoyo en el Gobierno de la República mejicana [...] Morazán, ni en Gualcho [1828], ni en ninguno de los campos en que la victoria ciñó su frente, fue más grande que al triunfar sobre Cornejo, Arce y Domínguez, haciendo tremolar la bandera de los libres sobre toda la extensión de Centro-América.¹

Con el tiempo, ya casi ningún historiador del período se acordó de esta coyuntura bélica que duró de noviembre de 1831 a septiembre de 1832, ni de su importancia a nivel de la historia por la soberanía del litoral caribe centroamericano. Más bien, lo vieron como un episodio menor, posiblemente porque menos de una década después los centralistas guatemaltecos volvieron al poder y la Gran Bretaña desplegó todo su poder imperial en el istmo. Que valgan estas líneas para reinterpretarla en su justa dimensión histórica.

Este ensayo tiene como objetivo recuperar una guerra que marcó el fin de la primera etapa de la República Federal de Centroamérica (1824-1832) y abrió la última, que habría de finalizar con la disolución del experimento federal en 1839. Esta contienda sacó a la luz las relaciones conflictivas entre las autoridades centroamericanas con la población garífuna del litoral caribeño, las pretensiones de España por recuperar el territorio centroamericano perdido en 1821 y las tensiones entre las potencias mundiales del momento por controlar las rutas marítimas y la posibilidad de un canal interoceánico. Asimismo, expresó la consolidación de la experiencia militar entre oficiales, soldados y la población en general y representó el inicio de la impronta de los caudillos en el istmo.

El escrito está dividido en varias secciones que puntualizan los siguientes aspectos: las consecuencias de la derrota de los centralistas en 1829; su relación con los acontecimientos bélicos de 1831-1832; los escenarios de las batallas, la participación activa de la población caribeña, la ladina y la europea en esta guerra y sus consecuencias fiscales y simbólicas a mediano y largo plazo. Las fuentes utilizadas para la reconstrucción de tal coyuntura son las memorias de actores directos, tanto centralistas como federalistas, documentos diplomáticos británicos, impresos centroamericanos de la época y documentos de los archivos guatemaltecos los cuales sacan a la luz las voces de los actores y puntualizan los acontecimientos claves.

Plan de los centralistas para recuperar el poder

Durante el año de 1831 los centralistas centroamericanos, que habían perdido el poder en abril de 1829 y a raíz de ello salieron exilados a Estados Unidos, México, Belice y Cuba, empezaron a urdir un plan para recuperarlo y llevar nuevamente a la presidencia de la República Federal de Centroamérica al ex presidente, el salvadoreño Manuel José Arce. En la conspiración, que tendría una dimensión armada, participaban el ex arzobispo de Guatemala, Ramón Casaus y Torres, prelado español exilado en La Habana; el ex presidente Arce,

exiliado en Estados Unidos, pero quien se había movido hacia México con el fin de acercarse a la frontera con Guatemala; el coronel español Vicente Domínguez, exilado en Belice, la ya influyente colonia inglesa en suelo centroamericano; el hombre de negocios español y coronel Ramón Guzmán, insurrecto en Honduras y, finalmente, el jefe del estado de El Salvador, el abogado José María Cornejo, en discordia con el presidente Francisco Morazán por la decisión de trasladar la capital federal a San Salvador y crear con ello un distrito central. Los cinco personajes debían de coordinar sus planes a partir del mes de agosto de ese año para lanzar acciones militares conjuntas, aunque de forma escalonada.

Desde el partido de Soconusco, Arce debía de invadir el occidente guatemalteco con el fin de inmovilizar a la división de Los Altos comandada por el general francés Nicolás Raoul, principal estrategia de la toma de la ciudad de Guatemala en abril de 1829 y, por tanto, de la rendición de los centralistas. El propósito era quitarle presión al levantamiento que las tropas salvadoreñas harían al primer orden del jefe de Estado Cornejo. Desde la colonia británica de Belice, apoyado por comerciantes ingleses y exilados españoles y centroamericanos, el coronel Vicente Domínguez² invadiría Honduras por mar con el fin de apoderarse de los dos principales fuertes caribeños centroamericanos, el castillo de San Felipe en el golfo de Izabal, Guatemala, y el fuerte de San Fernando de Omoa, en Honduras y así dejar expedita la toma de la ciudad de Trujillo, el principal puerto centroamericano en el Caribe y punto de enlace con Cuba.

En Honduras, Domínguez contaría con el apoyo del coronel Ramón Guzmán,³ quien actuaba como el principal dirigente local de los comerciantes españoles asentados en el litoral Caribe norte de la república y, asimismo, de los partidarios nacionales del centralismo como forma de gobierno idónea. Guzmán contaba con ganarse también el respaldo de los milicianos *caribes* —garífunas y haitianos— de los fuertes de San Felipe y Omoa y del puerto de Trujillo, tomando en cuenta sus propias reivindicaciones como etnias de

ascendencia afroamericana establecidas a finales del siglo XVIII en las costas del norte del istmo. Un establecimiento poblacional que poseía la característica de estar diseminado a lo largo de las costas de los estados federales de Guatemala y Honduras, pero también en la parte sur de la colonia británica de Belice. Es decir, poder ofrecer sus servicios tanto a los intereses británicos como centroamericanos.

La presencia de los caribes

La población de origen garífuna había llegado a las costas centroamericanas en el curso de los años 1797-1798, luego de que los ingleses hubiesen dado mate a una rebelión de los pobladores de la isla de San Vicente, en las Antillas Menores, y hubiesen trasladado a un millar de ellos a la isla de Roatán, Honduras. Con el tiempo, ellos mismos se asentaron en tierra firme. Luego, a raíz de la guerra de independencia en la isla de Santo Domingo, otro grupo humano de pobladores, esta vez haitianos, fue igualmente llevado a la fuerza a las costas hondureñas. Esa era la población de origen afroamericano, llamada genéricamente *caribes*, que no tardó en ser reclutada por las autoridades coloniales del Reino de Guatemala para servir en las milicias costeras.

En el caso de los negros haitianos, conocidos como *las tropas auxiliares del rey* debido al apoyo que le habían dado a la corona española en la lucha contra los franceses en la isla de Santo Domingo, marcaron un comportamiento de fidelidad hacia las autoridades coloniales guatemaltecas en la transición hacia el siglo XIX. Con este mismo sentido se comprende la participación de tropas *caribes* en la primera guerra federal en la medida en que mantuvieron su fidelidad hacia los herederos criollos del régimen colonial. Por otro lado, como grupos sociales, los *caribes* defendían su autonomía frente a la presencia de cortadores de caoba ingleses con base de mano esclava procedente de Jamaica. Su descendencia africana no significaba optar por la mezcla entre ellos.

En la coyuntura política de la cortes gaditanas, la ciudadanía de los negros y pardos en el seno de la corona española fue abordada y, luego en la de la

independencia de 1821, abrió la puerta para que dos años después la República Federal de Centroamérica declarase abolida la esclavitud, permitiendo a los afrocentroamericanos el acceso a la ciudadanía y, por tanto, tener la facultad de servir en las fuerzas armadas.⁴

Miguel García Granados ha dejado el testimonio de que, durante la invasión a El Salvador en 1827 por las fuerzas al mando de Manuel José Arce, como suboficial fue designado al mando de una partida de “16 negros, compuesta en gran parte de *caribes* de Trujillo, y en parte de esclavos africanos de nacimiento, prófugos del establecimiento inglés de Belice”, la cual quedó integrada a la cuarta compañía federal. Como los negros beliceños no hablaban castellano, él fue el encargado de tratar con ellos en lo concerniente al *prest*. Su objetivo era conducir municiones y dinero del ejército favorable del sistema republicano centralista.⁵

Los mecanismos de reclutamiento militar

Como ya se apuntó al inicio de este artículo, los acontecimientos militares de la coyuntura 1831-1832 han caído en el olvido historiográfico. Aún más, la faceta social de las movilizaciones ha sido vista como menor, ubicando la toma por las tropas gubernamentales de la fortaleza de Omoa en septiembre de 1832 como resultado de las enfermedades tropicales —terciarias, paludismo, tuberculosos, disentería, etc.⁶ Sin embargo, al examinar con detenimiento el tipo de reclutamiento y la dimensión y la actuación política de los integrantes de las unidades militares que chocaron permite sacar a luz las condiciones y el grado de participación militar de los distintos grupos sociales en el marco del ascenso a la ciudadanía vía el ejército como parte de los discursos liberales.

El cuadro 1 muestra los contingentes militares que se enfrentaron en las principales batallas en los tres frentes de guerra. A primera vista, este indica que las autoridades federales fueron capaces de movilizar a más soldados que sus rivales, ya sea por medio del reclutamiento forzoso o con las promesas de distribución de tierras y de rangos militares. Aquí se tomarán dos ejemplos

para ilustrarlo, el de los *caribes* —garífunas y haitianos— en la costa hondureña y el de la población de Chiquimula en el oriente de Guatemala. Ello con el fin de tener una idea más clara de las condiciones sociales que marcaron las movilizaciones militares.

Ya en pleno conflicto bélico con los centralistas, el apoyo de los *caribes* se inclinó hacia los rebeldes, en gran medida por exigencia a “los hijos de varios morenos de Omoa” de incorporación obligatoria a las tropas federales de Morazán, contraviniendo todo principio liberal en contra de la servidumbre. Así, algunos de los destacamentos federales formados por “morenos”, al ver que entre los partidarios de Domínguez y Guzmán había una importante presencia de *caribes*, decidieron no combatir a los “enemigos”, retrasando la ofensiva federal y obligando al traslado de más tropas hacia el *hinterland* de Omoa. Luego, cuando esta fortaleza se rindió el doce de septiembre de 1832, además del largo sitio, intervino el hecho de que las tropas *caribes* en su interior decidieron entregar a Ramón Guzmán tomando en cuenta que su causa ya no servía a la defensa de sus tierras.⁷ Estos dos ejemplos demuestran a distintos niveles la negociación tanto de centralistas como de federalistas para reclutar a los haitianos y garífunas como soldados.

Luego de la derrota de los centralistas para los *caribes* que los apoyaron conllevó el riesgo severo de represalias por parte de las autoridades federales. Esto explica la huida hacia tierras colindantes con el asentamiento de Belice, ubicadas entre los ríos Sibún y Sarstún. Esta migración tuvo la autorización de las autoridades beliceñas como una forma de mantener un colchón habitado de personas fieles con el Estado de Guatemala. Algunos observadores de la época estiman en 2 000 los *caribes* que se asentaron en esa zona. Y que más tarde permitirían que la misma pasase a posesión inglesa.⁸ De ahí que la presencia de este núcleo poblacional fue considerada como un riesgo permanente debido a posibles incursiones británicas hacia las costas hondureñas. Aún en 1842 circularon denuncias de que opositores centroamericanos se acercaban a los

caribes de Belice para conseguir pertrechos y voluntarios dispuestos a incursionar en las costas caribeñas centroamericanas.⁹

El otro caso es el de las milicias provenientes de Zacapa, Gualán y la Villa de Chiquimula, todas poblaciones del departamento de Chiquimula, Guatemala. A partir de una tradición de servicio militar en el Castillo de San Felipe y Omoa, las milicias de Chiquimula habían formado una unidad militar que estuvo presente en la represión de las revueltas que tuvieron lugar en San Salvador, Metapán y el occidente de Honduras desde inicios del siglo XIX en plena crisis de la monarquía española. Con la independencia y la primera guerra federal (1826-1829), Chiquimula pasó a ser un escenario clave de las distintas campañas militares ya fuese en apoyo a los centralistas o como un área de reclutamiento para el ejército Protector de la Ley. Sin embargo, en el conflicto de 1831-1832, el reclutamiento de soldados y milicias alcanzaría otras dimensiones.¹⁰

Por un lado, se incorporaron indígenas a las milicias federales, una situación que no se había dado con anterioridad debido a la veda de origen colonial que existía para que los naturales portasen armas y que la instauración del sistema republicano en 1823 no modificó. Por otro, los grupos *ladinos* — no indígenas— asentados en Zacapa y Gualán participaron activamente en ellas, tal como lo muestra el cuadro 1. Es más, varios milicianos reclamaron que en pago de sus servicios castrenses se les garantizaran tierras en disputa en el vecino departamento de Zacapa:

¿Qué defienden [los vecinos] con sus personas, dinero y caballos con que se [h]an prestado en la presente guerra? y ¿Cómo se les exige patriotismo, [h]abiendo sido despojados violentamente de sus propiedades? [...] reconociendo agradecidos este beneficio [leyes favorables de 1825 y 1829] hemos pagado gustosamente todas las contribuciones y prestamos forzosos que el Supremo Gobierno nos ha impuesto, y del mismo modo nos hemos prestado al servicio de las armas que en todos los casos que se [h]an ofrecido.¹¹

CUADRO 1

	Tropas Centralistas	Tropas Federales

	Tropas Centralistas	Tropas Federales
Soconusco (Masapa-Escuintla)	196	900
El Salvador (Jocoro)	600	800
Honduras		
Omoa	500	1196
Jaiteque	200	200
El Espino	200	200
Opoteca	400	400
Totales	2 096	3 696

Fuente: Montúfar, *Reseña histórica*, 1878, t. I, pp. 185-197, 339-345 y 374-379; Valenzuela, *Memoria presentada*, 1832, p. 10, y Vázquez, *Bosquejo histórico*, 1932, pp. 395-397.

A partir de los testimonios y las cifras mencionadas, se puede concluir que las participaciones militares de caribeños, indígenas, ladinos y oficiales extranjeros respondieron a intereses particulares, a inclinaciones políticas y a contradicciones locales, las que se fueron estableciendo al calor de conflictos de mediana y de corta duración. Estos muestran, a su vez, los distintos niveles y la diversidad de las negociaciones políticas entre la población con rebeldes y las autoridades gubernamentales.

Los elementos constructores de una coyuntura bélica

Como se ha mencionado, en abril de 1829 el ejército Protector de la Ley, comandado por el general hondureño Francisco Morazán, derrotó a los centralistas centroamericanos luego de ocupar la ciudad de Guatemala, capital de la república federal. De inmediato, los federalistas se pusieron manos a la obra para impulsar un modelo que garantizase el fin del monopolio secular de la élite de la capital de la república y la posibilidad de que los cinco estados federales —Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica— contasen con gobiernos autónomos y cumpliesen a la vez sus compromisos

ante el ejecutivo federal. La joven república debía de ser capaz de ganarse un lugar en el concierto de las naciones.

Paralelamente, los nuevos tiempos de paz hicieron que los 4 000 hombres de la tropa del ejército vencedor fueran reducidos a 800, licenciándose combatientes de los cinco estados. Asimismo, producto de la guerra, se observó una falta importante de armas por las pérdidas durante las campañas militares sucedidas entre 1827 y 1829. A su vez, el hecho de que la costa caribeña fuese tradicionalmente escenario de “frecuentes tentativas de los enemigos de Centroamérica y, más aún con la existencia de la colonia inglesa de Belice”, los fuertes de Izabal, Omoa y Trujillo, normalmente guarniciones respetables, estaban ahora venidos a menos.¹²

Dichas debilidades en materia de defensa hicieron conscientes a los dirigentes centroamericanos de tomar en cuenta varios elementos políticos de orden coyuntural:

Primero, que la situación externa era favorable a una invasión, máxime que México venía de derrotar el once de septiembre de ese año de 1829 la expedición militar española, que con el apoyo de la Santa Alianza y la anuencia de gobierno británico y encabezada por el brigadier Isidro Barradas, había desembarcado en el puerto de Tampico una tropa compuesta de 3 556 hombres. Estos habían salido de La Habana con el ánimo de reconquistar la Nueva España.¹³

Segundo, por tanto, existía el peligro real de una intervención española desde Cuba por importancia geoestratégica de Centroamérica, máxime que apoderarse de la vía interoceánica alterna de Nicaragua resultaba un aliciente económico de primer orden.

Tercero, no podía pasarse por alto la continua política expansionista británica en el Istmo, que ya controlaba la colonia de Belice y el territorio caribeño de la Mosquita en Nicaragua, y pronto ocuparía las islas de la Bahía frente a las costas hondureñas. Entre 1827 y 1834, los comerciantes europeos

no dejaron de asentarse masivamente en la isla de Roatán con el fin de fomentar el comercio inglés y el contrabando con el Istmo.

Cuarto, la situación interna no estaba del todo pacificada a raíz del triunfo de Morazán, como pronto lo demostrarían los acontecimientos en Honduras a finales de ese año del 29 con el levantamiento del partido de Olancho. Este era un estado clave por contener el principal puerto centroamericano en el mar Caribe, Trujillo, guarnecido por la fortaleza de Santa Bárbara.

Quinto, la nueva política fiscal y jurídica alentada por los federalistas centroamericanos con el fin de recuperar el erario en bancarrota, la cual era impulsada por el nuevo secretario de Hacienda, el guatemalteco Mariano Gálvez, buscaba a su vez la reorganización de la república, lo que alentaba resistencias sociales en el seno de los diferentes estados, exigidos de subvencionar al ejecutivo federal en su funcionamiento. Una nueva política fiscal que preocupó, asimismo, a los comerciantes extranjeros asentados en la región, encabezados por los intereses ingleses y franceses, para entonces ya en disputa por la hegemonía imperial en el Istmo.

El miedo compartido por buena parte de los comerciantes beliceños era que se diese el desplazamiento de su dominio sobre el comercio con Centroamérica. Riesgo que se materializó en la segunda mitad de 1831 por la posibilidad de un acuerdo comercial entre Francia y Centroamérica. Lo que permitiría el establecimiento de colonias francesas en Roatán y la Costa Mosquitia, por lo que ellos tendrían una buena posición para desplazarlos en tiempos de paz como de guerra. Este miedo se concretizó, para finales de 1831, antes del inicio del plan centralista, con la presencia de un enviado guatemalteco en París para iniciar negociaciones comerciales. Por otro lado, las autoridades federales habían decidido decretar un impuesto del cinco por ciento a todas las mercancías provenientes de Belice como contrapartida a un impuesto similar decretado en Belice en 1828. Esto ayuda a explicar el porqué del apoyo de la comunidad mercantil beliceña hacia los planes centralistas.^{[14](#)}

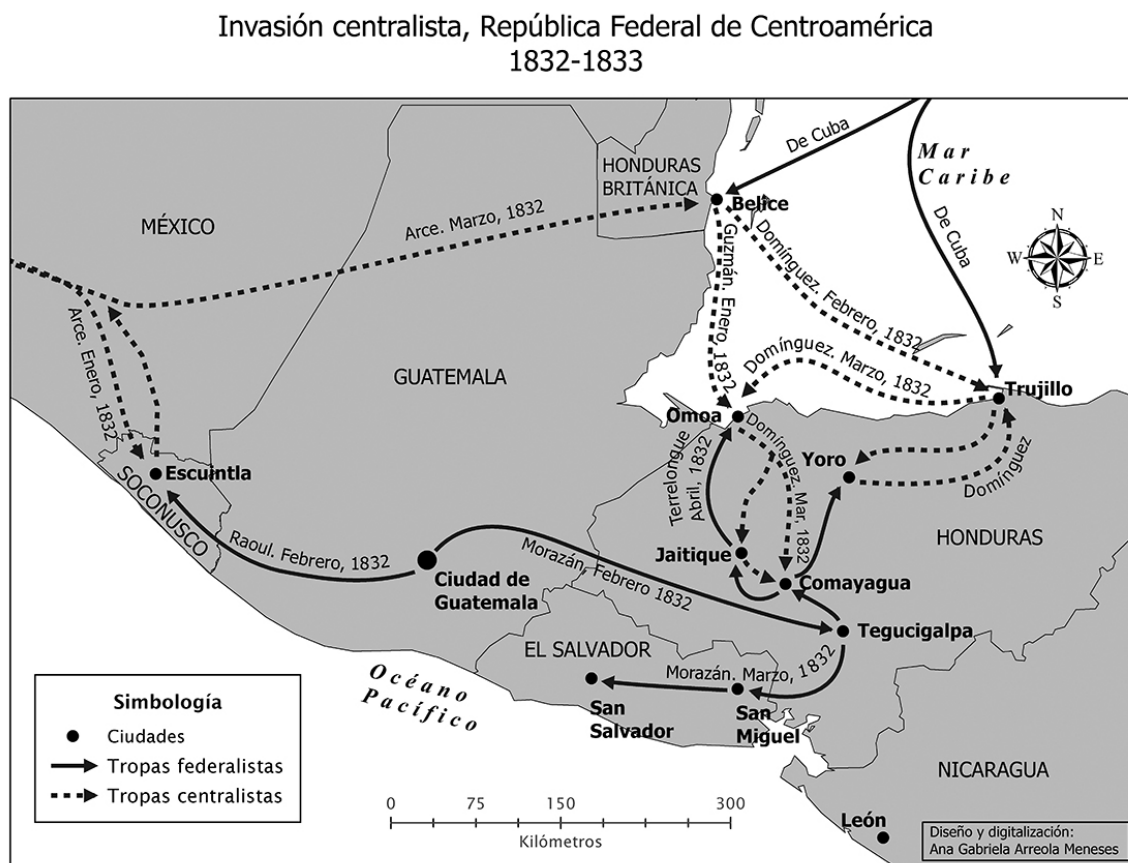
Para entonces, el volumen del comercio por Belice era clave en el Caribe, porque ya funcionaba como el punto de distribución hacia otras islas caribeñas —en especial Jamaica. La presión inglesa logró que Centroamérica derogase en febrero de 1832 ese impuesto del cinco por ciento sobre las mercancías beliceñas, a lo que las autoridades centroamericanas consintieron como una forma de calmar los reclamos del vicecónsul inglés y buscar cortar de cuajo el apoyo de los comerciantes beliceños en favor de Domínguez y Guzmán.¹⁵

Los levantamientos previos

En ese contexto, los emigrados centralistas a Belice, tanto españoles y centroamericanos, empezaron a agitar con papeles públicos y emisarios la situación política de los estados de Guatemala y Honduras. En este último pusieron en movimiento al costero departamento de Olancho, vecino con la región mosquita del estado de Nicaragua. El pretexto esbozado fue el de resistir a la nueva contribución establecida por la asamblea hondureña el 28 de abril anterior. Esta había emitido el 24 de octubre un decreto de expulsión de una serie de 21 individuos, tanto nacionales como extranjeros, civiles como religiosos, considerados como partícipes de la agitación. Pese a ello, uno de los miembros de la lista que no pudo ser desterrado, el presbítero Antonio Rivas, levantó a una pequeña tropa en el pueblo de Opoteca, siendo respaldado por varios comerciantes.

Considerando peligrosa la situación, el gobierno federal envió al general Henri Terrelonge¹⁶ a poner fin a la sublevación. Los olanches se rindieron en el paraje Las vueltas de Ocote, el 21 de enero de 1832, mientras que el 19 de febrero el general Morazán derrotaba a otra columna rebelde en Opoteca. Finalmente, el coronel Domínguez y el guatemalteco Fermín Pavón promovieron en mayo una nueva insurrección en los pueblos hondureños de Jano y Laguat, la cual fue contrarrestada por el ejército del estado hondureño, siendo capturado el segundo de ellos. Domínguez se refugió en Belice.¹⁷ A partir de ese momento, los planes de invasión combinados entre Arce,

Domínguez, Guzmán y Cornejo empezaron a fraguarse con el intercambio de una serie de correos y la promesa del arzobispo Casaus y Torres de lograr el apoyo del capitán general de Cuba.



Fuente: Diseño y digitalización Ana Gabriela Arreola Meneses

Los escenarios de la intervención

El peso de esta nueva guerra a nivel federal lo llevarían los oficiales extranjeros, especialmente franceses y españoles, que habían entrado al servicio de la República Federal de Centroamérica entre 1823 y 1827, y que luego del estallido del conflicto entre centralistas y federalistas se enfrentaron defendiendo los intereses en ambos bandos. Muchos de ellos eran veteranos de las guerras de independencia en América del Sur, del derrotado líder liberal español Rafael Riego o ex militares de las fuerzas mexicanas al mando del

general Vicente Filisola, quien garantizó la unidad de las antiguas provincias del reino de Guatemala al imperio de Agustín de Iturbide entre 1822 y 1823.^{[18](#)} Por supuesto habrían de destacar también la participación de varios oficiales centroamericanos que participaron en aquella primera contienda federal, como era el caso del coronel chiapaneco Agustín Guzmán López, cuya estrella como estratega empezó a ascender precisamente con el estallido de esta nueva guerra centroamericana. Esta vez, no habría convenciones de guerra, pues el oficial extranjero que era capturado, a su vez sería fusilado sin derecho a juicio.

El frente de Soconusco

Manuel José Arce abandonó su exilio estadounidense en la ciudad de Nueva Orleans para trasladarse a la Ciudad de México a inicios de agosto de 1831 con el fin de lograr el apoyo de los exiliados centralistas guatemaltecos, en especial del coronel Manuel Montúfar y Coronado, empresa en la que no tuvo éxito en la medida en que este había sido uno de los oficiales que lo destituyó del mando militar en 1828. Asimismo, buscaba el apoyo del gobierno mexicano por medio de la intermediación del secretario de Relaciones Exteriores, Lucas Alamán, principal promotor de la política mexicana de la antigua provincia guatemalteca de Chiapas, la cual tenía como objetivo estratégico garantizar el control mexicano en ambas orillas de un posible canal interoceánico en el istmo de Tehuantepec y, luego garantizar el control de la otra posible vía, la del río San Juan, el Gran Lago de Nicaragua y el istmo de Rivas, en el estado de Nicaragua.^{[19](#)}

Alamán no sólo estaba al tanto de los planes de Arce, sino en sus cálculos entraba las posibles ventajas para México de aquella incursión a territorio de Guatemala desde el Soconusco oriental y sus ramificaciones en El Salvador y Honduras, de ahí que le diese instrucciones en esa dirección al enviado diplomático mexicano, Manuel Díaz Bonilla. La franca tolerancia de las autoridades chiapanecas hacia los movimientos del ex presidente centroamericano enturbió las pláticas diplomáticas de este con el ministro de

Relaciones Exteriores de Centroamérica, Pedro Molina. Díaz Bonilla, por instrucciones de Alamán, se negó a discutir los derechos de México sobre Chiapas y Soconusco.²⁰

Obtenido dicho apoyo tácito, Arce descendió hasta el estado de Chiapas, en donde le eran favorables el gobernador José Ignacio Gutiérrez y el líder centralista guatemalteco, José Francisco Córdova, exilado en ese estado federal. La operación se hacía luego de que Manuel Diez Bonilla hubiese sido nombrado como nuevo embajador de México para Centroamérica. Ante la noticia de la inminente invasión de territorio guatemalteco por una tropa al mando del ex presidente Arce compuesta de guatemaltecos exilados y de mercenarios mexicanos, este se precipitó a reclamar el carácter neutral del partido del Soconusco oriental,²¹ donde dicho ejército invasor se había asentado. Entre los apoyos con que contaba el ex presidente en suelo chiapaneco también se encontraban algunos de los sacerdotes expulsados en 1829, —como era el caso de José María Herrera, José Francisco Carrascal y José León Marroquín y Guelle, natural este último de Quetzaltenango—, por lo que Arce empezó a mover sus piezas en este departamento guatemalteco y en el del vecino Totonicapán.

Las autoridades centroamericanas estaban conscientes del descontento que existía en el departamento de Quetzaltenango a raíz de la política de represalia ejercida por las tropas federalistas en 1829, política que implicó aumento de impuestos, requisiciones de caudales, exilio de ciudadanos, etc. Sin embargo, el jefe político quezalteco, José Suasnavar Domínguez decidió mantener su fidelidad a la república federal, por lo que el general Nicolás Raoul,²² de origen francés, tomó medidas radicales, que le permitieron reunir la cifra de 2 000 pesos para gastos de la nueva campaña militar. Las hostilidades Arce, quien contaba con el respaldo de los ayuntamientos de Tuxtla Chico y Escuintla Chico en el Soconusco occidental, las comenzó atacando el pueblo fronterizo de Motozintla con una tropa al mando del oficial mexicano Pablo Ocaña y del padre Herrera con el objetivo de apoderarse del

poblado de Chiantla, en el departamento de Huehuetenango. Esta acción fue repelida por el capitán Víctor Porres, quien los derrotó.

Por su parte, el general Raoul y el ex comandante de Chiapas, coronel mexicano José Martínez, se movieron con celeridad hacia Tapachula, la capital del Soconusco oriental, al mando de la división de Los Altos. Esta había sido reestructurada con 900 hombres provenientes de fuerzas federales, quetzaltecos y voluntarios soconusquenses, y derrotó a Arce al mando de 160 hombres, el 24 de febrero de 1832. Este se vio obligado a refugiarse en territorio mexicano.²³ Los prisioneros señalaron que la tropa de Arce contaba con el apoyo del presidente Bustamante, del secretario de Relaciones Exteriores Alamán y del general José Antonio Facio, Secretario de Guerra. El nuevo movimiento de Arce fue salir de suelo mexicano y dirigirse hacia Belice con el propósito de unirse al coronel Vicente Domínguez en los planes de invasión del estado de Honduras.

Por su parte, las autoridades guatemaltecas encargaron al juez de Tonalá, población límite entre los dos Soconuscos, que hiciese un expediente sobre los sucesos sobre todo para definir las responsabilidades del gobierno mexicano en la intentona y, que, lógicamente, negaba.²⁴ En su informe al congreso federal centroamericano de doce de mayo de ese año de 1832, Pedro José Valenzuela, secretario provisional del Estado y del despacho de Guerra y Marina, señalaba que Arce había ocupado el Soconusco oriental armado con fusiles y carabinas que ostentaban el escudo mexicano por ser estas oficiales; que los centralistas habían meditado durante dos años y medio el levantamiento armado encabezado por el ex presidente, el cual contó con el apoyo de las autoridades chiapanecas instaladas en Ciudad Real —San Cristóbal de las Casas.²⁵

El frente de El Salvador

Un mayoritario sector de la elite salvadoreña, interesada en concretizar su propio proyecto territorial, se enfrentó al presidente Morazán entre 1832 y 1834 a raíz de la decisión del ejecutivo federal de crear —siguiendo el ejemplo

estadunidense— un distrito central, que sacase la capital de la federación de la ciudad de Guatemala. Se buscaba con ello quitarle poder a la poderosa hegemonía de origen colonial de la élite guatemalteca. Un reclamo, a su vez, de larga data por parte de los comerciantes y productores salvadoreños afectados por la merma de la producción de añil, pero esperanzados en el auge del comercio de cabotaje por el Pacífico procedente de América del Sur y controlado por Inglaterra. Sin embargo, el problema resultó ser que la creación de un distrito central que incluyese a la ciudad de San Salvador como capital federal, le retiraba al estado homónimo una importante área territorial, en la cual se concentraba parte de la riqueza de ese estado. Además, les enajenaba el puerto de La Libertad, el principal puerto salvadoreño en la costa del Pacífico, con agravante de que El Salvador era el único estado de la federación que no contaba con costa caribeña. Por ello, el jefe José María Cornejo declaró a El Salvador “Nación soberana e independiente”, lo que hizo saltar las alarmas del gobierno federal.²⁶

El estado de Guatemala reaccionó levantando nuevamente una tropa de 4 000 hombres, prestándole varios cientos a la federación. A su vez, los estados de Honduras y Nicaragua movilizaron tropas debido a la magnitud geográfica que cobraba el levantamiento centralista. Al mando de un cierto número de tropas federales, Morazán maniobró por el sur de Honduras hasta llegar a Nicaragua con el fin de completar su fuerza de infantería y caballería antes de penetrar a El Salvador por el partido oriental de San Miguel. Repetía la gesta militar del año de 1827, la que había sido el principio del fin de los centralistas.²⁷ El resultado fue el enfrentamiento a inicios del mes de marzo entre una tropa federalista de aproximadamente 800 hombres, que derrotó en el poblado de Jocoro a la de Cornejo en número de 600. Replegándose, el jefe Cornejo se atrincheró en la ciudad de San Salvador, donde se rindió el tres de abril de 1832, siendo despojado del poder.²⁸

El coronel Joaquín de San Martín sustituyó provisionalmente a Cornejo, logrando negociar con el presidente Morazán un decreto por medio del cual el

gobierno federal se comprometió a respetar la organización propia en cada uno de los cinco estados que componían la federación centroamericana. El estado de Guatemala la vio con buenos ojos, pues abría la posibilidad de mantener en paz a sus vecinos de Honduras y El Salvador con el fin de no verse nuevamente gastando su presupuesto en mantener al ejército federal para sofocar los movimientos insurreccionales en ellos. En esos momentos, el ejército federal se empezaba a mover hacia el litoral caribe hondureño con el fin de sofocar el tercer brote insurreccional centralista al mando de los coroneles Domínguez y Guzmán.²⁹

El frente hondureño

El ex presidente Arce contaba con el apoyo del coronel español Vicente Domínguez, antiguo compañero en el ejército federal derrotado en abril de 1829 y exiliado en Cuba y, posteriormente, a Belice. El plan coordinado era que este desembarcase con una tropa en suelo hondureño desde la colonia británica y que sublevase a la guarnición del fuerte de Omoa en Honduras y, a su vez, tomase el fuerte de San Felipe, en la boca del golfo de Izabal, las dos principales guarniciones centroamericanas en el litoral caribeño. El 21 de noviembre de 1831, Domínguez fue reconocido como el jefe militar de la misma luego de apoderarse a su vez del importante puerto de Trujillo, íntimamente ligado a la actividad productiva del extenso departamento de Olancho. Desde 1829, el general Morazán había advertido al secretario de Guerra y Marina las relaciones comerciales que mantenían los “facciosos” con el puerto a cambio de efectos importados de toda clase; es decir, provenientes del comercio caribeño y europeo.³⁰ Desde este puerto, Domínguez dirigió el 31 de diciembre de 1831 una circular a las municipalidades del estado de Guatemala y una proclama a los centroamericanos incitándolos a la insurrección en contra de las autoridades federalistas.³¹

A Domínguez lo acompañaban Pedro González, hijo de un antiguo militar español y ex oficial del batallón de milicias provinciales de la ciudad de

Guatemala, quien también había sido prisionero de Morazán en 1829, más el capitán Juan Ignacio Irigoyen, Azualde, nacido en Navarra y de profesión comerciante, quien había sido igualmente expulsado en 1829 por su fidelidad a España. Coordinaba la acción con el comerciante español Ramón Guzmán. El 21 de noviembre este se había apoderado desde suelo hondureño del fuerte de Omoa a la cabeza de 200 *caribes* —garífunas y haitianos—, logrando levantar una fuerza de 500 hombres. El impacto político le permitió que los departamentos de Opoteca y Trujillo lo reconociesen como uno de los cabecillas del levantamiento. Ello conllevaba lograr el dominio sobre la costa caribeña de Honduras y un territorio próximo a la ciudad de Comayagua, entonces capital del estado. En la acción, Guzmán se apoderó de la violeta *ejecutivo*, la que rebautizó con el nombre de *general Domínguez* y la envió a La Habana con un pliego de peticiones de apoyo dirigido al capitán general de la isla Francisco Dionisio Vives en el que manifestaba la fidelidad a España del levantamiento.³²

Cuando Domínguez se apoderó de Trujillo, aprehendió la goleta federal *Fénix*, comandada por el capitán francés Richard Duplessis, a quien fusiló en la plaza de Omoa el ocho de febrero de 1832.³³ Domínguez convocó al mismo tiempo a varios de los comerciantes españoles residentes en la costa centroamericana a quienes dio armas y les pidió apoyarlo en la demanda de auxilio a Cuba. Para entonces, ya ostentaba el grado de coronel.³⁴ Sin embargo, las fuerzas federales también tomaron la iniciativa en el mar Caribe, pues el teniente coronel Juan Galindo,³⁵ irlandés y quien había prestado importantes servicios a la Federación, durante el inicio del sitio de Omoa por parte de las tropas federalistas fue nombrado comandante de las goletas *María Josefa* y *Nueva María*, con las que averió a la *Fénix* y, así, impedirle dirigirse nuevamente a La Habana para pedir refuerzos.

Domínguez vio cómo las tropas federales penetraban en suelo hondureño desde Gualán, Guatemala, y las tropas hondureñas ocupaban San Pedro Sula, al sur del fuerte de Omoa. Por ello, maniobró el siete de marzo de 1832 desde

Trujillo hacia Yoro, en el interior, siendo derrotado en Tercales por la caballería hondureña. Replegado hacia Omoa pudo, conjuntamente con Pedro González, presentar batalla el 26 de marzo de 1832 en Jaiteque, en el departamento de Santa Bárbara. Iban al mando de 600 hombres, que fueron vencidos por las tropas del coronel hondureño Gutiérrez, compuesta de 200 soldados. Derrotado, Domínguez se vio obligado a replegarse nuevamente hacia el célebre fuerte con 400 hombres. Allí tomó la decisión de apoderarse de Comayagua, la capital del estado. Para ello dejó 200 hombres en Opoteca y avanzó con igual número hacia la aldea de El Espino, donde fue derrotado el tres de mayo. Dos días después, lo fue a su vez en la primera de las poblaciones. Allí lo abandonó González y otros oficiales, y él fue capturado, siendo fusilado el catorce de septiembre de 1832 en Comayagua.

Varios españoles que se encontraban en el fuerte de Omoa, le propusieron a Ramón Guzmán estar dispuestos a desplazarse a La Habana para pedir esta vez refuerzos al capitán general Vives. Así, una comitiva salió hacia la isla en la goleta *General Domínguez*. De regreso, esta fue capturada el uno de julio por la goleta federal *Deseada*, la que hizo prisioneros al capitán el español Miguel Arrechea y a los siguientes comerciantes: el español Antonio Fernández, el trujillense José Suárez y el comayagüense Ciriaco Velásquez quienes traían banderas españolas y municiones de guerra suministradas por Vives, quien les había indicado que no podía proporcionar hombres sin autorización del gobierno español. El coronel Henri Terrelonge los mandó a fusilar por considerarlos fuera de la ley.^{[36](#)}

La federación había enviado una división compuesta de 1 196 hombres al mando de Terrelonge, quien puso cerco al fuerte de Omoa, donde Guzmán y sus hombres enarbolaron la bandera española como medida de última hora para reclamar el apoyo de realistas y centralistas hondureños y guatemaltecos y trataron de quemar sin éxito el antiguo puerto de Omoa. Sitiados de hambre y ante las expectativas de Guzmán de volarlo, la tropa, compuesta esencialmente por *caribes*, se sublevó. El fuerte de San Fernando de Omoa se rindió el doce de

septiembre de 1832, siendo fusilados el trece de septiembre Guzmán y el resto de los españoles y centroamericanos rebeldes. Arce, quien había sido derrotado en Chiapas y se había trasladado a Bacalar, Yucatán, y, luego a Belice, para apoyar la gesta de Domínguez y Guzmán, ya no quiso dar el paso al ver la derrota del primero en el mes de mayo.³⁷ Seguidamente, se radicó por varios años en México.

Las tropas vencedoras ingresaron a la ciudad de Guatemala el 26 de diciembre de ese año al mando del general chiapaneco Agustín Guzmán López,³⁸ quien había reemplazado a Terrelonge enfermo mortalmente de terciarias, declarándolo con el título de *Vencedor de Omoa*. El gobierno federal organizó unas exequias oficiales en la catedral en honor a los caídos en el sitio con la erección de túmulo en su honor. Paralelamente fue publicado un breve folleto, que incluía el grabado del mismo, obra del artista Casildo España, con la lista de oficiales muertos, encabezados por el general Terrelonge en tanto que comandante general. Entre estos, varios otros militares extranjeros: el teniente coronel italiano Feliciano Viviani,³⁹ el mayor escocés Jacob Gordon;⁴⁰ el capitán *Calderón*, de probable origen irlandés.⁴¹ El cónsul Hall también da el nombre del capitán Potts, irlandés, quien actuó como oficial de caballería en las tropas de Domínguez.⁴²

CUADRO 2

Estado de las fuerzas de la república
que sitiaron el Castillo de Omoa, septiembre de 1832

Cuerpos	Soldados	%
Artilleros	21	1,73
Batallón Federal	190	15,65
Caballería Federal	51	4,20
Milicias de Zacapa, Gualán y Chiquimula	339	27,92
Batallón Permanente de Guatemala	209	17,22
Verapaz	78	6,43
Texiguat, Honduras	34	2,80
Yoro, Honduras	53	4,37

Estado de las fuerzas de la república
que sitiaron el Castillo de Omoa, septiembre de 1832

Cuerpos	Soldados	%
Trujillo, Honduras	142	11,70
Compañía de milicias de El Salvador	97	7,99
Total	1 214	100.00

Fuente: *Boletín Extraordinario*, 23 de septiembre de 1832.

El papel de Belice

En su informe a la asamblea federal del quince de mayo de 1832, el secretario Valenzuela recordaba que Centroamérica estaba continuamente expuesta a los peligros desde la colonia británica Belice, siendo este “un punto de interés para la seguridad exterior de la nación” debido a su proximidad con “los Puertos principales del Norte” de la república: Izabal, Omoa y Trujillo. De hecho, Belice fungía como:

el almacén general donde se monopoliza el comercio de los Estados [centroamericanos], y de donde se facilitan al contrabandista los arbitrios ocultos que necesitan para cometer sus fraudes. Se ha hecho asilo y abrigo de criminales y enemigos de la república; y en fin, es allí donde se han subministrado grandes auxilios y recursos al Pirata Domínguez y sus compañeros para que se sostuviese, mientras que aquellos comerciantes hacían su fortuna, comprándoles los intereses y mercaderías que robaban a los nuestros y a la hacienda Nacional.^{[43](#)}

Por ello, el gobierno federal se ocuparía de reunir datos e informaciones que acreditasen semejantes hechos, para hacer sin pérdida de tiempo las gestiones correspondientes ante el gobierno británico.

El informe sintetizaba las opiniones antibeliceñas compartidas por los centroamericanos ante el comportamiento que habían tenido los comerciantes y las autoridades de la colonia británica durante la crisis política en 1831-1832, aunque el mismo hundía sus raíces en la larga duración. El asentamiento de Belice —Honduras Británica— había sido una de las zonas en disputa entre la monarquía española y la corona británica. Como parte de los asentamientos británicos en el Caribe que permitían el contrabando de maderas y textiles,

Belice y —en menor medida— Jamaica se convirtieron en los “entrepôts” del comercio de contrabando hacia el Reino de Guatemala, a tal punto que en el momento de la crisis del dominio español en el Istmo, el capitán general Carlos Urrutia autorizó en 1819 el comercio con este asentamiento, poniendo fin a la polémica que desde finales de la centuria anterior había tenido en su seno la comunidad mercantil guatemalteca.

En sus *Memorias*, Miguel García Granados relata que la mala situación económica de la casa comercial de su familia motivó a su hermano mayor José Vicente a iniciar el año de 1818 un modesto comercio de productos guatemaltecos desde el puerto de Trujillo a La Habana. Al año siguiente, un huracán no permitió repetir la experiencia y el comandante del puerto le dijo que le permitiría dirigir los productos hacia Belice. Así comenzó un intenso tráfico comercial abierto con el establecimiento inglés. Al año siguiente el Capitán general de Urrutia, emitió el decreto abriendo legalmente el comercio con Belice, pero con la condición de que eran los comerciantes ingleses y sus agentes los que debían de llegar a los puertos centroamericanos a recoger las mercancías, pues los súbditos guatemaltecos tenía prohibido poner pie en la colonia beliceña.⁴⁴

La independencia del Reino de Guatemala en septiembre de 1821 habría de cambiar las reglas del juego y los intereses británicos empezaron a imponerse sobre los destinos de la región. En ese momento, se consideraba que el 80% del comercio británico con Centroamérica pasaba por Belice.⁴⁵ De esa forma, los retos que a partir de 1823 enfrentaron las autoridades federales con respecto a los comerciantes beliceños eran los siguientes. Primero, la continua expansión territorial más allá de los límites establecidos en el tratado de 1786, debido al agotamiento paulatino de la caoba. Tensión que, asimismo, se expresó en 1832 en torno a la Mosquitia y a las Islas de la Bahía —Roatán. Segundo, el papel casi monopolístico de Belice como vía de paso para las exportaciones e importaciones centroamericanas. La declaratoria centroamericana en 1823 del libre comercio benefició directamente a los comerciantes asentados ahí, pues la

ruta de cabotaje por el Pacífico no podía cubrir todo el volumen del comercio y, de por sí, conllevaba mayores atrasos e inseguridades. Tercero, a lo anterior se sumó la declaratoria de libertad por parte del gobierno de las Provincias Unidas de Centroamérica en 1824 de los esclavos que tocaran suelo centroamericano. Esto provocó las protestas y reclamaciones por parte de los cortadores de caoba, pues temían una fuga masiva de los suyos como ha quedado evidenciado en el testimonio de García Granados arriba descrito.⁴⁶ Es más, en 1830, el superintendente de Belice realizó una incursión militar en la isla de Roatán so pretexto de que en la isla se refugiaban esclavos que habían huido de los cortes de madera. La razón principal fue tantear la capacidad de respuesta de los centroamericanos ante una posible ocupación británica del archipiélago.⁴⁷

Las nuevas oportunidades comerciales con el libre comercio entre Belice y Centroamérica alentaron, a su vez, a las casas de comercio londinenses para asentarse en la colonia británica, proceso que rompió en la década de 1820 el balance político que había al interior de la comunidad mercantil establecida allí, lo que motivó que algunos de los antiguos integrantes de la oligarquía colonial beliceña se movieran a Centroamérica para promover sus propios negocios. Entre ellos destacaron William Hall y Marshall Bennett, actores de primer orden en la vida política de esas décadas.⁴⁸

El trece de agosto de 1831, el gobierno británico expresó sus temores de una posible ocupación francesa en las costas del Caribe. A finales de la década de 1820 e inicios de la de 1830, las autoridades federales centroamericanas pasaron primero un tratado de comercial con los Países Bajos y, seguidamente, otro con Francia. En febrero de 1832, la presión inglesa logró que Centroamérica derogase el 5% anteriormente acordado sobre las mercancías beliceñas.⁴⁹

El aumento de los impuestos en los puertos del Caribe de los estados de Honduras y Guatemala afectaba, asimismo, a los cortadores de madera en la costa hondureña, como era el caso de la Casa Marshall Bennett, principal establecimiento comercial británico en suelo centroamericano y socio del

presidente Morazán en dicha industria. De inmediato, los mercaderes británicos radicados en Belice solicitaron la intervención de SMB ante el gobierno de la república federal para discutir la pertinencia de los impuestos acordados a las mercancías provenientes desde la colonia. Gran Bretaña respondió apoderándose de las islas de la Bahía en 1834 y aprobando en 1835 una nueva tarifa para la madera proveniente de la Federación.⁵⁰ El precio a pagar fue para la república federal la oficialización de la entrada de los comerciantes ingleses —relacionados o no con Belice— a la vida política interna de cada estado centroamericano, especialmente a la de Guatemala, como fue el caso de los británicos Marshall Bennett, William Hall, Carlos Antonio Meany, George Skinner, el alemán Karl Klee y muchos más pero menos conocidos. Es decir, la competencia y rivalidades entre casas comerciales europeas, beliceñas y varios de los comerciantes asentados en Centroamérica fueron parte de la trama política que atravesó la crisis bélica de 1831-1832.

La respuesta centroamericana, sobre todo la del jefe del estado de Guatemala Mariano Gálvez, fue concebir una política de colonización de los territorios adyacentes a Belice, otorgándoselos a empresarios extranjeros como forma de contener el avance británico hacia territorios al sur de Belice. Plan que estuvo a punto de costarle a Guatemala la enajenación del actual departamento de Izabal y partes de los de Alta Verapaz y Zacapa.⁵¹

Consecuencias funestas fiscales

Una de las huellas perdurables que dejaría el conflicto de 1831-1832 fue la agudización de la crisis fiscal, tanto para el gobierno federal, como para los Estados. El primer aspecto a considerar para entender las dimensiones de la caída de los ingresos agravada por la guerra fue el momento en que esta tuvo lugar. Apenas habían transcurrido un poco más de dos años desde el fin de la primera guerra federal, cuando sucedieron los combates en Soconusco, El Salvador y Honduras.

Previo al inicio del conflicto, las autoridades federales habían mantenido un delicado equilibrio de las finanzas gracias a la impresión de libranzas por casi 200 000 pesos. Este recurso era “el pequeño fondo sobre que el Gobierno ha contado y que le ha hecho y le hace existir sin apuros ejecutivos”, tal como reconocía el nuevo gobierno en 1830.⁵² Ello permite situar en su justo marco la polémica ya mencionada sobre el decreto de la federación de aumentar el cinco por ciento a las mercancías importadas desde Belice, pues era una medida que buscaba agilizar la circulación de estos “papeles” en las aduanas y el pago de los sueldos a las tropas y funcionarios. Además, era un sistema que facilitaba grandes ventajas a los comerciantes que tuvieran efectivo o libranzas respaldadas en Londres o Estados Unidos; es decir, los comerciantes con redes hacia los nodos mercantiles atlánticos.

A su vez, una manera de sostener las tropas federales fue exigir préstamos forzosos tanto en el estado de El Salvador como en el de Guatemala. En esa dirección, otros 200 000 pesos en libranzas fueron autorizados en febrero de 1832 para ser cancelados en las aduanas federales sin mayor éxito. Esto debido a que, para el mes marzo de ese año, se había mantenido un déficit de casi 114 000 pesos. De ahí que, en los meses siguientes, se tuvo que recurrir a nuevos préstamos forzosos.⁵³

La circulación de las libranzas, en la práctica papel moneda, terminaría por complicar aún más a la Hacienda federal, tal como lo reconocía el vicepresidente de la República de Centroamérica en su mensaje el año de 1835:

Los extraordinarios gastos originados desde el año de [18]32 para sofocar las facciones a cuya cabeza se hallaba el ex presidente Arce en Soconusco y en Omoa, y Trujillo el extranjero Domínguez, hicieron contraer empeños que anularon los ingresos que debió haber en efectivo en las Aduanas de los Puertos *por la gran cantidad de vales que hubo que emitir, y por lo que los derechos han sido pagados con este papel*, paralizándose al mismo tiempo el comercio por efecto de la revolución.⁵⁴

Dicha situación fiscal estaba conectada con otro proceso paralelo que se vio reforzado por el impacto de tal campaña militar: la subasta de bienes inmuebles incautados a los centralistas derrotados en 1829. Desde el fin de la

primera guerra federal se había planificado la subasta de varias propiedades incautadas a particulares y conventos. Sin embargo, la pugna entre las autoridades estatales de Guatemala y la de los otros estados federales por los ingresos de estos bienes, la retrasó más de lo esperado. Paralelamente, los comerciantes británicos asentados en suelo guatemalteco habrían de participar activamente en dicha subasta. Así, Bennett y Meany, en asociación con un diputado federal guatemalteco Basilio Porras, aportaron más de 250 000 pesos en la compra de la ex hacienda dominica San Jerónimo, en el departamento de Verapaz. Mucho de este “dinero” eran en realidad libranzas emitidas por las autoridades en 1829 y 1832.⁵⁵

Es más, el peso que esta coyuntura bélica habría de tener en el predominio de esas casas comerciales británicas en suelo centroamericano también se evidenció con los proyectos de colonización en Petén y Chiquimula a partir de 1834 por parte del gobierno de Gálvez, pues los principales beneficiarios fueron nuevamente Bennett y Meany, a los que esta vez se le sumó un oficial veterano de la campaña contra Omoa, el irlandés Juan Galindo.

Epílogo

Como se ha podido apreciar, los cambios internos en los estados El Salvador, Honduras y Guatemala entraron en juego en esa nueva coyuntura centroamericana de 1829-1832, la que luego abriría la segunda etapa de las guerras federales, iniciada en 1837 con el levantamiento de La Montaña en Guatemala. Esta terminaría con la extinción de la República Federal de Centroamérica entre 1839-1842 y, de paso, con el fusilamiento de Francisco Morazán en Costa Rica.

Con la toma del fuerte de San Fernando de Omoa, la consolidación del proyecto federal y el liderazgo de Morazán se vio reforzado en esa coyuntura de lucha contra los planes de los centralistas centroamericanos por recuperar el poder perdido por la guerra federal de 1826-1829. La principal lección para estos fue la aceptación que, para derrotar a Morazán y a sus aliados federalistas

había que cooptar otros liderazgos opuestos a las políticas liberales que estos esgrimían. La ocasión se las proporcionó el levantamiento campesino del oriente guatemalteco en 1837 conocido como *La Montaña*, al mando de Rafael Carrera.

Asimismo, pareció oportuno ganar a su causa a experimentados oficiales españoles que había sabido sobrevivir a las purgas castrenses federales, tal fue el caso de los españoles Manuel Jonama y de Francisco Cáscara quienes llegaron a Centroamérica para servir en las fuerzas militares coloniales a finales del dominio español y durante la experiencia bélica federal se convirtieron en connotados mandos militares.

Mientras tanto, el balance frente a Gran Bretaña se había modificado a favor de los intereses imperiales. Para entonces, esta controlaba no sólo el comercio marítimo del Caribe centroamericano, sino además las posesiones de Belice, la Mosquitia y las Islas de la Bahía, que solamente devolvería a Honduras tres décadas después. Ciertamente, en compensación se había detenido la intervención inglesa de carácter continental, la cual se renovaría en 1859 con el tratado celebrado con Guatemala, que cedió a Belice el sureño distrito guatemalteco de Toledo.

Por su parte, México dio un paso más en 1842, apoderándose militarmente del Soconusco oriental con el fin de integrarlo a México. Cuba siguió siendo colonia española hasta 1898, cuando triunfó la revuelta independentista. España reconoció por etapas la independencia de las ya cinco repúblicas que habían antaño formado la República Federal de Centroamérica. En 1850, se dio el reconocimiento de Costa Rica y Nicaragua, los dos estados que se mantuvieron al margen de la guerra de 1832; el de Guatemala fue en 1863 y el de El Salvador en 1865. Honduras tuvo que esperar hasta 1893 para que el gobierno español lo hiciese. Una demora cargada de valor simbólico.

Fuentes

ARCHIVOS

AGCA Archivo General de Centroamérica, Guatemala.

FO Foreign Office, National Archives, Kew Gardens, Londres.

HEMEROGRAFÍA

Boletín Extraordinario

Gaceta del Gobierno Federal, San Salvador

BIBLIOGRAFÍA

Castillo, Manuel Ángel, Mónica Toussaint Ribot y Mario Vázquez Olivera, *Espacios diversos, historia en común. México, Guatemala y Belice: la construcción de una frontera*. México, SRE, 2006.

Exposición que al comenzar la actual legislatura ordinaria, hizo al Congreso Federal de esta República, el Secretario de Estado y del despacho de Hacienda, sobre los negocios de su respectivo cargo: leída por partes en las sesiones de los días 20 y 23 de abril y 4 de mayo del corriente año de 1830, Guatemala, Imprenta Nueva, 1830.

García Granados, Miguel, *Memorias del general Miguel García Granados*, Guatemala, Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1952, 2 tt. (Biblioteca de Cultura Popular, 38).

González, Nancie, *Peregrinos del Caribe, etnogénesis y etnohistoria de los garífunas*, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, 2008.

Montúfar, Lorenzo, *Reseña histórica de Centro América*, Guatemala, Tipografía de El Progreso, 1878, 2 tt.

Naylor, Robert, “British Commercial Relations with Central America, 1821-1851”, tesis doctoral, Tulane University, 1959.

Palma, Danilo, “El negro en las relaciones étnicas de la segunda mitad del siglo XVIII y principios del siglo XIX en Guatemala”, tesis de licenciatura, Guatemala, USAC, 1974.

Payne Iglesias, Elizet, *El puerto de Truxillo. Un viaje hacia su melancólico abandono*. Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, 2007.

Rey, Philippe, *Quand la révolution, aux Amériques, était nègre... Caraïbes noirs, negros franceses et autres “oubliés” de l’Histoire*, París, Éditions Karthala, 2005.

Rodríguez, Mario, *A Palmerstonian Diplomat in Central America. Frederick Chatfield, Esq.*, Tucson, University of Arizona, 1964.

Sarazúa Pérez, Juan Carlos, “Tributación, ciudadanía y servicio militar en Guatemala, 1821-1863” en Leticia Reina (coord.), *Pueblos indígenas en Latinoamérica. Incorporación, conflicto, ciudadanía y representación. Siglo XIX*, México, INAH, 2015, pp. 117-158.

Smith, Harold, *La reconquista de México: la historia de los atentados españoles, 1821-1830*, México, FCE, 1984.

Taracena Arriola, Arturo, “Reflexiones sobre la Federación Centroamericana, 1823-1840”, *Revista de Historia*, núm. 2, 1993, Managua, Instituto de Historia de Nicaragua, pp. 4-12.

Taracena Arriola, Arturo, *Invención criolla, sueño ladino, pesadilla indígena. Los Altos de Guatemala de región a estado, 1740-1871*, Antigua Guatemala, CIRMA, 1997.

Taracena Arriola, Arturo (ed.), *La primera guerra federal centroamericana, 1826-1829. Nación y estados, republicanismo y violencia*, México, UAM-I/URL-Para Carens/CEPHCIS-UNAM, 2015.

Valenzuela, Pedro José, *Memoria presentada al Congreso Federal de Centro-América al comenzar sus sesiones ordinarias del año de 1832. Por el secretario provisional del Estado y del despacho de guerra y marina*, Guatemala, Imprenta Nueva, 1832.

Vázquez, Andrés Clemente, *Bosquejo histórico de la agregación a México de Chiapas y Soconusco y de las negociaciones sobre límites entabladas por México con Centroamérica y Guatemala*, México, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, SRE, 1932.

Vázquez Olivera, Mario, *El imperio mexicano y el Reino de Guatemala. Proyecto político y campaña militar, 1821-1823*, México, FCE/CIALC-UNAM, 2009.

Vázquez Olivera, Mario, *La República Federal de Centro-América: territorio, nación y diplomacia, 1823-1838*, México, CIALC-UNAM/Universidad José Matías Delgado, 2012.

Victoria Ojeda, Jorge, *Las tropas auxiliares de Carlos IV: de Saint-Domingue al mundo hispano*, Castello de la Plana, Universitat Jaume I, 2011.

Wortman, Miles, “La Fédération d’Amérique Centrale, 1823-1839”, Thèse pour le doctorat. École Pratique des Hautes Études, Paris, 1973.

Wortman, Miles, *Gobierno y sociedad en Centroamérica, 1680-1840*, Guatemala, URL-Cara Parens, 2012.

Zamora Castellanos, Pedro, *Vida militar de Centro América*, t. I, Guatemala, Editorial del Ejército, 1966.

Zorrilla, Luis G., *Relaciones de México con la República de Centroamérica y con Guatemala*, México, Editorial Porrúa, 1984.

¹ Montúfar, *Reseña histórica*, 1878, t. I, pp. 381-382.

² De origen español, no se sabe cuándo llegó a Centroamérica. En 1825 entró al servicio de ejército de la República Federal y dos años después ostentaba el cargo de comandante de la 2ª división de infantería, distinguiéndose durante la primera guerra federal (1827-1829) en las batallas de Quelpal y de la Hacienda El Socorro. En mayo de 1828 capturó al coronel colombiano Guillermo Merino, comandante de las fuerzas federalistas salvadoreñas, cuando este se hallaba a bordo del bergantín “Caopolicán”, anclado en el puerto de La Unión, y lo mandó a fusilar. Su suerte cambió, pues el 6 de julio de 1828 Morazán lo derrotó en la batalla de Gualcho, que marcó el declive de los partidarios del centralismo. En enero de 1829 fue enviado a defender el punto estratégico de La Arada con el objeto de frenar el avance de las columnas del ejército Aliado Protector de la Ley al mando del coronel colombiano Juan Prem, quien lo burló facilitando el cerco de la ciudad de Guatemala. A raíz de la victoria de Morazán, por decreto de 22 de agosto de 1829, Domínguez fue condenado a prisión junto a los dirigentes centralistas guatemaltecos, siendo luego ex patriado hacia México.

³ Comerciante español que durante la primera guerra federal centroamericana brindó importantes apoyos logísticos y financieros al ejército bajo las órdenes del presidente Arce y, luego, del coronel guatemalteco Manuel Montúfar y Coronado. Se refugió en Honduras a raíz de la derrota centralista.

⁴ Rey, *Quand la révolution*, 2005, pp. 181-196, y Victoria, *Las tropas auxiliares*, 2011.

⁵ García, *Memorias del general*, 1952, t. II, pp. 101-104.

⁶ Wortman, *Gobierno y sociedad*, 2012, p. 321.

⁷ Palma, “El negro en las relaciones”, 1974, p. 74; Zamora, *Vida militar*, 1966, p. 186, y González, *Peregrinos del Caribe*, 2008, pp. 101-102.

⁸ Rodríguez, *A Palmerstonian Diplomat*, 1964, pp. 90-91.

⁹ Palma, “El negro en las relaciones”, 1974, p. 75.

¹⁰ Sarazúa, “Tributación, ciudadanía”, 2015, pp. 150-151.

¹¹ Idelfonso Aragón, enviado por la municipalidad de Zacapa, sobre que se dé amparo en sus propiedades a los ladinos de dicho pueblo, Zacapa, 1832, en Archivo General de Centro América (en adelante AGCA), Sección Tierras, caja 1, leg. 2, exp. 21.

¹² Valenzuela, *Memoria presentada*, 1832, pp. 3 y 5.

¹³ Smith, *La reconquista de México*, 1984.

¹⁴ Rodríguez, *A Palmerstonian Diplomat*, 1964, pp. 60-61, y De Henry Cooke al Foreign Office, Belice, 31 de octubre de 1831, en Foreign Office (en adelante FO), Relaciones con Centro-América, comunicaciones consulares, t. 15/11, fs. 162-166.

¹⁵ De William Hall a John Bidwell, Belice, 10 de febrero de 1832, en FO, Relaciones con Centro-América, comunicaciones consulares, t. 15/12, fs. 5-8.

¹⁶ Nació en Jamaica de padre francés refugiado de Santo Domingo. En 1828, antes de integrarse a las fuerzas del ejército Aliado Protector de la Ley, había hecho carrera en el comercio. Se destacó al mando de la caballería federalista en las batallas de Mejicanos, El Salvador, y de La Arada, Guatemala. El 6 de marzo de 1829 su actuación resultó decisiva en la derrota que Morazán le proporcionó al coronel español

Ramón Pacheco en la batalla de San Miguelito, la que facilitó el sitio de la ciudad de Guatemala. En noviembre de 1829, con el grado de coronel, se le encargó poner fin a la sublevación de Olanchito, Honduras. De principios de 1831 a marzo de 1832, con el grado de general, dirigió la 1ª división del norte del ejército de la federación.

¹⁷ Montúfar, *Reseña histórica*, 1878, t. I, pp. 185-197.

¹⁸ Vázquez, *El Imperio Mexicano*, 2009.

¹⁹ Vázquez, *La República Federal*, 2012, pp. 24-25.

²⁰ *Ibid.*, pp. 46-47.

²¹ Desde 1824 el antiguo partido de Soconusco estaba dividido en la sección occidental, que fue unida a la República Federal de México ese mismo año y el sector oriental, declarado territorio neutro entre esta y la República Federal de Centroamérica, pero con gran influencia de intereses guatemaltecos.

²² Nació en Rouceux, Vosges, Francia, en 1788. Sirvió como oficial en el ejército napoleónico y llegó como civil a Centroamérica en 1825. El presidente Arce lo nombró coronel, comandante de la artillería federal y miembro de la Junta Constitutiva de Guerra. En esa calidad redactó un proyecto de ley castrense que recortaba las facultades y atributos del presidente en su calidad de comandante en jefe del ejército. Opuesto a Arce, ofreció sus servicios al ejército Protector de la Ley comandado por Francisco Morazán, siendo fundamental en elaborar la estrategia del cerco de la ciudad de Guatemala en abril de 1829. En 1833, luego de la campaña contra Arce en el Soconusco, retornó a Francia.

²³ Vázquez, *Bosquejo histórico*, 1932, pp. 397-399.

²⁴ Zorrilla, *Relaciones de México*, 1984, pp. 196-198, y Taracena, *Invención criolla*, 1997, pp. 132-134.

²⁵ Valenzuela, *Memoria presentada*, 1832, pp. 6-9 y 15.

²⁶ Taracena, "Reflexiones sobre la Federación", 1993, pp. 4-12, y Valenzuela, *Memoria presentada*, 1832, p. 10.

²⁷ Taracena, *La primera guerra*, 2015.

²⁸ Montúfar, *Reseña histórica*, 1878, t. I, pp. 339-345.

²⁹ Taracena, *Invención criolla*, 1997, pp. 4-12.

³⁰ Payne, *El puerto de Truxillo*, 2007, p. 260.

³¹ Montúfar, *Reseña histórica*, 1878, t. I, p. 374.

³² *Ibid.*, pp. 374-375.

³³ Nacido en el puerto de Brest, Bretaña, este antiguo militar francés, que había llegado como comerciante a Centroamérica en julio de 1827 decidió entrar al servicio del ejército federal a raíz del triunfo de Morazán.

³⁴ Valenzuela, *Memoria presentada*, 1832, pp. 6-9, y García, *Memorias del general*, 1952, t. II, p. 210.

³⁵ Había llegado a América en 1817 tomando parte en la guerra de independencia de Colombia. En Centroamérica apareció en 1827, enrolándose en las filas del ejército Aliado Protector de la Ley. Resultó herido en la batalla de San Miguelito, el 6 de marzo de 1829, cuando comandaba la infantería salvadoreña. A raíz del decreto de expulsión de las autoridades centralistas del gobierno federal y las del

estado de Guatemala, así como de las órdenes religiosas, fue el encargado de la escolta que acompañó a los miembros de estas últimas y al arzobispo Casaus y Torres hacia el puerto de Omoa, embarcándolos en dos goletas que tomaron el destino de La Habana. Allí los entregó a Vives, capitán general de Cuba.

³⁶ Montúfar, *Reseña histórica*, 1878, t. I, p. 376-379.

³⁷ García, *Memorias del general*, 1952, t. II, pp. 319-337, y Valenzuela, *Memoria presentada*, 1832, pp. 22-23.

³⁸ Nació en Comitán, Chiapas, en 1805. Llegó a la capital del Reino de Guatemala en 1821 como integrante de las fuerzas interventoras mexicanas del general Vicente Filisola. En 1828 se enroló en el ejército Protector de la Ley. Actuó como el segundo oficial del general Raoul en la campaña de la división de Los Altos en Soconusco que derrotó al ex presidente Arce y, luego, fue trasladado con el mismo cargo bajo las órdenes de Terrelonge en la campaña de Omoa.

³⁹ Formaba parte de la dirigencia militar republicana salvadoreña que capituló el 21 de febrero de 1823 durante la incursión del general mexicano Vicente Filisola para garantizar la unión de Centroamérica al imperio de Iturbide. Más tarde, oficial del ejército Aliado Protector de la Ley.

⁴⁰ Llegó a Centroamérica con la expedición del corsario francés Louis Aury en 1820. Capturado por las autoridades guatemaltecas, purgó varios años de cárcel. Fue liberado con el objeto de que levantase el plano del puerto de Ocosingo en el distrito de Suchitepéquez. El 18 de septiembre de 1826 se puso bajo las órdenes de José Pierson a raíz de la decisión de las autoridades del estado de Guatemala de levantar un ejército para combatir a los centralistas. Capturado el 28 de octubre de 1827 en la batalla de San Cristóbal Totonicapán, pasó dos años en prisión. Liberado en 1829 por auspicios del cónsul británico, salió expulsado. Regresó a Centroamérica y el 11 de noviembre de 1829 fue nombrado oficial de caballería en el ejército encargado de defender Los Altos al mando de Nicolás Raoul. En 1832, como tesorero de la división vencedora de Los Altos fue trasladado al sitio de Omoa.

⁴¹ Oficial del ejército Aliado Protector de la Ley, herido en la toma de Guatemala en marzo de 1829.

⁴² De William Hall a John Bidwell, Belice, 24 de septiembre de 1832, en FO, Relaciones con Centroamérica, comunicaciones consulares, t. 15/12, fs. 74-76, y Montúfar. *Reseña histórica*, 1878, t. I, p. 378.

⁴³ Valenzuela, *Memoria presentada*, 1832, pp. 26-27.

⁴⁴ García, *Memorias del general*, 1952, t. I, pp. 11-14.

⁴⁵ Payne, *El puerto de Truxillo*, 2007, p. 314.

⁴⁶ Naylor, "British Commercial", 1959, p. 14, y Rodríguez, *A Palmerstonian Diplomat*, 1964, pp. 54-63.

⁴⁷ Rodríguez, *A Palmerstonian Diplomat*, 1964, pp. 81-83.

⁴⁸ Como comerciante y en varias ocasiones William Hall ocupó en forma temporal el cargo de vicecónsul. Muchas de las cartas citadas en este artículo fueron redactadas por él. Por su parte, Marshall Bennett fue Magistrado de Belice.

⁴⁹ Véanse notas 14 y 15.

⁵⁰ Payne, *El puerto de Truxillo*, 2007, pp. 314-315.

⁵¹ Vázquez, *La República Federal*, 2012, pp. 85-87, y Castillo, Toussaint y Vázquez, *Espacios diversos*, 2006, pp. 63-70.

⁵² *Exposición que al comenzar*, 1830, p. 3.

⁵³ Wortman, “La Fédération d’Amérique”, 1973, pp. 243-246.

⁵⁴ “Mensaje del Vice Presidente de la República”, *Gaceta del Gobierno Federal*, 8 de mayo de 1835, p. 26.

⁵⁵ Montúfar, *Reseña histórica*, 1878, t. I, pp. 241-245.

El impuesto de sangre española en la guerra de Cuba (1895-1898)

José Luis Cifuentes Perea

Manuel Antonio García Ramos

Introducción

“La más hermosa tierra, que jamás vieron ojos humanos” decía Cristóbal Colón al dar cuenta del descubrimiento de la isla de Cuba; estamos en las postrimerías de octubre del año de 1492; 400 años después, a las doce de la mañana del uno de enero de 1899, Adolfo Jiménez Castellanos, último gobernador y capitán general español de Cuba, cumpliendo con el punto uno del tratado de paz firmado en París el 10 de diciembre pasado renunciaba en nombre de España a “todo derecho de soberanía y propiedad sobre Cuba”.¹

Con ese tratado se ponía punto y final al dominio español sobre territorio cubano, a la vez que se abría un nuevo periodo histórico que dejará una huella enorme en la conciencia social española, huella que tiene sus raíces en el último episodio de las guerras de independencia de Cuba, años 1895 a 1898. En 1895, España se vio abocada a una guerra indeseada y en ocasiones incomprensible, donde el coste, tanto humano como material, por la pérdida de los últimos restos del gran imperio español, aquel donde jamás se ponía el sol, fue inmenso.

Miles de hombres fueron conducidos, en un total de quince expediciones con casi 200 viajes,² al otro lado del océano Atlántico a luchar por la integridad de España. Decenas de miles de ellos y cientos de millones de pesetas, se perdieron tragados por la vorágine del conflicto, en una explosión de egoísmo y

ceguera política que arrastró a la sociedad española a participar en la defensa de unos intereses legítimos, o al menos eso creían la gran mayoría de españoles.

El número de soldados enviados a la isla de Cuba fue según la bibliografía más reciente de 212 336 hombres.³ El coste humano para España de ese último episodio de la guerra de Cuba fue gigantesco. Todas las regiones de España pagaron su tributo en vidas en proporción a la población masculina enviada. La historiografía existente da una horquilla de entre 45 000 y 55 000 fallecidos, nosotros vamos a anotar de entre las que disponemos, una que creemos cercana a la realidad, Federico de Madariaga, militar y escritor español que combatió en las Antillas, sacaba a la luz un libro en el año 1899, su título *Cuestiones militares*, en él recogía, como número total de fallecidos para la campaña de Cuba, el de 54 682,⁴ a los que habría que añadir los más de 2 000 durante las travesías y en la repatriación, y los más de 500 fallecidos que al día de hoy nosotros tenemos documentados a partir de fuentes hemerográficas y de distintos fondos de la Cruz Roja española. No obstante, las cifras definitivas nunca las llegaremos a conocer.

La historia de la mayor movilización de hombres que atravesaron el Atlántico hasta la primera guerra mundial, terminaba con un reguero de vidas humanas en los cementerios de Cuba, en las profundidades del mar y en los campos santos peninsulares. Pero ¿cuáles fueron las causas de tan alta mortalidad en las filas del ejército español, y muy especialmente en el ejército colonial? La respuesta a ese interrogante no es fácil. Desde nuestro punto de vista no tiene una única causa, la muerte del soldado español es multicausal, sin que una pueda prevalecer sobre las demás, excluyendo, claro está, la muerte en combate o por acción de guerra. Lo que se pretende es dar ejemplos, mostrarlos desde otra perspectiva y que ese procedimiento nos ayude a clarificar las causas de la muerte del soldado español en la guerra de Cuba.

La pésima salubridad de los acuartelamientos militares en la Península

La hemerografía ha dejado plasmado que “son en España los cuarteles, por regla general, viejos conventos o antiguos edificios religiosos habilitados con tal objeto” y que “inútil será decir que tales cuarteles dejan mucho que desear, ya en concepto de la higiene, ya respecto a la comodidad”.⁵

El general Luis Bermúdez de Castro,⁶ que participó en la guerra de Cuba con el grado de alférez, dejó escrito: “Exceptuando el cuartel de la Montaña [se refiere a los de Madrid] todos los cuarteles rivalizan en sordidez y falta de higiene; verdaderas zahúrdas que disimulan su mal aspecto a fuerza de blanqueos de cal y pintura de zócalos con polvo de imprenta y cola”.⁷

En Cuba como en la Península la situación no era mejor, entre otras muchas cosas porque la isla estaba preparada y acondicionada para dar respuesta al escaso número de tropas que había en vísperas de la sublevación, unos 16 000 efectivos.

La existencia de hospitales militares sólo en poblaciones importantes: La Habana, Santa Clara, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba, daba pie a una segunda red de clínicas y enfermerías repartidas por distintas poblaciones del territorio, muchas de ellas en poblaciones aisladas o con malas comunicaciones. Un ejemplo lo tenemos en la provincia de Pinar del Río, donde la constante presión militar a que fue sometida por el jefe insurrecto Antonio Maceo, superpobló de batallones peninsulares la zona, teniéndose que habilitar centros médicos con una capacidad total de 3 000 camas.⁸ El mismo hospital Alfonso XIII de La Habana, que se hizo con unas previsiones de cubrir asistencialmente a 500 soldados “hoy los libros dicen al visitante que allí, aunque hay dos puertas siempre abiertas, la de entrada y la de salida, existen 2.867 entre enfermos y heridos”.⁹

Ese mismo esfuerzo que se hizo en la adaptación de unas escasas y obsoletas infraestructuras sanitarias, hubo que hacerlo también con el personal médico destinado en la isla. Tal vez por eso en julio de 1895, apenas cinco meses después de comenzada la contienda, el general Arsenio Martínez Campos se viera en la necesidad de solicitar a la metrópoli el envío urgente de

médicos y sanitarios. La doctora Isabel del Puerto, ha documentado que para los años 1896, 1897 y 1898, los efectivos sanitarios fueron para cada año los siguientes: para 1896, 35 hombres por cada sanitario; para 1897, 70 hombres por cada sanitario y para 1898, 67 hombres por cada sanitario.¹⁰ La respuesta, como siempre, improvisada; en el mes de agosto de ese mismo año el Ministerio de la Guerra tuvo que convocar una oposición para cubrir plazas de esta especialidad en Cuba.

Una pluma muy bien documentada la del doctor Felipe Ovilo y Canales, que participó activamente en el conflicto, exponía sobre la asistencia desarrollada en Cuba: “Fueron aquellos días de verdadera angustia, tanto para el que mandaba como para los que obedecían; en ellos se excedieron todos para remediar en lo posible aquel desastre, más dañino que una derrota en los campos de batalla; la aglomeración de enfermos en número infinitamente superior a todas las previsiones, originó muchas faltas, muchísimas [...]”.¹¹ En diciembre de 1896 el director del hospital militar de Regla, Benito Fon, quien comunica a la superioridad que:

Existiendo un gran número de enfermos en la parte sudeste de este hospital, se hace imprescindible y urgente la construcción de retretes para que puedan satisfacer sus necesidades corporales, ya que han de recorrer 150 metros para servirse de los retretes existentes, en los cuales se acumulan gran número de individuos. En muchas ocasiones los enfermos de disentería, catarros intestinales y demás infecciones análogas, no pueden recorrer esa distancia, evacuando sus excrementos sobre el suelo de madera [...], cuyo espectáculo, además de ser poco moral, crea un foco de infección con las emanaciones que se desprendan de la acumulación de las materias fecales allí depositadas.¹²

“En Cuba se puso de manifiesto nuestra incapacidad militar, llegando a extremos vergonzosos en todos los órdenes y muy especialmente en el relativo a servicios de mantenimiento: el de Sanidad, por ejemplo...”,¹³ esto escribía Emilio Mola Vidal, un famoso militar español del siglo xx, duras palabras que en el momento del estallido bélico, el del 1895, contaba con algo más de siete años.

Los viajes marítimos a los destinos de Ultramar

La isla de Cuba dista de la Península en números redondos unos siete mil kilómetros, y en muchos casos nuestros jóvenes reclutas se enfrentarían, en esas travesías a experiencias nuevas, a una doble separación, la del hogar y la familia y a la de tierra firme para cambiar a la visión durante días de la gran masa de agua que era el océano Atlántico, una visión a la que muchos no acabaron de acostumbrarse. La permanencia encerrados en las entrañas de los buques de la Trasatlántica en el paso del *tenebroso océano*, soportando temperaturas que oscilaban entre los 30 a los 35 grados centígrados, convertirán las travesías y sus aglomeraciones humanas en un caldo de cultivo excelente para la proliferación de gérmenes y la transmisión de enfermedades como el tifus, dándose casos de fiebres infecciosas en los últimos días de las travesías.¹⁴

Una de las prácticas más antihigiénicas que se daban en las travesías era la forma como los soldados habían de beber agua en los vapores de transporte. En noviembre del año 1896, el diario santanderino *La Voz Montañesa* hacía eco de una carta enviada por uno de los soldados repatriados transportados a la Península: “Y si comer lo hacíamos mal, beber era todavía peor. Todos juntos, lo mismo los que padecen enfermedades contagiosas que los que no, bebíamos por los mismos chupones, aspirando la [*sic*] agua del aljibe”.¹⁵ En los buques de la Trasatlántica el agua que habían de beber los soldados se transportaba en grandes depósitos o aljibes de hierro, normalmente situados sobre cubierta, lo que provocaba que, al acceder a latitudes tropicales, los rayos del sol calentasen de tal manera esos depósitos, que el agua alcanzaba temperaturas altísimas, hasta el punto de que se hacía desagradable beberla. “Esos dispositivos de metal blanco suministraban agua que había de beberse por succión; este sistema no agrada a nadie ni gusta el agua que sabe a brea”.¹⁶

Es muy corriente encontrar actas de defunción de soldados fallecidos en las travesías de ida en las expediciones militares que se sucedieron a lo largo de los años de la contienda.¹⁷ Incluso antes de empezar las jornadas de embarque, se daban casos de soldados que debían quedarse en los diferentes hospitales militares de las provincias de partida, hubo casos como los del Batallón del

Príncipe que se vio obligado a dejar “en Oviedo 25 hombres enfermos”.¹⁸ En otras ocasiones se aprovechaba la escala que normalmente se hacía en Canarias para dejar algún soldado enfermo: “Arriba el barco o vapor [se refiere al vapor Miguel M. Pinillos] con el Bon. a bordo, al puerto de Las Palmas y queda en el hospital de dicho puerto un soldado enfermo de gravedad continuando el mismo la navegación”.¹⁹

Las condiciones de las travesías eran duras, el profesor Carlos García Barrón en su *Cancionero del 98* ha recogido en unas estrofas en las que se critica cómo se empaquetaban a los soldados en las bodegas de los buques: “Del castillo de proa a la bodega, / revueltos, confundidos, hacinados, la nación empaqueta sus soldados / y a la implacable muerte los entrega”.²⁰

La muerte de un soldado durante la travesía, ya fuera en el transporte de ida o durante la repatriación, era sinónimo de cuerpo lanzado al mar, ya que la muerte en altamar tenía una particularidad. El cadáver, ataviado con su manta de dotación, lastrado con algún hierro y tras un responso aprovechando la oscuridad para no menoscabar la moral de los vivos, se arrojaba a las profundidades marinas. Un participante de la guerra del año 1895 a 1898, Vicente Rodríguez Vargas, en agosto del año 1897 nos deja en sus memorias un relato estremecedor sobre qué ocurría con los soldados muertos cuando eran arrojados por la borda: “Todos los días moría algún enfermo, y los cadáveres, envueltos en lonas, con una barra o bola de hierro a los pies, eran deslizados por una tabla inclinada hasta caer al mar; yo no los vi nunca, pues esta operación se hacía a altas horas de la noche, para que nadie se apercibiese.”²¹

Otro fenómeno que se daba en los viajes y que se dio también en el proceso de la repatriación, tanto durante la guerra, como tras la finalización del conflicto, era la confluencia del mal tiempo con la travesía, cosa esta que generaba que se sometiera a los soldados a una situación crítica, “no nos dejan salir de los dormitorios, donde apenas se puede respirar, pues han cerrado las escotillas para que el agua que barre la cubierta no penetre en las bodegas. Los

soldados dan voces para que les dejen salir, pero ni nos atienden ni nos oyen”.²²
Esto ocasionaba empeoramientos e incluso fallecimientos de soldados.

La extremada juventud de la tropa y su inexperiencia militar

Las leyes de reclutamiento vigentes en España en los años que estamos tratando, disponían que desde los 18 años un joven pudiera prestar voluntariamente sus servicios en filas o bien esperar hasta un máximo de dos —sin alcanzar los 20— para llegar a ser soldados, en este caso obligatorio. Arsenio Martínez Campos, general en jefe del ejército español en la isla entre los meses de abril de 1895 a enero de 1896, y que experimentó en sus propias carnes situaciones más que delicadas, en sus peticiones de tropas al gobierno de la Nación, solicitaba que le fueran enviados hombres con experiencia militar y no jóvenes imberbes sin ninguna práctica en el manejo de armas y demás utensilios militares.

En septiembre del año 1898, el ex presidente del consejo de ministros y ex ministro de la guerra, general Marcelo de Azcárraga Palmero, decía en unas declaraciones al diario madrileño *El Liberal*:

Se discute si fueron enviados á Cuba 200 000 soldados, niños sin instrucción, atribuyendo a esto alguna parte de la causa de los resultados de la campaña. Nadie más que yo ha lamentado la corta edad que con arreglo á la ley vigente de reclutamiento y reemplazo ingresan en el Ejército los jóvenes llamados al servicio de las armas, y no podrá negárseme cierta autoridad para tratar esta cuestión, puesto que no me he contentado con dolerme del defecto que en este punto tiene la ley, sino que he procurado corregirlo y si no se ha conseguido no es seguramente mía la culpa.²³

Además de Marcelo de Azcárraga, hubo otros militares que también mostraron su desagrado con esta circunstancia, el general Luis Manuel de Pando y Sánchez fue uno de ellos, en unas declaraciones a *El Ejército Español* recogidas por *El Diluvio* de Barcelona, dice: “En vez de esos 20, 30 000 hombres que se quiere enviar, podríamos alistar allí ese número de guerrilleros aguerridos, que daría mucho mejor resultado que nuestros soldados bisoños, porque están aclimatados y conocen el país donde han nacido”.²⁴

El maestro de historiadores cubano, Manuel Moreno Friginals, concluyó que un 2% de los soldados del año 1895 tenían entre 16 y 19 años y un 92% de la tropa, propiamente dicha y sin contar los mandos, tenía una franja de edad comprendida entre los 20 y los 29 años.²⁵ En un estudio en preparación de los autores que firman, relativo a las actas de defunción de soldados en las travesías tanto de ida como de vuelta a Cuba en los vapores de la Trasatlántica, podemos decir que, para el año 1895, la media de edad de los fallecidos es de 22.5 años, para 1897 la media sube a 23 años y para 1898, ya con los datos de la repatriación, la media alcanza los 24 años.²⁶ Si consideramos como periodo medio de permanencia en la isla un año, diríamos que para la repatriación intermedia de 1897 la edad media sería de 22 años, y la de 1898 y sucesivas de entre 22 y 23 años.

Las cifras no engañan. Las dificultades con las que se encontraron las instituciones militares fueron tales que, como reconocían los hechos, forzaron al poder político a coger de donde había y lo que había eran jóvenes de entre 19 y 21 años.

En septiembre del año 1898 José Canalejas decía en el Congreso: “allí se cometieron grandes injusticias con el soldado, sí; [...] Se habían cometido allí tres errores fundamentales: el error de enviar niños y no hombres [...] Esos grandes errores han agostado muchas vida”;²⁷ unos meses más tarde, en 1899, el diario logroñés *La Rioja*, escribía: “aquellos numerosos y brillantes batallones de niños de 19 años que marcharon resignados a la guerra, despedidos por piquetes de la guarnición, obsequiados con tabaco, festejados por el elemento militar en masa que lucía uniformes, galones y entorchados”.²⁸

Una última cita, nos dejará algún detalle más sobre el apartado, en 1899 el congresista Alfredo Vincenti en sede parlamentaria hacía mención a la *Memoria* del Ministerio de la Guerra de 1896,²⁹ según la cual hubo 1 269 fallecidos en los hospitales peninsulares, y de estos 772 tenían menos de 21 años y de estos 714 lo eran en el primer año de servicio.³⁰ Una sangría en vidas humanas.

La falta de aclimatación

España había sido la primera potencia colonial en conocer los efectos perniciosos de los climas cálidos en las personas de origen europeo y, a pesar de esto, poco o nada hizo para remediarlo. En el lejano año de 1534 el gobernador de Cuba Gonzalo de Guzmán, decía al emperador Carlos v en carta de trece de julio: “que Nombre de Dios y Panamá eran países cálidos é insanos, que causaban una mortandad grande en los españoles, y por lo tanto aconsejaba sería conveniente mandar que todos los que van al Perú pasaran algún tiempo en las islas [Canarias], que son más sanas y fecundas, á fin de aclimatarse”.³¹

Si bien las primeras tropas llegaron desde las guarniciones que el ejército español tenía en Puerto Rico, cosa que facilitó la rápida aclimatación de los soldados, las siguientes ya llegaron desde la Península y, además, en unos momentos cronológicos poco propicios para la salud del soldado. Para nada se respetó una de las premisas que se establecían en la legislación española del siglo XIX, que era no enviar tropas en determinadas épocas del año, con el fin de paliar en la medida de lo posible el riesgo de contraer enfermedades.

Desde los primeros momentos el Ministerio de la Guerra, de acuerdo con el capitán general de Cuba, teniendo en cuenta las enseñanzas de las dos últimas campañas, trabajaron sobre el tema de la higiene y las provisiones del ejército que se iban a desplazar. Igualmente se dieron órdenes a la subinspección de sanidad militar de la isla, para que, en el teatro de operaciones se concentrase todo el material necesario para ambulancias y hospitales, el personal facultativo y auxiliar suficientes para estas sagradas atenciones, así como los medicamentos más indicados para los casos de enfermedades ya conocidas como más probables.³²

Aunque se intentó evitar que las enfermedades del país pudiesen ocasionar estragos en las filas, encontramos que algunas unidades veían diezmado su número al poco tiempo de llegar, al enfrentarse a los meses de peores condiciones climáticas, con un calor asfixiante, lluvias torrenciales, una elevada

humedad, nubes de mosquitos, etc., que no favorecieron en nada la vida en campaña de las tropas.

El historiador cubano y ex-presidente del Instituto Cubano del Libro, Rolando Rodríguez García, recoge unas cuartetas mambisas dirigidas al ejército español que ilustran claramente lo que el factor ambiental suponía para aquellos jóvenes soldados:

El calor para nosotros / es una cosa sencilla; / I si lo sufrís vosotros / os da la fiebre amarilla.
También tenemos el clima / que es nuestro aliado mejor / él os mata y desarma / y os llena de hondo pavor.³³

En un artículo de *La Ilustración Española y Americana* es también meridianamente claro al respecto al afirmar de forma tajante: “El cambio de clima y el de alimentación envían también gente al hospital, y antes de romper el fuego, antes de padecer alguna enfermedad endémica, el batallón pierde temporalmente del 15 al 20 por 100 de sus individuos”.³⁴

En Cuba hubo intentos de aclimatación que dieron buenos resultados, principalmente en Oriente y en el Camagüey, pero no siempre fue así. En ocasiones la ubicación decretada para los campamentos militares, no fue en sitios frescos y alejados del mar,³⁵ como tampoco se situaron cronológicamente las remesas de hombres en la mejor época del año para su envío. Desde antiguo parece haber existido una orden de suspensión de embarque de tropas para las Antillas en un determinado espacio cronológico del año, prueba de ello la tenemos en la circular núm. 44 del Ministerio de la Guerra en el año 1866, por ella se establecía lo siguiente: “Excmo. Sr.: Aproximándose la época de suspensión de embarque para las Antillas, la Reina (Q.D.G.) ha tenido a bien disponer lo siguiente: Durante los meses de mayo, junio, julio y agosto queda en suspenso el transporte para América de Jefes, Oficiales é individuos de tropa que por primera vez fuesen destinados a aquellos ejércitos”.³⁶

Es más que evidente que esa norma escrita de evitar o suspender envíos entre los meses de mayo y agosto no se cumplió en tiempos de guerra, de hecho, no solamente no se dejaron de realizar, sino que además alguno de los

envíos más importantes de tropas se desarrolló en esos meses. Un ejemplo claro lo tenemos en la Real Orden circular de ocho de junio de 1895, que, con el objeto de reforzar el ejército de Operaciones de la isla de Cuba, establece las premisas para la partida de un contingente de diez batallones de infantería, nos estamos refiriendo a la 5ª expedición de tropas, que supuso el envío de más de nueve mil hombres. En 1896 la décima expedición que se desarrolla entre los días finales de abril y finales de julio supone el transporte de más de siete mil hombres.^{[37](#)}

Una alimentación escasa y de mala calidad

Muchas son las opiniones que podríamos aportar a este apartado, pero pocas tan avaladas como la del general Arsenio Martínez Campos, sustituto en abril del año 1895 del general Emilio Calleja Isasi, capitán general en Cuba en el momento del alzamiento. Sus palabras han pasado a los anales de la fraseología nacida de la guerra de Cuba: “Nuestro soldado es un mártir por su sufrimiento. Es disciplinado, austero y valiente, pero faltan los medios de todo tipo, envueltos en miseria y hambre. ¡Ah, si yo pudiera alimentarles bien!”.^{[38](#)}

El rancho ordinario del soldado era casi exclusivamente vegetal: garbanzos, patatas, arroz, habichuelas. Cuando había, carne; esta era muchas veces enlatada y muy pocas veces fresca. El régimen interior de los cuerpos del ejército de 1896, establecía que la carne debía de entrar como componente esencial en las comidas y en la mayor cantidad posible (art. 238).^{[39](#)} Esta no era la tónica habitual en el día a día de las unidades desplazadas, sino más bien todo lo contrario: en muchas ocasiones se comía lo que se podía. Es evidente, pues, que la poca cantidad de alimento de la que gozaba el soldado español en Cuba, sólo trajo consigo un soldado débil y enfermizo y, dado su alto nivel de alimentación vegetariana, hizo del soldado un ser propenso a sufrir trastornos intestinales (diarreas).

Otro capitán general, Valeriano Weyler,^{[40](#)} autor de una monumental obra, imprescindible para entender el proceso bélico de 1895 a 1898,

informaba de la mala situación sanitaria en que se encontraban dos batallones expedicionarios, el Alcántara y el Sevilla núm. 33, “cuyo estado de salud no era satisfactorio por haber carecido de buena alimentación por falta de carne”.⁴¹

Siervert Jackson, médico de infantería de Marina sentenció: “Ha habido General en Jefe, que [...] creía firmemente que el soldado español con media docena de galletas y un puñado de arroz en el morral podía hacer jornadas de 7 ú 8 leguas durante una semana, y tener fuerzas para batirse”.⁴²

La misma acción española, personificada en la forma de llevar la guerra por el general Valeriano Weyler, provocó la propagación del hambre, no sólo entre los reconcentrados,⁴³ sino también entre los soldados españoles. Moreno Fraginals, citado páginas atrás, destacó que gracias a su actuación, Valeriano Weyler, no sólo consiguió cortar el suministro a las tropas independentistas, sino que consiguió extender el hambre entre las tropas españolas que, además de ese padecer, vieron desaparecer las ya de por sí escasas condiciones sanitarias con las que convivían, y con ello el crecimiento exponencial de los efectos de las epidemias.⁴⁴

El problema de la alimentación fue un mal endémico durante la contienda. Un día antes de acabar el año 1896, Gonzalo de Reparaz publicó un sonado artículo en *El Heraldo de Madrid*; su texto era una denuncia sobre las penosas condiciones de vida del soldado en Cuba: “El soldado padece hambre, mucha hambre, y fatigas sin cuento y sin sustancia. Ayer me decía uno que se había pasado cinco días con una galleta”.⁴⁵ En los días previos al estallido de la guerra con Estados Unidos, la situación de Santiago de Cuba no era la mejor posible, Gómez Núñez comenta sobre la ciudad que “era el sitio menos á propósito para presentar á los americanos la lucha decisiva; con tropas aniquiladas por una alimentación insuficiente, reducida desde fines de Mayo á la ración de etapa sin tocino, y sin el aumento de rancho que la completa. En Junio, ya fue necesario suprimir casi la harina de trigo en la confección del pan”.⁴⁶

Esto no ocurría por casualidad. Faltaba la infraestructura militar en todos los campos, desde la alimentación al vestuario, pasando naturalmente por la asistencia sanitaria. Uno de los principales críticos del 98, el escritor, ensayista y teórico del regeneracionismo Damián Isern, escribiría sobre el tema afirmando: “Se careció de una buena administración militar, porque se permitió, casi siempre, una verdadera anarquía en el aprovisionamiento del ejército, de forma que se hacía todo en perjuicio del soldado”, habiéndose dado casos, verdaderamente horribles, de que muchos días “fue tan grande el hambre de la tropa, que sólo comía cogollos de palmeras y colas de cocodrilos y caimanes, y otras se alimentaba solo con boniatos, plátanos y calabazas, llegando ocasiones en que los soldados se disputaban a puñetazos la posesión de cualquier vianda, y algunos morían extenuados”.⁴⁷

Aquellos jóvenes habían de procurarse el sustento, matar el hambre de cualquier manera, calmar la sed como fuera: frutos del país, desconocidos o inmaduros, aguas turbias o infectadas. En muchas ocasiones no tomaban los dos ranchos oficiales, en otras muchas no lo hacían todos los días. Un ejemplo del desastre lo encontramos en el siguiente testimonio extraído de las memorias de un quinto: “No les he escrito antes porque una mañana, después que me vestí y comí una docena de mangos, encontré que mi cuerpo no estaba como el día anterior, quiere decirse que me daban unos retortijones endemoniados en el vientre y en la cabeza al igual que si estuvieran bailando todos los mozos del pueblo en el salón”.⁴⁸

El sobreesfuerzo físico de los soldados

El historiador cubano Benigno Souza escribía en su obra de referencia *Máximo Gómez. El Generalísimo*:

En una noche de lluvia, acompañado en Mi Rosa, en mi casa, jugaba al ajedrez, mientras conversaban sus oficiales sobre motivos de la guerra, y uno de ellos cubría de burlas a los jefes mambises. El teniente coronel, hombre respetable, de blanca barba, le interrumpió: ¡No sabe Ud. lo que dice! Maceo nos embiste como un toro furioso donde quiera que nos divisa. Otro oficial le

preguntó: ¿Y Máximo Gómez? ¿Máximo Gómez? —le contestó, sonriente, Martínez Baños—, ¡Ese es el que nos torea! ⁴⁹

Tras la renuncia de Arsenio Martínez Campos como máximo jefe militar y político de la isla, enero del año 1896, llegará al mando el general Valeriano Weyler. De él se afirmaba que era el peor enemigo de sus hombres, debido a la constante actividad a que los sometía.

Weyler, que se había fijado el plazo de dos años para acabar el conflicto, conocía a fondo el tipo de guerra que debía emplearse para ganarla. Tenía claro que a la insurrección además de buscarla, perseguirla y destruirla, había que quitarle cualquier tipo de apoyo por parte de la población civil, y eso solo se conseguía extrayendo hasta la última gota de sudor de las fuerzas a sus órdenes. La excelsa pluma de Pío Baroja lo relata fidedignamente cuando escribe:

Habló de la vida en la isla [de Cuba], una vida horrible, siempre marchando y marchando, descalzos, con las piernas hundidas en las tierras pantanosas y el aire lleno de mosquitos que levantaban ronchas. Recordaba el teatracho de un pueblo convertido en hospital, con el escenario lleno de heridos y de enfermos. No se podía descansar del todo nunca. ⁵⁰

No podemos terminar este apartado sin añadir la opinión de un militar de la talla y calado del general José Riquelme Gómez, jefe del estado mayor general de Cuba en el año 1875. Este escribió referente a la capacidad de sacrificio de la tropa española:

Es menester haber visto a las tropas [...], atravesar por veredas imposibles de impracticables, con el barro a las rodillas, tropezando precipicios vertiginosos o quedando enterrados en lodo y cruzar por los bosques y por las zonas montañosas perdiendo su calzado y destrozando su vestuario [...] Es menester haberlos visto atravesar la manigua descalzos y pisando sobre un pavimento lleno de abrojos y espinos, cubiertos de llagas y úlceras, saliendo ensangrentados y en un estado lastimoso... haberles contemplado [...] sin más alimento que una ración de arroz y tocino mermada por la pérdida sufrida en las marchas, ni galletas por habérseles inutilizado en el paso de los ríos y mojados hasta los huesos por espantosos aguaceros que han empapado, asimismo sus desgarradas ropas. ⁵¹

Las enfermedades infecciosas

El soldado español se batió con valor y con ahínco, los propios generales cubanos lo reconocieron en multitud de ocasiones, incluso cuando eran superados en número, pero las muertes de la tropa no fueron en el campo de batalla, sino por las innumerables penalidades soportadas, por aquel clima malsano, con unos servicios de sanidad desbordados por plagas de enfermedades como el tifus, la disentería, el cólera, la malaria, el *gusto cubano*, como los soldados llamaban a la sarna, fueron las que diezmaron a las tropas llegadas desde la península ibérica.

El envío masivo de hombres iba a provocar el crecimiento exponencial del riesgo a contraer enfermedades como las que hemos citado. De ahí que, el Ministro de la Guerra tomará cartas en el asunto, y en septiembre de 1895 se disponía a aplazar cuando menos un mes el envío de tropas de refuerzo, que tan apremiantemente había pedido Arsenio Martínez Campos para que llegaran a Cuba en una época en la que “se atenúan mucho los efectos del vómito”.⁵²

Una opinión tan sólida como la de Eugenio Antonio Flores, oficial a las órdenes del general Arsenio Martínez Campos, escribía en 1895 sobre lo que apuntamos: “La naturaleza parecía declaradamente insurrecta y en aquel verano horrible a más del cólera, que causó muchas bajas entre los nuestros, contándose en una Brigada quinientos atacados, las aguas del verano de tal manera fueron, que según dato oficial, en el ejército compuesto de 60 000 hombres, se llegaron a contar 10 000 enfermos”.⁵³

En agosto del año 1897 uno de los confidentes de Máximo Gómez informaba a este sobre las condiciones en la localidad de Morón:

No hay aquí donde poner enfermos, pues no caben en los hospitales, hasta el extremo de hacerlo unos encima de los otros, o sea uno en la cama y otro debajo de ella. Hay casas en el centro del pueblo que las han alquilado y le han metido unos cien enfermos. Han embarcado algunos para La Habana y no hay columna que no deje de cuarenta a cincuenta enfermos.⁵⁴

Mención especial debemos hacer en el caso de la fiebre amarilla o vómito negro, como se le llamaba en la isla, sin lugar a dudas, la principal causa de

muerte durante la contienda, muy por encima del resto. La fiebre amarilla enfermedad habitual en las Antillas desde antiguo, llegaba a ser endémica en determinadas épocas del año. Enfermedad vírica aguda, hemorrágica, transmitida por mosquitos, y el término “amarilla” hace referencia a la ictericia que presentan algunos pacientes durante la enfermedad. Una de sus principales características es que altera la coagulación de la sangre produciendo hemorragias internas, que entre otras cosas ocasiona vómitos que acostumbran a tener un color rojo oscuro ennegrecido al coagularse, de ahí su nombre de *vómito negro*.⁵⁵ El profesor de medicina, cirugía y ciencias naturales Manuel González de Ponte confeccionó una memoria sobre la fiebre amarilla en la que encontramos las siguientes líneas: “Si examinamos los anales de la historia de la fiebre amarilla veremos que los meses en que reina esta dolencia en las Antillas son junio, julio, agosto y septiembre, época en que regularmente se reúnen las condiciones de un calor elevado abrasador juntamente con la mayor duración y constancia de las lluvias”.⁵⁶ Respecto a los síntomas de la fiebre señala:

[...] la lengua [se torna] primero húmeda y blanda, [...] mientras la lengua está húmeda no hay sed, pero tan luego está seca, la sed es inextinguible [*sic*], la boca siempre pastosa, rara vez amarga. [...] a veces náuseas acompañadas de violentas contracciones, ansiedades vivas y dolor cruel en el estómago. [...] La lengua, labios y dientes se cubren cada vez más de un limo espeso y negruzco, las náuseas son más raras pero van seguidas de vómitos y en las materias arrojadas hay estrías negruzcas parecidas al poso del café.⁵⁷

Contraer la fiebre era un augurio nefasto para el joven soldado español. El enfermo de fiebres era consciente de la proximidad de la muerte y de que sus posibilidades se elevaban exponencialmente. El vómito causaba una muerte atroz a los soldados, una muerte dolorosa. En los hospitales se sentían gritos de delirio, sollozos, lágrimas, escenas que los mismos médicos no llegaban a entender. El sangrado nasal, el sangrado bucal o de encías, el sangrado por los oídos, los vómitos constantes, una micción negra, opaca, sanguinolenta y con un olor fétido, etc., era el cuadro habitual en hospitales y clínicas militares en la isla.⁵⁸

Vicente Rodríguez Vargas, soldado español en la guerra de Cuba, nos ha dejado una imagen clarificadora de los hospitales cubanos en aquellos años: “No olvidaré el espectáculo de las salas llamadas de la muerte en los hospitales de la isla, donde se hallaban los atacados de la fiebre amarilla, y de los depósitos de cadáveres de estos establecimientos, llenos todos los días, como los presencié en La Habana”.⁵⁹ La política social llevada a cabo por el general Valeriano Weyler, la reconcentración, provocó un aumento de la miseria, las epidemias y la mortandad, dentro del ejército español en el año 1897.

Terminaremos este apartado con una cita del militar español Francisco De Camps y Feliu que en el año 1890 publica sus experiencias en la primera guerra o guerra larga (1868-1878) decía:

De 1869 á 1870 sólo del batallón de San Quintín, murieron en cinco meses sesenta oficiales y unos 700 soldados; y en estos últimos años el brigadier March, comandante general de Matanzas, ha tenido que desparramar por el campo al batallón cazadores de Bailen y a la caballería para disminuir la mortandad del vómito que se cebaba furioso con los soldados nuevos.⁶⁰

Los efectos de la cloroanemia

Dentro del cúmulo de enfermedades que amenazaban la salud de los combatientes no podemos pasar por alto la conocida por cloroanemia.⁶¹ No es raro encontrarse con diagnósticos en los que acompañaba este mal. En la definición del doctor alemán Hugo Wilhelm von Ziemssen expuesta en la referencia, nos llama la atención una de las causas, la nostalgia, entendida esta como se la identificaba en el siglo XIX, una forma patológica de la melancolía, lo que actualmente los especialistas considerarían como la depresión, quedando la nostalgia como una actitud negativa del cerebro. Este concepto también quedaba reflejado en el Reglamento para el Detall y Régimen Interior de los Cuerpos del Ejército, aprobado el año 1896:

Art. 118.- La nostalgia es uno de los males que más generalmente se hace notar entre los reclutas que proceden de las aldeas, de los lugares y de las montañas. [...] que algunas veces toma serios caracteres, los mandos deben proporcionar a las afectadas distracciones análogas a las de su

respectivo país natal, además del buen trato y la justicia, que es la base para formar buenos soldados.⁶²

Sí parece que un diagnóstico de ese tipo, pudiera ser un indicador del estado de ánimo del individuo, sobre todo los que alcanzaron los tres años fuera de sus paisajes de nacimiento y seres queridos. Sufriendo la mortificación por la certeza y la sensación de que la guerra y, por ende, los padecimientos, no iban a acabar nunca y generando una desesperanza fatalista que les llevara a no luchar por sobrevivir cuando les acometía la enfermedad.

A miles de kilómetros, familia, madre, padre, hermanos, novia, amigos *todos allí y yo aquí*, debían pensar con demasiada frecuencia los jóvenes quintos de reemplazo. Esa sensación de abandono mezclada con una supuesta justificación a la utilización del alcohol como fuente nutricional o cuando menos una forma de llenar el estómago, unido a su utilización como medio paliativo contra el pesimismo, hicieron de este un foco de problemas. Así se expresaba un oficial español destinado en Cuba en 1888:

En Cuba, se opera muchos meses enteros sin tocar en poblados, el aislamiento llega muchas veces á ser total, y de aquí la carencia en que el soldado se halla de cuanto más indispensable es á la vida, incluso las noticias de la patria. De aquí también la nostalgia, el abatimiento que se apoderan del ánimo, y contra el cual no existe otro lenitivo que la bebida ó el constante trabajo.⁶³

El eminente científico español y premio Nobel, Santiago Ramón y Cajal, consideraba el alcoholismo como uno de los grandes vicios de la oficialidad del ejército español en Cuba, junto con el tabaquismo, el juego y las mujeres:

El alcoholismo, sobre todo, hacía estragos en el ejército. Del coñac y de la ginebra, mejor aún que del vómito, podía decirse que eran los mejores aliados del mambís. Fumando de lo más caro, y bebiendo ginebra y ron a todo pasto, no era extraño que muchos jefes y oficiales decayeran física y moralmente. Además, retenidas las pagas, pasaban apuros económicos.⁶⁴

Otras plumas eminentes han mantenido opiniones similares a la de Santiago Ramón y Cajal; Gonzalo de Reparaz escribía el año 1896: El alcohol es malo allí como aquí y en todas partes. Por desgracia, son muchos los que

creen en las virtudes del ron, el coñac, el aguardiente y la ginebra. Falsos estimulantes, corrosivos de las mucosas, les llama Legrand:⁶⁵

Y tiene razón sobrada. El alcohol irrita y llega á congestionar los tejidos de los órganos que le eliminan, y más que ningún otro el pobre hígado, ya harto congestionado e irritado por el clima. Beber mucho ron, coñac, aguardiente ó ginebra en Cuba, es tanto como procurar por sí mismo una de las enfermedades que más dan que hacer a los médicos en aquella tierra y ayudar á que sobrevengan otras. El que descuide este importantísimo precepto higiénico puede estar seguro de que la primera fiebre que tenga irá acompañada de complicaciones hepáticas.⁶⁶

Otras formas de dar salida a esa sensación de depresión era la escritura. La tradición popular española ha dejado huellas de ese sinvivir en canciones populares, uno de cuyos exponentes fue Vicente Medina, que en sus poemas muestra de forma clara y concisa el desánimo de las personas que indirecta o directamente se vieron inmersas en la guerra y los efectos siempre lamentables que la siguen. En su poemario recoge poesías que tratan sobre el soldado nervioso por la marcha, por la falta de noticias de su novia, por el que se siente olvidado:

[...] e quisiste mozo libre / también me querrás sordao, que tú no pués despreciar / lo que el Rey no ha despreciao. No he tenido carta tuya, / pero de mí madre si... ¡y aún no le he escrito a mi madre / y otra vez te escribo a ti! Cuando vuelva, si es que vuelvo, / ¡Dios sabe lo que hallaré! Si una bala mata un hombre, / ¡el tiempo mata un querer!⁶⁷

También Bonifacio Gil, músico militar e investigador del patrimonio etnográfico extremeño recoge cuartetos relacionadas con el tema:

Muchas tropas pide Cuba / y los correos todos iban llenos; se han de quedar las muchachas / con los tullidos y los viejos Si me quieres aguardar / que venga de los navíos, serás tu la más dichosa / que de mujer ha nasío Cuanto he llorado en el barco / porque al mirar a la playa no vi tu pañuelo blanco / volando, volando en ella.⁶⁸

Cuantas pesadillas, cuantos gritos de dolor de noche a buen seguro se escucharían lamentos, gemidos: «*Madre, madre...*».

En julio de 2016, un superviviente de 96 años de la famosa batalla del Ebro, de la guerra civil española, respondía a la pregunta: “Habrá a quien

pueda parecerle romántica una guerra [...] No habrá visto millones de moscas en una herida de la cara, o la cremallera de mi cazadora tiñéndose de rojo cada vez que la subía”. ⁶⁹

La acción en combate o por acciones de guerra

En cuanto a los fallecidos por efecto del fuego enemigo, son sobre todo fruto de pequeñas batallas o escaramuzas sin que en ningún caso se llegara a la batalla decisiva, que era precisamente lo que esperaban los españoles, y lo que nunca quisieron los cubanos, a pesar de la teórica intención de Máximo Gómez, que para impulsar el ardor guerrero de sus mambises, les prometió el Ayacucho⁷⁰ cubano para las tropas hispanas. José Martí, el “apóstol cubano” escribió: “Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten y no se les maltratará. Respeten y se les respetará. Al acero responda el acero y a la amistad, la amistad. En el pecho antillano no hay odio”.⁷¹ Si Martí lo escribió es que debió de ser así, al menos en el suyo, aunque seguro que no en el de todos. La guerra de 1895 a 1898 no fue una guerra entre caballeros. En ella se dieron escenas de una brutalidad tremenda en ambas partes. Dejemos que hable un soldado del batallón expedicionario Soria 9, a través de su testimonio reproducido en la prensa extremeña:

[...] el combate duraba todavía; asesinaban a machetazos a los que, como yo, no se podían defender y se ensañaban con los muertos destrozándoles a cuchilladas. Vi un negro que, después de darle lo menos treinta machetazos a un soldado, se pasó el machete por la lengua diciendo: Ya comí hoy... no pararon hasta que no quedó ni uno de nosotros en pie, excepto yo y esos a quienes también habían hecho prisioneros.⁷²

Más tarde cayeron en la cuenta de que era mejor herir que matar, por lo que suponía de “lastre” para la unidad, pues no se les podían abandonar a su suerte. Los mambises golpeaban con el machete de arriba hacia abajo, en la base del cuello, interesando al mismo tiempo la clavícula y produciendo

terribles heridas, mientras gritaban “al machete, al machete, hijos de la puta blanca”.⁷³

Conclusiones

Para José Martí “la parte más importante y decisiva de una guerra no está en las batallas, ni en los hechos de valor personal; sino en el sistema inexorable con que, de todas partes a la vez, se debilita y empobrece al contrario, se le quitan recursos y se le aumentan obligaciones, se le obliga a pelear contra su plan y voluntad, y se le impide reponga sus fuerzas”.⁷⁴

En la segunda mitad del siglo XIX por las venas de Cuba circulaba una sangre deseosa de una pronta emancipación de la metrópoli española, si bien enfrente se encontró con una España en la que sus clases dirigentes, salvo alguna excepción, no estaban dispuestas de ninguna de las maneras a consentir la separación, la independencia de la isla. Esa segunda mitad fue un período clave para la formación de la conciencia nacional cubana. La isla exigía a su metrópoli reformas más o menos moderadas, obteniendo por respuesta poco menos que nada. Acabada la guerra de los diez años, el general Arsenio Martínez Campos envió a Madrid múltiples sugerencias y enmiendas administrativas para aplicar en Cuba. Dos años después de acabada la guerra, en 1880, se inician los debates sobre las reformas para la isla; todo hacía presagiar que un gran debate político iba a acontecer en la capital de la metrópoli. El tres de febrero los diputados cubanos en reuniones previas al debate acordaron entablar conversaciones en el Congreso con objeto de conseguir que la Constitución del año 1876 rigiera, como lo hacía en la Península, también en Cuba. El objetivo, que los mismos artículos que se aplicaban en la Península lo hiciesen en la isla.⁷⁵

En la sesión del siete de marzo, llega el momento álgido de la discusión. El entonces presidente del consejo de ministros, Antonio Cánovas, en una de sus intervenciones en el Congreso, respondiendo al líder de la minoría cubana, Sr. Bernardo Portuondo, expone de forma fehaciente: “La cuestión de la isla de

Cuba es ante todo de recursos y de armas; no hay que equivocarse; toda otra cosa sería un acto de candor, indigno de nuestra previsión de hombres políticos; es cuestión de armas y recursos para sostener bayonetas, porque no es ni más ni menos que una cuestión nacional”.⁷⁶

Al acabar la tanda de discusiones en el mes de junio, la conclusión que podemos sacar es que los proyectos de reforma administrativa fueron ignorados; como se hiciera en 1878 cuando Arsenio Martínez Campos presentó un programa de reformas para Cuba en las Cortes. Nada se hizo, por ejemplo, sobre la importante burocracia insular y la forma de reducirla. Algo parecido pasó con el acceso del cubano autóctono a la Administración y menos aún con la integración de los negros. El resultado fue claro, la inactividad española en lo que a reformas se refiere, cosa esta que hizo incrementar el sentimiento independentista, la conclusión es que los gobiernos legislaban más para Madrid que para Cuba.

Unos años más tarde, en 1891 y nuevamente en sede parlamentaria, Antonio Cánovas vuelve sobre el mismo tema, en esta ocasión sus palabras van dirigidas al diputado Fernando León y Castillo, al que dice de forma tajante:

es preciso que tengáis la seguridad de que ningún partido español abandonará jamás la isla de Cuba; que en la isla de Cuba emplearemos, si fuere necesario, el último hombre y el último peso; que la hemos de sostener con todas nuestras fuerzas... y que siempre que, en día desgraciado, en la isla de Cuba se empeñe una lucha entre peninsulares é isleños, la victoria será siempre de los que pesan más, de los que son más, de los que más ríos de sangre puedan derramar, y de los que más tarde ó más temprano han de extinguir toda resistencia, por la mayor fuerza física y aún por la mayor fuerza moral.⁷⁷

Esta idea persiste en el tiempo, no queda en el olvido, y en julio de 1893 siendo Sagasta presidente del consejo de ministros, este reafirmaría la frase de Cánovas diciendo en el congreso que jamás se perdería la soberanía española en Cuba “mientras haya españoles, en este o en el otro lado de los mares, que tengan sangre en sus venas”.⁷⁸

Dos años más tarde, el 28 de febrero de 1895, iniciada ya la sublevación, Práxedes Mateo Sagasta daba carta blanca, en el senado, al general Emilio

Calleja para pedir lo que fuese necesario para acabar con el alzamiento:

El capitán general está advertido de que, aun cuando él crea que tiene allí bastantes recursos y elementos para sofocar la sublevación, eso no debe bastarle, porque lo que conviene es que la sublevación termine pronto. Se ha dicho pues al Capitán general que pida todo cuanto necesite, que el Gobierno lo tiene todo preparado para que salgan enseguida tropas.⁷⁹

El 8 de marzo, nuevamente en el senado, el presidente del consejo de ministros responde a una interpelación del señor Antonio María Fabié acerca de los últimos telegramas sobre la insurrección de la isla de Cuba, en esa interpelación la posición de Sagasta es aún más clara si cabe, afirmando:

[...] al creerla enflaquecida y debilitada, los enemigos de la Patria en Cuba se han llevado un grandísimo chasco, porque la Nación española está dispuesta á sacrificar hasta la última peseta de su Tesoro y hasta la última gota de sangre del último español, antes que consentir que nadie le arrebatase un pedazo siquiera de su sagrado territorio. Por eso España hará todos los esfuerzos necesarios para que eso no suceda, y no sucederá.⁸⁰

La prensa se hace eco de este sentimiento y opina, “El gobierno está dispuesto y hace muy bien a no escatimar refuerzos de sangre ni de dinero para mantener la integridad del territorio español”.⁸¹ Que no importaba el dinero queda claro, en el congreso se había aprobado el crédito ilimitado para Cuba.

A finales de marzo de 1895, el general Marcelo Azcárraga, ministro de la guerra en el momento del alzamiento, también da su opinión en una entrevista recogida por el diario barcelonés *El Noticiero Universal*: “Para lograrla [dice el periodista] me dijo con energía [se está refiriendo a una paz positiva y duradera que pacifique rápidamente aquellos territorios, asegurando la dominación española] no escatimaré cuanto sea necesario, refuerzos, recursos, armamento”.⁸²

Días después, el 2 de abril de ese mismo año, ahora en el congreso de los diputados el presidente Práxedes Mateo Sagasta expresa nuevamente esa idea:

Esta España, tan enflaquecida por las discordias de sus hijos, se levanta unida, y se engrandece y se agiganta, y sacando fuerzas de flaqueza, hace, más que proezas, milagros en el momento que ve en litigio la unidad, la integridad ó la independencia de la Patria, y está dispuesta á consumir la última

peseta de su tesoro y de sacrificar hasta el último de sus hijos antes que consentir que nadie, absolutamente nadie, le arrebatase un palmo de su sagrado territorio.⁸³

Acabamos de ver cómo la clase política de la restauración estaba dispuesta a cualquier sacrificio para retener Cuba bajo soberanía española. El esfuerzo fue superlativo, 210 000 hombres enviados a Cuba, 4 500 hombres a Puerto Rico, 25 000 hombres al distrito de Filipinas, y 5 000 hombres para la defensa de Canarias. Monumental esfuerzo en sangre el hecho por la sociedad española en aquellos años, como colosal lo fue también en dinero. Para el Tesoro español el coste mensual de la guerra era, por ejemplo, para el semestre de julio a diciembre de 1896 de 7 499 956 pesos, equivalentes a 37 499 780 pesetas.⁸⁴ El empobrecimiento de España iba en alza y la riqueza a la baja, la guerra de Cuba repercutía desde hacía un año en la vida económica de las ciudades. A medida que se van agravando las guerras de Cuba primero y Cuba y Filipinas después, los precios empiezan a aumentar de forma significativa en 1897, un 8% con respecto a 1896, alcanzando 16% 1898. Según el profesor Pedro Tedde de Lorca la tasa interanual de inflación entre los años 1895 y 1901 crece un 4.2%.⁸⁵

La sociedad española, mejor dicho, una parte de la sociedad, la pobre de solemnidad, había dado su sangre por una supuesta integridad territorial, que ya estaba más que resquebrajada y así lo había expuesto ya el año 1879 el general Camilo García de Polavieja: “debemos, en mi opinión, en vez de querer impedir a todo trance y en todo tiempo la independencia de Cuba, que empeño vano sería, prepararnos para ella, permanecer en la isla sólo el tiempo que en ella racionalmente podamos estar, tomando las medidas convenientes para no ser arrojados violentamente, con perjuicios de nuestros intereses y menguada nuestra honra”, ⁸⁶ y años después, en 1899, uno de los defensores en el juicio sobre la capitulación de Santiago: “Nuestra misión en América estaba cumplida ha mucho tiempo; nuestra dominación en ella terminó de hecho el día en que nació la primera república americana, á cuya instauración tan torpemente contribuimos”.⁸⁷ La otra, la sobradamente acaudalada tenía

dinero de sobra para cubrir con creces los empréstitos que fueron sacando los diferentes gobiernos de la restauración para cubrir los gastos de las campañas.

La clase política de la restauración, con Antonio Cánovas y Práxedes Mateo Sagasta a la cabeza decidieron que para conseguir una Cuba española sólo hacía falta sangre y dinero, no pensaron en todo lo demás, en lo que no había, en lo que se tuvo que improvisar. Si la forma de hacer de España —al decir España nos estamos refiriendo a su clase político-económica— en Cuba hubiera sido otra si se hubiesen gastado, desde el Zanjón en adelante, el dinero y las energías públicas en lo que debería haberse gastado, si sobre Cuba hubieran llovido reformas económico-administrativas, si hablar de autonomía para Cuba, no hubiera sido considerado como delito a la patria, si no se hubiese malversado tanto y tanto y, por supuesto, si se hubiese cumplido lo acordado en el pacto del Zanjón, Cuba no hubiera dejado de ser independiente, pero lo habría sido seguramente en el siglo xx, como lo fue Canadá, por ejemplo. Pero no era posible, España —su clase política— optó por no ceder poder —autonomía— y ese fue el principio de su fin.

Después de la paz del Zanjón, “una parte considerable de los separatistas había aceptado las condiciones de aquélla, sometiéndose á la legalidad vigente, esto es, á la soberanía de España en Cuba”;⁸⁸ a esa parte acabaría sumándose más tarde Antonio Maceo con su marcha permitida a Jamaica. A esta oportunidad histórica España —su entramado político-económico-administrativo—, no supo o no quiso dar paso a concesiones y reformas lo suficientemente amplias como para hacer inviable un nuevo alzamiento independentista. La Paz del Zanjón, escribiría Antonio María Fabié, “brindó la ocasión única que se ha presentado en la historia contemporánea de salir de América con gloria y honor, pero las clases directoras y la opinión volviéronse de espaldas a ella por ignorancia, desidia y mala fe, cometiendo el error más grave y trascendental del siglo xix”.⁸⁹ Se desaprovechó.

La guerra de Cuba de 1895 a 1898 dejó en la Península un rastro de muerte y tragedia que permaneció intacto en la memoria de las gentes a lo

largo de varias generaciones. En todos los pueblos de cada una de las provincias, y en casi todos los barrios de estos, había al menos una familia que había perdido a un hijo en Cuba o no sabía nada de su paradero. Cuba fue durante tres años tumba de buena parte de la juventud española, la que no tenía 1 500 pesetas para redimirse o el importe necesario para una sustitución. Al desastre de la guerra se le sumó la desolación y la impotencia que generaba la falta de noticias, las cartas tardaban en llegar, y esos largos periodos de silencio eran el presagio del peor desenlace; la pérdida del hijo, del hermano, del novio, en algunos casos del marido... y que recibieron, en relación a ello, un cambio de legislación, desde el 16 de julio de 1896 los muertos por el vómito negro y solo ellos, generaban el derecho a pensión²⁰ dentro del ámbito de la sanidad militar. En un estudio, aun en ciernes, de las causas de muerte del soldado del Regimiento Castilla 16 se observa cómo los afectados por el vómito disminuyen considerablemente a partir de ese cambio legal, mientras que los del grupo de otras enfermedades evoluciona a niveles extremadamente altos. Dejamos a consideración del lector esta hipótesis de trabajo. Conocida era la corrupción que imperaba en todo el tejido administrativo público de los gobiernos de la restauración borbónica en aquel fin de siglo.

En Cuba quedaron miles de españoles, miles de soldados, soldados que un agregado militar inglés describía como “un maravilloso ejemplo de resignación cuando está enfermo, mal alimentado y raramente pagado... Siendo capaz de resistir enfermo y agotado en su propia trinchera”.²¹ Por todos ellos, por los de un bando y los del otro, van estas líneas, descansen en paz.

Fuentes

ARCHIVO

AGMMB Archivo General del Museo Marítimo de Barcelona, Barcelona.

HEMEROGRAFÍA

Crónica Reusense, Reus.
Diario de Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria.
El Diluvio, Barcelona.
El Liberal, Madrid.
El Noticiero Universal, Barcelona
Gaceta de Galicia, Santiago de Compostela.
Gaceta de Madrid, Madrid.
Heraldo de Madrid, Madrid.
La Correspondencia Militar, Madrid.
La Ilustración Española y Americana, Madrid.
La Lectura Dominical, Madrid.
La Publicidad, Barcelona.
La Rioja, Logroño.
La Vanguardia, Barcelona.
Nuevo Diario de Badajoz, Badajoz.

BIBLIOGRAFÍA

Avilés Arnau, Juan, *Edificios militares: cuarteles*, Barcelona, Sección Tipográfica de Ingenieros, 1887.

Barado y Font, Francisco, *Museo militar: historia, indumentaria, armas, sistemas de combate, instituciones, organización del ejército español*, Barcelona, Manuel Soler, 1882, 3 vols.

Barado y Font, Francisco, *Nuestros soldados. Narraciones y episodios de la vida militar en España*, Barcelona, Imprenta de Henrich y Cia, 1909.

Bermúdez de Castro y Tomás, Luis, *Mosaico militar: historias, historietas, anécdotas, episodios, alegrías, tipos y costumbres de la vida militar de antaño*, Madrid, Aldus, 1951.

De Camps y Feliu, Francisco, *Espanoles e insurrectos. Recuerdos de la guerra de Cuba*, La Habana, Edición tipográfica de A. Álvarez y Cía., 1890.

Delgado García, Gregorio, “La salud pública en Cuba durante la guerra independentista de 1895 a 1898”, *Cuadernos de Historia de la Salud Pública*, Editorial Ciencias Médicas, núm. 85, 1999, La Habana, pp. 20-26.

De Miguel Fernández, Enrique, “Las tropas españolas en la guerra de Cuba: de las estimaciones especulativas a la cuantificación”, *Anales*, Real Academia de Cultura Valenciana, núm. 85, 2010, Valencia, pp. 243-271.

De Montaud Roldán, Inés, “Guerra y finanzas en la crisis de fin de siglo: 1895-1900”, *Hispania. Revista Española de Historia*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, núm. 196, vol. 57, 1997, Madrid, pp. 611-675.

Del Puerto Fernández, Isabel, “Los cuidados de enfermería durante las guerras coloniales españolas (1895-1926). Repercusiones de ambos conflictos en la provincia de Toledo”, tesis doctoral, Toledo, Departamento de Historia-Facultad de Letras de Ciudad Real-Universidad de Castilla-La Mancha, 2010.

Diez de Revenga Torres, María Josefa, *La poesía popular murciana en Vicente Medina*, Murcia, Universidad de Murcia/Academia Alfonso x El Sabio, 1983.

Elorza, Antonio, y Elena Hernández Sandoica, *La guerra de Cuba (1895-1898)*, Madrid, Alianza Editorial, 1898.

Estados de las fuerzas y material sucesivamente enviados con motivo de las actuales campañas a los distritos de ultramar en las fechas que se expresan, Madrid, Imprenta del Depósito de la Guerra, 1897.

Fabié, Antonio María, *Mi gestión ministerial respecto a la isla de Cuba*, Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1898.

Fabié, Antonio María, *Cánovas del Castillo: su juventud, su edad madura, su vejez. Estudio biográfico*, Barcelona, Gustavo Gili Editor, 1928.

Fernández Almagro, Melchor, *Historia política de la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, 1969, 3 vols.

Flores, Eugenio Antonio, *La guerra de Cuba: apuntes para la historia*, Madrid, Tipografía de los hijos de M. G. Hernández, 1895.

García Barrón, Carlos, *Cancionero del 98*, Barcelona, Grijalbo/Mondadori, 1997 (Libro de Mano, 140).

García de Polavieja y del Castillo, Camilo, *Relación documentada de mi política en Cuba: lo que vió que hice, lo que anuncié*, Madrid, Imprenta de Emilio Minuesa, 1898.

García Pérez, Lorenzo, *El batallón provisional de Canarias en la guerra de Cuba (1895-1898)*, Tebeto, Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura, 2004.

García Ramos, Manuel Antonio, *De Extremadura a Cuba: los últimos conquistadores*, Badajoz, Sueños de tinta, 2013.

Gil Muñoz, Carlos, *Cancionero popular de quintos y soldados de Bonifacio Gil*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2002.

Gómez Núñez, Severo, *La guerra hispano-americana: Santiago De Cuba*, Madrid, Imprenta del Cuerpo de Artillería, 1901.

González de Ponte, Manuel, *Memoria sobre la fiebre amarilla, o sean ventajas del tratamiento homeopático para combatir dicha enfermedad*, La Habana, Imprenta Nacional y Estrangera, 1860.

Guerrero, Rafael, *Crónica de la guerra de Cuba (1895)*, Barcelona, Librería editorial de M. Maucci, 1895, 5 vols.

Hernández Poggio, Ramón, *De la aclimatación en Canarias de las tropas destinadas a ultramar*, Madrid, Imprenta de D. Alejandro Gómez Fuentenebro, 1867.

Isern y Marco, Damián, *Del desastre nacional y sus causas*, Madrid, Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1899.

Legrand, Maximilien-Albert, *L'Hygiène des troupes européennes aux colonies et dans les expéditions coloniales*, París, Charles-Lavauzelle editeur militaire, 1895.

Lenzamuza, León, *Álbum de un emigrado, o recuerdos de ultramar*, Barcelona, Establecimiento Tipográfico La Academia, 1887.

Madariaga, Federico, *Cuestiones militares*, Madrid, Imprenta de Felipe Marqués, 1899.

Marfil, Esteban, “Los hospitales militares en la isla de Cuba durante la guerra de 1895-1898”, *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, vol. 55, núm. 2, 2003, Madrid, pp. 173-200.

Martí, José, *Páginas escogidas*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1974 (Ediciones Políticas).

Martí, José, *Epistolario*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1993 (Colección Textos Martinianos), 5 vols.

Medrano Lázaro, Tomás, *A mi desgraciado pueblo: Quintanar de la Sierra*, Burgos, Imp. y Lib. de los Hijos de S. Rodríguez, 1913.

Memoria-resumen de la estadística sanitaria del ejército español, Madrid, Ministerio de la Guerra Sección de Sanidad Militar, 1898.

Mola, Emilio, *Las tragedias de nuestras instituciones militares. El pasado, Azaña y el porvenir*, Madrid, Librería Bergua, 1934.

Moreno Fragnals, Manuel, *Cuba/España, España/Cuba. Historia común*, Barcelona, Crítica, 2002.

Moreno Fragnals, Manuel y José J. Moreno Masó, *Guerra, migración y muerte. El ejército español como vía migratoria*, Gijón, Ediciones Júcar, 1993 (Cruzar el Charco, 5).

Moya y Jiménez, Francisco Javier de, *Consideraciones militares sobre la campaña de Cuba*, Madrid, Imprenta del cuerpo de Artillería, 1901.

Núñez Florencio, Rafael, “Los otros españoles que fueron a Cuba: el drama de los repatriados” en Consuelo Naranjo Orovio, Miguel Ángel Puig-Samper, Luis Miguel García Mora (eds.), *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Madrid, Editorial Doce Calles, 1996, pp. 597- 619.

Ovilo y Canales, Felipe, *La decadencia del ejército. Estudio de higiene militar*, Madrid, Imprenta y Litografía del Hospicio, 1899.

Ramón y Cajal, Santiago, *Recuerdos de mi vida*, Madrid, ed. Juan Fernández Santarén, Centro Virtual Cervantes Instituto Cervantes, 1997.

Reglamento provisional para el Detall y régimen interior de los cuerpos del ejército, Madrid, Imprenta y litografía del Depósito de la Guerra, 1896.

Reparaz, Gonzalo de, *La guerra de Cuba. Estudio militar*, Madrid, La España Editorial, 1896.

Rodríguez Solís, E., *¡Viva España! Historia popular de la guerra de Cuba*, Barcelona, La Enciclopédica Democrática, 1897, 2 vols.

Rodríguez, R., *Cuba la forja de una nación. La ruta de los héroes*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2006, 3 vols.

Rodríguez Vargas, Vicente, *Un año en Cuba, 1897. Notas de mi diario de campaña*, Valladolid, Graficas Sus-Se, 1959.

Rozalén Fuentes, Celestina y Rosa María Ubeda Vilches, “Nuestros soldados fallecidos y repatriados (1895-1898)” en *La crisis de fin de siglo en la provincia de Almería: el desastre del 98*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 2004, pp. 293-300.

Sánchez Mederos, José A, “Informe del agregado militar británico en Cuba, 1898”, *Tebeto: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, Cabildo insular de Fuerteventura, núm. 5, t. 2, 1992. Fuerteventura, pp. 55-129.

Serret Tristany, José, *Bases para la alimentación del soldado*, Barcelona, Editorial Imprenta Borrás, 1936.

Sievert Jackson, José, *Higiene militar: la alimentación del soldado*, San Fernando, Cádiz Capitanía General, Estado Mayor, Sección Tipográfica, 1893.

Souza Rodríguez, Benigno, *Máximo Gómez. El Generalísimo*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1997.

Tedde de Lorca, Pedro, “La economía española en torno al 98” en *Economía y colonias en la España del 98*, Madrid, Síntesis, 1999, pp. 73-98.

Toledano, Pilar, *Adolfo Jiménez Castellanos y Tapia. último Gobernador y Capitán General español de Cuba*, Madrid, Editorial Creaciones, 2009.

Varona Guerrero, Miguel Ángel, *La guerra de independencia de Cuba, 1895-1898*, La Habana, Editorial Lex., 1946, 3 vols.

Weyler, Valeriano, *Mi mando en Cuba*, Madrid, Casa Editorial de Felipe González Rojas, 1910, 5 vols.

¹ “Tratado de Paz entre España y los Estados Unidos de América”, *Gaceta de Madrid*, 3 de mayo de 1899. Las primeras palabras del acto de entrega decían así: “Señor [se dirigía al mayor general Wade, presidente americano de la comisión de evacuación] en cumplimiento del Tratado de París, de lo acordado con los comisionados militares de la Isla y las órdenes de mi Rey, en este momento del medio día de hoy, 1 de enero de 1899, cesa de existir en Cuba la soberanía española y comienza la de los Estados Unidos”. El texto íntegro se puede consultar en Toledano, *Adolfo Jiménez*, 2009, p. 218.

² Algunas cifras las encontramos en los diarios de la época: “del cuadro del personal enviado á la gran Antilla se desprende que, desde el 8 de marzo de 1895 en que salió de Cádiz el vapor Santo Domingo en viaje extraordinario, hasta el 31 de diciembre de 1896, hicieron los vapores de la Compañía Trasatlántica 159 viajes para conducir las doce expediciones organizadas [hasta ese momento] por el ministerio de la Guerra”, *Crónica Reusense*, 4 de marzo de 1897.

³ De Miguel, “Las tropas españolas”, 2010, p. 253.

⁴ Madariaga, *Cuestiones militares*, 1899, p. 166.

⁵ Barado y Font, *Nuestros soldados*, 1909, p. 43.

⁶ Bermúdez, *Mosaico militar*, 1951, p. 402.

⁷ Avilés, *Edificios militares*, 1887, p. v.

⁸ Véanse Marfil, “Los hospitales militares”, 2003, y Delgado, “La salud pública”, 1999.

⁹ Guerrero, *Crónica de la guerra*, 1895, vol. iv, pp. 335-339.

¹⁰ Del Puerto Fernández, “Los cuidados de enfermería”, 2010, p. 255.

¹¹ Oviló, *La decadencia del ejército*, 1899, pp. 21-29.

¹² Marfil, “Los hospitales militares”, 2003, p. 29. Confirma la noticia aparecida en *El Heraldo de Madrid* sobre el descontrol que hubo en los hospitales, tras las operaciones de otoño de 1896 en Pinar del Río, donde la avalancha de enfermos provocó que se dieran muchos casos en que ni se conocía el nombre, ni la unidad de procedencia del soldado fallecido.

¹³ Mola, *Las tragedias de nuestras*, 1934, p. 14.

¹⁴ Dictamen que emiten los médicos que suscriben sobre las expediciones militares a Filipinas, Filipinas, 1886, en Archivo General del Museo Marítimo de Barcelona (en adelante AGMMB), fondo de la Trasatlántica, caja 96, exp. 2.5.1/22.

¹⁵ Rodríguez, *¡Viva España!*, 1897, vol. 2, pp. 1144-1148.

¹⁶ Rodríguez, *Un año en Cuba*, 1959, p. 8.

- ¹⁷ Por dar un dato, diremos que el primer muerto en las expediciones lo será en la del vapor Alfonso XIII, un castellonense que falleció a causa de pirexia cardiaca y su cadáver lanzado al mar. Actas de defunciones núm. 1 a la 35, 1895, en AGMMB, fondo de la Trasatlántica, caja 16, exp. 26 312/026a.
- ¹⁸ Guerrero, *Crónica de la guerra*, 1895, vol. I, p. 235.
- ¹⁹ García, *El batallón provisional*, 2004, pp. 127-154 y 130. La prensa canaria hacía eco de la noticia diciendo: “Ayer fue desembarcado del vapor trasatlántico uno de los soldados que marchaba a Cuba, y que ha ingresado en el Hospital por hallarse enfermo de neumonía”. “Soldado Enfermo”, *Diario de Las Palmas*, 1 de mayo de 1895, p. 3.
- ²⁰ García, *Cancionero del 98*, 1997, p. 132.
- ²¹ Rodríguez, *Un año en Cuba*, 1959, p. 53.
- ²² *Ibid.*, p. 51.
- ²³ “Lo que dice Azcárraga”, *El Liberal*, 28 de septiembre de 1898, p. 1.
- ²⁴ “Weyler y la campaña juzgada por el general Pando”, *El Diluvio*, 10 de septiembre de 1897 (edición de la mañana). Dos días después de estas supuestas declaraciones, el Ministerio de la Guerra facilitaba a la prensa sendos comunicados de Pando y Ochando negando esas afirmaciones: “General Pando: No han sido, no son, ni serán nunca mis labios militares los que viertan los conceptos estampados en las letras de molde de los periódicos”. Véase “Cuestión terminada. Declaraciones de generales”, *La Correspondencia Militar*, 11 de septiembre de 1897, p. 2.
- ²⁵ Moreno y Moreno, *Guerra, migración*, 1993, p. 152.
- ²⁶ Certificats i actes de naixements i defuncions, en AGMNB, Fons Compañía Trasatlántica, Sèrie 312.
- ²⁷ “Diario de las sesiones de cortes”, en *Congreso de los Diputados*, secc. Diario de sesiones, serie histórica, Madrid, viernes 9 de septiembre de 1898, p. 1722, <http://www.congreso.es/est_sesiones/>. [Consulta: 6 de marzo de 2018.]
- ²⁸ “Un desembarco”, *La Rioja*, 8 de enero de 1899, p. 1.
- ²⁹ “Diario de las sesiones de cortes”, en *Congreso de los Diputados*, secc. Diario de sesiones. Serie histórica, Madrid, martes 18 de julio de 1899, p. 1056, documento en línea citado.
- ³⁰ *Memoria-resumen*, 1896, pp. 13-16.
- ³¹ Hernández, *De la aclimatación en Canarias*, 1867, p. 2.
- ³² “Lo de Cuba”, *Gaceta de Galicia*, 9 de marzo de 1895, p. 1.
- ³³ Rodríguez, *Cuba la forja*, 2005, vol. 3, p. 300.
- ³⁴ Adolfo Llanos, “La Guerra en Cuba”, *La Ilustración Española y Americana*, 15 de mayo de 1895.
- ³⁵ Una de las más saludables villas cubanas era, sin duda alguna, Villa Clara, que por su topografía tan elevada como despejada, la convertía en uno de los pueblos más sanos de la isla y uno de los que menos mortalidad acusa del vómito, de esa terrible enfermedad que tantos estragos hace en los europeos. Véase Lenzamuzga, *Álbum de un emigrado*, 1887, p. 4.
- ³⁶ “Real Orden de 27 de marzo de 1866”, *Gaceta de Madrid*, 3 de abril de 1866.
- ³⁷ *Estados de las fuerzas*, 1897.

- ³⁸ Elorza y Hernández, *La guerra de Cuba*, 1898, pp. 196-197.
- ³⁹ Serret, *Bases para la alimentación*, 1936, p. 210.
- ⁴⁰ Waleriano Weyler i Nicolau, gobernador de Cuba de febrero de 1896 a octubre de 1897.
- ⁴¹ Weyler, *Mi mando en Cuba*, 1910, vol. 5, p. 145.
- ⁴² Sievert, *Higiene militar*, 1893, p. 8.
- ⁴³ La reconcentración fue un método y una política utilizada por el general Weyler para aniquilar militarmente el levantamiento independentista cubano de 1895. Consistía en aglomerar a los campesinos en poblados cercados, con el fin de aislar a los insurrectos de su medio natural evitando que pudieran recibir ayuda.
- ⁴⁴ Moreno, *Cuba/España*, 2002, p. 279.
- ⁴⁵ Gonzalo Reparaz, “La guerra de Cuba”, *Heraldo de Madrid*, 30 de diciembre de 1896, p. 1.
- ⁴⁶ Gómez, *La guerra hispano-americana*, 1901, pp. 58-59.
- ⁴⁷ Isern, *Del desastre nacional*, 1899, p. 271.
- ⁴⁸ Medrano, *A mi desgraciado pueblo*, 1913, p. 71.
- ⁴⁹ Souza, *Máximo Gómez*, 1997, p. 201.
- ⁵⁰ Núñez, “Los otros españoles”, 1996, p. 618.
- ⁵¹ Barado y Font, *Museo militar*, 1882, vol. 5, p. 736.
- ⁵² Véase la carta de Azcárraga a Cánovas, 13 de septiembre de 1895, en Fernández, *Historia política*, 1969, vol. 2, p. 435.
- ⁵³ Flores, *La guerra de Cuba*, 1895, p. 26.
- ⁵⁴ Varona, *La guerra de independencia*, 1946, vol. 2, p. 761.
- ⁵⁵ El profesor González de Ponte comenta que los síntomas de la fiebre eran: la lengua primero húmeda y blanda, [...] mientras la lengua está húmeda no hay sed, pero tan luego está seca, la sed es inextinguible, la boca siempre pastosa, rara vez amarga. [...] a veces nauseas acompañadas de violentas contracciones, ansiedades vivas y dolor cruel en el estómago. [...] La lengua, labios y dientes se cubren cada vez más de un limo espeso y negruzco, las náuseas son más raras, pero van seguidas de vómitos y en las materias arrojadas hay estrias negruzcas parecidas al poso del café. González, *Memoria sobre la fiebre*, 1860, pp. 12-13.
- ⁵⁶ González, *Memoria sobre la fiebre*, 1860, p. 7.
- ⁵⁷ *Ibid.*, pp. 12-13.
- ⁵⁸ En 1893 la proporción de la mortalidad fue por cada 1 000 habitantes 33, alcanzando en los militares el 43.7. Moya, *Consideraciones militares*, 1901, p. 25.
- ⁵⁹ Rodríguez, *Un año en Cuba*, 1959.
- ⁶⁰ De Camps, *Españoles e insurrectos*, 1890, pp. 393-394.
- ⁶¹ Según Ziemssen es una forma de anemia manifestada durante la pubertad, entre los catorce y los veintiún años, se da en personas de constitución física delicada. Algunas de las causas: educación higiénica

defectuosa, trabajo inadecuado a su edad, traslado de campo a ciudad, el miedo, la angustia o la nostalgia. Se distingue de la anemia normal por la espontaneidad de su aparición y por la preponderancia de todos los desórdenes que dependen de la escasez de hemoglobina en la sangre. Véase Rozalén y Ubeda, “Nuestros soldados”, 2004, pp. 293-300.

⁶² *Reglamento provisional*, 1896, p. 16.

⁶³ En una carta que Julio Villareal escribe desde La Habana a su amigo José Gómez en Filipinas da cuenta de cómo era la vida militar en la isla en los años previos a la pérdida del territorio. Véase Barado y Font, *Nuestros soldados*, 1909, p. 171.

⁶⁴ Ramón, *Recuerdos de mi vida*, 1997.

⁶⁵ Legrand, *L'hygiène des troupes*, 1893, p. 168.

⁶⁶ Reparaz, *La guerra de Cuba*, 1896, pp. 193-194.

⁶⁷ Díez, *La poesía popular*, 1983, p. 166.

⁶⁸ Gil, *Cancionero popular*, 2002, pp. 180-184.

⁶⁹ Víctor M. Amela, “La Contra”, *La Vanguardia*, 26 de julio de 2016, p. 52.

⁷⁰ Nombre de la batalla que en 1820 puso fin a la presencia española en la América continental.

⁷¹ Martí, *Páginas escogidas*, 1974, p. 139.

⁷² “La sorpresa de la Esperanza”, *Nuevo Diario de Badajoz*, 10 de marzo de 1896, p. 1.

⁷³ Guerrero, *Crónica de la guerra*, 1895, vol. 5, p. 154.

⁷⁴ Martí, *Epistolario*, 1993, vol. 5, p. 242.

⁷⁵ “Carta de Madrid. 3 de febrero”, *La Publicidad*, 5 de febrero de 1880.

⁷⁶ “Diario de las sesiones de cortes”, en *Congreso de los Diputados*, secc. Diario de sesiones. Serie histórica, Madrid, 7 de febrero de 1880, p. 1732, <http://www.congreso.es/est_sesiones/>. [Consulta: 6 de marzo de 2018.]

⁷⁷ “Diario de las sesiones de cortes”, en *Congreso de los Diputados*, secc. Diario de sesiones. Serie histórica, Madrid, 3 de julio de 1891, p. 2797. <http://www.congreso.es/est_sesiones/>. [Consulta: 6 de marzo de 2018.]

⁷⁸ “Diario de las sesiones de cortes”, en *Congreso de los Diputados*, secc. Diario de sesiones. Serie histórica, Madrid, 14 de julio de 1896, p. 2599. <http://www.congreso.es/est_sesiones/>. [Consulta: 6 de marzo de 2018]

⁷⁹ “Diario de las sesiones de cortes”, en *Congreso de los Diputados*, secc. Diario de sesiones. Serie histórica, Madrid, 28 de marzo de 1895, p. 1268 <http://www.congreso.es/est_sesiones/>. [Consulta: 6 de marzo de 2018.]

⁸⁰ “Diario de las sesiones de cortes”, en *Congreso de los Diputados*, secc. Diario de sesiones. Serie histórica, Madrid, 8 de marzo de 1895, p. 1427. <http://www.congreso.es/est_sesiones/>. [Consulta: 6 de marzo de 2018].

⁸¹ “La Semana”, *La Lectura Dominical*, 10 de marzo de 1895. p. 1.

⁸² Agencia Mencheta, “Una interview con el general Azcárraga”, *El Noticiero Universal*, 26 de marzo de 1895, p. 1.

⁸³ “Diario de las sesiones de cortes”, en *Congreso de los Diputados*, secc. Diario de sesiones. Serie histórica, Madrid, martes 2 de abril de 1895, p. 2521. <http://www.congreso.es/est_sesiones/>. [Consulta: 6 de marzo de 2018.]

⁸⁴ Véanse “Resumen de los ingresos y pagos que han tenido lugar, con motivo de la campaña de la isla de Cuba, desde 1º de Julio á 31 de Diciembre de 1896”, *Gaceta de Madrid*, 4 de marzo de 1897, pp. 960-968, y “Los gastos de la guerra”, *El Liberal*, 4 de marzo de 1897, p. 2. La investigadora española Inés Roldán De Montaud, apunta incluso una cifra muchísimo mayor, al llegar a decir: “La guerra estaba consumiendo entonces en torno a 25 millones de pesos mensuales [en las fechas en que Weyler llega a la Isla], cantidad que habría de aumentar con la llegada de las tropas reclamadas por Weyler”. De Montaud, “Guerra y finanzas”, 1997, pp. 611-620.

⁸⁵ Tedde, “La economía española”, 1999, p. 89.

⁸⁶ García, *Relación documentada*, 1898, pp. 34-35.

⁸⁷ Capitulación de Santiago de Cuba. Discurso leído ante el consejo supremo de guerra y marina en defensa de los comandantes militares que fueron de San Luis, Palma y Alto Songo por Julio Álvarez Chacón.

⁸⁸ Fabié, *Mi gestión ministerial*, 1898, p. 21.

⁸⁹ Fabié, *Cánovas del Castillo*, 1928, p. 125.

⁹⁰ García, *De Extremadura a Cuba*, 2013, p. 293.

⁹¹ Sánchez, “Informe del agregado”, 1992, pp. 53-130.

El suicidio de Puig

José Enrique Rovira Murillo

La invasión de Puerto Rico por el *Army* en 1898 estuvo preñada de confusos episodios, consecuencia de los cuales, el ejército de Puerto Rico, que poseía unas fuerzas comparables al cuerpo expedicionario del general Miles, no opuso resistencia a los progresos de este último, que avanzó sin obstáculos hasta que el 18 de agosto se conoció en la isla la capitulación del gobierno español. Quienes más defendieron la soberanía española fueron precisamente los puertorriqueños que militaban en el ejército español y los más pusilánimes fueron precisamente los oficiales peninsulares. Luego, al concluirse la contienda, los oficiales peninsulares extendieron la especie que fue precisamente la defección de los voluntarios borinqueños lo que inclinó la balanza del lado del invasor. Esta versión permitió dejar el honor del ejército a salvo. A las nuevas autoridades estadounidense les interesó sostener esta argumentación, que les colocaba como liberadores de una potencia extranjera y justificaba su intervención de cara a la opinión pública internacional, al presentarla como una anexión voluntaria del pueblo puertorriqueño. Ambos bandos alimentaron esta falsedad que sobrevive hasta nuestros días.

No se debe obviar el hecho de que la masonería, omnipresente y todopoderosa en 1898 en todo el mundo, jugó un papel determinante en que el ejército español efectuara una defensa hartamente tibia. El desencadenante fue que España había eliminado a dos “grandes maestros”: En Cuba, en 1895, había caído en combate José Martí y en Filipinas, en 1896, había sido injustamente fusilado José Rizal. La masonería internacional decretó que España debía perder sus colonias. Las logias de Estados Unidos, muy vinculadas al partido

republicano, que en 1897 obtenía la presidencia, se apresuraron a cumplir tal decreto en su favor. En la isla de Puerto Rico tal designio tuvo consecuencias desiguales: Las logias locales —la principal era la Logia Soberana de Libres y Aceptados Masones de Puerto Rico—¹ eran partidarias de España. Las logias peninsulares, por el contrario, tenían diversa obediencia: unas dependían directa o indirectamente de logias supranacionales, lo que les situaba en una posición comprometida; otros talleres no estaban subordinados a logias internacionales y como tales defendían la soberanía española.

Trazo este somero extracto de la situación política de 1898, porque ello nos permitirá entender el caldo de cultivo en el que se cocieron los oscuros episodios del verano de 1898. Y uno de los más confusos, que no el único, fue el suicidio del teniente coronel Francisco Puig Manuel de Villena² que se suicidó la noche del uno de agosto, tras ser acusado por el jefe de Estado Mayor, coronel Juan Camó y Soler, de huir frente al adversario. El capitán general Manuel Macías y Casado informó al ministro del ejército por cable que Puig se había suicidado después de haberse retirado ante el rival. En 1899, en España se efectuó un consejo de guerra que concluyó que Puig no había huido frente al enemigo, lavando por tanto su honor. A pesar de ello, el segundo jefe de Estado Mayor, teniente coronel Larrea, que escribió dos libros sobre la campaña, le seguía acusando de desobedecer las órdenes durante su retirada.³ El propósito de este trabajo, es demostrar que el teniente coronel Puig no sólo no se retiró frente al adversario sin haber recibido órdenes en ese sentido, sino que fue el jefe de mayor graduación del ejército de Puerto Rico en combatir la invasión y que aquellos que le acusaron fueron precisamente quienes se mostraron más pusilánimes.

La fuente que primariamente nos acerca a este acontecimiento es el libro *Crónica de la guerra hispanoamericana en Puerto Rico* de Ángel Rivero Méndez, puertorriqueño, a la sazón capitán de artillería del ejército español, publicado en 1922. Pero esta obra puede resultar frustrante, pues está plagada de frases como “esto no lo puedo contar, porque el protagonista sigue vivo”.⁴

Mi investigación la he realizado en el Archivo Histórico Militar del Alcázar de Segovia, donde se custodian los expedientes de todos los oficiales españoles. Hojas de servicio y expedientes personales muy prolijos, especialmente en el caso de Puerto Rico, donde los combates nunca llegaron a la fortaleza de San Juan, y por tanto la labor burocrática se desempeñó de forma exquisita, lástima que no se pudiera decir otro tanto de la función militar. Pero gracias a esta escurpulosidad, los investigadores disponemos de un archivo concienzudo, aunque ingrato, porque los expedientes están escritos a mano, a menudo habrá que echar mano de la lupa y escudriñar las “letrujas” de aquellos legajos centenarios. He estudiado los expedientes personales de todos los oficiales del ejército español que hicieron la campaña.⁵

El ejército de Puerto Rico

Conviene recordar que, desde el punto de vista de la comunicación, había cable telégrafo con Madrid, sin interrupciones ni censuras, al ir por la vía; Martinica, Venezuela, Brasil —Pernambuco—, Cabo Verde y Lisboa. Existía una extensa red telegráfica interna, que unía todos y cada uno de los pequeños pueblos de la isla. En San Juan ya se disponía del teléfono, que enlazaba todos los castillos del dispositivo defensivo, entre ellos y con el palacio de Santa Catalina, residencia del capitán general. En la isla existía un tendido ferroviario que comunicaba San Juan con Ponce, pasando por Mayagüez, si bien con tramos incompletos.

Desde el punto de vista de las fortificaciones, San Juan estaba defendido por dos formidables castillos: San Felipe de El Morro, en la boca de la bahía, y San Cristóbal que, con su forma alargada, se extiende entre la ciudad y el mar. La ciudad, ubicada en un islote, estaba completamente murada y sus accesos a tierra protegidos por baluartes.

La última vez que Puerto Rico había sido invadido fue en 1797, cuando una escuadra inglesa de sesenta galeones y 14 000 hombres desembarcó cerca de la ciudad, al mando del general Abercromby. El gobernador de entonces,

Ramón de Castro, se defendió tenazmente desde los castillos de San Juan y repelió las acometidas sobre la ciudad. Dos semanas más tarde los ingleses se retiraron. Desde entonces, los militares españoles, especialmente los más ortodoxos, consideraron que la mejor defensa de la provincia sería repeler los ataques externos desde los gruesos muros de San Juan.

Los castillos en torno a San Juan disponían de 43 cañones de diversos calibres, 20 de ellos eran artillería moderna. El parque también incluía dos baterías de campaña y tracción hipomóvil con cuatro piezas cada una: Plasencia de 80 mm y Krupp de 90 mm. En los propios talleres de la comandancia se recargaban los proyectiles, lo que garantizaba un suministro ilimitado.

El ejército de Puerto Rico lo componían 7 600 hombres. Aparte de estas tropas regulares, en la provincia había 5 900 voluntarios armados y 600 guerrilleros montados. Los voluntarios se reclutaban entre la población civil, no cobraban y servían para colaborar en la defensa de su ciudad, por lo que estas unidades no estuvieron nunca diseñadas para operar lejos de su domicilio. Otra cosa eran las milicias montadas—llamadas guerrillas— unidades de puertorriqueños que trabajaban profesionalmente —y muy eficazmente— para el ejército español. Esto hace un gran total de 8 200 soldados, entre regulares y guerrillas, y 14 100 defensores, incluyendo a los voluntarios, aunque estos tuvieran una fiabilidad relativa, o más bien, una operatividad restringida.

Al declararse la guerra con Estados Unidos, la estación naval de San Juan contaba con una pequeña escuadrilla de dotación colonial, integrada por el pequeño crucero Isabel II; y dos pequeñas cañoneras. Esta escuadrilla quedó a las órdenes del capitán de navío don Eugenio Vallarino.

El capitán general y gobernador general de la provincia, era el teniente general Manuel Macías y Casado, un militar con un currículum guerrero. Había llegado a Puerto Rico en febrero de 1898 por fallecimiento de su antecesor. Era un capitán general relativamente joven, sólo tenía 53 años, y había participado en las guerras carlistas, en la de Santo Domingo, en la de Cuba y en la de

Marruecos. Un militar de los guerreros, pero al cual, el ministro de ultramar había encarecido que se concentrara en su función política y que como en la pequeña Antilla reinaba la paz, delegara las cuestiones militares en su Estado Mayor. En efecto, desde su llegada se desempeñó con esmero y acierto dirigiendo la transición al nuevo régimen autonómico: el 27 de marzo se celebraron elecciones libres, se constituyó un parlamento y se formó un gobierno autónomo.

El segundo cabo de Puerto Rico era el general Ricardo Ortega y Díez, que desempeñaba, además, el cargo de gobernador de San Juan y contaba a la sazón con 60 años. Ortega había hecho carrera gracias a sus méritos en la guerra de Marruecos y en la última guerra carlista. Había llegado a Puerto Rico en 1896 y desde entonces su única acción de guerra había consistido en comandar la defensa artillera frente al bombardeo de la *Navy* del doce de mayo de 1898, acción que fue considerada una victoria para las armas españolas.

Cuando en febrero de ese mismo año Macías llegó a la isla, el general Ortega estaba ocupando el cargo de capitán general en funciones y desde el primer momento ambos no tuvieron buena relación.

El 27 de mayo hizo su entrada en el puerto de San Juan el destructor Terror, que venía de Martinica. El 22 de junio, la escuadra de bloqueo del Puerto de San Juan se reducía a un crucero auxiliar, el Saint Paul, a las órdenes del capitán Charles Sigsbee, el mismo que lo fue del Maine. El resto de buques auxiliares de la *Navy* estaban siendo empleados en el traslado de tropas para la invasión de Santiago. Esto no había pasado inadvertido para Ortega y Vallarino. El Saint Paul era un descomunal trasatlántico de 168 metros de eslora y 15 000 toneladas, que además de 12 cañones de 127 mm —la mitad de los cuales era de tiro rápido— tenía una desapercibida cincha de blindaje, que protegía sus partes vitales. Con dicha coraza, el crucero podía evolucionar con cierta alegría.

El capitán Vallarino y el general Ortega dispusieron que el Terror atacara al Saint Paul, cosa que hizo con escasa suerte, pues el bajel español encajó un

proyectil al aproximarse para soltar sus torpedos. El capitán general criticó excesivamente a Vallarino, tachándolo de imprudente, desautorizándolo para futuras operaciones. Aquello empeoró las relaciones entre el capitán general Macías y el general Ortega, que había apoyado la operación.

Conviene hacer un inciso para señalar que el general jefe de Estado Mayor del ejército de Cuba, teniente general Luís Pando, había salido de Cuba en barco el 22 de junio y se había dirigido a Tampa para negociar con el general Miles. Había sido enviado en misión secreta por el capitán general Ramón Blanco —masón cuyo nombre simbólico era Hermano Barcelona.⁶ El general Blanco había sido nombrado por el primer ministro Práxedes Sagasta, que fue gran maestro del gran oriente de España, nombre simbólico Hermano Paz. Aunque no está probado, Pando tenía todos los visos y cumplía los requisitos de ser también masón. En el Archivo Histórico Militar de Segovia descubrí un cuadernillo del puño y letra de Pando, en el que narraba sus peripecias desde su salida de Cuba el 22 de junio hasta su retorno el 20 de agosto, ya con el armisticio firmado, pero esa es otra historia. Ignoro si el capitán general Macías y el coronel Camó disponían de información sobre la negociación de Pando en Tampa. A la luz de los acontecimientos posteriores y la manera que condujeron la campaña, mi opinión es que sí.

El desastre de la escuadra de Cervera el cuatro de julio y la capitulación de Santiago el 17, terminaron por enfriar los ánimos. Para entonces, la atmósfera de la isla de Puerto Rico estaba enrarecida por dos meses de bloqueo. No faltaba nada de las necesidades básicas, pero la incomunicación con el exterior había generado un clima de tensión entre dos facciones del ejército. Por un lado, los oficiales del Estado Mayor y por otro los de las guarniciones. Esta enemistad venía de lejos y Macías se la encontró en febrero cuando llegó a la isla. Decidió sustraerse de la causa, no sólo no hizo nada por aliviar este clima, sino que su agria polémica con Ortega, que como gobernador de San Juan era el mando natural de los jefes de guarnición, pareció situar al capitán general en el bando del Estado Mayor.

Ya hemos visto que el general Macías tenía delegado el mando de las cuestiones militares en el jefe de Estado Mayor del ejército de Puerto Rico, coronel Camó. Al estallar la guerra, las cuestiones políticas pasaron a un segundo plano, para todos menos para Macías, que mantuvo delegado el mando militar en su subalterno.

El coronel Juan Camó y Soler era un hombre de 58 años, que llevaba en el Estado Mayor de Puerto Rico desde 1869, salvo un par de pequeñas interrupciones para salvar el límite máximo autorizado de permanencia en ultramar. Era tremendamente estricto y nunca salía de su despacho en el cuartel general instalado en la fortaleza, desde donde se dirigían con mano férrea las cuestiones de su departamento.

Según Ángel Rivero, el coronel Camó tenía una camarilla, sus colegas del Estado Mayor, que no perdonaban una tarde para juntarse a jugar al “tute”. Dejaré aquí la gráfica descripción que hace Rivero Méndez, del ambiente que reinaba en fortaleza la misma tarde en que se producirían los desembarcos estadounidenses, “a la misma hora en que los soldados de España y los de la Unión Americana engañaban el hambre con galletas de munición y frutas sin madurar, Camó y su camarilla tomaban té, fumaban exquisitos vegueros de las riberas del Plata entre las *puestas* y *codillos* de su agradable partida”.⁷

Los asiduos a la partida eran el coronel Camó y el teniente coronel Francisco Larrea, segundo jefe de estado mayor de Puerto Rico, un hombre joven, 42 años, que había hecho una brillante carrera; había hecho las guerras carlistas, pero los últimos diez años los había pasado en Puerto Rico, salvo un paso fugaz por la guerra de Cuba. Al concluir la guerra, Larrea escribió dos libros sobre la campaña.

Desde mayo de 1898 empezó a unirse a la partida de “tute” el teniente coronel Ernesto Rodrigo, que era el comandante militar de Arecibo. Rodrigo no era del estado mayor, pero era amigo personal de Larrea, de su juventud en Pamplona, de donde ambos eran paisanos. Había llegado a la isla hacía un par de años. Rodrigo ya no era ningún jovencito, tenía 49 años y si no conseguía

un ascenso por méritos de guerra, con su edad, nunca llegaría a ceñir el fajín de general.

Los gobernadores de la provincia de Puerto Rico —además del general Ortega— eran: El coronel Julio Soto Villanueva, gobernador de Mayagüez; el coronel Leopoldo San Martín, gobernador de Ponce; y el gobernador de Humacao, el teniente coronel Francisco Sánchez Apellániz. Este personaje era puertorriqueño y no era del ejército regular, sino de guerrillas, ostentaba el record de cinco medallas al mérito en la guerra de Cuba. Un guerrero al que no se le permitió combatir.

El Instituto de Voluntarios era un tema de desencuentro entre el Estado Mayor y los jefes periféricos, que opinaban que ya que era absurdo esperar ayuda de la metrópoli por el férreo bloqueo naval, la única manera de aumentar sus fuerzas era recurrir a los puertorriqueños, máxime ahora que estaban involucrados en el autogobierno de la isla. El propio concepto del Instituto de Voluntarios —que era servir para la defensa de su propia ciudad— los acercaba a los criterios de los jefes de guarnición y los alejaba de los del Estado Mayor. Los gobernadores de las ciudades consiguieron movilizar 3 000 voluntarios más, aumentando las reservas de 6 000 a 9 000 hombres. Esto fue interpretado por el Estado Mayor como un ataque a su autoridad; el plan estratégico contemplaba defenderse desde San Juan, por consiguiente, eran innecesarios voluntarios que pretendieran defender su ciudad. La respuesta fue negar los fusiles a las recién creadas unidades de voluntarios.

El coronel Camó tenía un triple plan de acción en caso de invasión:⁸ Si como indicaban los informes de inteligencia el desembarco fuera cerca de la capital, por Fajardo, se replegarían todas las fuerzas hasta San Juan, desde donde se combatiría al adversario. Si el desembarco fuera por el sur, la defensa se efectuaría en los altos de la cordillera central, en cualquier caso, meros escarceos con la fuerza adversaria, pues la victoria nunca se barajó como una de las posibilidades. Si por algún azar el desembarco fuera por la costa norte, por

Arecibo, perfectamente comunicado por tren con San Juan, en este caso sí se contemplaba la posibilidad de hacer frente al enemigo en la playa.

Fue previendo la eventualidad del desembarco por Arecibo que, a principios de mayo, el coronel Camó nombró comandante militar de Arecibo a su amigo el teniente coronel Ernesto Rodrigo. Y fue precisamente esta designación, la que hizo saltar la chispa que desencadenaría la guerra entre el Estado Mayor y los cuadros de guarnición.

El problema de las variantes tácticas previstas por Camó, es que implicaban el abandono de las ciudades del litoral, lo que equivalía colateralmente, a prescindir del Instituto de Voluntarios. Dado que el plan trazado por el coronel Camó implicaba renunciar a los voluntarios, cabía esperar que las guarniciones lo rechazaran. Por tanto, lo mejor sería ocultarles dichos planes. La única función de las guarniciones sería; “el que no faltase siquiera la ruidosa protesta de las armas al acto de violación del territorio español”, como años más tarde reconoció el teniente coronel Larrea en su obra.²

Entre estas dos posiciones contrapuestas se encontraba el capitán general Macías, que estaba por encima de lo divino y lo humano. Era un hombre muy familiar, que no había nada que detestara más, que la costumbre de su Estado Mayor de pasarse las tardes jugando a los naipes. Pero Macías no se trataba con el jefe natural de los oficiales de guarnición, el general Ortega. Es posible que el capitán general conociera el terrible secreto: aquello no se dirimiría en los campos de batalla, sino en la negociación que por aquellas fechas conducía el general Pando ante el general Miles en Tampa. Claro que esto tampoco se podía transmitir a los jefes de las guarniciones. El resultado era que a punto de dar comienzo las operaciones, los jefes de guarnición no tenían instrucciones, ni sabían de la existencia de plan alguno, y menos aún, que este les excluía o condenaba a ser meros elementos ruidosos.

Las tropas destinadas a hacer ruido fueron dos batallones del regimiento Alfonso XIII al mando del teniente coronel Oses en Mayagüez, y el regimiento

Patria, a las órdenes del teniente coronel Puig en Ponce. Como única unidad estratégica se habían destacado dos mil hombres a Caguas, al sur de San Juan y en lo alto de la cordillera, denominados batallones provisionales. En este planteamiento defensivo cicatero, sorprende la presencia de dos batallones completos en Mayagüez. La razón es que el coronel Camó consideraba esta ciudad como estratégica, dado que, a su condición de puerto marítimo, se unía que era la prolongación natural de la hipotética línea de defensa de la Cordillera Central.

Pero volvamos al traslado del teniente coronel Rodrigo a Arecibo. Desde su llegada, Ernesto Rodrigo había sido el comandante del batallón Patria, con base en Ponce. Nada más declararse la guerra con Estados Unidos, el coronel Camó le había trasladado a Arecibo, pues Ponce era una ciudad que no iba a ser defendida. Pero en este traslado había surgido un problema: Camó había dispuesto que el batallón Patria dejara media compañía en Ponce, marchando el resto a Arecibo, a las órdenes de Rodrigo. Para comandar la media compañía que quedaría en Ponce, se había nombrado jefe al teniente coronel Puig, un madrileño que hasta ese momento era el comandante militar de Aguadilla, al norte de Mayagüez. El problema había surgido, porque Puig había hablado directamente con el capitán general, para advertirle que era un error que en Ponce quedara sólo media compañía. El Patria era el único batallón que había en el sur de la isla y sin esos medios no podría emprender operaciones en caso de desembarco. Había mediado en el asunto, a favor de las tesis de Puig, el gobernador de Ponce, coronel San Martín. Macías ordenó que todo el batallón Patria quedara en Ponce. De nada sirvieron las protestas de Camó, alegando que había varios batallones en Caguas, al norte de Ponce, para reforzarles si fuera necesario. Puig se quedó en Ponce con el batallón Patria al completo, mientras que Rodrigo se quedó en Arecibo sin mando en tropa. Este último se lo tomó como una afrenta personal, como si Puig le hubiera “birlado” su batallón. Peor se lo tomó Camó: Para este era una intromisión intolerable, que

Puig le hubiera puentado al hablar directamente con Macías. Se adivinaba una dura campaña, entre el Estado Mayor y los cuadros de guarnición.

Por Guánica el 25 de julio

El 24 de julio —según Ángel Rivero—¹⁰ se recibió en San Juan otro telegrama desde Madrid del ministerio de la guerra, avisando que el desembarco era inminente, por lo que el capitán general ordenó que se hundiera un barco en la bocana del puerto de la capital, para evitar que la bahía fuera forzada.

Descartado San Juan como lugar de desembarco, la opción de Guánica parecía de las más atractivas para un atacante, si la bahía estuviera indefensa, como era el caso. Como desventaja para los asaltantes está su escasa profundidad, que les obligaría a enviar pequeños buques a su interior, quedando la *Navy* en mar abierto. Esta desventaja se torna en gran ventaja para los defensores, pues un par de cañones instalados en el interior de la bahía —en vez de en el morro de la bocana— pueden evitar la entrada de los pequeños buques. Más fácil aún es enviar a Guánica la escuadrilla, primero para que no quede bloqueada en San Juan —puesto que se va a taponar la bahía— pero segundo, porque fondeados en el puerto de Guánica, formando un semicírculo alrededor de la bocana, evitarían la entrada de los buques de la *Navy*, que deberán acceder de uno en uno.

Aquí surgió la enésima disputa entre el capitán general Macías y el capitán de Marina Vallarino —siempre apoyado por el general Ortega— a cuenta de quién debía dar las órdenes en la escuadrilla. Macías envió un telegrama a Madrid, haciendo una consulta sobre la cuestión competencial y el ministro de la guerra le trasladó, que el último responsable debía ser el capitán general. En cuanto Macías tuvo esta misiva en su poder, ordenó bloquear el puerto de San Juan dejando la escuadrilla en su interior. En ese momento se rompió el último hilo de comunicación entre los generales Macías y Ortega.

El 24 de julio la *Navy* se concentró en alta mar a la altura de la ciudad de Ponce. Eran ocho vapores transportes de tropas que portaban la división del

general Henry, que había salido de Guantánamo con 3 400 hombres. Venían escoltados por el acorazado USS Massachusetts —que se había perdido la Batalla de Santiago— y dos cañoneras menores. Al atardecer llegó el generalísimo Miles, a bordo del cañonero Yale, escoltado por el yate armado Gloucester.

El general Henry y el capitán Higginson —este último, como comandante del Massachusetts ejercía las funciones de comodoro de la escuadrilla— esperaban que la invasión se llevara a cabo por Fajardo. Miles convocó una reunión a bordo del *Massachusetts* y les comunicó el cambio de planes: Tenía un espía en la isla, que le confirmaba que la bahía de Guánica estaba desprotegida.

La bahía de Guánica tenía poco calado, así que se envió al pequeño pero atrevido Gloucester a sondearla, mismo que entró en la bahía de Guánica al amanecer del 25 de julio, verificando la ausencia de defensores y la inexistencia de minas. Desembarcó veintiocho marineros con una ametralladora, que arriaron la bandera española de la casa del cabo de mar e izaron la estadounidense.

En el poblado de Guánica la guarnición la componían once guerrilleros montados, al mando de un oficial peninsular, el teniente Enrique Méndez López. Al ver ondear la enseña estadounidense, descabalaron y tomaron posiciones al final del pueblo, desde donde dispararon sus Rémington recortados sobre la bandera. Estaban —sin saberlo— efectuando la protesta ruidosa de las armas ante la violación del suelo patrio, que contemplaba el alto mando. Pero a los marinos estadounidenses se les encasquilló la ametralladora y la mitad de sus fusiles Springfield, por lo que se replegaron hasta la playa. La protesta ruidosa de aquellos guerrilleros puertorriqueños estuvo a punto de dar al traste con la invasión, si no fuera porque desde el *Gloucester* empezaron a batirles con sus cañones de tiro rápido. El fuego artillero hirió a tres defensores, entre ellos al teniente Méndez. Los guerrilleros montaron sus caballos y

cargando con los heridos, se retiraron hasta la población de Yauco, a tres kilómetros de Guánica.

Estos doce hombres con sus tercerolas fueron toda la fuerza que opuso al desembarco el ejército español, sin tener como excusa el factor sorpresa. Tampoco se podía alegar que las fuerzas defensoras quedarían bajo el fuego de la escuadra yanqui, puesto que esta no pudo acceder a la bahía. Un cañón de pólvora sin humo emboscado entre los arbustos hubiera desbaratado el desembarco.

Al constatar el general Miles que el Gloucester permanecía en el interior de la bahía sin consecuencias, envió un transporte de tropas. Para el desembarco usaron los lanchones surtos en la playa.

En Yauco se encontraba el capitán Salvador Meca, al mando de una compañía del batallón Patria. Recibió por cable instrucciones bastante precisas del capitán general de resistir todo lo posible a la entrada de Yauco y esperar refuerzos. Las instrucciones venían firmadas por Macías, que ahora que la isla se veía amenazada, parecía que iba a hacer honor a su prestigio de guerrero e iba a involucrarse en la campaña.

El capitán Meca reunió su compañía, a la que sumó los voluntarios de Yauco, que estaban a las órdenes del teniente Colorado, 20 guardias civiles y los guerrilleros que ya habían entrado en acción, un total de 140 hombres con los cuales se posicionó frente a Guánica, emboscado en un cerro que hace vista a la bahía. En dicho cerro había una casona, la hacienda Desideria, la cual se aspillero y preparó para ser defendida.

El general Macías no se había contentado con ponerse en contacto con el capitán Meca en Yauco, sino que había ordenado que, desde Ponce y Mayagüez, se enviaran refuerzos a dicha posición. Pretendía llevar la defensa algo más lejos que la mera protesta ruidosa. Desde Mayagüez no se recibió ningún refuerzo —siempre fallaba algo en esa guarnición— pero desde Ponce llegó un tren especial con dos compañías del batallón del Patria y una guerrilla montada. La columna venía al mando del teniente coronel Puig y llegó a Yauco

a las once de la mañana, sólo tres horas después del primer desembarco. En cuanto llegó a la estación de Yauco, Puig telegrafió al capitán general. Este le retornó precisas instrucciones de resistir en Yauco y esperar los refuerzos de Mayagüez, retirándose por tren a Ponce si la posición fuera insostenible.

Puig recoge los últimos voluntarios que se han presentado en Yauco y a las cinco de la tarde se reúne con el capitán Meca en la hacienda Desideria. Forman una unidad de 350 hombres, más 50 voluntarios que se han quedado cubriendo una posible retirada a Yauco.

A Mayagüez había llegado un telegrama de Macías para que enviaran dos compañías a Guánica. Pero al teniente coronel Osés no le había cuadrado que la orden viniera directamente del capitán general, tenía instrucciones de cumplir exclusivamente las del Estado Mayor. Dispuso que partiera una columna formada por dos compañías del Alfonso XIII, a las órdenes del comandante Espiñeira, pero con instrucciones poco precisas. A poco de salir de Mayagüez la columna se dio la vuelta, porque unos campesinos le dijeron a Espiñeira, que los americanos habían desembarcado por miles y con cientos de cañones.

Se hizo la noche, con los estadounidenses desembarcando tropas de la brigada Garretson en Guánica y el teniente coronel Puig parapetado en la hacienda Desideria. Durante toda la noche hubo intercambio de disparos entre las vanguardias de ambos ejércitos. Los estadounidenses estuvieron enviando refuerzos a primera línea en la oscuridad, mientras que, por el lado español ni un sólo soldado más se presentó en la hacienda Desideria. Los refuerzos de Mayagüez se habían dado la vuelta y otra compañía enviada desde Ponce había parado el tren en Tallaboa.

Según la recopilación de telegramas de Puerto Rico de Ángel Rivero Méndez, el capitán general Macías envió un parte de guerra, en el que comunicó que se estaba disputando el terreno palmo a palmo:

Enemigo ayer tarde avanzando en dirección Yauco, sosteniendo combates parciales contra setecientos hombres del Ejército y Voluntarios, los cuales, puesta la luna lo han tiroteado durante noche, trabándose combate al amanecer que ha durado más de una hora; enemigo retrocedió a sus

posiciones de ayer tarde. Estoy muy satisfecho del proceder del jefe de las fuerzas, Teniente Coronel Puig.

Macías.^{[11](#)}

Que Macías nombrase a Puig, y sólo a Puig, en su telegrama al ministro de la guerra, debió ser algo superior a las fuerzas de Camó. Evidentemente Puig se seguía saltando la cadena de mando al hablar directamente con Macías. Seguramente aquel día debió tener lugar una agria reunión entre el jefe de Estado Mayor y el capitán general. Hasta este momento, las actuaciones del alto mando dictadas directamente por Macías, habían tenido una cierta coherencia; desde este punto se observa un punto de inflexión en la dirección de la campaña, que en adelante será dirigida por Camó.

Nunca sabremos lo que se acordó en aquella reunión trascendental, pero lo podremos intuir a tenor de los telegramas que sucedieron a la misma y a la vista de los acontecimientos posteriores. Desde esta perspectiva, podemos conjeturar que se habló de Puig y de que, según el plan general del Estado Mayor, el lugar asignado para el batallón Patria era Arecibo y que su comandante debía ser Ernesto Rodrigo.

Al amanecer del 26, Puig esperaba de un momento a otro los refuerzos de Ponce y Mayagüez que le había prometido el general Macías, aunque estaba preocupado porque sus tropas llevaban un día sin comer. Los carros con las viandas no habían aparecido, por lo que se empezó a temer que algo grave estaba pasando. Aun así, organizó un contraataque de flanqueo contra las posiciones adversarias, que fue rechazado con tres bajas. Se necesitaban más efectivos y a poder ser algo de artillería.

A medio día llegó un guerrillero con varios telegramas del general Macías y con la noticia de que los voluntarios de retaguardia habían desaparecido. Los telegramas ya no eran tan claros como los del día anterior. En uno le decía que se retirara a Ponce, y en otro que el ferrocarril estaba cortado y que se replegara a Adjuntas, en lo alto de la sierra.

Puig dominaba perfectamente la posición, tenía al rival pegado al terreno y no entendía nada ni sabía qué hacer. Pero como en Yauco había cable, optó por retirarse sobre esta ciudad, obedeciendo órdenes y para ver qué es lo que estaba ocurriendo. Sabía que dejaba una posición irrecuperable. En los combates de la hacienda Desideria había tenido tres muertos y dos heridos graves.

Al mediodía del 26 de julio, el teniente coronel Puig y su tropa entraban en Yauco. Puig dispuso sus tropas en unos altos que hay a la entrada de la población y se aferró al aparato del telégrafo. Recibió un cable que le dejó perplejo, que le decía que el ferrocarril a Ponce estaba cortado en Tallaboa y que se replegara sobre Arecibo atravesando la sierra. Llevaba la firma de Macías.

Aquello era surrealista. Puig estaba frente al adversario, que además no progresaba, y se le pedía que se fuera a la otra punta de la isla, a pie, haciendo una marcha cuesta arriba de 80 kilómetros. Tardarían cinco días, cuando habían tardado tres horas en llegar en tren ¿Qué estaba pasando?

Puig envió un cable detallando la situación y expresando que consideraba factible sostener sus actuales posiciones. Un nuevo telegrama, firmado por el coronel Camó en nombre del capitán general, le confirmó la orden de replegarse sobre Arecibo.¹²

A poco de partir la tropa de Yauco se recibió otro telegrama de Santa Catalina, en este caso fue entregado en la oficina del telégrafo por el mismo general Macías: “Capitán general a telegrafista de Yauco. Si queda algún patriota leal en ese pueblo llámelo usted al aparato”. El telegrafista fue a llamar al secretario del Ayuntamiento, y entre este y el capitán general, se cruzaron cinco cables:

Macías: —¿Cuál es el estado de Yauco?

Secretario: —Pacífico, pero el pueblo temeroso por haberse marchado toda la tropa, la guardia civil y disuelto los voluntarios.

M: —¿Sabe usted dónde está la fuerza de Alfonso XIII que salió de Mayagüez para Yauco?

S: —Tengo noticias que esa fuerza está acampada cerca de San Germán.

M: —Diga usted al telegrafista que destruya el aparato. ¡Que Dios nos ayude! ¹³

En mi opinión, estos desquiciados telegramas sólo se explican de una forma: el capitán general Macías, acababa de descubrir que el ferrocarril a Ponce no está cortado en Tallaboa, tal y como le habían dicho. Había cambiado de idea estuvo cambiando de idea toda la campaña, al día siguiente volvería a hacerlo con la capitulación de Ponce y ahora pensaba que era mejor defenderse en Yauco. Pero ya fue tarde...



Operaciones de ejército norteamericano en Puerto Rico.

Fuente: Rovira, 1898: la invasión, 2012.

La huída

El 27 de julio el teniente coronel Puig inició su penosa retirada. Envío al teniente Colorado de los voluntarios montados de Yauco a reconocer el terreno, pues las mismas tropas adversarias que según el telegrama habían cortado el ferrocarril a Ponce, debían estar a punto de coparles. La situación

parecía comprometida, pero el teniente Colorado retornó comunicando que no había enemigos.

Tomó la columna el camino de Adjuntas, una vereda serpenteante que arranca en la falda de la cordillera. Más adelante podrían tomar un camino cortadero, ancho y empinado, llamado Camino Militar, que comunica a herradura Ponce con Arecibo. Pero, hasta Adjuntas, 20 km cuesta arriba, no había otra estación de telégrafos.

El 28 de julio, la columna del teniente coronel Puig llegó hasta Peñuelas, en su camino hacia Adjuntas. Ignoraba lo que pasaba a su alrededor, pues allí no llegaba el cable. No sabía que aquella misma hora el general Miles había tomado Ponce, que se había rendido sin disparar un solo tiro, por tanto, sin efectuar la protesta ruidosa de las armas, único cometido que le había sido encomendado al coronel San Martín.

Al día siguiente Puig emprendió el camino a Adjuntas, acometiendo las peores rampas de la sierra bajo intensos aguaceros. Buscar en la tropa un resquicio de moral era un ejercicio de optimismo. Las alpargatas se les estaban rompiendo e iban sin repuestos, la tropa tiraba las mochilas en cuanto no les miraban los oficiales a caballo. El teniente coronel Puig se percató que había perdido los telegramas y envió al teniente Colorado de los voluntarios montados a desandar el camino hasta Peñuelas. A las cuatro horas, este retornó sin haberlos podido encontrar. El teniente coronel prosiguió con su triste ascensión. Había salido de Ponce hacía cuatro días y desde entonces su tropa se había alimentado precariamente. No se veía a nadie, ni amigos ni enemigos, ni paraba de llover. Se hizo la noche sin alcanzar la cima y durmieron a media ladera, al raso, bajo continuos aguaceros.

El 30 de julio partieron al alba, destrozados, pues habían tenido que dormir empapados entre los arbustos y consiguieron llegar a Adjuntas a las once de la mañana. Ahí sí comieron, pues Puig compró una chota, y puso un telegrama a Fortaleza comunicando que partía para Utuado y Arecibo, según las órdenes recibidas. Por fin, en Adjuntas cogieron el camino militar que une

Ponce con Arecibo. Todavía tuvieron que subir unas cuestas, pero a dos kilómetros de Adjuntas ya era todo descenso. Llegaron a Utuado al anochecer y la tropa se distribuyó entre las casas de los campesinos, que los acogieron amigablemente.

Al amanecer del 31 de julio partió la columna con la intención de llegar a Arecibo esa misma noche.

El telegrama del ministro

El mismo día en que Puig iniciaba su descenso de la sierra, se recibió en San Juan un telegrama del ministro de la guerra, que conviene leer con atención, pues le recrimina al capitán general retirarse ante el enemigo. Debió causar gran impresión en el Estado Mayor y en el capitán general. Les dicen que hay que disputar el terreno, que no debía haber entregado Ponce sin combatir. No se trata ahora de la protesta ruidosa de las armas contemplada por el Estado Mayor, se trata de combatir. El plan del coronel Camó de no defender los puertos parece ser ignorado y desaprobado por el ministro. Van a rodar cabezas, pero ya es tarde, el puerto de Arroyo también está indefenso, el general Miles ya se ha percatado que los españoles no defienden los puertos y el *Army* ya se prepara para un nuevo desembarco.

Ministro de la Guerra para Capitán General de Puerto Rico

Madrid, 31 de julio de 1898

Será conveniente dé V. E. más extensión a sus telegramas, entrando en pormenores para evitar se extravíe opinión. No he de ocultarle que la satisfacción y buen efecto que produjo noticia de ventajas conseguidas en Yauco por fuerza Ejército, a pesar del silencio que respecto a bajas propias y enemigas guarda V.E., en su telegrama 77, han quedado desvanecidas al saberse por los 80 y 82 que aquel primer acto de valerosa resistencia, justamente elogiada por V.E., ha seguido una depresión de energía y decaimiento de espíritu en nuestras tropas, evidenciados por la retirada de Yauco sin nueva resistencia, por la pasividad con que se efectuó el desembarco del enemigo en Ponce, limitándose la guarnición a retirarse a Juana Díaz, sin intento de oponerse a la operación que tan a mansalva pudo efectuar el contrario. Todo esto parece deducirse de los términos de sus lacónicos telegramas, dando lugar al disgusto y alarma que despiertan, haciendo nacer temores por la suerte de esa Isla, cuya posesión es preciso disputar a todo trance a los americanos en estos momentos, con tanto más

empeño y decisión cuando una obstinada resistencia podrá contribuir a que nos sean favorables las negociaciones de paz ya entabladas.

Correa.¹⁴

A la luz de los acontecimientos posteriores, las medidas acordadas por el alto mando español de Puerto Rico no fueron dirigidas a iniciar una defensa más agresiva, pensaban que el *Army* ya había desembarcado 50 000 hombres, ignoraban que el cuerpo expedicionario del general Miles se componía sólo de 11 400 hombres, casi todos voluntarios y con un armamento personal deficiente y muy inferior al del ejército español. Ignoraban todo ello porque no se les había ocurrido tantear al adversario. La defensa que decidieron emprender fue para defender sus carreras militares, no para defender a España. Había que detener y encausar a los dos responsables de las dos retiradas que les recriminaba el ministro. Ese mismo día fue prendido en Aibonito el coronel Leopoldo San Martín, Gobernador Militar de Ponce, que ingresó en la Prisión Militar de Fortaleza. Más tarde ya se ocuparían de Puig, quien además tenía cuentas pendientes con el coronel Camó.

El capitán general Macías, a la luz de las recriminaciones del ministro de la guerra, ordenó llevar a cabo la defensa de la cordillera central. Se dieron órdenes de defender los puertos de la sierra, órdenes que quedaron plasmadas en las hojas de servicio de los oficiales y jefes. La defensa del frente sería dirigida por el teniente coronel Larrea, pues ya sabemos que Camó nunca salía de Fortaleza y el general Ortega quedaba fuera de los planes de Macías. Al teniente coronel Puig se le encomendó que con su columna defendiera el paso del camino militar por Adjuntas.

Conviene hacer un inciso: el teniente coronel Larrea, sostiene que nunca se pensó defender el paso de Adjuntas, sino que lo que tenía que haber hecho Puig es avanzar por los altos de la sierra hasta enlazar con Larrea en Aibonito. Dejemos a Larrea:

Las tres compañías restantes del batallón de la Patria y la 4ª guerrilla volante, que constituían la columna formada en Yauco, con noticia de la ocupación de Ponce por los americanos, se retiraron a Adjuntas, sobre la cordillera y de ahí siguieron hasta la costa Norte, atravesando toda la isla, en vez

de seguir la orden que se les dio de seguir tras de la compañía que se ha dicho que salió de dicho punto e ir a establecerse en Barros (Aibonito), privando así a la defensa, en el punto eficaz, de 500 hombres de la mejor calidad.¹⁵

Como veremos más adelante, Puig recibió orden de retirarse el 26 de julio, y Ponce fue ocupado el 28. Si hubiera salido el 28 de Yauco, no podría haber llegado a Arecibo el 31. En las hojas de servicio de los jefes implicados, no figura orden alguna para ir de Adjuntas a Barros o Aibonito.¹⁶ La misteriosa compañía del Patria —que menciona Larrea— que precedió a la columna de Puig efectuando el trayecto de Adjuntas a Aibonito, no aparece por ningún reporte oficial, ni en la *Crónica de la guerra hispanoamericana en Puerto Rico* de Ángel Rivero.

En todo caso si como se dijo lo que se pretendía era defender San Juan en un arco de media luna en torno a la capital, este dispositivo defensivo dejaba aislado y copado a los batallones de Mayagüez, segunda fuerza en importancia del ejército de Puerto Rico. Realmente lo que se ordenó fue defender la mitad norte de la isla, sobre la cordillera, lejos del alcance de los cañones de la *Navy*. Sólo la posición de Mayagüez había quedado indefinida, pues era parte del frente de la cordillera, pero quedaba al alcance de la *Navy*, por eso se le había dotado a la guarnición de tropas suficientes para operar en función de los acontecimientos. Lo de Mayagüez fue otro oscuro episodio que en este texto y por cuestión de espacio no analizaremos.

En efecto, siguiendo el plan de campaña, el teniente coronel Larrea llegó hasta el Asomante, donde tímidamente se instaló una batería de cañones Plasencia. En el resto de los pasos de la cordillera se cavaron trincheras. En Mayagüez los dos batallones y los voluntarios formaron una unidad respetable, mil quinientos hombres, que quedaron prevenidos. El problema fue en Adjuntas, que nadie defendió, porque Puig apareció en Arecibo con su columna.

El cinco de agosto el General Miles avanzó en cuatro columnas paralelas, estrategia que ha sido criticada alegando que fragmentaba sus fuerzas. La

verdad es que fue una genialidad de visionario que desbarató por completo el frente español. Las dos primeras columnas —generales Brooke y Wilson—, rebotaron en el dispositivo defensivo de lo alto de la sierra, en el Cayey y el Asomante respectivamente. Pero la tercera columna, al mando del General Henry, atravesó el paso de Adjuntas sin oposición.

La columna del general Henry obligaba ya a que el frente de la cordillera fuera abandonado, ya era absurdo defender los altos, pues el *Army* estaba a espaldas de los españoles, que iban a ser copados. No solo eso, dejó aislado del resto del ejército español a la columna de Mayagüez, que recibió apresuradas órdenes de retirada del capitán general, pues había quedado en una pinza, entre el general Schwan —la cuarta columna— que progresaba desde Guánica y la columna del general Henry. La retirada de la columna de Mayagüez se produjo de forma bochornosa, en lo que se conoció como el Desastre del Guasio. La brecha que el Teniente Coronel Puig dejó en Adjuntas quebró todo el frente español.

La mañana del 31 de julio, la columna del teniente coronel Puig llegó a Arecibo. A la entrada del pueblo les estaba esperando la banda de música municipal, que empezó a tocar en cuanto la columna hizo su aparición.¹⁷ Les esperaba el teniente coronel Ernesto Rodrigo, que tenía preparados comida y dormitorios para la tropa. Este le presentó a Puig unas órdenes por escrito de Camó, en las que se estipulaba que Rodrigo se haría cargo de la columna, mientras que Puig, para descansar, se haría cargo de la comandancia militar de Arecibo.¹⁸ Horas más tarde se recibió en Arecibo un extenso telegrama del coronel Camó, detallando los incumplimientos de Puig y los cargos de los que sería acusado; cobardía frente al enemigo.¹⁹

La madrugada del dos de agosto el teniente coronel Francisco Puig paseó hasta la bella playa de Arecibo. Mirando al mar y sintiendo la brisa sobre el rostro, clavó su sable en la arena y se apuntó cuidadosamente con su arma reglamentaria a la sien. El primer rayo de luz de la alborada se fundió con el

que escupió su revólver, junto a una ruidosa protesta por su honor mancillado que nadie escuchó.

3 de agosto de 1898

Capitán General Puerto Rico a Ministro Guerra

Teniente Coronel Puig, que con quinientos hombres hizo retirada por Adjuntas, llegó ayer Arecibo, y al exigírsele parte detallado, se ha suicidado.^{[20](#)}

¿Puig culpable?

Vamos a analizar si Puig huyó de forma vergonzosa e insólita o si le ordenaron que se retirara sobre Arecibo. Esto nos conducirá a deducir si el culpable de la derrota fue la debilidad de Puig o la ineptitud del alto mando. Por un lado, tenemos un telegrama, que Ángel Rivero declara haber visto personalmente y conservar en su poder.

26 Julio 1898, diez mañana

Capitán General a Jefe Patria

Ferrocarril a Ponce cortado, probablemente a la altura de Tallaboa; regrese por Ajuntas y Utuado sobre Arecibo. Disuelva voluntarios, destruyendo armamento con fuego de hogueras.^{[21](#)}

A mí no me cabe la menor duda de que este cable es cierto y ello por los siguientes indicios:

PRIMERO. Ya hemos visto que desde el mes de mayo el Estado Mayor pretendía que Puig devolviera su batallón al teniente coronel Ernesto Rodrigo en Arecibo.

SEGUNDO. Puig no era un cobarde, fue el único jefe que peleó el resto de los combates, fue a nivel de compañía y dirigido por oficiales. Ya hemos visto que incluso realizó un contraataque, el único de la campaña de Puerto Rico, junto al que realizó el 9 de agosto en El Cayey el heroico puertorriqueño capitán de guerrillas Salvador Acha Caamaño.

TERCERO. Si a Puig le hubiera entrado el pánico, el último sitio al que hubiera ido es a Arecibo, porque son cinco días de caminata cuesta arriba y porque allí le esperaba Ernesto Rodrigo, su eterno enemigo.

CUARTO. Las hojas de servicio. En la de Puig no reza que se le ordenara acudir a Aibonito. Literal de la hoja de servicio de Francisco Puig. Última entrada:

Habiendo efectuado desembarcos en esta isla fuerzas enemigas del ejército americano, salió con parte de su batallón, formando una columna que operó por diversos puntos del departamento, llegando a Arecibo el 31 de julio. Nombrado el uno de agosto comandante militar de este último punto, no llegó a tomar posesión de él por haberse suicidado el mismo día.²²

SEXTO. En la hoja de servicio del teniente coronel Ernesto Rodrigo figura que se le ordena ir a Adjuntas a proteger la retirada de Puig. Imaginamos que también para defender ese punto de la codillera que va a ser atacado por las supuestas fuerzas rivales que persiguen a la columna de Puig. La hoja de servicio de Rodrigo apunta lo que realmente hizo en cuanto el batallón de Puig llegó a Arecibo: en primer lugar, lo relevó en el mando y avanzó por la ladera de la sierra con la tropa hasta Rio Piedras, ya cerca de San Juan. Según la Hoja de Servicios de Ernesto Rodrigo,²³ este nunca llegó a Adjuntas, y según Ángel Rivero, su encuentro se verificó en Arecibo.²⁴

En mi opinión, una maniobra tan extraña como que un batallón desande el camino de Adjuntas a Arecibo en plena campaña, habiéndose suicidado previamente su comandante, hubiera atraído la atención, no ya del ministro, sino de toda España a ese punto. Rodrigo lo que hizo fue quitarse de en medio. Si el famoso telegrama no hubiera existido, Rodrigo hubiera hecho lo que le ordenaron por escrito, defender el paso de Adjuntas y que la culpa de la extraña maniobra de desandar el camino recayera sobre Puig. En ese caso, la campaña de Puerto Rico no hubiera sido tan desastrosa para España.

Literal de la hoja de servicio de Ernesto Rodrigo:

Entrada de 29 de julio de 1898. El 29 de julio por orden del Exmo. Sr. capitán general y al mando de fuerzas del ejército y guardia civil y Voluntarios, marchó sobre Utuado y Adjuntas a proteger la retirada de la columna del Batallón de la Patria núm. 25, que había librado acción en Guánica, regresando el 30 a Arecibo, el uno de agosto se hizo cargo del mando del batallón de Cazadores de la Patria en dicho punto de Arecibo, quedando en operaciones de campaña, el dos de agosto salió con tres compañías y guerrilla montada sobre Río Piedras.²⁵

Conclusión

Si el alto mando del Ejército de Puerto Rico, es decir, Macías, Camó y Larrea, no supiera de la existencia del telegrama, o que el mismo no pudiera aparecer en algún momento, no hubiera tenido que inventar la absurda teoría de la media luna en torno a San Juan, ni Larrea en su libro,²⁶ hubiera tenido que dar la imaginativa explicación que Puig se tenía que haber replegado hasta Aibonito. Ir de Yauco a Aibonito carece aún más de sentido que ir de Yauco a Arecibo. Y además en este caso también se dejaba vendida a la columna de Mayagüez.

Si el telegrama no existió, los mismos que acusaron a Puig, hubieran incidido en que su función era defender el paso de Adjuntas y que por no hacerlo quedó rodeada la guarnición de Mayagüez, además que en las próximas jornadas hubieran quedado copadas el resto de las tropas españolas de la cordillera. Aquí hay que decir que el Estado Mayor tuvo mucha suerte que se firmara el 16 de agosto el Protocolo de Washington, pues era inminente el desplome del frente defensivo español, que ya tenía a su retaguardia a la columna de general Henry.

Lo que hizo el alto mando del ejército de Puerto Rico es justamente lo contrario; quitarle importancia a la acción de Puig, decir que no defender el paso de Adjuntas tuvo escasas consecuencias, cuando las tuvo todas. Puig debió recibir un telegrama muy grave del coronel Camó, para que le condujera a

quitarse la vida, telegrama que aunque Rivero Méndez buscó, nunca se pudo encontrar.²⁷

Fuentes

ARCHIVO

AGMS Archivo General Militar del Alcázar de Segovia

BIBLIOGRAFÍA

Ferrari Billoch, F., *La masonería al desnudo*, Madrid, Ediciones Bergua, 1935.

Ferrer Benimelli, José Antonio, *La masonería española y la crisis colonial del 98*, Zaragoza, Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española/Universidad de Zaragoza. 1998.

Larrea y Liso, Francisco, *El desastre nacional y los vicios de nuestras instituciones militares*, Madrid, Publicaciones de los estudios militares, 1901.

Rivero Méndez, Ángel, *Crónica de la guerra hispanoamericana en Puerto Rico*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, S.A., 1922.

Rovira Murillo, José Enrique, *1898: la invasión de Puerto Rico*, s.l., Canchales, 2012.

¹ Ferrer, *La masonería española*, 1998, p. 162.

² Francisco Puig Manuel de Villena, nació en Madrid en 1852, en el seno de una familia noble, siendo su padre el Marqués de Gaunas. En su bautizo fue amadrinado por la reina Isabel II. Ingresó en la academia de infantería en 1871 y como oficial intervino en la tercera guerra carlista y en la guerra de los diez años en Cuba. En la Gran Antilla conoció a su esposa, natural de Holguín, con la que tuvo once hijos. En 1894 fue destinado al Ejército de Puerto Rico. Sus restos fueron exhumados con honores militares y repatriados a España en 1924.

³ Larrea, *El desastre nacional*, 1901, p. 100.

- ⁴ Rivero, *Crónica de la guerra*, 1922, p. 201.
- ⁵ Servicios, vicisitudes, guarniciones, campañas y acciones en que se ha hallado, s.l., 1898, en Archivo Histórico Militar del Alcázar de Segovia (en adelante AGMS), sin clasificación.
- ⁶ Ferrari, *La masonería al desnudo*, 1935, p. 152.
- ⁷ Rivero, *Crónica de la guerra*, 1922, p. 201.
- ⁸ Larrea, *El desastre nacional*, 1901, p. 95.
- ⁹ *Ibid.*, p. 98.
- ¹⁰ Rivero, *Crónica de la guerra*, 1922, p. 622.
- ¹¹ *Ibid.*, p. 622.
- ¹² *Ibid.*, p. 201.
- ¹³ *Ibid.*, p. 216.
- ¹⁴ *Ibid.*, pp. 622-623.
- ¹⁵ Larrea, *El desastre nacional*, 1901, p. 100.
- ¹⁶ Hojas de servicio, s.l., 1898, en AGMS, exp. Francisco Puig Manuel de Villena.
- ¹⁷ Rivero, *Crónica de la guerra*, 1922, p. 212.
- ¹⁸ *Ibid.*, p. 213.
- ¹⁹ *Ibid.*, p. 214.
- ²⁰ *Ibid.*, p. 623.
- ²¹ *Ibid.*, p. 203.
- ²² Hojas de servicio, s.l., 1898, en AGMS, exp. Francisco Puig Manuel de Villena.
- ²³ Hojas de servicio, s.l., 1898, en AGMS, exp. Ernesto Rodrigo Oteira.
- ²⁴ Rivero, *Crónica de la guerra*, 1922, p. 212.
- ²⁵ Hojas de servicio, s.l., 1898, en AGMS, exp. Ernesto Rodrigo Oteira.
- ²⁶ Larrea, *El desastre nacional*, 1901, p. 99.
- ²⁷ Rivero, *Crónica de la guerra*, 1922, p. 214.

El último combate contra el dominio español en Cuba y en América

Ángela Peña Obregón
Enrique Doimeadiós Cuenca

En febrero de 1895 tras un largo período de preparación, los cubanos iniciaron una nueva etapa de lucha armada contra España para obtener la independencia. A partir de ese momento, el gobierno de la metrópoli no escatimó esfuerzos ni recursos para conservar la colonia. Uno tras otro, barcos cargados de soldados arribaron a los puertos de la isla. Millares de jóvenes de las clases pobres de la península fueron enviados a Cuba a afrontar la muerte bajo el pretexto romántico de defender la integridad de la Madre Patria. En realidad, los obligaban a cruzar el Atlántico para proteger los intereses de una élite de funcionarios y comerciantes cuyos hijos se encontraban a buen resguardo de los campos de batalla.

Los gobernantes hispanos no vacilaron en aplicar una política de exterminio para liquidar la insurrección. Enviado a Cuba para acabar la guerra, Valeriano Weyler Nicolau, marqués de Tenerife, fue el artífice de una reconcentración de los pobladores del campo en lugares fortificados que produjo decenas de miles de muertos civiles, víctimas del hambre y de las enfermedades.

En 1898, transcurridos tres años de lucha, el panorama de la isla era desolador. La economía estaba aniquilada. La guerra había llegado hasta los últimos confines de occidente destruyendo la producción agrícola, industrial y ganadera. En los campos de la mayor parte del país solo quedaban en pie pocas viviendas y habían desaparecido casi todos los animales domésticos. Las malas

hierbas se enseñoreaban en los terrenos que en otros tiempos fueron de cultivo. El hambre y la deficiente alimentación gravitaban sobre la mayoría de la población cubana. Tres años de guerra habían dejado casi exhaustas las arcas españolas y contrariamente a lo que hubiera podido pensarse, la insurrección continuaba a pesar de la muerte de dos de los principales adalides independentistas, José Martí y Antonio Maceo. Importantes personalidades reconocían en las cortes españolas que, para esa fecha, en el oriente cubano el ejército colonialista solo era dueño del terreno materialmente pisado por sus tropas. La política de emplear hasta el último hombre y la última peseta en su afán de conservar a Cuba, preconizada desde inicios de la contienda, ya no era sostenible para España.

Por otra parte, en Estados Unidos se alzaban voces a favor de la terminación de la guerra que desangraba a la mayor de Las Antillas. Muchas personas honestas simpatizaban con la idea de que Cuba obtuviera su independencia. Otros, siguiendo caminos más torcidos, querían lograr el fin del dominio español sobre la isla vecina para afianzar allí sus propios intereses. Una intensa propaganda de la prensa preparaba los ánimos para una intervención norteamericana en la guerra de Cuba. Dos acontecimientos precipitaron la intervención militar: la explosión del vapor Maine en la bahía de La Habana y la publicación de una carta del embajador español en Washington en la que este se refería de manera poco respetuosa sobre el presidente William Mackinley. Ambos hechos, ampliamente divulgados por la prensa desencadenaron un conjunto de acciones que culminó con la declaración de guerra de Estados Unidos a España en abril de 1898.

El desembarco de las tropas norteamericanas de intervención se produjo en los alrededores de Santiago de Cuba con el apoyo de tropas cubanas al mando de Calixto García, lugarteniente general del Ejército Libertador. La participación de los cubanos en el asedio a la ciudad de Santiago y en los combates que se desarrollaron hasta lograr la rendición de esa plaza —la segunda en importancia en la isla—, fue muy valiosa; sin embargo, el mando

militar norteamericano no permitió la entrada de los mambises¹ a la ciudad, hecho que motivó la conocida carta de protesta de Calixto García ante el jefe de las fuerzas interventoras.

Al rendirse Santiago de Cuba capituló también todo su distrito militar, pero no el de Holguín, que constituía un mando independiente dentro de la misma provincia. Una vez presentada formalmente su protesta, Calixto García marchó con el grueso de sus fuerzas hacia la zona de Jiguaní y desde allí se encaminó a la región de Holguín, con el propósito de seguir combatiendo contra los españoles. Acercándose a esta ciudad, estaba acampado en Cacocum el 29 de julio de 1898 cuando recibió la noticia de que Gibara había sido abandonada por los españoles y estaba ocupada desde el día 25 por tropas mambisas. En la madrugada del siguiente día levantó el campamento y a marchas forzadas se dirigió hacia esta población portuaria. A las cuatro de la tarde del 30 de julio Calixto y su Estado Mayor entraron a Gibara, donde fueron recibidos cordialmente.

Para los cubanos que ocupaban la Villa y sus alrededores se presentaba un escenario complejo descrito en parte por Calixto en carta a su esposa al decirle: “Imagínate mi situación al llegar aquel 30 pasado y encontrarme con un pueblo lleno de viruela, un hospital con 600 soldados españoles y el disgusto general por algunas pequeñas faltas cometidas antes de mi llegada. Además tenía al General Luque² con 12 mil hombres a cinco leguas y yo apenas tenía 1 000 que oponerle”.³

Al abandonar Gibara, el ejército español dejó a los soldados enfermos en el hospital y a las familias de los oficiales en sus respectivas viviendas. El último comandante militar hispano de la plaza, al evacuarla entregó al vicecónsul de Portugal en Gibara una carta dirigida al jefe de las tropas mambisas que entraran a la Villa, en la cual mostró la confianza que tenía en la conducta del Ejército Libertador. En ella escribió: “Conociendo los sentimientos generosos y nobles de los cubanos, apelo a los artículos de la Convención de Ginebra y os

confió a nuestros heridos, nuestros enfermos y nuestras familias. Carlos Moreno, coronel”.⁴

También permanecieron en la población numerosos miembros de las guerrillas y de los cuerpos de voluntarios locales y, además, muchos comerciantes españoles, quienes podían tener armas ocultas. En la citada carta a su esposa Calixto García expresó: “Como era preciso demostrar a esa gente que no temíamos a Luque, me quedé solo en el pueblo con 30 hombres y con ellos estuve como 15 días”.⁵ No obstante, fue previsor, pues a continuación de lo anteriormente citado escribió: “Hice venir fuerzas desde Las Tunas y ya pude reunir unos dos mil hombres, lo que vino bien, pues el 16 parece que avisaron a Luque de mi posición y se me echó encima atacando Auras”.⁶

El historiador gibareño Andrés Avelino Pascual Mariño recogió en sus *Memorias* que el mando español de Holguín estuvo al tanto de lo que ocurría en la Villa, porque uno de los oficiales de su inteligencia militar, Ramón Barbat y Barnet, quien permaneció en Gibara, aprovechaba toda oportunidad que se le presentaba para enviar información al general Luque. Para esto se valía de algunas personas a las que el cuartel general cubano autorizaba a pasar a la vecina ciudad por motivos particulares. Con ellas Barbat enviaba sus mensajes bajo la inocente fachada de cartas familiares, pero conteniendo información en clave que era de utilidad para los militares españoles.⁷

La salida de tropas colonialistas de Holguín y su avance por el camino del Real Puerto de Gibara de ninguna manera tomó por sorpresa a los cubanos. Calixto García había tomado medidas para protegerse de cualquier intento español de recuperar la pequeña ciudad portuaria. En ese sentido, el día 7 de agosto citó por teléfono a los generales Fera y Capote, que se encontraban en Auras, para una conferencia reservada.⁸ Exploradores mambises observaban constantemente los movimientos de las tropas españolas que guarnecían Holguín. Entre Auras, Cantimplora, La Jandinga y otros poblados de la comarca y el Cuartel General del Ejército Libertador, ubicado en Gibara, se mantenía una continua comunicación telefónica. Los regimientos *Holguín* y

Oriente, a las órdenes de Luis de Feria; y *Martí y Ocuja*, comandados por José Manuel Capote, estaban en permanente alerta frente a las últimas avanzadas españolas en Aguas Claras, preparados para enfrentar cualquier avance del ejército español. La situación era tensa.

El día 13 de agosto llegaron a Gibara rumores de que se había acordado el cese de las hostilidades entre España y los Estados Unidos. El periódico *El Porvenir* de la Villa publicó el día 14 una edición en papel rosado que repartió gratis, haciéndose eco de esa información, aunque aún no había confirmación oficial al respecto.²

Cuando en la mañana del 16 de agosto las tropas españolas acantonadas en Holguín salieron de la ciudad y avanzaron por el camino de Gibara encontraron resistencia por parte de las fuerzas cubanas comandadas por Luís de Feria y José Manuel Capote. Los españoles avanzaban bajo el mando del coronel Salcedo. Se trataba de una columna integrada por tres batallones de infantería que disponía, además, de artillería y caballería.¹⁰ El soldado español José Mouré Saco refiriéndose al avance de estas tropas por el camino entre Aguas Claras y Auras anotó en su diario:

El inteligente jefe que mandaba esta columna que puede llamarse de conquista, la dividió en tres, precavido ya de lo que le esperaba, alejándose dos Batallones por derecha e izquierda sucesivamente, quedándose otro en centro para proteger la Artillería que seguía al frente y con la intención de caer por tres distintos lugares y a un mismo tiempo sobre el pueblo que habían de tomar.

Las huestes revolucionarias sabedoras de que una columna marchaba sobre ellas, se prepararon para la defensa y aun más, para hacerla retroceder a toda costa, aglomerándose las más fuertes masas sobre las del centro que era la que ellos creían única. Esta seguía lentamente cual si no tuviese interés disparando solamente la Artillería desde larga distancia para no exponer al soldado a los proyectiles del enemigo y marchando a medida que los cañones derribaban los fuertes que por las orillas de la vía férrea había, que servían antes para su custodia, donde los rebeldes se sepultaban al no abandonarlos pronto, bajo sus piedras.¹¹

La marcha de los españoles fue lenta, pero persistente. La superioridad numérica, y la ventaja que representaba la artillería, fueron determinantes. Varias horas más tarde la columna llegó a las inmediaciones del pueblo de Auras, punto medio del camino entre Holguín y Gibara. Allí la lucha se recrudeció, pero los mambises que ocupaban la población fueron sorprendidos por el fuego de los batallones que protegían los flancos del núcleo principal, los que atacaron también al poblado en operación combinada. Ante el empuje enemigo los cubanos se retiraron desalojando Auras que fue inmediatamente ocupada por los españoles.

Esta fue la última ocasión en que se produjo la toma de un pueblo en la guerra de independencia de Cuba, y aunque pudiera suponerse lo contrario, fueron las tropas españolas y no las cubanas, quienes lo tomaron y quedaron dueñas del lugar.

El movimiento de esta fuerte columna hispana que salió de Holguín por el camino de Gibara aún hoy constituye un misterio para muchos investigadores. Desde el 24 de julio los españoles habían evacuado la villa portuaria ante la amenaza de barcos de guerra norteamericanos situados frente a la población. El 16 de agosto Gibara estaba ocupada por tropas del Ejército Libertador cubano y en la bahía se encontraba el barco norteamericano Nashville provisto de moderna y eficiente artillería.¹² Las características físico-geográficas del territorio que debían atravesar las tropas españolas para llegar al puerto dificultaban sobremanera su avance, máxime si se tiene en cuenta que debían hacerlo combatiendo contra enemigos decididos y bien parapetados. En el último tramo de unos seis kilómetros que antecede a la villa de Gibara, se encuentra el ineludible y difícil paso del río Cacoyugüín y luego un trecho de camino escabroso perfectamente defendible desde las pequeñas elevaciones calizas de las Lomas de Cupeycillos. Cualquier intento de recuperar la población portuaria solo podría hacerse a costa de la pérdida de muchos hombres. Todo parece indicar que el objetivo del general Agustín Luque Coca, jefe militar de Holguín, era ampliar el territorio que dominaban sus tropas,

avanzando sobre las zonas de cultivos de Auras y Gibara, donde era posible obtener provisiones de boca, que iban escaseando ya en la ciudad, en la cual se habían concentrado más de doce mil militares españoles. No obstante, si nos atenemos a la información disponible, tanto los soldados que integraban la columna de Salcedo, como los mambises que le ofrecieron resistencia expresaron que el objetivo que perseguían los españoles era recuperar Gibara.

Mientras se combatía en los alrededores de Auras en la villa de Gibara se vivían momentos de inquietud extrema. Tan pronto como tuvo aviso del avance español desde Holguín: “El general García ordenó a su jefe de Estado Mayor coronel Collazo de que en la cigüeña¹³ saliera de Gibara y por teléfono lo tuviera al corriente de los movimientos de la columna, habiendo marcado el coronel Collazo la marcha del enemigo”.¹⁴

Por su parte, Luís de Feria Garayalde “situó a uno de sus ayudantes, teniente Leopoldo García Feria, en la estación de ferrocarril de Auras y este oficial comunicaba por teléfono al cuartel general de García la marcha del combate que duró más de 5 horas”.¹⁵ Fue esta la única ocasión en las guerras de independencia de Cuba en que el Ejército Libertador empleó el teléfono en función del mando durante el desarrollo de un combate.

Entre los habitantes de la villa portuaria circulaban rumores. El aviso de la ofensiva hispana produjo una gran alarma por haberse dicho que la columna española de Holguín se dirigía a Gibara para atacarla. Carlos Muecke, oficial mambí de procedencia norteamericana que se encontraba en el puerto a las órdenes de Calixto García anotó en su diario ese día:

La noticia de que el general Luque nos atacaría en Gibara produjo una gran alegría entre los españolistas del pueblo, exvoluntarios, guerrilleros y demás simpatizadores [...] Se decía que los vecinos de Auras habían hecho fuego desde el interior de sus casas, habiéndose reportado que muchos cubanos habían sido muertos por la espalda, mucho antes de que los españoles entraran al pueblo.¹⁶

Entre los elementos afines a España que habían quedado en la villa se estaba gestando una conspiración para apoyar el regreso de las tropas

españolas.¹⁷ Para afrontar esta difícil situación Calixto García decidió actuar con energía. Carlos Muecke recogió en el citado Diario que: “La gente de Gibara recibió la indicación de que si el pueblo era atacado por las fuerzas españolas y cualquier simpatizante de España tiraba a nuestros hombres desde las casas, el pueblo sería quemado y destruido y además todo el que fuera visto disparándole a las fuerzas cubanas sería ahorcado sin previo juicio”.¹⁸

Estas advertencias ampliamente divulgadas, además del allanamiento de numerosos domicilios de españoles y sus simpatizantes en busca de armas ocultas y la puesta en prisión de los más recalcitrantes simpatizadores de la causa colonialista que permanecían en la Villa, frenaron los ímpetus de los conspiradores.

Los militares españoles habían detenido su avance en Auras, donde eran hostilizados constantemente por los mambises. Según escribió Constantino Pupo en la biografía de Luis de Feria Garayalde: “Frente al cementerio de Auras, precisamente en el lugar donde cayera fusilado el Lic. José Justo Aguilera en 1869 se bate valientemente el general Feria y contiene al enemigo; allí detiene su ofensiva el General Luque y las fuerzas cubanas, en previsión de que la columna española reanudara su ofensiva se sitúan en forma escalonada entre Auras y Gibara”.¹⁹

Según el capitán del Ejército Libertador Aníbal Escalante: “El general Luque tenía ante sí la mayor complicación de su vida, La noche del 16 y todo el día 17 estuvieron recibiendo los españoles un tiroteo constante por parte de las fuerzas que lo rodeaban por todos lados”.²⁰

En las anotaciones correspondientes al 17 de agosto del diario de Carlos Muecke se expresa: “Un determinado número de soldados de nuestras tropas fue comisionado para quemar todos los fuertes españoles y todos los fortines que hubiera a lo largo del ferrocarril o camino de Auras a Gibara”.²¹

En la tarde del 17 de agosto Calixto García salió a supervisar las defensas de las Lomas de Cupeycillos, lugar por donde debía transitar la columna del coronel Salcedo si insistía en recuperar Gibara. Desde allí vio acercarse al

puerto un barco de guerra español que traía bandera de parlamento. Se trataba del crucero Infanta Isabel que venía con pliegos para el general Luque ordenando el cese de hostilidades. El comandante del Nashville vino a tierra y confirmó la noticia.²²

El 18 en la mañana marchó a Holguín una comisión compuesta por el Teniente Coronel Alfredo Arango del Ejército Libertador, un oficial norteamericano del buque Nashville y un oficial español del Infanta Isabel, para comunicar autorizadamente el tratado que ponía fin a la guerra. El suboficial mambí Alfredo Leyva Díaz describió la marcha de esa comisión frente a los soldados de su regimiento acampados en Arroyo Blanco:

Una vez formadas todas las unidades mambisas en la carretera se presentó ante nuestras filas la comisión integrada por tres jefes, uno del Ejército Español, otro del Ejército Americano y un tercero del ejército cubano [...] Después de los honores hechos a la comisión, esta continuaría viaje hasta Auras y Holguín, quedando nosotros en espera de órdenes; pero sin volver a la improvisada trinchera, ya que desde ese momento no sonó un tiro más por la Independencia de la Patria; siendo en mi concepto, Auras, el último lugar de la República en que se derramara sangre cubana y española, durante la contienda por la libertad [...].²³

Mientras que desde el campo español se vio así la llegada de esta comisión de paz:

Nos estábamos preparando en este poblado (Auras) para seguir como estaba proyectado la conquista hasta Gibara. Llamó la atención de nuestra avanzada ya convertida en vanguardia, un grupo de cinco hombres que con distintos uniformes y una bandera blanca; bajaban por la vía férrea a encontrarse con nosotros. Al interrogarles; manifestaron que querían hablar con nuestro jefe y que eran como se veía; un oficial de la marina Americana, otro del Infanta Isabel [buque español], un delegado de las huestes revolucionarias Cubanas y dos marineros, americano y español respectivamente. Estos al avistarse con nuestro jefe [coronel Salcedo] presentaron además de su palabra, los documentos que certificaban el santo hecho de PAZ.

La halagadora noticia corrió como el relámpago, lo mismo en las filas Españolas que en el campo rebelde, noticia que también había interés en transmitir para que no hubiese más colisiones.²⁴

El mismo soldado español anotó en su Diario:

El hecho de armas que antecede: tal vez el último que registren los anales de la revolución Cubana, lo mismo que el definitivo y último de los Españoles en este nuevo mundo por ellos descubierto y

para desastroso fin; combate ocasionado por la ignorancia de los hombres, puesto que a ningún fin conducía más que al desastre y también por la falta de comunicación que hicieron derramar tanta sangre de hermanos después de estar declarada la paz desde el 12 del mes que rige [...].²⁵

Y el subteniente mambí Alfredo Leyva Díaz calificó esta acción de armas como: “un combate que estimo, siempre injusto e innecesario, porque, él no habría de alterar el resultado de la lucha, ya decidida después a de la toma de Santiago de Cuba”.²⁶

En cuanto a las bajas que tuvieron ambos contendientes, José Mouré Saco expresó: “De este combate tal vez el último de la guerra de Cuba resultaron tres muertos y diez heridos españoles y treinta y seis entre muertos y heridos de los rebeldes, comprobado por ellos mismos al siguiente día”.²⁷

En carta dirigida a Máximo Gómez, general en jefe del Ejército Libertador, Calixto García desde Gibara, le comunicó lo ocurrido en estas últimas acciones bélicas de la guerra del 95. A continuación el texto íntegro de dicha carta:

Gibara, agosto 23 de 1898

Al general en Jefe del Ejército libertador de Cuba, Mayor General Máximo Gómez.

En la mañana del 16 de los corrientes una columna enemiga de las tres armas salió de Holguín y avanzó por el camino de Gibara. Las fuerzas de que disponía fueron colocadas por los generales Feria y Capote de la siguiente manera: los regimientos ‘Oriente’ y ‘Holguín’ frente a Aguas Claras, cubriendo el flanco izquierdo de la posición y mandados por el General Feria, mientras que el General Capote con los regimientos ‘Martí’ y ‘Ocuja’ cubría el centro y el flanco derecho. El enemigo avanzó con decisión flanqueando por derecha e izquierda hasta posesionarse de todas las alturas, teniendo que retirarse nuestras fuerzas después de cinco horas de combate con más de 30 bajas por nuestra parte.

Dispuse enseguida que las tropas ocuparan el camino de Auras a Gibara y ordené que a toda prisa se llamase a los regimientos ‘Tunas’ y ‘Federación’, mientras el que el coronel Carlos García con fuerzas de ‘Ocuja’ ocupaba el embarcadero de Chapman y el coronel Rodríguez con el regimiento ‘Holguín’ apoyaba esas fuerzas cubriendo el flanco derecho. El General Capote se situó en Cantimplora y el General Feria en Arroyo Blanco en espera del avance enemigo, pero este, que había sufrido muchas bajas para apoderarse de Auras, se hizo fuerte en esta población y pidió refuerzo a Holguín. Mandé que las fuerzas de infantería hostilizaran día y noche al enemigo y así se hizo, sin que este avanzase un paso.

El 18, en momentos en que recibía dos piezas de artillería para atacar las posiciones enemigas recibí una comunicación del capitán Maynard, Comandante del buque de guerra americano Nashville transcribiéndome la proclama del presidente Mckinley haciendo conocer la suspensión de hostilidades, por lo que determiné mandar a retirar mis fuerzas y en esa situación sigo, estando el general Luque que manda la división española de doce mil hombres entre Holguín y Auras, sin poder moverse de ese lugar.

De acuerdo con el jefe americano, he concedido pase a varios oficiales para ir a La Habana y comunicar al General Blanco la mala situación en que se encuentran y hoy he permitido que les lleven raciones en el ferrocarril que he permitido también componer.

Mañana se celebrará una entrevista entre los generales Feria y Luque para acordar los puestos que deben ocupar las fuerzas hasta el abandono definitivo de la isla de Cuba.

Felicito a usted, General en Jefe por la terminación de la guerra que ha de dar la independencia a mi querida Patria.

Soy de usted con la mayor consideración

*Calixto García*²⁸

El viejo general holguinero de las tres guerras había librado los últimos combates contra el dominio español en Cuba y tuvo conciencia de ello cuando escribió a su esposa: “He sido el último que ha peleado por Cuba, pues ya firmada la suspensión de hostilidades desde el día 12 no creo que dejen de saberlo en occidente”.²⁹

Aunque el futuro se presentaba incierto, cubanos y españoles se alegraron del fin de la contienda.

Fuentes

ARCHIVOS

ACNCG Archivo de la Casa Natal de Calixto García, Holguín.

AMMG Archivo del Museo Municipal de Gibara, Gibara.

BIBLIOGRAFÍA

Abreu Cardet, José y Elia Sintés Gómez, *Calixto García: pensamiento y acción militares*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1996.

Castellanos García, Gerardo, *Hacia Gibara: notas e impresiones*, La Habana, Seoane y Fernández, 1933.

Collazo, Enrique, *Los americanos en Cuba*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1972, (Centenario/Instituto Cubano del Libro).

Escalante Beatón, Aníbal, *Calixto García Íñiguez: su campaña en el 95*, t. II, La Habana, Ediciones Verde Olivo, 2001.

Muecke Bertel, Carlos, *Patria y libertad, en defensa del ejército libertador de Cuba como aliado de los americanos en 1898*, Camagüey, Ramentol and Boand, 1928.

Pupo Aguilera, Constantino, *Patriotas holguíneros*, Holguín, s.e., 1956.

¹ Se llamaba mambises a los cubanos que luchaban por la independencia.

² Se trataba del general Agustín Luque Coca, último jefe militar español de Holguín.

³ Abreu y Sintés, *Calixto García*, 1996, pp. 244-245.

⁴ Collazo, *Los americanos en Cuba*, 1972, p. 85.

⁵ Abreu y Sintés, *Calixto García*, 1996, pp. 244-245.

⁶ *Ibid.*

⁷ Memorias de Andrés Avelino Marino, en Archivo del Museo Municipal de Gibara (en adelante AMMG), Miscelánea, documento mecanografiado, s.f.

⁸ Copia del diario de operaciones de Calixto García realizada por Cosme de la Torriente, en Archivo de la Casa Natal de Calixto García (en adelante ACNCG), Centro de Información, s.f.

⁹ Muecke, *Patria y libertad*, 1928, p. 220.

¹⁰ Mouré, *1102 días*, 2001, p. 138.

¹¹ *Ibid.*

¹² El Nashville era un cañonero de 220 pies de eslora y 38,5 pies de manga con máquinas de 1750 caballos de fuerza. Desarrollaba una velocidad de 14 nudos y su armamento consistía en 16 cañones y un tubo lanzatorpedos. Su tripulación se componía de 169 hombres.

¹³ En Gibara se conocía como “la Cigüeña” a una pequeña locomotora de vapor que se empleaba usualmente como medio de transporte por las brigadas que reparaban las vías.

- ¹⁴ Copia del diario de operaciones de Calixto García realizada por Cosme de la Torriente, en ACNCG, Centro de Información, s.f.
- ¹⁵ Pupo, *Patriotas holguineros*, 1956, p. 150.
- ¹⁶ Muecke, *Patria y libertad*, 1928, p. 221.
- ¹⁷ Castellanos, *Hacia Gibara*, 1933, p. 279.
- ¹⁸ Muecke, *Patria y libertad*, 1928, p. 221.
- ¹⁹ Pupo, *Patriotas holguineros*, 1956, p. 156.
- ²⁰ Escalante, *Calixto García*, 2001, p. 323.
- ²¹ Muecke, *Patria y libertad*, 1928, p. 221.
- ²² Memorias de Andrés Avelino Marino, en AMMG, Miscelánea, documento mecanografiado, s.f.
- ²³ Subteniente mambí Alfredo Díaz a José Fernández Márquez, director de la Academia Superior Martí, Gibara, 25 de septiembre de 1943, en AMMG, Fondo Miscelánea, exp. N. 4/178
- ²⁴ Mouré, *1102 días*, 2001, p. 138.
- ²⁵ *Ibid.*
- ²⁶ Subteniente mambí Alfredo Díaz a José Fernández Márquez, director de la Academia Superior Martí, Gibara, 25 de septiembre de 1943, en AMMG, 25 de septiembre de 1943
- ²⁷ Mouré, *1102 días*, 2001, p. 138.
- ²⁸ Escalante, *Calixto García*, 2001, p. 339.
- ²⁹ Abreu y Sintés, *Calixto García*, 1996, pp. 244-245.

Lo invisible en la guerra hispano-cubano-americana

Arlene J. Díaz ¹

En octubre de 1895, el joven de 26 años, Sylvester Scovel, llegó a la isla de Cuba “sin entrenamiento periodístico, sin ningún conocimiento del español, y sin un guía”.² Cual héroe del romanticismo típico de la época, el intrépido Scovel llegó hasta el campamento de la insurgencia cubana localizado en la parte centro-oriental de la isla. En noviembre de ese mismo año conoció personalmente a los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo. Su osadía le redituó beneficios. En enero de 1896, durante una visita a La Habana, un oficial del consulado de Estados Unidos lo conectó con el gran editor del periódico *The New York World*, Joseph Pulitzer, quien le ofreció 20 dólares por columna. La contratación le abrió las puertas de la Casa Blanca. En abril de 1897, tuvo una reunión con el presidente McKinley; a su perfil de corresponsal se sumó el de informante del gobierno de Estados Unidos. En el otoño de ese mismo año, Scovel fue enviado con premura a Cuba. Tenía una misión del presidente: conocer más a fondo la opinión del general Máximo Gómez sobre la posible otorgación de la autonomía a Cuba por el gobierno español. Poco antes de salir hacia la isla para reunirse con Gómez, Scovel se encontró, en Nueva Jersey, con el almirante de la marina estadounidense William T. Sampson. Pocos días después, el 23 de diciembre, entrevistaba al general Gómez en la manigua cubana.

Espía y corresponsal de guerra, Scovel es un ejemplo concreto de cómo operó uno de los artilugios que el gobierno de Estados Unidos utilizó para

manufacturar la opinión pública con respecto a la guerra entre España y Cuba.

El primer objetivo de este texto es demostrar las maneras en que el gobierno recopiló información y opinión sobre la situación cubana, lo cual fue clave para ir ajustando su posicionamiento tras el estallido de la guerra de independencia en 1895 y comunicar al país a través de los periódicos de Joseph Pulitzer. El segundo es entender la función y los mecanismos de operación de lo invisible en esta guerra y su efecto en la producción y reproducción de ciertas narrativas históricas y silencios sobre la guerra. El tercero es considerar el papel crucial que tuvo la guerra en Cuba como laboratorio para estructurar un Estado estadounidense moderno, especialmente en lo tocante al poder ejecutivo. El éxito de la labor de Scovel —y su jefe militar Pulitzer— selló lo que es hasta hoy en día una relación estrecha entre la prensa y la Casa Blanca, —con altas y bajas— así como la incorporación formal de tecnologías y cuerpos especializados en información y vigilancia como, por ejemplo, un servicio secreto en la sede presidencial desde 1908. En otras palabras, con esta guerra se afirmó un andamiaje clave para un Estados Unidos, expansionista y global, que persiste hasta el presente.³

Muy poco se ha escrito sobre la función del espionaje a favor de Estados Unidos en la guerra de 1898.⁴ El incidente más conocido donde se deja entrever las labores de los agentes secretos es cuando el teniente Andrew S. Rowan le llevó un mensaje clandestino al general cubano Calixto García el 1 de mayo de 1898, en preparación al desembarque de las tropas estadounidenses en Cuba.⁵ El famoso evento que forma parte de la narrativa de Estados Unidos sobre la guerra, encaja dentro de la idea de que el involucramiento estadounidense en Cuba se limita al año de 1898 y que la guerra “fue un accidente, un conflicto en el cual Estados Unidos involuntariamente se tropezó con resultados totalmente imprevistos”.⁶ La guerra, desde esa óptica, fue precipitada por la explosión del *uss Maine* el 15 de febrero de 1898 en la bahía de La Habana, y fue impulsada por una opinión pública “a favor de la humanidad” por el pueblo cubano y en contra de una “España cruel y

retrógrada”. Siguiendo el argumento presentado por Louis A. Pérez, Jr. en su libro, *The War of 1898*, mucha de la historiografía estadounidense se ha limitado al uso de fuentes generadas en su propio país, las cuales se han utilizado para auto validar la identidad de Estados Unidos como nación moderna —y de nobles sentimientos—, poderosa y en expansión desde 1898.⁷ El uso y desarrollo de un aparato de agentes secretos al servicio del gobierno, no cabe dentro de esa narrativa.⁸ Esto pudiera explicar por qué la investigación sobre el espionaje estadounidense en esta guerra no ha generado el interés que merece, si bien la participación de espías en la guerra no sorprende.²

Seguirle la pista al espía corresponsal de guerra Sylvester Scovel es seguir a una de varias “agujas” que hilvanan pedazos de tela de colores y texturas diversas de lo que sería el complejo telón de fondo; es decir, el contexto, que llevaría al gobierno de Estados Unidos a intervenir en una guerra ajena. Como muestra de este complejo proceso, este ensayo analiza las narrativas que organizan dos textos derivados del encuentro entre Scovel y el general Máximo Gómez entre diciembre de 1897 y enero de 1898. Los textos son las notas que Scovel escribió sobre su entrevista con el general Gómez en su libreta de apuntes en su calidad de espía, y el artículo de prensa que publicó a principios del 1898 en el periódico *The New York World*, también conocido como *The World*. El análisis de los textos y sus narrativas significantes se nutre de los informes de otros espías estadounidenses algunos al servicio de España y que circulaban por el Hotel Inglaterra de La Habana. Junto con otras fuentes cubanas, españolas y estadounidenses, nos ayudan a enlazar las costuras invisibles y visibles de la guerra de 1898.

Para extraer los temas centrales en estos documentos, hemos utilizado nuevas herramientas provistas por las humanidades digitales. En particular hemos adoptado métodos de la lingüística de corpus para identificar las concordancias y las frecuencias en las palabras de un texto. Una de las técnicas que utilizamos, “Topic Modeling”, permite medir la frecuencia en el uso de ciertas palabras o conjunto de palabras o familia de palabras que son

estadísticamente significativas y que tienden a aparecer juntas. La lista de palabras relacionadas que “Topic Modeling” genera ayuda a identificar los grandes temas en el contenido global de un texto.¹⁰ Otras técnicas nos permiten leer cómo una palabra es utilizada a nivel de la oración, indicando las palabras que preceden y anteceden a esa palabra clave. Estudiar estas colocaciones y concurrencias hace posible apreciar a nivel más específico el punto de vista y argumento del autor. Así, estas técnicas de la lingüística de corpus nos facilitan tanto una “radiografía lingüística” amplia de un texto, así como una mirada de sus componentes más específicos. Con estas herramientas podremos examinar los elementos que constituyen el discurso en los textos que analizamos y cómo contribuyen a constituir y transmitir conocimiento.¹¹

Los resultados obtenidos por medio de técnicas utilizadas en la lingüística de corpus fueron sometidos posteriormente a un análisis crítico de discurso. Nos ha sido útil la propuesta Ruth Wodak para estos propósitos. Esta autora organiza su análisis preguntando cómo se construyen los sustantivos claves en las oraciones; es decir, qué significado acarrear. Se pregunta, además, si esos significados se utilizan positiva o negativamente, cómo se justifica tal clasificación, y cómo se posiciona el emisor para favorecer tal punto de vista. La metodología de Wodak dialoga con las propuestas de Roland Barthes, en torno a la atención del lenguaje como un sistema de signos que comunican ciertos significados y connotaciones, así como su rol en la creación de mitos, maneras de pensar sobre la gente, los lugares o las ideas que son estructurados para enviar cierto mensaje al lector.¹² Barthes nos permite entender, como apunta Jonathan Bignell, que un mito “no es un lenguaje inocente, pero uno que recoge un signo que ya existe junto con sus connotaciones y los ordena de cierta manera para que juegue una cierta función particular”. Es decir, los mitos “son utilizados para comunicar un cierto mensaje social y político sobre el mundo”, muchas veces de maneras insospechadas y ocultas, lo que nos permite apreciar cómo se libran guerras en el ámbito del uso de las palabras y de los visuales que acompañan.¹³

Por supuesto, sería imposible analizar y entender la “radiografía lingüística” de los textos que nos ocupan, sin un contexto dónde ubicarlos y los referentes a los que remiten.

El giro de 1897

En 1897 se consolidó la relación de Scovel con el gobierno de Estados Unidos y su popularidad como corresponsal de *The World*. Las autoridades españolas finalmente dieron con Scovel quien era buscado por reunirse con los rebeldes, entre otros cargos capitales, por lo que fue encarcelado en Sancti Spiritus en febrero de 1897. Esta estancia carcelaria fue muy distinta a encarcelamientos anteriores. El agente consular de Estados Unidos, Rafael Madrigal, y su esposa, le amueblaron su celda y le brindaron comida regularmente. Además, Pulitzer sacó mucho provecho de su encarcelación al exagerar el acontecimiento con el propósito de atraer lectores a su periódico. Como resultado, Scovel recibió cartas, regalos y visitas de admiradores y admiradoras tanto en Cuba, así como de las oficinas del periódico en Nueva York. Incluso, el Congreso de Estados Unidos se vio en la necesidad de presionar al gobierno español por la liberación del corresponsal. En marzo de 1897, Scovel regresó a Nueva York, pero la dificultad de obtener su excarcelación y el hecho de que fuera escoltado hasta su salida de la isla, perjudicó a otros corresponsales quienes fueron tratados con gran sospecha en Cuba.¹⁴

Pulitzer se vio en la necesidad de asignarle a Scovel otros proyectos periodísticos fuera de la isla caribeña al menos por un periodo de tiempo. Primero lo envió a Grecia a cubrir la guerra con los turcos. Luego, le ofreció una posibilidad de ascenso al ser enviado como corresponsal a cargo de Europa para *The World* con sede en Londres. En lo que esto ocurría, fue enviado de Grecia a Madrid con la expectativa de conseguir una entrevista con el primer ministro español Cánovas del Castillo. Esto no ocurrió debido a la reputación de Scovel entre los españoles como agente de la insurgencia cubana. Para entonces, Pulitzer cambió de parecer y, puesto que no había grandes historias

que cubrir en Europa —además de que Scovel era simplemente muy valioso como corresponsal para mantenerlo en una oficina—, ordenó su regreso a Nueva York. De allí fue enviado a Alaska en agosto de 1897, donde recién casado y en compañía de su esposa, Frances, cubrió las noticias sobre las minas de oro de Klondike. Sólo duró poco más de cinco semanas en Alaska porque fue enviado de vuelta a Nueva York. Tenía una nueva misión en Cuba.¹⁵

Para el otoño del 1897, la guerra en Cuba había tomado nuevos giros, cuatro de los cuales son claves, a nuestro entender. Primero, tras el asesinato del primer ministro español Cánovas del Castillo en agosto del 1897, la reina regente puso a Práxedes Sagasta, líder del Partido Liberal, al mando del gobierno español. Como opositor a las políticas de Cánovas y al manejo de la guerra en Cuba por el general Weyler, caracterizado por su represión y severidad, Sagasta dio un completo viraje a lo que había sido la política española hacia Cuba. Su estrategia fue ofrecer amplios poderes autonómicos para que los cubanos obtuvieran completo control de su gobierno local, incluyendo aranceles, educación, aduanas, obras públicas, entre otras. A su vez, España mantendría el control en lo concerniente a relaciones internacionales, aparato militar y naval, las cortes de justicia y relaciones entre iglesia y Estado. Cuba, tendría diputados en las cortes españolas para representar sus intereses. El plan autonómico respondía, tanto al fracaso de la política de mano dura de Weyler como a la presión que Estados Unidos venía ejerciendo desde comienzos de 1896.¹⁶ Como resultado, el nuevo capitán general de Cuba, Ramón Blanco y Erenas, buscó promover unas condiciones favorables para la aceptación de la autonomía por los cubanos. Esto incluyó una mejor relación con la prensa estadounidense. Scovel pudo entonces regresar a Cuba en unas circunstancias muy favorecedoras en el otoño de 1897.

Segundo, la guerra en Cuba había cambiado también en términos militares. La muerte del general Antonio Maceo en diciembre de 1896 no debilitó la capacidad de los insurgentes como esperaban los españoles. Por el contrario, en la zona occidental, los insurgentes seguían activos bajo el mando

de José María Rodríguez y Pedro Díaz. En la zona central de Las Villas-Cienfuegos, bajo el general en jefe Máximo Gómez, la insurgencia andaba libremente. Por último, en la zona Oriental y de Camagüey, con excepción de muy pocas ciudades bien protegidas por fuerzas españolas, estaba controlada por el general Calixto García. En agosto del 1897, el general García capturó Las Tunas, un probado bastión español, en gran parte gracias al uso de cañones de origen americano, Hotchkiss.¹⁷ La victoria evidenció que con equipo militar adecuado los mambises cubanos podían vencer a los españoles en muy poco tiempo. Los reclamos de los insurgentes en Cuba a los emigrados en Estados Unidos para que incrementaran el abastecimiento militar no se hicieron esperar.¹⁸

Tercero, la necesidad de suministros era una de las razones por la cuales la junta cubana de Nueva York insistía en que el gobierno de Estados Unidos reconociera formalmente a la beligerancia cubana.¹⁹ Desde el punto de vista de los revolucionarios en Estados Unidos, el reconocimiento solucionaría varios problemas claves. El estatus de beligerantes les ayudaría a dejar de ser vistos como una “turba” o “muchedumbre” y a obtener una identidad en derecho internacional como parte legítima del conflicto.²⁰ Algunos esperaban que tal reconocimiento les ayudaría a obtener préstamos y fondos para abastecer a la insurgencia en la isla. Tomás Estrada Palma, quien lideró el Partido Revolucionario Cubano luego del fallecimiento de José Martí en 1895, apostó por lograr este reconocimiento mediante sus actividades diplomáticas en Washington. Buscó el apoyo especialmente de congresistas y personas influyentes en el Congreso, así como de la prensa escrita para que ejercieran presión al gobierno del presidente Grover Cleveland (4 de marzo de 1893-4 marzo de 1897) y luego al de William McKinley (4 de marzo de 1897-14 de septiembre de 1901).

En cuanto a la prensa, la historiadora Kristin Hoganson, ha demostrado que los periódicos americanos aportaron una exitosa narrativa de gallardía a la hora de representar la situación en Cuba y la crueldad por parte de los

españoles. Hoganson argumenta que la representación textual y visual de Cuba en la prensa transmitía que mientras los cubanos luchaban por su independencia y sus hombres eran capaces de gobernar una nación, el gobierno español los deshonraba al mantenerlos en una posición de sumisión y de abuso de sus mujeres. Los españoles eran representados como hombres cuya hombría estaba basada en una herencia y legados antiguos y obsoletos, no en comportamientos que demostraran su valor como hombres. Recordemos que, en este momento, España tenía a la cabeza a una reina regente, María Cristina, pues el heredero, Alfonso XIII, era un niño, lo que significaba que España era gobernada por alguien que “no simbolizaba poder”, una mujer. Para la población de Estados Unidos amenazada por las sufragistas que buscaban el derecho al voto, tales representaciones evocaban el peligro de la feminización de la política.²¹ Implicaba esto que el apoyar a los insurgentes equivalía a “ayudar a los cubanos a obtener un gobierno propio; significaba ayudar a que los hombres tuviesen los derechos correspondientes a su sexo”.²² Sin duda, la representación metafórica de la guerra en Cuba como un duelo de gallardía recogía unas connotaciones de género que estaban muy a flor de piel para los americanos. Su resultado fue asistir a crear una predisposición favorable hacia los cubanos y su independencia y, obviamente, una oposición al poder colonial español.

Durante la década de 1890, la prensa de Estados Unidos adoptó nuevas técnicas de mercadeo para aumentar las ventas de sus periódicos. Los periódicos de William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer se hicieron famosos por sus noticias que llamaban la atención por ser insólitas, exageradas, y chocantes. Aparecía la “prensa amarilla”, nombre despectivo que otro editor utilizó para referirse a la estrategia de Hearst de crear atención por medio de noticias distorsionadas y muchas veces falsas con el objetivo de “robarse el show” y, de venderle al público lo que quiere.²³ Según John Maxwell Hamilton, tanto Hearst como Pulitzer “en vez de cubrir noticias sobre el gobierno, actuaban como si fueran parte del gobierno”.²⁴ Otros periódicos

siguieron la estrategia de Hearst y Pulitzer y apoyaron a los insurgentes cubanos. Inclusive, la prensa más conservadora, de acuerdo con el estudio de Hamilton, publicó tres veces más historias sobre Cuba que la misma prensa amarilla. Esta última favorecía a los cubanos y su independencia a razón de 6 a 1; mientras que en la prensa conservadora la proporción fue de 2.5 pro-cubana a 1 pro-española.²⁵

No es de extrañar que ya para enero de 1896 el comité de relaciones exteriores en el Senado de Estados Unidos tomase los primeros pasos para otorgar el reconocimiento a los cubanos como país beligerante, resolución que fue aprobada con 64 votos a favor y 6 en contra, luego aprobada por la Cámara de Representantes 247 a favor y 27 en contra. En resumen, el Congreso de Estados Unidos reconoció la beligerancia cubana y hasta propuso que el ejecutivo ofreciera su mediación para promover el fin de la guerra basada en la independencia de Cuba.²⁶ En abril de 1897 el Congreso, volvió a apoyar que se reconociera a Cuba como país beligerante si bien con menos apoyo que antes (41 a favor y 14 en contra). Todo esto indica que el nuevo presidente McKinley tenía ante sí una fuerte presión de la opinión pública y del Congreso para que se reconociese la beligerancia cubana.

Cuarto, mientras se daba este apoyo generalizado hacia los cubanos y su independencia, en mayo de 1897, más de 300 comerciantes, banqueros, fabricantes, y agentes de comercio del azúcar, y del tabaco, escribieron al secretario de Estado de Estados Unidos para que el gobierno hiciera lo necesario para acabar con la guerra en Cuba. La producción y el comercio se estaban viendo seriamente afectados por la guerra y le pidieron al presidente que se gestara una reconciliación entre las partes en conflicto.²⁷ Esta postura no era nueva, ya desde 1896 el rico comerciante, dueño de una prominente central azucarera en Cienfuegos, Edwin F. Atkins, venía cabildeando con Cleveland, y luego con McKinley para que se protegieran los intereses de los propietarios y grandes comerciantes estadounidenses en Cuba. Lo que era distinto ahora era la posibilidad de que el nuevo gobierno estadounidense

apoyase una beligerancia cubana conducente a la independencia. Al comienzo de su presidencia, McKinley, según Foner, escribió a su secretario de estado que su política en cuanto a Cuba estaría controlada por los intereses comerciales más que por cualquier simpatía con una “gente que luchaba por su libertad”.²⁸ Siguiendo las tendencias republicanas de su tiempo, la presidencia de McKinley dio prioridad a los grandes intereses industriales de Estados Unidos.

Tanto Cleveland como McKinley pusieron en claro que no aceptarían las resoluciones del Congreso sobre Cuba afirmando que esa prerrogativa recaía en el ejecutivo.²⁹ Varias razones explican que tanto los presidentes Cleveland como McKinley se resistieran a darle a Cuba tal reconocimiento. Según juristas de la época, no se podía reconocer a la isla como nación beligerante porque, al nivel del derecho internacional, “Cuba” no existía como nación.³⁰ Aceptar a los cubanos como beligerantes era aceptar que los insurgentes no estaban operando efectivamente bajo el control de España. Por lo tanto, España no podía responsabilizarse por cualquier daño a la propiedad o persona que los insurgentes pudieran causar a ciudadanos de países neutrales. Además, si Estados Unidos reconocía a los cubanos como beligerantes, aceptaba que no era parte neutral en el conflicto y España podía revisar en alta mar a los barcos comerciales con bandera estadounidense que iban a Cuba por si llevaban contrabando a los mambises. Esto claramente afectaría el intercambio comercial regular de los estadounidenses con Cuba, lo cual sería inaceptable para el gobierno y los empresarios. Como los cubanos insurgentes no controlaban los puertos ni tenían barcos, el otorgarle derechos como beligerantes a los cubanos beneficiaría más a España porque le ampliaba su derecho a intervenir en los navíos en alta mar, incluyendo las llamadas expediciones filibusteras.³¹

Otra razón de fondo, nutrida por los mismos estadounidenses con propiedades e intereses comerciales con Cuba, era la idea de que los cubanos no estaban preparados para un gobierno propio. Los mambises no seguían las reglas “ordinarias” de guerra por lo que eran presentados como bandidos que saqueaban las plantaciones. Esa estrategia de los insurgentes, destinada a afectar

los ingresos del gobierno español, destruía las riquezas del país —sin duda creaba terror entre los propietarios americanos— y fue utilizada para demostrar al resto del mundo que los cubanos no estaban listos para entender lo que constituía vivir civilizadamente en libertad. No eran disciplinados y no estaban uniformados y, aún, había un gran número de combatientes negros, muchos de ellos ex-esclavos por lo que había la posibilidad de que se desatara una guerra racial como aconteció en Haití en 1792. Los rebeldes eran vistos por los grandes intereses estadounidenses como destructores de la modernidad y el progreso, un contingente salvaje que amenazaba la civilización moderna.³² Este argumento consistentemente reiterado por los intereses comerciales en Cuba hacía eco de los argumentos esgrimidos por el gobierno español.³³

Según Foner, el ejecutivo nunca cuestionó la versión de los propietarios estadounidenses en Cuba aun con evidencia en su contra; más bien la opinión de los intereses comerciales en Cuba dirigieron su política exterior. Las administraciones de Cleveland, y luego la de McKinley, estaban impacientes porque el comercio con Cuba se estaba afectando y los propietarios en la isla estaban presionando para que el gobierno estadounidense pusiese punto final a la guerra.³⁴ En 1897, el presidente McKinley se encontraba ante una difícil coyuntura: los cubanos, con mejor abastecimiento podían acabar con el dominio español en la isla, a la vez que la opinión pública y el Congreso favorecían la independencia cubana. Por otra parte, los grandes intereses comerciales de Estados Unidos no apoyaban la independencia de Cuba, pero sí la otorgación de un gobierno autonómico por España. Cuando el gobierno español dio un viraje liberal en agosto de 1897 y abrió la posibilidad a la concesión de la autonomía para Cuba, la propuesta no fue aceptada para los insurgentes cubanos. Todos estos eventos y acontecimientos constituyen lo que llamamos el giro del 1897, lo cual se convirtió en una gran traba para lo que el presidente McKinley quería que fuera su política hacia Cuba. En estas circunstancias, Estados Unidos se tornó en un agente catalítico en el conflicto

cubano, —si bien de forma invisible— para beneficiar a los grandes intereses estadounidenses sin facilitar la independencia de Cuba, al menos en 1897.

Por un lado, una estrategia fue continuar presionando para que el gobierno español otorgara la autonomía a Cuba. Siendo esa la política que apoyaban los grandes intereses comerciales, McKinley tenía la esperanza de que esto promoviese la paz que los comerciantes e industriales buscaban. Ahora bien, para hacer esto factible se necesitaba que la insurgencia cubana aceptase el plan autonómico español cosa que ya, antes y de manera constante, los generales cubanos habían despachado contundentemente.³⁵ Por otro lado, el ejecutivo podría estar en aprietos con sus electores si no apoyaba la independencia cubana. Lograr esto requería lidiar con una opinión pública que favorecía la independencia cubana y que a la vez despreciaba a España y a los españoles. Era necesario, que no se hiciera nada que pudiera dar indicios de un reconocimiento de Cuba como nación beligerante, ya que, como hemos visto, esto no beneficiaba en nada a los intereses de Estados Unidos. Es en este contexto que se puede entender que darle un giro estratégico a la guerra por medio de redirigir la opinión pública, era una manera indirecta de lograr el apoyo ciudadano para que el presidente y su círculo inmediato de asesores alteraran el curso de la política exterior hacia Cuba. Pero, nuevamente, esto habría de realizarse de manera invisible.

Hasta ese momento el gobierno de Estados Unidos no había utilizado muchos espías en la guerra en Cuba, pero esto pronto cambió. El departamento de Marina, que llevaba un tiempo modernizándose y fortaleciendo su capacidad militar, nombró al comandante Arthur L. Wagner como jefe de su división de información militar en abril de 1897, curiosamente el mismo mes en que Scovel se entrevistó con el presidente McKinley. Wagner tenía más experiencia que sus predecesores en el uso de espías. Para el otoño del 1897, el tranque sobre la guerra en Cuba se agravó para el gobierno estadounidense y se hizo necesario obtener información en la isla para uso estratégico. De ahí que se buscara a alguien que proveyera la información y que

hasta sirviera de contacto con los insurgentes en el campo cubano.³⁶ Todo parece indicar que una de las personas escogidas para el trabajo fue Sylvester Scovel; por eso fue enviado a regresar de Alaska en septiembre de 1897.

Ya para entonces los insurgentes cubanos tenían sospechas sobre Scovel. En octubre de 1897, el general Gómez fue informado de que Scovel estaba “vendido al gobierno español”.³⁷ Este temor era fundado ya que algunos de los mambises estaban al tanto de lo que Scovel publicaba sobre Cuba, lo cual muchas veces no era claramente favorecedor para los cubanos.³⁸ No obstante, y aun ante la duda, es muy posible que Gómez tuviese interés en seguirle el juego a Scovel. Lo veía como una herramienta para promover la opinión pública —y la del gobierno— en Estados Unidos para que aceptaran a Cuba como una nación beligerante y por ende le hicieran llegar el abastecimiento militar que les garantizaría la victoria. No debemos olvidar que Sylvester Scovel llevaba tiempo visitando la isla desde 1895, pasando largas temporadas, en las buenas y en las malas, con los insurgentes. De ahí que el general Gómez no lo despachara totalmente.³⁹

Una vez en La Habana, en octubre de 1897, Scovel le escribió a Gómez con el objetivo de reanudar su relación de amistad. El espía inicia la carta reiterando sus conexiones y su poder ya que conoce el paradero de Gómez, cosa que los mismos españoles desconocían. Le asegura, además, que es buen amigo del presidente McKinley, “yo pertenecí a un regimiento de caballería que a menudo acompañaba al Presidente”.⁴⁰ Consciente de lo importante que era para Gómez su papel como intermediario con el presidente y la opinión pública en Estados Unidos, Scovel le reitera que “[p]or ser el Presidente mi amigo y la prensa del país entero defendido mi causa con gran energía y porque yo con gran sigilo conseguí sacar cartas de la prisión diciendo las atrocidades que Wayler estaba haciendo” [sic]. Eso no era lo que necesariamente había afirmado en sus escritos periodísticos. Acto seguido cae bombardea de preguntas a Gómez sobre el plan autonómico:

¿Ud. cree que Sagasta es sincero al ofrecer la autonomía? ¿Será verdadera autonomía, verdadera gobernación propia lo que ofrece? ¿Piensa Ud. de la misma manera, que cuando le escribió al público americano la última vez, que por su parte no aceptaría nada menos que por lo que estaba peleando? ¿Qué efecto cree que tendrá la ida de Weyler en la duración de la guerra? ¿Qué clase de hombre y soldado es Blanco? ¿Es Blanco tan buen General como Martínez Campos: Está Ud. ahora tan seguro del triunfo como lo estaba la última vez que hablamos? ¿Habrán la escasez de comida disminuído su ejército o la orden de reconcentración ha traído hombres para hacer su ejército más numeroso ahora que nunca? [...] Le suplico mi General me perdone por este escuadrón de preguntas si Ud. siquiera me dijera algo sobre la importancia de la autonomía y de Blanco le estaré extremadamente agradecido.⁴¹

Cierra la carta ensalzando al general diciéndole que en la guerra que presencié entre los griegos y los turcos nunca vio batallas como las que Gómez dirigió en Cuba y remata diciendo que en sus conversaciones con oficiales del gobierno español en Madrid siempre apoyó la independencia de Cuba, cosa que no era cierta.⁴²

La carta fue un anticipo de la entrevista que el periodista le haría a Gómez en diciembre de ese mismo año. En preparación de la entrevista, Scovel, que había vuelto a Nueva York por un tiempo breve, tuvo una reunión secreta con el almirante Sampson antes de emprender camino hacia La Habana vía Cayo Hueso. En la lista de gastos que sometió al periódico constan los gastos incurridos para realizar la reunión con Sampson en Glen Ridge, Nueva Jersey, seguramente para recibir instrucciones de su misión con Gómez.⁴³ Ciertamente había gran expectativa con la reunión, inclusive para Pulitzer. Justo cuando Scovel se encontraba de regreso de La Demajagua, *The World* ya había comenzado una campaña anticipando la exclusiva noticiosa. Le recordaba a sus lectores que, gracias a las conexiones de su corresponsal, Sylvester Scovel, había sido seleccionado para una misión sin precedentes por el gobierno estadounidense. Por esta razón, sus lectores gozarían de la información más veraz, de primera mano. No se cansaba de proclamar que: “*The World* dice la Verdad”, “Porque las noticias del *World* son confiables”.⁴⁴

Scovel entrevista al General Gómez el 23 de diciembre de 1897

Sylvester Scovel llegó a La Demajagua donde acampaba Gómez con relativa facilidad gracias a la estrategia del nuevo gobernador español hacia los periodistas estadounidenses. Había conseguido salvoconductos para atravesar la trocha y llegar sin problemas al campamento insurgente. Lo acompañaban el agente consular de Estados Unidos, Rafael Madrigal, así como la esposa de Scovel, Frances, a quien Scovel le había prometido una “luna de miel” en Cuba. El grupo de visitantes manifestaba un aire de cordialidad y hasta de complicidad con los insurgentes. Nos cuenta la mano derecha de Gómez, Bernabé Boza, que Madrigal es un agente consular de Estados Unidos y “es hijo de Sancti Spíritus y esposo de La Solitaria, una de las cubanas más patriotas y de nuestros mejores agentes (la señora Lagomasino de Madrigal) viene encargada por el cónsul [americano en La Habana] General Lee para recoger las prendas y el dinero del corresponsal del *Chicago Record*, muerto en combate de Santa Teresa, el 9 de marzo de este año”.⁴⁵ Era claro que la presencia del cónsul Madrigal y su esposa se tomaba como legítima ya que ambos eran conocidos por los insurgentes y la gestión para recoger las pertenencias del corresponsal fallecido se venía gestando desde hacía tiempo. Por su parte, la presencia de la señora Scovel reafirmaba la gran amistad del periodista con Gómez. Boza así lo confirma: “vienen a saludar al General en Jefe, pues Scovel es muy amigo suyo desde la invasión, que hizo con nosotros agregado al cuartel general. Su señora es una joven intrépida y muy bonita”.

La reunión discurrió con la mayor cordialidad. Hay referencias de que Frances Scovel le habló a Gómez de lo que sería pronto su entrada triunfal en La Habana a caballo, a la cabeza de sus tropas victoriosas. Hubo inclusive intercambio de regalos. Gómez le obsequió una servilleta de seda con el logo de su apellido, bordada a mano y dedicada a “Francisca Scovel” y los Scovel le obsequiaron sus retratos mientras tomaron fotografías del general a pie y a caballo, las cuales enviaron a la esposa de Gómez quien se encontraba en Santo Domingo.⁴⁶ La entrevista estuvo bien ejecutada, lo que no dio pie —al parecer— a sospechas.

El periodista hizo una relativa buena labor en registrar la opinión del general, a juzgar por la radiografía lingüística que hemos realizado de las notas que Scovel tomara de su entrevista al general Gómez.⁴⁷ Un primer análisis del texto utilizando la técnica de minería de datos “Topic Modeling” antes descrita, nos proporciona una vista panorámica de los términos que aparecen en común en las notas del espía y corresponsal. Del análisis se destacan dos cuestiones: una, el uso de palabras que transmiten emociones tales como rechazo, vergüenza, sufrimiento, humanidad, e individuos —niños, mujeres y familias. Además, las notas diferencian entre los gobernantes, políticos, militares, individuos y el resto de las personas. En otras palabras, el conflicto se expresa en términos de las personas de poder que están involucradas: el gobernador general Blanco, el presidente McKinley, el general Gómez y en términos de las consecuencias que tiene en el sufrimiento de los individuos y sus familias. Esta dimensión extendida del texto sugiere que el general Gómez basaba sus reclamos por la independencia y la resolución del conflicto en función del sacrificio del pueblo cubano y su sufrimiento. Tales elementos son consistentes con otros escritos del general. Gómez sabía que Scovel, a través de sus artículos periodísticos, podía transmitir ese mensaje al estadounidense común. Parece como si Gómez estuviera apelando a la consciencia de los estadounidenses denunciando las condiciones de inhumanidad en las que vivían los cubanos, estrategia similar a la utilizada antes para criticar la política de reconcentración del general español Valeriano Weyler e incitar al público estadounidense a que continuase su apoyo a la independencia cubana.

La operacionalización de la narrativa como una forma de buscar apoyo del público y el gobierno estadounidense se vuelve más clara a medida que uno profundiza en el análisis de los referentes más importantes. En efecto, los más frecuentes en el escrito son Cuba, España y Estados Unidos (véase gráfico 1). Si nos preguntamos, siguiendo el modelo de Wodak, sobre cómo el escrito construye el sustantivo “Cuba”, vemos que se construye desde un inicio como un lugar de dolor: “el espectáculo de Cuba debe generar un sentimiento de

simpatía en cualquiera”. Sin embargo, esa persuasión afectiva no significa que se busque favorecer la anexión con Estados Unidos. Para mitigar esa posible percepción, el texto argumenta en otra oración con el sustantivo “Cuba” que “si alguna vez los estadounidenses controlasen Cuba más de lo posible [hay que tener en cuenta que] no se puede mezclar mango con pino”. Los cubanos y los estadounidenses son muy distintos por lo que la posibilidad de unirse a Estados Unidos no sería posible. Más aún, “Cuba” se presenta dentro de un régimen de equivalencias como igual a Estados Unidos: “Cuba es para los cubanos; Estados Unidos es para los americanos”; “son conceptos que tienen el mismo significado tanto para los cubanos como para los americanos”. Por esta razón, y por qué los “americanos son inteligentes y educados, y gozan de una gran libertad, no pueden dejar de ayudar a quienes buscan tener iguales libertades”.

Al mismo tiempo, Gómez asegura que Estados Unidos no debe desconfiar de Cuba. Por el contrario, la isla está agradecida por la ayuda estadounidense, en particular por las expediciones provenientes de Estados Unidos que han suplido armas y otros suministros a los insurgentes cubanos. Por esta razón, Estados Unidos no debe estar aprensivo por la posibilidad de una futura Marina cubana ya que la Doctrina Monroe mantendría a fuerzas extranjeras lejos de sus costas. La forma en que “Cuba” se construye en esta parte del texto es la de un país que debe generar simpatía entre personas que saben lo que es luchar por la libertad, sin provocar miedos; es la de una isla agradecida por los que han ayudado a su independencia. Esta visión va de la mano con las narraciones utilizadas por la delegación cubana en Nueva York que buscaba el reconocimiento de Estados Unidos a la isla como nación beligerante. Este discurso de gratitud será luego refuncionalizado por las autoridades estadounidenses con un propósito muy diferente después de tomar Cuba —para hacerlos pagar por su ayuda en “darles” su independencia.⁴⁸

En otros enunciados que contienen el sustantivo “España”, el general Gómez enfatiza que ese país sabe que la autonomía “está muerta”. No obstante, ambigüamente señala que “sería una manera muy buena para que España

pierda a Cuba” ya que “estarían agradecidos a Estados Unidos de que la única manera que Sagasta se pudiera salvar a sí mismo y a la Reina sería decir [...] que hemos perdido a Cuba ante el cañón de Estados Unidos”. Seguidamente establece que “todas las repúblicas [latinoamericanas] aguardan una acción de McKinley”.

Esta parte de las notas comunica que el ofrecimiento de autonomía es una manera con la cual el gobierno de España justifica la pérdida de Cuba, sin decir que perdió la guerra. Aun cuando seguramente se trató de un lenguaje irónico por parte de Gómez, el texto se abría a la interpretación de que el general consentía a una intervención del gobierno de Estados Unidos en la guerra. Sabemos por los escritos del general Gómez hasta ahora revisados que él no abrigaba tal posibilidad. Bernabé Boza, su ayudante, era de la opinión de que si Estados Unidos terminaba por intervenir en la guerra lo haría a favor de Cuba, pero advertía que era un grave error pensar que los “americanos harían tal favor sin nada a cambio”.⁴⁹ Inclusive, en el *Diario de campaña* de Gómez, tal posibilidad era tomada como algo lejano y ajeno; como un asunto entre españoles y estadounidenses. Allí, en Cuba, ellos seguirían peleando bravamente sin precipitarse y sin bajar la guardia.⁵⁰ Aunque Gómez mismo firmó las notas escritas en inglés por el espía Scovel acreditando que constituían sus opiniones, cabe preguntarse si él o Boza —quién supuestamente se las tradujo— se percataron del peligroso detalle que, al menos discursivamente, abría un resquicio a la intromisión estadounidense en Cuba.

El artículo que Scovel publicó sobre la entrevista a Gómez, 2 de enero de 1898

En su lenguaje, así como en el lenguaje visual y de la composición gráfica del titular, es claro que el artículo de Scovel sobre la entrevista a Gómez pretendía ser un mensaje de gran impacto a los lectores estadounidenses.⁵¹ El artículo fue mucho más extenso —2 369 *versus* 790 palabras en las notas—lo que, junto con un dibujo significativamente grande que retrataba a Scovel a caballo,

invitan a escudriñar sus connotaciones lingüísticas y visuales (véase imagen 1). La imagen del valiente hombre estadounidense listo para adentrarse en el interior de la Cuba insurgente genera asociaciones con imágenes y relatos que circulaban desde el siglo XVIII. Por un lado, el historiador Michael Adas nos recuerda que los europeos basaron su percepción de superioridad frente a otros pueblos en su cultura material y su capacidad tecnológica, las cuales dieron forma a sus actitudes hacia las personas que encontraron en ultramar.⁵² Así, el dibujo de Scovel remite a la hombría del soldado que se expone a los peligros de la “barbarie” en pos de la libertad, humanidad y civilización misma.⁵³ Por otro lado, el visual, así como el texto que lo acompaña, anticipan la legendaria aventura de Andrew S. Rowan para llevar el mensaje al general García a su campamento en el interior del oriente cubano en mayo de 1898. Según lo cuenta Foner, “la leyenda que se ha desarrollado en torno a la peligrosa misión del teniente Rowan ha creado la impresión de que un estadounidense heroico, sin conocimiento del español ni familiarizado con el territorio ocupado por las tropas cubanas, superó obstáculos insuperables para completar esta tarea”.⁵⁴ Las alusiones al valor masculino constituyeron parte del imaginario de los países imperiales. *The World* capitalizó en la popularidad del mito para promocionar la idea de los retos que su corresponsal superó para obtener un mensaje de máxima relevancia para el gobierno y el público.

IMAGEN 1





SYLVESTER SCOVEL—WORLD'S WAR CORRESPONDENT.
(Photograph taken in Havana Dec. 12 before his departure for Gomez's Camp.)

Fuente: "Sylvester Scovel, el Corresponsal de Guerra del *The World*, La Habana, 12 de diciembre 1897",
The New York World, 2 de enero de 1898.

Esta insistencia en la valentía del hombre blanco americano tenía también otra fundamentación. En los últimos años del siglo XIX el asunto del valor militar y la fuerza física sirvió para responder a los reclamos de las sufragistas. El discurso diferenciador se hizo extensivo a los hombres afroamericanos y a los cubanos. Aunque los afroamericanos reclamaron derechos políticos por su servicio militar durante la guerra de 1898, los mismos fueron denegados bajo

el argumento de que en la guerra no demostraron valentía militar sino dependencia en los oficiales blancos. El discurso dominante sobre la capacidad militar también afectó a los insurgentes cubanos quienes, usualmente representados como gente negra —por ende, cuerpos que representaban lo negativo y la antítesis de la civilización, progreso y modernidad—, fueron considerados como carentes de valor militar y, por ende, de capacidad para conducir un gobierno propio. Esta representación de la insurgencia cubana socavó el discurso de gallardía que dominó entre los simpatizantes de la independencia cubana en Estados Unidos desde el comienzo de la guerra, aunque no la eliminó del todo.⁵⁵ El poner ambos discursos en competencia eventualmente mermó el contundente apoyo a la independencia cubana, precisamente lo que el gobierno pretendía con la misión de Scovel. El miedo al otro, rebelde, descontrolado, se sobreimpuso al discurso de arrojo cubano ante las tropelías de los españoles.

El periódico no pierde oportunidad para establecer una relación de poder. Por un lado, hace claro que España ha otorgado permiso para la visita de Scovel, implicando con ello una debilidad española ante el poderío estadounidense. Para enfatizar este punto, se publican hasta dibujos de las “licencias” otorgadas por el gobierno español y el insurgente a Scovel. Hay que recordar que el periodista había estado encarcelado varias veces en Cuba y aun así le aprobaron tal visita. Se asume, por tanto, que el gobierno español concedió el acceso del periodista por debilidad o para evitar congraciarse con su homólogo estadounidense. Por otro lado, su corresponsal, valiente, intrépido, y a caballo había reunido con una insurgencia cubana que se encontraba desnuda y sin alimentos; en otras palabras, llegaba en plan mesiánico en pos de la “verdad” exponiéndose a los peligros de la incivilización y la barbarie. Las primeras oraciones se adscriben a la dicotomía civilización y barbarie. Describen al general Máximo Gómez sentado en su hamaca, “como acostumbra”, dice el escrito, hablando en “español” con su jefe de estado mayor, Bernabé Boza, fungiendo como traductor. Ya desde la guerra con

México en 1846, todo lo hispano era asociado con el atraso y mirado con desdén;⁵⁶ ¿Desde cuándo un verdadero general de un ejército “civilizado” se encuentra en una hamaca “como acostumbra?” ¿Qué clase de cuerpo militar es este? Scovel, el héroe, penetra en la barbarie por el bien de la civilización y la humanidad, claros signos de la época, desde la condescendencia. De entrada, el texto ubica al lector en un espacio de significaciones de reconocimiento rápido para adelantar la historia que quiere contar, que no requiere de mayores explicaciones para ser asumida como verdadera.

Para lograr el efecto de “verdad” muchos de los textos producidos por los espías y corresponsales de la época se alineaban a los vocabularios y prácticas científicas de observación, recopilación y corroboración. Al enmarcar la narrativa dentro del método científico servía para reclamar la neutralidad y objetividad de la información presentada.⁵⁷ Scovel se jactaba de escribir representaciones “objetivas”. A lo largo de su artículo, por ejemplo, le recuerda al lector es reiterado que “el corresponsal fue a conocer la estricta verdad”, “para obtener los datos”, “a través de los propios labios de Máximo Gómez”, “sobre el verdadero estado de las cosas en el campo”. En ese esquema, los espías y corresponsales insertaban su valoración estratégicamente sesgada. El artículo se arma de manera “objetiva” mediante un ejercicio donde Scovel es el único que hace preguntas que supuestamente el general Gómez contesta. El contenido del artículo está mayormente compuesto por las “citas directas” del jefe cubano, donde el entrevistador intercala hasta las expresiones físicas del general: “pensó un momento y luego continuó”, “el Gral. Gómez chisporroteó”, “el Gral. Gómez sonrió mientras continuaba”. La información se ofrece tal cual para que el lector llegue a sus propias conclusiones. Igualmente, en la imagen presentada aquí (véase imagen 1) se asume que el mismo es una reproducción certera de la realidad, libre de interpretaciones. El visual enfatiza al pie de la misma que es una “fotografía” cuando es una ilustración. Mientras es cierto que el dibujo provino de una fotografía, la misma fue recortada para aislar la toma de Scovel a caballo del contexto más amplio de la fotografía

original que incluía a sus acompañantes y ayudantes.⁵⁸ Aunque en ese momento periódicos como *The World* rara vez utilizaban fotografías en sus páginas, presentar el dibujo como una fotografía es predisponer al lector de que ese visual está basado en una imagen real y sin editar capturada por la alta tecnología de la época, justo en el momento que se aclama, y por ende cierta y verdadera.

Los temas globales del artículo según el “Topic Modeling” realizado apuntan a un discurso con mayor protagonismo de las figuras de liderato y los actores institucionales. No se habla de gente sufriendo, sino, prioritariamente, del general Gómez —jefe, líder, general—, y del gobierno español y del estadounidense. Además, se le da mucha atención al tema de la violencia —guerra, lucha, disparos, personas ahorcadas, matanza, temeridad, armas, fuerzas. Estos temas de gran capital connotativo cobran vida argumentativa al ser vistos al nivel de la oración. Se reclama que los cubanos están decididos a continuar la guerra no se plantean una opción de paz: “Es muy tarde” alegadamente declaró el comandante en jefe cubano. Añade: “[el gobierno español] ha tratado de sobornar a casi todos los líderes cubanos, pero nunca han logrado que nadie se rinda”. Ya en 1896 el general había rechazado un plan autonómico que España había vuelto a ofrecer. El artículo afirma que [Gómez] rechaza el plan para que “Cuba obtenga un gobierno propio”. Esta aseveración es ambigua para el lector estadounidense. Sirve para que se pregunten por qué, si luchan por su independencia, no aceptan la oferta de gobierno propio que le ha ofrecido España dos veces. “Gómez promete que va a ganar la independencia de Cuba por la espada”, es decir, que los cubanos insisten en ganar la guerra por medios violentos. Lo que no dice el artículo es que el “gobierno propio” del que habla Gómez es la autonomía una fórmula para él es incompleta ya que seguirían atados a España. De esta manera el artículo invisibiliza el mensaje de Gómez de que no habría paz sin independencia. Tampoco hace alusión a la idea de igualdad que el General Gómez mencionara según las notas de Scovel: “las ideas de libertad son las mismas para ambas

naciones”; “Cuba para los cubanos y Estados Unidos para los estadounidenses”. En lo que se publicó, no hay mucho espacio para desarrollar la alternativa de una independencia total; más bien la ambigüedad del texto hace parecer a los insurgentes como extremistas y violentos

El “Topic Modeling” del artículo identificó palabras que concurren, es decir, que aparecen comúnmente cerca de otras palabras en el texto. Por medio de modelos estadísticos, este método permite agrupar unas palabras con alguna relación semántica. En el texto analizado se identifican dos grandes temas el protagonista institucional —el general y los gobiernos— y la violencia que se asocia al proyecto insurgente. No obstante, cuando se cuantifican las palabras individuales más utilizadas en el escrito, las mismas son España, autonomía y Estados Unidos. El sustantivo “Cuba” no acarrea el mismo peso estadístico que la de los otros dos países (véase gráfico 2). Al revisar las maneras en que los sustantivos “España” y “Estados Unidos” son utilizados al nivel de las oraciones, encontramos que las mismas apartan a Cuba a un lado para establecer que el conflicto es uno entre Estados Unidos y España. Se desacredita furtivamente a los cubanos como adversarios legítimos en el conflicto.⁵⁹

“La guerra es realmente entre España y Estados Unidos”, dijo Gómez, supuestamente, en el artículo. La idea es explicada por el general:

Cuando España descubra que su último intento —una autonomía perfeccionada y ampliada— fracasa tanto en Cuba como en Estados Unidos, cuando los rebeldes no vienen de la manigua, pero en expediciones desde la Florida, ella debe, por vergüenza, exigir que el gobierno de Estados Unidos pare de enviar rifles y municiones que nos permiten fácilmente conducir nuestro sistema de guerra.

En otras palabras, como los mambises cubanos eran abastecidos por medio de expediciones filibusteras desde territorio estadounidense, cuando los españoles se vieran fracasados en su intento de autonomía a quien tendrán que verdaderamente confrontar será a Estados Unidos. Es revelador que el periódico se haga eco de las palabras de Gómez y hasta las amplifique. Al legitimar las palabras del caudillo, daban por ciertas la versión de que las

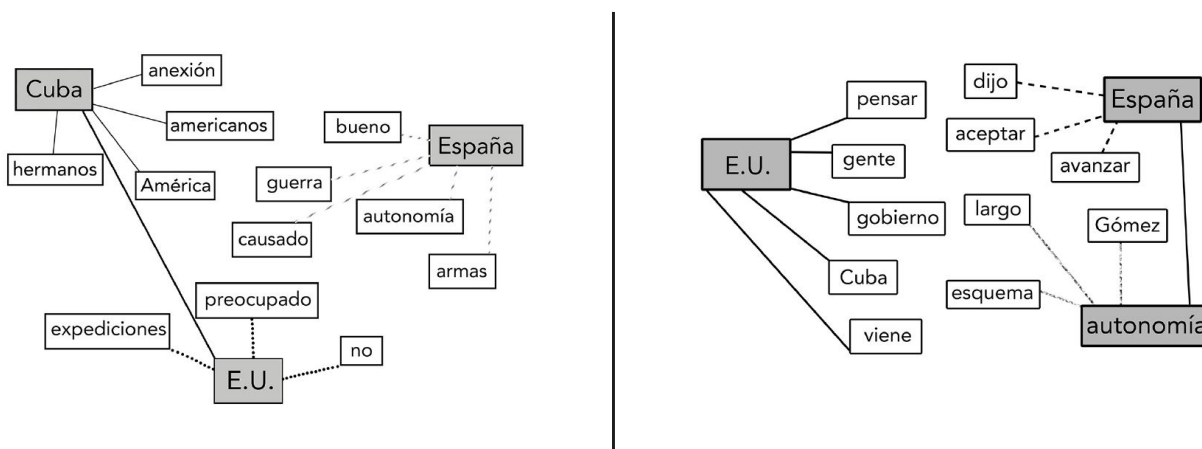
expediciones filibusteras eran apoyadas por Estados Unidos que violaba con ello las leyes de neutralidad, algo que negaba el gobierno estadounidense — aunque esto sea muy cuestionable.⁶⁰

El general cubano, según la publicación, no tiene problemas ante una posible intervención en Cuba ya que lo “citan” diciendo: “yo creo que Estados Unidos sólo quiere a Cuba para fines comerciales”. Esto explica que el general no tema que Estados Unidos busque anexarse: “ellos obtendrán eso con una Cuba independiente sin tener que manejar una isla con un lenguaje, ideas, instituciones y costumbres distintas a las de ellos. Francamente, si Cuba fuera anexada mañana, yo no creo que ningún hombre de estado americano sabría qué hacer con ella”. Entonces no hay preocupación si Estados Unidos se entromete en guerra ajena ya que sólo les interesa el aspecto comercial y eso está “bien” con los cubanos. La posibilidad de intervención es indudable: “ahora la única pregunta es cómo [España] perderá la isla, por sentido común y vendiéndosela a los cubanos, o por guerra, o más bien por [los] preparativos para la guerra contra Estados Unidos”.

Sesgo, ambigüedad, ironías y silencios en lo publicado fueron algunas de las tácticas invisibles utilizadas en el artículo para legitimar un cambio de rumbo en la agenda de la política exterior estadounidense. La movilización discursiva planteaba, sin embargo, un cuestionamiento respecto al rol de Gómez. Podemos proponer que el artículo utilizó la entrevista al general Gómez como interlocutor para infundirle un aire de autenticidad al escrito. Aún más, se enfatiza la veracidad de la información afirmando desde el inicio que Gómez firmó diciendo que los apuntes eran ciertos: el jefe de gabinete Bossa, [Boza] “sentado al lado del corresponsal, volvió a traducir las notas al general Gómez y él las firmó”. Pero igualmente podemos constatar que Scovel pone palabras, expresiones y opiniones en la boca de Gómez que no aparecen en las notas o que se ajustaron con posterioridad para acomodarse a la representación periodística.

Con la anuencia o no de Gómez, el artículo del *The World* comenzó a darle forma a un nuevo mito. El mito de gallardía, que prevaleció en 1896 y gran parte de 1897, le abrió paso con mayor fuerza al mito del salvaje cubano y su incapacidad de autogobernarse, muy útil para la estrategia estadounidense, abriendo la posibilidad de una intervención. Scovel, junto con el almirante Sampson y Joseph Pulitzer, reconocieron que las palabras y las imágenes son materia prima dúctil para la persuasión política. Al construir distorsiones estratégicas pudieron “hacer desaparecer mediante el lenguaje lo que esta[ba] a la vista” como dice Arcadio Díaz Quiñones.⁶¹

GRÁFICOS 1 Y 2



Estos gráficos ilustran las conexiones entre términos que son claves dada su mayor frecuencia en el texto, y las palabras que aparecen cerca de las mismas.

El gráfico 1 (izquierda) presenta las palabras claves en las notas que registró el espía y corresponsal de su entrevista al general Gómez. Véase la diferencia con las palabras claves en el artículo que publicó Scovel (gráfico 2 a la derecha). Fuente: Se utilizó Voyant Tools para realizar el análisis lingüístico de corpus;

<https://voyanttools.org/>

corpus=1d1df953bb7e22e486932332f6bbf9ea&mode=corpus&view=CollocatesGraph> para la gráfica de las notas, y <https://voyant-tools.org/>

corpus=f6e74d910ca0c4010bb6f43febb6a4bc&mode=corpus&view=CollocatesGraph> para la gráfica del artículo.

[Consulta: 1 de marzo de 2018.] Fuente: elaboración propia.

Coda: Lo invisible en la construcción del imperio

El espía y corresponsal manejó la información obtenida en una entrevista con un líder insurgente para elaborar una narrativa de intervención en un momento donde el otorgamiento de la autonomía a Cuba por parte de España, representaba una salida airosa. El uso de las imágenes y la palabra escrita por la prensa fue tan efectiva para movilizar a Estados Unidos a la guerra como otros mecanismos visibles que utilizó eventualmente la presidencia de McKinley al darle vida a unos mitos que contribuyeron a cooptar la independencia de Cuba de los insurgentes y mediante mecanismos invisibles de manejo de la información y de construcción de narrativas, los corresponsales/espías como Scovel se convirtieron en agentes activos de la política exterior de Estados Unidos

El operativo nos hace pensar en la invitación de Michel-Rolph Trouillot a cuestionar la manera cómo estados con recursos y en vías de expansión geográfica y/o de influencias cuentan el pasado, y cómo el dominador, para afianzar su poder, invisibiliza esas historias a las personas conquistadas y oprimidas. El caso del espía y corresponsal Silvester Scovel ilustra el proceso complejo mediante el cual la información se maneja y enmarca para generar narrativas, mitos e imaginarios con “efecto de verdad” que sirven para legitimar al poder y silenciar las voces subordinadas.⁶² Pero lo presentado aquí es sólo una muestra. Queda mucho que investigar sobre el andamiaje invisible en el que se construyó el Estado moderno, centralizado, imperial y vigilante estadounidense. El mismo fue mucho más que lo que ha sido público, ciertamente fue construido antes del 1898, y se ensayó en el laboratorio que fue la guerra de Cuba.

Fuentes

ARCHIVOS

AGA Archivo General de la Administración, España.

ANC Archivo Nacional de Cuba

MHSLRC Missouri Historical Society Library and Research Center, Estados Unidos

HEMEROGRAFÍA

The New York World

BIBLIOGRAFÍA

Adas, Michael, *Machines as the Measure of Men: Science, Technology and Ideologies of Western Dominance*, Ithaca, Cornell University Press, 1989.

Atkins, Edwin F., *Sixty Years in Cuba*, Nueva York, Arno Press, 1980.

Baker, Paul. *Using Corpora in Discourse Analysis*, Londres, Continuum, 2006.

Barthes, Roland, *Mythologies*, Londres, Granada, 1973.

Benton, Elbert J., "American Neutrality, 1895-1897", *International Law and Diplomacy of Spanish American War*, núm. 21, 1908, pp. 21-64.

Bignell, Jonathan, *Media Semiotics: An Introduction*, Manchester, Manchester University Press, 2002.

Boza, Bernabé, *Mi diario de la guerra: Desde Baire hasta la intervención americana*, La Habana, Editorial de las Ciencias Sociales, 2001, 2 tt.

Briggs, Asa y Peter Burke, *A Social History of the Media*, Cambridge, Polity Press, 2009.

Calderón Carlisle, *Report to the Spanish Legation*, Washington, s.e., 1896.

Cordoví, *La emigración cubana*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2012.

Estrade, Paul, “La Pinkerton contra Martí”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm.1, 1978, pp. 207-221.

Ferrer, Ada, *Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution, 1868-1898*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999.

Foner, Philip S., *The Spanish-Cuban-American War and the Birth of American Imperialism*, Nueva York, Monthly Review Press, 1972, 2 vols.

Gillman, Howard, “How Can Political Parties Can Use the Courts to Advance their Agendas: Federal Courts in the United States, 1875-1891”, *American Political Science Review*, núm. 3, septiembre, 2002, pp. 511-523.

Gómez, Máximo, *Diario de campaña, 1868-1899*, La Habana, Biblioteca Nacional, 1986, 3 tt.

González Barrios, René, *En el mayor silencio*, La Habana, Editorial Capitán San Luis, 2009.

González Barrios, René, *La inteligencia mambisa*, La Habana, Imprenta Central de las FAR, 1988.

Guardino, Peter, *March of the Dead: A History of the Mexican-American War*, Cambridge, Harvard University Press, 2017.

Hamilton, John Maxwell, *Journalism's Roving Eye: A History of American Foreign Reporting*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2009.

Hoganson, Kristin L., *Fighting for American Manhood*, New Haven, Yale University Press, 1998.

Hubbard, Elbert, *A Message to García: Being a Preachment*, Nueva York, The Roycrofters, 1899.

Hulme, Peter, "Rescuing Cuba: Adventure and Masculinity in the 1890s", *Latin American Studies Center Series*, núm. 11, University of Maryland at College Park, 1996.

Jeffreys-Jones, Rhodri, *Cloak and Dollar: A History of American Secret Intelligence*, New Haven, Yale University Press, 2002.

Jeffreys-Jones, Rhodri, *American Espionage: From Secret Service to cia*, Nueva York, The Free Press, 1977.

Jeffreys-Jones, Rhodri, "The Montreal Spy Ring of 1898", *The Canadian Review of American Studies*, núm. 2, otoño, 1974, pp. 119-134.

Joseph, G. M., Catherine LeGrand y Ricardo Donato Salvatore, *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham, Duke University Press, 1998.

Kaplan, Amy y Donald E Pease, *Cultures of United States Imperialism*, Durham, Duke University Press, 1993.

Marrero Zaldívar, Víctor Manuel, *Vicente García y la inteligencia militar mambisa*, Las Tunas, Editorial Sanlope, 2008.

McCoy, Alfred W. y Francisco A. Scarano, *Colonial Crucible: Empire in the Making of the Modern American State*, Madison, University of Wisconsin Press, 2009.

Milton, Joyce, *The Yellow Kids: Foreign Correspondents in the Heyday of Yellow Journalism*, Nueva York, Harper & Row Publishers, 1989.

Nye, David E., *America as Second Creation: Technology and Narratives of New Beginnings*, Cambridge, The MIT Press, 2003.

O'Toole, G. J. A., *Honorable Treachery: A History of U.S. Intelligence, Espionage, and Covert Action from the American Revolution to the cia*, Nueva York, The Atlantic Monthly Press, 1991.

Pérez Jr., Louis A., "Incurring a Debt of Gratitude: 1898 and the Moral Sources of United States Hegemony in Cuba", *The American Historical Review*, núm. 2, abril, 1999, pp. 356-398.

Pérez Jr., Louis A., *The War of 1898: The United States and Cuba in History and Historiography*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1998.

Pérez Jr., Louis A., *Cuba Between Empires, 1878-1902*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1983.

Ponder, Stephen, "The President Makes News: William McKinley and the First Presidential Press Corps, 1897-1901", *Presidential Studies Quarterly*, núm. 4, otoño, 1994, pp. 823-836.

Primelles, León, *La revolución del 95, según la correspondencia de la Delegación cubana en Nueva York*, La Habana, Editorial Habanera, 1932, 4 tt

Saussure, Ferdinand, Wade Baskin, Perry Meisel y Haun Saussy, *Course In General Linguistics*, Nueva York, Columbia University Press, 2011.

Sepinwall, Alyssa Goldstein, "From Saint Domingue to Haiti" en Alyssa Goldstein Sepinwall (coord.), *Haitian History: New Perspectives*, Nueva York, Routledge, 2013, pp. 13-32.

Thompson, Lanny, *Imperial Archipelago: Representation and Rule in the Insular Territories under U.S. Dominion after 1898*, Honolulu, University of Hawaii Press, 2010.

Trouillot, Michel-Rolph, “An Unthinkable History: The Haitian Revolution as a Non-Event” en Alyssa Goldstein Sepinwall (coord.), *Haitian History: New Perspectives*, Nueva York, Routledge, 2013, pp. 33-54.

Trouillot, Michel-Rolph, *Silencing the Past: Power and the Production of History*, Boston, Beacon Press, 1995.

Sarabia, Nydia y Néstor Ponce de León, *Noticias confidenciales sobre Cuba, 1870-1895*, La Habana, Editorial Política, 1985.

Woosley, Thomas S., “The Consequences of Cuban Belligerency”, *Yale Law Journal*, marzo, 1896, pp. 182-186.

¹ La autora agradece los comentarios y sugerencias editoriales de Silvia Álvarez Curbelo, y la ayuda de Kalani Craig, quien ha guiado la metodología digital utilizada en esta investigación. Este proyecto ha recibido apoyo del Office of the Vice Provost for Research, el Institute for Digital Arts and Humanities, el College Arts and Humanities Institute, el Institute for Advanced Studies, el Center for Latin American and Caribbean Studies, y el Departamento de Historia de Indiana University-Bloomington.

² Véanse, *Autobiographical Sketch*, s.f., en Missouri Historical Society Archives (en adelante MHSRC), Sylvester Scovel Papers, y Milton, *The Yellow Kids*, 1985, pp. 66-70.

³ Ponder, “The President Makes”, 1994, pp. 823-836; Jeffreys-Jones, *Cloak and Dollar*, 2002, pp. 42-60, y Jeffreys-Jones, *American Espionage*, 1977, pp. 14-43.

⁴ Los mismos se han enfocado en el desarrollo de la oficina de inteligencia naval de Estados Unidos y el rol que la guerra en Cuba tuvo en su desarrollo, véase O’Toole, *Honorable Treachery*, 1991, pp. 186-200. También destacan los estudios sobre la red de espionaje español y estadounidense en Canadá en 1898, véanse Jeffreys-Jones, *Cloak and Dollar*, 2002; Jeffreys-Jones, *American Espionage*, 1977, pp. 14-43; Jeffreys-Jones, “The Montreal Spy”, 1974, pp. 119-134, y Mount, “The Secret Operations”, 2013, pp. 37-57. Además, cabe mencionar los estudios sobre los episodios en los cuales periodistas de la prensa amarilla fungieron como espías durante la guerra en Cuba, véase Milton, *Yellow Kids*, 1989.

⁵ Esta colaboración contaba con la aprobación del gobierno revolucionario cubano establecido en Nueva York. Véase Foner, *The Spanish-Cuban-American War*, 1972, t. 2, pp. 340-342.

⁶ Todas las traducciones de este ensayo fueron realizadas por la autora. Véase Pérez, *The War of 1898*, 1998, p. 112.

⁷ *Ibid.*, pp. 109-115.

⁸ Es revelador que muchos de los trabajos serios y recientes sobre el imperialismo estadounidense parten de 1898 e inclusive apuntan a estudiar cómo se construyó ese Estado imperial como si no hubiera habido una serie de procesos que llevaron a que Estados Unidos se coronara como nación imperial antes de ese año. Véanse McCoy y Scarano, *Colonial Crucible*, 2009; Joseph, LeGrand y Salvatore, *Close Encounters*, 1998, y Kaplan y Pease, *Cultures of United States*, 1993.

⁹ Ese no ha sido el caso en Cuba donde el espionaje cubano y español durante la guerra dentro de la isla y en Estados Unidos ha sido estudiado. Véanse Estrade, “La Pinkerton contra Martí”, 1978, pp. 207-221; Sarabia y Ponce, *Noticias confidenciales*, 1985; González, *En el mayor silencio*, 2009; González, *La inteligencia mambisa*, 1988, y Marrero, *Vicente García*, 2008.

¹⁰ Para una excelente explicación de “Topic Modeling” véase José Calvo Tello, “Topic Modeling: ¿Qué, cómo, cuándo?”, *More than Books*, 1 de diciembre de 2016, <<http://www.morethanbooks.eu/topic-modeling-introduccion/>>. [Consulta: 26 de febrero de 2018.], y Cameron Blevins, “Topic Modeling of Martha Ballard’s Diary” en *Cameron Blevins*, 1 de abril de 2010, <<http://www.cameronblevins.org/posts/topic-modeling-martha-ballards-diary/>>. [Consulta: 1 de marzo de 2018.]

¹¹ Baker, *Using Corpora*, 2006, pp. 1-21.

¹² Véase Barthes, *Mythologies*, 1973, y Bignell, *Media Semiotics*, 2002.

¹³ *Ibid.*, p. 17.

¹⁴ Milton, *Yellow Kids*, 1989, pp. 146-152.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 171-189 y 205-206. En octubre de 1897, Scovel viajó disfrazado y en un plan trazado por el mismo cónsul americano en La Habana, Fitzhugh Lee, pero fue reconocido inmediatamente y puesto de vuelta en un buque hacia Nueva York. Para entonces, Weyler ya había sido reemplazado por el capitán general Ramón Blanco y Erenas quien buscó tener mejores relaciones con la prensa estadounidense. Como resultado, el capitán general permitió que Scovel recibiera los permisos para trabajar en Cuba luego de que pagara una multa y pasara seis meses en libertad bajo palabra.

¹⁶ Foner, *The Spanish-Cuban-American War*, 1972, t. 1, pp. 126-128, y De Richard Olney a Enrique Dupuy de Lome, 4 de abril de 1896, en Archivo General de Administración (en adelante AGA), Asuntos Exteriores, Embajada en Washington, exp. 54-8042, leg. 874.

¹⁷ Foner, *The Spanish-Cuban-American War*, 1972, t. 1, pp. 121-123.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 122-123.

¹⁹ Cordoví, *La emigración cubana*, 2012.

²⁰ Benton, “American Neutrality”, 1908, p. 35.

²¹ Hoganson, *Fighting for American*, 1998, pp. 51-56, y Hulme, “Rescuing Cuba”, 1996.

²² Hoganson, *Fighting for American*, 1998, p. 54.

²³ Briggs y Burke, *A Social History*, 2009, p. 184.

²⁴ Hamilton, *Journalism's Roving*, 2009, p. 93.

²⁵ Desafortunadamente el trabajo de Hamilton no indica los años que cubre su análisis estadístico, ni el tamaño de la base de datos que sirvieron para computar esos promedios. No obstante, no hay duda de que la tendencia de la prensa estadounidense, al menos entre 1895 y 1897, favoreció la independencia de Cuba. Esta fue una batalla constante para el embajador español en Washington. De A. Taltavull a Dupuy de Lome, 17 de octubre de 1895, en AGA, Asuntos Exteriores, Embajada en Washington, exp. 54-8814, leg. 2452.

²⁶ Foner, *The Spanish-Cuban-American War*, 1972, t. 1, pp. 185-190.

²⁷ *Ibid.*, pp. 213-214, y Atkins, *Sixty Years*, 1980, pp. 208-264.

²⁸ Foner, *The Spanish-Cuban-American War*, 1972, t. 1, p. 209.

²⁹ *Ibid.*, pp. 186-187.

³⁰ Woosley, "The Consequences of Cuban", 1896, y Benton, "American Neutrality", 1908, pp. 32-41.

³¹ Woosley, "The Consequences of Cuban", 1896, pp. 182-185.

³² Benton, "American Neutrality", 1908, pp. 26-33, y Ferrer, *Insurgent Cuba*, 1999, pp. 2 y 48-50.

³³ *Ibid.*, 1999, pp. 79-92, y Foner, *The Spanish-Cuban-American War*, 1972, t. 1, pp. 180-181.

³⁴ McKinley alcanzó el poder como el candidato de los grandes intereses comerciales de Estados Unidos. Le tocó, además, trabajar con una corte suprema de tendencia republicana que apoyaba los intereses comerciales del país. Gillman, "How Can", 2002, pp. 511-523.

³⁵ Pérez, *The War of 1898*, 1998, p. 9, y Pérez, *Cuba Between Empires*, 1983, pp. 146-163.

³⁶ O'Toole, *Honorable Treachery*, 1991, pp. 179 y 186-187.

³⁷ De Máximo Gómez a José Gómez, general Luis y Enrique Villuendas sobre envío de periódicos, manifiestos, traición de Silvestre Scovel y otros asuntos, 26 de octubre de 1897, en ANC, fondo Máximo Gómez, leg. 20, orden 2764.

³⁸ Es importante apuntar que muchos mambises cubanos no siempre cuestionaron los intereses de los americanos —incluyendo a Scovel— en el conflicto. Quiénes lo hicieron y cuándo es una pregunta que persigue esta investigación.

³⁹ De hecho, Scovel gozaba de la confianza del alto mando insurgente por lo menos desde 1896. Véase La Revolución del 95, tomo 4, pp. 78-79 y 86-87.

⁴⁰ Hasta el momento no hemos encontrado evidencia de esta afirmación.

⁴¹ De Máximo Gómez a Silvestre Scovel, relacionada con actitud de España respecto a Cuba, opiniones sobre Weyler y al general español Blanco, entre otros asuntos, 23 de octubre de 1897, en ANC, fondo Máximo Gómez, exp. 2846, leg. 20.

⁴² Según Milton, Scovel refutó los argumentos de los españoles diciendo que "los cubanos no están listos para obtener una independencia absoluta". La carta que Scovel publicó en el periódico español *El Liberal* apoyaba la idea de una paz negociada basada en autonomía, "garantizada abierta o secretamente por España a Estados Unidos". Milton, *Yellow Kids*, 1989, p. 167.

⁴³ Expense account sent to *The New York World*, 4 de enero de 1898, en MHSa, Sylvester Scovel Papers, exp. 59-0083. Las fechas de la reunión de Scovel con Sampson que constan en la relación de gastos son incorrectas; inclusive son parte de los nombres y fechas deliberadamente tachados en el documento. Tanto Gómez en su *Diario de campaña*, 1986, t. III, pp. 341-42, Bernabé Boza, mano derecha del general Gómez, en su escrito *Mi Diario de la guerra*, 2001, t. II, p. 199-200, así como en los apuntes que el mismo Scovel hiciera de la entrevista a Gómez apunta a que Scovel y su comitiva llegaron el 22 de diciembre de 1897 a La Demajagua y que la entrevista se realizó el día 23. La reunión con Sampson debió ocurrir en algún momento antes del 20 de diciembre de 1897.

⁴⁴ “As Special Envoy in Cuba: The World Correspondent’s Unprecedented Mission”, *The New York World*, 26 de diciembre de 1897, p. 1.

⁴⁵ Boza, *Mi diario de la guerra*, 2001, t. II, p. 199. No tenemos evidencia sobre los trabajos de la señora Lagomasino de Madrigal como agente de la insurgencia; no hay indicaciones de que los insurgentes sospecharan que ella estuviera apoyando los intereses de Estados Unidos en la guerra.

⁴⁶ De Silvestre Scovel al mayor general Máximo Gómez, 25 de abril de 1898, en ANC, Donativos y Remisiones, caja 49, núm. 48.

⁴⁷ De Silvestre Scovel, Bound notebook, 1897, en MHSa, Sylvester Scovel Papers, caja. 5.

⁴⁸ Pérez, “Incurring a Debt”, 1999, pp. 356-398.

⁴⁹ Boza, *Mi diario de la guerra*, 2001, t. II, p. 205.

⁵⁰ Gómez, *Diario de campaña*, 1986, t. III, pp. 352 y 354.

⁵¹ “The World Again Makes History for Spain and Cuba”, *The New York World*, 2 de enero de 1898.

⁵² Adas, *Machines as the Measure*, 1989. Nye, *America as Second*, 2003, discute cómo esas ideas de tecnología y superioridad conforman el discurso estadounidense de origen.

⁵³ En el dibujo no incluye a Rafael Madrigal, de quien un operativo de los Pinkerton apuntó: “que Scovel fue a ver a Gómez con Madrigal, quien pesa 300 libras por lo que se le hacía difícil andar a su caballo”. La hombría en ese momento se medía en cuanto a fuerza y forma física, por lo que incluirlo en el dibujo sería contradictorio al discurso masculino dominante. Tampoco incluyeron la imagen de la esposa de Scovel ni de los ayudantes que les acompañaban. Informe de Robert Pinkerton a Dupuy de Lome, 2 de enero de 1898, en AGA, Asuntos Exteriores, Embajada en Washington, exp. 54/8058, leg. 916. No obstante, otro artículo incluye un dibujo del rostro de Rafael Madrigal. “A Special Envoy in Cuba”, *The New York World*, 26 de diciembre de 1897, p. 1.

⁵⁴ Foner, *The Spanish-Cuban-American War*, 1972, t. 2, pp. 340-341. Es importante enfatizar que la ayuda que los cubanos dieron en las misiones de Rowan y Scovel brilla por su ausencia en esas narrativas. Foner indica que el cuento de Hubbard, *A Message to Garcia*, 1899, obtuvo las mejores ventas, y su narrativa fue subsecuentemente plasmada en una película producida en 1936, lo que sugiere el gran arraigo que tuvo ese mito entre el público.

⁵⁵ Hoganson, *Fighting for American*, 1998, pp. 130-132, y Thompson, *Imperial Archipelago*, 2010, p. 62. Aunque el mensaje se articuló contundentemente en el artículo, el mismo no era totalmente nuevo. Al

menos en el 1896, Scovel ya había aludido a esos mismos significados de lo que constituía ser cubano. Véase Sylvester Scovel, “Real Life in Cuba”, *The New York World*, 2 de marzo de 1896.

⁵⁶ Guardino, *March of the Dead*, 2017, pp. 28-29.

⁵⁷ Esta observación se basa en unos análisis de “Topic Modeling” realizados en los informes de los espías Pinkerton (1897-1898) y los artículos publicados por Scovel en 1898, los cuales forman parte de esta investigación en curso.

⁵⁸ MHSLRC, Sylvester Scovel Papers.

⁵⁹ Pérez, *The War of 1898*, 1998, pp. 81-107, discute cómo se construye la ausencia del cubano en la guerra a partir del 1898.

⁶⁰ Véase el escrito del abogado de la legación española en Washington, Calderón, *Report to the Spanish*, 1896.

⁶¹ Arcadio Díaz Quiñones, “La historia prohibida”, *80 Grados*, 2 de febrero de 2018, <<http://www.80grados.net/la-historia-prohibida/>>. [Consulta 1 de marzo de 2018.]

⁶² Trouillot, “An Unthinkable History”, 2013; Trouillot, *Silencing the Past*, 1995, p. 26; Sepinwall, “From Saint Domingue”, 2013, p. 17, y Arcadio Díaz Quiñones, documento en línea citado.

Orígenes y dinámicas de la alta oficialidad del ejército cubano durante la primera república (1902-1933)

Servando Valdés Sánchez

La fundación del estado neocolonial en Cuba supuso también el origen de las primeras instituciones militares que debían garantizar la estabilidad doméstica: la guardia rural, cuyas primeras fuerzas comenzaron a organizarse desde 1898 en cada uno de los siete departamentos militares en que se encontraba dividido el territorio nacional, y el ejército permanente, fundado en 1909 tras la demostrada incapacidad de las primeras para sofocar la insurrección liberal de 1906.^{[1](#)}

Aquel complejo proceso de conformación de un nuevo ejército, en el contexto de las relaciones de dependencia con Estados Unidos, ha sido objeto de análisis por la historiografía cubana y foránea, no así la alta oficialidad compuesta por los oficiales superiores que ostentaban los grados de coroneles y tenientes coroneles.

El estudio se propone definir los rasgos que caracterizaron a ese grupo selecto desde 1909 y hasta 1933, cuando se produjo la caída de la dictadura de Gerardo Machado y Morales, así como indagar en las condicionantes económicas y políticas que condujeron a que veteranos de la independencia lo integraran y en el papel protagónico que asumió en la sociedad neocolonial y su interrelación con la elite política.

En el Archivo del Instituto de Historia de Cuba (AIHC), en La Habana, se encuentran los expedientes personales de la oficialidad del ejército cubano,

fuentes imprescindibles para el estudio que se presenta. Con ese propósito seleccioné un universo de 39 oficiales, todos los cuales tenían el rasgo común de haber sido miembros del Ejército Libertador (EL) y combatido en las guerras de 1895 y 1898. La condición de veteranos los situó en un escenario privilegiado para acceder a la alta oficialidad.

Algunos antecedentes necesarios

El desenlace de la guerra en 1898 sorprendió a un gran número de veteranos lejos de sus lugares de origen, aunque no pocos habían terminado operando en sus respectivos territorios. La dispersión que se generó, sobre todo, a partir de la disolución del Ejército Libertador, provocó que antiguos compañeros de lucha tardaran algún tiempo en conocer sus destinos.

A pocos días de iniciarse oficialmente la ocupación militar estadounidense, el 21 de enero de 1899, el capitán (EL) Julio Aguado Andreu,² le escribía, desde el territorio de las Tunas, al teniente coronel (EL)³ Rafael Castillo Márquez, entonces radicado en Puerto Príncipe: “Muchos te creíamos muerto, pues tú sabes las dificultades que había de noticias [...] Has cumplido tu deber de patriota, has sufrido pero el premio de tantos sufrimientos resarce [...] y nuestra Cuba, debido al esfuerzo de sus mejores hijos será próspera y feliz y los cubanos, antes tratados como cosas y esclavos, son hoy hombres libres”.⁴

Esa expresión era el reflejo de un estado emocional que no permitía percibir la verdadera realidad, aunque la visión de otros representantes de esa generación del 95 sería de abierto reconocimiento a la intervención estadounidense por su supuesto papel decisivo en el final de la contienda o de admitir el papel de metrópolis que guiaba a los propósitos de esa nación. Para todos, sin embargo, se imponía, de inmediato, la necesidad de reanudar sus vidas dentro del proceso de ordenamiento económico y político iniciado por el gobierno militar de ocupación a partir de enero de 1899. Un pensamiento común los guiaba y así fue transmitido por la visión excepcional de Horacio Ferrer, miembro de aquella generación:

En un país en que se acababa de luchar tan bravamente por conquistar la libertad, los jefes que tal habían logrado, tenían derecho a que se contara con ellos, al menos en los primeros años de la República. No importaba el número crecido de generales y coroneles, era justo y político atenderlos a todos. La paga del Ejército Libertador fue una medida equitativa, pero no se podían olvidar las ansias de muchos de figurar en la vida pública de la nación que habían creado. Derecho tenían a ello.⁵

Mientras los más altos jefes militares del Ejército Libertador se entregaron a la política, los veteranos de menor jerarquía militar tuvieron obligatoriamente que buscar otros espacios asumiendo diversas ocupaciones, sobre todo en las nuevas instituciones militares que se crearon. Aunque se pudo comprobar que algunos de ellos, o todos los que tuvieron una oportunidad, incursionaron primero en la política durante esos iniciales años, pues el propio proceso de institucionalización condujo desde 1900 a la convocatoria de elecciones generales y municipales, donde fueron electos senadores, representantes y alcaldes, puestos a los que se les permitió aspirar también a los miembros del Ejército Libertador.

Nacidos en su gran mayoría después de 1868, esos hombres integraban una generación cuya infancia y adolescencia había transcurrido durante la guerra del 68 y la tregua fecunda. Véase la tabla siguiente:

COMPOSICIÓN POR FECHA DE NACIMIENTO

Años	Cantidad	% Total
1854-1864	5	12
1868-1878	30	76
1881-1883	4	7

Fuente: Expedientes personales de los oficiales del Ejército de la República, en Archivo Nacional de Cuba (en adelante ANC), Ejército.

Ellos recibieron el influjo patriótico a través de la literatura de campaña⁶ y del imaginario popular que mantuvo vivo el anhelo independentista, estimulando al que no había podido ser mambí, por razones de edad, a seguir esas aspiraciones. Por eso, cuando se presentó la oportunidad, muchos se

incorporaron a la revolución de 1895 y tuvieron una participación destacada en la contienda.

Otro elemento a considerar en la formación patriótica era el momento en que ingresaron en el Ejército Libertador. La mayoría se alzó entre 1895 y 1896 y sus máximas graduaciones las alcanzaron después de enero de 1897, tras concluir los masivos y desproporcionados ascensos que obligaron a Máximo Gómez a establecer ciertas limitaciones con respecto a los procedimientos jurídicos establecidos. De modo que obtuvieron sus grados por verdaderos méritos de guerra.

Los orígenes burgueses⁷ de algunos de ellos les habían permitido alcanzar niveles de instrucción que, a su vez, influyeron en la categoría de ingreso en las filas mambisas, independientemente de las motivaciones que tuvieran:

COMPOSICIÓN POR NIVEL DE INSTRUCCIÓN

Niveles	Cantidad	%Total
Graduados universitarios	1	2
Estudiantes universitarios	3	8
Bachilleres	5	13
<i>Sin nivel de instrucción reconocida</i>	<i>30</i>	<i>75</i>

Fuente: Expedientes personales de los oficiales del Ejército de la República, en ANC, Ejército.

Sólo el 23% tenía un nivel de instrucción que les garantizó la obtención inmediata de un grado militar.

Condicionantes económicas y políticas

Un análisis de este tipo no puede ignorar la etapa intermedia comprendida entre el fin de la guerra del 98 y la terminación de la segunda ocupación militar estadounidense en 1909.

La primera interrogante que se presenta es: ¿Qué posibilidades de subsistencia surgieron para ellos después de concluidas las hostilidades? Miguel

de Carrión en su artículo *El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos veinte años* escribió:

Solo conociendo en toda su extensión la profundidad y la índole de los problemas que afectan al orden individual de los componentes de un grupo humano, podrá llegarse a inferir las leyes de su desarrollo colectivo y a determinar el grado de su desarrollo colectivo y a determinar el grado de su capacidad total y las causas que favorecen o estorban su desenvolvimiento histórico.⁸

Tales fundamentos rebasan los límites de la indagación histórica y exigen dirigir el análisis hacia una perspectiva sociológica que este ensayo, por razones obvias, no podrá resolver en toda la dimensión requerida.

El factor económico constituyó el móvil fundamental que los conduciría a integrar las fuerzas de la guardia rural. Esas fueron las alternativas inmediatas para subsistir bajo las realidades impuestas por la ocupación militar estadounidense y su categoría de libertadores les abrió las puertas en esas primeras instituciones armadas. El Decreto núm. 13, del 11 de febrero de 1903, en su artículo sexto así lo reconocía: “Los individuos que hayan pertenecido al Ejército Libertador serán preferidos, en igualdad de condiciones para el ingreso en el Cuerpo”.⁹ Resultan muy ilustrativos los comentarios de Horacio Ferrer al respecto:

Yo que había terminado mi carrera de médico [...] acepté tres años más tarde el puesto de primer teniente médico en el Cuerpo de Artillería, no precisamente por amor a la milicia, donde pensé permanecer poco tiempo, sino por tener un apoyo económico para permanecer en la Habana y completar mi educación médica en los hospitales.¹⁰

Particularmente, la guardia rural agrupó a casi la totalidad de esos veteranos, quienes fueron destinados por lo general a las zonas donde habían operado durante la guerra para aprovechar el conocimiento que tenían del terreno y sus influencias sobre la población local. Así lo regulaba, en su artículo 209, el reglamento de la guardia rural aprobada en 1901: “Conocerá perfectamente la topografía del territorio cuya vigilancia le esté encomendada, los vecinos, fincas, haciendas, caminos y veredas que tengan enclavados en aquel y a los guardajurados debidamente autorizados”.¹¹

Lamentablemente todos tuvieron que renunciar a sus grados en el Ejército Libertador para ajustarse al sistema reglamentado en 1901 que establecía los siguientes cargos, grados y haberes mensuales:

TABLA

CARGOS	GRADOS	HABERES MENSUALES (en pesos)
J ^r Provincia	Tte. Coronel	250
Ay ^{te} Provincia	Capitán	150
J ^r Escuadrón	Capitán	125

Fuente: Reglamento de la Guardia Rural de la Isla de Cuba, La Habana, 1901, en AIHC, Ejército.

Esa situación perjudicó a la mayoría de los que entre 1899 y 1903 ingresaron al Cuerpo. Los generales (EL) lo hicieron como coroneles, los coroneles (EL), en dependencia del cargo, como tenientes coroneles o capitanes, y así sucesivamente. Resultaron más favorecidos aquellos que terminaron la guerra con los grados de tenientes, alférez o soldados, quienes, como tendencia, fueron designados primeros tenientes y segundos tenientes. Pero a los efectos del retiro, paga y antigüedad a todos se les abonó como doble el tiempo que habían servido en el Ejército Libertador.

Aunque su condición de veteranos les permitió acceder legítimamente a las primeras instituciones armadas, en 1903 tuvieron que someterse a un examen de capacidad como parte de la reorganización efectuada ese año por el primer gobierno republicano de Tomás Estrada Palma.

El ejercicio en los mandos estratégicos y operativos —jefe del estado mayor del ejército, jefes de direcciones del EME y de distritos militares¹² y excepcionalmente ayudantes de campo del presidente de la república—, les garantizó una ascendencia tanto militar como política. El jefe del EME se apoyaba para ejercer el mando en los jefes de los departamentos de dirección y administración, los cuales tenían amplias atribuciones. El departamento de dirección se ocupaba de todo lo relacionado con la organización, instrucción y disciplina del ejército y el departamento de administración atendía las

necesidades económicas y su aseguramiento, de modo que ambos tenían un poder de decisión y un conjunto de recursos materiales bajo su control de los que sólo tenían que rendir cuentas al jefe del ejército o al presidente de la república.

En el caso de los jefes de distritos militares sus influencias se limitaban fundamentalmente a la provincia o región donde estaban destacados y ejercían el mando a través de los regimientos. Para que se tenga una idea de su poder militar, baste citar los efectivos que se les subordinaban tomando como ejemplo el momento previo a 1915, cuando se produjo la fusión del ejército permanente con la guardia rural. Antes de esa fecha el ejército disponía de seis regimientos de caballería con alrededor de 1 371 hombres cada uno, cifra que era superior en los regimientos destacados en la capital. El regimiento de infantería radicado en Columbia tenía unos 1 386 integrantes y el regimiento de artillería, con igual sede, lo superaba con 1 492.¹³ Tener ese rango implicaba la aceptación o el reconocimiento de las minorías políticas y económicas y su autoridad, por consiguiente, rebasaba lo estrictamente militar.

Relación caudillismo político-alta jerarquía militar

La segunda interrogante es: ¿Bastaron los méritos alcanzados en las guerras de independencia para acceder a ese grupo selecto?

Ellos lograron ascender a los más altos cargos acumulando también méritos y avales durante sus servicios a la ocupación militar estadounidense y al presidente Estrada Palma, así como por su participación en la persecución del bandidismo, contra el alzamiento de los independientes de color, en 1912, y la segunda insurrección liberal de 1917, conocida históricamente como “Alzamiento de la Chambelona”. El papel que asumieron en el enfrentamiento de la Chambelona a varios los consagraría.¹⁴

En el transcurso de los años siguientes continuarían acumulando méritos vinculados al caudillismo, pues las relaciones de subordinación a los más altos jefes militares del Ejército Libertador se mantuvieron casi intactas después del

98 y surgieron otros lazos que determinaron los compromisos con uno u otro caudillo político. Para muchos, en aquellos momentos la prioridad era ascender en el status social, es decir, los intereses clasistas superaron las convicciones patrióticas y nacionalistas.

La legislación castrense también contribuyó a establecer la relación de compromisos que buscaban los caudillos políticos. La Ley Orgánica del ejército de 1915, aprobada por el gobierno de Mario García Menocal, estipuló que el jefe del estado mayor del ejército fuera libremente nombrado por el presidente de la república, así como los otros oficiales del estado mayor, quienes en última instancia serían designados a propuesta del jefe de estado mayor. De ese modo se facilitó la colocación de los partidarios de Menocal. Las obligaciones que se pretendían establecer legalmente entre el mandatario y el jefe del estado mayor se advertían en la propia pragmática, cuando en una de sus partes precisaba:

el desempeño de las funciones de este cargo requiere lo que su título indica, o sea, una relación de absoluta confianza e identificación personal entre los Oficiales que lo ejerzan y el Ejecutivo, se entenderá que este nombramiento cesará de hecho al día siguiente al de la terminación del período del Presidente que lo nombró, y si en cualquier tiempo el Jefe de Estado Mayor considera que no puede sostener hacia el Presidente las relaciones arriba mencionadas, será su deber solicitar su relevo.¹⁵

Esas regulaciones se ampliaron por la propia Ley; en la sección referida a los ascensos de oficiales se estableció que para ascender a teniente coronel de cada tres plazas vacantes dos serían ocupadas por los oficiales de mayor antigüedad y una por selección, y en el caso de los coroneles de cada dos vacantes una por antigüedad y otra por selección.

Simultáneamente los altos oficiales disfrutaban de una situación de privilegio en cuanto a los salarios. Dicha ley estableció para los coroneles 3 600 pesos anuales y los tenientes coroneles percibían 3 300 pesos. Esa cifra tenía un valor añadido, debido a que todo oficial recibía un aumento del 10% de su haber por cada cinco años de servicios hasta que el aumento alcanzaba un total máximo del 40%. En particular, los oficiales destinados al estado mayor y los

ayudantes de campo del presidente de la república tenían una gratificación especial.¹⁶

También Menocal aprobó, en 1918, la Ley de Pensiones, mediante la cual se reconocía ese derecho a todos aquellos que habían pertenecido al Ejército Libertador, ganándole más adeptos para sus futuras aspiraciones electorales. Desde entonces un alto oficial podía abandonar su vida activa en el ejército con una remuneración considerable.

Esa relación presidente-alta oficialidad se consolidó transitoriamente durante los primeros años del gobierno de Gerardo Machado, convertido en el quinto presidente constitucional en 1925.

Para esa fecha, la corrupción política de los equipos gobernantes anteriores y la sistemática injerencia estadounidense habían influido decisivamente en las proyecciones de los sentimientos nacionalistas, así como en el nivel de organización de las fuerzas revolucionarias y de otros sectores. La fundación del Partido Comunista y de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC), en agosto de 1925, unido a la radicalización del movimiento estudiantil con la creación del Directorio Estudiantil Universitario, en 1930, preocuparon a la oligarquía cubana y al gobierno estadounidense. Machado se presentó, así como la alternativa de “mano dura” que con clásicos rasgos dictatoriales trataría de salvaguardar el tambaleante hegemonismo político oligárquico.

La institución militar se convirtió en el principal mecanismo represivo de Machado, por encima, incluso, de la policía y otros órganos que creó como la Porra y la Sección de Expertos.

Por esos motivos, en 1926, se aprobó una nueva Ley Orgánica que fortalecía aún más las atribuciones del mandatario en su relación con los altos jefes militares. A partir de esa fecha se estableció que el jefe de estado mayor y sus auxiliares serían nombrados por el presidente y separados “libremente” por este.

Simultáneamente se incrementaron los ascensos por selección de los altos oficiales, al fijarse que, para teniente coronel, de cada cuatro plazas vacantes, una sería ocupada por el oficial de mayor antigüedad y tres por selección, y en el caso de los coroneles únicamente se haría por selección. Así, la mayoría de los que integraron la alta oficialidad durante el machadato ascendieron por esa última vía.¹⁷

Machado logró la aprobación de una ley de amnistía para los delitos cometidos por militares, la cual a su vez dispuso que todas las causas y juicios seguidos contra miembros de las fuerzas armadas pasaran a ser de exclusiva competencia de la jurisdicción militar, estimulando la represión sin límites.

Sin embargo, su experiencia política y militar —recuérdese que había sido el primer inspector general del ejército, o lo que era lo mismo el segundo jefe del instituto armado— le indicaron que debía incrementar también de una forma más directa los vínculos de los oficiales con los funcionarios políticos y el aparato burocrático.

En la práctica lo había venido haciendo mediante la designación de algunos de sus altos oficiales en el enfrentamiento al fuerte movimiento huelguístico y en la solución de otros conflictos, amparado en la Ley de Procedimiento Militar y en otras disposiciones que establecían que eran actos propios del servicio militar los ejecutados por los miembros del ejército en cumplimiento de órdenes de sus superiores, o en el ejercicio de cualquier mando o comisión militar, así como en el desempeño de funciones de carácter civil o administrativa.

Pero la Ley Orgánica del ejército aprobada en 1915 contemplaba sólo dos situaciones distintas en relación al estado militar del oficial: la de activo y la de retiro. Para reforzar legalmente la actuación de los militares, en 1926 logró que entrara en vigor una nueva ley, la cual incorporó la situación de reemplazo que, además de ser sólo concedida por el presidente de la república, estableció el derecho de los oficiales a desempeñar cualquier cargo retribuido por el Estado,

la provincia o el municipio, sin que su status militar se viera afectado. A su vez el quince de mayo de 1926, determinó:

Declarar en vigor el Decreto Núm. 1956 de 1923, por el cual se autorizó el empleo de las Fuerzas del Ejército y de la Guardia Rural que fueran necesarias en los territorios actualmente afectados por las huelgas o que posteriormente pudieran serlo, en la conservación del orden público y protección de las personas y propiedades fuera y dentro de las poblaciones.¹⁸

Esas disposiciones le permitirían designar, en 1932, al coronel Rogerio Caballero, delegado del ejecutivo para la dirección y mando de los cuerpos de policía nacional, secreta y judicial.

Podría parecer contradictorio, y de hecho en cierta medida lo fue, que en 1928 se aprobara un nuevo Reglamento General para el ejército, donde se prohibían muchos de los actos cometidos casi a diario. En realidad, hasta entonces venía rigiendo el antiguo Reglamento de 1908 y se habían acumulado numerosas modificaciones que debían ser plasmadas en una nueva regulación.

Con todo, la prórroga de poderes y la represión desatada para enfrentar la creciente oposición generó una crisis política que incidió directamente en la institución militar, la más identificada con el empleo de la violencia.

La oposición política burguesa encabezada por Carlos Mendieta Montefur, principal líder del Partido Unión Nacionalista, Mario García Menocal y Miguel Mariano Gómez, quienes se habían visto relegados o marginados por el régimen, trató de extraer beneficios de la situación revolucionaria y organizó varias fallidas insurrecciones armadas, que buscaron apoyo en los militares.

Ciertamente, la mayoría de la alta oficialidad se mantuvo al lado de Machado. No obstante, la crisis provocada por la política represiva y antipopular de la dictadura obligó al gobierno estadounidense a apelar a la mediación para tratar de neutralizar la acción revolucionaria de los obreros y estudiantes y organizar a la oposición burguesa, buscando garantizar una transición que no afectara el orden político establecido.

Machado reaccionó designando al coronel Herrera, secretario de Guerra y Marina, para poco después nombrarlo secretario interino de Estado, con la aspiración de presentarlo como candidato a las elecciones presidenciales y lograr una continuidad. El cargo de jefe de estado mayor fue ocupado por el coronel Eduardo Lores, quien se mantuvo hasta el último momento fiel a Machado.

Casi todas las jefaturas de los distritos militares secundaron el golpe castrense liderado por el coronel menocalista, Julio Sanguily, pues se trataba de evitar que la Huelga General de agosto de 1923 alterara el poder oligárquico, sustento del ejército y se temía, al mismo tiempo, una intervención militar estadounidense.

La relación elite política-alta jerarquía militar sufriría su primera y definitiva fisura, en tanto esos vínculos se desarrollaban en una dinámica interna donde hasta esos momentos poder y dominación habían mantenido un equilibrio, roto este, se ponía en juego la existencia y los intereses de esa encumbrada oficialidad y de su propia institución.

La alta oficialidad que había sido fiel a Machado, asumió por primera vez un papel activo, por encima del desprestigiado caudillismo político; pero sus representantes no estaban en condiciones de asumir directamente el poder debido a su comprometido papel con el machadato y Herrera tuvo que ceder su lugar al candidato de la embajada estadounidense y de todas las fuerzas de derecha involucradas en la frustración del proceso revolucionario: Carlos Manuel de Céspedes, amigo personal del embajador estadounidense Benjamin Sumner Welles y de estrechas relaciones con Machado.

Después de treinta años de fundado el ejército, la mayoría de los veteranos del 95 que conformaban la alta oficialidad tenían entre 55 y 65 años de edad, lo que hacía pensar que su tiempo en activo se terminaba. Una nueva generación de jóvenes pugnaba por ocupar sus puestos.

El 30 de agosto de 1933, en un último esfuerzo por salvar al ejército de una depuración radical, fueron llamados a servicio activo los coroneles

retirados Miguel Varona, Eduardo Puyol, Leandro de la Torriente y el capitán de navío retirado Julio Morales Coello para integrar el consejo de guerra superior de las fuerzas de mar y tierra que se encargaría de juzgar a varios altos oficiales acusados de complicidad con el depuesto régimen. Esa decisión ya era demasiado tardía.

Sin dudas, los miembros de la alta y mediana oficialidad mambisa provenientes de la generación del 95 monopolizaron el acceso a la alta oficialidad del ejército neocolonial y contribuyeron decisivamente al mantenimiento de la estabilidad doméstica durante las tres primeras décadas republicanas. El paso por la institución armada los dotó de un valor simbólico agregado, pues en la vida política y pública todos siguieron siendo identificados como los “coroneles”.

La alta oficialidad mantuvo una dinámica de subordinación a la elite política, aunque no puede ignorarse que otros compromisos e intereses establecidos en el período postcolonial también condicionaron sus actitudes políticas ante liberales y conservadores, respondiendo por momentos a unos o a otros y llegando al extremo de romper esa relación durante la crisis política del régimen machadista para tratar de preservar su propia existencia.

Fuentes

ARCHIVO

AIHC Archivo del Instituto de Historia de Cuba

ANC Archivo Nacional de Cuba

BIBLIOGRAFÍA

De Carrión, Miguel, “El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos veinte años”, *Cuba Contemporánea*, núm. 105, septiembre, 1921, pp. 5-27.

Ferrer, Horacio, *Con el rifle al hombro*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2002.

Pérez, Guzmán, *Radiografía del Ejército Libertador*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005.

Primelles, León, *Crónica cubana, 1915-1918*, La Habana, Editorial Lex, 1915.

¹ La guardia rural se mantuvo orgánicamente independiente hasta 1915 en que pasó a formar parte del ejército.

² Julio Aguado Andreu terminó la guerra en el estado mayor del mayor general Mario García Menocal.

³ Se aclara al lector que en las páginas siguientes cuando aparezca un grado militar sin las siglas (EL) se entenderá que es el grado alcanzado en esos momentos por el oficial en las instituciones militares creadas después de 1898.

⁴ De Julio Aguado a Rafael Castillo, La Habana, 21 de enero de 1899, en Archivo Nacional de Cuba (en adelante ANC), Donativos y Remisiones, caja 304, núm. 8.

⁵ Ferrer, *Con el rifle al hombro*, 2002, p. 176.

⁶ Para un estudio de las condicionantes histórico-culturales que perfilaron sus formaciones patrióticas véase Pérez, *Radiografía del Ejército*, 2005.

⁷ Se alerta sobre la necesidad de emprender nuevas investigaciones que profundicen en las determinaciones que guiaron a sectores de economía desahogada a ingresar en el Ejército Libertador. No es el propósito de este autor indagar en el asunto, aunque considero que el solo hecho de incorporarse a la contienda era evidentemente un paso patriótico.

⁸ De Carrión, “El desenvolvimiento social”, 1921, p. 14.

⁹ Orden General núm. 11, 1 de mayo de 1903, La Habana, en AIHC, Ejército, República de Cuba, Estado Mayor General, Departamento de Dirección, Sección de Información, p. 2.

¹⁰ Ferrer, *Con el rifle al hombro*, 2002, p. 176.

¹¹ Reglamento de la guardia rural de la isla de Cuba, La Habana, 1901, en AIHC, Ejército, República de Cuba, Estado Mayor General, Departamento de Dirección, Sección de Información.

¹² Los distritos militares eran una división territorial a los efectos del mando militar que casi siempre se correspondía con el territorio de una provincia, excepto el sexto y séptimo distritos militares, los cuales se encontraban en la ciudad de La Habana. Cada distrito militar generalmente contaba con un regimiento.

¹³ Primelles, *Crónica cubana*, 1915, p. 48.

¹⁴ El teniente coronel Walfredo I. Consuegra Consuegra combatió a los liberales en Las Villas, aunque los méritos en la captura de su líder José Miguel Gómez, en Caicaje, le pertenecieron al también teniente coronel Rosendo Collazo, cuyas tropas fueron las que finalmente lo capturaron. En la capital de la isla se le ofreció un recibimiento como “héroe de Caicaje” y hasta se le pretendió ofrecer un premio de 25 mil pesos.

¹⁵ Ley Orgánica del ejército, 1915, en AIHC, Ejército, República de Cuba, Estado Mayor General, Departamento de Dirección, Sección de Información, p. 2.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Machado mantuvo al coronel Alberto Herrera, el cual había sustituido como jefe del estado mayor del ejército a Rogerio Caballero durante el gobierno de Alfredo Zayas y le entregó el mando del Cuerpo de Aviación al coronel Julio Sanguily.

¹⁸ Decreto núm. 1956, La Habana, 15 de mayo de 1926, en AIHC, Ejército, República de Cuba, Estado Mayor General, Departamento de Dirección, Sección de Información, p. 4.

Cosme de la Torriente y Peraza: una visión sobre el derecho internacional durante la primera guerra

Paul Sarmiento Blanco

Entre 1917 y 1919 dentro de la actividad y el pensamiento político cubano encontramos un espacio poco estudiado: el Senado de la República. En su seno, una voz olvidada por los estudios historiográficos se enfrascó en revelar algunos argumentos controversiales con respecto a la participación del país en la primera guerra mundial.

Las particularidades que definen la concepción liberal de Cosme de la Torriente en este periodo sobre la participación de Cuba en la guerra se determinan por: su defensa de la entrada de Cuba en la primera guerra mundial y la firma del Tratado de Versalles, como hechos que corroboran la existencia y consolidación de la personalidad y vida internacional republicana; la formulación de su concepto sobre la cooperación internacional en el contexto de la guerra y primera posguerra, que permite destacar su confianza en el progreso de las relaciones internacionales cubanas a pesar del obstáculo de la Enmienda Platt y la adhesión de su pensamiento y gestión a determinadas dimensiones del incipiente derecho internacional como vías para demostrar la existencia de una personalidad jurídica internacional.

En este periodo, Torriente actuó como senador por la provincia de Matanzas. El Senado constituía la cámara alta del poder legislativo en Cuba. Ese órgano, surgió como resultado de la constitución de 1901 y se mantuvo activo como órgano de poder por más de cincuenta años con algunas interrupciones hasta el triunfo de la revolución en 1959. Cosme de la Torriente y Peraza fue elegido senador en las elecciones 1 de noviembre de 1916 por la

provincia de Matanzas. Tomó posesión del cargo el 4 de abril de 1917 y fue electo para un periodo de ocho años que expiró el primer lunes de abril de 1925.

En este órgano presidió la Comisión de Relaciones Exteriores, y al mismo tiempo se convirtió en presidente de la Comisión Nacional Cubana de Propaganda para la Guerra y de Auxilio a sus Víctimas, la cual aportó recursos a gobiernos beligerantes, perteneció a las sociedades de la Cruz Roja Internacional y a otras instituciones benéficas.

En lo concerniente a las relaciones internacionales de la república, una de las particularidades de su pensamiento lo constituyó la defensa de la entrada de Cuba en la primera guerra mundial y la posterior justificación de la rúbrica del Tratado de Versalles, componentes que sustentaban según su criterio el progreso de la isla en su personalidad jurídica internacional.

Al analizar la entrada de Cuba en la primera guerra mundial, no debemos perder de vista la relación del escenario internacional, las relaciones neocoloniales entre Estados Unidos y Cuba y la situación interna. La guerra como conflicto bélico y su impacto en Cuba ha sido analizada por historiadores cubanos como Jorge Ibarra Guitart, quien plantea la tesis de la sumisión abyecta de los cubanos a los criterios estadounidenses.¹ Por otra parte la profesora Francisca López Civeira, analiza el contexto político en el cual Cuba se inserta en la guerra y asume el criterio también de la sumisión absoluta a los intereses estadounidenses.

Esta autora defiende el criterio de que en el marco de la guerra, Cuba se vinculó al conflicto en su papel subordinado a Estados Unidos por lo que aportó lo que ese país demandaba. Esta situación impulsó el crecimiento azucarero de la isla y, con ello, las inversiones de capital estadounidense en ese sector. En el auge de las vacas gordas se consolidaba la estructura económica mono productora y mono exportadora, así como el control de su principal industria por el capital estadounidense. El auge económico consolidó los rasgos de una estructura económica deformada, al tiempo que profundizó la

dependencia respecto a Estados Unidos. Los efectos se verían muy rápidamente.²

Esta coyuntura favoreció el despliegue de determinadas concepciones políticas dentro de pensadores, políticos, senadores como Cosme de la Torriente. En una sesión extraordinaria del legislativo cubano se emitió una resolución conjunta a través de la cual se declaró la guerra a Alemania y la entrada de Cuba en el conflicto. En la aprobación de la misma jugó un papel esencial la voz del senador Torriente.

Posteriormente se declaró la guerra a Austria-Hungría, ante lo cual el Congreso emitió otra resolución conjunta que fue sancionada por Mario García Menocal.³ La resolución entre el Senado y la Cámara de Representantes del Congreso Cubano de abril de 1917 se apoyaba doctrinalmente en la concepción de la tutoría estadounidense y la gratitud del pueblo cubano ante el gobierno y pueblo estadounidense. Denunciaba además los desmanes del eje militar liderado por Alemania. Según este documento era deber internacional de Cuba apoyar la causa de los aliados y acompañar a Estados Unidos en la lucha por la justicia mundial.

Estados Unidos había tomado igual resolución, por lo cual el representante Campos Marquetti propuso que Cuba también declarara la guerra a Turquía y Bulgaria que no estaban en guerra con Estados Unidos; así Cuba demostraría a la comunidad internacional una cuota de independencia con respecto a los estadounidenses.⁴

Pero en el Senado de la República tuvo una amplia repercusión el discurso presentado por Cosme de la Torriente, “El estado de guerra entre la República de Cuba y el Imperio Austro-Húngaro”, el cual fue pronunciado en la sesión del 14 de diciembre de 1917:

Nuestro proceder ha sido el mismo seguido por los Estados Unidos [...] Cuba solo desea cooperar con los Estados Unidos y con las potencias aliadas para que las condiciones del mundo en el futuro hagan más fácil la vida de los pueblos como el nuestro; para que jamás otra vez un poder enorme como el del Imperio Alemán pueda estrangular la libertad y la independencia de las pequeñas nacionalidades; para que siempre la democracia reine y sea una verdad sobre la tierra; y para cuando

termine la guerra acaben también los gobiernos tiránicos como el germano. Cuba combatirá a este tipo de gobierno tiránico, no mandando soldados, sino ayudando con todos nuestros recursos a los pueblos que allá luchan.⁵

Esta posición ideológica de Torriente constituyó una interesante postura para notificar y apoyar la incorporación de Cuba al conflicto. No lo hizo Torriente desde posiciones guerreristas, sino asentándose en sólidos argumentos del derecho internacional que regían en aquellos momentos. Así, asumía su defensa teórica sobre la democracia y el tipo de gobierno liberal, en función de una posición política internacional republicana y la incorporación una vez más de la retórica de la gratitud. Por otro lado, mostraba una posición contradictoria acorde con los intereses de clase a los cuales representaba; su concepción de seguir el paradigma de Estados Unidos y de auxiliar con los aliados no salió del marco liberal burgués al cual representó.

Por otra parte, al hacer un balance del contexto histórico cubano no se debe soslayar el hecho de que los beneficios económicos para el capital estadounidense subyacentes en la participación de Cuba en la guerra, precisaban de la estabilidad interna en la isla; de ahí la alineación del gobierno de Woodrow Wilson con Menocal en todo el proceso de la insurrección liberal.

En la medida que transcurría el tiempo, los gestos estadounidenses de reprobación a los liberales y a sus jefes fueron incuestionables. Se planteó que, ante los graves acontecimientos mundiales, era necesario obviar las diferencias políticas, con lo que se hizo un llamado a aceptar los espurios resultados electorales favorables al menocalismo.

No se deben obviar en este análisis de pensamiento algunas de las medidas internas tomadas por el gobierno conservador de Menocal en función de la guerra: la formulación de una política represiva, tal como lo refleja la suspensión de las garantías constitucionales o la puesta en vigor de la vieja Ley de Orden Público de 1870, o el decreto 1900, del 27 de noviembre de 1917, por el cual se estableció una férrea censura postal —que el Departamento de Estado de Estados Unidos había solicitado a Menocal en nota del 20 de

noviembre—, y también a la prensa; se prohibió la circulación de cualquier escrito o dibujo que estimulara cualquier acto contrario o de indocilidad a la autoridad. Igualmente se intentó la aprobación de la ley estableciendo el servicio militar obligatorio, aunque no se logró hasta el 3 de agosto de 1918 por la fuerte oposición que concitó.⁶

En cuanto al desempeño particular de Cosme de la Torriente, desde su curul senatorial intervino en apoyo a un polémico proyecto de ley sobre el servicio militar obligatorio. Trató de promover esta impopular legislación con la intención de reclutar jóvenes cubanos con vista a su participación en la guerra. Sin embargo, el propio gobierno estadounidense se opuso a la misma, al presionar al gobierno cubano en cuanto a la que debía ser su parte alícuota en el conflicto: producir azúcar para los aliados.

La renuencia sobre el envío a Europa de un contingente de jóvenes cubanos provocó un debate nacional. Torriente era un férreo partidario de la participación de los mismos al conflicto, al considerarlo una portentosa ocasión para que Cuba revelase ante el mundo su soberanía, prestigio y reconocimiento internacional. Esto, además, según él, constituía un paso necesario para dejar atrás el lastre de la Enmienda Platt:

Los jóvenes cubanos deben tener el honor que se les presente esta ocasión de servir a la patria figurando en el Ejército [...]. Hasta que Cuba entró en esta guerra había en el mundo quienes creían que los cubanos no teníamos una verdadera libertad, una verdadera independencia, ni facultades para resolver sus asuntos internos. Y esa República que algunos han estimado algo recortada por las desgracias de la historia y por las torpezas de los propios cubanos, esa República que tiene en su único Tratado Permanente algunos preceptos, que si alguna vez se han estimado una garantía, en cambio, han servido, para que algunos tratadistas de derecho internacional, entiendan que nuestra nación tiene un poco restringida su soberanía, nunca habrá tenido mejor oportunidad que enviar a sus jóvenes hijos a luchar por la democracia para demostrar que puede vivir sin tales preceptos injerencistas.⁷

El senador suscitaba una errónea concepción idealista de que la participación de jóvenes cubanos en los campos de batallas europeos, pudieran influir en la decisión de Estados Unidos de limitar o eliminar la acción de la Enmienda Platt. Su visión inmolaría a esa generación, y ello constituía la

principal limitación de esa interpretación simplista del contexto cubano y la forma en que debía consolidarse la personalidad jurídica internacional republicana. Torriente quedaba atrapado en su idealismo liberal burgués al poner por encima de los intereses nacionales, alianzas concretas entre el imperialismo y el capital doméstico.

El gobierno de García Menocal recibiría tropas norteanas en territorio cubano, hipotéticamente con fines de entrenamiento, al igual que permitió la presencia de funcionarios de ese país en determinadas gestiones como el control de la censura. En este caso, el presidente había pedido el envío de un oficial estadounidense que implantara en Cuba el sistema de aquel país.⁸ Al sistematizar su tesis de la gratitud hacia los estadounidenses, Torriente señaló:

En 1898 nació la deuda de gratitud debido a los triunfos de cubanos y americanos que juntos derrotamos al colonialismo español. Esa deuda de gratitud nos hizo declarar la guerra a Alemania el pasado año. No podíamos proceder de otra manera; y esa declaración de guerra fue posible porque en la inmensa mayoría de nuestro pueblo aún estaba vivo el ideal que antes lo había llevado a luchar por la independencia y por la libertad, por la democracia y por la justicia, es decir por ideales y sentimientos que no mueren.⁹

De esta forma, su concepción de la gratitud se coronaba con la justificación de los ideales. Se debe tener presente que en este escenario político entre 1917-1918 era injustificable, concebir una Cuba al lado de Estados Unidos en el conflicto mundial, sin el sustento de la democracia y la libertad como eje del discurso liberal. La entrada de Cuba en el conflicto junto con los estadounidenses, no fue una muestra de sumisión total a Estados Unidos. Para un sector de la intelectualidad cubana la entrada de Cuba en el conflicto se sustentó en una retórica en la que, términos como “democracia” y “libertades”, prefiguraban la racionalidad del liberalismo triunfante, enarbolado y encauzado por la poderosa nación estadounidense.

Ellos consideraron que la entrada de Cuba en la guerra consolidaba su personalidad jurídica internacional, contribuía al prestigio de la república y podría servir de catalizador para la futura abrogación de la Enmienda Platt y el reajuste de las relaciones de Cuba con Estados Unidos.

Al seguir el derrotero de la concepción que ponderaba Torriente sobre personalidad internacional cubana en aquel contexto, el estadista cubano asumía un novedoso concepto sobre la cooperación internacional como eje de su discurso teórico y político para justificar la presencia de Cuba en el conflicto. En diciembre de 1917 pronunció la alocución “La cooperación de Cuba en la guerra”, la cual propició un debate para la aprobación del proyecto de ley sobre el tema. Volvió a revelar su consideración de que la entrada de los estadounidenses en el conflicto y tras ellos Cuba, no fue una cuestión de simple subordinación, sino una expresión de las estrechas relaciones de amistad que existían entre ambas naciones.¹⁰ Inclusive se refirió a:

Una obligación que no podemos dejar de cumplir: la de entrar con Estados Unidos en toda guerra que los afectare vitalmente como la actual. Pero además aunque no hubiera sucedido nada de lo que acabo de recordar, aunque la República de Cuba se hubiera fundado solo con el esfuerzo de sus hijos, nosotros no hubiéramos tampoco dejar de entrar en esta guerra como lo demuestra lo que está pasando con las otras repúblicas latinoamericanas que han tenido forzosamente, unas que acordarla siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos, y otras que rompieron sus relaciones con este, al extremo que quedaran muy pronto muy pocas o ninguna de ellas como neutrales.¹¹

Este discurso, pronunciado casualmente al regresar de Estados Unidos estaba inspirado en las ideas que le expresaron hombres de negocios y políticos de aquel país que, según él, estaban preocupados porque en Cuba no estallara otra revolución como la de 1906.¹²

El diplomático cubano justificaba su posición de que, en Cuba, con posterioridad a la *brava* electoral de 1917, nadie podría perturbar la paz social alcanzada por los cubanos, aun cuando la impronta del fraude todavía rondaba el escenario político y eso preocupaba a las autoridades estadounidenses.

Acudía una vez más al ejemplo de los estadounidenses como paradigma de la democracia mundial y su apoyo a la independencia cubana; defendía el criterio de que, aun cuando no existiera la deuda de gratitud, la república cubana hubiese entrado en la guerra por una cuestión humanitaria y de principios del derecho internacional existentes en aquellas circunstancias. Así dejaba una puerta abierta a la perspectiva de la soberanía cubana.

Por otra parte, asumió un profundo anti-germanismo al realizar un llamado público que enaltecía la confianza en los hombres públicos de la república y su visión de mantener la estabilidad interna a través de la democracia y la libertad:

Entre los cubanos que figuran en la vida pública no hay quien pueda perturbar el territorio de la República para así favorecer directa o indirectamente la causa del Gobierno Imperial Alemán. No hay cubano por menguado que sea, capaz de entenderse con el Gobierno alemán o con sus agentes —o con cualquiera de las naciones aliadas a este— para perturbar nuestro territorio y ayudar así a triunfar los ideales de nuestros enemigos que son contrarios a la democracia y la libertad.¹³

Dentro de su corpus teórico, Torriente establecía la relación entre personalidad jurídica, vida internacional de la república y el compromiso con la democracia y los valores de la libertad. Se trataba de un pensador que maduraba sus postulados teóricos; pero en su discurso persistía una línea reduccionista y excluyente al apartar a la mayoría de los ciudadanos cubanos de la vida pública, por cuanto el pueblo, en no poca medida analfabeto o semianalfabeto, no entendería las sinuosidades del entramado de un conflicto mundial como el que se libraba.

Asimismo, su concepción de que la cooperación internacional de Cuba en la guerra tenía una especificidad, no estaría centrada en hombres ni armas sino:

desarrollando hasta el grado que sea necesario nuestra producción azucarera, desarrollándola en condiciones tales y en tal cuantía que puedan necesitar las naciones aliadas para sus poblaciones en Europa o en América y para sus ejércitos, la encuentren aquí en grandes cantidades y a precios moderados, para que sus flotas mercantes no tengan que trasladarse a lugares remotos del globo en busca de una parte de ese indispensable recurso que es el azúcar. Y cooperaremos además si hacemos toda clase de esfuerzo para que el suelo cubano y su industria nacional puedan producir una cantidad de esos productos que aun importamos y que los americanos tienen que enviar a Europa para el sostenimiento de los ejércitos y de las poblaciones aliadas, productos que a diario luchamos para que se nos vendan en los Estados Unidos, siendo cada día mayores las dificultades que se presentan para su envío a Cuba [...] fortaleceremos así la unión de todos los cubanos por el triunfo de la causa aliada, que es la causa que ha llevado a Estados Unidos a la guerra, que será nuestro triunfo y a la vez implicará el fortalecimiento de la personalidad de la República.¹⁴

Estas ideas expresaron una amplitud de miras en las que se movió su labor diplomática, desde el incentivo al desarrollo de la industria azucarera hasta la diversificación de producciones nacionales; además propició un amplio debate senatorial sobre la cooperación de Cuba en el conflicto, cuestión que no simplificó al problema de armamentos y hombres.

Simultáneamente proponía a expensas del conflicto, preservar los mercados estadounidenses y eurooccidentales para el azúcar cubano, y conquistar el mercado interno para los productores nacionales de bienes de consumo, apartados del mismo por las importaciones estadounidenses a raíz del ejercicio del Tratado Comercial de 1902.

Teóricamente, Torriente se sustentó en las concepciones jurídicas de Gabriel Hanotaux (1853-1941), jurista, historiador y diplomático francés que desde principios del siglo xx desplegó una doctrina sobre cooperación internacional como eje esencial del desarrollo de la personalidad internacional de una nación. Hanotaux fue presidente de honor del Comité Francia-América (1918-1921) y tuvo grandes consideraciones con el servicio internacional prestado por Cuba a las víctimas de la primera guerra mundial. Por otro lado, se convirtió en uno de los teóricos fundamentales acerca de la cooperación internacional en la guerra y en la posguerra. Fue además uno de los diplomáticos europeos que reconoció el papel de Cuba en la vida internacional. Fue miembro de la Academia Francesa y dedicó parte de su obra teórica a los problemas internacionales. Hanotaux expresaba que:

le corresponde a los países pequeños y de efímera existencia en la vida internacional, desarrollar las potencialidades sobre la cooperación internacional; pero en el marco de un conflicto internacional como el que vivimos, no deben potenciar las pequeñas naciones, su mentalidad guerrerista, más bien deben buscar la conservación y venta de sus productos en los mercados que están en guerra [...].¹⁵

Este pensador y jurista francés jugó un papel importante en el discernimiento por parte de la diplomacia cubana de la dimensión humanista de la cooperación internacional. La esencia del pensamiento de Hanotaux consistía en no potenciar otros conflictos en medio de una guerra, sino

favorecer la exportación de bienes hacia el mercado internacional para contribuir a la formación de un amplio frente de productos que atenuaran la situación en el escenario del conflicto.

Al seguir este paradigma, Torriente pretendió favorecer a los capitales doméstico y —sobre todo— estadounidense con los efectos de la guerra, ya que este último controlaba la infraestructura de transporte, comunicaciones, almacenaje, accesos al mercado mundial, las compañías aseguradoras y las mayores unidades agroindustriales de la isla.

Cosme de la Torriente desplegaría otras ideas relacionadas con el derecho internacional orientadas hacia la consolidación de su visión sobre el progreso de la personalidad jurídica internacional de la República en el marco de una conflagración mundial. De este modo le prestaba atención a problemas internos que incidían en las relaciones internacionales republicanas. El 30 de julio de 1917, coincidiendo con el auge que experimentaba la exportación del azúcar cubano, Torriente se opuso sin éxito a una propuesta de ley a favor de la libre importación de braceros hasta dos años después de terminada la contienda bélica. En su discurso “Inmigraciones peligrosas” defendió que:

La inmigración libre de braceros antillanos afectará la composición étnica de la Nación... me opongo a la duración del plazo de residencia y a las repercusiones negativas que el ambiguo plan tendrá en los salarios de los cubanos... además me pregunto ¿Cómo las autoridades de inmigración harán para hacer salir esta incómoda población de la isla que en teoría es estacionaria pero que la práctica nos dirá que permanecerán en Cuba por mucho tiempo sin naturalizarse del todo, agravando los problemas sociales de Cuba como la desocupación.^{[16](#)}

Siguiendo el apotegma de que gobernar es poblar, separó los inmigrantes en peligrosos (los procedentes de las Antillas menores) y buenos (españoles y blancos) en general. Consideró que el inmigrante español debía ser protegido por las leyes cubanas para su permanencia y para la reproducción de su familia.

Acudía a argumentos utilizados por el pensamiento liberal cubano progresista del siglo XIX que abogaba por que la población blanca, pudiera cultivar y enaltecer la pequeña propiedad para equilibrar los efectos de la gran

propiedad, dejando sentado de paso su sentido racista en tanto representante del capital doméstico cubano.

En estas circunstancias, Torriente sistematizó otra concepción del derecho internacional que fraguó desde muy joven allá en la época que era el Ministro de Estado de Cuba en España entre 1903 y 1906: poner en práctica el criterio de acrecentamiento de la vida internacional cubana a través de la diversificación de las relaciones diplomáticas y culturales con otros países, concretamente Italia, Bélgica, Portugal, Venezuela y Uruguay.

El 16 de enero de 1918, Cosme de la Torriente pronunció en el Senado el discurso titulado “Cuba y el Uruguay”. El mismo se encaminaba a aprobar un proyecto de ley que planteó la necesidad de:

nombrar en Uruguay con residencia fija un Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la isla [...] es necesario recordar los tradicionales vínculos históricos que existen entre nuestra Patria y ese pequeño país de Suramérica [...] Aunque alguna vez existió un Embajador allí en Montevideo, desde hace tiempo realiza esas funciones el Primer Secretario, el cual actúa como Encargado de Negocios ad-interin.¹⁷

Este proyecto de ley fue aprobado el mismo día. Poco después con el apoyo de la cámara de representantes, Mario García Menocal creó el cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Cuba en Uruguay, extendiendo lo que Torriente consideraba la consolidación de la personalidad jurídica internacional de la república, en ese caso hacia el sur del continente.

Concretamente, promovía la idea de elevar al rango de embajada las legaciones de Cuba en varios países, aumentar el número de diplomáticos cubanos en ellos, e incentivar las celebraciones de los días de la fiesta nacional de esos países en Cuba. Divulgaba tanto su historia como su aporte a la lucha contra Alemania y sus aliados. Resaltaba los afanes por conseguir éxitos en la construcción de una democracia saludable y llamaba la atención sobre el apoyo de muchas de esas naciones a la independencia de Cuba. Por esto aprovechaba el marco de la guerra para promover sentimientos nacionales. En cuanto a un país como la lejana Bélgica expresaba:

El acto heroico, glorioso y sublime del pueblo belga oponiéndose al paso de los ejércitos alemanes por su territorio, puede decirse que salvó a la civilización que pertenecemos, la heroica resistencia de Bélgica permitió la recuperación de los franceses [...]. Proponemos además en este discurso declarar Día de Fiesta Nacional el 21 de julio por celebrarse el octogésimo octavo aniversario de la independencia de Bélgica.¹⁸

A partir de este discurso, la diplomacia cubana comenzó a considerar a Bélgica como nación amiga dentro de sus relaciones internacionales. En correspondencia con los vínculos cordiales que se establecieron con este país europeo, una céntrica calle habanera cambió su nombre por el de Avenida de Bélgica. El 21 de julio de 1918 se celebró por primera vez en Cuba el Día Nacional de Bélgica, y fue invitada a La Habana por iniciativa de Torriente una delegación militar.

Con anterioridad, el Senado de la República, a propuesta de Torriente, había declarado Día de Fiesta Nacional en 1918 las fechas de índole revolucionaria de Estados Unidos de América y Francia (4 de julio y 14 de julio respectivamente). Esta aspiración de ampliar las relaciones internacionales republicanas, era considerada como una muestra de la independencia de la política exterior cubana independientemente de la Enmienda Platt, y era a la vez un recurso diplomático para propiciar nuevas negociaciones con otros países.

A las relaciones con Italia, Portugal, Venezuela y Uruguay les dedicó también otros discursos a finales de 1918 y principios de 1919 con el mismo sentido de buscar la ampliación de la vida internacional de la República. Consultar para esto las actas del diario de sesiones del Senado de la República en diciembre de 1918 y febrero-marzo de 1919. Como ejemplo de lo anteriormente planteado tenemos un fragmento del discurso “Cuba e Italia”, pronunciado por Cosme de la Torriente en el Senado de la República el 24 de mayo de 1918:

Estimados senadores: Hemos escuchado con placer la hermosísima carta de nuestro compañero, el senador Ricardo Dolz; la misma es una muestra de que podemos trabajar por construir puentes con otros países y ampliar los que existen con otros. La nación italiana es uno de estos hermosos

ejemplos [...]. Propongo dirigir un mensaje al Senado italiano en este memorable día del tercer aniversario de entrada de esa poderosa nación en la Guerra, guerra en la cual nosotros hemos entrado también, para luchar por la libertad, por la democracia y por el derecho. En este saludo presentamos nuestro entusiasmo y admiración por esa gran nación, ya que nunca olvidaremos que en los días tristes posterior a la muerte de nuestro Lugar Teniente General Antonio Maceo, la Cámara de Diputados italiana hizo constar en sesión inolvidable su pesar por la muerte del héroe. Que hagamos expresión de estos sentimientos en el Mensaje, es algo en que todos los cubanos estaremos de acuerdo, porque Italia no es para nosotros solamente una nación generosa, que en un tiempo expresó su simpatía por nuestra libertad, sino además porque consagró en su parlamento un recuerdo a Maceo, nuestro gran Maceo; además Italia es la Madre de nuestra cultura latina [...]. Propongo además en gratitud a esto, enviar un Mensaje de solidaridad al Senado italiano y proponerles a nuestros hermanos de cultura en esa nación ampliar nuestros lazos diplomáticos; elevar el rango y jerarquía de nuestra legación en ese país para consolidar nuestra capacidad de actuar en la vida internacional.¹⁹

Para analizar la promoción por parte de Cosme de la Torriente del incipiente derecho humanitario es necesario recurrir a elementos teóricos e históricos, teniendo en cuenta el contexto que vivía la república cubana. Es meritorio aclarar que el Derecho Internacional Humanitario es una rama del Derecho Internacional Público que busca delimitar los efectos de los conflictos armados protegiendo a las personas que no participan directamente en los mismos o que han decidido dejar de hacerlo en el enfrentamiento, así como restringir y regular a través de normas la conducta en los conflictos armados, los medios y métodos de guerra a disposición de los combatientes. Se compone de una serie de normas, en su mayoría reflejadas en los Convenios de Ginebra de 1949 y sus protocolos adicionales.

El origen del mismo se remonta a las normas dictadas por las antiguas civilizaciones y religiones. La guerra siempre estuvo sujeta a ciertas leyes y costumbres. El más importante antecedente del Derecho Internacional Humanitario actual es el Tratado de Armisticio y Regularización de la Guerra, suscrito y ratificado en 1820 entre las autoridades del entonces gobierno de la Gran Colombia y el Jefe de las Fuerzas Expedicionarias de la Corona Española, en la ciudad venezolana de Santa Ana de Trujillo. Este Tratado fue suscrito en el marco del conflicto de la Independencia, siendo el primero en su género en

Occidente. El Derecho Internacional Humanitario irrumpió en las relaciones entre estados durante la segunda parte del siglo XIX como una réplica de la comunidad internacional a los horrores de la guerra que, como se ha dicho, eran normas internas o consuetudinarias hasta ese momento.

Suele considerarse el año 1864 como el del nacimiento de esta rama del derecho porque es en el que se celebró una Conferencia Diplomática en Suiza que concluyó con la firma del Convenio de Ginebra de 22 de agosto de 1864, para el mejoramiento de la suerte de los militares heridos de los ejércitos en campaña. Se trata del primer instrumento multilateral de Derecho Internacional Humanitario que nace como consecuencia de la acción del Comité de los Cinco (que da origen al Comité Internacional de Cruz Roja) que se constituyó a raíz de la publicación, en el año 1862, del libro *Recuerdo de Solferino* de Henry Dunant, verdadero precursor del Movimiento Internacional de la Cruz Roja, en el que relata una de las batallas más cruentas de la época donde los soldados heridos estaban condenados a morir porque los ejércitos carecían de servicios sanitarios o estos eran muy deficientes. A partir de entonces, en el siglo XIX, los Estados aceptaron un conjunto de normas basado en la amarga experiencia de la guerra moderna, que mantuvo un cuidadoso equilibrio entre las preocupaciones de carácter humanitario y las exigencias militares de los Estados.

En el caso cubano, y específicamente la figura investigada, es a principios del siglo XX, sobre todo durante la segunda década republicana en el marco de la primera guerra mundial (1914-1918) donde Cosme de la Torriente y Peraza como político, diplomático y senador de la república se interesa por la aplicación de determinadas normas de este aspecto del Derecho.

Como resultado del Proyecto de Ley de Cooperación Internacional propuesto por el senador Torriente, se creó en 1918 la Comisión Cubana de Propaganda por la Guerra y Auxilio a las Víctimas de la cual fue elegido Presidente. Aunque los trabajos de esa Comisión terminaron hacia 1920, de los dos millones cuatrocientos mil pesos anuales que se pidieron al Ejecutivo, se

invertieron un millón cien mil en el auxilio a las víctimas del conflicto mundial.

De ese total, Cuba le donó la mayor parte a Francia (trescientos mil), además de distribuir a iniciativa de Torriente en otros países como Bélgica, Italia, Estados Unidos, Gran Bretaña, Serbia y Grecia entre otros.²⁰ En una comunicación al Presidente del Comité de la Cruz Roja de Bélgica, Torriente le informó de una remesa a dicha institución ascendente a 17 482 85 francos, equivalentes en la época a 30 000 pesos cubanos.²¹

En diciembre de 1918, Torriente presentó en un discurso una propuesta a todas las potencias aliadas en la guerra contra los imperios centrales de Europa y a aquellas otras que rompieran sus relaciones diplomáticas y militares con los mismos, que concertaran la formación de una Asociación Internacional para la protección, amparo y educación de los niños desvalidos, “cuyos padres hubieran fallecido combatiendo en las filas de los aliados por la libertad del mundo”.²² El debate de la misma y su posterior aprobación por el Congreso tuvo un impacto internacional, sobre todo en países europeos como Francia, Bélgica e Inglaterra.

Fue una propuesta vital que mostró ante la comunidad internacional el progreso de la personalidad jurídica y el prestigio del servicio exterior cubano. Además, el senador matancero divulgó en ese discurso un amplio plan internacional que se sustentaba en el humanismo liberal en boga: “La protección a los huérfanos se extendería hasta la edad que pudieran valerse por sí mismo. Para lograr este empeño, se necesita la creación de un fondo internacional que afrontarían todos aquellos estados contratantes en la proporción y cuantía que permitieran su población, y su riqueza pública”.²³

Esta proposición fue enviada al Ministerio de Exteriores de Francia y causó gran impacto en la opinión pública de ese país y en otros países aliados. El pensamiento y la gestión diplomáticos de Torriente se fueron permeando de una concepción humanitaria según los preceptos del naciente Derecho Internacional Humanitario.

Gracias a la gestión humanitaria de Torriente se gestaron en Cuba escuelas y centros de atención a los niños huérfanos de la guerra que estuvieron diseminadas entre La Habana, Matanzas y Santa Clara. Fueron atendidos niños de Portugal, Francia, Venezuela y Bélgica. La esposa de Torriente, la señora Estela Broch colaboró en el proyecto y trabajó personalmente en un centro de atención a niños en La Habana.²⁴ El senador Torriente en ocasiones visitaba a los pequeños y charlaba con ellos sobre el peligro de la guerra y sus efectos nocivos para la educación de los jóvenes. Varios países que enviaron sus niños huérfanos a Cuba le declararon un profundo agradecimiento al ilustre cubano por ese gesto humanitario dentro de circunstancias tan funestas para las familias de muchos de esos infantes.

En este sentido, personalmente en 1919, Cosme de la Torriente pidió autorización ante el Senado de la República para recibir las condecoraciones que Francia, Venezuela, Portugal y Bélgica le concedieron por sus valiosos aportes al auxilio de las víctimas y sus acciones en favor de la paz mundial. Entre el 5 y el 23 de julio de 1919, Cosme de la Torriente recibió La Legión de Honor de Francia, la Gran Cruz de Orden de la Corona de Bélgica, la Gran Cruz de Honor de la Cruz Roja de Portugal, y la Orden del Libertador de Venezuela Simón Bolívar. El 15 de enero de 1923 recibió la Orden de la Estrella Polar, concedida por el Rey Gustavo V de Suecia por sus servicios a ese país durante la primera guerra mundial.

Otro de los elementos que tipificaron el pensamiento de Torriente sobre la participación de Cuba en la primera guerra mundial fue su insistencia en la adopción de un pacifismo posbélico peculiar: el apoyo cubano a la firma de convenios de paz. Así, al finalizar el conflicto mundial, Torriente se erigió en fiel defensor de la firma del Tratado de Versalles por parte de Cuba, aun cuando Estados Unidos se negaron a firmarlo. En el Senado cubano se produjo un intenso debate para establecer si la república cubana debía incorporarse a la firma del convenio.

El 17 de diciembre de 1919, Torriente pronunció el discurso “El Tratado de paz de Versalles”. Según su opinión, este acuerdo internacional ofrecía amplias posibilidades a la personalidad internacional de Cuba y a los intereses nacionales: “son solo los países libres los que pueden negociar tratados con las grandes y las pequeñas potencias y aprobarlos por medio de los representantes de su pueblo [...]”.²⁵

Consideraba que Cuba era una república independiente con capacidad para negociar internacionalmente sin la injerencia de potencias extranjeras. Esta tesis formaba ya parte de su doctrina de la personalidad internacional de la república. Por otro lado, su pensamiento, se movía hacia la defensa del fortalecimiento de esa posición internacional de Cuba, independientemente del criterio de los estadounidenses. Sobre esto, enfatizaba: “No estamos aquí para proceder conforme a lo que haga el Senado americano en defensa de lo que estima sus derechos como nosotros defendemos los nuestros y nuestro prestigio. Aquel como el congreso cubano solo está en estos momentos viendo lo que más conviene a los intereses del pueblo que representa”.²⁶

El discurso, promovía la autonomía del órgano legislativo cubano con respecto a su homólogo estadounidense, al utilizar el criterio de que la personalidad y el prestigio internacionales de Cuba sólo se alcanzarían distanciándose del injerencismo estadounidense. Por otra parte, insistió en diferenciar las posiciones de Cuba y Estados Unidos con respecto al tema de Versalles:

Al finalizar este gran conflicto bélico se conformó un nuevo orden mundial con la firma del Tratado de Versalles. En el Senado cubano tuvo lugar una relevante discusión para establecer si la República debía sumarse a la firma de ese convenio, en esa polémica se develaron los motivos por los cuales los Estados Unidos se oponían a ese acuerdo global. Algunos senadores de la isla estaban temerosos de posibles represalias por parte de Washington si no seguían su misma actuación y fue justo donde expuse la oportunidad que ofrecía ese convenio para los intereses cubanos.²⁷

Las divergencias entre Cuba y Estados Unidos en torno a la firma del Tratado de Versalles, no implicarían que la primera forzosamente tuviera que soportar la coerción del segundo. El presidente Wilson había contribuido a la

redacción del Tratado de Versalles, pero dentro de su propia nación tuvo que confrontar las reclamaciones adversas de poderosos círculos de poder. Aunque Wilson y los congresistas del Partido Demócrata defendieron la rúbrica del tratado, sectores influyentes del Partido Republicano no lo apoyaron, y fue esto lo que impidió la conquista de un consenso concretado en la firma del Ejecutivo estadounidense en el histórico convenio.

Wilson había participado en la confección inicial del Tratado, aunque existen estudiosos que afirman que fue el Primer Ministro de Francia, George Clemenceau quien asumió un protagonismo mayor en las negociaciones con Alemania y las potencias derrotadas. Clemenceau dejó fuera de lugar algunas de las propuestas británicas realizadas por su Primer Ministro Lloyd George y del propio Wilson.^{[28](#)}

Por su parte, el propio Torriente analizó con realismo aquella posición cubana que, según él, reforzaría desde posiciones nacionalistas la personalidad internacional de la república:

Cuando el Senado de los Estados Unidos se negaba a aceptar el Tratado de Versalles en 1918-1919 yo sostuve en Nuestra Alta Cámara en la que figuraba como senador por Matanzas y presidía su Comisión de Asuntos Exteriores que Cuba debía ratificarlo, no solo porque lo aceptaban la mayoría de las potencias aliadas y asociadas, sino porque en lo referente al pacto lo consideraba bueno, aunque susceptible de mejora en el futuro, eso lo asumí en el Senado en 1919 en variadas oportunidades y lo conversaba con mis compañeros de la Alta Cámara, tanto adversarios como de mi partido; además así como Cuba había entrado en la guerra porque lo estimaba en cumplimiento de una deuda de gratitud sagrada que habíamos contraído con los Estados Unidos [...] así también el mundo entero vería en nuestra actitud la demostración de nuestra capacidad para resolver nuestros propios destinos confirmándose con esa actuación nuestra personalidad y la soberanía del pueblo que muchos en el mundo creían ensombrecida y limitada por el Tratado Permanente que un día nos impusiera la Enmienda Platt.^{[29](#)}

No dejó de ser atrayente esta alocución en que se buscó armonizar simbióticamente dos posiciones antagónicas como son la vocación nacionalista en asuntos internacionales y la retórica de la dependencia. Agradeció una vez más a Estados Unidos por haber participado junto con ellos en el conflicto internacional, una postura original para mostrar los avances de la personalidad

internacional de la República; de la misma forma, Cuba firmó el Tratado de Versalles demostrando su personalidad internacional por encima de intereses de grupos económicos y políticos, en tanto se mantenía el argumento sobre la deuda de gratitud con Estados Unidos.

Fuentes

ARCHIVO

ANC Archivo Nacional de Cuba, La Habana

BIBLIOGRAFÍA

Hanotaoux, Gabriel, *Las bases de la cooperación internacional*, París, Editorial Rue-vam, 1918, pp. 3-12.

López Civeira, Francisca, *Cuba entre 1899 y 1959. Seis décadas de historia*, La Habana, Editorial Félix Varela, 2009, pp. 41-49.

Rodríguez García, Rolando, *República rigurosamente vigilada. De Menocal a Zayas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2011, t. I, pp. 234-267.

Tarle, Eugenio, *Historia de Europa (1870-1919)*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974 pp. 89-95.

Torriente y Peraza, Cosme de la, *Cuarenta años de mi vida*, La Habana, Imprenta El Siglo xx, 1938.

Torriente y Peraza, Cosme de la, *Cuba en la vida internacional*, La Habana, Imprenta El Siglo xx, 1922.

¹ Jorge R. Ibarra Guitart, “Tras una centuria: Cuba y la primera guerra mundial”, *Cuba Literaria*, 19 de agosto, 2014, en <<http://www.cubaliteraria.com/articuloc.php?idarticulo=17664&idcolumna=30>>. [Consulta: 28 de enero de 2018.]

- ² López, *Cuba entre 1899*, 2009, pp. 41-49.
- ³ Mario García Menocal, “Mensaje al Congreso de la República Declaración de Guerra a Austria Hungría”, 23 de abril de 1917, en Archivo Nacional de Cuba (en adelante ANC), Diario de Sesiones del Congreso de la República de Cuba, vol. Legislativo, leg. 7.
- ⁴ López, *Cuba entre 1899*, 2009, pp. 41-49.
- ⁵ Cosme de la Torriente, “El estado de guerra entre la República de Cuba y el Imperio Austro-Húngaro”, 14 de diciembre de 1917, en ANC, Diario de Sesiones del Congreso de la República de Cuba, vol. Legislativo, leg. 9.
- ⁶ López, *Cuba entre 1899*, 2009, pp. 41-49.
- ⁷ Cosme de la Torriente, “El servicio militar obligatorio”, 17 de junio de 1917, en ANC, Diario de Sesiones del Congreso de la República de Cuba, vol. Legislativo, leg. 11.
- ⁸ Rodríguez, *República rigurosamente*, 2011, t. I, pp. 234-267.
- ⁹ Cosme de la Torriente, “Cuba, la guerra y el gobierno de unidad nacional”, 8 de febrero de 1918, en ANC, Diario de Sesiones del Congreso de la República de Cuba, vol. Legislativo, leg. 8.
- ¹⁰ Cosme de la Torriente, “La cooperación de Cuba en la guerra”, 17 de diciembre de 1917, en ANC, Diario de Sesiones del Congreso de la República de Cuba, vol. Legislativo, leg. 12.
- ¹¹ *Ibid.*
- ¹² *Ibid.*
- ¹³ *Ibid.*
- ¹⁴ *Ibid.*
- ¹⁵ Hanotaux, *Las bases de la cooperación*, 1918, pp. 3-12.
- ¹⁶ Cosme de la Torriente, “Inmigraciones peligrosas”, 30 de julio de 1917, en ANC, Diario de Sesiones del Congreso de la República de Cuba, vol. Legislativo, leg. 10.
- ¹⁷ Cosme de la Torriente, “Cuba y el Uruguay”, 16 de enero de 1918, en ANC, Diario de Sesiones del Congreso de la República de Cuba, año 1918, vol. Legislativo, leg. 8.
- ¹⁸ Discurso de Cosme de la Torriente, “Cuba y Bélgica”, 18 de julio de 1918, en ANC, Diario de Sesiones del Congreso de la República de Cuba, vol. Legislativo, leg. 12.
- ¹⁹ Cosme de la Torriente, “Cuba e Italia”, 24 de mayo de 1918, en ANC, Diario de Sesiones del Congreso de la República de Cuba, vol. Legislativo, leg. 12.
- ²⁰ Torriente, *Cuba en la vida*, 1922, pp. 45-46.
- ²¹ *Ibid.*, p. 91.
- ²² *Ibid.*
- ²³ *Ibid.*
- ²⁴ Torriente, *Cuarenta años*, 1938, pp. 122-125.
- ²⁵ Torriente, *Cuba en la vida*, 1922, p. 156.
- ²⁶ *Ibid.*, p. 189.

[27](#) *Ibid.*

[28](#) Tarle, *Historia de Europa*, 1974, pp. 89-95.

[29](#) Torriente, *Cuba en la vida*, 1922, pp. 234-235.

El Caribe, la segunda guerra y las estrategias de la revista *National Geographic*

Laura Muñoz

*A camera mounted on a P-38
often has proved to be more value
than a P-38 with guns.*

General H.H. Arnold

*Cameras and film have become
as essential in this war as guns
and bullets, on some occasions more so.*

F. Barrows Colton

Cuando pensamos en la segunda guerra mundial, tendemos a imaginarnos combates entre los ejércitos enemigos desplazándose en territorio europeo o en los bombardeos en el Pacífico. Reparamos también en el uso de equipo militar pesado, en tanques, cañones, aviones y transportadores navales. En esta mirada mucho se debe a las imágenes presentadas por las revistas de amplia circulación, como la *National Geographic Magazine*. En aquella conflagración, la región del Caribe fue un escenario importante de la guerra. Más allá de la presencia de submarinos alemanes en sus aguas y del hundimiento de barcos en la zona del Golfo de México, hubo otras formas en las que los países de la región y sus poblaciones participaron. Lo hicieron produciendo materias primas necesarias y, principalmente, convirtiéndose en el escudo protector del

continente. En las páginas que siguen, me interesa examinar la labor de la revista *National Geographic* y su contribución a la contienda bélica como una máquina representacional —de acuerdo con la propuesta de Ricardo Salvatore—,¹ como una productora de imágenes que da cuenta de cómo Estados Unidos ostentó una infraestructura militar adecuada para defender el área vulnerable desde el sur de su territorio, el Golfo de México y el mar Caribe, y de manera especial el Canal de Panamá, con lo que se puede hablar, también, de la defensa de la costa este norteamericana.

La segunda guerra llega a las páginas de la revista

En octubre de 1939, a unas semanas de la invasión alemana a Polonia, la revista publicó una *photograph-story*,² con 8 fotografías a página completa, titulada “War clouds over Danzig and Poland’s Port” y un “timely map” de Europa central y del Mediterráneo, actualizado al primero de septiembre. Fue el comienzo de la serie de artículos dedicados al conflicto que los lectores de la revista pudieron seguir. En noviembre, un nuevo artículo sobre la ciudad-puerto de Danzig incluye algunas fotografías de tropas de asalto alemanas. En el siguiente número, en diciembre, ya aparece el Caribe atrincherándose. Aunque Estados Unidos estaba lejos de formar parte del conflicto, a lo largo de ese año había llevado a cabo importantes preparativos militares.³ En ese último artículo de 1939, la revista hace referencia a ellos.

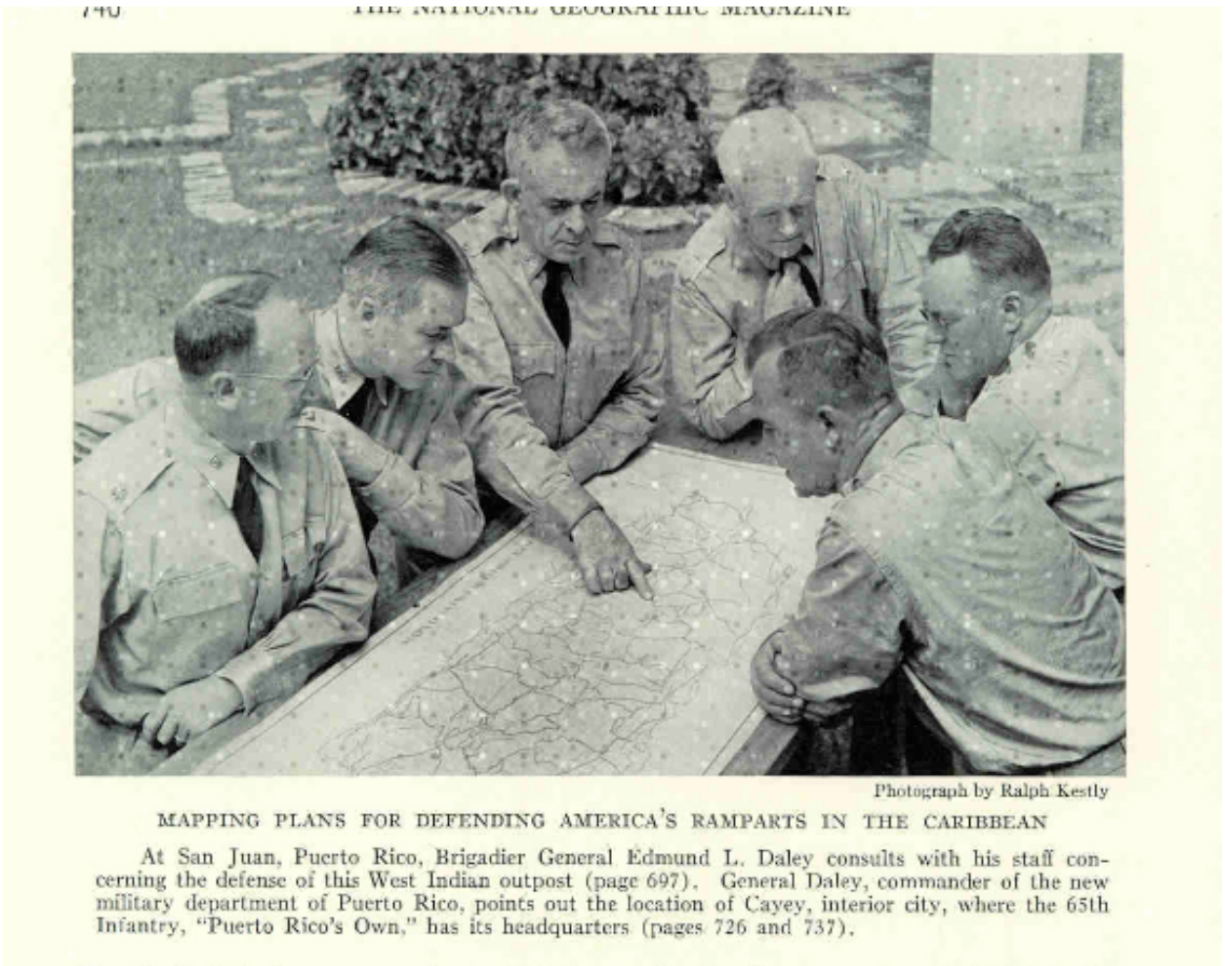
Se trata de un texto dedicado a Puerto Rico que abre el número, patentizando la importancia estratégica de la región en la defensa continental.⁴ El autor, John E. Long en ese entonces teniente comandante (Lieutenant Commander) en la reserva de la Marina de Estados Unidos,⁵ era miembro del consejo editorial de la revista. El texto es bastante largo, pero lo que quiero destacar aquí, es el uso y contenido de las fotografías que incluye. Con cinco de ellas, de las 48 que contiene, y unos cuantos comentarios en el texto se sugiere la transformación que durante los meses anteriores había vivido la isla con el establecimiento de una cadena de bases militares, que la convertían en el “perro

guardián” de los intereses estadounidenses en la región. A esas cinco fotografías de contenido militar debe añadirse una más, que encabeza la nota incluida al terminar el artículo, en la que Puerto Rico es considerado el “corazón del hemisferio”. Alternando esas pocas fotografías con muchas otras que muestran escenas de la vida en la isla se logra, sin embargo, que los lectores perciban el despliegue militar que se vive. Es decir, con la ayuda de seis fotografías, unos cuantos pies de foto y pocos títulos y subtítulos, la conclusión del lector es contundente: Puerto Rico reúne las condiciones para desempeñarse como el vigilante de la región.

Como he señalado en otro texto, el despliegue de esas fotografías inicia y cierra con imágenes que llevan la mirada del observador a elementos que constituyen el centro del mensaje: en la primera es la figura del almirante William Leahy y la bandera de Estados Unidos, y en la última, es un mapa de Puerto Rico que atrae la atención de un grupo de militares sentados a su alrededor.⁶ Leahy, además de ser gran parte de su vida consejero de Franklin D. Roosevelt, fue el encargado de las maniobras de la armada estadounidense en el Caribe durante ese año, antes de ser nombrado gobernador de Puerto Rico.⁷ En la sexta imagen comentada, el general brigadier Edmund L. Daley, comandante del departamento militar de la isla, muestra en el mapa la población de Cayey, localidad en la que se encontraban los cuarteles generales del regimiento 65 de infantería, el destacamento militar de Puerto Rico, integrado por soldados puertorriqueños. Entre una y otra fotografía, el lector encuentra las tomas aéreas que muestran un sobrevuelo a San Juan y los fundamentos de la nueva base de la patrulla neutral al lado de las instalaciones de Pan American; una vista de la bahía captada por Edwin L. Wisherd —uno de los fotógrafos de planta del equipo National Geographic— en la que están emplazados barcos de guerra; y, por último, una escena de un ejercicio militar del regimiento 65 de infantería.

En los tres números de 1939 a que he hecho referencia, destacan dos elementos: el uso de fotografías que sugieren el tema de la guerra, sin mostrar

abiertamente un enfrentamiento, y la inclusión de mapas actualizados. Podemos afirmar, entonces, que en esos tres números están ya incluidas las que serán las “armas” más utilizadas por la *National Geographic Magazine* para contribuir al esfuerzo bélico. A partir de ahí, la narración de la revista irá intercalando paulatinamente fotografías y dibujos con mapas detallados, focalizado cada uno de ellos en áreas específicas. Con esa combinación irá mostrando la militarización, los estragos de la contienda y la incorporación posterior de Estados Unidos a la causa de los aliados. Y cuando esto último sucede, exhibirá el imponente aparato desarrollado para transformarse en el “mightiest arsenal the world has ever known”.⁸



Fuente: "A Heart of an Hemisphere", 1939, p. 740.

De 1939 a 1945, los casi cinco millones de lectores de *National Geographic*,² encontrarán continuamente artículos que hablan de la preparación militar, del adiestramiento de los ejércitos británico, francés y estadounidense, especialmente de este último, y de cómo lucharon hasta obtener la victoria. Algunos aludirán al desarrollo de las industrias y al abastecimiento en diversos órdenes, como pasos firmes para lograr la victoria. Hay artículos sobre fotografía aérea, que explican cómo sirve ésta a la conflagración; otros

que hacen referencia a la aviación comercial y a la de guerra; varios más que “acompañan” a los soldados en su vida en los destacamentos, ya sea en tierra o en sus embarcaciones. Asimismo, como he dicho ya, los lectores encontraron mapas de todo el mundo, reelaborados con mayor detalle y precisión. Algunos acompañados de notas que los explican, como fue el caso del mencionado líneas arriba y dedicado al Caribe.

Aunque no muestren la crudeza de los enfrentamientos, los artículos hablan de estos en diversas partes del globo. Hay referencias a la aviación, la nueva reina de los mares, o se hace propaganda velada o abiertamente a la causa estadounidense. Tanto Gilbert Grosvernor, el editor en jefe de la revista, como su hijo, Melville B., se sumaron a esa campaña propagandística con varios artículos. Los fotógrafos de la plantilla de *National Geographic Magazine*, por su parte, dejaron su testimonio a través de cientos de imágenes. *Uncle Sam*, como una herramienta de propaganda para la guerra, aparece mencionado o dibujado en diferentes ocasiones —por ejemplo, en Samoa, base de su marina, pero también en otros puntos considerados claves. Lo que observamos en esa secuencia de artículos es el retrato, por entregas, de un mundo en guerra, tanto como el esfuerzo del equipo de la revista por colaborar divulgando información para educar a los lectores, para fortalecer su conciencia patriótica y para generar sentimientos de empatía y solidaridad con su país y con sus soldados.

Una de las conclusiones a las que llega el lector, es que a la revista le interesaba, sobre todo, mostrar la preparación de Estados Unidos, cómo se organizaba el apoyo en el país, el adiestramiento de sus soldados y la relevancia que adquiriría la aviación, así como los preparativos de la marina, con equipo militar, para acompañar ese desarrollo.

Incluso los anuncios comerciales resaltaban el soporte que diversas compañías daban a las fuerzas militares. Esa mirada que apunta a mostrar cómo se va abasteciendo el ejército se ofrece también cuando se hace referencia al ejército británico o cuando se habla del de Francia en África occidental. En conjunto, esos artículos que recorren diferentes lugares de Europa, África y el

Pacífico para mostrar un mundo en guerra privilegian las imágenes de fuerzas militares bien pertrechadas, entusiastas y humanas, listas para pelear en cualquier lugar, rodeadas de nieve o en el desierto, pero interesadas igualmente en reír, conversar, cantar, bailar y distraerse. Con estas imágenes, y como una máquina productora de representaciones, la revista contribuía divulgando entre la población un sentimiento de tranquilidad porque estaba protegida, luego un ánimo solidario, de apoyo a la causa de la libertad, o, según otro momento, de confianza en la victoria.

Un análisis detallado acerca de esa mirada hace falta todavía. Aquí nos concentramos en las referencias a la guerra y a la región del Caribe que ofreció la revista a lo largo de esos seis años.

La revista y sus armas

*Without pictures taken from the air,
our bombing would be less effective [...]
our ground armies would be blind, our
artillery fire inaccurate. Without maps
made on the spot from aerial photographs,
our campaigns in remote and little-known regions would be far more difficult.*

F. Barrows Colton

Dos son las armas, por excelencia, de *National Geographic Magazine* en esos años: el despliegue de fotografías de diversos tamaños en blanco y negro y a color, y la reelaboración actualizada de mapas de todo el mundo, en los que se resaltan áreas específicas. Con esas dos armas, la revista dio sus batallas y generó los discursos que propagó en los 6 años examinados. Se trata en ambos casos de documentos repletos de información, de acervos itinerantes que sirvieron para respaldar acciones en diferentes lugares. De acuerdo con F. Barrows Colton, el enorme archivo de fotografías contenía imágenes de ciudades, de puentes, aeropuertos, muelles, puertos, playas, lagos, ríos y fueron “consulted before important military operations”.^{[10](#)}

El volumen de imágenes de todo el mundo que los fotógrafos de la *National Geographic Magazine* habían reunido, sin tener como objetivo usarse en una guerra, adquirió valor militar. Esas imágenes más las recolectadas en esos años, sirvieron también para mejorar la precisión de los mapas. Muchas de ellas, a las que se sumaron otras tomadas por oficiales de la US Navy, del US Army Signal Corps y por militares británicos fueron utilizadas en los artículos que publicó la revista en ese periodo. Si la revista ofreció sus fotografías al ejército, este también le proporcionó otras tantas. Más tarde, cuando Estados Unidos se incorporó a la guerra, los fotógrafos de la National Geographic Society cumplieron tareas especializadas en el ejército y en la marina.



Imagen que muestra cómo usaban las cámaras de mano.

Fuente: Colton, "How We Fight", 1944, p. 259.

Dos artículos publicados en la revista son esenciales para conocer cómo se usó la fotografía para pelear. El primero, de junio de 1940, hace referencia a la importancia de la fotografía aérea a color convertida en arma de guerra, porque “penetrates the veil of camouflage”.¹¹ Diez años antes, Melville B. Grosvenor, había empezado a probar las primeras fotografías a color desde el aire “because of their potential value in the study of camouflaged areas, ships and guns emplacements”.¹²

El segundo, de septiembre de 1944, explica las ventajas de usar fotografías para diseñar ataques y conocer los movimientos de los enemigos.¹³ Los pilotos fotógrafos, volando a seis millas de altura y a una velocidad de 300 a 400 millas por hora podían captar imágenes muy nítidas: “With high speed emulsion film, special lenses and filters that help penetrate haze, they can photograph objects on the ground that the human eye could not possibly see from such a height”.¹⁴

El artículo explica con detalle los procedimientos seguidos para tomar y revelar las fotografías, así como las condiciones en las que debían trabajar los pilotos camarógrafos y fotógrafos, ya fuera en climas tropicales o en el desierto. El desarrollo de la fotografía permitía tomas en la oscuridad, nitidez en las capturas desde gran altura o captar objetivos mediante un periscopio. Era posible detectar deficiencias vitamínicas en las que se tomaban a los ojos de los soldados; se podían hacer microfilms de *blueprints* que permitían su reproducción y su transporte con gran rapidez, contribuyendo así a la reparación más expedita de embarcaciones. En el ejército y la marina había intérpretes de fotografías. Para ellos, cada fotografía estaba “full of information”, podían medir la altura de los edificios, la profundidad de los diques, si las vías eran de dimensiones estándar o más angostas. Esos profesionales podían señalar qué tipo de aviones o de embarcaciones aparecían en la fotografía, aunque su tamaño fuera minúsculo en ella, y conseguían identificar edificios industriales, destacamentos camuflados, e incluso ubicar los sitios donde se podría rescatar a soldados en dificultades.¹⁵

El uso de película fue de tal magnitud que, al hablar de la producción de la compañía Eastman Kodak de rollos para ser usados en la guerra, se afirma que en casi dos años, desde Pearl Harbor, diciembre de 1941, esta había producido suficiente “to make an strip two and quarter inches wide extendign four times around the earth”.¹⁶ De ahí que los fotógrafos aficionados no pudieran encontrar ese material para comprarlo, pero, decía Colton, “that film you can’t buy is literally saving lives on the battle fronts”.¹⁷ Las películas se usaban también para los entrenamientos, “from how to salute to how to repair an Army truck or machine gun”.¹⁸ Según los expertos, su uso reducía el tiempo de este hasta en un 30%, una cifra significativa si había que movilizar a miles de hombres y mujeres en servicio.¹⁹

Por otra parte, la fotografía aérea fue un elemento vital para la elaboración y perfección de los mapas, la segunda de las armas utilizadas a gran escala por la National Geographic Society:

Making maps from aerial photographs is quicker, easier, and in many ways more accurate than by any other method. If you’ve ever flown in a plane, you know that the country below looks like a map. All that’s necessary is photograph it. The only drawback is that, on an aerial photograph, distances and shapes of objects are slightly distorted everywhere except in the center of the picture. Map makers, however, know to correct for this distortion; so it is not serious handicap.²⁰

El tono usado en la narración hace sentir confianza al lector. Hay dificultades que enfrentar, pero se pueden solucionar fácilmente. Todo parece sencillo. Las imágenes de los soldados en acción para tomar y revelar su material generan una sensación de optimismo, el texto habla de su heroísmo. El contenido de las imágenes apela a los sentidos. El tono del discurso y las palabras usadas, resultan un excelente dispositivo para crear empatía, tarea central de la revista en su objetivo de contribuir al esfuerzo de su país durante esos años de confrontación.

De 1939 a 1945, la National Geographic Society elaboró y reelaboró mapas que reprodujo y distribuyó por toneladas. Cada año, solamente de los enormes, exhaustivos y autorizados mapas a color distribuyó seis millones de

copias.^{[21](#)} Fue una masiva producción para la guerra. Una guerra, decía Grosvenor, diferente a las del pasado, no sólo por sus métodos y armas, sino por su geografía. Los mapas permitían a los soldados guiarse y ubicar objetivos y a los lectores seguir a su ejército. Los cartógrafos de la National Geographic Society aseguraron el suministro de mapas con una “living geography”.^{[22](#)} Además, de los mapas para los periódicos y las escuelas.



Fuente: Grosvenor, "Maps for Victory", 1942, p. 670.



Drawings for Each Map Have to Be Tied Down for Photographing

One sheet (lower right) shows parallels, meridians, place names, subways, and other marks of value to the cartographer. Another shows relief by hatched lines (see sketches—400 man-hours of work). A third shows drainage; a fourth the roads. Drawings are made in sections so several experts can work on them at once.



One of the Drawings for the Map Gets Its Picture Taken

Pittman's camera photographs a National Geographic map on a single plate. She takes pictures 6 feet square.



Writer's Magic Touch Reveals the Map Developed on a Metal Plate

After a varnished plate of aluminum or zinc has been exposed to light under the photographic negative, it is coated with heavy ink and put under the tape. Writer describes the coating when light has not struck, but does not affect the light-kissed areas. Photo of A. H. Root and Company, National Geographic map printers.



Locked on the Big Rotary Presses, the Plates Are Ready to Start Rolling

Printing is by offset process. Impression is transferred from plate to rubber roller (lower), thence to paper.

Cuatro imágenes que muestran el proceso de elaboración de los mapas en la Sociedad National Geographic. El Caribe aparece en todos ellos. Fuente: Grosvenor, "Maps for Victory", 1942, pp. 678-679.

Igual que en los artículos sobre la fotografía como arma, los dos dedicados a los mapas, apelaron a los sentimientos del espectador. Tanto en el discurso visual como en el texto se habla de profesionalismo, de compromiso, de entusiasmo y optimismo por la labor de Estados Unidos en la defensa de la

causa de la libertad. El Caribe y sus mapas aparecen varias veces en las fotografías que “ilustran”, término que usaba la revista, esos artículos.

De los 10 grandes mapas insertados en los números del periodo estudiado, algunos iban acompañados de una nota explicativa. Entre ellos, como he dicho, el mapa del Caribe de diciembre de 1939. La nota aparece como un pequeño artículo en el que se contextualiza la importancia de la región y el papel que estaba adquiriendo Puerto Rico como una zona estratégica: el corazón del hemisferio con sus arterias convergiendo en el canal de Panamá.

Siendo una región tan importante, la revista le dedicará en los siguientes años varios artículos ¿Cómo usó la revista sus armas en la construcción de la imagen del arco defensivo en el Caribe? ¿Cuáles fotografías fueron utilizadas para dar cuenta del proceso de militarización en la región? ¿Qué tipo de mapas se publicaron? ¿Qué nos dicen esos mapas y esas fotografías publicadas acerca de esa región estratégica, el corazón del hemisferio?

El bastión militar caribeño en National Geographic

Trece fueron los artículos en los que la revista *National Geographic* se refirió en esos años a la región del Caribe donde se establecieron bases militares de Estados Unidos, ya fuera en sus territorios, como Puerto Rico y las Islas Vírgenes, o bajo otro dominio.²³ Cuba fue la única isla de la que no hubo un artículo, no obstante que una base aérea para operaciones contra submarinos alemanes en el Golfo de México se construyó en San Antonio de los Baños, cerca de La Habana, y que se hicieron arreglos en la pista de la Pan American en San Julián, Pinar del Río, que se convirtió en base aérea.²⁴ Es posible que la explicación haya sido que Guantánamo perdiera importancia frente a la base naval de Roosevelt Roads en Puerto Rico y que esta última se convirtiera en el eje de la presencia militar estadounidense en el área.²⁵ Dentro de esa serie se publicó uno sobre el canal de Panamá en 1941 y otro dedicado al Golfo de México, en 1944, cuando ya había pasado el mayor peligro en el área por los

ataques de los submarinos alemanes en sus aguas, particularmente intensos en la primera mitad de 1942. Este último que se inscribe mejor en el soporte a las actividades estadounidenses en Europa.²⁶

Al lado de una imagen del Caribe como bastión militar encontramos en esos artículos suficiente material fotográfico que destaca la existencia de una infraestructura adecuada para sostener el aparato militar por su producción de materias primas y bienes industriales. Esta será la tónica desde el primero de ellos que habla de Puerto Rico y que el lector verá en todos los siguientes.

¿Cómo leer las imágenes que encontramos en estos artículos? Son documentos que aportan mucha información. Empecemos por algunas de las de Puerto Rico. Por ejemplo, la titulada “U. S. S. ‘Wyoming’ steams out of San Juan harbor skirting a sentry box atop the old city Wall”, habla de los preparativos militares que desde 1938 estaba haciendo Estados Unidos en el área.²⁷ En la imagen, de E. L. Wisherd y © de National Geographic Society, a color y página entera, la composición obliga a centrar la mirada en el segundo plano, en el que un barco de guerra estadounidense aparece en el horizonte medio, desplazándose en la bahía.²⁸ El título y el pie de foto lo identifican como el *USS Wyoming*, una de las embarcaciones de la marina estadounidense participante en las maniobras de la armada durante el invierno de 1938. Ese barco, sabemos por otras fuentes, fue el que usaron el presidente Roosevelt y el almirante Leahy para recorrer las islas del Caribe con el objetivo de ubicar los mejores lugares para emplazar bases militares.²⁹ Es decir, la imagen y su pie de foto dan cuenta del proceso de preparación militar que llevaba a cabo Estados Unidos fortaleciendo su seguridad en la región y base para emerger como poder regional tras la conflagración mundial. En otra imagen, en blanco y negro, de la compañía Wide World Photo, el lector se coloca por encima de los aviones que sobrevuelan la ciudad de San Juan, como si pudiera atestiguar que se vigila desde el aire. De media página, es la segunda en el artículo, colocada inmediatamente después de la que muestra al almirante Leahy saludando desde el capitolio en San Juan.³⁰ A partir de este artículo dedicado a Puerto Rico el

lector recibirá un mensaje tranquilizador. Estados Unidos había previsto proteger al arco antillano proveyéndolo de bases militares, aún antes de que Francia y Gran Bretaña le declararan la guerra a Alemania.

En el mismo número que ese artículo circuló el mapa, de 24 × 41 pulgadas, “Mexico, Central America and the West Indies”, con el mismo título de uno anterior impreso en 1934. De hecho, es una reedición de aquel con mejoras que proporcionan más referencias y datos (aparecían 5 600 lugares). Mostraba a todas las islas de la región, “a noteworthy feature, since most maps of this continent cut off part of that important island area”, aseguraba Grosvenor.³¹ El mapa contaba con un índice alfabético de lugares clave, con descripciones de la geografía de esas áreas e incluía inserciones a mayor escala de Cuba, la zona del canal, las islas Bermuda, Jamaica, St. Thomas, Puerto Rico y las Islas Vírgenes. Compilado y dibujado por la sección cartográfica de la National Geographic Society, conforme a la proyección cónica, contiene pequeñas cápsulas informativas en letras rojas, por ejemplo, en la bahía de Santiago de Cuba, dice “Chief scene of action spanishamerican war 1898”. Fue un mapa muy utilizado por la aviación estadounidense. Así lo confirmó, después de usarlo en sus recorridos a la zona del Canal de Panamá, el teniente general H. H. Arnold, Deputy Chief of Staff for Air, quien fue miembro del *Board of Trustees* de la National Geographic Society y amigo personal de Gilbert G. Grosvenor.³²



“Mexico, Central America and the West Indies”. Mapa de 24X41 pulgadas, que muestra toda la región caribeña con recuadros amplificando la imagen de lugares estratégicos. Fuente: National Geographic Magazine, December, 1939.

Un segundo artículo referente a las Islas Vírgenes corrobora esa doble imagen propuesta en las páginas de la revista para mirar a la región. Publicado en septiembre de 1940, el artículo también abre el número.³³ Hablando de Charlotte Amalie, reconoce su aire cosmopolita al que se añadía la presencia de uniformados en kaki. Estos soldados estaban asentados a dos millas al oeste, en la bahía de Lindbergh, en la base aérea de los Marines. Los autores afirman que los pobladores no se sentían afectados por las maniobras cotidianas que se llevaban a cabo en los constantes recorridos por las islas caribeñas, o en los viajes rutinarios a St. Croix, Puerto Rico o Vieques, más bien, los veían con entusiasmo porque eran buenos consumidores en el mercado local. Llamen la atención dos fotografías a color, ambas de E. L. Wisherd, que permiten al lector observar a los Marines. En una, a página completa, “groom their silvery sky steeds for flight”, en Bourne Field, entonces la única base aérea fuera de territorio continental estadounidense.³⁴ Al final del periodo las fotografías

incluidas en los artículos mostrarán cómo se construyó la cadena de bases en las islas. La segunda fotografía, de media página, es de una escena con Marines, dos de ellos regateando a una vendedora callejera.³⁵ La idea transmitida es que esos profesionales, al cuidado del equipo militar, son también seres humanos, cercanos al lector. El resto de las fotografías muestran que en tiempos de paz las Vírgenes eran lugares de recreo y productoras de azúcar. Profusamente ilustrado, el artículo lleva un mapa dibujado en blanco y negro, sin crédito, que muestra la ubicación estratégica de las islas en la ruta de Europa al Canal de Panamá. La nota al pie afirma que una mirada al mapa muestra por qué Estados Unidos desde antes quería pagarle una gran suma a Dinamarca por usarlas como base naval. Además de controlar el importante paso Anegada, constituyen el baluarte más oriental que flanquearía a cualquier flota que se aproximara a las costas de Estados Unidos.³⁶

Dos meses después, Saba aparece como un tesoro de las Antillas en el segundo de los artículos del número de noviembre de 1940.³⁷ Por su contenido, el lector no encuentra elementos para colocarlo al lado de los otros que hablan del proceso de militarización de la región, pero la explicación a que se incluyera se encuentra en la posición estratégica de Saba en la ruta diaria de los aviones y del patrullaje de la marina estadounidense. Esa importante ubicación se muestra al final del artículo en el mapa titulado “Military outpost leased from Britain put new teeth in Uncle Sam’s Defenses”, dibujado por Ralph E. McAleer,³⁸ en el que se la ve como el punto estratégico más pequeño del Caribe holandés. El mapa despliega en una formación que semeja un creciente la localización de las nuevas bases: la de St. John al norte; Bermuda, y las situadas más al sur, Guantánamo, Punta Borinquen, San Juan y St. Thomas. El artículo fue publicado casi inmediatamente después de que se difundió la noticia del acuerdo celebrado entre Gran Bretaña y Estados Unidos, por el cual la primera le arrendaría por 99 años terrenos en sus territorios coloniales, a cambio de 50 destructores reconstruidos. Después de ese acuerdo, pequeñas instalaciones aéreas y navales se construyeron en Antigua, Bahamas, Bermudas,

Jamaica, Santa Lucía y Guayana Británica. A continuación, la revista publicará artículos sobre esos territorios.

El mapa, además, es la introducción a un nuevo apartado titulado “America’s New Crescent of Defense”, otra *photograph-story*, en la que la narración constata al Caribe como lugar ideal para las bases aéreas y navales de Estados Unidos. Ocho fotografías en blanco y negro, seis de ellas a toda página, dan cuenta de la forma en que se va desplegando el sistema defensivo estadounidense en el Caribe, ya sea por arrendamiento o por posesión. Son vistas aéreas de las bahías desplegadas en un recorrido que no corresponde con el orden de la ubicación de las islas en el mapa. Son fotografías aéreas desde ángulos que permiten mostrar paisajes imponentes, con excelentes condiciones naturales para la defensa, pero no detalles del territorio. Es en los pies de foto donde el lector se entera de los diferentes tipos de bahías que debían reunir las condiciones necesarias para los distintos objetivos: apropiadas para equipo más ligero e hidroaviones; de gran profundidad para embarcaciones mayores; o con espacios apropiados para todo tipo de aterrizaje. Destacan entre ellas la vista de Puerto España, un buen puerto para barcos de gran calado encargados de transportar diferentes productos entre los que se incluía petróleo refinado y asfalto, azúcar, melaza, ron, cacao, coco y frutas tropicales; otra de la isla Providencia que podría albergar, se dice, la base militar; y una más, de la bahía de Jamaica que podría resguardar a una poderosa armada de barcos de guerra. Por su parte, la fotografía de Georgetown, sin autor, apunta, en el pie de foto, a un tema importante, el suministro de ciertas materias primas (bauxita, oro, diamantes, azúcar, arroz y madera). Su ubicación en la boca del río Demerara en la Guyana británica sería punto de apoyo, continúa el pie de foto, para los aviones y los barcos estadounidenses en patrullaje de la costa norte de Sudamérica, protegiendo las rutas de comunicación de Europa y África con América del Sur, flanco débil para un ataque.³⁹

Siguiendo los acontecimientos en Europa, en enero de 1941 se publicaron dos artículos refiriéndose a las islas del Caribe. El primero, que abre el número,

se refiere a las islas británicas.⁴⁰ El otro, a continuación, se ocupa de Martinica. En el primer caso se trata de las islas donde estarán las bases. En el segundo, se comenta la preocupación generada porque la administración de esa colonia francesa, así como de Guadalupe y la Guayana francesa, se mantuvo alineada al régimen colaboracionista del mariscal Philippe Petain.

Las islas británicas desfilan como lugares seguros, libres de enfermedades, con diversas actividades productivas, gran variedad de frutas y como el lugar donde pronto habría una base naval. Se insiste en que las islas surten con sus productos a Estados Unidos y casi imperceptiblemente se ofrece alguna información acerca de puertos y bahías. Las “ilustraciones”, a partir de fotografías de Edwin L. Wisherd, van en concordancia con el texto. Se intercala entre ellas el mapa dibujado por R. E. Mc Aleer y R. L. Reish, que muestra la posición de las islas, Leeward y Windward (Barlovento y Sotavento), como un “escudo curvo” que protege al Canal de Panamá.⁴¹ Lo llamativo, además de marcar el lugar de las bases estadounidenses en Antigua y Sta. Lucía, es la nota que informa de su valor estratégico. Hacia el final del artículo se inserta un dibujo de Newman Bumstead de un globo terráqueo que muestra en su superficie la ubicación de las bases británicas adquiridas. En las Antillas, Bermuda, Bahamas, Jamaica, Antigua, Sta. Lucía, y Trinidad, rematando la barrera en Georgetown (en la Guyana). Se ubican asimismo otras bases de Estados Unidos, en el Atlántico y en el Pacífico (las vinculadas con el área caribeña son Charleston y Key West, Guantánamo en Cuba, Puerto Rico, St. Thomas y Panamá). La información central en la nota que la acompaña establece que Estados Unidos estaba en posibilidad de llenar cualquier hueco en la línea de defensa de Newfoundland a Guyana protegiendo a los barcos y aviones de la Flota del Atlántico, que no se verían en peligro de quedar lejos de sus fuentes de aprovisionamiento mientras resguardaban las costas de Estados Unidos o el Canal de Panamá.



James M. Darley, jefe del departamento de cartografía revisa la elaboración de un mapa. La región del Caribe aparece en primer plano.

Fuente: Grosvenor, "Maps for Victory", 1942, p. 680.

En el segundo artículo, Martinica se presenta desde el título como una interrogante en el Caribe.⁴² El título está relacionado con la incertidumbre que provoca la situación prevaleciente en los territorios colaboracionistas franceses y la repercusión que dicha circunstancia tendría en los planes de establecimiento de bases navales en la región. Cuando su autor, Edward T. Folliard, corresponsal del *Washington Post* en la Casa Blanca,⁴³ visitó la isla, en la bahía se encontraba una embarcación que al conocerse la capitulación francesa había regresado de altamar con aviones de guerra fabricados en Estados Unidos. Esos aviones iban destinados a Francia, pero por las condiciones en que se encontraba se decidió “estacionarlos” en la isla caribeña. Al parecer, su posible uso causaba desazón, a pesar de las declaraciones del alto comisionado francés para las posesiones del Caribe, almirante Georges Robert, de que no existía ningún plan para construir un campo aéreo en la isla. Tras visitar el sitio donde se encontraban, el autor describe su impecable formación encabezada por los cazas *Brewster* destinados al gobierno belga, todavía con su distintivo en las alas, seguidos por los cazas *Curtiss*, usados solamente en pruebas y que iban a ser los entregados a Francia. Tras estos estaban en varias filas, los bombarderos contruidos cuando la arremetida nazi a los Países Bajos. Con el sol destellando en sus colores de guerra, esos aviones proporcionaban un cuadro deslumbrante, al mismo tiempo que provocaban un sentimiento de tristeza. Nueve fotografías acompañan el texto, de las que sólo tres documentan lo que preocupa a los editores. Una, de los aviones hechos en Estados Unidos, los *Curtiss* y *Brewster* que esperan frente a una laguna, otra de unos marineros franceses que revisan las aeronaves. Ambas a color y a página completa. La tercera, en blanco y negro, aérea, es de Fort de France y su puerto dividido en dos por un muelle que permite el arribo de barcos de diferente calado.

Aunque todos los artículos en esos años se refieren a la defensa del Canal de Panamá, solamente uno se dedica específicamente a Panamá, en noviembre de 1941, unas semanas antes de que Estados Unidos entrara a la guerra. El autor del texto y de las fotografías fue Luis Marden,⁴⁴ uno de los más famosos

colaboradores de *National Geographic*. En el crédito a sus fotografías se lo reconoce como *staff photographer*. En el artículo, la secuencia fotográfica no alude a la importancia de Panamá en el escenario de la guerra, pero el texto sí:

The Panama Canal Zone, number one strategic point of the Western Hemisphere, is humming today with more activity than at any time since the great waterway was finished in 1914. Men and machines are making the red earth fly as Uncle Sam hurries construction of a third set of locks designed to make this lifeline more proof against crippling attack and to speed the passage of his fighting fleet from one ocean to the other.⁴⁵

Usando el estilo tradicional de la revista, de párrafos cortos, directos, de lenguaje sencillo, Luis Marden hablará del punto estratégico número uno en el hemisferio occidental, que estaba desarrollando la mayor actividad desde su inauguración en 1914. Hombres y máquinas apresuraban las obras para tener mayor protección en un ataque y para que fuera más fluido el tráfico de un océano a otro. Se construía un tercer juego de esclusas, aumentaba el número de tropas estacionadas en el área, se realizaban reconocimientos aéreos para detectar cualquier peligro. Puntualiza que una vez que la gente se acostumbraba al ruido de los motores, o a la luces verdes y rojas de los reconocimientos aéreos volando bajo y cruzando el cielo nocturno, y se alejaba de la zona militarmente bien protegida, tanto por la defensa aérea como por la de las baterías pesadas en la costa, descubría que había otro Panamá, el que muestran la mayoría de las fotografías. Entre ellas encontramos un pequeñísimo mapa, quizá el más pequeño de todos los que se publicaron en la época de la región caribeña. El mapa, dibujado por Harry Gardner, Jr., lleva una leyenda que compensa con su información el tamaño del mapa y que deja en claro qué significaba el Canal:

Vital to the defense of the United States is the Panama Canal, which bisects the Isthmus at its narrowest point. A strip of land five miles wide on either side of the 'big ditch' forms the Canal Zone and belongs to the United States. This area is heavily garrisoned. Modern fortifications and squadrons of planes guard the two entrances. For four centuries Panama has been a transfer point and clearinghouse for all parts of the New World.⁴⁶

Entre las imágenes en blanco y negro destacan dos que contribuyen a mostrar al ejército estadounidense concentrado en sus actividades cotidianas. En el pie de foto de una de ellas se habla de las actividades de los soldados publicando su propio periódico, el *Panama Coast Artillery News*, con cuyas ganancias habían abierto una estación de radio que transmitía a Estados Unidos.⁴⁷



El Caribe aparece en el mapa consultado, así como en el ampliado que cuelga en la pared. Fuente: Grosvenor, "Maps for Victory", 1942, p. 683.

Al año siguiente, en junio, apareció otro artículo de Luis Marden con muchas fotografías tomadas por él.⁴⁸ No es el artículo que abre el número, va en segundo lugar, sin embargo, podemos afirmar que es el artículo central, que marca el periodo e indica de manera enfática cómo se concibe a la región. Fue publicado en una época en la que los submarinos alemanes habían estado activos hundiendo barcos y unos meses después del ataque a la refinería de la Standard Oil Co., en Aruba.⁴⁹ Aunque el título hace alusión al Caribe en general, en realidad se refiere sobre todo a las pequeñas islas de la parte oriental, que habían sido importantes cuando la marina británica tenía la *West Indies Station* en Antigua. La idea sostenida es que al igual que las Islas Vírgenes, estas estaban recuperando su valor estratégico por la presencia de Estados Unidos que las estaba convirtiendo en puestos de avanzada de su máquina de guerra dispuesta ahí y en otros puntos de la región, para proteger el Canal de Panamá. Las 38 fotografías documentan la llegada del ejército estadounidense y la vida en las bases británicas, acompañadas de una cantidad menor de retratos que incluyen peces y aves. Marden transmite el ambiente marcial de una sociedad que antes se dedicaba al turismo y ahora se encontraba invadida por un dispositivo de prevención, ante una posible contingencia militar. Barcos que llevaban pasajeros se convirtieron en alojamiento para soldados y en varios puntos se construyeron barracas para acomodar a las tropas estadounidenses que desde el verano de 1941 habían empezado a llegar a las bases. De Antigua destaca su posición a la mitad del camino del creciente de islas de Trinidad a Puerto Rico, útil para ofrecer aprovisionamiento a las naves marítimas y aéreas. Cuando Luis Marden visita Santa Lucía, a la que llega en un bombardero, se encuentra con una gran actividad por la construcción de las barracas para la base militar. Con sus fotografías y su texto transmite el orgullo por la labor eficiente que llevaban a cabo los soldados preparando todo para una mejor defensa. Continúa su recorrido y llega a Trinidad, donde ya se encontraban estacionados los aviones de combate estadounidenses —la isla era blanco de los ataques alemanes contra los barcos que transportaban el

combustible de alto octanaje producido en sus dos plantas. Comenta su visita al centro de entrenamiento en el que los soldados se familiarizaban con las observaciones y fotografías aéreas, con las tácticas navales y la cartografía. En este artículo no queda duda del papel que ante un posible ataque debían cumplir la región y Estados Unidos y que, de hecho, ya estaban cumpliendo en su defensa. Las instalaciones militares en las pequeñas islas eran de vital importancia para defender el canal y el *Mare Nostrum* americano.

En el mapa incluido, Richard L. Reish dibuja el área como una cuenca en la que las Antillas menores se ven como una abrazadera, imagen enfatizada por la nota debajo del mapa que añade que se trata de una protección blindada. Casi en la mitad de las fotografías —de las 16 en blanco y negro y 22 a color— hay imágenes con elementos alusivos a la guerra. En ellas, aunque se observa a los soldados en diferentes actividades, estudiando, jugando, divirtiéndose o dirigiéndose a sus aviones, la construcción de barracas, los aviones estacionados, o la impresionante toma cenital de la bahía en Antigua, ninguna produce una sensación desagradable. Por el contrario, generan empatía y tranquilidad. Precisamente, la publicación de esa imagen cenital, a color y página completa, de la bahía de Antigua es un indicio de que la amenaza a la región se estaba desplazando a otras latitudes. Tal vez por eso no hay menciones al Caribe en los siguientes 8 meses.

En febrero de 1943, un nuevo artículo habla del Caribe holandés, zona que había sido escenario de muchos ataques de submarinos alemanes a los barcos cargados de minerales estratégicos o de abastos para las islas.⁵⁰ El autor del texto y de algunas de las imágenes es W. Robert Moore, miembro del equipo estable de *National Geographic Magazine*. El tema central es la presencia de Estados Unidos en las pequeñas islas donde se encuentran dos de las más grandes refinerías del mundo, productoras del combustible que sostenía la aviación de los aliados. La primera imagen muestra en primer plano y en ligera contrapicada a un soldado haciendo guardia en una de las refinerías que se ve como telón de fondo. El pie de foto aporta información de lo que lleva este

soldado en su impedimenta (máscara antigas, casco de aluminio), del lugar en el que se encuentra (la refinería Lago en Aruba) y la razón por la que está ahí haciendo guardia. El gobierno holandés invitó a las fuerzas estadounidenses, que llegaron en febrero de 1941, dos años antes de la publicación del artículo. Esta misma información, se repite en la segunda fotografía a color que reproduce una escena en la que marines holandeses maniobran con un cañón colocado en el Old Fort Amsterdam, a la entrada de Willemstad, la capital de Curaçao.

Un pequeño mapa, dibujado por H. E. Eastwood señala la ubicación de las islas y marca las distancias con algunos puntos (Miami, Panamá, Puerto Rico, Trinidad) y está acompañado por unos recuadros en los que se magnifica la escala de las islas para mostrar poblaciones importantes y vías de comunicación de Aruba, Bonaire y Curaçao. De las 22 fotografías que acompañan el texto, doce en blanco y negro y diez a color, más de dos terceras partes están relacionadas con la guerra o con la refinación del petróleo. En las que no lo están, podemos recorrer con la mirada alguno de los sitios de esas islas y escenas de la vida en ellas. Entre las 10 kodachrome, seis son a página completa. En ellas se ven cargueros de los que transportaban el crudo de Venezuela, la entrada de un barco de guerra holandés al puerto de Willemstad (esta de Robert Yarnall Richie). En otra, casi todo el encuadre es el asentamiento de St. Nicholas lleno de las casas donde viven los trabajadores. Los techos parecen un extenso tapiz rojo, seguido de un cinturón negro formado por tanques de combustible. Al fondo se ve la refinería Lago. La mayoría del material a color es de Philip Hanson Hiss, en ese entonces director regional de la Agencia de Información de Estados Unidos en Países Bajos.⁵¹

En otras imágenes se ve a los soldados estadounidenses en sus actividades fuera de servicio, generando empatía hacia ellos. Los pies de foto se utilizan para proporcionar información acerca de los submarinos alemanes que atacaron en febrero de 1942, que las fuerzas estadounidenses y las locales están bajo el comando de la US Navy, que los tanques llevando a y sacando combustible de la refinería deben atravesar el canal de la Bahía Santa Ana. Para

Moore es importante señalar la buena labor que estaban haciendo las fuerzas holandesas y las de Estados Unidos bajo el comando de la marina estadounidense para mejorar la seguridad. Una imagen también de Hiss, en blanco y negro, tomada en ángulo oblicuo para lograr una vista a más profundidad, muestra las condiciones de la bahía de Curaçao. En sus aguas se ven cargueros y tanqueros. A la derecha y a la distancia se ven las minas donde se obtenía fosfato.⁵²

En ese número, como se venía haciendo desde agosto del año anterior, el borde amarillo lleva inscrito en la parte superior “Buy U. S. war savings bonds and stamps”.⁵³ Vale la pena recordar también que, desde septiembre de 1942, Juan T. Trippe, presidente de Pan Am Airways formaba parte del Board of Trustees, dato interesante porque muestra la fusión de los grandes intereses con las instancias de gobierno y la National Geographic Society. La Pan American Airways, era “la principal protagonista de la aeropolítica en el Caribe” — Humberto García Muñiz *dixit*—, colaborando en la construcción o mejoramiento de 21 pistas de aterrizaje, en Cuba, Haití, República Dominicana, Trinidad-Tobago y Guayana Holandesa.⁵⁴

Las Guayanas holandesa y francesa situadas en el extremo sur del arco defensivo son el tema del siguiente artículo, de abril de 1943.⁵⁵ En el texto no se menciona la importancia de ambas Guayanas para la guerra, pero sí se dice en los pies de foto de las fotografías de Philip Hanson Hiss. Cuatro a color son de soldados con equipo de guerra. Desplegadas en dos páginas, amplían el espacio visual y permiten al lector ver cuatro momentos en las rutinas de los soldados. En la primera, uno de los soldados está a cargo de una ametralladora. En otra, un grupo rodea un cañón. En la tercera, a nivel de piso, unos estudiantes aparecen en el momento en que se alistan a lanzar granadas y en la última, tomada en contrapicada, otro grupo, más numeroso, apunta con sus rifles. Todas son posadas. Aquí lo que está a la vista no es el ejército de Estados Unidos, es el equipo estadounidense que las fuerzas locales utilizan. Los pies de foto de las cuatro imágenes explican que el material bélico usado es de

manufactura estadounidense, que en Paramaribo está la escuela militar, y que la mayor parte de los efectivos son locales. En otra más, en blanco y negro, se ve un yacimiento de bauxita en Moengo, una de las más antiguas minas de Surinam. El pie de foto informa que de ese yacimiento proviene el aluminio que se usa en los aviones estadounidenses. En el texto del artículo se menciona la importancia de los yacimientos de bauxita para la empresa bélica y la labor “de cooperación” de Estados Unidos en la vigilancia de esos yacimientos.

Dos imágenes de W. Robert Moore aportan otra mirada. En la primera, varios soldados intercambian cosas con dos pobladores del grupo conocido como *Bush negroes* —que siglos atrás habían escapado de las plantaciones y se habían internado en la selva—, y en la segunda, el lector ve un mirador construido en lo alto de una ceiba desde el cual, según el pie de foto, los soldados mantenían una mirada vigilante. El mapa dibujado por Teodora Price —el único de una mujer— lleva dos recuadros para ubicar a las Guayanas en Sudamérica y para localizar las principales poblaciones y vías de comunicación. La nota al pie orienta al lector para identificar el territorio holandés como un rico depósito de bauxita.

Hacia el final del recorrido y reforzando la idea de que la guerra se había alejado del Caribe, se publican tres artículos. Uno sobre el Golfo de México, y dos más que hablan de República Dominicana y de Haití, respectivamente. El primero, de enero de 1944,⁵⁶ ofrece, ante todo, un testimonio de la febril actividad productora para apoyar las operaciones en Europa.⁵⁷ En el texto hace referencia al intenso transporte que se llevaba a cabo en sus aguas, tanto de alimentos como, y especialmente en ese momento, de dispositivos para la guerra, productos minerales, equipo y embarcaciones. Se destaca también que en sus bordes se habían establecido bases militares y navales. Las fotografías que aludían a esas tareas fueron intercaladas con otras que privilegiaban escenas cotidianas con las que se transmitía el entusiasmo y la empatía, tanto como la tranquilidad de la población, la eficiencia en la organización y el despliegue de

las medidas y equipo necesario para llevar a cabo con éxito las misiones emprendidas para prepararse para la lucha.

En el segundo, el tema es la República Dominicana.⁵⁸ La presencia de Estados Unidos en el Caribe y el papel de la región como baluarte de la seguridad no es lo central. El autor del texto, Oliver P. Newman, general estadounidense, destaca la transformación del país, moderno, progresista y próspero. El lector encuentra aquí un inventario de los productos locales, de su abundancia y variedad y la imagen de la Dominicana como una tierra fértil, de gran potencialidad, con una población que está educándose, y en donde en los últimos años se habían construido carreteras y puentes, y se habían mejorado los puertos. Señala también que los dominicanos estaban a favor de la causa de los aliados. Esa simpatía se reflejaba en el grande y moderno campo de aviación, cerca de Ciudad Trujillo (como se llamaba entonces la capital), al que llegaban gigantescos bombarderos, enormes transportes y aviones caza en sus recorridos por la región. Dicho campo era de importancia mayúscula pues formaba parte de la cobertura aérea de la región que se había alcanzado a finales de 1943.⁵⁹ En una de las imágenes de B. Anthony Stewart, fotógrafo de la plantilla de *National Geographic Magazine*, la historia que se cuenta es la del comercio de ganado de exportación. El pie de foto comenta que el barco que se ve en la fotografía es el que se trasladarían mulas y reses en la época en que Martinica estaba bajo el control de Vichy debía protegerse de los U-boats durante sus travesías semanales. En relación con los submarinos alemanes, en otro pie de foto debajo de una imagen de muchos sacos de azúcar apilados, se dice que su derrota facilitó el traslado de azúcar de exportación. Estos dos comentarios son las únicas referencias a la guerra submarina que afectó los abastos de comida y de combustible del Caribe insular. Dos pequeños mapas, sin crédito al dibujante, ubican a la isla (compartida por Haití y República Dominicana) en el contexto de la cadena antillana. El primero indica su posición privilegiada, mientras el segundo es un acercamiento que permite

apreciar elevaciones, y ubicar ciudades principales, así como la ruta del ferrocarril. Ninguno tiene coordenadas, sólo aparece la escala gráfica utilizada.

Unos meses después, en septiembre, apareció el último artículo dedicado a la región en los años de la guerra. Está firmado también por Oliver P. Newman y dedicado a Haití.⁶⁰ Ni de la contienda mundial, ni de los esfuerzos y triunfos estadounidenses hay mención. Se habla del país como un lugar pintoresco. Lleva otro de los mapas elaborados por Theodora Price, sin coordenadas, pero con escala. En él se puede ubicar a los principales poblados y las vías de comunicación. En la nota al pie se destaca la cercanía geográfica a Cuba. Lo que es más evidente en estos dos últimos artículos son los silencios, los silencios que comprueban que el teatro de la guerra, después del desembarco en Normandía, se había trasladado al Pacífico.



Fuente: Newman, “Bare Feet”, 1944, p. 314.

Haciendo un balance de lo publicado se puede afirmar que *National Geographic Magazine* desplegó una imagen del Caribe como un lugar seguro. En ninguna de las fotografías incluidas en los artículos mostró hechos de

guerra, ni ataques de submarinos, ni destrucción de algún objetivo. Por el contrario, mostró la riqueza de los territorios y la formidable actividad de equipamiento. Los mapas intercalados situaron a cada lugar en el espacio estratégico, evidenciaron las posibilidades defensivas y mostraron la infraestructura adecuada para sostener el proceso de militarización.

Para cerrar

Si bien se dice que la elaboración de mapas fue la principal contribución de la National Geographic Society al esfuerzo bélico estadounidense, esta fue mucho más allá de la prolija manufactura de la colección de mapas que eran reelaborados al tiempo que cambiaba el mundo. De igual manera, aunque contribuyó con una enorme cantidad de fotografías que puso a disposición del gobierno estadounidense, y durante la conflagración proveyó de personal entrenado que cumplió tareas especializadas en el ejército y en la marina, podemos insistir en que su función fue mucho más compleja. Por su gran circulación, la revista contribuyó de manera muy importante a propagar un conjunto de imágenes e ideas convirtiéndose en una generadora de representaciones que contribuyeron a crear un ambiente en torno a los preparativos, a la defensa y participación en la guerra de Estados Unidos.

La labor de la revista no se redujo a proporcionar información que ampliara el conocimiento de sus lectores para saber cómo se organizaba el apoyo en el país, cómo se adiestraba a marinos y militares, cómo la aviación adquiriría relevancia y la marina se preparaba con equipo militar para acompañar ese desarrollo, sino, y sobre todo en estos años, contribuyó de manera significativa a crear en la población una sensación de seguridad⁶¹ y, unido a esto, a desarrollar y fortalecer una conciencia de nación, a crear un sentimiento de orgullo en la población estadounidense, de crear empatía hacia la labor de los jóvenes y oficiales que defendían al país. La tarea fue impresionante. La revista cumplió un papel cardinal como una máquina reproductora de representaciones.⁶² Una revisión de las cartas que los lectores

enviaron en esa época es todavía un tema pendiente para conocer mejor cuáles fueron sus percepciones.^{[63](#)}

Fuentes

HEMEROGRAFÍA

The New York Times

BIBLIOGRAFÍA

“A Heart of an Hemisphere”, *National Geographic Magazine*, December, 1939, p. 740.

Arnold, H. H., “Aerial Color Photography Becomes a War Weapon”, *The National Geographic Magazine*, June, 1940, pp. 757-767.

Atwood, Albert W. “The Miracle of War Production. For Victory the United States Transforms its Complex Industry into the Biggest Factory and Mightiest Arsenal the World Has Ever Known”, *The National Geographic Magazine*, December, 1942, pp. 693-714.

Bryan, G. S., “Geography and the Defense of the Caribbean and the Panama Canal”, *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 31, núm. 2, junio, 1941, pp. 83-94.

Colton, F. Barrows, “How We Fight with Photographs”, *The National Geographic Magazine*, September, 1944, pp. 257-281.

DuBose, Heyward y Daisy Reck, “The American Virgins. After Dark Days, These Adopted Daughters of the United States Are Finding a New Place in the Caribbean Sun”, *The National Geographic Magazine*, September, 1940, pp. 273-308.

Folliard, Edward T., "Martinique, Caribbean Question Mark", *The National Geographic Magazine*, January, 1941, pp. 47-55.

García Muñiz, Humberto y Jorge Rodríguez Beruff, "U.S. Military Policy toward the Caribbean in the 1990s", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Trends in U.S. Caribbean Relations, vol. 533, mayo, 1994, pp. 112-124.

García Muñiz, Humberto, "El Caribe insular como encrucijada geoestratégica, 1492-2013" en José Piqueras (coord.), *Historia comparada de las Antillas*, vol. v, Madrid, Doce Calles, 2014.

Grosvenor, Gilbert, "Maps for Victory. National Geographic Society's Charts Used in War on Land, Sea, and in the Air", *National Geographic Magazine*, mayo, 1942, pp. 667-690.

Grosvenor, Gilbert H., "The National Geographic Society and its Magazine", *The National Geographic Magazine. Cumulative Index 1899-1946*, Washington, National Geographic Society, 1947, pp. 1-115.

Grosvenor, Melville B., "The Color Camera's, First Aerial Success", *The National Geographic Magazine*, September, 1930, pp. 344-354.

Hawkins, Stephanie L., *American Iconographic. National Geographic, Global Culture, and the Visual imagination*, Charlottesville, University of Virginia Press, 2010.

Herbert, Charles W., "Saba, Crater Treasure of the Indies", *The National Geographic Magazine*, November, 1940, pp. 597-628.

Langley, Anne Rainey, "British West Indian Interlude", *The National Geographic Magazine*, January, 1941, pp. 1-46.

Long, John E., "Puerto Rico: Watchdog of the Caribbean. Venerable Domain under American Flag Has New Role as West Indian Stronghold and Sentinel of the Panama Canal", *The National Geographic Magazine*, December, 1939, pp. 697-739.

Marden, Luis, "Americans in the Caribbean", *National Geographic*, June, 1942, pp. 723-758.

Marden, Luis, "Panama, Bridge of the World", *National Geographic*, November, 1941, pp. 591-630.

Maslowski, Peter, *Armed with Cameras. The American Military Photographers of World War II*, Nueva York, Free Press/Maxwell Macmillan, 1993.

Moore, Robert W., "Curaçao and Aruba", *The National Geographic Magazine*, February 1943, pp. 169-192.

Muñoz, Laura, *Fotografía imperial, escenarios tropicales. Las representaciones del Caribe en la revista National Geographic*, México, Instituto Mora/El Colegio de Michoacán, 2014.

Muñoz, Laura, "El Golfo de México, la segunda guerra y la revista *National Geographic*" en Laura Muñoz (coord.), *Narrar el Caribe. Visiones históricas de la región*, en prensa.

Newman, Oliver P., "Bare Feet and Burros of Haiti", *The National Geographic Magazine*, September, 1944, pp. 307-328.

Newman, Oliver P., "The Land Columbus Loved", *The National Geographic Magazine*, February, 1944, pp. 196-224.

Nicholas, William H., “The Making of Military Maps”, *The National Geographic Magazine*, June, 1943, pp. 764-778.

Rodríguez Beruff, Jorge, *Strategy as Politics: Puerto Rico on the Eve of the Second World War*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2007.

Rodríguez Beruff, Jorge (ed.), *Las memorias de Leahy: los relatos del almirante William D. Leahy sobre su gobernación de Puerto Rico (1939-1940)*, San Juan, Proyecto Atlantea, 2002.

Rodríguez Vázquez, Manuel R., “Imaginar el desastre: aprensiones nucleares, desvaríos radioactivos y defensa civil en Puerto Rico, 1960-1965” en Manuel R. Rodríguez Vázquez y Silvia Álvarez Curbelo (eds.), *Tiempos binarios. La guerra fría desde Puerto Rico y el Caribe*, San Juan, Ediciones Callejón, 2017, pp. 73-115.

Salvatore, Ricardo D., *Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas de representación de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2006.

Simpich, Frederick “How We Use the Gulf of Mexico”, *The National Geographic Magazine*, January, 1944, pp. 1-40.

Smith, Nicol, “Color Glows in the Guianas, French and Dutch”, *The National Geographic Magazine*, April, 1943, pp. 459-480.

¹ Salvatore, *Imágenes de un imperio*, 2006, p. 28.

² Es decir, una serie de fotografías que, junto con las notas aclaratorias al pie, ofrecen una narración.

³ Rodríguez, *Strategy as Politics*, 2007.

⁴ Long, “Puerto Rico: Watchdog”, 1939, pp. 697-739.

⁵ Al año siguiente, en 1940, fue llamado a encabezar la sección fotográfica de la Marina. Long papers, <www.history.navy.mil/ar/lima/long.html>. [Consulta: 23 de octubre de 2017.]

⁶ Véase el capítulo correspondiente en Muñoz, *Fotografía imperial*, 2014.

- ⁷ Rodríguez, *Strategy as Politics*, 2007, y Rodríguez, *Las memorias de Leahy*, 2002.
- ⁸ Atwood, "The Miracle of War", 1942, p. 693.
- ⁹ En esos años tenía más de un millón cien mil suscriptores, y en promedio, un número de lectores que multiplicaba por cuatro esa cantidad. Desde finales del siglo XIX, la revista se distribuía mediante membresías, figura ideada en la época de editor de Alexander Graham Bell y los inicios en la National Geographic Society de Gilbert Grosvenor, su yerno y luego casi perenne director de la revista. Los cálculos más comunes señalan que cada ejemplar era visto por 4 personas. En 1942 la revista tenía 1 165 000 familias miembro y calculaba en cinco millones a sus lectores entre hombres, mujeres y niños. Grosvenor, "Maps for Victory", 1942, p. 667.
- ¹⁰ Colton, "How We Fight", 1944, p. 263.
- ¹¹ Arnold, "Aerial Color", 1940, p. 757.
- ¹² *Ibid.* Se refiere al artículo de Grosvenor, "The Color Camera's", 1930, pp. 344-354.
- ¹³ Colton, "How We Fight", 1944, pp. 257-280.
- ¹⁴ *Ibid.*, p. 265.
- ¹⁵ *Ibid.*, p. 259, y Nicholas, "Making of Military", 1943, pp. 765 y ss.
- ¹⁶ Colton, "How We Fight", 1944, p. 261.
- ¹⁷ *Ibid.*, p. 262.
- ¹⁸ *Ibid.*, p. 276.
- ¹⁹ Véase Maslowski, "Armed with Cameras", 1993.
- ²⁰ Colton, "How We Fight", 1944, p. 276.
- ²¹ Grosvenor, "Maps for Victory", 1942, p. 671.
- ²² *Ibid.*, p. 667.
- ²³ En 1939 el primero, tres en 1940, tres más en 1941, uno en 1942, dos en 1943, y finalmente 3 en 1944.
- ²⁴ García, "El Caribe insular", 2014.
- ²⁵ García y Rodríguez, "U.S. Military", 1994, p. 115.
- ²⁶ Véase Muñoz, "El Golfo de México", en prensa.
- ²⁷ Long, "Puerto Rico: Watchdog", 1939, pp. 697-739.
- ²⁸ *Ibid.*, p. 714 [Plate II].
- ²⁹ Rodríguez, *Strategy as Politics*, 2007.
- ³⁰ Long, "Puerto Rico: Watchdog", 1939, p. 699.
- ³¹ Grosvenor, "Maps for Victory", 1942, pp. 674 y 688.
- ³² Grosvenor, "The National Geographic", 1947, p. 41. El Lieutenant General Arnold fue comandante general de la Army Air Forces.
- ³³ Du Bose y Reck, "The American Virgins", 1940, pp. 273-308.

- ³⁴ *Ibid.*, p. 283.
- ³⁵ *Ibid.*, p. 303.
- ³⁶ *Ibid.*, p. 277.
- ³⁷ Herbert, “Saba, Crater ”, 1940, pp. 597-628.
- ³⁸ McAleer se unió a la National Geographic Society en 1934 como dibujante y trabajó después con el Army Corps of Engineers elaborando mapas militares, topográficos y cartas aeronáuticas. En 1944 regresó como asistente de James M. Darley.
- ³⁹ Bryan, *Geography and the Defense*, 1941, pp. 83-94.
- ⁴⁰ Langley, “British West”, 1941, pp. 1-46.
- ⁴¹ *Ibid.*, p. 5.
- ⁴² Folliard, “Martinique, Caribbean”, 1941, pp. 47-55.
- ⁴³ Ness, Jerry H., “Oral History Interview with E. T. Folliard”, 20 de agosto de 1970, www.trumanlibrary.org/oralhist/folliard.html. [Consulta: 25 de junio de 2011.]
- ⁴⁴ Marden, “Panama, Bridge”, 1941, pp. 591-630.
- ⁴⁵ *Ibid.*, p. 591.
- ⁴⁶ *Ibid.*, p. 594.
- ⁴⁷ *Ibid.*, p. 613.
- ⁴⁸ Marden, “Americans in the Caribbean”, 1942, pp. 723-758.
- ⁴⁹ García, “El Caribe insular”, 2014.
- ⁵⁰ *Ibid.*
- ⁵¹ *The New York Times*, 4 de noviembre de 1988.
- ⁵² Moore, “Curaçao and Aruba”, 1943, p. 186.
- ⁵³ La primera vez que se incluyó fue un mes antes, pero en ese número estaba al centro de la portada y debajo de la imagen de la bandera de Estados Unidos.
- ⁵⁴ García, “El Caribe insular”, 2014. Según este autor, la Pan American llegó a tener el 60% de sus instalaciones al servicio del ejército y de la marina, además de subsidios y concesiones.
- ⁵⁵ Smith, “Color Glows”, 1943, pp. 459-480.
- ⁵⁶ Simpich, “How We”, 1944, pp. 1-40.
- ⁵⁷ Véase Muñoz, “El Golfo de México”, en prensa.
- ⁵⁸ Newman, “The Land Columbus”, 1944, pp. 196-224.
- ⁵⁹ García, “El Caribe insular”, 2014.
- ⁶⁰ Newman, “Bare Feet”, 1944, pp. 307-328.
- ⁶¹ Es interesante comparar con lo que dos décadas después vivió el público ante el pánico que generó la amenaza nuclear en el contexto de la guerra fría. Véase, Rodríguez, “Imaginar el desastre”, 2017.
- ⁶² Véase Muñoz, *Fotografía imperial*, 2014.

[63](#) Como hace en su trabajo Hawkins, *American Iconographic*, 2010.

El bloqueo alemán del Caribe en 1942 y sus efectos en Puerto Rico

Ligia T. Domenech Abréu

Oficialmente, Estados Unidos se unió al bando aliado en la segunda guerra mundial el 7 de diciembre de 1941. Tal acción fue el resultado del devastador ataque japonés a su base militar en Pearl Harbor, Hawaii. Los submarinos alemanes no constituían una gran preocupación para Estados Unidos o el Caribe porque en aquel momento se pensaba que estos no podían operar tan lejos de la costa francesa sin recargar combustible en alguna posesión que Alemania todavía no controlaba.¹ El ataque más temido en la región era uno aéreo o naval. Según Gaddis Smith, al momento las condiciones de las defensas estadounidenses eran “desastrosas” y consistían de una marina “deshabilitada”; un ejército poco profesional, inexperto y pobremente equipado; y una industria de guerra incipiente.²

Tan temprano como el 29 de diciembre de 1941, analistas de la Inteligencia Británica detectaron cinco submarinos alemanes que se desplazaban a lo largo de la costa atlántica de Estados Unidos. Pertenecían a la Operación Paukenschlag³ que marcó el inicio de las actividades de los submarinos alemanes en América a mediados de enero de 1942. El objetivo de esta operación militar era atacar barcos en la costa estadounidense. Pronto cambiaría la idea general sobre las posibilidades tácticas de los submarinos alemanes y Winston Churchill reconocería luego en sus memorias: “Lo único que realmente me asustó durante la guerra fue el peligro representado por los submarinos alemanes”.⁴

Los submarinos alemanes o “U-boats”

Las operaciones de los submarinos alemanes eran dirigidas desde Alemania por el gran almirante Karl Dönitz, comandante de la flota submarina (Führer der Unterseeboote). En su diario, Dönitz escribió: “Voy a demostrar que los submarinos alemanes por sí mismos pueden ganar la guerra... ¡No hay nada imposible para nosotros!”.⁵

Poco antes de que los submarinos alemanes atacaran el Caribe, Dönitz solicitó 25 submarinos del Modelo IX-C.⁶ Pero el líder alemán Adolfo Hitler no entendió la importancia de detener el flujo de materiales provenientes del Caribe y denegó el pedido y mantuvo en reserva veinte submarinos alemanes por si los británicos atacaban Noruega.⁷ Por tal razón, sólo cinco submarinos cruzaron el Atlántico para iniciar Paukenschlag.

La batalla submarina ha sido comparada con la guerra de guerrillas porque ambas descansan en el ataque sorpresivo y porque en ambas una pequeña fuerza penetra el territorio enemigo sin ser detectada. Esto resulta en serios daños a sus fuerzas y a sus comunicaciones. Luego estas fuerzas de penetración suelen escapar sin bajas provocando frustración en el bando enemigo.⁸ En las estrechas rutas marinas del Caribe, los submarinos alemanes generalmente atacarían de forma independiente.

Los submarinos alemanes nunca salieron de cacería al azar; siempre operaron controlados desde un centro de comando en Alemania al cual tenían que reportarse con regularidad. Desde febrero de 1942 los alemanes se comunicaban con una nueva máquina llamada “Enigma” que los británicos todavía no podían decodificar. Pero el 30 de octubre de 1942 los británicos, mediante una secreta operación de criptoanálisis denominada Ultra, lograron descifrar el código de “Enigma” tras capturar los libros de códigos del U-559 justo antes de su hundimiento.

Esta importante ventaja resultó en considerables victorias navales aliadas en diciembre de 1942 y los alemanes nunca sospecharon que su valioso código secreto había sido descubierto.

Los principales objetivos de los submarinos alemanes en el Caribe

Las actividades de los submarinos alemanes se concentraban en la desembocadura del río Mississippi y en tres áreas principales en el Caribe, por las cuales los barcos mercantes debían pasar, convirtiéndose en “puntos de asfixia”: el pasaje de Barlovento, el pasaje de Curazao-Aruba, y el área de Trinidad. El objetivo alemán era bloquear el flujo de materiales de guerra esenciales para los aliados como el cromio refractario, níquel y tungsteno suplidos por Cuba exclusivamente a Estados Unidos; la bauxita de la Guyana Británica y la Holandesa (hoy Surinam) necesaria para la producción de aluminio y, por tanto, para la manufactura de aviones;² el algodón de hebra larga usado en la manufactura de paracaídas y globos de barrera; y el cobre, y algo de oro y plata, producidos en el Caribe y de vital importancia estratégica en tiempos de guerra.¹⁰ De acuerdo a Karl Dönitz, su meta en este periodo era “hundir tantos barcos de carga enemigos tan rápidamente como pudiéramos”.¹¹

El impacto de la Operación Neuland¹² en el Caribe

Alemania inició la Operación Neuland en el Caribe el 16 de febrero de 1942 como una ofensiva separada de *Paukenschlag*, y los submarinos que participaron en esta eran adicionales a los que operaban en la costa este de Estados Unidos. La Operación Neuland comenzó con el ataque del U-156 al puerto y la refinería de Aruba.¹³

Los capitanes de los submarinos alemanes que participaron en *Neuland* se sorprendieron al notar que las costas caribeñas y los barcos mercantes que navegaban el Caribe estaban completamente iluminados y que no codificaban sus comunicaciones. Los ataques eran continuos y el temor general fue tal que las tripulaciones de los tanqueros se amotinaron y se rehusaron a embarcar a menos que fueran escoltados por fuerzas navales.

Frecuentemente los ataques eran tan rápidos y violentos que los barcos atacados no tenían tiempo ni para enviar un mensaje S.O.S. y desaparecían sin dejar rastro del barco hundido o de su tripulación. Las historias y leyendas acerca de los ataques alemanes mantenían en permanente estado de tensión a los marinos mercantes y a la población civil de las islas.¹⁴

La Operación Neuland duró 28 días durante los cuales los cinco submarinos alemanes permanecieron intactos mientras destruían 41 barcos, de los cuales 18 eran tanqueros. La carga hundida alcanzaba los 201 985 millones de toneladas métricas. El éxito de la Operación Neuland pasó entonces a desarrollarse en la *Campaña del Caribe*.

El comandante de la frontera del Mar Caribe localizada en San Juan, Puerto Rico, el vicealmirante John H. Hoover, se sentía indefenso ante el masivo ataque alemán. Sus fuerzas consistían de “algunas corvetas británicas, dos cascos de la holandesa y [...] algunas unidades de la armada brasileña”.¹⁵ Por otro lado, Estados Unidos todavía no implementaba el sistema de convoyes o el oscurecimiento de las costas, y continuaba sus comunicaciones de radio usando procedimientos regulares de tiempos de paz, algo mortal en tiempos de guerra.

Así, el error más analizado y criticado del alto comando estadounidense fue su renuencia a adoptar el sistema de convoyes que había probado ser exitoso para los británicos en el Atlántico Norte durante la primera guerra mundial. El comandante naval de Estados Unidos, el almirante Ernest J. King, declinó implementar el sistema de convoyes porque se rehusaba a permitir que los británicos lo lideraran y estuvieran a cargo de las tácticas navales. King justificó su oposición al sistema de convoyes afirmando que era preferible no organizar ninguno sin la escolta adecuada.¹⁶ Su obstinada actitud duró meses y significó la pérdida de miles de vidas, además de tonelaje de carga vital para los regimientos aliados y para la ahora aislada población civil en las áreas en conflicto, como era el caso del Caribe. Sólo la intervención directa y enérgica del presidente Roosevelt le hizo cambiar su negativa actitud.¹⁷

Entretanto, Dönitz calculaba que, si sus submarinos lograban hundir 63 503 toneladas métricas de carga al mes, Alemania podía ganar la batalla del Atlántico. Para él, esta era una batalla de volumen de carga destruido. Para los estadounidenses, por el contrario, era una económica de producción, y la estrategia era construir más barcos mercantes que los que los submarinos pudieran hundir.¹⁸ Por supuesto, la estrategia estadounidense ignoraba el costo en vidas. Entre mayo y junio de 1942 los alemanes hundieron barcos en el Caribe en una proporción que doblaba la de los barcos construidos en territorio estadounidense. Enfrentados a esta desoladora realidad, Estados Unidos finalmente decidió establecer el sistema de convoyes en el Caribe.

La vida en Puerto Rico durante el bloqueo submarino alemán

Incluso antes de la guerra, tan temprano como el 25 de febrero de 1939, 175 aviones sobrevolaron San Juan en un ejercicio de simulación de bombardeo preparando las defensas de la isla para un posible ataque aéreo con la intención de apoderarse de Puerto Rico. Poco después se inició la construcción de carreteras militares y de bases aéreas y navales. Estas medidas eran dirigidas y cuidadosamente planificadas por el entonces gobernador de Puerto Rico, el almirante William D. Leahy (1939-1941).

En 1941 Leahy se unió al gabinete ejecutivo del presidente Roosevelt y Puerto Rico pasó a ser gobernado por Rexford Guy Tugwell (1941-1946). Debido a la emergencia del bloqueo alemán, el gobernador Tugwell consideró necesario, al menos durante la guerra, el excluir a Puerto Rico de las disposiciones de la Ley de Cabotaje que desde 1917 requería (y todavía requiere) que todos los bienes transportados por vía marítima entre puertos de Estados Unidos sea cargada en barcos de bandera estadounidense, construidos en el mismo territorio, cuyos dueños sean ciudadanos estadounidenses, y cuyos tripulantes sean exclusivamente ciudadanos estadounidenses o residentes permanentes.¹⁹ Librados de las disposiciones de esta ley, barcos extranjeros

amigos podrían proveer a Puerto Rico de algunas de sus necesidades y podrían a su vez comprar algunas de las exportaciones de la isla.^{[20](#)}

La escasez de equipo y suministros conspiró contra el desamparo de los puertorriqueños. En contraste con la falta de visión de las fuerzas armadas estadounidenses, y tan temprano como en diciembre de 1941, Tugwell expresaba su preocupación por el hecho de que la isla carecía de radar u otros medios para identificar submarinos que pudieran atacar por sorpresa.^{[21](#)} En caso de ataque, la isla no contaba con aviones, artillería antiaérea, patrullaje, etc. Le preocupaba que, dado su tamaño y su proximidad al canal de Panamá, Puerto Rico podía ser un blanco importante para el enemigo. Pero su mayor preocupación era la manera en que la ciudad de San Juan y sus 70 000 habitantes estaban ubicados: en una costa vulnerable, en lugar de protegidos en la zona central, y propensos a ser aislados por la mera destrucción de los puentes que conectan a la isleta de San Juan con el resto de la isla. De acuerdo con Tugwell, “pedía ser atacada”.^{[22](#)}

En diciembre de 1941, por razones de seguridad, el gobierno estadounidense ordenó la evacuación de Puerto Rico de todos los familiares de soldados nacidos en Estados Unidos, lo que implicaba que la zona no era un lugar seguro puesto que este tipo de medidas se tomaba para remover a ciudadanos estadounidenses de lugares hostiles en tiempos de guerra. El problema aquí era que la isla era (y es) un territorio estadounidense y que las personas que se quedaban eran tan ciudadanos estadounidenses como los familiares de los soldados que se evacuarían. El gobernador Tugwell envió frecuentes mensajes a Washington explicando que la medida afectaría la moral de los puertorriqueños, pero estos fueron ignorados por largo tiempo. Finalmente, la orden se declaró inactiva. Más tarde Tugwell comentó: “Alguien se había olvidado, les dije, de que Puerto Rico era territorio estadounidense y de que sus familias eran tan preciadas como las de los soldados y marinos. Si debía haber una evacuación debido al riesgo de ataque, nosotros debíamos ser acusados de discriminación y de salvar primero a los continentales”.^{[23](#)}

En su diario, como ya había hecho en la prensa y la radio, Tugwell hizo un listado de las medidas de seguridad que se esperaban de la población civil: mantenerse en sus hogares en las noches, cubrir con cartones o sellar las ventanas,²⁴ proveer refugios, y proteger los suministros públicos de agua y electricidad. Por su parte, y con la ayuda de voluntarios, el gobierno debía mantener mini-clínicas con camillas, ambulancias, desarrollar un servicio contra incendios que pudiera responder en misiones de rescate y demolición, etc. Respecto al resultado de estos esfuerzos, Tugwell comentó: “En algunos de estos lo hicimos bien; en otros lo hicimos muy mal”.²⁵

Los ciudadanos alemanes, italianos y japoneses residentes en Puerto Rico fueron tratados como enemigos y se sospechaba que podrían cooperar con el Eje. En octubre de 1942, la Junta de Audiencias para Enemigos Extranjeros, asistida por el Buró Federal de Investigaciones (FBI), el Departamento de Inmigración y Naturalización, la Policía Insular, los fiscales federales, y las fuerzas armadas de Estados Unidos, investigaron a todos los ciudadanos alemanes residentes en Puerto Rico. Se analizaron y registraron 167 casos y todos los mayores de catorce años tenían que cargar consigo en todo momento una libreta de identificación. Estados Unidos también prohibió, a todo extranjero enemigo en sus territorios, la posesión de radios de onda corta así como de radios transmisores y receptores.²⁶

El año de 1942 fue uno de continuas preparaciones militares: establecimiento de radares y modernos sistemas de comunicación en las montañas e islots, prácticas para la movilización de civiles, instalación de artillería antiaérea y costera, y reclutamiento de soldados. El gobierno insular estableció en cada pueblo *Cuerpos de Primeros Auxilios*, personal de rescate, vigilancia policiaca, *Defensa Civil*, *Bomberos Auxiliares* y personal para la *Alarma Antiaérea*. Como parte de la campaña de prevención de incendios, se distribuyeron en varios pueblos 125 bombas de agua y 38 000 unidades de equipo anti-incendios que incluían mangueras y extintores, capas inflamables y cascos.²⁷

Mientras los militares y otras autoridades hacían lo mejor que podían con la escasez de materiales, equipo y personal disponibles, la población vivía en una atmósfera de temor indefinido. En la primavera de 1942, Tugwell comentó en su diario:

Pero era difícil que la confianza prevaleciera en Puerto Rico para la primavera de 1942, cuando se hundían barcos en todas partes y sus sobrevivientes desembarcaban por cientos; cuando escaseaban los alimentos, los suministros médicos e industriales, y no se recibían noticias de ningún lado acerca de medidas para remediar la situación, ni razón obvia para confiar en que se estaban resolviendo los problemas.²⁸

Los jóvenes eran incorporados de muchas maneras al esfuerzo de guerra. En el verano de 1942 el Departamento de Agricultura Federal coordinó en las escuelas superiores el establecimiento de *Jardines de la Victoria*, así como la recolección de metales (aluminio, plomo, acero, hierro, estaño y plata) y de neumáticos.²⁹ Además, en las clases de carpintería los niños comenzaron a hacer modelos de aviones que se usaban en la instrucción militar.³⁰ Miembros de los *Clubes 4-H* se organizaron en el “Programa de la Victoria” para ayudar en la producción y conservación de alimentos, evitar su desperdicio, y promover la recolección de chatarra vieja y de papeles y neumáticos usados, además de servir como voluntarios en la *Defensa Civil* (DC).³¹ Los *Niños Escuchas* también iban de casa en casa recogiendo objetos de metal para ser reciclados como cuchillos, platos, ollas, sartenes y juguetes de aluminio que eran enviados a Estados Unidos.³²

Las mujeres también contribuyeron al esfuerzo de guerra.³³ Por ejemplo, hacían gorras para los soldados e invitaban a algunos a cenar en sus casas en Navidad u otras ocasiones especiales. Ellas servían como voluntarias en la *Cruz Roja* y también en la *Defensa Civil* (DC) dirigida por la primera dama de la isla, Grace F. Tugwell, en donde aprendían cómo proveer primeros auxilios a enfermos y heridos, hacían miles de gasas y vendajes, cosían ropas de cama y para los soldados, preparaban botiquines, y organizaban salas de primeros auxilios. También se esperaba que ellas ayudaran reduciendo el desperdicio de

alimentos en el hogar, comprando menos cosas innecesarias, manteniendo las ropas en buenas condiciones, etc. Por supuesto, todas estas eran tareas domésticas.

El *Programa de Actividades de Guerra* coordinó la venta de bonos y estampillas de guerra y llegó a recaudar en la isla \$1 037 619 millones.³⁴ El Capítulo de Puerto Rico de la *Cruz Roja Americana* organizó múltiples actividades para recaudar fondos para ser usados en caso de desastres o emergencias asociadas a la guerra, y entre 1940 y 1945 sobrepasó las cuotas que le fueron asignadas, recaudando más de medio millón de dólares. Una propuesta del entonces senador Luis Muñoz Marín, creó el *Impuesto de la Victoria* para aumentar la cantidad de fondos públicos tan necesarios para ofrecer servicios a los puertorriqueños.³⁵ Este impuesto consistió en un 5% de todos los ingresos de cada empleado y obrero.

Se organizaron otras actividades en apoyo a la guerra: la *Campaña para la Victoria del Fondo Nacional para la Guerra* a la cual Puerto Rico contribuyó más de 200 000 dólares, excediendo su cuota, el *Comité del Primer Dólar*, y los *Comités de Bibliotecas*. El *Club Optimista*, presidido por el teniente Thomas P. Lynch de la Estación Naval de San Juan, se encargaba de una campaña a nivel isla para combatir los rumores sobre la guerra. A este fin también se dedicaba la *Clínica de Rumores* incluida todos los lunes en todos los periódicos de la isla.³⁶ La *Legión Americana* organizó *Comités de Defensa Nacional* locales que organizaban reuniones en las plazas públicas, escuelas y centros sociales para promover sentimientos patrióticos entre los civiles y para explicarles las políticas de racionamiento, la importancia de evitar el desperdicio, etc. También se organizaron en varios pueblos los *Oradores de la Victoria*, líderes cívicos voluntarios que ofrecían en los cines, antes de comenzar las películas, discursos cortos sobre temas como la democracia, la seguridad colectiva y los eventos de la guerra.³⁷

Hubo mucha propaganda en apoyo a la guerra en la prensa y en la radio, así como en muchos anuncios comerciales y artículos propagandísticos. Por

ejemplo, los cigarrillos *Chesterfield* se anunciaban con la imagen de dos soldados abrazando a una mujer. Las compañías de goma de mascar ya no incluían las tradicionales tarjetas de los peloteros de las Grandes Ligas, sino ilustraciones de buques de guerra, aviones de guerra, soldados, cañones, marineros, etc.³⁸ Otro popular artículo de propaganda fue un set de tres ceniceros con las caras de Adolfo Hitler, Benito Mussolini y el Emperador Hirohito, respectivamente.

La guerra cambió los hábitos diarios de los puertorriqueños en muchas otras maneras. Por ejemplo, a partir del 16 de febrero de 1942 el gobierno de la isla inició un horario escalonado de servicios para que no todos los trabajadores entraran y salieran a la misma hora. Algunas agencies comenzarían a las 7:45, otras a las 8:00, otras a las 8:15, otras a las 8:30 y cerrarían en los mismos intervalos. De esta manera se desperdiciaba menos combustible en los embotellamientos de tránsito.³⁹ También se redujo la hora de almuerzo de los empleados públicos de una hora y media a una hora, y luego a media hora; de este modo los empleados públicos ya no tenían tiempo de ir a almorzar a sus casas como solían hacer, lo que reducía la necesidad del transporte público tanpreciado en esos días debido a la escasez de combustible.

Finalmente, se suspendieron los servicios del gobierno ofrecidos los sábados hasta las 12:00, pero los empleados tenían que trabajar una hora adicional de lunes a viernes, para completar siete horas y media de trabajo al día.⁴⁰ Eventualmente, como también hizo el gobierno cubano, en Puerto Rico se adelantaron los relojes una hora para economizar electricidad y aprovechar la luz del sol.⁴¹ El gobernador también instituyó los viernes como “Día de la Cocina Criolla” para que en esos días los hogares y restaurantes cocinaran usando exclusivamente productos cosechados en la isla.⁴²

Con frecuencia las medidas aprobadas en Washington para atender la situación de guerra no reflejaban la realidad de Puerto Rico. Tugwell expresó sus quejas persistentemente. Por ejemplo, el gobierno insular luchó para evitar que se aplicara una Orden Ejecutiva que prohibía el uso de melazas para

producir licores destilados como el ron. La medida respondía a una realidad estadounidense: ante la gran escasez de goma para neumáticos, esta fue sustituida por un producto hecho con alcohol, y el gobierno estadounidense quería asignar todos sus recursos de alcohol a este importante proceso químico.⁴³ Pero para Puerto Rico la situación era totalmente diferente. En la isla, esas melazas no tenían un uso alternativo por lo que se tendrían que desechar cuando bien podían usarse en la producción de ron que estaba en auge durante la guerra, generaba empleos muy necesarios y producía ganancias para el gobierno local mediante los impuestos al ron que Estados Unidos devolvía a Puerto Rico.⁴⁴ Finalmente, y después de mucho cabildeo, el 3 de febrero de 1942 el Buró de Producción de Guerra (por sus siglas en inglés, WPB) declaró a Puerto Rico y a las Islas Vírgenes estadounidenses exentas de obedecer esta Orden Ejecutiva.⁴⁵

Pero poco después nuevos problemas entorpecieron la industria del ron. Uno de ellos fue la escasez de botellas. La legislación federal previa a la guerra prohibía el envío de botellas desde Estados Unidos a Puerto Rico y esta no fue revocada sino hasta diciembre de 1942. Esto significó que las destilerías de ron sólo podían usar sus botellas en el mercado local, en el cual eran retornables y reusables. Pero las botellas enviadas a Estados Unidos se quedaban allá. Muchas destilerías tuvieron que mantener su ron envejeciendo en las pipas a la espera de botellas disponibles. Para resolver este problema, la Compañía de Fomento de Puerto Rico estableció eventualmente la *Corporación de Vidrio de Puerto Rico*, una fábrica de botellas local.⁴⁶

La falta de embarcaciones para transportar el ron puertorriqueño a Estados Unidos también afectó a la industria licorera local. Aunque tenían órdenes de compra de importadores estadounidenses con valor de más de diez millones de dólares, los destiladores locales tuvieron que detener el empaque de su ron debido a la escasez de facilidades para el almacenamiento de las cajas de ron que se acumulaban esperando por espacio de carga para ser enviadas a Estados Unidos.⁴⁷ En abril de 1942 se exportaron unas 183 000 cajas de

botellas de ron; en mayo, 150 000; en junio, sólo 25 000, y en julio, menos de 20 000. Para resolver el problema algunas refinerías, conscientes de que el WPB no tenía jurisdicción sobre barcos con capacidad menor de 907 toneladas métricas, compraron goletas y yates usados para transportar sus productos a Estados Unidos. Más tarde el gobierno insular consideró adquirir otras, pero el costo de asegurarlas era “prohibitivo”, por lo cual se unieron a las destilerías en una corporación proveyendo el 65% de los \$1.2 millones necesarios para adquirir goletas usadas para transportar el ron puertorriqueño a Estados Unidos.⁴⁸

La industria de la confección de ropa también fue afectada por el bloqueo alemán cuando fábricas de ropa cerraron porque no tenían acceso a las materias primas importadas, necesarias para la producción de redes, medias, ropa interior, encajes, pañuelos, etc.⁴⁹ La industria sólo consiguió una oportunidad después de largas negociaciones en Washington, cuando finalmente el ejército y la armada de Estados Unidos decidieron confeccionar algunos de sus uniformes en Puerto Rico.⁵⁰ Por otro lado, el cultivo de algodón, un suministro vital para Estados Unidos, sí fue estimulado y la Commodity Credit Corporation (CCC) compró a Puerto Rico la totalidad de su cosecha de algodón de fibra extra-larga (o algodón Sea Land).⁵¹

El desempleo continuó en aumento a medida que las distintas industrias se quedaban sin materias primas, mientras el gobierno federal mostraba poco interés en atender el asunto. En 1942 la tasa de desempleo era de alrededor de 12% (o 225 000 desempleados) mientras los precios aumentaban a una tasa de 6% al mes, generando una enorme inflación.⁵² Al mismo tiempo, los salarios eran totalmente inadecuados y el poder adquisitivo del trabajador puertorriqueño seguía en un constante declinar, afectando la calidad de su dieta.⁵³ Entre noviembre de 1941 y noviembre de 1942 los precios en Puerto Rico aumentaron un 53% comparado con un 16% en Estados Unidos. Esto tuvo mucho que ver con el incremento en los costos de flete debido a los altos

seguros que los importadores tenían que pagar ante la constante amenaza de un ataque submarino alemán.⁵⁴

En su intento por contener la crisis de desempleo, el Departamento Insular de Puerto Rico inició en 1942 un proyecto de construcción de carreteras municipales empleando 3 000 trabajadores en 24 municipios. Más tarde el WPB autorizó un programa de obras públicas que incluía la construcción y reparación de carreteras, edificios, escuelas y hospitales, así como proyectos específicos como un sistema de suministro de agua para San Juan, la terminación del edificio del Capitolio, un garaje para la legislatura insular y un muro de contención para el Río Jayuya.⁵⁵ A fines de 1942 la Legislatura de Puerto Rico asignó diez millones de dólares para proveer empleos en proyectos agrícolas para aumentar la producción de alimentos de subsistencia, pescado, gallinas y huevos, conejos, cerdos, y árboles frutales.⁵⁶

A diferencia de la actitud que permeó en la mayoría del resto de las islas del Caribe, en Puerto Rico hubo menos énfasis en el desarrollo de nuevas empresas locales para producir lo que ya no se conseguía debido al bloqueo alemán. La razón principal para ello, de acuerdo con el gobernador, era que la isla tenía “una población que llevaba largo tiempo divorciada de las artes productivas”,⁵⁷ no tenía menos recursos que las otras, pero dependía mucho más de las importaciones estadounidenses. Durante el bloqueo, los líderes políticos puertorriqueños gastaron más energía en pedir a Washington mayor espacio de carga que en sustituir las importaciones o en promover cambios en los hábitos alimenticios de los puertorriqueños. Sólo el Servicio de Extensión Agrícola (SEA) atendió esta necesidad.⁵⁸ De acuerdo con un artículo del *New York Herald Tribune*: “En San Juan en realidad nadie muere de inanición, pero en todas las calles se ven ejemplos varios de aguda desnutrición. Dos terceras partes de los niños en edad escolar están mal nutridos [...] Si surgen dificultades en Puerto Rico será por la miseria de los estómagos vacíos”.⁵⁹

El problema de la escasez

Tan temprano como en diciembre de 1941, a sólo dos días del ataque a Pearl Harbor, Tugwell envió un cable y una carta al presidente Roosevelt y al secretario de interior Harold Ickes expresando su preocupación respecto a la posibilidad de un bloqueo naval, dado lo exiguo de las reservas de alimentos, materiales de construcción y medicinas en la isla.⁶⁰ Para atender la situación, el gobernador solicitaba una asignación de quince millones de dólares para adquirir una reserva de abastecimientos para tres meses. El gobernador insistió en su petición durante todo el 1942 pero la misma permaneció ignorada en medio de la burocracia washingtoniana hasta el 1944.⁶¹ Parte de la dilación en la aprobación de la ayuda fue el resultado de las batallas políticas locales lideradas por el Comisionado Residente en Washington Bolívar Pagán, quien pertenecía al Partido de la Coalición que se oponía ferozmente a las iniciativas de Tugwell. Pagán demostró su desconocimiento de la seriedad de la situación de guerra en la isla a raíz del bloqueo cuando pidió al Congreso estadounidense que detuviera un plan del gobernador para la lograr la autosuficiencia de la isla en términos de alimentos bajo el argumento de que la economía de Puerto Rico históricamente había dependido de sus exportaciones y que no había otra manera de sostener a la isla y a sus habitantes.⁶²

Puerto Rico recibía regularmente unas 90 718 toneladas métricas al mes en alimentos, medicinas y otros productos. En el primer semestre de 1942, las acciones militares alemanas provocaron una disminución en las importaciones de entre 9 000 y 18 000 toneladas métricas por mes, que fue mayor en septiembre de 1942 cuando sólo se recibieron 6 350. Entre septiembre y octubre de 1942 sólo arribó un barco carguero. En diciembre la situación era tan desesperada que cientos de personas hambrientas iban diariamente al basurero/crematorio de San Juan en busca de sobras de comida entre la basura.⁶³

Puerto Rico tenía una alta densidad poblacional en comparación con otras islas caribeñas.⁶⁴ Esto, unido al hecho de que su economía se concentraba en el monocultivo de la caña de azúcar para la exportación y en la importación

de productos de subsistencia, rápidamente tornó la situación en una verdadera crisis:

Aquí estábamos desvalidos en nuestra isla mientras se hundía barco tras barco con nuestras provisiones, medicinas, equipos de bomberos, municiones y todas las demás necesidades. Nuestras pérdidas gradualmente sobrepasaron los embarques que sobrevivían. Nuestros hospitales estaban repletos de pasajeros y marinos rescatados; las bodegas poco a poco se quedaron vacías, los almacenes de alimentos se agotaron; no fue inusual solicitar al Continente un avión especial con una carga urgente: cloro para el sistema de suministro de agua; insulina y sulfá; repuestos para algunas maquinarias esenciales. Pero los alimentos eran la peor preocupación.⁶⁵

El gobierno de Tugwell promovió decididamente la producción de alimentos mediante el llamado Plan de Siembras o Plan López Domínguez de su Departamento de Agricultura y Comercio, pero sus resultados no fueron los esperados. Aunque para julio de 1942 las orientaciones y esfuerzos del Servicio de Extensión Agrícola (SEA) aumentaron las cosechas de alimentos en un 30% en relación con su nivel dos años antes, estas todavía representaban sólo el 21% de las tierras cultivables. La cantidad de alimentos producidos estaba muy lejos de ser suficiente para suplir las necesidades de los puertorriqueños.⁶⁶ Era forzoso que las plantaciones de azúcar se dedicaran a la producción de alimentos.

Tugwell enfatizó en que, de todos modos, debido al bloqueo, los cosecheros de azúcar no podían exportar toda su producción. Por lo tanto, insistir en utilizar estas tierras productivas para sembrar caña de azúcar en medio de tal emergencia era un “trágico desperdicio”. Más aún, el gobierno estadounidense, antes que proteger la economía de su posesión caribeña, se resistía continuamente a comprar toda la cosecha de azúcar de Puerto Rico, prefiriendo adquirir la totalidad de la producida en Cuba.⁶⁷ En abril de 1942 Estados Unidos decidió comprar 181 437 toneladas métricas de azúcar a Martinica y Guadalupe tras un acuerdo con el gobierno de la Francia de Vichy que colaboraba con los alemanes; esto evidenció aún más que Estados Unidos no estaba interesado en comprar el azúcar puertorriqueño.⁶⁸ Martinica y Guadalupe estaban por lo menos a 1 600 km de distancia de la mayoría de los

puertos de Estados Unidos y ambas eran islas enemigas, puesto que respondían al gobierno de Vichy.

Pero aun en medio de la emergencia, para los empresarios azucareros sus ganancias individuales eran más importantes que el bien común. Los agricultores de la caña de azúcar organizados en la Asociación de Agricultores de Puerto Rico confabularon con la Federación Americana de Trabajadores (AFL, por sus siglas en inglés), el comisionado residente Bolívar Pagán, y la prensa local, para defender su posición, se presentaron ante el Congreso estadounidense para acusar a Tugwell de ser “fascista” y “socialista”, y pidieron su remoción de la gobernación de la isla bajo acusaciones como esta de Pagán: “Tugwell es un “Quisling” que traiciona a Puerto Rico”.⁶⁹ Este obstáculo fue subsanado eventualmente cuando Tugwell ofreció a los azucareros subsidios gubernamentales que igualaban las ganancias para ambos tipos de cosecha. Además, para forzar a los productores de azúcar a usar una parte de sus tierras para la producción de los necesitados alimentos, la Agencia de Ajuste Agrícola (AAA) en San Juan estableció como requisito para tener acceso a pagos adicionales bajo el Programa del Azúcar de Puerto Rico el que los dueños de las tierras cañeras dedicaran al menos 7% de estas a producir leguminosas.⁷⁰

La WPB contrató trabajadores para la producción de frutas y vegetales que se distribuían en los comedores escolares y en instituciones caritativas. Estas instituciones, así como las familias más pobres, también recibían excedentes de alimentos de Estados Unidos tales como manzanas, frijoles, harina de maíz, manteca, leche evaporada, ciruelas, tomates enlatados y harina de trigo.⁷¹ La Asociación de Mercadeo Agrícola (AMA) de Puerto Rico era la agencia encargada de procurar y distribuir los alimentos, así como de facilitar la producción y/o la adquisición de más alimentos.

Aunque de vez en cuando las personas se tornaban histéricas ante la posibilidad de un ataque militar sobre la isla, esto no era constante, y la mayor parte del tiempo los puertorriqueños sólo se preocupaban por su acceso a los alimentos, a la transportación, a los servicios, etc. Una y otra vez los diferentes

oficiales del gobierno expresaban que los puertorriqueños se comportaban como si no tuvieran conciencia de la severidad del bloqueo. Protestaban por los efectos del bloqueo en su vida diaria, pero tendían a culpar al gobernador o a las agencias federales y se resistían a cambiar sus hábitos diarios.⁷² Respecto a esto, C. S. Jamison, director del WPB dijo como invitado del Club de Leones de San Juan: “Puerto Rico todavía no se ha percatado de la seriedad de la situación que enfrenta”.⁷³

Muchas agencias federales y locales manejaron el problema de la escasez. El director de la Junta de Guerra del Departamento de Agricultura Federal, J. Bernard Frisbie, insistió en que esperaba que los puertorriqueños aceptaran la escasez de alimentos “sin protesta” y enfatizó que los ciudadanos “debemos consumir los alimentos sustitutos, aunque no nos gusten tanto”.⁷⁴

También estaba el Programa de Almacenamiento de Comestibles para Puerto Rico, las Islas Vírgenes y Alaska, organizado por el Departamento de Interior y dirigido por Paul Gordon. Esta agencia comprendió que era esencial sustituir los productos que escaseaban, como el arroz y la manteca, cambiando radicalmente la dieta de los puertorriqueños. A Gordon le preocupaba la falta de facilidades refrigeradas adecuadas en la isla y en los barcos que transportarían alimentos a Puerto Rico.⁷⁵ Muchos alimentos permanecían en los puertos estadounidenses durante meses en espera de espacio de carga en los barcos que se dirigían a Puerto Rico. En algunos casos, la espera era tan larga que los alimentos se estropeaban antes de arribar a su destino.

Por tanto, y por pura necesidad, al menos algunos hábitos alimenticios fueron modificados. El arroz, las habichuelas (frijoles), el bacalao, la carne y la harina, tuvieron que ser reemplazados por malangas, yucas y yautías, así como por panapén y plátanos que, aunque eran más costosos, al menos estaban disponibles. El café se mezclaba con granos de soja, garbanzos y otros cereales para rendirlo más, si bien se alteraba el sabor. El arroz del plato tradicional de “arroz con habichuelas” era frecuentemente sustituido por “funche” o “marota”

hecha de harina de maíz en un nuevo plato llamado “el segundo frente”.⁷⁶ Y al rellenar las tradicionales morcillas, el arroz fue sustituido por pan.

Cuando la AMA de Puerto Rico recibió y distribuyó alimento para ganado que enfermó las vacas, matando a muchas de ellas, la producción de leche se redujo a cerca de 1/3 del nivel normal. La situación se agravó por dos factores: la leche producida en Puerto Rico se destinaba principalmente a suplir las necesidades de los soldados acuartelados en la isla, y había una seria escasez de botellas para leche y de sus tapas.⁷⁷ Para septiembre de 1942 la producción de leche no era suficiente para satisfacer el mercado local y se concentró en el mercado militar. Entonces la leche disponible tuvo que mezclarse con agua para rendirla más. Eventualmente la Defensa Civil estableció unas 300 “estaciones de leche” en las cuales bebés y niños entre dos y siete años recibían leche evaporada donada por la AMA.⁷⁸

Cuando escaseó el jabón lavarropas, como fue el caso en otras islas, algunas personas comenzaron a hacer uno casero usando el cebo de res.⁷⁹ La manteca era insuficiente y fue sustituida por aceite vegetal, pero cuando este también faltó, algunos comerciantes lo mezclaron con aceite mineral obteniendo terribles resultados porque provocaba manchas de aceite en los pantalones y faldas de los usuarios. Para sustituir los escasos fósforos “Tres Estrellas” algunas personas se inventaban unas cajitas con dos alambres paralelos y un pedazo de algodón mojado en alcohol para producir una chispa que encendía el algodón y se usaba como encendedor de cigarrillos.⁸⁰ Estas cajitas se vendían por tres o cuatro dólares.

Para lograr que los neumáticos duraran más tiempo, los remendaban cubriéndolos con pedazos grandes y en buen estado de otros neumáticos que sujetaban con tornillos. También los ciudadanos se ofrecían a recoger de las calles y carreteras todos los objetos punzantes que pudieran dañar los neumáticos como botellas rotas, latas, cables y clavos. Las autoridades federales recomendaban a los productores de caña de azúcar el uso de neumáticos de acero en sus carretas y camiones, así como evitar sobrecargarlos y reducir la

velocidad a un mínimo.⁸¹ Para la población general, las compañías de neumáticos publicaron en los periódicos nuevos anuncios con consejos sobre cómo alargar la vida de sus neumáticos.

Algunas personas se aprovecharon del sistema de racionamiento, como ocurrió con la gasolina. Como por algún tiempo los conductores de autos públicos y taxistas recibían cupones del gobierno (para que pudieran ofrecer transportación) para comprar 19 litros de gasolina por semana y cuatro neumáticos cada seis meses, algunos de ellos, considerando que la tarifa a cobrar por transporte era muy reducida, preferían vender muchos de sus cupones para gasolina y neumáticos.⁸² Eventualmente, durante el verano de 1942, la situación se tornó tan seria que por algunos periodos ya no se vendió gasolina a conductores privados o transportes turísticos, y el gobierno de San Juan hasta tuvo que suspender su servicio de limpieza.⁸³ Aunque en junio se estableció un nuevo sistema de racionamiento que permitía a conductores privados comprar gasolina de lunes a jueves siguiendo el orden de los números de las tabllas de sus autos, pronto el sistema tuvo que ser modificado para hacerlo más estricto requiriéndose, al momento de la venta, la presentación de un cupón para gasolina distribuido por el gobierno.⁸⁴

Una de las preocupaciones más graves era la necesidad de cloro para tratar el agua y hacerla potable. Sin el cloro, se arriesgaban muchas vidas debido a las epidemias que podían transmitirse en el agua no tratada.⁸⁵ En los peores meses del bloqueo de 1942, el gobernador tuvo que pedir un puente aéreo de emergencia por un avión de la marina que trajo 1 000 kg. de cloro.

También cundió la alarma cuando no sólo la gasolina para el transporte público, sino también el combustible diésel, comenzó a escasear. Este permitía la operación de los molinos de caña y las destilerías de ron, y suplía energía eléctrica a las instalaciones militares, hospitales y refrigeradores industriales. En respuesta a la emergencia, el gobierno decretó el cierre de algunas fábricas, recortó el servicio de electricidad varias horas cada día, y restringió la transportación a unos pocos autobuses públicos. Incluso se instruyó a las cortes

de justicia que limitaran la suspensión de visitas para prevenir que los litigantes y testigos tuvieran que hacer múltiples visitas al tribunal. El gobierno insular también pidió a ciudadanía que limitara todo tipo de reuniones familiares que implicaran viajes.⁸⁶ Tugwell urgió a los puertorriqueños a usar responsablemente las reservas de combustible: “En estos días y meses [...] la gasolina y el aceite de motor son la sangre de los marineros. No debemos usarlos para propósitos frívolos. [...] no debemos usar nuestros automóviles innecesariamente; no debemos usar la energía eléctrica cada vez que se nos antoje y podamos. Tenemos que redescubrir los placeres de pasarla bien en casa”.⁸⁷

Para enfrentar la especulación con el precio de la carne, la Comisión de Alimentos fijó su precio en 8¢/libra (1 libra =.45 kg). Pero muchos vendedores de carne al por mayor protestaron y decidieron no sacrificar animales comprados a ese precio, provocando por días la escasez de carne.⁸⁸ Otros vendían la carne a sobreprecio ignorando la lista oficial de precios. El Departamento de Agricultura y Comercio de la isla, siguiendo una práctica común en Estados Unidos, decidió entonces autorizar la venta de carne de vacas enfermas con tuberculosis, siempre que un veterinario certificara que la tuberculosis estaba contenida y era incipiente. También un veterinario tendría que verificar que sólo se vendieran las partes saludables de las vacas.⁸⁹ Muchos carniceros se negaron a vender esta carne porque sabían que su clientela la rechazaría. Pronto el gobierno, respondiendo a las protestas del público, prohibió el sacrificio de vacas enfermas. Para diciembre de 1942 la única carne fresca disponible eran rabos y orejas de cerdo.⁹⁰

Incluso, las personas que tenían el dinero para comprar, eran incapaces de conseguir los productos que buscaban. El gobierno colonial estableció el racionamiento de alimentos como el arroz, la manteca, la mantequilla, la carne y el café mediante un sistema de libretas de cupones o sellos de diferentes colores.⁹¹ Las libretas se distribuían mensualmente y las personas tenían que

entregar los sellos correspondientes para poder comprar la cantidad especificada de cada producto.²²

Como en las demás islas caribeñas, y en respuesta a la escasez de alimentos, se desarrolló un “mercado negro” donde 0.45 kg de arroz que normalmente costaba \$0.03 centavos, se vendía en \$1.50, pero podían conseguir de todo, desde jabón lavarropas hasta chocolates. Otra práctica ilegal era la de algunos mayoristas que cobraban a los minoristas de acuerdo a los precios máximos fijados por el gobierno, pero a la vez les requerían pagar dinero adicional en efectivo y sin recibo para poder obtener sus provisiones. Otros simplemente vendían sus productos a sobreprecio, confiados en que las personas aceptarían pagar sin reportarlos a las autoridades, con lo cual se arriesgaban, de ser acusados, a tener que pagar una indemnización de 50 dólares al consumidor, además de la pena que impusiera el tribunal.²³

El gobernador era consistente en sus continuos reclamos a Washington para que aprobara fondos y regulaciones que aliviaran la situación de los puertorriqueños. Sin embargo, la comunicación era deficiente y la desorganización del gobierno federal era un secreto a voces. Situaciones inesperadas que sólo se explican en el contexto de una burocracia compleja, eran constantes dolores de cabeza para el gobierno insular. La decisión más arbitraria e irresponsable tomada por Washington en este tiempo de guerra fue la de agosto de 1942 asignando a Puerto Rico la inadecuada cantidad de solamente 27 215 toneladas métricas mensuales de envíos marítimos (menos de 1/3 parte de sus necesidades en tiempos de paz).²⁴ De acuerdo al gobierno insular, como Puerto Rico importaba el 55% de sus alimentos, la isla necesitaba al menos 51 256 toneladas métricas al mes y así lo comunicaron con insistencia en Washington, Tugwell, el comisionado residente Bolívar Pagán y el presidente de la cámara de comercio Filipo de Hostos, pero todo fue en vano. Una columna de *The Washington Post* reportó que Estados Unidos no cumplía con sus deberes para con Puerto Rico mientras proveían alimentos a naciones extranjeras:

Hay una pequeña isla en el Mar Caribe atacada de pobreza, a la cual este país ha pasado por alto en su programa de salvación mundial. Es raro que se olvidara este lugar, pues pertenece a los EU. Es una especie de hijastro que adoptamos contra sus propios deseos, y al cual nunca en realidad hemos querido mucho.

[...] Prometimos amar, honrar y cuidar nuestra nueva posesión. También juramos que [...] ofreceríamos a su pueblo una mayor instrucción, buena salud y eterna felicidad en la forma democrática. Ninguna de estas promesas se ha cumplido con éxito. Ni siquiera en tiempos de paz [...].

Algunos amigos de PR me han brindado datos sobre las miserables condiciones reinantes allí. Las reservas por lo general permanecen agotadas... No hay vegetales frescos. No hay carne. [...] Cuarenta por ciento de todas las personas empleables se hallan sin trabajo. [...] 200 000 de los 350 000 alumnos de las escuelas públicas sufren de desnutrición [...].

[...] Los barcos de guerra de EU convoyan alimentos diariamente a países remotos que nada tienen que ver con nosotros. Ciertamente no debemos olvidar a nuestro hijastro. No podemos permitir que se mueran de hambre a nuestras propias puertas.²⁵

Las intrigas políticas persistieron aún en medio de la peor parte del bloqueo de 1942. Incluso después de que se aprobara la asignación de quince millones solicitada por Tugwell para “motivar a los productores de azúcar y otros a cultivar más alimentos”, el dinero tardó años en recibirse debido a la extraordinaria burocracia en la División de Territorios y a las intrigas políticas en contra del Tugwell.²⁶ En junio de 1942 el Buró de Guerra del Departamento Federal de Agricultura en Puerto Rico le escribió al secretario de agricultura de Estados Unidos, Claude A. Wickard, declarando al gobernador Rexford G. Tugwell “persona non grata” y recomendado la aplicación de la ley marcial en la isla antes que continuar su gobierno en ella.²⁷

Ciertamente, la administración de Tugwell cometió varios errores en su manejo de la isla en tiempos de guerra y de bloqueo, pero la oposición en la isla era mayormente instigada por los empresarios que consideraban que su énfasis en el interés general, en lugar de promover sus intereses capitalistas, les afectaba negativamente.²⁸ Afortunadamente, a partir de diciembre de 1942, el sistema de convoy comenzó a rendir frutos y el flujo de alimentos y otras necesidades se comenzó a normalizar.²⁹ Las mesas puertorriqueñas pronto

volverían a ver el arroz con habichuelas (frijoles), y los precios se estabilizarían. Habían superado lo peor.

Puerto Rico y los hundimientos¹⁰⁰

Algunos puertorriqueños tuvieron que ser rescatados de las aguas caribeñas cuando sus barcos fueron torpedeados por los submarinos alemanes. Estos ataques no eran necesariamente cerca de la isla. Se reportaron algunos casos particulares de víctimas en ataques submarinos alemanes; el más interesante fue el caso de Frank Núñez, de 29 años, que fue tripulante en cinco navíos torpedeados.¹⁰¹

De acuerdo al reporte sometido por la guardia costera de Estados Unidos al décimo distrito naval, el barco británico Jumna, que cargaba sacos para la industria azucarera de la isla, tuvo un encuentro cercano con un submarino cerca de la costa norte de Isabela, cerca del canal de la Mona.¹⁰² Pero el primer barco hundido en las aguas cercanas fue el estadounidense Delplata, el 20 de febrero de 1942, con sus 4,651 toneladas métricas de carga que envió su S.S.S. (Sinking Ship Signal o señal de hundimiento) tras ser atacado por el submarino U-156 y su tripulación de 39 hombres fue rescatada por un barco militar norteamericano.¹⁰³

El capitán Harnerstein del U-156 estuvo muy activo en las aguas alrededor de Puerto Rico y se le acredita haber bombardeado la pista de aterrizaje de emergencia y el campamento del Cuerpo Civil de Conservación (CCC) en la isla de Mona.¹⁰⁴ El 25 de febrero de 1942, Harnerstein atacó en el sur del Pasaje de la Mona cuando perseguía al tanquero británico *La Carriere* con 5 158 toneladas métricas de carga que tardó un día completo en hundirse en las profundidades del Paseo de los Muertos. De su tripulación de 42 hombres, sólo 29 fueron rescatados del mar y llevados como refugiados a la azucarera Guánica Central.¹⁰⁵

El Sector Puerto Rico era la ruta obligada para los barcos que regresaban del Golfo de México. Por ejemplo, durante el mes de mayo de 1942 cuatro

submarinos operaron exclusivamente en el Pasaje de Barlovento y el Sector Puerto Rico: el U-107, el U-108, el U-172, y el U-558. Juntos hundieron 53 barcos mercantes, mayormente pequeños, pero con un tonelaje total de 223 225 toneladas métricas. Como resultado de estos hundimientos, como era frecuente en las vecinas islas caribeñas, Puerto Rico tuvo que acoger a los sobrevivientes de los barcos torpedeados que llegaban a sus playas. Por ejemplo, el uno de abril de 1942, se reportaron “más de 300 marineros noruegos, holandeses, irlandeses y canadienses”.¹⁰⁶

El último hundimiento en aguas cercanas a Puerto Rico ocurrió el 5 de junio de 1944 cuando el U-539 hundió al mercante panameño Pillory con sus 1 376 toneladas métricas de carga a pocas millas del canal de la Mona. Poco después, el U-529 fue atacado por un avión VP 204 que lo retiró de combate debido a los daños sufridos.¹⁰⁷ El último reporte de un submarino alemán operando en el Caribe fue el del U-530 comandado por Kurt Lange en julio de 1944.

El final de la guerra

A partir de enero de 1943 los submarinos alemanes “dejaron de ser una amenaza en el Caribe para convertirse en una mera molestia”.¹⁰⁸ Las pérdidas aliadas en 1943 eran menos de un tercio de las que tuvieron en 1942. Al finalizar la guerra, el total de hundimientos alemanes en el Caribe sumaba la impresionante cantidad de 400 barcos mercantes, mientras que los alemanes sólo perdieron allí 17 de sus U-boats. Evidentemente la campaña militar en el Caribe fue la campaña alemana más costo-eficiente de la segunda guerra mundial.¹⁰⁹

Al terminar la emergencia del bloqueo alemán, se hizo evidente que los puertorriqueños estaban insatisfechos con la manera en que Estados Unidos la manejó, como lo expresó el Tugwell cuando en un momento dado esperó lo peor:

Los puertorriqueños comenzaron a pensar, *no* en que la gran nación a la cual estaban atados estaba *imposibilitada* de proveerles suministros, sino que *no quería hacerlo*; al menos no lo suficiente como para arriesgar los barcos necesarios. Desde mi punto de vista esto era peor... ya que los puertorriqueños siempre están inclinados a indignarse por nuestro abandono.^{[110](#)}

El camino quedaba libre y fértil para una sucesión de movimientos nacionalistas y de libre determinación que culminaría con la descolonización de la mayoría del Caribe en las próximas décadas. Tugwell lo había previsto en su diario con la siguiente anotación del 10 de marzo de 1942:

Ahora estamos comprometidos con esta; y corremos el mismo riesgo de todas las posesiones coloniales. Debo pensar que después de la guerra, el viejo colonialismo morirá. Lo que parece haber derrotado a los británicos y holandeses en el este... ha sido la traición de los ‘nativos’, si a su nueva elección de dueños se le puede llamar ‘traición’.^{[111](#)}

Los severos cambios en el estilo de vida de los caribeños ocasionados por el acoso alemán produjeron un cambio profundo en la mentalidad de muchos caribeños respecto a su condición de sujetos colonizados. La adopción de la Carta del Atlántico por Roosevelt y Churchill tras el ataque a Pearl Harbor, particularmente su Artículo III, introdujo entre los intelectuales caribeños conceptos inspiradores como “el respeto por el derecho de cada nación a elegir la forma de gobierno bajo la cual vivirá”.

La experiencia caribeña también obligó a Estados Unidos a mirar hacia la región y a relacionarse un poco más con sus habitantes. Tenían que hacerlo para poder atender sus endémicos problemas. Esto, en conjunto con la significativa presencia militar estadounidense en sus bases navales caribeñas por un periodo que excedería los 25 años, ayudó a incrementar la influencia estadounidense en el Caribe con Puerto Rico como su principal base de operaciones.

Respecto a los habitantes del Caribe, la suposición lógica es que ellos cambiaron su visión de sí mismos y de su posición en el mundo tras la traumática experiencia de ser parte del escenario bélico durante la segunda guerra mundial. Pero resultó muy positivo el hecho de que el bloqueo alemán

obligó a los caribeños a comunicarse entre sí, superando sus barreras lingüísticas, para resolver sus necesidades ante una amenaza común. La autodeterminación de las naciones caribeñas tardaría unos años más, pero al menos el proceso hacia lograrla había comenzado.^{[112](#)}

Fuentes

HEMEROGRAFÍA

El Mundo, Puerto Rico.

BIBLIOGRAFÍA

Anglo-American Caribbean Commission, *The Caribbean Islands and the War: a Record of Progress in Facing Stern Realities*, Washington, US Government Printing Office, 1943.

Bennett G. H. y Roy Bennett, *Hitler's Admirals*, Maryland, Naval Institute Press, 2004.

Bentley, Amy, *Eating for Victory, Food Rationing and the Politics of Domesticity*, Chicago, University of Illinois Press, 1998.

Churchill, Winston, *Memoirs of the Second World War*, Boston, Houghton Mifflin Co., 1987.

Collazo, José, *Guerra y educación. La militarización y americanización del pueblo puertorriqueño durante la Segunda Guerra Mundial, 1939-1945*, Santo Domingo, Editora Centenario, SA, s.a.

Conn, Stetson, Rose C. Engelman y Byron Fairchild, *Guarding the United States and Its Outposts*, Washington, D.C., Center of Military History, US Army, 2000.

De Windt Lavandier, César, *La segunda guerra mundial y los submarinos alemanes en el Caribe*, Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1997.

Döenitz, Karl, *Memoirs: A Documentary of the Nazi Twilight*, Nueva York, Belmont Books, 1961.

Farley, Ena L., "Puerto Rico: Ordeals of an American Dependency during World War II", *Revista/Review Interamericana*, Universidad Interamericana de Puerto Rico, vol. 6, núm. 2, 1976, San Germán, pp. 202-210.

Fernandez, Ronald, *The Disenchanted Island: Puerto Rico and the United States in the Twentieth Century*, New York, Praeger, 1992.

Füllberg-Stolberg, Claus, "The Caribbean in the Second World War" en Bridget Brereton (ed.), *General History of the Caribbean: The Caribbean in the Twentieth Century*, vol. 5, Londres, Palgrave Macmillan, 2004, pp. 82-140 (General History of the Caribbean, 5).

García Muñíz, Humberto, *La estrategia de Estados Unidos y la militarización del Caribe: ensayo sobre el desarrollo histórico de las fuerzas de seguridad y la presencia militar de Estados Unidos en el Caribe angloparlante*, Río Piedras, Instituto de Estudios del Caribe/Universidad de Puerto Rico, 1988 (Caribbean Monograph Series, 16).

García Passalacqua, Juan M, *Casa sin hogar: memoria de mis tiempos, Puerto Rico, 1937-1987*, Río Piedras, Editorial Edil, 1990.

Hernández Hernández, Carlos, "Historia y memoria: representaciones de la segunda guerra mundial en la ciudad señorial de Ponce", tesis doctoral, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, enero, 2005.

Hickam, Homer H., *Torpedo Junction: U-Boat War off America's East Coast, 1942*, Nueva York, Dell Publishing, 1989.

Kelshall, Gaylord T. M., *The U-Boat War in the Caribbean*, Maryland, Naval Institute Press, 1994.

Muñoz Marín, Luis, *Memorias: autobiografía pública, 1940-1952*, Colombia, Crónicas, 2003.

Paralitici, Ché, *No quiero mi cuerpo pa' tambor. El servicio militar obligatorio en Puerto Rico*, San Juan, Ediciones Puerto, 1998.

Piñero Cádiz, Gerardo M., *Puerto Rico: el Gibraltar del Caribe*, San Juan, Editorial Isla Negra, 2008 (Visiones y Cegueras).

Rivera Lizardi, Francisco M., *La segunda guerra mundial en Caguas*, Caguas, Francisco M. Rivera Lizard, 2003.

Smith, Gaddis, *American Diplomacy during the Second World War, 1941–1945*, Nueva York, John Wiley and Sons, Inc., 1967 (America in Crisis).

Tasch Ezratty, Barbara, *Puerto Rico, Changing Flags: An Oral History 1898–1950*, Maryland, Omni Arts, 1986.

Torruella, Juan R., “Why did Germany Turn to Submarine Warfare as its Principal Naval Strategy of World War I?”, *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia*, vols. 20-21, núms. 59-60-61-62, enero 2000-julio 2001, pp. 105-28.

Truesdell, Leon E., *Sixteenth Census of The United States, 1940: Population*, Washington, US Government Printing Office, 1942.

Tugwell, Rexford G., *Changing the Colonial Climate. The Story, from his Official Message of Governor Rexford Guy Tugwell's Efforts to Bring Democracy to an Island Possession which Serves the United Nations as a Warbase*, San Juan, Bureau of Supplies, 1942.

Tugwell, Rexford Guy, *La tierra azotada. Memorias del último gobernador estadounidense de Puerto Rico*, ed. Jorge Rodríguez Beruff, San Juan, Fundación Luis Muñoz Marín, 2010.

Tugwell, Rexford Guy, *The Stricken Land. The Story of Puerto Rico*, Nueva York, Doubleday & Co., 1947.

¹ En realidad, los U-boats eran capaces de patrullar en el Mar Caribe por hasta 3 semanas cargando 19 torpedos.

² Smith, *American Diplomacy*, 1967, p. 3.

³ Traducido al español como “retumbar de tambores”.

⁴ Churchill, *Memoirs of the Second*, 1987, p. 410. Traducción libre por la autora.

⁵ Hickam, *Torpedo Junction*, 1989, p. x. Traducción libre de la autora.

⁶ De Windt, *La segunda guerra mundial*, 1997, p. 71.

⁷ Bennett and Bennett, *Hitler's Admirals*, 2004, pp. 139-140.

⁸ Torruella, “Why Did Germany” 2000-2001, p. 114.

⁹ Para proteger su acceso a la bauxita, y con el consentimiento de la reina Wilhelmina de Holanda, en septiembre de 1941 unos 1 000 soldados norteamericanos y un escuadrón de bombarderos y artillería ocuparon Surinam, véase García, *La estrategia de Estados*, 1988, p. 62.

¹⁰ Anglo-American Caribbean Commission, *The Caribbean Islands*, 1943, p. 11.

¹¹ Döenitz, *Memoirs: a Documentary*, 1961, p. 29. Traducción libre por la autora.

¹² Traducido al español como “tierra nueva” o “nuevo mundo”.

¹³ Respecto al impacto de este ataque en Puerto Rico, véase Tugwell, *The Stricken Land*, 1947, p. 240.

¹⁴ Kelshall, *The U-Boat War in the Caribbean*, 1994, p. 43.

¹⁵ De Windt, *La Segunda Guerra Mundial y los submarinos alemanes*, 1997, p. 227. Traducción libre por la autora.

¹⁶ Kelshall, *The U-Boat War*, p. 16.

¹⁷ Roosevelt actuó influenciado por un grupo privado de empresarios petroleros: el Comité Asesor de Guerra sobre la Industria Petrolera (Petroleum Industry War Council Committee), que le informó que, si

el hundimiento de tanqueros continuaba al ritmo visto entre enero y marzo, no habría suficiente petróleo para sostener la guerra después de 1942. Respecto a esto, véase Hickam, *Torpedo Junction*, 1989, p. 166.

¹⁸ Kelshall, *The U-Boat War*, p. 16.

¹⁹ La Ley de Cabotaje está contenida en la sección nueve de la Ley Foraker (Carta Orgánica de 1900; Pub. L. 56-191, 31 Stat. 77) propuesta, inicialmente, por el senador Joseph B. Foraker. Su propósito era sostener la Marina Mercante de Estados Unidos y sigue vigente en la actualidad.

²⁰ La decisión fue tomada por el departamento del tesoro de Estados Unidos en respuesta a la petición del secretario de interior Harold I. Ickes, “Comerciarán entre Puerto Rico y Estados Unidos”, *El Mundo*, 25 de septiembre de 1942, p. 1.

²¹ Tugwell, *The Stricken Land*, 1947, pp. 196-197.

²² *Ibid.*, p. 195. Traducción libre por la autora.

²³ Tugwell, *The Stricken Land*, 1947, pp. 224-225. Esta orden fue hecha para ser aplicada en Hawaii. Eventualmente el gobierno federal declaró a Puerto Rico exenta de su cumplimiento.

²⁴ Para lograr un oscurecimiento total y evitar que el enemigo pudiese identificar blancos para atacar.

²⁵ *Ibid.*, p. 194. Traducción libre de la autora.

²⁶ Paralitici, *No quiero mi cuerpo*, 1998, pp. 311-312.

²⁷ Piñero, *Puerto Rico*, 2008, p. 144.

²⁸ Tugwell, *La tierra azotada*, 2010, p. 226.

²⁹ En respuesta a la escasez de cobre y níquel, después de 1943 y hasta 1946, el centavo de dólar ya no se hizo más de 95% cobre y 5% estaño y zinc, sino de 100% acero o latón. La moneda de 5 ¢, conocida como “níquel” pero hecha de 25% níquel y 75% cobre, se comenzó a hacer de plata, cobre y manganeso. Véanse Rivera, *La segunda guerra mundial*, 2003, p. 182, y “Poder adquisitivo de dólar reducido a 50%”, *El Mundo*, 13 de agosto de 1942, p. 6. La plata también se usó como sustituto del estaño en soldaduras y el cobre en conductores de energía eléctrica, *El Mundo*, 9 de abril de 1942, p. 3. Los metales colectados eran clasificados y compactados por la defensa civil en San Juan y enviados a Estados Unidos, el dinero obtenido se usaría para pagar los gastos de defensa, *El Mundo*, 27 de febrero de 1942, p. 1. En Puerto Rico se colectó un total de 3 276 874 kg de hierro, “Recogen chatarra y goma vieja en Pto. Rico”, *El Mundo*, 12 de diciembre de 1942, p. 7.

³⁰ Rivera, *La segunda guerra mundial*, 2003, pp. 110 y 136.

³¹ “Juventud rural emprende programa victoria”, *El Mundo*, 4 de febrero de 1942, p. 6.

³² Colectaban incluso pequeños fragmentos de metal, tales como cables, utensilios de cocina, tubos vacíos de cremas y ungüentos, baterías, “Hoy empieza campaña de metal viejo y goma usada”, *El Mundo*, 5 de mayo de 1942, p. 1.

³³ Lorenzo Brunet, “Las mujeres portorriqueñas y la guerra”, *El Mundo*, 28 de febrero de 1942, p. 8.

³⁴ Collazo. *Guerra y educación*, s.a., pp. 192-197.

³⁵ Véanse Rivera, *La segunda guerra mundial*, 2003, p. 141, y “Nuestra cuota del mes de junio”, *El Mundo*, 30 de junio de 1942, p. 8.

³⁶ Paralitici, *No quiero mi cuerpo*, 1998, pp. 237-238. La Clínica de Rumores era un comité compuesto por el juez federal Jorge Luis Córdova Díaz, el jefe de la policía insular coronel Luis Ramírez Brau, y el abogado norteamericano Phillip F. Eric. Ellos analizaban los rumores acerca de los suministros de alimentos, el prejuicio racial, la moral del ejército aliado, etc., y determinaban su veracidad, *El Mundo*, 15 de noviembre de 1942, p. 8. Algunos de los rumores discutidos fueron: 1. No se importará más arroz a Puerto Rico durante la guerra, y 2. No se importarán más cigarrillos norteamericanos durante la guerra. Ambos fueron impugnados por la Clínica de Rumores, “‘Clínica de Rumores’ establecida en Puerto Rico”, *El Mundo*, 23 de noviembre de 1942, p. 10.

³⁷ Rivera, *La segunda guerra mundial*, 2003, pp. 96 y 105.

³⁸ *Ibid.*, p. 154.

³⁹ Un curioso proyecto desarrollado para aliviar el tráfico en San Juan consistió en cavar túneles que conectaban la escuela Julián Blanco con la Plaza de Colón y la Escuela Superior Central con la acera contraria en la avenida Ponce de León, *El Mundo*, 11 de febrero de 1942, p. 6. Se suponía que los túneles serían usados como refugios en caso de bombardeo, *El Mundo*, 26 de mayo de 1942, p. 1.

⁴⁰ Véanse Tasch, *Puerto Rico*, 1986, p. 205; *El Mundo*, 1 de abril de 1942, p. 1, y 8 de mayo de 1942, p. 1.

⁴¹ Véanse *El Mundo*, 4 de abril de 1942, p. 3; 2 de mayo de 1942, p. 1, y 1 de septiembre de 1942, p. 1.

⁴² Rivera, *La segunda guerra mundial*, 2003, p. 98.

⁴³ Muñoz, *Memorias: autobiografía*, 2003, p. 164. En noviembre de 1942 Estados Unidos cesó su producción de whiskey, ginebra y todos los licores debido a que el alcohol de sus 124 destilerías sería usado en la producción de goma sintética y pólvora sin humo, “Fabricación de licores cesará para el 1 de noviembre”, *El Mundo*, 1 de septiembre de 1942, p. 1.

⁴⁴ El Congreso de Estados Unidos había decretado que el gobierno de Puerto Rico recibiría de vuelta el 70% de todos los impuestos al ron boricua, dinero que permitiría al Partido Popular Democrático, que controlaba el senado puertorriqueño, el poner en marcha su proyecto de redistribución de tierras e industrialización, Fernández, *The Disenchanted Island*, 1992, pp. 145-146. La escasez de licores destilados en Estados Unidos dio un gran impulso a la industria del ron en Puerto Rico y le produjo al gobierno de la isla grandes cantidades de dinero en impuestos federales devueltos. En 1937-1939 el promedio recibido de tales impuestos sobre el ron fue de \$1 400 000 al año, pero solamente en 1944 Puerto Rico recibió \$65 900 000. Este dinero ayudó a la isla a pagar sus deudas y hasta a crear una reserva fiscal, Farley, “Puerto Rico”, 1976, p. 204.

⁴⁵ “Eliminan las restricciones para uso de mieles en Puerto Rico”, 2 de septiembre de 1942, p. 4.

⁴⁶ Tugwell, *Changing the Colonial*, 1942, p. 157.

⁴⁷ “Es grave la situación de la exportación de ron”, *El Mundo*, 16 de mayo de 1942, p. 1.

⁴⁸ Todos los barcos cargueros de más de 907 toneladas métricas eran autorizados a navegar exclusivamente para propósitos bélicos. Las embarcaciones pequeñas usadas para transportar el ron habían sido usadas previamente como yates de recreación, pero ahora eran fácilmente convertidas en pequeñas embarcaciones de carga capaces de llevar entre 272 y 453 toneladas métricas. Por su menor

tamaño no eran blanco de ataques submarinos alemanes. Su costo fluctuaba entre \$25 000 y \$50 000 dólares. Véanse “Bacardí compró uno; Campos del Toro otro”, *El Mundo*, 7 de agosto de 1942, p. 4, y “Compra de barcos por la Autoridad de Transporte”, *El Mundo*, 23 de agosto de 1942, p. 1.

⁴⁹ Véanse Füllberg-Stolberg, “The Caribbean in the Second”, 2004, p. 109, y “Últimos talleres de aguja abocados a cierre”, *El Mundo*, 29 de agosto de 1942, p. 1.

⁵⁰ Los empresarios de la industria de confección de ropas en Puerto Rico producirían camisas y pantalones kakis para las tropas estacionadas en la isla. Véase “Fabricación uniformes militares en Pto. Rico”, *El Mundo*, 17 de junio de 1942, p. 1.

⁵¹ Véase “Algodón P. R. en programa producción de guerra”, *El Mundo*, 23 de mayo de 1942, p. 3.

⁵² Véase Füllberg-Stolberg, “The Caribbean in the Second”, 2004, p. 115.

⁵³ De acuerdo con estimados de la Universidad de Puerto Rico, en 1939 el trabajador puertorriqueño necesitaba \$132 dólares diarios para mantener una dieta adecuada. En 1942 este trabajador ganaba un promedio de \$0.41 diarios, Farley, “Puerto Rico”, 1976, p. 206. En 1942 se anunció que la dieta de los hospitales públicos (para pacientes y trabajadores) sufriría cambios porque ya no se ofrecerían leche ni huevos y la dieta consistiría mayormente de pan, vegetales y tubérculos, “Se denuncia la dieta se sirve ahora en Sanatorio”, *El Mundo*, 21 de octubre de 1942, p. 4.

⁵⁴ Piñero-Cádiz, *Puerto Rico*, 2008, p. 152.

⁵⁵ “Iglesia anuncia programa federal de obras públicas”, *El Mundo*, 20 de noviembre de 1942, p. 2.

⁵⁶ *El Mundo*, 3 de noviembre de 1942, p. 4.

⁵⁷ Tugwell, *The Stricken Land*, 1947, p. 239.

⁵⁸ El SEA estableció 36 centros de nutrición en áreas rurales para ofrecer una nutrición balanceada a 3 000 niños desnutridos entre la edad preescolar y 16 años. La idea era cambiar sus hábitos alimenticios convenciéndolos de probar alimentos que usualmente los niños consideraban indeseables. Los alimentos eran cocinados por mujeres voluntarias y miembros de los clubes 4-H que trataban de hacer que los niños se comieran toda la comida que se les servía, “Centros de Nutrición establecidos en la zona rural de Puerto Rico”, *El Mundo*, 2 de agosto de 1942, p. 1.

⁵⁹ El artículo fue escrito por Homer Bigart tras una corta estadía en la isla. Este culpaba por la crisis de alimentos a los políticos puertorriqueños y a Tugwell por no tener una reserva de guerra y un plan de prioridades sobre la carga, “Política ha agravado crisis de alimentos en P. R.”, *El Mundo*, 18 de noviembre de 1942, pp. 2 y 11.

⁶⁰ Tugwell, *The Stricken Land*, 1947, pp. 208-209.

⁶¹ Aunque los 15 millones de dólares se vinieron a asignar en 1944, el almacenaje de alimentos para tres meses comenzó a menor escala en marzo de 1942 a través del Comité de Coordinación de Almacenaje organizado por Tugwell y formado por 50 importadores y mayoristas locales. Estos almacenaron 23 tipos de artículos considerados de necesidad vital: habichuelas (frijoles), frutas, vegetales, sopas, salsa de tomate, carnes, salchichas enlatadas, avena, queso, alimento para vacas lecheras y para aves de corral, pescado seco, harina de trigo, fósforos, arroz, carnes frescas y ahumadas, leche evaporada y en polvo, mantequilla y sus

sustitutos, patas de cerdo saladas, salchichas y cerdo ahumados, y jabón lavarropas, “Se comenzará pronto almacenamiento de alimentos”, *El Mundo*, 27 de febrero de 1942, p. 1.

⁶² “Declaraciones de Bolívar Pagán ante Subcomité de Asignaciones de la Cámara”, *El Mundo*, 12 de julio de 1942, p. 11.

⁶³ Algunos hasta peleaban entre ellos por el acceso a la comida podrida y descartada. El grupo de unas 300 personas incluía a ancianos, mujeres, hombres y niños que buscaban particularmente en la basura proveniente de las bases militares estadounidenses. Los guardias del crematorio no lograban controlar la situación, “Centenares buscan comida en Crematorio de S. J.”, *El Mundo*, 31 de diciembre de 1942, p. 13.

⁶⁴ Según el Censo de 1940, Puerto Rico tenía una población de 1 869 255 en 8 865 km² y una densidad poblacional de 546.1 habitantes por cada 2.6 km². Véase Truesdell, *Sixteenth Census*, 1942, pp. 5-7.

⁶⁵ Tugwell, *The Stricken Land*, 1947, p. 212.

⁶⁶ De los 128 millones de kilogramos de arroz necesarios, sólo se esperaba producir unos cinco; esperaban cosechar 22 millones menos de las habichuelas (frijoles) y leguminosas necesarias; sólo en el caso de los plátanos y tubérculos como las batatas esperaban producir un excedente de unos 48.5 millones de kg. El déficit neto esperado era de 470 000 calorías, “Deficiencias en arroz para el consumo local”, *El Mundo*, 1 de julio de 1942, p. 13. Para promover los empleos agrícolas, cada agricultor o empleado agrícola era diferido del Servicio Selectivo, “Hombres en labores agrícolas serán diferidos”, *El Mundo*, 27 de noviembre de 1942, p. 4.

⁶⁷ Desde 1937 Tugwell pedía al gobierno estadounidense que comprara toda la cosecha de azúcar de Puerto Rico, pero este se negaba mientras compraba toda la cosecha de azúcar de Cuba. En contraste, Gran Bretaña compraba toda la producción azucarera de sus colonias caribeñas y toda la de la República Dominicana. Tugwell, *The Stricken Land*, 1947, p. 229. Los fletes de carga impuestos al azúcar de Puerto Rico eran los mismos aplicados a Cuba a pesar de que aquella era una zona doméstica para Estados Unidos. Otras desventajas para el azúcar puertorriqueño eran que distaba más de los puertos estadounidenses y que no podía usar los “barcos volanderos” que Cuba usaba para sortear los cayos de la Florida. Además, durante el bloqueo, los exportadores azucareros de Puerto Rico tenían que pagar altos seguros sobre riesgos de guerra de 7¢ por cada medio kilo de azúcar. Véase “Bolívar Pagán urge P.R. sea tratado como zona doméstica”, *El Mundo*, 17 de mayo de 1942, p. 1.

⁶⁸ “Acuerdo entre Haití y los Estados Unidos”, *El Mundo*, 4 de abril de 1942, p. 3. Hasta el *Philadelphia Record* criticó la acción de Estados Unidos: “No podemos encontrar barcos para Puerto Rico, pero sí para traer azúcar de Martinica. La distancia de Filadelfia a Martinica es de 2 248 millas [3 618 km], de Filadelfia a Puerto Rico es de 1 606 millas [2 585 km]... No vacilamos en calificar a Martinica de país enemigo. Martinica es Vichy; Vichy es Hitler”, “Periódico Filadelfia defiende a Puerto Rico”, *El Mundo*, 16 de abril de 1942, p. 5.

⁶⁹ Véanse Tugwell, *The Stricken Land*, 1947, p. 216; Muñoz, *Memorias: autobiografía*, 2003, p. 94, y “Agricultores declaran a Tugwell non grato”, *El Mundo*, 25 de mayo, 1942, p. 1. Como *El Mundo* se oponía abiertamente a la administración de Tugwell, sus editores alegaban que la oposición a este era

“masiva” a pesar de que sólo pequeños sectores de los industriales del azúcar y comerciantes la apoyaban: “En el grito de esa clase se hace eco la expresión y el sentir de Puerto Rico”. *El Mundo* acusaba al gobernador de: “empeñarse en cambiar la economía del país [...] fomentar graves disensiones en nuestra isla [...] duplicar casi el presupuesto de la Mansión Ejecutiva, [y] de prohijar la burocracia más grande que registra la historia de nuestro pueblo”, “Tugwell: Non Grato”, *El Mundo*, 26 de mayo de 1942, p. 8. También protestaron contra él y pidieron su destitución la Junta de Guerra del Departamento de Agricultura Federal y la cámara de comercio de Puerto Rico, Miguel A. Santín, “Cámara pide remoción de Tugwell”, *El Mundo*, 1 de junio de 1942, pp. 1 y 8.

⁷⁰ Se recomendó cosechar leguminosas porque estas enriquecen el suelo con nitrógeno, un fertilizador químico muy difícil de conseguir durante la emergencia del bloqueo. También eran recomendadas como sustituto del alimento para ganado lechero que no se podía importar en la emergencia, “Cañeros deberán sembrar 7 por ciento de alimentos”, *El Mundo*, 30 de junio de 1942, p. 5; *El Mundo*, 5 de septiembre de 1942, p. 4; *El Mundo*, 24 de octubre de 1942, p. 7. De ese 7% dedicado al cosecho de leguminosas, tendrían que dedicar 80% a las habichuelas (frijoles) de todo tipo, y otro 20% a batatas, maíz, arroz, ñames, yautías, apio o yuca, *El Mundo*, 28 de diciembre de 1942, p. 2.

⁷¹ “La repartición de excedentes de alimentos”, *El Mundo*, 5 de mayo de 1942, p. 5.

⁷² El *New York Herald Tribune* afirmó que en San Juan los visitantes de Estados Unidos y los miembros de la elite nativa seguían comprando bienes de lujo enlatados pagando 3 veces su precio regular y que “los sábados por la noche, los concurrentes al Normandie, Condado, Escambrón, Jack’s y El Morocco son tan alegres y alborotados como en los días del turismo”, “Política ha agravado crisis de alimentos en P. R.”, *El Mundo*, 18 de noviembre de 1942, pp. 2 y 11, El presidente de la cámara de comercio Filipo de Hostos escribió una carta a *The New York Times* protestando porque el Departamento de Agricultura de Estados Unidos había anunciado con alegría un aumento de 40% en la cantidad de alimentos enviados a las Naciones Unidas (los Aliados). De Hostos opinaba que la optimista nota se hacía “a costa de los 2 millones de ciudadanos americanos que viven en Puerto Rico”, “De Hostos plantea otra vez cuestión de alimentos”, *El Mundo*, 23 de noviembre de 1942, p. 2.

⁷³ “La isla tiene que disponerse a hacer sacrificios”, *El Mundo*, 5 de marzo de 1942, p. 1.

⁷⁴ “Alimento es factor esencial para la victoria”, *El Mundo*, 4 de marzo de 1942, p. 9.

⁷⁵ A modo de ejemplo, en una ocasión la AMA compró 1.1 millones de kilogramos de tocineta que se tornó rancia y amarillenta porque fue empacada con menos sal de la requerida para preservarla por el largo tiempo que esperó en el puerto; en otro incidente, la AMA compró 5 235 bolsas de maíz que se dañaron tras una larga espera en el puerto del golfo, terminando estas siendo subastadas en Puerto Rico como alimento para animales, “Llegó un enorme cargamento de tocino a P.R.”, *El Mundo*, 11 de agosto de 1942, p. 1, y “Embarque maíz impropio para consumo humano”, *El Mundo*, 21 de agosto de 1942, p. 1.

⁷⁶ Rivera, *La segunda guerra*, 2003, p. 156. El nombre del plato se refiere al “segundo frente” que Josef Stalin pedía para poder distraer a los alemanes que atacaban a la URSS y que finalmente se estableció cuando los aliados desembarcaron en Marruecos en noviembre de 1942.

⁷⁷ “‘Porto Rico Dairy’ suspende ventas al público”, *El Mundo*, 30 de septiembre, 1942, p. 5.

⁷⁸ El servicio se ofrecía gratuitamente a todos los niños entre dos y siete años de edad, todos los días de nueve a doce para garantizar su nutrición durante la emergencia. Servían leche evaporada enlatada y en polvo porque en la zona rural no había suficientes aparatos refrigeradores para conservar la leche fresca. Cada estación podía alimentar a 200 niños por día proveyendo tres vasos de leche por participante. Algunas estaciones también proveían galletas de soda a los niños, “50 estaciones leche funcionarán el lunes próximo”, *El Mundo*, 28 de octubre de 1942, p. 4.

⁷⁹ Hernández Hernández, “Historia y memoria”, 2005, pp. 159 y 171.

⁸⁰ Rivera, *La segunda guerra*, 2003, pp. 198, 206 y 223.

⁸¹ *El Mundo*, 1 de mayo de 1942, p. 5.

⁸² Hernández Hernández, “Historia y memoria”, 2005, p. 160.

⁸³ La gasolina disponible se vendía únicamente al ejército y la marina de Estados Unidos, a vehículos de transportación pública, a autos privados de médicos y enfermeras, a ambulancias, camiones de bomberos, transportes de leche y vehículos del gobierno. Más adelante se estableció una multa para todos los transportistas públicos que, como beneficiarios de las concesiones especiales de combustible, y teniendo asientos disponibles, ignoraran las llamadas a parar de pasajeros potenciales, rehusándose a transportarlos. La penalidad era de entre \$5.00 y \$50.00 dólares por infracción. “Aprobada ordenanza sobre autos ‘PA’ y ‘P’”, *El Mundo*, 12 de agosto de 1942, p. 5. Cuando en septiembre se enfrentó otro periodo de crisis en el acceso a la gasolina, se prohibió el uso de la misma en vehículos privados y el gobierno tuvo que limitar los servicios que requerían gasolina a sólo los “esenciales”, “OAP dispuesta a evitar el desperdicio de gasolina”, *El Mundo*, 25 de septiembre de 1942, p. 1.

⁸⁴ “Se establece racionamiento gasolina a base de cupones”, *El Mundo*, 12 de junio de 1942, p. 8; 15 de junio de 1942, p. 4, y 17 de julio de 1942, p. 5. En la isla había 30 304 vehículos, de los cuales 16 717 eran autos privados y 5 470 eran transportes públicos. En comparación, las Islas Vírgenes estadounidenses tenían un total de solamente 1 400 vehículos, “Racionamiento de gasolina en Islas Vírgenes”, *El Mundo*, 23 de agosto de 1942, p. 1.

⁸⁵ “Cloro para acueducto de San Juan”, *El Mundo*, 6 de abril de 1942, p. 8, y 6 de mayo, 1942, p. 5.

⁸⁶ “La escasez de gasolina en la labor judicial”, *El Mundo*, 10 de diciembre de 1942, p. 2, y “Necesidad urgente de suspender viajes de placer”, *El Mundo*, 17 de diciembre de 1942, p. 6.

⁸⁷ Traducción libre por la autora de Tugwell, *The Stricken Land*, 1947, pp. 182-183. Por algún tiempo y para conservar combustible, el gobierno suspendió el alumbrado público después de las 11:00 pm y la Porto Rico Railway Light and Power Co. suspendió el servicio de tranvía eléctrico después de las 11:15 pm, “Calles a oscuras después de 11 P.M.”, *El Mundo*, 28 de abril de 1942, p. 1, y “Todavía no funciona después de las 11 PM”, *El Mundo*, 3 de mayo de 1942, p. 1.

⁸⁸ Véase Rivera, *La segunda guerra*, 2003, p. 107.

⁸⁹ Algunas personas dudaban de que la supervisión del proceso por veterinarios fuera adecuada porque en la isla había solamente 22 veterinarios y 7 expertos en “industrias animales” que tendrían que supervisar 75 mataderos, “Ya se ha vendido carne de reses tuberculosas”, *El Mundo*, 23 de octubre de 1942, pp. 1 y 9.

²⁰ Farley, “Puerto Rico”, 1976, p. 209. Según el testimonio de Bolívar Pagán.

²¹ García, *Casa sin hogar*, 1990, pp. 27-28.

²² Bentley, *Eating for Victory*, 1998, p. 16.

²³ Por ejemplo, una libra (.45 kg) de arroz con un precio fijo de 11¢ podía venderse por 12¢ o hasta por 16¢. “Acusado violar reglamento de OAP en Ponce”, *El Mundo*, 16 de diciembre de 1942, p. 5. Otros usaban el “sistema de convoy”: le exigían al cliente comprar habichuelas (frijoles) podridos como requisito para comprar una libra de arroz al precio de 12¢, “Protestan distribución de arroz por los mayoristas”, *El Mundo*, 14 de noviembre, 1942, p. 5.

²⁴ De acuerdo al teniente comandante Thomas C. Hennings, asistente naval de Tugwell, en 1941 Puerto Rico recibió 2 113 740 toneladas métricas de carga de las cuales 1 561 264 cubrían las necesidades de la población civil y 552 475 las de los militares. Por ello, él insistía en que la isla requería al menos 680 389 toneladas para satisfacer las demandas de los civiles. Hennings visitó al almirante Emory S. Land, presidente de la Comisión Marítima Nacional, para abogar por la situación, pero su gestión fue infructuosa, “Tonelaje naviero de Pto. Rico reducido a menos de la mitad”, *El Mundo*, 1 de abril de 1942, p. 6, y “Otro editorial del ‘Baltimore Sun’ sobre Pto. Rico”, *El Mundo*, 20 de diciembre de 1942, p. 1.

²⁵ *El Mundo*, 16 de diciembre de 1942, p. 7.

²⁶ El Comité de Agricultura de la Cámara de Representantes Federal estipuló que el dinero no podría gastarse mientras Tugwell fuera gobernador. Sin embargo, Roosevelt le reiteró su apoyo. Veánse, Farley, “Puerto Rico”, 1976, p. 207; *El Mundo*, 21 de octubre de 1942, p. 8, y 18 de noviembre de 1942, pp. 1 y 11. Cuando el Congreso iba a asignar otros \$15 millones para incentivar a los productores de azúcar a plantar alimentos en algunos cañaverales, Pagán se opuso y convenció a un grupo de senadores de que Tugwell quería ese dinero para gastarlo en políticas anti-americanas. El proyecto fue abortado, Muñoz, *Memorias: autobiografía*, 2003, pp. 98-99 y 109.

²⁷ La Junta de Guerra del Departamento de Agricultura Federal incluía representantes de la Administración de Ajuste Agrícola, la Administración de Seguridad de Granjas, la Administración de Crédito Agrícola, la Administración de Compras Agrícolas, el Servicio Forestal, el Servicio de Extensión Agrícola, el Servicio de Cuarentena Biológica y Entomológica, el Negociado de Industria Animal y la Estación Experimental Agrícola. La carta tenía peso especial porque Tugwell había sido secretario de Agricultura de Estados Unidos, “Cámara pide remoción de Tugwell”, *El Mundo*, 1 de junio de 1942, pp. 1 y 8.

²⁸ Farley discute algunos de los errores de la administración de Tugwell presentados por el senador puertorriqueño Lino Padrón ante el Congreso estadounidense en una vista celebrada en diciembre de 1942. Padrón mencionó: gastar \$75 000 dólares en piñas maduras que tuvieron que descartarse; comprar 1.1 millones de kilogramos de tocineta rancia y amarillenta valorados en \$25 000 (fue empacada con menos sal de la necesaria para su preservación); comprar la clase de harina incorrecta; comprar lo que creía eran cajas de carne para guisar que resultaron ser grasa de ganado. Véase Farley, “Puerto Rico”, 1976, p. 207.

²⁹ “Abastecimientos han mejorado, dice Gobernador”, *El Mundo*, 12 de diciembre de 1942, p. 7.

[100](#) Para más detalles sobre los hundimientos en el Caribe entre febrero y agosto de 1942, véase De Windt, *La segunda guerra mundial*, 1997, pp. 361-383.

[101](#) “Boricua no teme a los submarinos”, *El Mundo*, 5 de mayo de 1942, p. 1. En otro artículo se menciona a un Frank Muñiz de 29 años (probablemente el mismo) que había sobrevivido cuatro ataques submarinos alemanes. Era casado y padre de 5 hijos, residente en El Fanguito en Santurce y afirmaba que estaba dispuesto a volver a embarcarse, “Marino portorriqueño ha sido náufrago 4 veces”, *El Mundo*, 22 de diciembre de 1942, p. 5.

[102](#) Piñero, *Puerto Rico*, 2008, p. 146.

[103](#) “Llegan a San Juan supervivientes de un barco”, *El Mundo*, 23 de febrero de 1942, p. 1.

[104](#) Este ataque se reportó a 1.6 km. al sur de la isla de Mona. Se dispararon unos 30 proyectiles que no alcanzaron a los 170 adolescentes que allí trabajaban para la Administración Nacional de la Juventud (National Youth Administration). La isla de Mona pertenece a Puerto Rico y está a 74 km. al oeste de esta. Mide 7 km. de largo por 3.2 de ancho, “Submarino enemigo bombardeó isla Mona”, *El Mundo*, 4 de marzo de 1942, p. 1.

[105](#) “Vapor inglés hundido a 20 millas de la costa sur de Pto. Rico”, *El Mundo*, 26 de febrero de 1942, p. 9.

[106](#) De Windt, *La segunda guerra mundial*, 1997, p. 61. Traducción libre por la autora.

[107](#) *Ibid.*, p. 312.

[108](#) Conn, Engelman y Fairchild, *Guarding the United*, 2000, p. 436. Traducción libre por la autora.

[109](#) *Ibid.*, p. 312; Kelshall, *The U-Boat*, 1994, pp. 446-449.

[110](#) Tugwell, *La tierra azotada*, 2010, p. 330. Itálicas tomadas del original.

[111](#) *Ibid.*, p. 314.

[112](#) *Ibid.*, p. 314.

La legión del Caribe, una mirada desde la CIA

Guadalupe Rodríguez de Ita

Consideraciones iniciales

Hacia mediados del siglo xx, entre el final de la segunda guerra mundial y el inicio de la guerra fría,¹ por factores externos e internos, el acontecer político en la zona caribeña, tanto en cada país, como en su conjunto, era complejo, un tanto paradójico y hasta conflictivo, llegando a la confrontación armada en algunos momentos.² Por un lado, la promoción de las libertades y la democracia realizada por los países aliados, como parte de su combate a los del eje, aunque arribó un tanto tardíamente a la zona, tuvo ciertos efectos, pues en varios países se hicieron intentos serios por conseguir o mantener gobiernos democráticos, tal como ocurrió con Ramón Grau San Martín (1944-1948) y Carlos Prío Socarrás (1948-1952) en Cuba, así como con Juan José Arévalo (1944-1951) y Jacobo Arbenz (1951-1954) en Guatemala; sin embargo, las principales dictaduras tradicionales establecidas desde varios años atrás continuaron sin cambio, como fue el caso de las de Rafael Leónidas Trujillo (1930-1961) en República Dominicana y Anastasio Somoza García (1937-1956) en Nicaragua. En esa situación no faltaron rivalidades y conflictos entre democracias y dictaduras. Más tarde, el advenimiento al Caribe del conflicto bipolar, bajo la égida de Estados Unidos, abrió la puerta a posiciones anticomunistas ambiguas, donde regímenes democráticos —como el guatemalteco— fueron calificados de comunistas y atacados por ello por parte de la potencia occidental; en tanto que los dictatoriales que se proclamaron anticomunistas —como el dominicano y el nicaragüense— continuaron por

varios años más, con el beneplácito estadounidense. La pugna entre unos y otros no sólo siguió, sino que se acentuó.

Cabe apuntar que la continuación de dictaduras tradicionales en la zona caribeña, con su secuela de autoritarismo y represión, estuvo acompañada, entre otras cosas, de la salida al exilio de elementos de la oposición, que en la mayoría de los casos se establecieron en países vecinos, desde donde se organizaron con la finalidad de regresar a su patria para derrocar por medio de las armas al dictador en turno. En general, la lucha antidictatorial en cada país fue emprendida por exiliados de acuerdo a su respectiva nacionalidad; sin embargo, algunos momentos se agruparon de diversas procedencias para tal efecto.³ Así, entre 1947 y 1949, exiliados de varias nacionalidades participaron en intentos armados para terminar con las dictaduras, con especial énfasis en las encabezadas por Trujillo y Somoza, consideradas amigas de Estados Unidos. Contra el dominicano hubo dos tentativas importantes que no lograron su cometido: una en Cayo Confites y otra en Luperón; en tanto que contra el nicaragüense no se logró concretar ninguna intentona. En ese contexto fue que actuó la denominada Legión del Caribe.

También es importante anotar que el inicio de la guerra fría trajo consigo el reforzamiento de la seguridad estatal y de las agencias de inteligencia en cada bloque. En ese marco, el gobierno de Estados Unidos sentó las bases sobre las que procederían en la confrontación bipolar con la Doctrina de Contención (1946) y la Doctrina Truman (1947), así como con el Acta de Seguridad Nacional (1946).⁴ Con este telón de fondo, el 18 de septiembre de 1947, fue creada la *Central Intelligence Agency* (CIA), organismo estatal clave en la lucha contra lo que se estimaba era el comunismo y la infiltración de este a nivel internacional.⁵ Para evitar la intromisión comunista en lo que la administración estadounidense consideraba sus zonas de influencia, la Agencia se dedicó a realizar labores de espionaje, contraespionaje, propaganda política y desinformación en relación con individuos, organizaciones, etc., así como a

instrumentar operaciones encubiertas contra gobiernos sospechosos de ser comunistas.

Dada la cercanía geográfica de Estados Unidos con la zona caribeña, que en la visión de la CIA incluía a una parte de las Antillas Mayores, a los países de Centroamérica y eventualmente a Venezuela, más temprano que tarde, dicha zona se vio envuelta en la vigilancia y en los operativos de la Agencia. Por tal motivo, esta produjo una cantidad significativa de documentos, gran parte de los cuales mantuvo bajo reserva hasta el final de la guerra fría; luego, durante la última década del siglo pasado desclasificó un número importante de materiales y a principios de esta centuria los puso en línea para su consulta electrónica.

Entre la documentación desclasificada se encuentran unos 25 registros de la mencionada Legión del Caribe. De ellos, sólo uno de los escritos fue elaborado en el punto más alto de la actividad de la Legión, esto es, en 1949, en tanto que el resto corresponde a los años 1953 y 1954, cuando la CIA montaba una operación para derrocar al gobierno democrático guatemalteco al que calificaba de comunista, maniobra que generó más de cinco mil documentos. Considerando la cantidad y calidad de los registros, llama la atención el dispar interés que parece haber puesto la Agencia en estos dos casos, donde los conflictos, armados o no, giraron en torno a la democracia que el gobierno estadounidense decía —y dice— defender, así como a las dictaduras y el comunismo que presuntamente combatía. A partir de ello surgen algunos interrogantes acerca de la actuación de la CIA ante la Legión del Caribe, como son, entre otras: ¿qué importancia le dio la Agencia a la lucha antidictatorial de los miembros de la Legión?, ¿qué tanto la investigó y qué medios utilizó? y ¿qué tan profundo fue el conocimiento que logró?

Es de apuntarse que, en el escaso número de documentos, la CIA describe de manera escueta a la Legión. También hay que anotar que gran parte de los datos que se ofrecen en los escritos elaborados entre 1949 y 1954 en la actualidad no son del todo desconocidos, pues en las cinco décadas que median

entre la manufactura de los escritos de la Agencia y su divulgación, se publicaron varias memorias de los participantes,⁶ así como algunas investigaciones académicas.⁷ No obstante ello, se considera pertinente rescatar lo reportado por la CIA, pues permite responder a las interrogantes planteadas y conocer la actuación de la Agencia en este caso particular, lo que prácticamente no se ha estudiado y, por tanto, resulta novedoso e importante para profundizar en el conocimiento del complejo y conflictivo acontecer caribeño y del papel del gobierno de Estados Unidos en esa zona.

Con base en documentos desclasificados de la CIA, este texto tiene como objetivo realizar una aproximación a la visión de la Agencia acerca de las acciones armadas antidictatoriales llevadas a cabo por la llamada Legión del Caribe y, por extensión, a los conflictos que tuvieron lugar a mediados del siglo xx en la zona caribeña.

Legión del Caribe vs dictaduras, una mirada desde la CIA

Con base en la documentación consultable de la CIA, puede afirmarse que esta se ocupó prácticamente por primera vez de la zona caribeña, en 1949, cuando elaboró y publicó un informe acerca de la Legión del Caribe, donde ofreció una descripción de las principales características de esta, de sus miembros y de sus acciones, así como una valoración de su posible efecto en el contexto bipolar iniciado unos cuantos años antes.⁸

La Agencia caracterizó a la Legión como un grupo militar irregular, formado por algunos cientos de exiliados caribeños y centroamericanos.⁹ Según el informe, los exiliados que formaron parte del grupo eran movidos por un oportunismo individual y no tenían una ideología bien definida; se inclinaban a seguir diversos principios de gobierno practicados en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia o Cuba; por lo que podía decirse que la mayoría de los exiliados eran liberales, aunque también había socialistas marxistas, conservadores católicos y masones activos; además de españoles ex republicanos y ex franquistas. Entre los miembros había, en palabras de la CIA, tanto

millonarios, como pobres. De acuerdo con el reporte, los exiliados promovían conceptos de cambio, pero sin precisarlos con claridad; no tenían un programa concreto; por lo que no existía garantía de que, en caso de alcanzar el poder, se abstendrían de realizar prácticas dictatoriales a las que entonces se oponían.¹⁰

Para la Agencia, lo que los exiliados sí tenían era un objetivo común: derrocar a las dictaduras de la zona, en especial a la de Trujillo y a la de Somoza; objetivo que coincidió con el de personalidades políticas prodemocracia, como Prío Socarrás y Arévalo, José Figueres de Costa Rica y Rómulo Betancourt de Venezuela; por lo que se estableció una informal, pero íntima relación política y militar entre ellos.¹¹

De acuerdo con el mismo informe, la Legión se formó en marzo de 1948. Sin embargo, su historia había empezado en 1947 con el intento de invadir República Dominicana, conocido como expedición de Cayo Confites, que saldría de Cuba, a mediados de dicho año. La tentativa, organizada y equipada por exiliados dominicanos, contó con el apoyo tácito de los gobiernos guatemalteco, cubano y venezolano, lo mismo que de exiliados nicaragüenses y hondureños. Para los efectos correspondientes, según estimaciones de la Agencia, llegaron a entrenar en el uso de las armas alrededor de 1 200 hombres, en territorio cubano. Por diversos motivos, sobre todo por presiones externas, el intento fue frustrado por funcionarios de Cuba, que confiscaron las armas de los expedicionarios.¹²

Para la CIA, al malograrse el intento antitrujillista, el grupo cambió de blanco: puso la mira en el régimen de Nicaragua. Los pertrechos fueron enviados a Guatemala y luego a Costa Rica. En este último país fueron aprovechados en la guerra civil encabezada por Figueres, entre marzo y abril de 1948, donde la participación del grupo de exiliados fue decisiva para terminar con el poderío de Rafael Ángel Calderón Guardia, considerado el hombre fuerte de ese país y señalado como aliado de Somoza. Allí precisamente surgió la Legión del Caribe, como tal.¹³

A continuación, según el citado reporte, la Legión trató de retomar los planes contra el somocismo, pero se retrasó debido a que surgieron desacuerdos entre los exiliados nicaragüenses, formándose dos alas: una con elementos liberales y radicales y la otra con conservadores. La primera fue respaldada por Figueres y exiliados dominicanos; la segunda por Arévalo. Luego de algunas negociaciones, ambas alas llegaron a un acuerdo de unidad, formaron la llamada Junta Revolucionaria Unificada de Nicaragua y más tarde el Ejército Nicaragüense de Liberación.¹⁴ Después de esto, los preparativos antisomocistas tomaron nuevos bríos: seis dominicanos, dos hondureños, un nicaragüense y dos cubanos se pusieron al frente de alrededor de 200 elementos, que de acuerdo a estimaciones tenían una cantidad indeterminada de pertrechos, que incluían: dos cañones, 35 ametralladoras, 80 subfusiles, 780 rifles y 800 granadas; además para transportar hombres y suministros a cualquier punto de la zona caribeña contaban con el apoyo del ejército de Guatemala y del de Cuba, así como de al menos una compañía de aviación comercial (TACA). De acuerdo con el documento, era posible que el presidente cubano cumpliera la promesa de darle a la Legión, una vez que hubiera certeza del ataque al régimen de Nicaragua, el material bélico confiscado al frustrarse la invasión a Cayo Confites y resguardado por él, mismo que contenía: 2 000 granadas, 200 000 cartuchos, 600 rifles, 32 ametralladoras, doce bazucas, bombas aéreas y botes. Por su parte, el gobierno costarricense, que tenía oportunidad de comprar armas en Estados Unidos, también podía proporcionar apoyo en ese sentido.¹⁵

Siguiendo con lo dicho en el informe, en diciembre de 1948, en medio de los preparativos de la agrupación caribeña y poco antes de que pudieran actuar, Somoza se les adelantó: organizó a un grupo, indeterminado en número y armamento, de exiliados costarricenses que estaban en suelo nicaragüense para invadir desde allí a su vecino del sur; en medio de la invasión, el Consejo de la Organización de Estados Americanos (OEA) intervino de inmediato y recomendó al gobierno costarricense evitar que en su territorio hubiera

ciudadanos u organizaciones militares extranjeras que conspiraran contra la seguridad de Nicaragua y de otros países vecinos.¹⁶

Según el reporte, hacia principios de 1949, pese a las presiones, ni la Legión ni los gobiernos que la apoyaron cambiaron su posición antidictatorial, pero estos últimos se mostraron más cautos con la primera. Para entonces, la Agencia conjeturó que la Legión era un instrumento clandestino de las democracias para llevar a cabo su política antidictatorial y que era muy improbable que se disolviera. También estimó que la Legión tenía una influencia considerable en las relaciones internacionales de la zona, por lo que no podía pasarse por alto para modificar o influir en los asuntos internos o externos de la zona caribeña. Para finalizar el documento afirmó que, sin importar los movimientos futuros de la Legión, estos no afectarían el concepto básico de defensa del hemisferio y no tendrían incidencia en la rivalidad bipolar.¹⁷

Como sea, luego de esta última valoración, por varios años, la CIA prácticamente no se ocupó más de lo que denominó Legión del Caribe para concentrarse en uno de los gobiernos que estuvieron vinculados con ella.

CIA y dictadores vs Guatemala en el inicio de la guerra fría en el Caribe

En el mismo año en el que se elaboró el documento sobre la Legión, esto es en 1949, la guerra fría penetró en la zona caribeña y en América Latina a través de Guatemala, cuyo gobierno, desde la perspectiva estadounidense, había sido infiltrado por el comunismo internacional o, lo que era lo mismo en esa época, por la Unión Soviética; por ello fue el primero en ser puesto de manera más sistemática en la mira de la Agencia.

De acuerdo con los materiales desclasificados y puestos en línea para su consulta a principios de este siglo, a mediados de 1950 la CIA elaboró un proyecto para la presunta infiltración en Guatemala, uno de los países de la zona que había apoyado a la Legión del Caribe.¹⁸ Al mismo tiempo, la Agencia

se interesó en un plan local para derrocar a Arévalo, pergeñado por Carlos Castillo Armas, un militar opositor, a quien la CIA reclutó para encabezar su lucha contra el régimen guatemalteco.¹⁹ La ejecución de esos primeros planes tuvo que esperar por lo menos hasta 1952, cuando los trabajos de la Agencia empezaron a sistematizarse, lo mismo que sus planes injerencistas,²⁰ en los que los dictadores dominicano y nicaragüense buscaron participar.

Según los registros, desde inicios de 1952, la CIA preparó una acción armada encubierta a efectuarse el uno de septiembre, comandada por Castillo Armas y apoyado tanto por opositores locales dentro de la propia Guatemala, como por exiliados de este país organizados en Honduras, El Salvador y México, lo mismo que por el régimen de Nicaragua y el gobierno hondureño.²¹ Por diversos motivos, la acción se pospuso para realizarse entre el 19 y el 21 de octubre; la prórroga fue aprovechada por Somoza y Trujillo para ofrecer su respaldo a Castillo Armas. En agosto, Somoza recibió al guatemalteco en Nicaragua y le aseguró que le daría todo el apoyo; además se comprometió a ser el enlace con Trujillo, quien también ofreció su ayuda. En los días siguientes los dos dictadores avanzaron en un acuerdo conjunto.²² La intermediación del nicaragüense rindió frutos: a mediados de septiembre un agente trujillista viajó a Honduras para reunirse con Castillo Armas y concretar el apoyo dominicano.²³ Según la Agencia, al acercarse lo que llamaron el día “D”, los planes se frustraron debido a una indiscreción de uno de los hijos de Somoza, quien alertó sobre la operación supuestamente encubierta a un miembro del Departamento de Estado estadounidense, asentado en Panamá, al preguntarle sobre el envío de pertrechos a la oposición guatemalteca; en consecuencia, el gobierno de Estados Unidos tuvo que impedir tal envío para no evidenciar su injerencia.²⁴ Unos días después, Castillo Armas presentó un balance y un nuevo plan, donde afirmó que pediría explicación no sólo a Somoza, sino también a Trujillo sobre lo ocurrido, pero que si ellos mantenían su promesa de ayuda seguiría trabajando con ambos, pues no quería implicar a

otras personas por razones de seguridad, pero que si la ayuda que le ofrecieran era insuficiente, buscaría otros apoyos en Venezuela, Cuba y México.²⁵

Por lo expuesto en la documentación, después de los malogrados intentos comandados por Castillo Armas, hacia finales de 1952, la CIA optó por formalizar una operación bajo su control directo, a la que le asignó el criptónimo PBFORTUNE; en la que todavía consideraron como parte esencial el establecimiento de acuerdos oficiales de ayuda militar con Nicaragua, Honduras y El Salvador, acotando la participación encubierta de Somoza y Trujillo. Esta operación tampoco dio frutos.²⁶

CIA con Legión del Caribe vs Guatemala, un intento fallido

Como se desprende del fondo documental Guatemala desclasificado de la Agencia, para finales de 1953, la CIA reorganizó la operación contra ese país, renombrándola como PBSUCCESS. Como parte de ella, en el primer semestre de 1954, la Agencia puso en la mira de nueva cuenta a la Legión del Caribe, pues se planteó la posibilidad de utilizarla en su plan para derrocar a Arbenz.

Sea como fuera, la CIA buscó indagar si la agrupación seguía existiendo y cuál era su potencial. Como resultado de las investigaciones, el jefe de la rama de América Latina de la *Office of Current Intelligence* (OCI) de la propia Agencia elaboró un reporte en el que ofreció una primera valoración de la Legión del Caribe, luego una síntesis de la historia de la misma, así como especulaciones sobre la fuerza, los centros de organización y capacitación, las armas y fuentes de abastecimiento, la orientación ideológica y el liderazgo de la Legión al momento de realizar las pesquisas. También brindó valoraciones acerca de la posibilidad de que la agrupación fuera un activo en caso de un movimiento armado contra un gobierno liberal o izquierdista de la zona; el tiempo en que podía ser movilizada y entrenada; la potencial fuerza total; y sus pasivos o debilidades.²⁷

En su evaluación inicial, la OCI anotó dos puntos importantes. El primero fue que, desde su punto de vista, si bien la Legión ya no existía como una

organización eficaz, a elementos democráticos y dictatoriales de la zona caribeña les resultaba ventajoso mantener la ficción de su existencia con el fin de obtener apoyo y simpatía para con sus respectivas ideologías; también les convenía conservar el nombre de la agrupación, con el prestigio asociado a él, pues eventualmente podían emplearlo elementos revolucionarios ambiciosos. El segundo era que, con información sin confirmar, se hablaba de considerables fuerzas armadas efectivas en Guatemala y también de la existencia de una organización similar a la Legión, en tal caso era probable que el grupo tuviera la orientación liberal-izquierdista de la Legión anterior, pero que era casi seguro que sus objetivos inmediatos y sus dirigentes diferirían, en la medida en que los más importantes grupos del exilio en aquel momento eran de Venezuela y Cuba, en contraste con los elementos nicaragüenses y dominicanos que dominaron con anterioridad la Legión.²⁸

En cuanto a la historia de la Legión, el documento reafirmó lo antes dicho en cuanto a que esta era una agrupación militar irregular formada por varios cientos de exiliados y disidentes políticos que tomó ese nombre en 1948; y que fue un factor importante en los asuntos de la zona caribeña entre 1947 y 1949. Puntualizó que la agrupación tuvo su origen en la creciente insatisfacción con las formas dictatoriales de gobierno y en un deseo bastante extendido de lograr el desarrollo de instituciones políticas democráticas. Según el reporte, durante la mayor parte de ese período dos bloques rivales de poder competían por ser la influencia dominante: por un lado, las dictaduras de la República Dominicana y Nicaragua; y, por otro, los gobiernos democráticos de Cuba, Guatemala y Costa Rica. Por tanto, de acuerdo con el escrito, la Legión era un instrumento político clandestino de las democracias.²⁹

El reporte ratificó y matizó otros detalles sobre la historia de la agrupación, como los siguientes: que se formó en marzo de 1948 cuando varios disidentes y exiliados políticos antidictatoriales, que habían participado en la malograda expedición de Cayo Confites contra el régimen dominicano en 1947, se unieron a Figueres y le dieron una ayuda decisiva en su lucha contra el

gobierno de Costa Rica, que estaba apoyado por comunistas y era prosomocista, según el documento. Al triunfar esa lucha, la Legión estuvo en su apogeo en cuanto a poder, prestigio e influencia y sus líderes tuvieron trato íntimo con los gobernantes de Cuba, Guatemala y Costa Rica. En diciembre de 1948, Somoza, actuando para prevenir un intento de la Legión en su contra, promovió una invasión a territorio costarricense con adeptos del gobierno depuesto por los figueristas. La pronta intervención del consejo de la OEA puso un alto a las posibilidades de alguna intentona antisomocista en el corto plazo e incluso en el mediano, pues la instancia regional recomendó al gobierno de Costa Rica que evitara la presencia de la Legión en su territorio. El escrito añadía un dato importante: para los líderes de la agrupación, la Legión del Caribe se había disuelto en ese mismo diciembre.³⁰

No obstante, lo asentado en el documento respecto a que la agrupación caribeña se había diluido, en el mismo se apuntó que había indicios de que, dado que en su interior habían crecido las disensiones acerca de la naturaleza del gobierno que esperaban establecer en territorio nicaragüense, sus remanentes se habían dividido en dos facciones: una que se quedó en suelo costarricense, pese a la recomendación de la OEA, y otra que se estableció en tierras guatemaltecas. Siguiendo lo dicho por el reporte, en junio de 1949, desde bases de este último país un grupo de miembros de la Legión, al que denominó revolucionarios, hizo un segundo intento de invadir la República Dominicana, que también fue infructuoso. Después de ese fracaso los llamados revolucionarios se dispersaron y sólo un mínimo de elementos siguió organizado en Guatemala por un tiempo.³¹

Como el propio escrito lo reconoció, su información era ambigua en lo referente a los centros de organización y resistencia. Y es que, por una parte, apuntó que para el momento en que se elaboraba el documento, la Legión probablemente ya no existía como una organización eficaz. Pero, por otro, anotó que, aunque investigaciones realizadas por funcionarios de la embajada de Estados Unidos en Guatemala y agregados del servicio no habían dado

evidencia confiable para fundamentar los rumores periódicos de la reactivación de la agrupación caribeña, otros informes no confirmados hablaban de una considerable fuerza armada en tierras guatemaltecas. Además, agregó que sin lugar a duda las condiciones que condujeron a la formación de la Legión aún persistían, esto es, lo que denominaba el tramado revolucionario endémico en la zona y los refugiados políticos de los regímenes represivos que continuaron e, incluso, aumentaron al incluir a venezolanos y cubanos que estaban sobre la zona listos para unir sus fuerzas. También asentó que muchos de los elementos se concentraban por entonces en suelo costarricense, refugio tradicional de la zona para exiliados políticos, donde Figueres, quien trabajó de manera estrecha con la Legión en su apogeo y quien aún conservaba su odio amargo por los dictadores caribeños, había sido elegido presidente de Costa Rica. Además, el reporte puntualizó que varios ex legionarios de la Legión estaban en territorio guatemalteco empleados en varias actividades por el gobierno de ese país o participando en empresas privadas. En junio del 1953 la embajada estadounidense en Guatemala señaló que el general Miguel Ángel Ramírez, ex jefe del estado mayor de la Legión del Caribe y su ayudante Jorge Ribas Montes, estaban como cabos sueltos y era difícil que dedicaran a la reactivación de la Legión.³²

En cuanto a las armas y las fuentes de abastecimiento de la agrupación caribeña, el documento no era menos vago citando datos basados en suposiciones y rumores, sin sustento firme. Así, apuntó que, durante su período de actividad, la Legión obtuvo sus armas y otros suministros sobre todo a través de la ayuda de lo que llamaban gobiernos comprensivos, refiriéndose a los de Cuba, Guatemala y Costa Rica. Agregó que, según informes no confirmados, un lote de armas que perteneció a la Legión se almacenó en territorio costarricense y que supuestamente podía ponerse a disposición de exlegionarios o de una organización nueva y similar, pero no había evidencia firme de ello. También señaló un par de versiones no validadas acerca de dos aviones que habían sido controladas por la Legión y luego

llevados a suelo guatemalteco, un B-18 y un Lockheed Lodestar: una de tales versiones señalaba que las aeronaves habían sido vendidas a un socio político de Prío Socarrás; en tanto que otra que habían sido sometidos a reparaciones y que había rumores de que los iban utilizar en un atentado contra el gobierno cubano.³³

Sin aportar pruebas, el reporte caracterizó la orientación ideológica de los miembros de la Legión. Al respecto afirmó que en la agrupación figuraban individuos de una variedad de ideologías, sin que logran desarrollar una filosofía política unificada. Agregó que el faccionalismo político interno fue un factor importante en su decadencia. Aseveró que tenían un objetivo común: la oposición a las dictaduras y el restablecimiento de lo que denominó, pero no explicó, soberanía popular en la zona caribeña. Según este escrito, en general los comunistas fracasaron en sus intentos para infiltrarse en la agrupación; pero en particular el nicaragüense Edelberto Torres, a quien calificó de revolucionario y procomunista, era dirigente de la facción izquierdista de la agrupación del Caribe. Además, asentó que, sin duda, había mercenarios en la agrupación, pero no de manera predominante. El documento concluyó con un supuesto, sin sustento lógico y explícito: si se formara un nuevo grupo con los objetivos de la Legión, los comunistas tendrían un excelente canal para infiltrarse en la agrupación a través de numerosos exiliados salvadoreños, hondureños y nicaragüenses influenciados por el comunismo que estaban en suelo guatemalteco.³⁴

En relación con el liderazgo, el reporte mencionó, al parecer con conocimiento de causa, pero sin aportar pruebas o revelar sus fuentes, acerca de los más visibles elementos que se habían distinguido como dirigentes. Al respecto afirmó que los líderes de la Legión estaban repartidos por toda la zona caribeña, aunque algunos se habían perdido de vista. El ya mencionado general dominicano Ramírez, considerado jefe de la agrupación, estaba en tierra guatemalteca dedicado a la operación de un aserradero cerca de la capital de ese país y, para la embajada de Estados Unidos en Guatemala, era obvio que en

aquel momento no estaba comprometido en planes revolucionarios. Del general Juan Rodríguez García, un rico dominicano exiliado en 1946, quien juró dedicar su vida y sus propiedades a derrocar a Trujillo y condujo la malograda expedición de Cayo Confites en 1947, no se sabía nada en los últimos años. Por su parte, Juan Bosch, otro dominicano importante líder de la Legión, estaba asilado en Costa Rica. El antes aludido hondureño Ribas Montes, quien tenía reputación de ser un excelente soldado, estaba en territorio guatemalteco trabajando de tiempo completo para la aerolínea de gobierno y tampoco estaba comprometido en planes revolucionarios. Morazán era otro hondureño que, según el documento, había participado en el asesinato del jefe de las fuerzas armadas de Guatemala en 1949, para entonces se desempeñaba como secretario privado del entonces presidente Arbenz. Por su parte, algunos cubanos, como el revolucionario Eufemio Fernández Ortega, se dedicaban a conspirar para restaurar en la presidencia al depuesto Prío Socarrás. Los nicaragüenses Emiliano Chamorro y los hermanos Argüello estaban en su patria liderando a la oposición, esto es, al Partido Conservador. El ya mencionado nicaragüense Torres, líder izquierdista, estaba en suelo guatemalteco colaborando con grupos comunistas. El texto agregó que era difícil determinar el potencial del liderazgo de esos hombres en aquel momento; que Ramírez, Bosch y Ribas Montes eran probablemente los más capaces, pero les faltaba una causa para unificar las distintas nacionalidades y grupos ideológicos que había abarcado la Legión con anterioridad.³⁵

En cuanto a la valoración acerca de si la Legión del Caribe podría ser un activo en el área en caso de una revolución contra un gobierno liberal o izquierdista, el propio reporte aceptó que realizar una evaluación de ello era especulativo. Pese a ello, aventuró estimaciones, con alto grado de imprecisión, en relación con el tiempo en el que la agrupación podía ser movilizada y entrenada, así como de su fuerza potencial y pasivos o debilidades. En este sentido señaló que, a pesar de tener noticias de que la Legión podía reactivarse en dos meses, no había datos concretos que sostuvieran tal afirmación y agregó

que para ello se requería información confiable, la cual era inaccesible en aquel momento, en cuanto a los siguientes aspectos: paradero y actitudes presentes de exlegionarios, disponibilidad y tipo de armas y equipos, disponibilidad de reclutas y organizaciones no-Legión para la integración con la Legión, etc. Según el documento, informes recibidos en mayo de 1953, cuya confiabilidad era desconocida, fijaron las fuerzas de la agrupación en el rango de 1 500 a 6 000 elementos; además inferían que los principales componentes de esas fuerzas eran exiliados cubanos o venezolanos, comprometidos principalmente con la reinstalación de Prío Socarrás y de Betancourt en sus respectivos países. Los datos recabados a menudo implicaban a los gobiernos guatemalteco y costarricense como activos en las movilizaciones de la Legión, proporcionando lugares seguros como campos de entrenamiento y depósito. Por otra parte, datos no confirmados apuntaban que altos funcionarios de los gobiernos de esos dos países habían participado de forma personal en las negociaciones entre las facciones revolucionarias; estos incluían a Raúl Oseguera, ministro de relaciones exteriores de Guatemala, y a Figueres, entonces presidente de Costa Rica. Sin embargo, el gobierno guatemalteco era cuidadoso de mantener buenas relaciones diplomáticas con el gobierno cubano.³⁶

Continuando con la valoración de si se podía contarse con la Legión para apoyar una revolución contra un gobierno de la zona caribeña y, en tal caso, a qué grupo podría apoyar, el documento afirmó, sin mayor argumentación, que dado que la agrupación caribeña probablemente ya no existía como una fuerza armada dedicada con imparcialidad a la defensa de la democracia; en la óptica de la Agencia, era concebible que un grupo de exiliados revolucionarios de un país pudiera emprender un compromiso contra el gobierno de su país o de otro a cambio de una promesa de ayuda para promover objetivos personales o de facción. Además agregó, sin ahondar en explicaciones, que dado que la Legión era tradicionalmente liberal, consideraba poco probable que aceptara participar para derrocar un régimen liberal; sin embargo, existía en aquel momento suficiente información, misma que no hizo explícita el escrito, para montar un

nuevo grupo, pero bajo el antiguo nombre, que podía no estar motivado por consideraciones políticas o mercenarias, para emprender un compromiso ventajoso para sí y hasta en contra del concepto original de la Legión. Para finalizar, el reporte volvió a apuntar que cualquier señalamiento y valoración en aquel momento era pura especulación.³⁷

Unas cuantas semanas después del documento anterior, la CIA puso en la mira de nueva cuenta a la Legión del Caribe y, en respuesta a una solicitud de un alto mando de la Agencia, elaboró un reporte con base en datos no clasificados, la mayor parte de ellos provenientes de un informe oficial de un comité de investigación de la OEA, publicado en 1950, en el que se presentó un resumen de la historia de la Legión entre 1947 y 1949, una breve caracterización de sus miembros y se centró en la tolerancia y apoyo oficial o semioficial de las autoridades de Guatemala durante el período en que estuvieron en ese país, desde donde se lanzó un ataque contra el régimen dominicano, en Luperón.³⁸

La Agencia, al volver a interesarse en la agrupación caribeña, empezó por afirmar que un grupo de centroamericanos, a los que llamó aventureros militares y disidentes políticos, tomó el nombre de Legión del Caribe en 1948. Luego apuntó que este grupo se organizó sobre los restos de lo que denominó Ejército de Liberación de América, que había llevado a cabo la malograda expedición de Cayo Confites contra la dictadura de República Dominicana en 1947; después de la derrota, los cuadros de tal ejército se reorganizaron en territorio guatemalteco y tomaron el nombre de Ejército de Liberación de Costa Rica que, en marzo y abril de 1948, se convirtió en el factor decisivo en la acción que calificó de revolucionaria que derrocó al gobernante costarricense en turno y condujo al establecimiento de un gobierno provisional encabezado por Figueres. Después de ese triunfo, los combatientes denominados por la Agencia como irregulares adoptaron el nombre de Legión del Caribe, en ese momento sus miembros estuvieron en la cima de su poder, prestigio e influencia y sus líderes tuvieron trato directo con Prío Socarrás, Arévalo y

Figueres. Según ratificó la Agencia, el objetivo general de la agrupación era eliminar las dictaduras de la zona caribeña y establecer regímenes democráticos en sus lugares; además afirmó que los propósitos de los miembros de la Legión fueron una combinación de idealismo revolucionario, oportunismo político y militarismo mercenario. A ello agregó, incluyendo el lenguaje propio de la época de la confrontación bipolar, que el comunismo no era una característica general de la agrupación en aquel momento, pese a que una minoría había revelado tener esa tendencia o filiación; y fue más lejos todavía al afirmar que, en contraste, de 1948 en adelante, una corriente anticomunista al interior de la Legión llevó a divisiones y contribuyó a su eventual desorganización y dispersión. En ese contexto, Figueres permitió que establecieran una sede y bases de entrenamiento en tierras ticas, en tanto que otra ala afincó su sede en Guatemala; según menciona la CIA, sin abundar en datos y argumentos, esta ala en gran parte fue dominada por líderes que buscaban el establecimiento de una Unión Centroamericana Socialista.³⁹

Según la Agencia, para principios de 1949, acatando la resolución del Órgano Provisional de Consulta del Comité de Investigación de la OEA, el gobierno de Costa Rica tomó medidas para evitar la permanencia en su territorio de cualquier organización cuyo objeto afectara la seguridad de su homólogo nicaragüense o de otros Estados de la región; y, aunque el escrito de la CIA no lo planteó tal cual, el ala de la Legión que estaba en suelo costarricense fue afectada en forma negativa. Sin explicación, la Agencia se centró entonces en lo que llamó sección guatemalteca de la Legión. Según el documento, esta preparó un nuevo ataque al régimen de República Dominicana, en junio de 1949, con dos aviones anfibios que trataron de dejar suministros para una invasión por tierra, en la costa de Luperón; ataque que fue repelido por el trujillismo.⁴⁰ Basándose en el informe de la OEA, para la Agencia aunque el gobierno de Guatemala negó estar implicada con la invasión, había pruebas que demostraban lo contrario,⁴¹ y evidenciaban una relación entre las autoridades guatemaltecas y la Legión. Respecto a dicha

relación, destacó dos puntos. El primero radicaba en el hecho de que, mientras ex oficiales no comunistas de la Legión que residían en Guatemala parecían medio relegados e inactivos en la política, el liderazgo procomunista, aunque parecía minoría, tenía cierta presencia e influencia en ese país. El segundo punto residía en que el gobierno guatemalteco parecía ser el único que seguía brindando apoyo directo a las fuerzas irregulares de la agrupación caribeña.⁴²

Con base en el informe del organismo regional, la CIA hizo un recuento de los principales dirigentes de la denominada sección guatemalteca de la Legión. Empezó con el general Ramírez, ex jefe de los legionarios y su ayudante Ribas Montes de quienes no tenían conocimiento de que participaran en empresas revolucionarias. Siguió con Torres del que sabía que participaba como líder y organizador de actividades procomunistas en círculos educativos guatemaltecos. Aludió al coronel Morazán, ratificando la información de que por entonces era secretario privado de Arbenz. Mencionó a Fernández afirmando que estaba desconectado de cualquier puesto oficial.⁴³

En relación con el armamento empleado en la intentona antitrujillista, la Agencia reprodujo lo informado por el Comité de investigación de la OEA, que puntualizó que durante su estancia en República Dominicana, al inspeccionar los pertrechos confiscados por las autoridades locales en Luperón, encontró: quince subfusiles ametralladores Reising calibre 45 —modelo 50—, cuyos números de serie correspondían exactamente a armas adquiridas en Estados Unidos, por el gobierno guatemalteco. Siguiendo con el informe del organismo interamericano, la CIA aseguró que luego del fracaso de la tentativa, por razones indeterminadas, parte del armamento permaneció en Guatemala, donde fue empleado para sofocar el levantamiento militar de julio de 1949, generado por el asesinato del coronel Francisco Javier Arana, hechos en los que colaboró Fernández.⁴⁴

Como sea, la Agencia desechó a la Legión como parte de la operación PBSUCCESS contra Guatemala. A mediados de ese año de 1954, dicha operación consiguió su objetivo: el derrocamiento del gobierno guatemalteco y, desde la

perspectiva estadounidense, la contención de la infiltración comunista en América Latina. Cabe señalar que la operación al final de cuentas no fue tan encubierta como pretendió la CIA, sino que fue una intervención bastante visible protagonizada por esta, con participación marginal de las fuerzas de Castillo Armas, con mínima injerencia de Somoza y Trujillo y sin la de la Legión del Caribe.

Consideraciones finales

Como puede observarse en la documentación desclasificada de la CIA, esta abordó de manera escueta a la Legión del Caribe y al contexto interno de la zona en el que se desarrolló; en tanto que el ámbito externo no lo examinó de manera explícita, pero sí lo mantuvo presente implícitamente. La Agencia hizo una breve y puntual descripción de la Legión y aportó datos de interés que permitieron tener un panorama de su historia, en particular de su objetivo y orientación, de los grupos armados o ejércitos que la antecedieron en algunos de los países, la presunta fecha de su formación y disolución, los episodios más relevantes de su lucha antidictatorial, los gobiernos democráticos de la zona que la apoyaron, los nombres, nacionalidad, situación económica, orientación político-ideológica y actividades de sus principales líderes, entre otros asuntos relevantes. Tal descripción contribuyó de alguna manera al conocimiento de la agrupación caribeña. Sin embargo, dado que los documentos presentaban imprecisiones y equívocos en la información, así como especulaciones y contradicciones en su interpretación, parte de tal conocimiento quedó en entredicho.

Entre las ambigüedades de los documentos de la CIA se puede mencionar la forma en que abordó la situación política existente en la zona caribeña, en particular, lo referente a la coexistencia conflictiva entre las dictaduras y las democracias a las que en muchos casos calificó de “supuestas” y las escribió entre comillas. Tal hecho puede parecer o ser un simple detalle de redacción; sin embargo, abrió interrogantes acerca de si la Agencia consideraba o no que

en ciertos países había regímenes dictatoriales y que en otros había gobiernos democráticos, así como un combate entre unos y otros, poniendo en tela de juicio los dichos de ella misma y de sus informantes.

En cuanto a inexactitudes en la información presentada por la CIA resalta, por ejemplo, la forma en que caracterizó a los elementos que formaron la Legión, ya que primero los trató de exiliados y opositores, luego de aventureros y disidentes, pero también de mercenarios y oportunistas, así como de revolucionarios. En cuanto a la orientación político-ideológica de los miembros de la Legión y de ella en su conjunto mencionó que había una gran variedad de corrientes, entre ellas, la liberal, misma que la Agencia escribió entrecomillada; que era casi nula la presencia e influencia del comunismo y que, incluso, había algún influjo anticomunista; sin embargo, al mismo tiempo, concluyó que elementos comunistas podían infiltrarse en la agrupación. Por tanto, deja dudas acerca de las características político-ideológicas de la agrupación caribeña.

No puede pasarse por alto la manera un tanto discrecional y poco preciso con que la CIA utilizó términos ligados a la Legión, a sus miembros y sus actividades, como: dictadura y democracia, liberales, comunistas y anticomunistas, exiliados, opositores y disidentes, mercenarios y oportunistas, revolucionarios, entre otros. Ligado a ello, también llama la atención el uso de comillas en unos términos y no en otros similares, lo que abre preguntas como: ¿qué entendía y qué quería que se entendiera por cada uno de ellos?

Con respecto a equívocos en la documentación generados por la forma en que la Agencia planteó algunos datos, uno de los más sobresalientes fue el relativo a ofrecer, por un lado, fechas más o menos exactas de formación y disolución de la Legión; y, por otro, a describir situaciones y acciones de esta un tanto al margen de tales fechas, originando desconcierto. En tal sentido, una de las confusiones más evidentes fue la relacionada con afirmar que la Legión se había formado en los primeros meses de 1948 y disuelto a finales del mismo año y, pese a ello, señalarla como la protagonista de una intentona contra el régimen dominicano a mediados del siguiente año; y no solo eso, sino

que entre de 1953 y 1954 tratara de contactarla para que apoyara una operación contra el gobierno guatemalteco. Con ello dejó incógnitas acerca de los datos proporcionados sobre la vigencia de la Legión del Caribe.

Relacionado con esto último, la CIA tuvo otro equívoco bastante pronunciado. Por un lado, afirmó que tenía conocimiento de que Guatemala había apoyado ampliamente a la Legión en su lucha antidictatorial y, por otro, buscaba que esta pudiera ir en contra de un régimen democrático que la había respaldado. En el mismo orden de ideas, por una parte, mencionaba que algunos miembros de la agrupación caribeña que se había establecido en territorio guatemalteco eran procomunismo y, al mismo tiempo, los consideraba posibles aliados para combatir el presunto comunismo en ese país. Ambas propuestas de la Agencia dejan interrogantes de cómo podía lograr lo que a primera vista era poco coherente plantear y aceptar.

No obstante lo anterior, es posible dar una respuesta a las preguntas planteadas al inicio de este texto. En cuanto a la importancia que la Agencia dio a la Legión y a la lucha antidictatorial de sus miembros bien puede decirse que no fue un asunto prioritario para aquélla, toda vez que apenas si llevó a cabo una indagatoria inicial que arrojó algunos datos de la agrupación como tal y luego otras dos averiguaciones en las que el centro de atención no fue tanto la Legión y la lucha de esta, sino su posible uso en una batalla que le interesaba más al gobierno de Estados Unidos ya en plena guerra fría, como era detener la presunta infiltración del comunismo internacional en Guatemala.

En relación con los medios que la CIA empleó en sus investigaciones y el grado de profundización del conocimiento al que llegó, resulta evidente que investigó poco y hasta cierto punto mal, ya que el conocimiento logrado no puede calificarse de profundo. La visión de la Agencia acerca de la Legión y de la compleja situación de la zona resultó un tanto pobre y hasta superficial, dejando en entredicho la eficiencia y eficacia que en general se consideraba y se sigue considerando ha tenido la omnisapiente y todo poderosa CIA, así como la

importancia que ella y el gobierno estadounidense dieron al Caribe en ese momento de la historia.

Para finalizar, bien puede decirse que el objetivo de este texto se cumplió en la medida que permitió acercarse a la visión que tuvo la CIA en torno a las acciones armadas antidictatoriales efectuadas por la Legión del Caribe y, por extensión, a los conflictos, armados o no, que tuvieron lugar en la zona caribeña, a mediados del siglo xx.

Fuentes

BIBLIOGRAFÍA

Ameringer, Charles D., *The Caribbean Legion. Patriots, Politicians, Soldiers of Fortune, 1946-1950*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University, 1996.

Ameringer, Charles D., *The Democratic Left in Exile. The Antidictatorial Struggle in the Caribbean, 1945-1959*, Florida, University of Miami Press, 1974.

Argüello, Rosendo, *Quiénes y cómo nos traicionaron*, s.l, s.e, 1950.

Arvelo Tulio, *Cayo Confites y Luperón: memorias de un expedicionario*, Santo Domingo, República Dominicana, Editora de la Universidad Autónoma de Santo domingo, 1981.

Bayo, Alberto, *Tempestad en el Caribe*, México, s.e., 1950.

Bethel, Leslie (ed.), *Historia de América Latina*, Barcelona, Editorial Crítica, 1998, 16 tt.

Cullather, Nick, PBSUCCESS. *La operación encubierta de la CIA en Guatemala 1952-1954*, Guatemala, Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala, 2002.

García, Marcelo, “La política exterior en los años de la hegemonía (1945-1961)” en EUA. *Síntesis de su historia*, t. 3, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1991, pp. 343-362.

González Gómez, Roberto, *Estados Unidos: doctrinas de la guerra fría*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003.

Hobsbawm, E. J., *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Editorial Crítica, 1998.

Ornes, Horacio, *Desembarco en Luperón*, México, Ediciones Humanismo, 1956.

¹ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, 1998, pp. 148-181 y 229-259.

² Bethel, *Historia de América*, 1998, t. 13, pp. 150-182 y t. 14, pp. 228-266.

³ Ameringer, *The Democratic Left*, 1974, pp. 58-110 y 161-221.

⁴ García, “La política exterior”, 1991, t. 3, pp. 343-362, y González, *Estados Unidos*, 2003, pp. 17-59.

⁵ “Acerca de la CIA”, en *Central Intelligence Agency*, 23 de marzo de 2012, p. 1, <<https://www.cia.gov/es>>. [Consulta: 2 de enero de 2017.]

⁶ Véanse Carlos María Jiménez G., “La Legión Caribe (Gloria y hazañas)”, en *El Espíritu del 48*, San José, pp. 1-58, <<http://www.elespiritudel48.org/lc/lcgh48.htm>>. [Consulta: 3 de enero de 2017.], Bayo, *Tempestad en el Caribe*, 1950, pp. 1-209; Argüello, *Quiénes y cómo*, 1950, pp. 1-172; Ornes, *Desembarco en Luperón*, 1956, pp. 1-187; Arvelo, *Cayo Confites*, 1981, pp. 1-295; José Figueres Ferrer, “El espíritu del 48”, en *El Espíritu del 48*, San José, pp. 1-281, <<http://elespiritudel48.org/el-espíritu-del-48-libro/>>. [Consulta: 3 de enero de 2017.], y Juan Rafael Muñoz Fonseca, “Liberia, mi homenaje a sus pobladores, a mi gente”, en *El Espíritu del 48*, San José pp. 1-197, <<http://www.elespiritudel48.org/docu/liberia.htm>>. [Consulta: 3 de enero de 2017.]

⁷ Siendo las más importantes las de Ameringer, *The Democratic Left*, 1974, pp. 58-110 y 161-221, y Ameringer, *The Caribbean Legion*, 1996. pp. 1-10. En la primera de ellas la Legión del Caribe es caracterizada en términos muy similares a los de la CIA en sus documentos, aunque con algunos matices. Así, la obra señala que la Legión fue una agrupación de exiliados dedicados al derrocamiento de los regímenes dictatoriales en el Caribe, en especial durante el período 1947-50. Luego agrega un matiz interesante que, al parecer, la Agencia no alcanzó a vislumbrar en su momento en el sentido de que la Legión nunca existió como una organización militar específica ni tenía un comando central permanente, sino que más bien el término fue aplicado de forma indiscriminada a una serie de operaciones militares de facciones de exiliados. Acerca de los dirigentes y patrocinadores políticos el libro apunta que estos

variaron según los objetivos específicos del movimiento, aunque algunos participaron en más de una operación y parte de ellos aparecieron una y otra vez. Respecto al nombre dado a la agrupación puntualiza que este fue utilizado como tal por primera vez en relación con la guerra civil de Costa Rica en 1948 y persistió debido a que periodistas de la época lo siguieron aplicando; agrega también que dicho nombre fue utilizado varias veces por los dictadores en su propaganda, tratando de presentar a la Legión como un grupo de mercenarios, aventureros y traficantes de armas.

⁸ The Caribbean Legion, 7 de marzo de 1949, en Freedom of Information Act (en adelante FOIA), Colección National Intelligence Council (NIC), exp. 0000258382, fs. 1-12 (ORE 11-49), <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000258382>>. [Consulta: 4 de enero de 2017.]

⁹ *Ibid.*, f. 4.

¹⁰ *Ibid.*, f. 7.

¹¹ *Ibid.*, f. 5.

¹² *Ibid.*, f. 7.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*, f. 8.

¹⁵ *Ibid.*, f. 9.

¹⁶ *Ibid.*, f. 10.

¹⁷ *Ibid.*, f. 11.

¹⁸ Type operational, Guatemala, 23 de agosto de 1950, en FOIA, Project Outline Project (Deleted), núm. LA-3, exp. 0000915078, fs. 1-8, <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000915078>>. [Consulta: 6 de enero de 2017.]

¹⁹ Armas for armed revolt against the government, Guatemala, 24 de agosto de 1950, en FOIA, Plans of Colonel Carlos Castillo, exp. 0000915075, fs. 2 y 3, <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000915075>>. [Consulta: 6 de enero de 2017.]

²⁰ Cullather, *La operación encubierta*, 2002, pp. 7-130.

²¹ Guatemalan situation, Guatemala, 9 de julio de 1952, en FOIA, exp. 0000135860, fs. 1 y 2, <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000135860>>. [Consulta: 6 de enero de 2017.]

²² Cable to Director, CIA from Sr Rep (Deleted) Re Guatemala, Guatemala, 12 de septiembre de 1952, en FOIA, exp. 0000924148, f. 1, <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000924148>>. [Consulta: 6 de enero de 2017.]

²³ Liaison between Calligeris and General Trujillo of Santo Domingo, Guatemala, 18 de septiembre de 1952, en FOIA, exp. 0000135866, f. 1, <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000135866>>. [Consulta: 6 de enero de 2017.]

²⁴ Véanse Central American situation, Guatemala, 9 de octubre de 1952, en FOIA, exp. 0000135839, f. 1, <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000135839>>. [Consulta: 6 de enero de 2017.]; Central American situation, Guatemala, 10 de octubre de 1952, en FOIA, exp. 0000924050, f. 1, <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000924050>>. [Consulta: 6 de enero de 2017.], y

Cable to Director, CIA From (Deleted) Re Guatemala, Guatemala, 27 de octubre de 1952, en FOIA, exp. 0000914996, f. 1. <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000914996>>. [Consulta: 6 de enero de 2017.]

²⁵ Véanse Cable To Director, CIA from (Deleted) Re Guatemala, Guatemala, 30 de octubre de 1952, en FOIA, exp. 0000914991, fs. 1 y 2, <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000914991>>. [Consulta: 6 de enero de 2017.], y New plans of Calligeris as result of loss of arms support, Guatemala, 28 de octubre de 1952, en FOIA, exp. 0000924046, fs. 1 y 2, <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000924046>>. [Consulta: 6 de enero de 2017.]

²⁶ PBFORTUNE, essential elements, Guatemala, 1 de septiembre de 1953, en FOIA, exp. 0000924025, fs. 1-7, <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000924025>>. [Consulta: 9 de enero de 2017.]

²⁷ Caribbean Legion (W/Attachments), Guatemala, 20 de enero de 1954, en FOIA, exp. 0000914119, fs. 1-11, <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000914119>>. [Consulta: 10 de enero de 2017.]

²⁸ *Ibid.*, f. 3.

²⁹ *Ibid.*, f. 4.

³⁰ *Ibid.*, fs. 4 y 5.

³¹ *Ibid.*, f. 5.

³² *Ibid.*, fs. 5 y 6.

³³ *Ibid.*, f. 6.

³⁴ *Ibid.*, f. 7.

³⁵ *Ibid.*, fs. 7 y 9.

³⁶ *Ibid.*, fs. 9 y 10.

³⁷ *Ibid.*, fs. 10 y 11.

³⁸ Memorandum Report-The Caribbean Legion-Luperon Landing (W/Attachments), Guatemala, 5 de marzo de 1954, en FOIA, exp. 0000913131, fs. 3-12, <<https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0000913131>>. [Consulta: 5 de enero de 2017.]

³⁹ *Ibid.*, f. 5.

⁴⁰ *Ibid.*, f. 6.

⁴¹ *Ibid.*, fs. 6-9.

⁴² *Ibid.*, fs. 11 y 12.

⁴³ *Ibid.*, fs. 5-7 y 11.

⁴⁴ *Ibid.*, fs. 8 y 9.

La guerra de guerrillas: Una aproximación desde la teoría

Armando Cuba de la Cruz

Ivette García González

La guerra irregular, guerra pequeña o de guerrillas, surgida con profusión en América Latina luego de la experiencia cubana de los años 50 del siglo xx, ha sido abordada desde diferentes posiciones de acuerdo con la actitud que asume el tratadista sobre la guerra en general: filósofos, juristas, historiadores, militares, sociólogos, antropólogos, periodistas, etc. Es, en una buena parte de los casos, una historia repetidamente contada. Pero más allá de las crónicas, a veces con una alta dosis de épica y apología, o de crítica que no deja espacio a su defensa, o de análisis desde la perspectiva político-militar; existen zonas insuficientemente estudiadas. Una de ellas es el tratamiento teórico a los problemas de la guerra de guerrillas, tanto en los espacios urbanos como rurales.

Primero, lo primero. Cuando los teóricos, algunos de ellos experimentados jefes militares, hablan de guerra de guerrillas en cualesquiera escenarios, urbano o rural, coinciden en que las concepciones tácticas, las características generales, fines y alcances son los mismos para ambos casos. Lo que varía es el contexto y, como resultado de los vínculos de los residentes con los soldados irregulares en las zonas de operaciones en que actúan, las guerrillas sufren en su composición la impronta de los sectores socioclasistas, raciales y culturales en su entorno.

La guerra irregular es dueña de una vasta historia referenciada desde los tiempos bíblicos. Se dice que los israelitas, comandados por Josué,

conquistaron Canaán mediante el uso de tácticas de lo que, a partir de los inicios del siglo XIX, se nombró guerra de guerrillas. Sus métodos fueron empleados frecuentemente a lo largo de la historia: por los galos contra los romanos en el siglo XII, por los campesinos de La Vendée durante la revolución francesa, y durante la resistencia española a la invasión napoleónica. Estuvo presente en las tácticas de las fuerzas que luchaban por la unificación de Italia en la década de 1830, en las de los franceses durante la guerra franco-prusiana y por los confederados de la guerra civil estadounidense. Fue profusamente empleada en Europa durante las dos guerras mundiales como complemento de los ejércitos regulares, y alcanzó su esplendor en las luchas anticolonialistas, o contra gobiernos de todos los colores políticos en Asia, África, América Latina y el Caribe en el siglo XX. En Cuba, evolucionó hacia un ejército capaz de derrotar a las unidades regulares.

Cuba acumula una amplia experiencia histórica relacionada con la guerra de guerrillas. La mayoría de los conflictos militares desarrollados en ella han sido en alguna medida, desde las luchas por la independencia acá, guerras de guerrillas. Pero ninguna ha despertado tanto interés, ni concitado tantas reacciones diversas en casi todas las latitudes, como la librada durante el conflicto civil de 1956 a 1958.¹

La revolución cubana de los años 50 popularizó el método y nacieron numerosos movimientos guerrilleros en casi todas las áreas geográficas. Esas experiencias condujeron a aportes a la teoría y la práctica de esa forma de lucha. La guerra de guerrillas adquirió notoriedad, sobre todo porque este procedimiento de lucha se emplea cuando las ventajas están del bando contrario como ocurrió en la isla en los años cincuenta y en el resto de América Latina en la década siguiente, y los ejércitos oligárquicos y sus aparatos de seguridad dominaban el campo, escenario predominante para las guerrillas cubanas, que hicieron de las áreas rurales su ambiente predilecto. Pero la situación del continente fue otra, en consecuencia, la guerrilla, en algunos países con una acusada presencia en escenarios urbanos, se popularizó en el sur,

para enfrentarse al adversario en el terreno que tuviera mayores posibilidades de éxito.²

En países como Brasil, se abrió paso la idea, teorizada por Carlos Marighela, de desarrollar un movimiento guerrillero en las ciudades. Se hace evidente en su pensamiento político-militar, que las tácticas, misiones y características de las guerrillas urbanas coincidían con las rurales. Tal vez por eso el revolucionario brasileño concedió tanta importancia al estudio de las obras teóricas del Che Guevara sobre la guerra de guerrillas.

Si en algo están de acuerdo todos los autores de las múltiples tendencias, desde las diversas liberales a las múltiples marxistas, y desde la escuela prusiana a la latinoamericana, es que es una guerra del pueblo. Desde las cortes españolas de 1810 a 1814, pasando por Karl von Clausewitz y Benito Pérez Galdós; hasta Lenin, Che Guevara y Carlos Marighela³ le conceden a este tipo de confrontación un carácter eminentemente nacional y popular. Otros autores como Mao Tse Tung, el coronel británico Lawrence, el vietnamita Le Thuc Lich, Josip Broz Tito, el teniente general español Manuel Díez Alegría y Jorge Castañeda, entre otros, han hecho contribuciones al estudio de este tipo de guerra. Las cortes hispanas extraordinarias debatieron un reglamento de guerrillas entre 1811 y 1812. Los diputados españoles diferenciaron entre las partidas que se levantaban contra Francia por motivaciones patrióticas y aquellos grupos de “facinerosos”, dedicados al robo, el saqueo, los asaltos y asesinatos; que debían ser aniquiladas como enemigas de la sociedad y la patria.⁴

Las guerrillas españolas anti francesas de principios del siglo XIX, actuaban básicamente en los territorios ocupados por el enemigo en el centro de la Península cumpliendo funciones de hostigamiento y fijación del ejército contrario. La mayoría de ellas como la de Martín El Empecinado, Mina y Espoz entre otras; nacieron al mando de un caudillo local y fueron creciendo hasta convertirse algunas de ellas en unidades regulares con estructura divisionaria.

Un diputado opinaba que los servicios importantísimos que prestaban los guerrilleros eran de “una naturaleza tal, que no estaba sujeto a reglas militares”. Los grupos guerrilleros no debían subordinarse directamente a los jefes militares porque serían convertidas en unidades regulares alejadas, por sus misiones y fines, de las partidas que casi espontáneamente nacían en las diferentes regiones.⁵

Para Clausewitz la “guerra del pueblo”, como nominó a la guerra de guerrillas, es un fenómeno del siglo XIX y una expansión y “fortalecimiento” de la guerra en general. Según él, esos grupos irregulares son eficaces sólo en combinación con el ejército regular y en operaciones de conjunto apoyadas por el mismo. A sus ojos se presentaba claro que las guerrillas tienen en la movilidad y el conocimiento del terreno, sus armas principales contra el enemigo. En ello coincide con los teóricos y escritores que le siguieron desde Benito Pérez Galdós hasta Carlos Marighela. Sin embargo, desde la lógica del siglo XIX y de las condicionantes europeas, era casi imposible comprender que el desarrollo de la lucha en el siglo siguiente, y en escenarios geográfico y social diferentes, podría conducir a la transformación de las partidas en un ejército regular capaz de enfrentar a las tropas adversarias con posibilidades de éxito hasta alcanzar la victoria.

Siguiendo al revolucionario brasileño, el guerrillero estaba obligado a ser versátil para el dominio de situaciones complejas y sorpresivas, la movilidad la sitúa, como Clausewitz, Pérez Galdós y Che Guevara, en un factor esencial para el combate y la retirada. De la capacidad del guerrillero de poner tierra de por medio inmediatamente después del combate, depende muchas veces la supervivencia propia y del grupo en cualesquiera espacios. Para ello no bastaba con la rapidez de movimiento, sino de la toma de las decisiones y la resistencia física del combatiente para las largas caminatas y capacidad para soportar “la fatiga, hambre, lluvia y calor”.⁶

Según Lenin los objetivos de la guerra de guerrillas son, en esencia, dos:
1) “dar muerte a determinadas personas, autoridades y agentes de la policía y el

ejército” y 2) “la apropiación de recursos monetarios tanto del gobierno como de los particulares”.⁷ Es decir, que ha puesto como misión fundamental de las guerras de guerrillas “en primer lugar”, el atentado personal que, como táctica de la guerra de guerrillas, no puede “despertar la revolución popular”.⁸ Debe entenderse que la lucha guerrillera a la que se refirió en 1906 era esencialmente urbana, practicada por personas aisladas o pequeños grupos, típicos de las guerrillas suburbanas de que hablara el Che, y los objetivos que Lenin veía en ella eran los de “mantener viva la revolución en el interregno de las grandes batallas de la guerra civil”. Los límites del prusiano sobre el carácter secundario y subsidiario de las guerrillas en el siglo XIX, no son superados por el ruso de comienzos del XX.

No era ese el caso de Cuba en 1956, donde el ejército revolucionario surgió a partir de un foco guerrillero, más emparentado con los grupos surgidos en España a partir de 1808, durante la invasión napoleónica que con los rusos de principios del siglo XX;⁹ sin embargo, tanto el marxista ruso como el clásico de la literatura española, Benito Pérez Galdós, conceptúan esta modalidad de la guerra como una lucha de masas.

La guerra irregular se entiende como aquella que se realiza con fuerzas no definidas “sin organización estable, con armamento limitado, que se desarrolla en condiciones concretas de la situación y muy adaptada a las características específicas del terreno, propias del desarrollo de las mismas”.¹⁰ Sus características son válidas tanto para las áreas rurales, como para los actos de guerrilla urbana en las ciudades y poblados. Los combatientes adoptan una muy variable composición como grupo, comando o destacamento “poco antes de librar el combate para diluirse entre la población tan pronto como esta termina”, en acción tipificada por su carácter efímero y de limitados objetivos,¹¹ como las que se ejecutaron contra altos jefes militares del ejército gubernamental en la ciudad cubana de Holguín y en La Habana durante la guerra civil de 1956 a 1958.

En uno y otro caso, pese al éxito de lograr el objetivo de eliminar a dos connotados agentes de la represión, el costo pagado por las fuerzas revolucionarias fue muy elevado. Perdieron la vida numerosos combatientes como resultado de la ola de terror desatada en las ciudades donde fueron ejecutados.¹² En general, las operaciones urbanas de mayor envergadura, algunas de ellas estratégicas por su alcance y fines; realizadas desde los primeros momentos del enfrentamiento al gobierno del 10 de marzo, y durante el período de guerra civil: el asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, el levantamiento de Santiago de Cuba el 30 de noviembre de 1956, el asalto al palacio presidencial y toma de Radio Reloj, el levantamiento de Cienfuegos y la huelga de abril de 1958; terminaron en fracasos militares, con su lastre de costo político y pérdida de luchadores experimentados.

En ese tipo de acciones, dada la inferioridad del comando revolucionario frente al poderío enemigo, la “técnica” debe ser variable. La escapada debe estar prevista de antemano o se corre el riesgo de que se convierta en una desbandada, como en ocasiones ocurrió. No se pueden defender posiciones fijas, “ni permanecer en un solo lugar”, “es una técnica de ataque y retirada”, de apoyo, señala Marighela siguiendo al Che Guevara, y al método de la guerrilla rural “que está destinada a jugar un papel decisivo en la guerra revolucionaria”.¹³ De hecho se asumen los actos de lucha clandestina en las ciudades y poblados formando parte de la guerra de guerrillas en el ámbito urbano. Como se ha afirmado la “guerra de guerrillas es el arma del débil”¹⁴ contra el fuerte. Su éxito, como movimiento que no depende del apoyo de ejércitos regulares sino de la capacidad para evolucionar y convertirse en una fuerza capaz de derrotar a un enemigo más poderoso, algo que se logra solo si cuenta con el apoyo de la población.

Benito Pérez Galdós, quien llevó como pocos la guerra de guerrillas a la literatura, en su obra *Juan Martín el empecinado* describe que las guerrillas “se organizan como se disuelven: por instinto, por ley misteriosa de su inquieta y traviesa índole. Desparramándose como el humo al ser vencidas y se condensan

como los vapores atmosféricos, para llover sobre el enemigo cuando este menos lo espera”.¹⁵

A tal objeto la movilidad y el conocimiento del terreno son esenciales; en tanto que, de acuerdo con Mosén Antón Trijueque, protagonista de la obra, “el que no tenga buenas piernas que se marche a casa, porque aquí no se corre, se vuela”. Y apunta más adelante:

Las guerrillas son la sorpresa, y para que haya choque es preciso que una de las dos partes ignore la proximidad de la otra. La primera cualidad del guerrillero, aún antes del valor es la buena andadura, porque casi siempre se vence corriendo. Los guerrilleros no se retiran, huyen y el huir no es vergonzoso para ellos[...] Su principal arma no es el trabuco ni el fusil, es el terreno [...].¹⁶

Con esto parece estar de acuerdo el Che, quien, al evaluar la experiencia cubana, destaca el elemento esencial de la táctica guerrillera:

Muerde y huye le llaman algunos despectivamente, y es exacto. Muerde y huye, espera, acecha, vuelve a morder y a huir y así sucesivamente, sin dar descanso al enemigo. Hay en todo esto, al parecer, una actitud negativa; esa actitud de retirada, de no dar combates frontales, sin embargo, todo es consecuente con la estrategia general de la guerra de guerrillas.¹⁷

Con ellos coincide el experimentado jefe guerrillero cubano Delio Gómez Ochoa¹⁸ quien sostiene la tesis de la imprescindible capacidad de desplazamiento para la supervivencia de la guerrilla, la cual debe moverse en la oscuridad y a la mayor velocidad posible. Al mismo tiempo insiste en, sin dudas fundado en la experiencia del fracaso de la invasión de 1959 en República Dominicana y en la experiencia cubana, en la necesaria vertebración de los grupos urbanos con los guerrilleros rurales.¹⁹

Está claro que, para el Che, la guerra de guerrillas por sí, no provoca el triunfo, sino que evoluciona hacia un ejército regular con capacidad de propinar golpes aniquiladores al enemigo; evidentemente, esto lo diferencia de los criterios de Lenin y Pérez Galdós. El primero asigna a las guerrillas la misión de realizar atentados y recuperar dinero y recursos para mantener viva la revolución entre las grandes batallas; el segundo concibe la guerrilla en su evolución con el fin de mantener en jaque al enemigo invasor napoleónico

junto al ejército regular para propinar golpes definitivos al adversario. Estos últimos no pensaban que los grupos guerrilleros evolucionaran hacia un ejército regular.

El Che, como Galdós, considera que la nota tónica “fundamental” de una guerrilla es la movilidad, lo que le permite estar en pocos minutos lejos del teatro específico de la acción y en pocas horas lejos de la región, facilitándole cambiar constantemente de frente y evitar cualquier tipo de cerco: “Caminar, acota el Che, es una forma de combatir, rehuir el combate es también una forma de combatir”.^{[20](#)}

Cuando Galdós, afirma en excelente literatura, que guerrilla se desparrama para huir y se condensa para atacar, el Che reconoce que “la forma de ataque de un ejército guerrillero también es diferente: se inicia sorpresiva, furibunda, implacable, y se convierte de pronto en una pasividad total, y de pronto surge un nuevo ataque en otro lugar con las mismas características [...] Lo fundamental es la sorpresa y la rapidez del ataque”.^{[21](#)}

Para el teórico latinoamericano existe, además, un principio esencial de las acciones guerrilleras que anuncia la necesidad de ganar cada encuentro, combate o escaramuza con el enemigo. En tal sentido, parece estar de acuerdo con que “el guerrillero es el jesuita de la guerra”, lo cual indica “una cualidad de alevosía, de sorpresa, de nocturnidad, que son evidentemente elementos esenciales de la lucha guerrillera”; cualidad que le viene dada por las circunstancias en que se desarrolla la lucha misma frente a un ejército poderoso, bien entrenado y armado; coyuntura que obliga a definir tácticas “muy diferentes de las concepciones románticas y deportivas con que se nos pretende hacer creer que se hace la guerra”.^{[22](#)}

El conocimiento del terreno, incluso de las construcciones que se edifican en el momento de la acción, para impedir que le sorprendan y obstaculicen el camino, la flexibilidad para concentrarse y disolverse, la rapidez relampagueante en el ataque siempre sorpresivo, y en la retirada, que es

generalmente una huida, han sido los elementos distintivos de la forma de actuar de las guerrillas.²³

Conocer la geografía es solo parte del problema. A la mentalidad guerrillera le es consustancial, y tan importante como el terreno, si de hacer una guerra popular se trata, la gente que en él vive. El soldado irregular está obligado a ser un antropólogo cultural si quiere hacer su obra revolucionaria. No puede alcanzarse el triunfo, si los destacamentos rebeldes no se funden con la población, la conocen y muchas veces la protegen de la represión. Los vecinos de las zonas de operaciones guerrilleras se convierten entonces en colaboradores de los grupos irregulares; y se encargan de la logística, la vigilancia, y muchas veces de combatir al lado del soldado insurgente. De ahí que Ernesto Guevara concediera tanta importancia al papel del guerrillero como trabajador político y reformador social de la revolución, conocedor de la vida y el medio social en que desarrolla la lucha. No es el único, Mao Tse Tung indicaba la unidad y fusión de las guerrillas con el pueblo como condición indispensable para la supervivencia de estas, frente a los ejércitos adversarios. Alcanzar esa condición es solo posible si conoce cabalmente la mentalidad, costumbres, tradiciones, creencias; la cultura, en fin, que caracteriza a los grupos humanos con que se relaciona. El conocimiento del hombre en función de la victoria.

Para entonces, no se utilizaba la antropología, al menos como ha sido aplicada en la lucha contrainsurgente por parte del gobierno de Estados Unidos en los últimos años. Sin embargo, algunos ejércitos aprendieron la lección después de 1959. El soldado con que se encontraron los guerrilleros en algunos territorios del sur del continente americano, no era el agente represor al estilo del que estaba al servicio del gobierno en Cuba antes de esa fecha. En Venezuela, donde operaron guerrillas cubanas en 1959, constataron esas diferencias capitales que restaron apoyo de la población al grupo guerrillero, factor que contribuyó a su derrota.²⁴ Poco a poco los jefes militares al servicio de los gobiernos en América Latina, fueron transitando desde un tipo de guerra

tradicional, en la que el terreno, el tiempo, el número de tropas, etc., eran las únicas variables a tener en cuenta; hacia una concepción bélica en la que cobraron sentido las consideraciones culturales, religiosas, las tradiciones y costumbres de la población local; para aprovechar esos conocimientos de antropología cultural y viabilizar una victoria militar.

Pero deben tenerse en cuenta otros rasgos distintivos de la guerra irregular. En ella parece que el número es siempre inferior al del enemigo, sin embargo esto no es del todo exacto por dos razones esenciales: 1) La guerrilla no lleva en sus operaciones toda la impedimenta que implica la logística y la retaguardia de las fuerzas regulares, y 2) El ejército enemigo es solo aparentemente superior en número, porque el guerrillero cuenta con el apoyo de la población, la cual es siempre superior numéricamente que cualquier ejército; donde esto no ha sido así, la guerrilla ha fracasado.

Las guerrillas son, nos dice Pérez Galdós en una bella imagen, la verdadera “esencia nacional”: “Figuraos que el suelo se arma para defenderse; que los cerros, los arroyos, las peñas, los desfiladeros, las grutas son máquinas mortíferas que salen al encuentro de las tropas regladas, y suben, bajan, ruedan, caen, aplastan, separan y destrozan. [...] eso, y nada más que eso, es la lucha de partidas; es decir el país en armas, el territorio, la geografía misma batiéndose”.²⁵

Para el Che, la guerra de guerrillas es una forma de lucha popular de las masas que evoluciona hasta ser capaz de combatir con éxito al ejército enemigo. La academia del guerrillero es la propia guerra. Ello lo reitera en su obra al menos en dos ocasiones: la primera de ellas en 1963, al abordar el tema en la revista *Cuba Socialista* rechaza la contraposición que se suele hacer entre la guerra de guerrillas y la lucha de masas “como si fueran métodos contrapuestos”. Este contrapunteo —válido es anotarlo—, en Cuba había sido superado en la práctica durante la guerra civil, aunque se mantenía en el nivel teórico: “La guerra de guerrillas es una guerra del pueblo, —sostiene— es una lucha de masas. Pretender realizar este tipo de guerra sin el apoyo de la

población, es el preludio de un desastre inevitable”.²⁶ La segunda ocasión es una ratificación de las guerrillas como lucha popular, explicitadas en sus análisis sobre la experiencia en el Congo, donde plantea la falsedad de contraponer ambos conceptos, tanto si se toma como punto de vista el “de los seguidores dogmáticos de una estrategia basada en el predominio de la clase obrera”, como el de que es un “instrumento de lucha de los grupos más decididos para quitar el poder a los explotadores”.²⁷

El Coronel Le Tuc Lich enfatiza la necesidad de la participación popular en la guerra de guerrillas para poder alcanzar sus objetivos: “Hay que integrar ampliamente a las masas en la guerra de guerrillas —señala— adoptar la consigna: cada habitante un combatiente, cada aldea un baluarte, dondequiera que haya habitantes, que haya guerrilleros. Todo el pueblo debe participar directamente en la lucha contra el enemigo en todas las formas y con todos los medios”.²⁸

En las condiciones de la guerra de Vietnam, contra un poderoso enemigo y sus aliados nacionales, el concepto de pueblo se amplía a todos los sectores nacionalistas del país como condicionante del desarrollo constante de las guerrillas hasta alcanzar el fin supremo: la derrota del enemigo.

El Teniente General español Manuel Díez Alegría afirma con toda razón que:

La guerrilla debe estar inspirada por una idea fuerte y apremiante, sea patriótica, religiosa, política, social, o una mezcla de todas ellas. Es felicísima la expresión empleada por Mao acerca de las relaciones que deben existir entre el pueblo y las tropas. El primero puede compararse al agua, y las segundas al pez que vive en ellas. ¿Cómo es posible que ambas no puedan existir juntas?²⁹

Según el Che, las posibilidades de éxito de la lucha irregular y el apoyo del pueblo a ella, son directamente proporcionales: “El guerrillero —escribe— cuenta... con todo el apoyo de la población del lugar. Es una condición *sine qua non*”.³⁰ Sin ella la guerrilla está condenada al fracaso. Pueblo es, para un momento histórico determinado, en un espacio geográfico y en condiciones sociopolíticas correspondientes, todo el que se opone a la opresión y propende

al progreso nacional. Por eso el ingrediente social fundamental de la guerra de guerrillas está en los sectores opuestos al régimen.

Pero llegados a este punto, es conveniente dilucidar aspectos clasistas del problema. Algunos estudios sociológicos sobre este asunto en América Latina sitúan a los universitarios, profesionales “y miembros ilustrados de las clases medias urbanas” como los sostenedores principales de las guerrillas, mientras, en su contraparte, se hace notar una escasa participación de obreros y campesinos.

Para el caso de Cuba, es cierto que entre 1956 y 1958, la dirección provino de estos sectores, sin embargo, la gran masa de combatientes procedía del campesinado y los empleados, aunque no son sólo los empleados y los campesinos; ni siquiera todos los obreros ni todos los campesinos, entre los que se encuentran también los defensores del gobierno opresor, y pueden formar incluso parte de las fuerzas represivas. Entre los sectores sociales y políticos más reprimidos en Cuba luego de asumir el poder el general Fulgencio Batista sobresalen los campesinos y los empleados. No es casual entonces, que, de una muestra ascendente a 548 revolucionarios incorporados a la lucha insurreccional en sus diversas formas de expresarse, en los campos y ciudades del norte de Oriente entre 1955 y 1958, figuraran los campesinos —con un 44,31%— y los empleados —con un 16,47%— como la mayoría de los luchadores contra la tiranía de Batista. Ello es revelador además de que, con una población rural superior, las guerrillas tuvieron en las masas del campo su principal base social revolucionaria.^{[31](#)}

Casi las dos terceras partes de la población de la región nororiental de Cuba que llevaron el peso de la guerra vivían en zonas rurales. De acuerdo con el censo de 1953, la población en esas áreas superaba a la urbana 1,83 veces en 1953. Esto contribuye a explicar por qué cualquier movimiento político con pretensiones de tomar el poder, estaba obligado a ganar el apoyo de esas masas. Sólo el apoyo de ellas podía garantizar tener de su lado a las mayorías, hecho alcanzable en tanto sus necesidades estuvieran presentes en el proyecto político

a enarbolar. Se trataba de conocer al hombre, sus necesidades y esperanzas para utilizarlas en favor de la victoria revolucionaria, es un ejemplo de antropología guerrillera.

Una vez ganada la contribución de las mayoritarias masas rurales, ellas se incorporaron al movimiento revolucionario en número tan significativo como para formar el núcleo más importante en la lucha contra Batista. Se puede afirmar, de acuerdo con la muestra tomada, que ellas, junto a los empleados y los obreros constituyeron más de las dos terceras partes del movimiento clandestino y el ejército rebelde.

El campesinado, se entiende formado no sólo por los propietarios de una determinada cantidad de tierra, también lo integran los aparceros, precaristas, partidarios o familiares de estos que, aunque separados de los medios de producción, poseen en común su psicología, penas y esperanzas. No puede sostenerse la mentalidad dogmática de conceptos elaborados para otros contextos geográficos e históricos; en Cuba, el campesino no era únicamente el propietario de una parcela. El obrero agrícola es, por su cultura, psicología y aspiraciones, un campesino.

Después de 1959 la guerra continuó, luego de una inversión de papeles y cambio de roles de los sujetos históricos empeñados en la contienda. Los grupos de opositores armados reeditaron los métodos empleados en la etapa anterior y se organizaron bajo el imperio del método guerrillero. Las diferencias entre las organizaciones opuestas al gobierno del presidente Fulgencio Batista desembocaron en la oposición que algunos de aquellos grupos comenzaron a hacer al nuevo poder liderado por Fidel Castro. A partir de entonces se produjo un rediseño de las alianzas de las fuerzas que habían contribuido al derrocamiento del general Batista. Si en 1958, once organizaciones habían firmado el Pacto de Caracas en un intento de unidad contra el gobierno; tiempo después, solo tres —el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de marzo y el Partido Socialista Popular— conformaron una unión perdurable que dio paso a la formación, en un período

relativamente corto, de la organización que se afianzó en el poder entre 1959 y 1965.

De una muestra de 762 colaboradores y miembros de los grupos armados contra el gobierno revolucionario entre 1959 y 1963, el 25,06 % correspondía a los campesinos y obreros agrícolas. La gente del campo tuvo una alta representación en los dos bandos enfrentados antes y después del parteaguas que significó el año 1959. También comprendían otros sectores entre los que se encuentran obreros industriales, miembros del Ejército de Cuba, sostén castrense del gobierno del general Batista, otros pertenecientes al aparato de los partidos políticos y miembros del ejército rebelde que habían abandonado sus filas.³² Al margen del abultado número de los que no fueron identificados, el 34,12 %, la composición socioclasista de los grupos en pugna antes y después de 1959, es similar. La movilidad social de las guerrillas en el continente americano se produciría más tarde, con la extensión del método en época más reciente.

Se ha afirmado que los grupos irregulares más tardíos en América Latina correspondientes a los años ochenta del siglo xx, se componen en un 80% de campesinos y en un 20% de universitarios y profesionales. Es evidente el predominio de los primeros, como ocurrió en Cuba en los años cincuenta y sesenta, aunque la proporción es mucho más acusada en el continente latinoamericano. Esta presencia superior de campesinos y profesionales en el continente en relación con la isla; es resultado de las desemejantes estructuras sociales y contextos espacio-temporales, que determinaron una composición en la que desempeñaron una influencia incontestable los escenarios en que se desarrollaron esas luchas en el sur del continente. Las guerrillas tienen en todas las épocas, profundas raíces en los problemas de las sociedades en que se desarrollan.³³ Su incomprensión por los guerrilleros ha conducido a más de un fracaso en América Latina.

Existe un aspecto sobre el que se ha suscitado más de una polémica a la hora de evaluar la composición del movimiento guerrillero en Cuba: se trata de

la participación de los delincuentes comunes.

La ideologización y el acento puesto en los componentes políticos nacionalistas por parte de los movimientos guerrilleros contribuyeron a debilitar las características negativas que se le imputan, relacionados con el bandidaje y la delincuencia atribuidos a los grupos irregulares por los gobiernos que combaten. Nominados, merecidamente o no, “forajidos” o “bandidos”, con el fin de restarle apoyo popular y deslegitimarlos como alternativa de poder, las guerrillas, sin embargo, pasaron a ser en buena parte de los casos, una posible vía de elección para la solución de los grandes problemas nacionales; gracias, entre otros factores, a su orientación ideológica nacionalista y de solidaridad continental.

En la obra citada de Benito Pérez Galdós, el escritor apunta que la diferencia entre el bandido y el guerrillero está en el grado de conciencia que posee cada uno. Al abordar el mismo problema Lenin escribe: “Se dice que la guerra de guerrillas acerca al proletariado consciente a los borrachos degenerados y a los desclasados. Y esto es verdad. Pero lo único que aquí se desprende es que [este medio de lucha] debe ser ennoblecido por la influencia educadora y organizadora del socialismo”.³⁴

El Che, que es quien con mayor universalidad abordó el problema, dado el número de países y continentes en que desarrolló su actividad guerrillera; nos dice que “las Gavillas de bandoleros que operan en una región; tienen todas las características del ejército guerrillero: homogeneidad, respeto al jefe, valentía, conocimiento del terreno y, muchas veces hasta cabal apreciación de la táctica a emplear... e inevitablemente estas gavillas son detenidas o exterminadas por la fuerza pública”.³⁵

Los factores para que esto ocurra se encuentran en la carencia de una causa que concite el apoyo del pueblo a estos grupos de delincuentes, porque las masas en general no colaboran con los bandidos, al menos espontáneamente, porque son sus víctimas.

Durante la guerra civil de los cincuenta en Cuba, las fuerzas rebeldes tuvieron que combatir al bandolerismo en sus zonas de operaciones. Grupos de bandidos que operaban en las zonas montañosas o el llano que hacían presa de sus actos a la población fueron eliminados y algunos de ellos condenados a la pena de muerte.

Pero ello no autoriza a desestimar a revolucionarios cabales que una vez delinquieron, pero abandonaron sus prácticas, abrazaron la causa revolucionaria y alcanzaron algunos de ellos altos grados militares en el campo de la revolución después de un proceso de reeducación. Al respecto es válida la afirmación del General Manuel Díez Alegría de que:

Las fuerzas guerrilleras, procederán del pueblo, del ejército, de la policía, de desertores enemigos e incluso de contrabandistas o bandidos.

Tanto ese caso (los desertores) como el de los contrabandistas y bandidos que puedan desear unirse a las guerrillas, deberán ser tratados con precaución, sometiéndolos a una reeducación conveniente.³⁶

Es gratuito aseverar que los bandidos son un componente social esencial de las guerrillas, tampoco lo afirma el general español. Lo que está diciendo es que los bandidos, también ellos, después de reeducados pueden formar parte de las tropas irregulares revolucionarias.

Testimonios de guerrilleros cubanos corroboran estas consideraciones. Algunos han afirmado que el bandido tiene todas las condiciones para ser el mejor guerrillero: acostumbrado al peligro posee un valor a prueba, tiene la experiencia de vivir en la ilegalidad por lo que siempre está vigilante, además de poder soportar mejor que otros las carencias y penalidades de una vida nómada y llena de peligros.³⁷ Y esto es válido para las guerrillas con independencia del escenario geográfico en que se desarrollan los acontecimientos, ya sea en las áreas rurales o en los pueblos y ciudades.

Los actos de guerrilla urbana resultan siempre los más riesgosos. Es allí donde los revolucionarios están más expuestos y el sistema represivo suele ser más efectivo. El terreno en las ciudades y pueblos es el más desfavorable para los guerrilleros, por la topografía y porque en ellos radican los centros de

represión de la reacción, la vigilancia enemiga es mucho mayor, y la delación y la represalia son más frecuentes. Por otro lado, en las zonas urbanas los escondites son más difíciles; en las casas amigas se ponen en peligro muchas veces las familias enteras, entre ellas personas inocentes ajenas a las acciones. A lo anterior se añade que generalmente el guerrillero urbano no puede alejarse mucho de su zona de operaciones donde realiza la propaganda, colecta recursos, sabotea los centros económicos y militares, etc.

En esas condiciones deben mantenerse los grupos urbanos fuera de la ley; es muy difícil que puedan hacer vida familiar y laboral normal. Estos hombres, en la práctica son proscriptos en condiciones tan desfavorables que los obligan a vivir en la más absoluta clandestinidad. Esto último no se tuvo en cuenta por los revolucionarios holguineros implicados en el atentado al jefe del regimiento número 7 de la guardia rural, coronel Fermín Cowley Gallegos. El comando ejecutor del atentado del 23 de noviembre de 1957 no fue apresado, sin embargo, la dirección del Movimiento Revolucionario 26 de Julio en Holguín fue capturada y asesinada como resultado de las investigaciones desarrolladas por el Servicio de Inteligencia. Ello se debió a que este grupo de implicados en la acción no pasó a la clandestinidad, y ninguno de ellos, ni comando ni grupo de apoyo, se pusieron fuera del alcance del enemigo. Y el costo fue tan elevado, que el M-26-7 en Holguín no se recuperó totalmente luego del golpe recibido en diciembre de 1957.

Al someter a análisis las guerrillas en Cuba durante la guerra civil de 1956 a 1958, y referirse al sabotaje, el terrorismo y el atentado personal, el Che Guevara hace notar las diferencias entre ellos, y su apreciación acerca de la efectividad de cada uno de estos actos guerrilleros. Del primero refiere que es “muy importante”, “medida de guerra revolucionaria, altamente eficaz”; indiscriminada en sus consecuencias “y muy costoso en vidas”. Del terrorismo apunta que “debe considerarse como factor valioso cuando se utiliza para ajusticiar algún connotado dirigente de las fuerzas opresoras, caracterizado por

su crueldad, por su eficiencia en la represión, por una serie de cualidades que hacen de su supresión algo útil”.³⁸

El atentado personal como acción de guerra del pueblo contra sus opresores, es un acto legítimo utilizable “en circunstancias especiales que es muy conveniente analizar”; quiere decir que solo excepcionalmente se debe aplicar esta medida, y sobre ella apunta el comandante Guevara:

En general consideramos que este es negativo, salvo que elimine alguna figura notablemente destacada por sus fechorías contra el pueblo y su eficacia represiva. Nuestra experiencia de la lucha cubana enseñó que se podían haber salvado muchas vidas de grandes compañeros, sacrificados para cumplir misiones de escaso valor y que pusieron a veces bajo el plomo enemigo, en represalia a combatientes cuya pérdida no podía compararse con el resultado obtenido.³⁹

En similares términos se refiere el Che al atentado en otros momentos de su obra llamando la atención sobre: 1) que se elimine a algún personaje importante por su eficacia represiva, 2) que se realice en circunstancias muy escogidas y 3) que el costo de la acción no sea más alto que sus resultados; o lo que es lo mismo, tener en cuenta que en las guerrillas cada encuentro con el enemigo debe ser una victoria.⁴⁰

En Cuba, una contraposición entre la lucha clandestina o guerrillas urbanas, y las rurales, durante el conflicto de fines de los 50, puede tener sentido académico; pero en el orden moral y político, forman parte de un proceso único desplegado en dos frentes de combate: las ciudades o áreas urbanas y el campo o zonas rurales; en el que ambas contribuyeron a la decisión de la lucha con la derrota del enemigo. En distintos momentos de la guerra uno u otro se convierte en la dirección principal de las operaciones, para, al final, concluir con la toma de las ciudades, centros financieros, político-administrativo y militar del país. Si no se toman las ciudades, la guerra no se gana.

Fuentes

HEMEROGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

Clausewitz, “La nación en armas” en *De la guerra*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1969, pp. 506-512.

Cuba de la Cruz, Armando, *Latidos de revolución*, La Habana, Holguín, 2003.

Diccionario terminológico militar, La Habana, Imprenta Central de las FAR, 1987.

Diez Alegría, Manuel, “Introducción para un estudio de la guerra de guerrillas” en *Selección de artículos sobre los principios de la guerra de guerrillas*, La Habana, Editora Militar, 1985, pp. 36-56.

García González, Ivette, *La Habana: tiempo de conflictos*, La Habana, Ediciones Verde Olivo, 1998.

Gómez Ochoa, Delio, *Constanza, Marimón y Estero Hondo. La victoria de los caídos*, Santo Domingo, Comisión Permanente de Efemérides Patrias (CPEP), 2007.

Guevara de la Serna, Ernesto, *La guerra de guerrillas*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1987.

Guevara de la Serna, Ernesto, *Pasajes de la guerra*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales 1987.

Huntington, Samuel P., “Guerrilla Warfare in Theory and Policy” en Samuel P. Huntington y Franklin Mark Osanka, *Modern Guerrilla Warfare*, Nueva York, The Free Press of Clencoe, 1962, pp. xv-xvii.

Le Thuc Lich, “Pensamiento y Principios de la táctica guerrillera” en *Selección de artículos sobre los principios de la guerra de guerrillas*, La Habana, Editora Militar, 1985, pp. 11-26.

Lenin, V. I., “Informe sobre la revolución de 1905” en *Obras escogidas militares*, La Habana, Instituto del Libro, 1970, pp. 245-261.

Lenin, V. I., “La guerra de guerrillas” en *Obras escogidas militares*, La Habana, Instituto del Libro, 1970.

Pérez Galdós, Benito, *Juan Martín el empecinado*, La Habana, Ediciones Huracán/Editorial Arte Literatura, 1976.

Valencia, Enrique, “Notas para una sociología”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 32, núm. 2, marzo-abril, 1970, UNAM, pp. 335-355.

¹ Valencia, “Notas para una sociología”, 1970, pp. 335-355.

² Carlos Margihela, “Mini-Manual del guerrillero”, en <http://www.dhnet.org.br/dados/manuais/a_pdf/escola_americas_manual_terrorismo_guerrilla urbana.pdf>. [Consulta:12 de julio de 2015.] Versión circulada por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos a fuerzas contrarrevolucionarias centroamericanas y a egresados de la Escuela de las Américas en los años 1980. Parece ser una traducción al castellano elaborada sobre una traducción al inglés del original en portugués.

³ Clausewitz, “La nación en armas”, 1969, pp. 506-512; Pérez, *Juan Martín*, 1976, pp. 17, 47-48 y 214-215; Lenin, “La guerra de guerrillas”, 1970, p. 147; Guevara, *La guerra de guerrillas*, 1987, p. 195; Guevara, *Pasajes de la guerra*, 1987, p. 320; Diez, “Introducción para un estudio”, 1985, pp. 41 y 47; Le Thuc Lich, “Pensamiento y principios”, 1985, pp. 11-26.

⁴ “Intervención del diputado José Martínez”, *Diario de las Sesiones de las Cortes*, 1870, pp. 1604-1606.

⁵ *Ibid.*

⁶ Margihela, documento en línea citado.

⁷ Lenin, “La guerra de guerrillas”, 1970, p. 141.

⁸ Lenin, “Informe sobre la revolución”, 1970, p. 247.

⁹ *Ibid.*, p. 144.

¹⁰ *Diccionario terminológico*, 1987, p. 201.

¹¹ *Ibid.*, p. 202.

¹² En ambos atentados, ejecutados por el Movimiento 26 de Julio en la ciudad de Holguín en el norte oriental cubano el primero, y por el Directorio Revolucionario en La Habana el segundo; el costo en vidas de combatientes fue elevado. La muerte del jefe del regimiento 7 de Holguín, llevó a la eliminación física de la dirección revolucionaria en la ciudad. La decisión de los ejecutores del jefe del servicio de inteligencia militar en un cabaret capitalino, de protegerse de la represión en la embajada de Haití, no impidió que dicha sede fuera asaltada por la policía y la mayoría de los revolucionarios murieran en la acción.

¹³ Marighela, documento en línea citado.

¹⁴ Huntington, "Guerrilla Warfare", 1962, pp. xvi-xvii.

¹⁵ Pérez, *Juan Martín*, 1976, pp. 214-215.

¹⁶ *Ibid.*, p. 17.

¹⁷ Guevara, "La guerra de guerrillas", 1987, p. 38.

¹⁸ Comandante del Ejército Rebelde durante la guerra civil de 1956 a 1958 que derrocó a Fulgencio Batista. Fue segundo jefe de la Columna 1 "José Martí" bajo las órdenes del comandante Fidel Castro. En el segundo semestre de 1958 asumió el mando del IV Frente "Simón Bolívar". En julio de 1959 marchó a República Dominicana a combatir al régimen de Rafael L. Trujillo.

¹⁹ Gómez, *Constanza, Marimón*, 2007, pp. 103- 105.

²⁰ Guevara, *La guerra de guerrillas*, 1987, p. 45.

²¹ *Ibid.*, p. 46.

²² *Ibid.*, p. 38.

²³ Marighela, documento en línea citado.

²⁴ Conversación sostenida el 12 de febrero de 2002 con Rafael Mompié, guerrillero cubano, natural de la Sierra Maestra, que combatió en Cuba y luego marchó a Venezuela a las órdenes de Arnaldo Ochoa Sánchez.

²⁵ Pérez, *Juan Martín*, pp. 47-48.

²⁶ Guevara, *La guerra de guerrillas*, 1987, p. 205.

²⁷ Guevara, *Pasajes de la guerra*, 1987, p. 320.

²⁸ Thuc Lich, "Pensamiento y principios", 1985, pp. 11-25.

²⁹ Díez, *Introducción para un estudio*, 1985, pp. 36-56.

³⁰ Guevara, *La guerra de guerrillas*, 1987, pp. 33-34.

³¹ Cuba de la Cruz, *Latidos de revolución*, 2003, pp. 11-18.

³² García, *La Habana: tiempo*, 1998, pp. 167-169.

³³ Valencia, "Notas para una sociología", 1970, pp. 335-355.

³⁴ Lenin, "La guerra de guerrillas", 1970, p. 150.

³⁵ Guevara, *La guerra de guerrillas*, 1987, p. 34.

³⁶ Lenin, “La guerra de guerrillas”, 1970, p. 150. El subrayado es del autor.

³⁷ Conversaciones del autor con Ramón Cordero, miembro del comando que ajustició a Cowley Gallegos.

³⁸ Guevara, *La guerra de guerrillas*, 1987, p. 48.

³⁹ *Ibid.*, p. 128.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 141.

La guerra de liberación nacional: una secuencia a través de la prensa cubana

Ada Ivette Villaescusa Padrón

Introducción

La prensa que circulaba en Cuba en la década de los cincuenta del pasado siglo xx asumió diferentes posturas durante la guerra de liberación nacional contra la dictadura de Fulgencio Batista, quien se apropió del poder tras el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. Además, sustituyó la Constitución por unos Estatutos Constitucionales. Organizaciones políticas y revolucionarias comenzarían el proceso para derrocarla. Las protestas en la universidad fueron primordiales.¹

Por entonces en la nación en general, y en la modernísima Habana en particular, podían percibirse ostensibles contrastes, una profunda crisis político-moral, progresivo auge industrial y arquitectónico-urbanístico que incluía edificación de repartos en la periferia y hoteles de lujo con casino de juego en el centro de la urbe, manipulados por la mafia, con penetración del capital estadounidense y dependencia de sus intereses financieros.²

En aquella vorágine, el año de 1955 fue crucial. El 15 de mayo salían de la cárcel los moncadistas, y Fidel pronto creaba el movimiento 26 de julio. Se afianza la unidad estudiantil con la clase obrera. El Frente Cívico de Mujeres Martianas libra batallas políticas y apoya a las fuerzas revolucionarias. Los partidos burgueses de oposición se alían a la receta de la Sociedad de Amigos de la República:³ mejorar la vida pública, sin revolución.

Luego vendrían otros acontecimientos: el arribo del yate Granma en diciembre de 1956 y el inicio de la lucha en la Sierra Maestra, en 1957 el ataque al palacio presidencial, el alzamiento civil militar del 5 de septiembre en Cienfuegos, y la llegada en noviembre al Escambray de un destacamento del Directorio.⁴ Se instaura la resistencia cívica en Cuba, organización clandestina y celular, colaboradora del Movimiento 26 de Julio.⁵

Pese a que las principales organizaciones revolucionarias —Movimiento 26 de julio, Directorio Revolucionario y Partido Socialista Popular— tenían desacuerdos y diferentes tácticas, sus líderes apoyaron al ejército rebelde, que en los últimos meses de 1958 desarrolla su ofensiva final.⁶ En tal revuelto acontecer, cumplió un rol la prensa, tanto burguesa como revolucionaria.

Pero en períodos de censura decretada por la tiranía al recrudecerse la lucha, unas publicaciones reprodujeron los partes del Estado Mayor del ejército que falseaban la realidad, otras no divulgaron nada. Aquellos años fueron decisivos en el devenir de Cuba y los reiterados ciclos de censura dificultaron grandemente el conocimiento de lo que ocurría. No obstante, aparecieron alternativas, y en los breves intervalos en que se levantó la censura, los medios burgueses liberales sacaron algunos materiales, sobre todo la revista *Bohemia*.

No solo le hicieron el juego a la dictadura sus voceros como *Alerta*, *Mañana*, *Ataja*, *Tiempo en Cuba*, *Pueblo y Gente de la Semana*, también integrantes de la denominada gran prensa burguesa como *El País*, *El Crisol*, *Diario de la Marina*, *Diario Nacional* e *Información*, imprimían las notificaciones del Estado Mayor del ejército batistiano, aunque de una manera más discreta y sin alabanzas al tirano, a la vez que continuaban con sus espacios habituales para la crónica social, las modas, los clasificados, los espectáculos artísticos, cual si nada estuviera aconteciendo en la mayor de Las Antillas.

En torno al Moncada, los moncadistas y su excarcelación

El 28 de julio de 1953, dos días después de que un grupo de jóvenes partidarios del pensamiento de José Martí, encabezados por Fidel Castro,

asaltaran los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes en el oriente de la isla, el centenario *Diario de la Marina*, auto titulado “Decano de la prensa cubana”, publicaba en primera plana: “Nombran censores para 4 periódicos” (*Pueblo, El Mundo, Pienso Libre y Bohemia*), y el 29: “Nombran censores para todo diario y revista de Cuba”.

Muchos medios protestaron. *Prensa Libre*, por ejemplo, el día 28: “deja constancia de su protesta por el atentado que a la libertad de prensa significa la designación de un censor para nuestro periódico, así como para otros colegas, llevaremos esta protesta al seno del Bloque Cubano de Prensa [...]. El último párrafo de esta protesta ha sido censurado”.⁷

El *Diario de la Marina* reiteró “su adhesión al principio de la libertad de prensa y espera que sean reconsideradas sin demora aquellas disposiciones que hoy están obstaculizando esta libertad [...]. El señor presidente [...] daría un paso eminentemente positivo al suspender la censura y rodear a la prensa cubana de las garantías que merece”.⁸

Pero pese a las protestas, se decretó la censura de prensa por 90 días, lo cual implicó que en aquellos momentos se pudiera conocer poco sobre la realidad de los hechos. Sin embargo, en mayo de 1955, al salir del presidio los encartados por los sucesos, la situación sería bien diferente. Batista pretendía dar una fachada legal al golpe de Estado con la celebración de elecciones; intentaba crear un ambiente favorable con una amnistía política de excarcelación de numerosos reclusos, entre los que se encontrarían los moncadistas, gracias a la presión popular que sumó a casi todas las clases sociales y de varios medios de comunicación, ya que el régimen había declarado que concedería amnistía si existía un compromiso de acatamiento de los presos y exilados. No aceptado por los moncadistas, la población y órganos de prensa aprovecharon la atmósfera propicia para proyectarse en su defensa.

Así, el 30 de marzo de 1955, *Prensa Libre* destaca en primera plana en cintillos en azul: *El verdadero significado de la amnistía*: “¿Qué se quiere a partir de ahora? [...] ¿Que los exiliados regresen a postrarse de rodillas [...] ¿Que los

líderes de la oposición se acusen a sí mismos?”.⁹ El 31 remarca: *Amnistía sin vencedores ni vencidos pide Cuba*.

Fidel también se vale de las circunstancias y desde el llamado Presidio Modelo de Isla de Pinos (hoy Isla de la Juventud) escribe *Carta sobre la amnistía*, publicada en la emblemática revista *Bohemia* el 27 de marzo, en la que alegaba: “A cambio de nuestra libertad no daremos, pues, ni un átomo de nuestro honor”. Y más adelante: “Después de 20 meses nos sentimos firmes y enteros como el primer día. No queremos amnistía al precio de la deshonor”.¹⁰

Transcurren los días, y los rotativos capitalinos van divulgando las disposiciones gubernamentales. El periódico Información, fundado en 1931, de los hermanos Santiago y Joaquín Claret, director y administrador respectivamente, que no se destacó contra el régimen de turno, ni por aliársele, iba notificando en primera plana en “Las leyes de amnistía”, el 11 de mayo: “Aplazan la libertad de presos políticos hasta el domingo” y “Aplicaron sus beneficios a los asaltantes del Moncada, en Santiago [...]. El lunes saldrán del Reclusorio”. Y por fin el 14: “Liberan mañana a los asaltantes del Cuartel Moncada”.

El País destacaba el 12 de mayo: *Según el Fiscal los Amnistiados Saldrán en la Madrugada del Domingo*. Y en medio de la página, en pequeños caracteres: *Excarcelan Presos del Caso Moncada*. Fundado en octubre de 1921, *El País* se fusionó a *Excelsior* en 1929, un tiempo serían *El País-Excelsior* y otro, *Excelsior* en la mañana y *El País* en la tarde. Vocero del Partido Liberal, al politiquero Alfredo Hornedo le pertenecía la empresa; el golpe de Estado de 1952 le abrió las puertas de palacio.¹¹

Mientras los cintillos de *El Crisol* proclamaban el 10 de mayo: *Ponen en libertad el viernes a amnistiados*, el 14: *Liberan el lunes a los amnistiados*. Este rotativo lo inauguró Hornedo en los talleres de *El País* el 19 de marzo de 1934, junto con Julio César González Rebull quien, desde el número inicial, aparecía como director y con la columna diaria en primera plana “El Director Opina”.

Por su parte, periódicos batistianos como *Ataja* sí habían apoyado, lógicamente, la exigencia gubernamental. *Ataja*, del politiquero Alberto Salas Amaro, semanario antes del golpe de Estado, después diario, refiere que apenas se vendía por su contenido y estilo. Adulaba a Marta Fernández, esposa de Batista, y a sus hijos.¹² El 12 de marzo de 1955 anotaba *Ataja*: “El Gobierno se muestra propicio a la Ley de Perdón, pero exige la normalidad previa, el acatamiento a los hechos ocurridos a partir de la madrugada del 10 de marzo y la vuelta a la normalidad constitucional, a través de los comicios de noviembre del pasado año”.¹³ El 13 de abril, en cintillo azul en primera plana: “Habrá Amnistía. Declara Batista. El perdón debe traer la concordia entre cubanos”.

No obstante, las campañas de la prensa burguesa no batistiana y del pueblo, que incluyeron a un movimiento de madres cubanas y al Comité de Familiares Pro-Amnistía de los Pesos políticos, fueron muy efectivas. Y al mediodía del domingo 15 de mayo, un oficial de la prisión de Isla de Pinos avisa que los sancionados del Moncada comenzarán a salir en tres grupos con intervalos de más de 30 minutos. Fidel irá en el segundo. En la explanada del penal los esperaban familiares, periodistas y fotógrafos que captaron ese instante que ha perdurado como imagen visual de la excarcelación.

En el hotel Nueva Gerona Fidel se reúne con la prensa que al día siguiente desplegará titulares destacando la liberación del líder y sus compañeros y publica en primera plana sus declaraciones: “nuestro sincero y cordial agradecimiento a la prensa cubana al interpretar justamente y hacerse eco de un anhelo popular, como era la amnistía”.¹⁴ El hotel estaba repleto de familiares, simpatizantes y periodistas de *Prensa Libre*, *El Crisol*, *Bohemia*, *Diario Nacional*, *Ataja*, *La Calle* y *Alerta*. Desde puertas y ventanas los observa la población de los alrededores.

Antes de las ocho de la mañana del 16 de mayo, llegan a la capital en el tren procedente de Batabanó, luego de la travesía en *El Pinero*. Enorme muchedumbre invade el salón de espera y los andenes de la Estación Central, y es cantado el himno nacional. El diario *La Calle* reproduce el “Manifiesto al

pueblo de Cuba de Fidel Castro y combatientes”, entregado a los periodistas un día antes, donde aseguraban que sabrían “cumplir con el deber que demanda la patria”.

El autodefinido *Diario de la Revolución Cubana*, fundado por Luis Orlando Rodríguez cuatro meses después del golpe de Batista, fue cerrado sin completar la primera tirada, mientras que *La Calle* resurgió en 1955 cuando, por la farsa electoral, se “restableció” la Constitución. En abril se imprimieron 7 000 ejemplares centrados, hasta el 15 de mayo, en la liberación de los presos políticos encabezados por Fidel, quien a partir del 16 lo escogería de trinchera. Se mantuvo a su disposición, de la Federación Estudiantil Universitaria y de su presidente.

El Crisol resalta el 16: “Libres los presos del Moncada”, y en el bajante: “Patéticas escenas en la Isla de Pinos”, con dos fotos y este pie: “Mediante la amnistía decretada por el Congreso, abandonaron a mediodía de ayer el Presidio Modelo de Isla de Pinos, tras veintidós meses de prisión, los veintinueve sancionados que extinguían fuertes condenas por el asalto al cuartel ‘Moncada’ de Santiago de Cuba. A la izquierda aparece [...] el doctor Fidel Castro Ruz, principal acusado”.

También *El País* distingue el lunes 16 de mayo: “Presos Políticos del Príncipe y de la Isla de Pinos en Libertad”, y una foto de Fidel con un pie similar al de *El Crisol* e *Información* el día 21, en “Perfil Político/Fidel Castro”, opina: “el joven personaje producido por los sucesos del cuartel Moncada representa un nuevo valor en la política cubana [...] diré que Fidel Castro es a un mismo tiempo héroe y hechura del medio.”¹⁵

Resulta notable que —a diferencia de lo ocurrido en 1953— en torno a la excarcelación de los moncadistas, las publicaciones periódicas insulares, y fundamentalmente las que se imprimían en La Habana, por su poder mediático y económico —motivadas por la fugaz y oportunista permisibilidad— cumplieron, hasta cierto punto, su función de informar e interpretar.

Incluso publicaciones batistianas como *Pueblo y Gente de la Semana* dan cobertura a la excarcelación de los moncadistas. En el artículo “Mientes Chaviano”, que se mencionará líneas abajo, Fidel lo reconocerá al señalar que sus directores “saludaron con altura nuestra salida de las prisiones”. El 16 de mayo, en su columna de primera plana “Imagen del día”, el director de *Pueblo*, Octavio R. Costa, en *Ya no hay derecho a conspirar* anotaba: “Se ha amanecido hoy bajo un día nuevo, un día que ha sido esperado con mucho ahínco. Ya están libres los del Moncada con Fidel Castro a la cabeza. Se trataba del caso más difícil que tuvo que tratar la amnistía política. Y el problema está resuelto”. Pero terminaba: “Batista ha cumplido. [...] Que nadie se niegue a trabajar limpiamente por el futuro de Cuba. No hay derecho a conspirar”. Y en *Gente de la Semana* —de Emilio Surí, dirigida entonces por José Suárez—, apuntaba el 22 en su columna de primera página *El Director Dice*: “Hemos visto con regocijo que madres cubanas abrazaban, junto a su pecho, a los hijos que guardaban prisión por los acontecimientos del Cuartel Moncada. Ahora toca a los hombres que salieron del Moncada, justificar con su conducta, la postura que el General Batista tuvo para con ellos”.

¿Por qué dos años antes, al producirse el asalto al cuartel Moncada, el gobierno proclamó la censura de prensa y ahora todos los medios saludan la excarcelación de los moncadistas? Sencillamente porque, amén de la osadía de ciertos directores, del carácter liberal de determinadas publicaciones, aprovecharon una noticia que indudablemente se sabía que “vendía”, y que ahora al gobierno le interesaba, le convenía divulgar, y lo estimulaba, porque estaba intentando cambiar su imagen.

Además, puede validarse que la gran prensa burguesa que circuló en La Habana en la república neocolonial, y en específico en la década de 1950, aun con sensacionalismo, frivolidad, pueril crónica social, no siempre fue reaccionaria ni perniciosa, como suele catalogarse esquemática y superficialmente sin realizar un análisis profundo.

Pero pronto “la permisibilidad” se le irá de las manos a la dictadura y se desatará una batalla en la prensa: personeros gubernamentales ocupan titulares; Batista hace declaraciones insultantes. La oposición se defiende y combate con artículos contra el crimen y el abuso. Fidel denuncia día a día en *La Calle* y semana a semana en *Bohemia*.

El propio 22 de mayo Fidel impugna en *Bohemia*: “El único que se ha opuesto aquí a soluciones pacíficas es el régimen”, en el texto de Agustín Alles Soberón: “Del Moncada al presidio y a la libertad. Soy un combatiente sin odios ni resentimientos —Fidel Castro”. Ese día, con el título “Réplica del coronel del Río Chaviano sobre los sucesos de Santiago”, el asesino llama asesinos a los moncadistas en la revista, en respuesta a una acusación hecha en sus páginas el 1º de mayo, bajo “Garantías. Palmacristi y golpes”, por la agresión a dos locutores de la emisora CMCK de Santiago de Cuba.

Fidel le refuta el 29 con *¡Mientes, Chaviano!*: “¿Forma esto parte de un plan criminal de provocación contra los que acabamos de salir de las prisiones? [...] ¿Qué quieres pues Chaviano? ¿Qué narre los crímenes espeluznantes que se cometieron con los prisioneros?”.¹⁶ También le respondió en *La Calle* el 30 de mayo: “Chaviano, el provocador. No es con amenazas como se responde a la verdad”. Al día siguiente, el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), a través de *La Calle* y *Prensa Libre* se une a la polémica: “El gobierno puede atacar, injuriar, calumniar y eso no es delito; [...] responder una imputación [...] sí es delito”.

El 24 de mayo en el periódico pro-batistiano *Pueblo*, Octavio R. Costa apunta en *Imagen del día*: “¿Cómo puede admitirse que los opositores [...] dediquen sus expresiones y acciones a negar al Gobierno, a injuriar al régimen [...]? Parece que se han confundido. [...] ¿Qué es lo que quieren? ¿Que se les permita esa absoluta libertad conspiracional?”. Y al día siguiente: “Ahora mismo parece que se repite el fenómeno en torno a la joven figura de Fidel Castro. Cualesquiera que sean sus talentos y virtudes, lo que resalta entre ellos es la locura del Moncada”.¹⁷ En jornadas venideras la columna continúa

agrediendo. El 12 de junio, en la página cuatro, aparecen estas declaraciones de Batista: “No queremos guapos ni fanfarrones”: “Y que no se repitan las agresiones que nos hacen algunos de los que han sido amnistiados”. Y comenta del periódico *La Calle* que un mediano gobierno liberal lo hubiera clausurado.

En este se había publicado el 7 de junio el artículo de Fidel dirigido a Batista *¡Manos asesinas!*, en el que lo conmina: “No ofenda ni humille más al pueblo”; el 8, en *Lo que iba a decir y me prohibieron*, expresa: “El régimen se ha estado batiendo en franca retirada completamente desmoralizado”. Con posterioridad Fidel es invitado a hablar por la televisión, pero el ministro de Comunicaciones lo prohíbe. Entonces publica en *La Calle*, *Lo que iba a decir y me prohibieron por segunda vez*: “Hay hambre de pan y hambre de libertad”.¹⁸

En *Tras la Noticia*, de *Carteles* el 26 de junio se escribe: “La mejor demostración de que en Cuba había libertad de prensa, era la publicación del periódico ‘La Calle’. Desgraciadamente, después del arresto de su director [...] y de la clausura de ese diario, habrá que decir que la libertad de prensa en Cuba es a medias”.¹⁹

Salta a la vista que se requería de valor, tanto de quien escribía como de quien decidía publicarlo, pues en ese decenio —y sobre todo a partir de 1952 y hasta el triunfo revolucionario de 1959— el país sufrió una cruenta represión. Por supuesto, no se puede perder de vista que para que la prensa, tratárase de *Bohemia*, *La Calle* u otro órgano, estuviera divulgando declaraciones opuestas al régimen, sirviendo de vehículo para la polémica entre bastistianos y moncadistas, eran precisas ciertas condiciones de “apertura”, de “tolerancia”, motivadas por lo ya expuesto.

El 7 de julio Fidel parte hacia México, antes declara en *Bohemia*: “Volveremos cuando podamos traerle a nuestro pueblo la libertad y el derecho a vivir [...] sin despotismo y sin hambre. Meses más tarde recalca: [...] el año 1956 seremos libres o seremos mártires. Esta lucha [...] terminará con el último día de la dictadura o [...] nuestro”.²⁰

Batista precisaba de una fachada. Pero cuando la alusión fue directa, primero saltó y amenazó desde sus libelos, más tarde actuó y sin benevolencia. Así se demuestra que la proclamada libertad de prensa siempre será relativa, la determinan coyunturas, intereses y propósitos. De nuevo a partir de 1957, cuando el Ejército Rebelde evidenciaba su solidez, el tirano volvería a revelar cuán vulnerable es esa libertad, al decretar una censura que, con muy breves intervalos, se mantendría hasta el fin de la guerra de liberación nacional el 1º de enero de 1959.

Durante la censura más prolongada. Los seguidores de Batista

El 1 de agosto de 1957 fue decretada otra censura; en las redacciones aparecieron los ya conocidos censores desde los asaltos a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, en julio de 1953, al suspenderse las garantías constitucionales por 90 días se mantuvo hasta el 25 de enero de 1958, pero el 16 de marzo se reinstauró, hasta el fin de la insurrección armada.

Por supuesto, especial destaque dieron a los partes del Estado Mayor del ejército batistiano sus emisores, y no escatimaron en irracionales absurdos para minimizar las proezas de los rebeldes y desacreditar a sus líderes. De forma similar a su proceder tras el desembarco del yate *Granma* en 1956, cuando propagaron que Fidel había muerto, pretendieron tapar el sol con un dedo, crear confusión, mas, como se percibirá en párrafos posteriores, por otras vías llegaba información totalmente opuesta a la población.

¡Alerta!, que desde 1949 dirigía el talentoso y polémico periodista Ramón Vasconcelos y había acogido palabras de Fidel a página entera antes del *Granma*,²¹ materializado el arribo de este, tituló el 5 de diciembre: *¡Dios los ilumine!*, en su sección de primera plana “Entre actos”, y escribió: “Los sangrientos sucesos de Oriente, lamentables para [...] el propio General Batista [...] demuestran hasta qué punto ha llegado la insensatez”. El día 8 resaltaba: “Rendición inminente. Sin recursos los rebeldes”; y el 17 de enero de 1957 se

ensaña, en *El tigre suelto*: “No se puede [...] dejar la calle [...] al imperio de la anarquía”.

Ataja denigró a los revolucionarios y calumnió burdamente la lucha contra la dictadura con descabelladas noticias como la del 13 de abril del 57 en primera plana: *Limpia de Rebeldes la Sierra Maestra*. Por los sucesos del 13 de marzo de ese año, en su página inicial Salas Amaro difamaba el contiguo día 14, en *La sangre estéril*: “pusieron en práctica un plan avieso para trastornar la normalidad y causar daño a nuestra floreciente economía [...] pagaron con sus vidas o andan ahora ocultos para evitar el castigo que tal felonía merece”.

En esa fecha el libelo también publicaba declaraciones del jefe del ejército, de la policía y de Batista. De éste último su foto, con el título *Probó su entereza* y, debajo, que estaba apesadumbrado por la persistencia de elementos antipatrióticos en convertir en mar de sangre la nación. En la columna diaria de primera plana *Cachito de Papel*, se anotaba el 15: “Consideramos injustificado un movimiento insurreccional”. Y el 23 de marzo, en *El precio de la paz*: “¿Cuál hubiera sido el destino de Cuba si en vez de ser Batista el presidente ocupara el cargo un [...] timorato?”.

De Mañana, administrado por Antonio Perdices Yubero, propiedad principal de José López Vilaboy, quien lo fundó en diciembre de 1939, se ha escrito que por su inmueble se paseaban tahúres, apuntadores y garroteros, y que era incoloro e intrascendente como sus informaciones. Seguidor de Batista, sirvió a su dueño para sus negocios.^{[22](#)}

Desvirtuaba la insurrección con los partes del Estado Mayor. El 26 de octubre de 1958, con el título *Desalojan a Rebeldes de las Minas de la Nicaro*. *Informó el General Francisco Tabernilla que el Orden ha sido restablecido*, falseaba: “los alzados se refugiaron cobardemente en las casas de las familias”. Por su lado, el 12 de noviembre, *Reporta el Ejército 244 Bajas Rebeldes en Songo*. *Informa el Estado Mayor del Ejército Fuerte Combate Librado en ese Término Oriental*. *Piden ayuda al gobierno los Vecinos*, desinformaba: “En horas de la noche del día primero del actual varios grupos de insurrectos comunistas

portando armas largas y otros implementos bélicos, atacaron el puesto de la guardia rural de alto songo e incendiaron a la vez algunas viviendas”. El 6 de diciembre destaca: *Reporta el Estado Mayor 250 Bajas Insurgentes. [...] Sobre un Combate que Duró Tres Días en la Zona de Guisa. Preséntanse Numerosos Rebeldes.*

Mas la realidad era que el ejército trasladó considerable cantidad de soldados y pertrechos de combate, en la noche del 30 de noviembre, luego de duro enfrentamiento, la guarnición abandonó el cuartel y los rebeldes ocuparon Guisa. Propinaron una contundente derrota, los soldados batistianos sufrieron alrededor de 300 bajas entre muertos y heridos, se les aniquilaron o rechazaron todos los refuerzos enviados, se les destruyeron tanques y camiones y capturaron un elevado número de armamentos.

Con la victoria de Guisa, las fuerzas rebeldes continuaron su ofensiva por la carretera central, de Jiguaní hasta Palma Soriano, y un mes más tarde entrarían en Santiago de Cuba, tras trascendentes acciones de los diferentes frentes del ejército rebelde como la toma de Maffo, dirigida por el propio Fidel, la de Yaguajay por Camilo Cienfuegos y la de Santa Clara por el Che.

Por lo que al avanzar diciembre y evidenciarse el triunfo del ejército rebelde, esas notas pasan a un pequeño espacio de la página 8, con un nuevo matiz: el 19 titula: *Numerosas las bajas de los rebeldes*, según el parte del Ejército; y el 20: *Reportan 150 Bajas Rebeldes en encuentros. También* tuvieron muertes las fuerzas del Ejército.²³ A partir del 21 silencio, roto el 30 para deslizar, tras *Ejército*: “En fuentes dignas de crédito, aunque no oficiales [...] los periodistas lograron conocer que [...] desalojaron a los rebeldes de la población de Santo Domingo y de los alrededores de la Ciudad de Santa Clara”.

La revista *Gente de la Semana* reservaba las primeras páginas a Batista y a mancillar a los revolucionarios: el 23 de noviembre de 1958 mentía: “Está probado que cada vez que chocan [...] los del M-26-7 con las tropas del Ejército, la pérdida es tan aplastante, que al otro día aparecen en los cuarteles

muchos de ellos, deponiendo las armas”. El 21 de diciembre: “Es justo [...] se recalque una y otra vez cuánto se ha hecho del 10 de marzo de 1952 a la fecha en favor de Cuba”.²⁴

Tiempo en Cuba, dirigido en esa década por el tristemente célebre Rolando Masferrer, quien descollara en el anterior decenio entre los gánsteres de la Isla y fue uno de los más odiados batistianos, jefe de la sanguinaria organización paramilitar “los “tigres”, que operaba en el oriente del país,²⁵ incitaba a la violencia y al crimen, ultrajaba a los muertos. El régimen se hundía y *Tiempo en Cuba* seguía notificando victorias imaginarias en rojos cintillos. El 30 de diciembre del 58 divagaba sobre una “violenta batida a los rebeldes”.

Mientras esos libelos adulteraban tan inescrupulosamente lo que acaecía, enlodando la profesión periodística, violando así principios internacionales de la ética en el periodismo que hacen hincapié en el derecho de las personas a la información veraz, varios medios de la prensa burguesa también reprodujeron los partes del Estado Mayor; si bien no ensalzaron a Batista y sus “hazañas”, ni le dieron el destaque de sus seguidores. Pero no todos se plegaron a la dictadura.

La gran prensa burguesa

Con la República neocolonial se reconfiguran y expanden los impresos: las novedosas técnicas y la libertad de prensa garantizada por la Constitución de 1901, respaldan la teoría informativa liberal, la libertad de expresión, empresas periodísticas modernas y el uso de la publicidad. Periódicos y revistas seguirían distintas tendencias.

En todas las provincias y municipios de Cuba se editaban decenas de publicaciones periódicas —algunas de prestigio—, pero era en La Habana donde se concentraba la llamada “gran prensa burguesa” fundadora del Bloque Cubano de Prensa que marcaba pautas y sus exponentes a veces divergían, a veces convergían y otras se sometían o no les quedaba más opción. Pero estaba

bien hecha, y con la firma de personalidades del periodismo y la cultura del país.

Bohemia, por ejemplo, de inmensa popularidad en Cuba e Hispanoamérica, fundada en 1908 por Miguel Ángel Quevedo, aunque publicó sobre los hechos del 13 de marzo de 1957: “No nos queda, en esta hora de sangre y dolor, más que repetir [...] ¡Hasta cuándo vamos a seguir matándonos unos y otros!”,²⁶ y el editorial del día 24, titulado *¡No más sangre, cubanos!* lo considera un “asalto suicida”, no propagó los partes del Estado Mayor ejército batistiano sobre la insurrección armada.

Ni lo hizo la revista *Carteles*. Durante la censura dejaron de salir las secciones “En Cuba” de *Bohemia*, y “Tras la noticia” de *Carteles*, las cuales tomaban el pulso al acontecer nacional y lo enjuiciaban, principalmente *Bohemia*.²⁷ Incluso aprovechó eficazmente los breves intervalos sin censura, como cuando en febrero de 1957 reprodujo de *The New York Times*, la entrevista a Fidel del corresponsal estadounidense Herbert Matthews y la primera foto del líder en la Sierra Maestra, prueba de que él y la revolución vivían.²⁸

El periódico *Prensa Libre* (1941-1961) tampoco divulgó los partes del Estado Mayor del ejército deformando lo que ocurría en la lucha insurreccional. Al margen de su carácter liberal, pudo influir el tener asegurados ingresos con el plan de regalos que —como a *El País*— le daba estabilidad y, por tanto, menos dependencia gubernamental. No obstante, este sí los publicó.

Entre los diarios no propiamente batistianos que se subordinaron a la dictadura en el asunto que nos ocupa estuvo *El País*. Al arribar el yate *Granma* el 2 de diciembre de 1956, tituló: *Sofocado el brote, dice el Ejército. Ordenan retirar tropas del campo de operaciones*.²⁹ Reprodujo los partes del Estado Mayor que llamaban forajidos a los rebeldes y tergiversaban la lucha, aunque minimizados en un pedacito de la primera plana;³⁰ partes que —como ya se vio al aludir al periódico *Mañana*— en los días iniciales de diciembre de 1958

mencionaban elevadas bajas de los rebeldes, hasta 250 en Guisa donde estas no llegaron a 20 y fue el ejército de la tiranía el que sufrió unas 300.³¹

A horas del triunfo, los partes seguían mintiendo, mas sin dar altas cifras de rebeldes muertos. El 27 de diciembre apuntaban, y reproducía *El País*: “dijeron los jefes militares que no es cierto que los rebeldes hayan conquistado [...] poblaciones de Las Villas”. El 30 en *Un Informe Oficial Sobre las Operaciones Militares en Santa Clara*, para no comprometerse ante la evidente situación, publica: “las fuerzas de refuerzo que salieron hacia Las Villas [...] habían desalojado a los rebeldes de la población de Santo Domingo, y los alrededores de la ciudad de Santa Clara, sin que les hubieran presentado combate”. Y el 31, que el ejército entró sin novedad en la capital de Las Villas, reforzó las fuerzas que allí combatían e hizo cientos de bajas a los rebeldes.³²

Pero, como ya se sabe, casi al anochecer del 31 de diciembre de 1958, el cuartel ubicado en las afueras de Yaguajay, en la antigua provincia de Las Villas, se rendía a los rebeldes dirigidos por el comandante Camilo Cienfuegos; la columna núm. 2 Antonio Maceo, que encabezaba, ya tenía realizadas unas cien acciones desde que saliera el 21 de agosto de El Salto, en lo recóndito de la Sierra Maestra.

Finalizaban así victoriosamente el plan de operaciones al norte de Las Villas, el combate más largo de ese territorio y uno de los más importantes de la ofensiva final del ejército rebelde, junto al de Guisa, la toma de Maffo, dirigidos por el propio Fidel, y la ocupación de Santa Clara por el Che.

En tanto rotativos como *El Crisol* continuaban repitiendo un mensaje oficial diametralmente contradictorio e irreal. También propagó los partes del Estado Mayor desvirtuando los acontecimientos, única información que salía en la prensa por la censura, mas —similar a *El País*— en un pequeño espacio al final de la página delantera, sin ningún destaque, aunque sí con bastante sistematicidad y a veces en jornadas consecutivas.³³

El 12 de noviembre de 1958 titulaba, por ejemplo, semejante a *Mañana* y otros: *Parte del Estado Mayor del Ejército. Reportan 244 bajas en Alto Songo en 3*

días de lucha. El 15 de diciembre: “en San Luis se ha librado un encuentro de gran importancia con los rebeldes en el que las fuerzas del ejército, hicieron a aquellos, entre muertos y heridos 180 bajas”. El día 31, silencio. No daba para más la obligada ceguera.

El antiquísimo *Diario de la Marina*, sobreviviente del siglo XIX, el 8 de marzo de 1957 ironizaba de los rebeldes en la Sierra: “No tienen más que dos salidas: entregarse o escapar [...] Si pueden”. El *Diario Nacional* que comenzó el jueves 26 de agosto de 1954 con Raúl Rivero Ruiz como director, al igual que *El Crisol*, constituye una fuente útil para conocer sobre el mundo judicial y carcelario. En los meses finales de la insurrección estuvo entre los medios que sacaron partes batistianos, pero en la cuarta página y sin realce, excepto el 12 de noviembre que también publicó, en la primera: *Batalla de tres días en Alto Songo. Reporta el Ejército que en el combate se produjeron 244 bajas*, y el 27 de diciembre: *Envían fuerzas a la provincia de Las Villas*.

También *Información*, en los meses finales de 1958, reproducía los mismos partes del Estado Mayor del ejército que ya se han citado aquí.³⁴ En tal sentido Ernesto Vera analizó en entrevista concedida a la autora:

[...] no creo que sacaran esos partes por estar identificados con la tiranía. Se podía tener una visión distinta y verse obligado a publicarlos. Me inclino a pensar que no les quedó más remedio. Aquella prensa, es cierto, estaba corrompida, subvencionada por el gobierno [...] pero especialmente había una tendencia favorable a las ideas revolucionarias y antibatistianas. No era blanco y negro [...]; en las redacciones había de todo, pero la inmensa mayoría de los periodistas se quedó. [...]. *Bohemia*, por ejemplo, se pudo dar el lujo de no publicar esos partes [...] un periódico pequeño que se opusiera, la pasaba muy mal. Yo lo veo así.³⁵

Así las cosas, no hubiera habido manera de saber lo que verdaderamente pasaba en Cuba si no hubiese sido por Radio Rebelde³⁶ y por la prensa clandestina, que fue capaz de suplir el vacío informativo que impuso la censura, pues tras reiterados cierres, las publicaciones revolucionarias quedaron definitivamente clausuradas como *Noticias de Hoy*, del Partido Socialista Popular.

Prensa clandestina

La lucha insurreccional, la represión y la censura batistianas condujeron a mutaciones en el sistema comunicativo de la sociedad cubana, al recrudecerse las prohibiciones y surgir alternativas clandestinas de propaganda revolucionaria.

La prensa cubana ha sido vehículo histórico de enfrentamiento político, ideológico y clasista, cual parte del devenir comunicativo en el contexto nacional. En la primera mitad del siglo XIX proliferan órganos de las distintas corrientes de la época. La guerra de los diez años determina la existencia de otros que defienden las aspiraciones independentistas. Gran importancia reviste el movimiento propagandístico en el exilio, con vista a la adhesión de los emigrados cubanos a los preparativos de la guerra necesaria, y en especial la labor periodística de José Martí.

La prensa clandestina que emergió en la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista era heredera de la fundada en la manigua y, fiel a su legado, desempeñó un papel indispensable para dar a conocer los sucesos de la Sierra, el llano y las ciudades, el heroísmo de los rebeldes y del pueblo para juzgar la realidad falseada o silenciada. Fue un instrumento de combate, cumplió la misión propagandista, agitador y organizador colectivo.

Mientras en la noche, en los hogares cubanos se esperaba con ansiedad el *¡Aquí, Radio Rebelde!* en la voz de la actriz Violeta Casal desde la Sierra Maestra, a cualquier hora de maneras insólitas, llegaban a los pobladores de la isla publicaciones clandestinas provenientes de insospechados puntos de su geografía.

En septiembre de 1958, por ejemplo, el periódico *Revolución*, del Movimiento 26 de Julio, informaba: “el Ejército [...] dio por terminada la gigantesca ofensiva contra las fuerzas revolucionarias. El rotundo fracaso [...] ha sembrado el desconcierto de las fuerzas que sustentan al tirano”.³⁷ En octubre resaltaba: *¡El Comandante Guevara en Las Villas! Avance impetuoso hacia*

el Escambray. Y el 22 de diciembre anunciaban al pueblo la caída del régimen.³⁸

Voceros del Movimiento 26 de Julio eran también *Vanguardia Obrera* y *Sierra Maestra* fundados en 1957. El 5 de agosto *Vanguardia Obrera* exhortaba “Obrero: La Revolución cubana reclama tu apoyo. [...] únete a la huelga general”. En marzo de 1958 *Sierra Maestra* destacaba: “El gobierno de Batista y su comparsa de militares y asesinos ha suspendido las garantías y establecido la censura de prensa, pero nuestra voz no ha de dejar de oírse y nuestro mensaje de aliento no ha de faltarle al pueblo”.

Sobre estos órganos, Arnol Rodríguez responsable de propaganda del Movimiento en la capital, anotó: “*lo más decisivo y trascendente ejecutado en el frente de Propaganda fue lo realizado en su forma impresa, tanto en Vanguardia Obrera, el boletín Sierra Maestra, el periódico Revolución*”.³⁹

Igualmente cumplieron una función contra la tiranía y en pos de que la verdad se abriera camino, las publicaciones *Al Combate* y *Boletín 13 de Marzo*, ambos del Directorio Revolucionario, *Resistencia* del Movimiento de Resistencia Cívica, *Alma Mater* de la Federación Estudiantil Universitaria, carta semanal del PSP, y *Mella* de la Juventud Socialista.

Al Combate, en su núm.1, año 1, de 13 de julio de 1957, en primera plana con las fotos de José A. Echeverría y Menelao Mora muertos, titulaba: *Unirse es la palabra de orden ¡Todos contra la dictadura!* Más abajo relataba los hechos del 13 de marzo.⁴⁰ Esta publicación hacía propaganda directa, emitía comunicados, partes de guerra, orientaciones específicas.

Resistencia, el 22 de marzo de 1958 anunciaba: “Dentro de dos semanas seremos héroes o mártires”. Meses después, el 10 de noviembre informa de la toma de Alto Songo el día 5, y en otra noticia se ufanaba: “La demostración cívica del 3 de noviembre ha sido más que elocuente. [...] el pueblo de Cuba y muy especial el de La Habana le dio una verdadera lección de civismo a la dictadura.”⁴¹ *Carta semanal*, sustituto de *Hoy* en cada uno de sus cierres, clamaba el 10 de diciembre de 1958: “¡abajo la tiranía!”.

Lo emitido por los frentes guerrilleros encabezados por *El Cubano Libre*, ideado por el Che, también cumplió una insustituible función. El segundo frente oriental Frank País, dirigido por el comandante Raúl Castro tenía *Surco*, la Compañía B. Pedro Soto Alba, de la Columna 19 José Tey, *Cruzada*,⁴² el Tercer Frente Oriental Mario Muñoz del comandante Juan Almeida, *El Morrillo* en la Columna 9 Antonio Guiteras.⁴³ En septiembre de 1958 *Surco* convoca a “Todos a la Lucha”, y el 20 de octubre con el título *La guerra contra Batista*, recuenta que la revolución brotó al empuje de una juventud sin porvenir y se extendió aplastando el vicio existente bajo la bota sangrienta de Batista.⁴⁴

Otros periódicos guerrilleros fueron *Patria* y *Milicianos*, impresos en la comandancia de la Columna 8 “Ciro Redondo”, en Caballete de Casa, Las Villas, al término de 1958, cuando el Che peleaba en la zona. El editorial del núm.1 de *Patria*, el 7 de diciembre titulado: *El sentido de nuestra lucha*, divulgaba que “estaban a pocos pasos del derrocamiento de la tiranía, cuando nuestras invencibles fuerzas se extienden victoriosas a todo lo largo y ancho de la República”. Mientras el editorial del primer número de *Milicianos* de diciembre de 1958, explicaba: “está destinado a orientar e informar a la masa de nuestras milicias en toda la provincia”.

Se percibe cómo, desde poco después del desembarco del *Granma* hasta el último día de la guerra el 31 de diciembre de 1958, a fuerza de iniciativas, talento y sacrificios de quienes los confeccionaron, escondieron y distribuyeron, una gran parte del pueblo de Cuba no dejó de estar informado de cuanto ocurría en llanos y montañas, pese a todo el despliegue propagandístico apócrifo de la dictadura para ocultar la realidad.

Ernesto Vera opinó que el carácter amplio de la prensa clandestina tanto para el 26 de julio como para otras organizaciones revolucionarias, la convirtió prácticamente en masiva: “no solo sirvió para dar a conocer la verdad de la lucha revolucionaria que era silenciada por la prensa establecida, por la censura,

[...] tuvo la importancia de Patria para el Partido Revolucionario Cubano, de Iskra para el Partido Comunista ruso”.⁴⁵

A modo de breves conclusiones

Tras el golpe de Estado de Batista en 1952 el país sufrió una cruenta represión que incluyó frecuentes períodos de censura de prensa. En determinados momentos la dictadura precisó de una fachada, como la de 1955, en torno a la excarcelación de los moncadistas en la que se dieron ciertas condiciones de “apertura” y de “tolerancia” que propiciaron divulgar informaciones y materiales opuestos al régimen.

Cuando la alusión fue directa la tiranía saltó y amenazó desde sus libelos, demostrando la relatividad de la “libertad de prensa”. Por lo que —como cuando el asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes en 1953— de nuevo a partir de 1957 al evidenciarse la solidez del ejército rebelde, se revela cuan vulnerable es esa libertad, al decretarse una censura que, con muy breves intervalos, se mantuvo hasta el fin de la guerra de liberación nacional el 1 de enero de 1959.

Con posterioridad al arribo del yate *Granma* en diciembre de 1956, y esencialmente en los últimos meses de la guerra de liberación nacional contra la dictadura de Fulgencio Batista, sus medios incondicionales desvirtuaron totalmente la situación reinante en el país con la reproducción de los falsos partes del Estado Mayor del ejército y otros materiales apócrifos. Por otro lado, varios integrantes de la llamada gran prensa burguesa también divulgaron esas notas, única información permitida sobre la insurrección en tiempos de censura; si bien prestigiosas publicaciones como la revista *Bohemia* se negaron a hacerlo.

Mientras los libelos batistianos alababan al tirano, justificaban sus crímenes, falseaban burdamente la lucha con los partes del Estado Mayor y algunos medios se veían obligados a reproducirlos —aunque de una manera discreta— las numerosas y diversas publicaciones clandestinas de las tres

organizaciones fundamentales participantes en la insurrección, el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario y el Partido Socialista Popular suplieron el vacío informativo dando cuentas de lo que iba sucediendo con veracidad y la mayor inmediatez posibles; y fueron más allá, al convertirse en eficaces aglutinadores, propagandistas y agitadores revolucionarios.

Fuentes

ARCHIVO

AHC Archivo Histórico de Cuba

HEMEROGRAFÍA

Al Combate, La Habana.

Alerta, La Habana.

Ataja, La Habana.

Bohemia, La Habana.

Carteles, La Habana.

De Mañana, La Habana.

Diario de la Marina, La Habana.

Diario Nacional, La Habana.

El Crisol, La Habana.

El País, La Habana.

Gente de la Semana, La Habana.

Información, La Habana.

La Calle, La Habana.

Mañana, La Habana.

Palm Garden, Estados Unidos.

Prensa Libre, La Habana.

Pueblo, La Habana.

Revolución, varios lugares.

Surco, varios lugares, especialmente Sierra Maestra.

The New York Times, Nueva York.

Tiempo en Cuba, La Habana.

BIBLIOGRAFÍA

Aladro, Mayra, Servando Valdés y Luis Rosado, *La guerra de liberación nacional en Cuba, 1956-1959*, La Habana, Casa Editora Abril, 2007.

Álvarez, Gerónimo, *Tercer Frente: a las puertas de Santiago*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1983.

Álvarez, Rolando, *Un día de abril de 1958*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1999.

Alzugaray, Carlos, *Crónica de un fracaso imperial*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2008.

Bárcena, Rolando A. y Gerardo M. Vázquez, “Bohemia-1958 (sin censura)”, *La Jiribilla de Papel. Revista de Cultura Cubana*, núms. 7-8, 2008, pp. 5-7.

Carr Parúas, Fernando, *Cosas jocosas en poesía y prosa de la vida de José Z. Tallet*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2007.

Castro, Fidel, *Fidel periodista*, La Habana, Editorial Pablo de la Torriente, 2006.

Castro, Fidel, *Por todos los caminos de la sierra. La victoria estratégica*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2010.

Cirules, Enrique, *El imperio de La Habana*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1990.

Comisión de Historia de la Columna 19 José Tey, *Columna 19 José Tey. Segundo Frente Oriental Frank País*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1982.

Cuesta, José M., *La resistencia cívica en la guerra de liberación de Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1997.

García, Edmundo, “No éramos aliados de Estados Unidos. Entrevista a Manuel Ray”, *Temas*, núm. 55, julio-septiembre, 2008, pp. 47-55.

García Rodríguez, Manuel, *Sierra maestra en la clandestinidad*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1981.

Hart, Armando, *Aldabonazo*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1997.

Hernández, Heriberto, “La Universidad: fragua del 13 de marzo”, *Debates Americanos*, núm. 3, 1997, pp. 140-145.

Hernández, Otto, Antonio Núñez Jiménez y Liliana Núñez, *Huellas del exilio. Fidel en México 1955-1956*, La Habana, Casa Editora Abril, 2007.

Herrera, José R., “A las puertas de los cuarteles. Plan estratégico del Ejército Rebelde”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, núms. 1-2, enero-junio, 2008, pp. 60-67.

Ibarra Cuesta, Jorge, *Cuba: 1898-1958. Estructura y procesos sociales*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1995.

Ibarra Cuesta, Jorge, *Sociedad de Amigos de la República, historia de una mediación 1952-1958*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2003.

Ibarra Guitart, Jorge Renato, *El fracaso de los moderados en Cuba: las alternativas reformistas de 1957 a 1958*, La Habana, Editorial Política, 2000.

Mencía, Mario, *Tiempos precursores*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986.

Mencía, Mario, “El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952” en Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres Cueva (coords.), *Memorias de la revolución*, La Habana, La Imagen Contemporánea, 2007, pp. 12-32.

Nuiry, Juan, *¡Presente!*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1988.

Pérez, Roberto, *La guerra de liberación nacional*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2006.

Sánchez, José y Margarita Canseco, *El eco de las voces. La prensa en Guantánamo de 1902 a 1962*, Guantánamo, Editorial el Mar y la Montaña, 2009.

Segre, Roberto, *Lectura crítica del entorno cubano*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1990.

Serra, Jorge Alberto, “El movimiento de resistencia cívica en La Habana” en Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres Cueva (coords.), *Memorias de la revolución*, La Habana, La Imagen Contemporánea, 2007, pp. 229-269.

Soto Acosta, Jesús, *Bibliografía prensa clandestina revolucionaria (1952-1958)*, La Habana, La Biblioteca Nacional José Martí, 1965 (Papeles de la Revolución, 1).

Tabares del Real, José A., “El 13 de marzo de 1957 y la crisis estructural de la neocolonia”, *Debates Americanos*, núm. 3, 1997, pp. 146-152.

Uralde Marilú, “Ocaso del ejército de Cuba en 1958”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, núms. 1-2, enero-junio, 2008, pp. 52-59.

Valdés, Servando, “Ofensiva final Visión batistiana”; *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, núms. 1-2, enero-junio, 2008, pp. 26-32.

¹ Batista suspendió las elecciones, las garantías constitucionales. Hart, *Aldabonazo*, 1997, pp. 26 y 29-30, escribió: “[...] *la Colina Universitaria se transformó en el centro político revolucionario más importante del país en la lucha contra la tiranía* [...]”. Véanse Nuiry, *¡Presente!*, 1988; Mencía, *Tiempos precursores*, 1986, pp. 1-118, y Mencía, “El golpe de Estado”, 2007, pp. 12-31.

² Pueden consultarse, entre otros textos: Ibarra, *Cuba: 1898-1958*, 1995, p. 183; Segre, *Lectura crítica*, 1990, p. 324, y Cirules, *El imperio de La Habana*, 1990.

³ Fundada por Jorge Mañach el 28 de abril de 1948 la integraron, entre otras personalidades, Manuel Piedra Martell, Enrique Loynaz del Castillo, Ramiro Guerra, Emeterio Santovenia y Vicentina Antuña. Véase Ibarra, *Sociedad de Amigos*, 2003.

⁴ Sobre el ataque a palacio véanse, Hernández, “La Universidad: fragua”, 1997, pp. 140-145, y Tabares, “El 13 de marzo”, 1997, pp. 146-152. En mayo ocurre la masacre de los expedicionarios del yate *Corynthia* que, dirigidos por Calixto Sánchez, desembarcan por la bahía de Cabonico, Oriente, y los persiguen tropas del sanguinario coronel Fermín Cowley. El 30 de julio Frank País, máximo dirigente de la lucha clandestina del M-26-7, cae acribillado a balazos en una calle santiaguera, junto a su compañero Raúl Pujol. El alzamiento de Cienfuegos fue aplastado, pero demostró el apoyo del pueblo y la necesidad de fortalecer todas las formas de lucha. Al Escambray llegó un primer grupo enviado por el DR para abrir un frente guerrillero, pues tras el fracaso del 13 de marzo consideró combinar la lucha en las montañas y las ciudades. Sobre estos dos últimos hechos véase Aladro, Valdés y Rosado, *La guerra de liberación*, 2007, pp. 81-85 y 98-100.

⁵ Véanse, Cuesta, *La resistencia cívica*, 1997; Serra, “El movimiento de resistencia”, 2007, pp. 231-232, y García, “No éramos”, 2008, pp. 47-55.

⁶ Véanse, Castro, *Por todos los caminos*, 2010; Valdés, “Ofensiva final”, 2008, pp. 26-32, y Herrera, “A las puertas de los cuarteles”, 2008, pp. 60-67.

⁷ “Nuestra Protesta”, *Prensa Libre*, 28 de julio de 1953, p. 1.

⁸ *Diario de la Marina*, 28 de julio de 1953, p. 1.

⁹ Lo firma el director del periódico, Sergio Carbó.

¹⁰ *Bohemia*, 27 de marzo de 1955, p. 63. La carta había sido enviada al doctor Luis Conte Agüero a su “Tribuna Libre” para que la hiciera extensiva a *otros órganos igualmente dignos, de la prensa radial y escrita*.

¹¹ Su tirada era de las más altas debido a planes de regalos, que luego instauraron otros medios. El senador Hornedo presidía la Asamblea Provincial del Partido Liberal y era dueño del Mercado Único. Sobre *El País* véase Carr, *Cosas jocosas*, 2007, pp. 277-285.

- ¹² Antonio Iraizóz, “El Gesto de Marta”, *Ataja*, 19 de marzo de 1957, p. 1, exaltaba: “una mujer buena y sencilla, siempre afanada por los que están indefensos en la vida”. Anteriormente, el periódico la alababa por ocuparse de cinco huérfanos. Véase “Buzón de Marta del Pueblo”, *Ataja*, 15 de marzo de 1957, p. 3.
- ¹³ Llodra Molina, “La Amnistía”, *Ataja*, 12 de marzo de 1955, p. 6.
- ¹⁴ Véase “No he abandonado ortodoxia”, *La Calle*, 16 de mayo de 1955, pp. 1 y 7.
- ¹⁵ Manuel Braña, “Por caminos de libertad”, *Información*, 21 de mayo de 1955, p. 1. Continúa en la p. 12, que le dedican completa.
- ¹⁶ Fidel Castro, “¡Mientes, Chaviano!”, *Bohemia*, 29 de mayo de 1955, pp. 94-95.
- ¹⁷ Octavio R. Costa, “Los Falsos Apóstoles”, *Pueblo*, 24 de mayo de 1955, y Octavio R. Costa, “Héroes Prefabricados”, *Pueblo*, 25 de mayo de 1955.
- ¹⁸ Fidel Castro, “Lo que iba a decir y me prohibieron por segunda vez”, *La Calle*, 15 de junio de 1955, pp. 1 y 6. La Resolución de Santiago Rey, ministro de Gobernación, decía: “En todas sus ediciones ataca y critica [...] a funcionarios del gobierno”. Pueden leerse los tres artículos en Castro, *Fidel periodista*, 2006, pp. 80-82, 83-85 y 86-90, respectivamente.
- ¹⁹ Antonio Llano Montes, “Tras la noticia”, *Carteles*, 22 de junio de 1955, p. 40.
- ²⁰ Rodolfo Rodríguez, “Encuestas”, *Bohemia*, 10 de julio de 1955, pp. 62-65, y Vicente Cubillas Jr., “Mitin opositorista en Nueva York”, *Bohemia*, 6 de noviembre de 1955, pp. 60 y 82. “Reseña el acto ante 800 cubanos”, *Palm Garden*, 30 de octubre de 1955, inicio del viaje a Estados Unidos.
- ²¹ Si en el plazo de dos semanas [...] no hay solución nacional, el Movimiento 26 de Julio quedará en libertad de iniciar [...] la lucha revolucionaria como única fórmula [...], había expresado Fidel. Véase, *¡Alerta!*, 5 de diciembre de 1949, y *Ataja*, 13 de abril de 1957.
- ²² Beneficiario y testaferro de Batista como con *Cubana de Aviación, S.A.*, le hacía publicidad en sus páginas, y sacaba estas informaciones en primera plana: “Cubana la mejor ruta Nueva York, México y Madrid”, *De Mañana*, 7 de diciembre de 1958; “Cubana: un orgullo de Cuba en los cielos del mundo y Convenio de vuelos”, *De Mañana*, 12 de diciembre de 1958, y “Lo firmaron Cubana de Aviación y la Empresa Iberia”, *De Mañana*, 1 de diciembre de 1958.
- ²³ Énfasis propio.
- ²⁴ “La verdad tras la propaganda”, *Gente de la semana*, 23 de noviembre de 1958, y “Trabajando para el futuro”, *Gente de la semana*, 10 de marzo de 1952, p. 7.
- ²⁵ Autotitulado *Semanario Independiente de Información Nacional e Internacional*, dirigió *Tiempo* en sus comienzos el doctor Ramón Miyar de la Universidad de La Habana, quien queda como presidente al asumir la dirección Masferrer, que pasó de posiciones progresistas a extrema derecha, y lo “consagró” Batista. En La Habana imponía el terror el coronel Esteban Ventura, y los “tigres” en Oriente. Vestían uniforme y portaban armas; saqueaban, secuestraban. Mientras sus pandillas desangraban Manzanillo, la prensa capitalina anunciaba que *el Senador Rolando Masferrer había almorzado con el señor Presidente*.
- ²⁶ “Aclaración a nuestros lectores”, *Bohemia*, 13 de marzo de 1957, p. 78.
- ²⁷ Véase Bárcena y Vázquez, “*Bohemia-1958*”, 2008, pp. 5-7.

²⁸ Herbet Matthews, “En la Sierra Maestra. Famoso corresponsal americano entrevista a Fidel Castro”, *Bohemia*, 3 de marzo, Suplemento 2-4, pp. 67-69. En el sumario decía: Bohemia “considera un deber ineludible publicar este reportaje”.

²⁹ Sobre el *Granma* véase, Pedro Álvarez Tabío y Otto Hernández, “Diario de la guerra. Primera parte. Rumbo a la salida del sol”, suplemento de *Granma*, 18 de diciembre de 1986, y Hernández, Núñez y Núñez, *Huellas del exilio*, 2007.

³⁰ Véase “Partes Oficiales del Estado Mayor”, *El País*, 12, 5, 6, 8, 9, 15, y 17-20 de diciembre de 1958.

³¹ Véase Aladro, Valdés y Rosado, *La guerra de liberación*, 2007, p. 198.

³² “Importante reunión con los jefes militares”, *El País*, 27 de diciembre de 1958, pp. 1, 3 y 8, “Un Informe Oficial Sobre las Operaciones Militares en Santa Clara”, *El País*, 30 de diciembre de 1958, pp. 1 y 3; y “Partes Oficiales del Estado Mayor”, *El País*, 31 de diciembre de 1958, pp. 1 y 11, respectivamente.

³³ “Partes del Estado Mayor del Ejército”, *El Crisol*, 7, 8, 24 y 28 de octubre, 12, 13, 19, 20, 21, 22, 25 y 28 de noviembre, 3, 5, 8, 9, 15, 17, 19, 20, 22, 29; y 30 de diciembre de 1958.

³⁴ El parte del 12 de noviembre lo titulaba: *Encuentros en Alto Songo, La Maya y El Cristo. Reportan 245 baja*. El 6 de diciembre: *Parte del Estado Mayor. Combate de 3 días hubo en Guisa y otras zonas. Más de 256 bajas*. El 7: *Nuevos encuentros en Las Villas y Oriente. Más de 100 bajas*. El 14: *Reportan combate en San Luis... 180 bajas. Muertos y presos al tratar de volar un puente*.

³⁵ Entrevista a Ernesto Vera, realizada por Ada Ivette Villaescusa Padrón, La Habana, febrero de 2010. Ernesto Vera, Premio Nacional de Periodismo José Martí, fue presidente de Honor de la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP). Comenzó su bregar periodístico en *Aldabonazo*, órgano clandestino del Movimiento 26 de Julio que en 1956 cambió el nombre por *Revolución*. Tras el triunfo revolucionario siguió allí hasta que pasó a dirigir *La Calle*. Años más tarde fue vicedirector del periódico *Granma* y secretario general de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC) desde 1966 hasta 1986, cuando pasa a presidir la FELAP. Murió el 10 de enero de 2016.

³⁶ Castro, *Por todos los caminos*, 2010, pp. 357-358, relata: “Casi a diario Radio Rebelde transmitía un parte de guerra, muchas veces redactado por mí, acerca del desarrollo y los resultados de las acciones combativas”.

³⁷ “Mes del Soldado Rebelde”, *Revolución*, 19 de septiembre 1958, núm. 17, p. 1. *Revolución* aclaraba que era “Impreso en algún lugar de Cuba”, pues con no poca frecuencia debían variar el sitio de edición por las persecuciones. Acerca de la ofensiva del ejército batistiano, consultar Pérez, *Guerra Liberación*, 2006, pp. 70-88, y Uralde, “Ocaso del ejército”, 2008, pp. 52-59.

³⁸ “La Revolución del pueblo”, 22 de diciembre de 1958, p. 1. Para la ofensiva final del ejército rebelde véase “Discurso del Comandante en Jefe en el acto por el XL aniversario de la Revolución”, *Granma*, 2 de enero de 1999, pp. 3-4, y Comisión, *Columna 19*, 1982, pp. 339-390 y 391-402, y Castro, *Por todos los caminos*, 2010.

³⁹ Álvarez, *Un día de abril*, 1999, p. 11, más datos en las pp. 14 y 32-34. El editorial de *Vanguardia Obrera* en febrero de 1957 con el título *La Reforma Agraria* explicaba la injusta posesión de tierras en Cuba. *Sierra Maestra* estuvo antecedido por *Boletín Informativo* —idea de Frank País— y *Últimas*

Noticias. Soto, *Bibliografía prensa*, 1965, pp. 74 y 78, consigna impresiones de *Sierra Maestra* en Pinar del Río, La Habana, Matanzas, Las Villas, Camagüey, Santiago de Cuba, Miami y Nueva York. Véase también García, *Sierra maestra*, 1981. Estos periódicos se conservan en el Archivo Histórico de Cuba (AHC), Fondo 1, Primer Partido Marxista Leninista M-26-7 y otros.

⁴⁰ “Directorio Revolucionario pueblo”, *Al Combate*, 1958, pp. 1-3. Pilar Lamadrid, “El más grande crimen de Batista”, *Al Combate*, 13 de julio de 1957, anotaba: “Es nuestra responsabilidad enjuiciar a Batista y [...] sus secuaces espurios, como a criminales”. Se editó en Cuba, Miami y Nueva York.

⁴¹ “Después del 5 de abril Cuba será libre”, “Noticias de los frentes”, y “¡Viva La Habana! ¡La Habana está ya en pie de guerra!” , *Resistencia*, 22 de marzo y 10 de noviembre de 1958, respectivamente. Se refiere este a la farsa electoral. Véanse Ibarra, *El fracaso de los moderados*, 2000, pp. 293-321, y Alzugaray, *Crónica de un fracaso*, 2008, pp. 97-123 y 146-167..

⁴² Véase, Sánchez y Canseco, *El eco de las voces*, 2009, pp. 83-84.

⁴³ El Tercer Frente fundado en marzo de 1958 cuando la Columna 3 Santiago de Cuba se acercó a San Lorenzo, también tenía estación radial. *El Morrillo* se hacía próximo a su Comandancia en Mata Yegua. Véase, Álvarez, *Tercer Frente*, 1983, p. 284. La Columna 9 y la 10 Ramos Latour operaban en los alrededores de Santiago.

⁴⁴ *Surco*, septiembre de 1958, p. 2, y octubre de 1958, p. 1. Lo dirigía Jorge Serguera. También se escribía sobre la necesidad de la reforma agraria.

⁴⁵ En entrevista citada.

La crisis de octubre de 1962. La visión desde los soldados y milicianos cubanos

Oscar Larralde Otero

La crisis de octubre, de los misiles, de los cohetes o del Caribe de 1962, designación usada indistintamente según sus participantes o autores de literatura contentiva de esta contienda, levantó en pie de guerra a toda Cuba, Estados Unidos, la antigua URSS y otras partes del mundo. De modo que los hechos que se relatan pudieron haber ocurrido también en otros pequeños poblados y ciudades de Cuba. No obstante, en la región norte de la provincia de Holguín, precisamente en la zona de la Anita, Banes, muy cercana al municipio y a la localidad de Antilla que nos ocupa, fue donde ocurrió la única acción de guerra durante toda la crisis: el derribo de un avión de espionaje U-2 de la fuerza aérea de Estados Unidos, por una batería de cohetes tierra aire, de la unidad antiaérea soviética, dislocada en esa región.

Toda esta situación bélica tratada muy especialmente como mi testimonio, y el de otros participantes directos en los acontecimientos de la movilización y el atrincheramiento, de los meses de octubre y noviembre, hasta el desenlace final de la crisis, con matices propios de lo ocurrido en el ámbito local y su carga de valores familiares y ciudadanos, comunicados de forma natural y sencilla dan el contenido principal a este trabajo.

En 1962, se comenzó a organizar nuestro batallón de combate de tiempo de guerra (TG), al igual que el resto de su tipo, a lo largo y ancho de nuestro país, subordinado a la división 56; denominado así, por solo contar con las fuerzas permanentes de su estructura de mando y ser completado con personal

de la reserva. Con su ubicación permanente y de combate en la histórica península del Ramón, en el municipio de Antilla, en la entonces provincia de Oriente. Nuestra unidad era heredera de las tradiciones combativas del Batallón 113 siendo su jefe fundador Florentino Requena Carballosa (*Tello*) —fallecido—, y estaba integrado por algunos antillanos que en los años 1960-1961 enfrentaron y eliminaron, junto a otros batallones de milicianos, unidades de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y de los Órganos de la Seguridad del Ministerio del Interior, a las bandas de alzados en la Sierra del Escambray, en la antigua provincia de Las Villas.

En el plano internacional, en mayo de 1962, una delegación militar de la URSS evaluó en Cuba las posibilidades de emplazar cohetes de alcance medio e intermedio R-12, R-14 y sus 36 ojivas nucleares, con un alcance de 1 400 y 2 800 millas respectivamente. En lo esencial, consistía en el traslado y dislocación, entre los meses de julio a octubre, de una agrupación de tropas (Operación Anadir),¹ subordinadas al gobierno y las Fuerzas Armadas Soviéticas, con la cooperación de las FAR, para la defensa de nuestro territorio nacional. En el acuerdo se establecía claramente el respeto a la soberanía de Cuba.

El 26 de agosto, el comandante Ernesto *Ché* Guevara visitó la URSS para tratar algunas enmiendas y aclaraciones de Fidel al proyecto de acuerdo de defensa Cuba- URSS e insistir en la necesidad de su inmediata publicación en plena correspondencia con los tratados internacionales. Las partes solo iniciaron el documento y los soviéticos insistieron en la idea del traslado de los medios de forma secreta.

Finalmente toda la operación de traslado y dislocación de la técnica de combate y las fuerzas de la Agrupación de Tropas Soviéticas (ATS)², se realizó en secreto y con medidas de enmascaramiento y desinformación; estos movimientos se hicieron visibles en la inmensa bahía de bolsa de Nipe y con mucha intensidad en los puertos de Antilla y Nicaro, en la provincia oriental del país; donde fueron desembarcados los grupos de cohetes antiaéreos y otros

tipos de armamentos y su traslado por carreteras y vías férreas. También en el puerto de Antilla hubo incremento, no solo de buques con mercancías de todo tipo, sino con técnica y tropas soviéticas.

Un mes más tarde, comenzaron a ser frecuentes los vuelos rasantes de aviones F-86 y F-100, de los más modernos hasta ese entonces, del poderío militar norteamericano, en constante actividad de reconocimiento de la bahía de Nipe y los puertos de Antilla y Nicaro. Evidentemente estaban interesados en verificar el arribo, desembarque e instalación de la técnica militar, las tropas y su carácter convencional o estratégico (cohetes con capacidad de trasladar ojivas nucleares).

El 22 de octubre, antes de que hablara el presidente Kennedy, la dirección de la revolución cubana determinó la movilización general de 300 mil combatientes cubanos. Se iniciaba la denominada crisis del Caribe, de octubre o de los misiles.

Antilla: 1959-1962. La crisis desde un poblado cubano

Con el triunfo de la Revolución, a partir de 1960, cuando se inicia la entrada de barcos mercantes de bandera soviética y otros países del campo socialista, y se hizo cotidiana la presencia de “los rusos”, así llamados por la población. Algunos vecinos del poblado de Antillas entre estos dos de oficio panadero y farmacéutico, que establecieron relaciones sociales amistosas intercambiaron con ellos sus conocimientos y ayuda fraternal.³

Víctor Morell Maza recuerda:

Cuando la base de cohetes se instaló en Banes, vino un soviético para enseñarme cómo hacerles el pan (negro) para ellos, estuve practicando durante cuatro días y luego continuaron con mi entrenamiento en un barco de esa nacionalidad. En esos días se celebró el 45 aniversario de la URSS y nosotros les hicimos un pastel grande y dulces finos; nos entendíamos usando un diccionario ruso-español.

Por su parte José Lazo Galbán dice:

Mucho antes de la crisis de octubre, ya estaban llegando al puerto de Antilla barcos soviéticos con víveres y otros productos, los militares rusos del campamento de Banes, visitaban la farmacia, donde yo trabajaba, ya que le vendíamos alcohol natural para el mantenimiento de su técnica de combate y tomar, esto me facilitó conocer una parte de las dotaciones de las piezas que dispararon los misiles. Muy pocos de ellos hablaban el español, pero siempre nos entendíamos.

Nuestro batallón de combate formaba parte de la estructura de la división 56, y cuyo estado mayor se ubicaba en una casa que había pertenecido a la *United Fruit Company*, en el barrio Los Pinos, en el municipio de Antilla. El completamiento de la plantilla se realizaba con milicianos, trabajadores del puerto, vinculados a la producción y de la zona de Pílon, Antillita, Cortaderas, Deleyte y otros poblados del municipio. Para la fecha se incrementaron las reuniones de carácter militar para su organización y preparación. Las principales actividades se desarrollaban en la instalación del Ejército Rebelde, en una casa de campaña aledaña, estas eran más intensas los sábados y domingos; también se realizaban las guardias nocturnas.

La composición orgánica del batallón era: tres compañías de infantería, una compañía de ametralladora pesada, un pelotón de exploración, un pelotón de zapadores, un pelotón de servicios, un pelotón de comunicaciones, un puesto médico; tenía agregados una batería de cañones antitanques de 57 mm y una batería de artillería antiaérea (AAA) 14.5 mm, para un total aproximado de unos 500 hombres; entre estos, algunos ya tenían la experiencia de la lucha contra bandidos en la Sierra del Escambray, su fidelidad a la Revolución y el empeño en las tareas de la defensa, de ahí su puntualidad en las entradas y realización de las guardias, clases de preparación combativa y otras actividades, siempre fuera de los horarios laborales y estudiantiles, todas estas condiciones influían en la participación masiva y entusiasta.

Esta unidad combativa la integraban personas de variada composición: los negros Antonio Texidor Valiente (*Tony*) y Tomas Mackenzie Hodge (*Lagrimita*), el primero, trabajador ferroviario que en 1963 ya era militante del Partido; el segundo, “pichón jamaicano”, sin sueños, sin futuro, siempre descalzo y sin camisa, trabajaba en la pescadería aledaña a la estación de

ferrocarril, Ramón Cabreja Suarez (*Cabrejita*), trabajador del puerto, hombre honesto, quien en 1963 fue elegido primer secretario del Partido en Antilla; Heriberto Arcaya Ramírez (*Pipe*), chofer-mecánico, con su experiencia del Escambray y siempre dispuesto a cumplir las misiones con entusiasmo, lo que impregnaba a su compañía; Adonis Navarro Navarro, intelectual, atento a enseñar con su buena expresión oral y ejemplo; Gustavo Paumier Pileta (*el Cojo*), que se ganaba la vida en un kiosco de expendio de alimentos y, en los carnavales, él y sus hijos se vestían de osos y así ganaban algo, muy humilde y tratable.

Sabíamos que nuestra zona de defensa estaría en la histórica península del Ramón, donde radicaba la plana mayor, la estructura y fuerzas permanentes de nuestro batallón en tiempo de paz. Los acontecimientos se fueron sucediendo muy rápidamente y nunca antes visitamos las playas en nuestra preparación, ni se acondicionó debidamente este futuro teatro de operaciones militares, para enfrentar el desembarco naval y aerotransportado clásico del enemigo, en la historia de agresiones de las Fuerzas Armadas estadounidense.

Los planes de aviso se precisaban, preparábamos las mochilas con lo necesario para la vida en campaña: hamaca, cantimplora, en mi caso una bayoneta, todo esto muy útil, ya tenía la experiencia de haberlas usado subiendo el pico Real del Turquino en la Sierra Maestra en el año 1961. También mis padres, hermana y otros familiares se preocupaban por completar la mochila con cubiertos, hilo, botones, alguna lata de conserva y otros artículos necesarios; nuestras madres, orgullosas, volvieron a ser émulas de Mariana Grajales Coello, madre de los Maceos, cuando ante la muerte en combate de uno de sus hijos expresó al más pequeño: “y tú “empínate y anda”.

El sargento Tomás Chirino Marrero y el segundo jefe Ricardo Naranjo Batista, ambos al frente de nuestro batallón, junto a Nelson Menéndez, jefe de plana mayor y demás integrantes, se esmeraban en darnos la preparación y capacidad combativa necesaria. Se destacaban por su trabajo diario en las actividades de la defensa, unidas a las laborales en sus centros de trabajo. Con

mucha dedicación, esfuerzo y sudor, al cabo de un tiempo, se había alcanzado la elemental organización, preparación y la permanente disposición para enfrentar al amenazante enemigo. Una vez más la juventud de Antilla, acompañada por los más veteranos y experimentados, jugaba su papel de vanguardia.

Durante los meses de agosto y septiembre en la Empresa Portuaria y Consignataria de Buques de Antilla, que atendía el puerto de Nicaro, se podía apreciar el incremento de arribos de buques mercantes soviéticos y la agilidad para brindarles los muelles a los atracados en el espigón, por las prioridades de estos desembarques que, con mucha discreción y, en ocasiones, en horarios nocturnos trasladaban equipos militares usando carreteras y vías férreas, además de un inusual movimiento de su personal. Comenzó así una relación de trabajo de jefes y soldados soviéticos con los trabajadores portuarios y otros cubanos, caracterizada por la simpatía mutua y cooperación.

En el mes de septiembre, encontrándome en el poblado de Bijarú, en actividades del frente obrero-campesino de la organización juvenil de la época conocida como Asociación de Jóvenes Rebeldes (AJR), pude observar el paso por la carretera rumbo a Banes de una caravana de rastras con sus grandes remolques cubiertos con lonas que no permitían definir su carga, pero que todos suponíamos que eran cohetes, sin saber sus tipos. Los datos históricos recogen que el grupo de La Anita, Banes, fue uno de los primeros, de los 24 grupos que se instalaron en todo el país, los cuales contaban con 144 rampas de lanzamientos de cohetes SA-75 (Divina)⁴ (véanse fotos 1 y 2). Este grupo y el resto, subordinado a la jefatura de la división antiaérea ubicada en la provincia de Camagüey, entraron por el puerto de Nicaro, que fue seleccionado junto a otros diez, por la profundidad de su canal de entrada a las bahías de Levisa y Cabonico, con muelles en lugares más reservados y con las posibilidades que tenía la potente grúa utilizada para el izaje de níquel y carbón.

Sobre estos ataques de buques expresa el trabajador portuario Mario Herrera Carballosa:

En el mes de agosto, encontrándome en el puerto de Nicaro, cuando estaba atendiendo un barco de carbón, que venía de Vietnam con tripulación chipriota y griega, llegó un oficial de las FAR para coordinar el ataque del buque soviético Almetievsk con carga militar; en coordinación con el sindicato logramos adelantar la salida de aquel barco y por la tarde entró el soviético; después conocimos que traía armas, las cuales se descargaron usando la grúa del muelle y las grúas y güinches del propio barco, con el empleo de los obreros portuarios, güincheros y amanteros: Tomás Sauregnés Noa, Marcos James, Julio Fonseca, Agustín Reynosa Liranza, Juvenal Reynosa Liranza, Olegario Lobaina.

FOTO 1



Recibimiento batallón de combate. Fuente: anónima.

FOTO 2



Fusil Ametralladora PPCH. Fuente: archivo personal del autor.

Toda esta carga militar, salió del puerto de Nicaro por ferrocarril. Recuerdo que el operador güincherero se nombraba Cruz Reynosa Liranza; para esa fecha observé en la cafetería El Baturro de Antilla una propaganda en un cartel, que exhibía dos cohetes apuntando al cielo, con el texto: “si nos atacan, apretamos los botones”, cogí, y, en el borde inferior, le puse en inglés: “espero que estos cohetes le caigan en la cabeza a Kennedy”.

La división de defensa antiaérea soviética, ubicada en el municipio de Camagüey, tenía bajo su mando, entre otros del regimiento de cohetes, ubicado en Potosí, entonces municipio de Las Tunas, al que se subordinaban a los grupos de combate ubicados en Nuevitas, Camagüey, Chaparra y La Anita, todos ellos tenían alcance de 34 kilómetros y una altura efectiva de hasta 27 kilómetros.

Una noche del mes de agosto, pasadas las 21:00 horas, muchos antillanos observamos el tránsito desde el puerto, pasando por la ciudad y saliendo de Antilla, de los camiones Zil-157 KV, con lonas verde olivo y con hombres, a todas luces soviéticos, vestidos de civil, y con un comportamiento muy disciplinado; habían arribado en dos buques mercantes que atracaron en el nuevo espigón, de 270 metros de largo, que incluye el llamado muelle de costa, para buques con desplazamiento de hasta 12 000 toneladas, por su calado de 24 pies. Los mirábamos con discreción, pero todos estábamos alegres por vivir en la práctica la solidaridad que en la prensa expresaban los dirigentes y el pueblo soviéticos, ante las amenazas y agresiones crecientes de Estados Unidos hacia Cuba.

Algunos entrevistados como Antonio Texidor Valiente (*Tony*) refieren: “Cuando el desembarco de las tropas soviéticas por el muelle de Antilla, me tocó cuidar los alrededores de este; estaba organizado en un grupo de guarda fronteras y de apoyo al Departamento de Seguridad del Estado”.

Asimismo, Agustín Chong Legrá afirma:

Participé en la vigilancia y seguridad que se realizó cuando en Antilla desembarcaron tropas soviéticas, en mi caso, me asignaron cuidar frente al sindicato del puerto (al lado de la tienda de los Vega), mi misión era observar el movimiento de noche en esta zona e informar de inmediato cualquier anomalía; esta tarea la realicé junto a Tony Valiente, *Lalo* Thope, *Pepito* Durán y Urquiza.

En tanto que Jacobo Leyva Leyva:

En octubre de 1962 pertenecía a la Seguridad del Estado, era su jefe, Betancourt (*Patuey*) y de conjunto con Agustín Chong, Nereida Chong Legrá y Aleida Durán, cuando el desembarco de tropas soviéticas, teníamos distribuido el personal por la ruta por la que pasaban los camiones; era tan secreto que en ese momento no sabíamos lo que transportaban.

Entramos en el mes de octubre con esta complicadísima situación, cuyo comportamiento en las próximas semanas provocaría cambios en las relaciones internacionales, en las que Cuba, nuestro pequeño país marcaría pautas de dignidad e hidalguía.

Alerta y alarma de combate. Octubre de 1962

En los primeros días de octubre, los antillanos comenzamos a escuchar ruidos de aviones que volaban a grandes alturas y pasamos por la impotencia de observar, con no menos extrañeza, los pases rasantes, a alturas de 100-200 metros, a gran velocidad, de aviones de reconocimiento y de combate F-86, RF-100, los más modernos, pertenecientes a la fuerza aérea de Estados Unidos por sus siglas en inglés. Lo hacían sobre todo por el paseo José Martí, simbolizado por su estatua de frente a la salida del sol, como para humillarlo; luego tomaban altura sobre las instalaciones del puerto, exhibiendo su fuselaje de aluminio brillante, sus matrículas y símbolos, y hasta se podía apreciar las figuras y cascos de sus pilotos.

Recuerdo a jóvenes, extrañados e indignados por aquellos inusitados acontecimientos, lamentar la falta de armas que hubieran utilizado para ponerle coto a esa situación, disparando sobre ellos. En aquellos días y noches esperamos deseosos, alguna situación real provocada por estas agresiones para comprobar la disposición combativa de nuestro batallón.

El 4 de octubre el Congreso de Estados Unidos aprobó una Resolución Conjunta que constituía una declaración de guerra; en ella expresaban que impedirían por cualquier medio, incluso las armas, las supuestas actividades subversivas de Cuba y así cortar el aumento de la capacidad militar cubana; es decir, utilizaba las mismas felonías del peligro a su seguridad nacional y definía el uso de la Organización de Estados Americanos (OEA) contra nuestro país. Sin embargo, la Operación Anádir continuaba con la llegada a Cuba del completamiento de los cohetes R-12, y navegaban los barcos con los R-14 y su cobertura de submarinos, que arribarían en la segunda quincena del propio mes.

El 10 de octubre, el ministro de las FAR, comandante Raúl Castro, había firmado la Directiva núm. 1 para asegurar el despliegue estratégico de las tropas en caso de agresión. Formulaba las misiones combativas para cada Ejército y Tipo de Fuerzas Armadas, con el objetivo de rechazar los desembarcos

marítimos y aerotransportados. En una de sus variantes establecía el orden combativo escalonado y definía que la defensa del litoral se efectuaría desde posiciones preparadas y fortificadas por las divisiones de tiempo de guerra, como era la misión de la nuestra y del propio batallón, en las orillas, dunas de las playas y profundidad de nuestras costas, a ambos lados de la boca de acceso a la bahía de Nipe.

La situación militar y política en el área del Caribe se tornaba cada vez más peligrosa, en esta zona se concentraban fuerzas y medios norteamericanos de diferentes tipos, supuestamente en ejercicios y, preparaban una tarea de desembarco entre los días 15 y 30 de octubre. También se apreciaba el incremento de movimientos de divisiones de infantería y tanques desde Texas hacia la Florida, en su mismo territorio. El domingo 21 se reforzaba la ocupada ilegalmente Base Naval de Guantánamo y se preveía la evacuación del personal no militar de dicha instalación. Se anunciaba para el próximo día 22 el discurso del presidente Kennedy.

En nuestro acontecer militar, este domingo durante la mañana, habíamos estado trabajando en el cuartel del Ejército Rebelde, conocido por la tenencia, cuyo jefe era el teniente Enrique Interián Domínguez —fallecido—, en uno de los locales y la casa de campaña aledaña, que ocupaba el batallón, preparando, junto al jefe de Compañía 2 Arcaya, la documentación relacionada con la localización y el plan de aviso de sus integrantes.

Cumplía así mis funciones como escribiente del batallón; terminada esta actividad sobre las 12:30 horas, nos retiramos, con la indicación de estar localizables. Las noticias que nos habían llegado confirmaban la tensión que vivía el país y, por otro lado, se iniciaba el mal estado del tiempo, con mucha lluvia, que nos acompañaría durante todos los días por venir, de aquella segunda quincena del mes de octubre.

Fidel consideró que el discurso del día 22 de octubre del presidente de Estados Unidos estaría relacionado con nuestra patria y con el descubrimiento de la instalación de los cohetes soviéticos; por tal motivo ordenó decretar para

las 15:50 horas la Alerta a las FAR y a las 17:35 horas, el estado de Alarma de Combate para todo el país, antes de que hablara el presidente Kennedy. En la mañana del 22, los jefes del batallón comprobaron la ubicación por los lugares de residencia de nuestras fuerzas; sobre las 17:00 horas, nos dieron a conocer la situación de Alerta decretada a la división 56. A las 18:30 horas, estando en mi casa de regreso del trabajo, me aplicaron el plan de aviso y la comunicación de que habíamos pasado a la situación de Alarma de Combate.

Para Cuba, su pueblo, nuestras Fuerzas Armadas, la división 56 y nuestro batallón de combate no fue una sorpresa, se apreciaba, después de la derrota de los mercenarios desembarcados por Playa Girón, que el adversario no tendría otra opción en el plano militar, que usar sus fuerzas armadas en una agresión directa. Con todo lo necesario para un soldado, según mi consideración y la de mi familia, después de la despedida, llena de recomendaciones y cariños de mis padres y hermana, especialmente de mi madre, me presenté en la plana mayor del batallón, que radicaba en el antiguo cuartel del Ejército Rebelde.

Recuerdo haber trabajado en alguna documentación muy elemental en cuanto a la presentación, los plazos y algunos partes, sobre las fuerzas, su completamiento y la logística. Allí llegaban con disposición y sobriedad hombres de distintas edades, dispuestos a defender la continuidad de la obra de sus antepasados y no permitir el ultraje. Extenso sería narrar las bromas y apodos usados entre estos hombres que, a partir de ese instante, enfrentarían junto a todo nuestro pueblo el posible uso por el gobierno norteamericano, una vez más, del arma nuclear, ya empleada injustificada y criminalmente en Hiroshima y Nagasaki. Al respecto refieren los entrevistados:

Mario Herrera Carballosa:

El día 22 de octubre de 1962, me avisan que había movilización y en los camiones de las cerveceras Polar y Hatuey, nos llevaron para Bahiíta, lugar conocido como la Lechería de Saco; recuerdo que nos dieron de comida arroz blanco, ovejón enlatado y vianda. En Bahiíta, el 23 de octubre, nos entregaron las armas del tipo fusil ametralladora (ППШ) soviéticas, que tenían mucha grasa para su conservación, además ametralladoras ДР, de disco, una de ellas la cogió Agustín Chong. Ese mismo día por la tarde nos trasladaron para el lugar conocido como la Chiva y llegamos al taller de

mecanización del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), allí radicó la plana mayor del batallón.

Antonio Texidor Valiente (*Tony*):

Integré la Compañía 2, su jefe era Arcaya y el jefe de batallón Chirino, fuimos movilizados hacia la finca Bahiíta, donde nos entregaron el armamento, en mi caso, una DP soviética; recuerdo que nos trasladaron para la playa el Baracutey, hacíamos recorridos por toda la playa hasta cerca del central Macabí, veíamos pasar los aviones americanos en vuelos rasantes hacia el puerto de Antilla.

Severo Leyva Ferralls (*Malanguita*):

Estuve movilizado en la zona El Ramón, como ayudante en una batería de antiaéreas 4 bocas, que operaban unos movilizados de San Luis, Santiago de Cuba. Allí vimos vuelos rasantes de aviones americanos hacia Antilla, nosotros eufóricos le decíamos a los muchachos artilleros que le dispararan; pero tenían órdenes de sus jefes que no se lo permitían.

Agustín Chong Legrá:

Me movilizaron una tarde por estar Cuba amenazada de invasión, en el cuartel de Antilla formaron las compañías del batallón y nos trasladaron para Bahiíta; como trabajador de salud pública me designaron para un grupo de sanitarios, pero, al amanecer nos entregaron las armas, en mi caso una ametralladora DP soviética con mucha grasa de conservación. El jefe de compañía y el político Adolfito indicaron que me dejaran la ametralladora que iba a ser más útil y que buscaran otro sanitario. La compañía cubrió un área de las playas Baracutey y la Caimana. El jefe de pelotón era Ramón Cabreja Suárez.

Ortelio Rodríguez Pérez:

Estaba designado como jefe de grupo de sanitarios del batallón, recibí la orden de movilización por el enlace, que me comunicó que fuera preparado con la mochila, nos concentraron en el cuartel de Antilla la noche del 22 de octubre. De aquí salimos para la Plana Mayor y, allí dormimos hasta el otro día cuando nos entregaron las armas de combate que estaban en conservación. De allí salimos para la península del Ramón, junto a otros compañeros me quedé en la plana mayor del batallón y periódicamente recorrí las demás unidades.

Carlos López Monje:

Pertenecí a la compañía 2, tenía como jefe a *Pipe* Arcaya y como político Adonis Palomares, yo era jefe de escuadra de ametralladoras, entre los integrantes Agustín Chong, *Malanguita* y Jorge Sabó. Salimos de Antilla para Bahiíta y allí dormimos, al otro día nos dieron las armas y tuvimos que quitarle la grasa de conservación, de aquí nos trasladaron para la Playa Baracutey, en esa madrugada

había fondeado un barco soviético esperando práctico para entrar en el puerto. Llovía mucho y nuestra escuadra siempre estaba en movimiento.

Daniel Domínguez Febres:

Pertenecía a la compañía 2; salimos de Antilla para Bahiíta, ahí dormimos; al otro día nos dieron las armas, las cuales limpiamos de su grasa de preservación y, al día siguiente nos trasladaron para la Chiva, en la península del Ramón; estaban en mi compañía Fernando Igarza (*Tite*), que era el cocinero, Crescencio Jiménez y recuerdo a un lechero que le decían *Ganga*, jamaiquino [*sic*], este dejó la lechería y se incorporó en las tropas ubicadas en la playa Baracutey.

Al lugar de concentración, designado el propio cuartel del Ejército Rebelde, comenzó a llegar y organizarse el transporte: 3 o 4 camiones que provenían de la economía antillana, privada y estatal, aunque primaban los propietarios privados, cedidos por sus dueños; recuerdo los camiones de la sucursal de las cervezas Cristal y Hatuey, el de Manolo Campo, entre otros. Su misión era transportar al personal del batallón para la ocupación de su región de operaciones y para los aseguramientos. A las 21:00 horas, se impartió la orden de ocupar por escuadras, pelotones y compañías, los camiones designados y de inmediato en columna, con el jefe del batallón, sargento Tomás Chirino Marrero, al frente en un *jeep*, partimos por la carretera de Antilla a la península del Ramón.

Pasamos junto al cementerio, ahí descansan nuestros ancestros, a los hombres y las mujeres de nuestra generación les tocaba ahora seguir sus ejemplos; tomamos el terraplén, en aquella época en bastante buen estado, frente a nosotros las fincas de los López, los Falcones, dejamos por la izquierda el camino de las lomas de El Júcaro, cuyas costas pertenecientes al municipio de Banes fueron testigo del desembarco de la expedición comandada por Carlos Roloff, el 21 de marzo de 1897, con armas, municiones y entre sus integrantes el hijo de nuestro Héroe Nacional, José Martí Zayas-Bazán, quien contaba con apenas 17 años, el cual fue incorporado al estado mayor del General Calixto García Iñiguez.

Continuamos nuestro avance por el barrio Canalito, sitio de combates entre las tropas mambisas y españolas, del desembarco del Perrit, al mando el

general Thomas Jordan, el 11 de mayo del año 1869; entre sus integrantes se destacaba Henry Reeve (*el Inglesito*), nacido el 4 de abril de 1850, en Brooklyn. Alcanzamos las elevaciones y con estas la planicie de la península del Ramón, por la loma de Pijindí, nombre puesto en recuerdo a una humilde familia haitiana que vivía en ese lugar, muy sociable y buenos amigos de mi padre y de sus amigos de la cofradía pesquera.

Esa noche se mostraba muy oscura, sin luna ni estrellas, habíamos recorrido unos 8 o 10 km y transitábamos por un tramo con un nivel más alto; por la izquierda nos quedaban las costas que dan al Atlántico y por la derecha las siembras de fruta bomba y otras áreas desmontadas para la explotación de la ganadería, con sus molinos de viento y acondicionamiento para los bebederos de agua. Encontrándonos a unos 2 km antes de llegar a la comunidad comandante Camilo Cienfuegos, aún en construcción,⁵ giramos a la derecha y, tras andar unos 100 o 200 m, en una pequeña elevación boscosa, llegamos al área de ubicación de la plana mayor del batallón, en la ya citada Bahiíta, había radicado un batallón permanente de la división 56 y aledaño, una instalación del Instituto Nacional de Reforma Agraria.

Ya en este lugar y ayudados por fogatas y las propias luces de los camiones, comenzamos a recibir el armamento que a cada cual correspondía; por primera vez veíamos y teníamos en nuestras manos las legendarias PPSH (Pepechá) (véase foto 3), observamos su alza de pivote en L, que podía ajustarse en alcances de 100 y 200 m, no tenían empuñadura delantera o guarda mano, lo que nos obligaba a agarrar el arma por detrás del disco (tambor), aun así había sido considerada como la mejor arma de su tipo en la segunda guerra mundial. Las ametralladoras Degtyarev DP calibre 7,62 x 54, con una cadencia de 600 disparos por minuto, con cargador circular (disco) de 47 cartuchos. Estas eran las mismas armas que usaron los soviéticos en la Gran Guerra Patria para liberarse de la ocupación fascista alemana, las mismas de las batallas victoriosas para la defensa y ofensiva de Moscú, el Arco de Kursk, la Batalla de Stalingrado, y la ofensiva final y toma de Berlín, la capital alemana. Para recibir

las ametralladoras checas BEZA se seleccionaron los soldados que tenían más fortaleza física y cierta experiencia, en el manejo de las armas.

Recibimos las armas, sus discos y municiones con una gruesa capa de grasa para la conservación a largo plazo, lo que había permitido su traslado desde territorio soviético a Cuba. Lo difícil resultó, a estas horas de la madrugada, con las condiciones tan adversas y en plena Alarma de Combate, quitar aquella grasa, tarea que, aun con la ayuda de agua caliente y de la propia candela, era bastante complicada. Sin embargo, al final nos permitió poner de alta la subametralladora automática calibre 7,62 mm y sus dos difíciles, ya famosos discos, con la cuerda necesaria para acomodar uno a uno, los 71 cartuchos y completar el módulo requerido, que tanto trabajo nos dio concluir esa noche; fueron muchos los que situaron los cartuchos sin cuerda en el disco y se percataron ellos mismos o sus compañeros al amanecer del otro día.

De esta forma, sobre la medianoche, completado nuestro equipamiento militar de campaña que incluía nuestro fusil PPSH, con su seguro deslizante bien puesto, pues presentaba un alto riesgo de disparos accidentales al caer o ser golpeadas, por ser una subametralladora que dispara a cerrojo abierto, nos encontramos comentando las últimas noticias recibidas tal vez por Radio Reloj, Radio Rebelde u otras emisoras cubanas, las que valoradas por el instructor político Adolfo, nos permitieron tomar conciencia del peligro que amenazaba a la Patria.

FOTO 3



Ametralladora BZ.

Fuente: archivo personal del autor.

Esa noche fue la antesala de lo que la historia recogería, a decir del *Ché*, “[...] como los días luminosos y tristes de la crisis del Caribe [...]”.⁶ También escuchamos las órdenes y orientaciones impartidas por el joven jefe de batallón, sargento Tomás Chirino Marrero, quien como siempre se presentaba exigente, sencillo, jovial, pero preocupado por las misiones y los hombres que las cumplirían.

En mi pensamiento y modo de actuar, ya me consideraba un miliciano listo para enfrentar la esperada agresión y el atrevimiento, una vez más, de las tropas norteamericanas. Para esa época, igual que la mayoría de la juventud revolucionaria, había leído libros sobre estas agresiones, nuestras guerras de independencia, en especial los diarios de campaña y otros escritos de los

principales patriotas: Martí, Maceo y Gómez; también de la lucha en la Sierra Maestra y la clandestinidad.

Con todas estas enseñanzas y conocimientos, sabía por qué estaba allí dispuesto a luchar; además, mi familia que había vivido la última tiranía y la feudo-república, también me lo habían explicado: cuántos trabajos, gestiones y hasta humillaciones de mis padres para hacer cumplir los sueños infantiles, para que no faltara la alimentación adecuada, los recursos para las escuelas públicas o privadas, la atención médica, con el doctor Diego M. Yebra Proenza (1899-1952), eminente médico, humano y muy preocupado por brindar su atención a los de menos ingresos, servir era su ocupación, dando de sí antes de pensar en sí, el cual por sus virtudes supo adentrarse en el corazón del pueblo de Antilla.

En la madrugada del día 23, volvimos a los camiones que se pusieron en marcha, ahora bordeamos la comunidad comandante Camilo Cienfuegos, en la península del Ramón y nos dimos cuenta, cuando tomamos un camino estrecho, rodeado de maleza que arañaba la carrocería de los camiones y hasta de algunos de nosotros en la cabeza o los brazos, que el fin era alcanzar la costa y las playas. Estos lugares los visité y exploré junto a mi padre en la niñez y la adolescencia, durante cacerías, pesquerías y baños en esas playas de finísimas arenas y paisaje exuberante; allí acampábamos durante días con un simple toldo donde dormíamos.

Después conocí que Fidel, quien cursaba el tercer año de la carrera de derecho, era líder estudiantil, presidente de la Asociación de Estudiantes de Derecho, fue uno de aquellos expedicionarios que viajaba en el barco que fue interceptado por las fragatas José Martí y Antonio Maceo, de la Marina de Guerra de Cuba y sus integrantes fueron detenidos, oportunidad que aprovecharon Fidel y el dominicano Ramón Mejías del Castillo (*Pichirilo*) y se lanzaron al mar, en aguas infectadas por tiburones y nadaron hasta Cayo Saetía; ambos realizaron un esfuerzo sobrehumano para alcanzar la costa.

Finalmente, en nuestro recorrido, llegamos a un lugar de abundantes uvas caletas, en la playa conocida por El Baracutey, donde el jefe de Compañía inició un reconocimiento por las dunas y las arenas, y fue designando las áreas de trincheras y pozos de tiradores de las escuadras y pelotones (véase foto 4). De igual manera indicó el área a desmontar para la construcción inmediata de un pequeño rancho que sería el lugar para el Punto de Observación y Mando de la Compañía (véase foto 5).

FOTO 4



Rampa de lanzamiento coheteril. Fuente: archivo personal del autor.

FOTO 5



Emplazamiento coheteril antiaéreo. Fuente: archivo personal del autor.

En estos trajines, unos cuantos cabezazos y hasta pequeños momentos de sueño, nos sorprendió el amanecer del martes 23, estábamos de cara al Atlántico y custodiábamos el canal de entrada a la inmensa bahía de bolsa (véase foto 6); ese fue el último día que vimos entrar y salir barcos de Nicaro, Antilla y Felton, pues, a partir del día 24 se hizo efectiva la llamada cuarentena. Sobre las 10:00 horas, de este propio día en el rancho que ocupaba el Punto de Observación de la Compañía, a través de la radio, escuchamos las vibrantes alocuciones:

[...] la nación ha amanecido en pie de guerra, lista para rechazar cualquier ataque, rechazaremos cualquier agresión, cada arma está en su sitio y junto a cada arma los heroicos defensores de la Revolución y de la patria, para quitarnos la soberanía hay que borrarlos de la faz de la tierra, todos somos uno en esta hora de peligro y de todos será la misma suerte y de todos será la victoria [...].⁷

Los trabajos de las fortificaciones para nuestra infantería: pozos de tiradores, sistema de fuego, se realizaron con medios elementales como picos,

palas, azadones. Recuerdo que la composición del batallón era heterogénea, integrada por trabajadores del puerto, estibadores y carretilleros y de otros oficios industriales, unidos a los hombres de campo, de los barrios de Pílon, Antillita y otros. Conformábamos una fuerza especial, físicamente y, con diferencias para el trabajo de acondicionamiento del terreno dirigido a la defensa, conservación del armamento y la creación de las condiciones de vida.

FOTO 6



Restos del avión U-2. Fuente: anónima.

Las dificultades de la alimentación desde los primeros momentos se resolvieron con la caza, pesca e infusiones de hojas diversas, que suplían la necesidad del café y el café con leche. El jefe de Compañía, Arcaya, siempre recordó la utilidad de esos hombres multioficio y siempre dispuestos.

En horas de la tarde nos visitaron algunos integrantes de la plana mayor del batallón, entre otros, el instructor político Adolfo Begdadi Herrera (*Adolfito*) y el jefe de armamento Gustavo Castellano Martínez, —fallecido—,

para la revisión de los módulos de armamento, los que detectaron las primeras faltas de conocimiento y violaciones: algunos discos sin cuerda, los cartuchos mal colocados, fusil sin seguro y otras encasquilladas; sin embargo, en todos los días de la movilización, no recuerdo un arma extraviada o perdida, ni tiros escapados, salvo un dudoso hecho ocurrido al segundo o tercer día, cuando un disparo ocasionó la muerte de un torete, el cual fue consumido por la Compañía y, el resto fue trasladado a la plana mayor del batallón; siempre quedó la duda, debido a que en esos días solo se comía sardinas y carnes enlatadas, con ausencia total de otros tipos de carnes frescas.

Todas estas deficiencias y novatadas fueron señaladas y nos ayudaron a resolverlas los oficiales permanentes y reservistas de más experiencia, se insistió en la tarea de fortificarnos, el enmascaramiento, las prácticas en seco para mejorar la puntería en el uso de las distintas armas y la disciplina en sentido general; nos informaron la idea de tirar un boletín del batallón, con la cooperación de instituciones políticas y gobierno en Antilla; siempre se habló de la importancia de las comunicaciones con los familiares y la atención que por las Fuerzas Armadas Revolucionarias y las organizaciones revolucionarias se les prestaba. Recordé mi lectura de *Los hombres de Panfilov*, en el que un teniente nombrado Momish Uli, comandante de un batallón soviético durante la segunda guerra mundial, supo convertir en soldados capaces e imbatibles a hombres sin adiestramiento militar, llevándolos a la victoria en la carretera de Volokolamsk a Moscú; así éramos la mayoría de los jóvenes con que el sargento Tomás Chirino, su plana mayor y Arcaya, como jefe de Compañía, contaban para de producirse el combate, derrotar al enemigo y salir victoriosos.

Lo acontecido en las primeras horas de la movilización, se fortalecía con las concepciones políticas y militares de Fidel, las que contribuían a la moral de los milicianos y los soldados de nuestras gloriosas fuerzas armadas, acostumbrados a la vida en campaña de día y noche, a la intemperie, bajo la lluvia y el sereno. Conceptos y entrenamientos decisivos para terminar triunfantes en esta nueva y muy peligrosa crisis. También influyeron la

disposición y las tradiciones de nuestro pueblo en cuanto a los valores de austeridad, honradez, abnegación y patriotismo.

Esta segunda noche, con cierta sensación de suciedad, por la falta de baño, acompañados de jejenos y mosquitos, la arena en las medias y botas, pudimos acostarnos en el recién construido rancho, lógicamente en las hamacas tendidas en el suelo arenoso, infectado de cangrejos, magueyes y otros caracolitos vivientes e impertinentes. Al amanecer teníamos, por primera vez, un tanque de 55 galones con agua para asearse y logramos desayunar algo enviado por nuestros aseguramientos ubicados en la parte alta de la península, pero, sobre todo, la reserva individual que fue siempre compartida. En días posteriores llegó ayuda en alimentación, nylon para taparse y sobre todo proteger el armamento y las municiones, al igual que otros artículos provenientes de nuestros familiares y las que el pueblo de Cuba hacia llegar a través de las organizaciones revolucionarias, en especial de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) y la Federación de Mujeres Cubanas (FMC).

En horas avanzadas de la tarde del día 24, nos brindaron la información política con los detalles de la comparecencia de Fidel la noche anterior, transmitida por la radio y la televisión, explicando al pueblo la situación existente del bloque naval y aéreo establecido por naves y aeronaves norteamericanas, una acción de guerra y su eufemística calificación de “cuarentena”. Rechazando, las imputaciones hechas por el mandatario norteamericano: Cuba no debía rendir cuentas al vecino del Norte y teníamos el derecho soberano a poseer la clase y cantidad de armamento que estimáramos conveniente. Aseveró que estábamos preparados para rechazar la agresión directa y objetó la idea de inspeccionar a nuestro país.

Este discurso, escuchado por las fuerzas de nuestros batallones, entre los que me encontraba, nos hizo vibrar y enardecer a todos los combatientes en las trincheras y sirvió de motivación para acondicionar las arenas y las dunas para nuestra defensa y también la creación de condiciones para la vida en campaña, la disposición combativa se incrementó, estuvimos más convencidos de lo que,

potencialmente, podía ocurrir y nuestra capacidad de resistencia. Al igual que en nuestras calles y pueblo en general, reinaba la tranquilidad, confianza y seguridad, nadie perdió el sueño.

Estas emotivas palabras del líder de la Revolución, las había escuchado atentamente la noche anterior, a través de una radio de pilas instalado en el rancho rústico en que se ubicaba el Punto de Observación de la Compañía 2 de nuestro batallón, desplegado en las playas La Caimana, El Baracutey y El Rincón, vistas de este a oeste de la península del Ramón, Antilla; allí ocupaban la defensa tres batallones subordinados ya, para esta misión a la división 67, cuyo jefe era en ese momento el primer teniente Divino Teruel Vallejo. En los días sucesivos a través del político, recibimos estas informaciones por la prensa escrita de la época en el periódico *Hoy* y otros que, impresos en mimeógrafos, por los instructores políticos de la división y el propio batallón, nos llegaron con oportunidad a cada trinchera.

En tales circunstancias y peligros aumentaba mi conciencia de por qué había amanecido allí en estas playas, en las cuales en mi niñez tomé baños y pesqué en sus orillas, junto a mis padres y amigos pescadores como entretenimiento. En sus propias dunas había vivido y dormido en catres y hamacas bajo un simple toldo protector.

Ahora, me tocaba cuidar también nuestra bahía, llena de historias, leyendas y recuerdos contados por mis padres y abuelos. Lo real era que tenía frente a nosotros, en el horizonte marítimo, a menos de 12 millas y, en ocasiones hasta 6 millas, parte de la armada y fuerza aérea, estadounidense, que hacía cumplir su bloqueo militar o la llamada cuarentena, que impedía la entrada a nuestros puertos de cualquier tipo de buque, no importaba si traían alimentos, leche, medicinas, combustibles y ni mencionar armamentos. Comenzaba así una política genocida con el interés marcado de asfixiar a un pueblo y doblegarlo por hambre y necesidades.

Este mismo día, en una reunión con jefes de las fuerzas armadas, Fidel indicó estudiar la ubicación de la defensa antiaérea, ordenó poner baterías de

este tipo, para proteger de los vuelos rasantes los 24 grupos de cohetes antiaéreos y otras unidades soviéticas dislocadas en el país.

Nuestro sistema de observación comenzó a distinguir las siluetas de barcos de guerra norteamericanos a la distancia de 6 millas, con movimientos de navegación que nos espiaban con sus equipos radiotécnicos instalados en buques tan conocidos como el Oxford y, otros que habitualmente navegaban o se encontraban al paio, a corta distancia de nuestras aguas territoriales. También los vuelos de aviones de combate, rasantes y a más altura nos acompañarían todos los días, sin permitirnos el lujo de dejarlos de observar y, mucho menos acostumbrarnos a la rutina. Era el enemigo más cercano que tuvimos y como quedó dicho ni un barco más entró a la bahía. La tensión se acrecentaba, ya que, para esta fecha, según supimos después, navegaban hacia Cuba una buena cantidad de barcos mercantes soviéticos con lo que restaba de la operación militar, otros con mercancías para nuestro pueblo y su cobertura marítima de submarinos.

En el afán por conocer y mejorar mi disposición para el combate, encontrándome de guardia diurna en el pozo de tirador de ametralladora BEZA, ubicada entre la arena y la duna, imprudentemente la manipulé y llevé un cartucho a la recámara y después “que compré el pescado le cogí miedo a los ojos”, ya que no me atrevía a hacer lo que debía, y a viva voz solicité la ayuda de mis compañeros más experimentados y todo fue resuelto sin ninguna consecuencia, salvo como siempre hacemos los cubanos, los chistes y risas por lo ocurrido.

En las noches de guardia, vigilancia colectiva, recorrido por todas las posiciones de defensa de la Compañía, siempre observamos en las áreas lejanas del canal de entrada a la bahía, entre Punta de Piedra y Cayo Saetía, un reflector móvil de nuestras fuerzas armadas que rastreaba la superficie marina buscando la silueta de alguna embarcación, con fines enemigos o intento de infiltración con hombres ranas, en fin, la de detectar cualquier modalidad del arsenal subversivo de nuestro histórico enemigo.

El día 26 de octubre la novedad consistía en que a los nublados y la elevada humedad relativa, se adicionaba que desde el amanecer comenzó a llover con cierta intensidad, y continuó en la tarde y noche; siendo las 21:00 horas, junto a otros compañeros dirigidos por Arcaya, nos trasladamos por toda la arena, entre las uvas caletas, a la ubicación del emplazamiento de la batería de cañones 57 mm, allí efectuamos el relevo de la guardia diurna y comenzamos la nuestra que concluiría en la mañana; aquella noche, a la intemperie, la mayoría del tiempo y, a veces refugiados por la parte interior de las ruedas y el chasis de los cañones, aguantamos aquel torrencial y prolongado aguacero; por lo demás, la guardia transcurrió sin ninguna anomalía, sencillamente fue una experiencia más y la posibilidad de un resfriado.

El periódico *Surco* de ese día, en su primera página, publicaba el acto de masas de apoyo a la Revolución, celebrado en el parque Calixto García, de la ciudad de Holguín y donde el resumen lo había realizado el joven militar Jorge Sarmiento González, quien exhortaba a la resistencia antiimperialista, a apoyar los 5 puntos de Fidel e instaba a enviar con urgencia a nuestra trincheras nylon, para proteger a los combatientes y el armamento, de las intensas lluvias y de la humedad prevalecientes en esos días.

Esa noche, al observar en penumbras el canal de acceso a la bahía, recordé su playa nombrada El Cristo (hoy playa Gaviota), con su chorro de agua natural cayendo en sus finas arenas, la que en mi niñez usé para quitarme la arena y el agua salada; también el muelle de madera para el atraque a Cayo Saetía, rememoré mis iniciales pesquerías en sus aguas minadas de peces y que lo usé además como trampolín en los baños de mar.

En el lugar, cercano a una arboleda, se ubicaba la casa de los prácticos de puerto Juan López García (*Lopito*), Pablo Calderín Martínez, Antonio Caballero Vinet, José Fernández Saborí y Cirilo Noa Martínez, botero de la embarcación utilizada en el traslado, al recibir el aviso de la llegada de los buques mercantes para su entrada a los puertos. A un lado la casa del ermitaño Pelayo Reynosa, siempre descalzo y ebrio, pero tratable, servicial, amigo, el

viejo caserío del llamado Campeador y su bodega que vendía o cambiaba alimentos y artículos a los residentes y los pobladores de Punta de Piedra, La Chiva y otros, en la península del Ramón, lógicamente, cuando los pobres y humildes tenían dinero o productos con qué pagarlos.

Ese mismo día, 26 de octubre de 1962, el periódico *Surco*, de la ciudad de Holguín publicaba: “Las mujeres sustituirán en sus puestos a los movilizados, los obreros apoyan los pronunciamientos de Fidel, toda la ayuda para los combatientes que están en las trincheras, todos somos uno en estos momentos de peligro y también de victoria, a rechazar el bloqueo aeronaval impuesto por los yanquis contra nuestra patria”.

Temprano el día 27, después de la guardia, llegamos al Punto de Observación de la Compañía, intercambiamos con el político Adonis y otros compañeros sobre las vivencias de la noche de guardia. Años después conocimos que la noche anterior, el comandante en jefe, en reunión con el mando militar de la Agrupación de Tropas Soviéticas y viendo el peligro de los vuelos rasantes, explicaba la decisión de impedirlos y, para eso ordenó que, a partir del 27, se abriría fuego por nuestras Fuerzas Armadas, contra todo avión enemigo que volara a baja altura, lo que dejó plasmado en un comunicado.

Se ponía de manifiesto la preocupación de Fidel por nuestra soberanía, pero, además por la vitalidad de las tropas y medios de combate soviéticos, en especial los cohetes R-12 ya emplazados, los 24 grupos cohetes antiaéreos y otros medios aéreos, navales e infantería, que no tenían defensa para este tipo de vuelo a baja altura y lo que significaba en cuanto a vulnerabilidad, si el enemigo descubría sus posiciones, todo lo cual posibilitaría un ataque sorpresivo. Fidel, una vez más, se adelantaba e intuía la cercanía de la agresión enemiga.

Nosotros ignorábamos todos estos enfoques estratégicos y tácticos; sin embargo, nos llegó en horas de la mañana el primer boletín informativo editado por el Instructor político *Adolfito*, en él actualizaba los antecedentes de la crisis, las posiciones del enemigo, nuestros principios, nos exhortaba a

incrementar la vigilancia y la preparación para rechazar, en la primera línea de defensa, el desembarco enemigo en aquellas playas ideales para esta acción. Siempre nos enseñaron y explicaron que, detrás de nosotros, estaban las unidades del segundo escalón y otras en la profundidad para los contragolpes, integradas por distintas armas de las fuerzas armadas y, fundamentalmente, por un pueblo dispuesto a darlo todo por su soberanía y la libertad alcanzada.

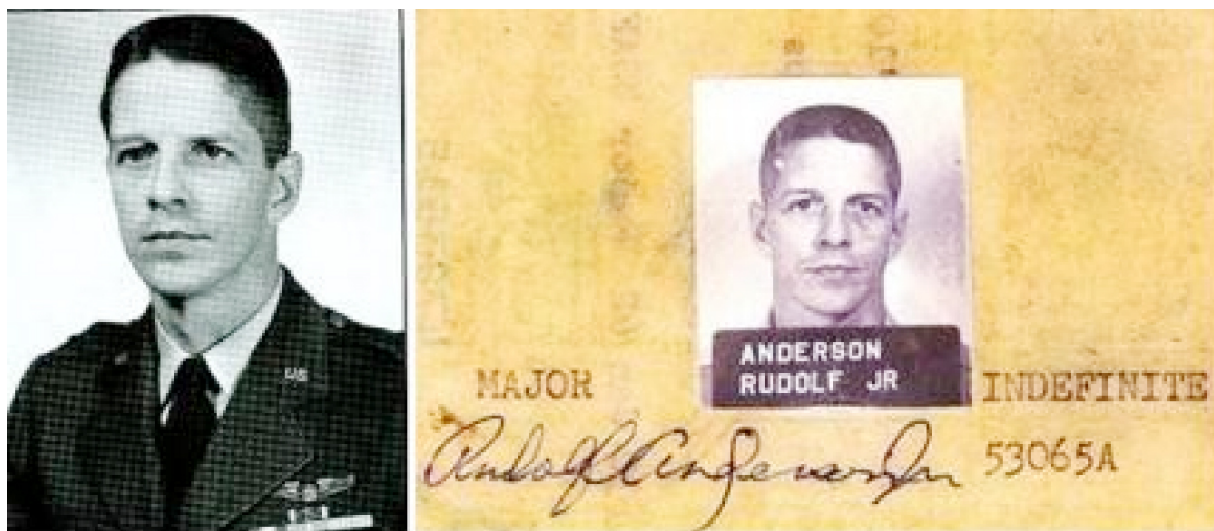
Derribo del avión U-2. Recuerdos sobre el grupo coheteril y sus hombres

En la mañana del 27 de octubre de 1962, sucedieron acontecimientos que parecían el inicio de la guerra: las antiaéreas cubanas cumpliendo la orden de Fidel dispararon sobre los aviones enemigos a baja altura y, estos, al sentir el fuego antiaéreo, se pusieron fuera del alcance de nuestras armas. Aunque no se logró derribar ninguno les mostramos nuestra decisión y resistencia. Sobre las 10:00 horas me encontraba en el área de la arena de la playa El Baracutey, al lado del pequeño rompiente de las olas, a esa hora no llovía, pero, el cielo se mantenía encapotado, vi en el horizonte los mismos barcos de guerra que solo cambiaban de posición de un día para otro, nos bloqueaban, nos vigilaban, nos acechaban, comprobaban nuestras señales en el éter y preparaban el momento propicio para el zarpazo que ordenarían sus superiores.

De momento, escuché una fuerte explosión, compacta, que invadió el silencio que hasta ese instante solo rompía las olas; miré al cielo intuitivamente, no observé nada. En esa época se hablaba y escribía mucho sobre los aviones supersónicos y la explosión que producían al romper la barrera del sonido, eran las naves aéreas llamadas de propulsión a chorro, como los F-100, F-104 y otros, de su más moderno arsenal, que habían volado sobre Antilla en días recientes y sobre nuestras costas y posiciones. Todo esto lo pensé para justificar aquella explosión que fue, para mí y el resto de mis compañeros, única por su magnitud en aquellos días.

Lo ocurrido fue que, a unos ocho o diez km, en el grupo de combate, ubicado en La Anita, Los Ángeles, Banes, los militares soviéticos, en gesto solidario, decidieron derribar el avión U-2 No. 25524 A, que volaba a 700 km por hora y a unos 21 000 m de altura; ese día, como era habitual, volaba con aparente impunidad sobre nuestro territorio, reconociendo palmo a palmo la dislocación de las fuerzas armadas y la Agrupación de Tropas Soviéticas (ATS), en las nuevas ubicaciones de la disposición combativa. Los restos del avión, después de dos certeros tiros de cohetes, cayeron fragmentados, dispersos en el territorio de tres municipios, Banes, Antilla y Mayarí. Ahora había que incrementar la disposición combativa y ser más vigilantes y combativos (véase foto 7).

FOTO 7



Piloto del U-2 derribado. Fuente: archivo personal del autor.

Solo después conoceríamos por los primeros informes que los rusos habían derribado un avión yanqui y que el cadáver del piloto yacía en una gaveta fría en la morgue del hospital de Antilla. Las noticias publicadas anunciaban el hecho y para desinformar decían que el suceso había ocurrido en la provincia de Pinar del Río y que, como la agresividad de las declaraciones de políticos y militares norteamericanos se incrementaba, vendría una respuesta militar.

Algunos de los vuelos cesaron por el momento; otros, de reconocimiento, volaron sobre la provincia de Oriente, en especial su costa norte, donde sabían que había ocurrido el derribo, en una búsqueda afanosa del piloto y los restos del avión. Con esta respuesta se detenía la impunidad y soberbia representada por aquel tipo de avión, con su equipamiento técnico para el espionaje y los equipos de alta tecnología para la preservación del piloto.

El avión U-2, fue abatido por el grupo de combate, bajo el mando del mayor Iván Minovich Guershenov,⁸ subordinado al regimiento dislocado en Potosí, Las Tunas, al mando del coronel Guseniev y, este a la división antiaérea, ubicada en las cercanías del club de Cazadores, en las lomas de Maraguán alrededores de la ciudad de Camagüey. Para esta fecha, el mando superior soviético le había indicado completa disposición combativa, salir al aire y actuar según las circunstancias. En este escenario, bajo el mando del coronel Guergi Voronkov,⁹ jefe de división, se produjo el seguimiento y derribo del U-2, avión mono plaza, de un solo motor, designado para reconocimiento de gran altura, que podía pasar fácilmente por un planeador, de aspecto frágil, delicado y difícil de volar.

La historia recoge que, hasta ese momento, solo se había derribado un avión similar el 1º de mayo de 1962, en el territorio de la antigua Unión Soviética, piloteado por Gary Powers, quien logró salvar la vida catapultándose; pero no pudo accionar los controles de autodestrucción del aparato. El piloto fue capturado, juzgado y sancionado a 2 años de prisión en el propio país soviético; más tarde fue canjeado por un oficial de la inteligencia soviética, sancionado en Estados Unidos. Los norteamericanos siempre exhibieron sus supuestos derechos de realizar espionaje sobre las repúblicas soviéticas. El vuelo interrumpido en Cuba a las 10:17 horas del 27 de octubre, estaba piloteado por el mayor Rudolf Anderson Jr., quien ya había cumplido otras misiones de reconocimiento sobre la isla, no logró salvar la vida pues los fragmentos de los cohetes lo impactaron, convirtiéndolo en un amasijo de fuselaje, motor, gomas

y restos de medios fotográficos, que no le permitieron maniobrar, ni abandonar la nave.

Fueron muchos los banenses y antillanos que escucharon fuertes y secas, con claridad las dos explosiones de los cohetes contra el objetivo violador; todos coincidían en que el día estaba nublado, con intervalos de lloviznas; algunos al mirar el cielo buscando lo que había ocurrido, vieron para su sorpresa aquel fragmento, que sin un ala venía cayendo aparentemente lento, hasta impactarse en la tierra, en un amplio radio.

Las partes más grandes del fuselaje y la cabina con el piloto cayeron en Veguitas Tres y la cola que, finalmente, apareció el día 16 de noviembre, en el barrio Rondón, en los esteros de Macabí, Banes. Esos sitios los rastrearon los aviones enemigos, en vuelos rasantes durante toda una semana, pero, estos restos fueron trasladados en planchas de ferrocarril, un camión y una carreta, convenientemente enmascarados en una zona de elevaciones y bosques conocida como La Caimana, en el camino a la Vega, cercano al caserío Ojo de Agua, Bijarú.

La Sección G-2 militar de Banes, bajo la dirección del capitán Máximo Cuba realizó, en cooperación con el mando de la división, las medidas de seguridad y desinformación en el lugar del siniestro; ejecutó las acciones de instrucción-criminalística con los restos del U-2 y las médico-forenses legales con el cadáver del piloto, el traslado y aseguramiento operativo de este para Banes, Antilla, Holguín, Santiago de Cuba y, finalmente, para el aeropuerto internacional de Rancho Boyeros para su entrega, el 4 de noviembre, a sus familiares. Esta sección del G-2 militar, ya había realizado el aseguramiento al despliegue de la división para ocupar las posiciones de tiempo de guerra y otras acciones de la contrainteligencia en esta etapa de la disposición combativa.

Con la colaboración del teniente coronel retirado Rafael Chirivella Díaz, modelamos una versión de las acciones de los efectivos y voces de mando de los jefes y oficiales rusos participantes en el trabajo combativo para tumbar el avión, tomando como base las propias conversaciones y anécdotas de los

autores del derribo, oficiales soviéticos, con los homólogos oficiales cubanos que se entrenaban para recibir el complejo de cohetes de La Anita¹⁰.

Aquella mañana del 27 de octubre de 1962, en el puesto de mando de la unidad radiotécnica soviética, la guardia combativa transcurría con normalidad, matizada por la tensión provocada por las constantes violaciones del espacio aéreo cubano de las aeronaves de reconocimiento y de combate norteamericanas.

El operador de guardia del radar soviético P-35 del batallón radiotécnico de la unidad superior, detecta la señal de un avión desconocido a gran altura, unos 21 000 m, con rumbo este, a la distancia de unos 200 km, el que por sus características de vuelo, velocidad y tipo de señal semejaba el de un avión de reconocimiento y espionaje U-2. Durante el seguimiento de la señal en las planchetas del puesto de mando se observaba el avión violador haciendo maniobras por curso en su travesía a todo lo largo de la costa norte de nuestro territorio y, finalmente bordeando el sur de la provincia oriental.

Evidentemente, realizaba la búsqueda de unidades estratégicas y de defensa antiaérea dislocadas en las inmediaciones de la costa norte y sur de la provincia oriental, en estas ultima datos sobre el despliegue de las fuerzas cubanas. En el puesto de mando de la división antiaérea, dirigido por su jefe, coronel Voronkov, todo era tensión, se acababa de trasmitir la señal de alarma máxima (posición 1) al resto de las unidades, incluyendo los grupos de combate antiaéreos SA-75.

En el grupo de combate de Banes, ubicado al norte de la ciudad, cercano al caserío de La Anita, las acciones se sucedían con rapidez y precisión, las dotaciones de las rampas de lanzamiento quitaban las fundas a los cohetes y preparaban los dispositivos, mientras los técnicos y operadores de la estación de conducción de cohetes y de la estación radar de exploración P-12 realizaban la conexión de los equipos y su control de funcionamiento. No habían transcurrido cinco minutos desde el recibo de la señal de posición 1 y el complejo coheteril se encontraba listo para el combate, con sus seis rampas de

lanzamiento listas, así como el radar P-12 ejecutaba la exploración del espacio aéreo, fundamentalmente, en la zona de responsabilidad asignada.

Casi inmediatamente es localizada la señal del blanco enemigo violador del espacio aéreo, transmitiéndose los datos correspondientes al puesto de mando del grupo. La dotación del radar P-12, con su acostumbrada habilidad determinaba la altura y velocidad del blanco, al sur de Guantánamo y con rumbo noroeste. El operador del indicador de observación circular dictaba la posición del blanco en azimuth y distancia, así como los datos de velocidad y altura. El plancheta, al recibir los datos de azimuth, distancia, velocidad y altura, describía en la plancheta de situación aérea, la trayectoria del blanco, el que se encontraba a unos 70 km del grupo, y, a su vez, lo transmitía al puesto de mando del grupo de combate en cuadrantes.

Las dotaciones de la batería 14,5 (cuatro bocas), ubicadas entre 100 y 200 m del emplazamiento principal, destinada para la protección del grupo, ante la realización de vuelos a baja altura, se encontraban de igual forma en posición 1, observando el horizonte en busca de posibles blancos. El resto del personal del grupo que no formaba parte de la dotación de combate ocupaba sus puestos en los vehículos de transporte y carga de cohetes para la recarga de las rampas y en las posiciones previstas para la defensa terrestre. Cada uno de los miembros de la unidad conocía con minuciosidad sus procedimientos, y exactamente sus funciones y lugar para la realización del combate, fruto de una esmerada y sistemática preparación y entrenamiento.

El jefe del grupo de combate, mayor Guerchenov, al apreciar la trayectoria del blanco en la plancheta del puesto de mando del grupo de combate, en la cabina U y al observar su cercanía a la distancia de 45 km, ordena preparar los cohetes. El instructor político del grupo, mayor Grechanik, que en ese momento se encontraba fungiendo como enlace con el puesto de mando de la unidad superior, aguardaba por la orden de abrir fuego, ante la demora y valorando la situación aérea y cercanía del blanco, el jefe de la unidad ordena: “Grupo al combate, búsqueda, azimuth 170, distancia 40, altura 21”.

El oficial de conducción primer teniente Reapenko, comienza a realizar la búsqueda del blanco con la cabina P. Eran cerca de las 10:08 horas. Casi de inmediato, el oficial de conducción localiza el blanco e informa: “Hay objetivo, solitario, distancia 30, altura 21”, e inmediatamente ordena: “A mano”. Mediante esta orden, los operadores de seguimiento capturan el blanco, y pasan al procedimiento manual del mismo por las tres coordenadas, azimut, distancia y ángulo de elevación, luego al observar el seguimiento estable de la señal ordena: “Automático”; a partir de ese momento la estación mantendrá una férrea captura y seguimiento automático de la señal del objetivo del cual no podrá zafarse.

Aproximadamente a las 10:11 horas, el jefe del grupo, ante la ausencia de la orden del puesto de mando superior y valorando la situación creada, luego de mirar detenidamente por algunos segundos al instructor político y observar un gesto de aprobación, ordena: “Grupo al combate, destruirlo con uno, semipredicción”; paralelamente la aprobación para abatirlo llegaba del jefe de la división coheteril ubicado en la provincia de Camagüey, a través del puesto de mando Regimiento de cohetes, estacionado en Potosí, Las Tunas.

El oficial de conducción, al recibir la orden, oprime los botones de lanzamiento correspondiente a las rampas 1 y 3, con un intervalo de 10 segundos, el ruido ensordecedor de los motores de despegue de los cohetes, anuncian a las claras el final del blanco violador. Los cohetes, con sus siluetas plateadas, como saetas mortales, se dirigen velozmente al encuentro del avión espía y a la distancia prevista detonan las partes combativas, que hieren mortalmente las estructuras de vuelo y mando del U-2, el que se desplomó a tierra en un punto a 10 o 12 km del grupo de combate, azimut 180, esparciendo los restos chamuscados de metal y el cuerpo inerte del piloto, en un radio de varios kilómetros.

En la cabina U de dirección del grupo de combate reina el silencio, hay satisfacción en los rostros de los miembros de la dotación, se ha cumplido la orden de proteger el espacio aéreo de la isla de la Libertad, a decenas de miles

de kilómetros de sus hogares. Pero, al mismo tiempo se comprende la trascendencia del hecho y sus posibles consecuencias, ninguno muestra temor o preocupación. La orden de Fidel Castro, ha sido cumplida. Son aproximadamente las 10:17 horas del día 27 de octubre de 1962.

A la luz de hoy, puedo intuir el ambiente creado en ese momento en la cabina U de dirección, pues, en mi tiempo de servicio en este tipo de armas aprecié esa atmósfera durante la realización de mantenimientos, búsqueda de desperfectos técnicos, trabajos combativos como parte de la preparación, en las maniobras de combate con tiro real, donde intenté realizar trabajos combativos en la captura de señal y conducción manual, asesorado por los operadores Celso Báez de Villavicencio y Rafael Chirivella Díaz, quienes siempre estuvieron dispuestos a brindarme sus conocimientos prácticos, esquemas técnicos y documentos normativos, que cuidaban celosamente, por el nivel de secretos en aquel momento.

¿Cómo conocieron y percibieron este acontecimiento distintos militares cubanos y civiles? En primer orden téngase en cuenta que el caserío de la Anita, estaba compuesto por 10 o 12 viviendas, aledañas todas a la línea del ferrocarril cañero y algunas de estas viviendas en línea recta estaban ubicadas a unos 400 metros, y tal vez menos, del emplazamiento principal del grupo de cohetes; por las ondulaciones del terrero no se apreciaba visualmente. Ese día el ruido ensordecedor del arranque de los motores propulsores de los cohetes, fue muy fuerte y sorpresivo, unido a la incertidumbre de lo que realmente había ocurrido, estos acontecimientos nunca han sido olvidados por estos y sus descendientes.

Los vecinos más cercanos eran pequeños propietarios, comerciantes, trabajadores agrícolas y campesinos, que siempre recibieron con agrado esta base soviética, y le prestaron toda la ayuda posible, en ocasiones lavaron las ropas de oficiales y soldados: Guerchenov, Grechanik, Reapenko, Pelipenko, Trunov, Yura, entre otros, intercambiaron las primeras palabras de los dos idiomas, le brindaron la música de sus radios y otros intercambios culturales.

Así estas familias Martin Rojas, Rojas Cancino, los Uribes y la carismática Flor María y sus hijas, eran ayudadas por los militares soviéticos en algunas de sus necesidades, regalando o intercambiando algún producto y, estos a su vez, cooperaban con la vigilancia revolucionaria, desde los alrededores de la unidad, todo esto aún se recuerda con mucho cariño por esta población y sobre todo la no ocurrencia de hechos graves o delictivos por estas fuerzas, salvo una que otra visita al barrio sin autorización y que siempre recibieron el tratamiento para establecer el orden y la disciplina, por parte de sus jefes soviéticos, que incluía en momentos una sanción de internamiento en el calabozo de la unidad.

En el recuerdo de algunos militares soviéticos, este día sobre las 10:00 horas en su unidad militar, las acciones se sucedieron con rapidez y precisión, las dotaciones de las 6 rampas de lanzamiento quitaron las fundas de protección de los cohetes y prepararon los dispositivos, mientras los técnicos y operadores de la estación de conducción de los cohetes y de la estación de radar P-12 ejecutaron la exploración del espacio aéreo, en la zona de responsabilidad asignada. En solo segundos de las rampas uno y tres, habían salido los cohetes que destruyeron totalmente el avión intruso.

Alcides Ramírez Cepero, funcionario operativo G-2 Militar, división 56, señala:

El día que derriban el avión U-2, yo regreso de Antilla en un *jeep* Willy y en el cruce de Negrito se parte la correa del ventilador del carro, el chofer está tratando de empatar cuando sentí la primera explosión, el día estaba nublado, lloviznoso, sin sol, sigo mirando, cuando veo aquellas cosas que vienen para abajo y le digo al chofer, dale rápido que tumbaron un avión.

El cadáver estaba dentro, él cayó en un pedazo del avión, en la cabina, enseguida se tomaron medidas para que nadie se acercara, aunque algunos curiosos, siempre llegaron primero y tomaron algunos fragmentos y objetos dispersos en los cañaverales. Yo fui hasta el hospital de Antilla protegiendo la ambulancia que se utilizó; pude conocer que era mayor de la Fuerza Aérea y se llamaba Anderson.

Marino Salazar Zaldívar, sargento primero, jefe aseguramiento de la guarnición soviética, Holguín, aduce:

Nosotros nos encontrábamos en el barrio San Juan, Puerto Padre, donde estaba emplazado el grupo de combate, cuando voló el U-2; me hallaba en ese momento dentro del campamento ruso, en la

cabina del radar junto con el jefe coronel Nicolay Jacmiety, entonces vimos el vuelo del avión, él me dijo: *ya pedí autorización para tirarle, pero no me autorizan.*

Seguíamos en el radar, cuando vemos que la pantalla del radar se nubló, dijo *ya le tiraron al avión*, pero no hizo impacto porque aquí no se ve nada, pero el segundo cohete es el que hace impacto y tumba el avión, inmediatamente dice, *vamos para allá*, salimos en un *jeep* Gaz-69 con dos escoltas para Veguitas Tres, cerca de Banes, lugar donde cayó el avión, llegamos a un campo de caña donde estaba el avión derribado. El piloto estaba tapado con una sábana, tenía una fotografía de su mujer y dos niñas, lucía unos botines color carmelita nuevos.

El cadáver se veía normal, al menos la cara se veía normal; después de compartir un rato con los rusos de La Anita, regresamos al grupo de combate de Chaparra. Años después salieron publicados en diversos medios de prensa escrita, la foto del derribo que ha recorrido el mundo, en la que se observan los restos del avión y un grupo de personas y militares que acudieron de inmediato al lugar, una de estas personas soy yo, de los dos *jeeps* que se observan al fondo, el último era el nuestro, entre estos, con casco militar, el sargento primero Jorge Sarmientos González, jefe de información de la división 56.

José Manuel Betancourt Charchaval, jefe operaciones DSE (G-2), Banes-Antilla, comenta:

En octubre yo me encontraba haciendo una visita de control por la zona de Sao de Los Hidalgo, Bijarú; el día estaba nublado, de lluvia fina. Cuando paso por Cortadera, próximo a Los Negritos, siento una explosión. No definí qué era, no demoró mucho y siento otra explosión, iba para Antilla, me desvíó y cojo por el camino de Los Negritos para Banes que es donde yo siento la explosión.

En Veguita Tres veo mucha gente, y observo los restos del avión, como si lo hubieran puesto allí entre dos casas, en un terraplén aldeaño. Unos vecinos decían, yo vi que cayó una parte más adelante en los campos de caña, entonces metí toda la gente en el campo de caña a revisar aquello, no vimos nada, luego llegó uno que dijo que se habían llevado el cadáver del piloto. Otra persona nos informó que llegaron unos militares y se lo llevaron para Banes. Seguimos buscando, cogiendo datos de la gente, pero nadie sabía nada, solo que se había caído.

Pedro Breffe Espinosa (*Matanllurê*), chofer, indica:

Estuve movilizado durante la crisis de octubre en Los Pinos, en la división 56, con un grupo de choferes que mandaron de Antilla asignados a esa unidad. Cuando derribaron el U-2 montó en mi carro el ingeniero de caminos Raymundo, conocido por *Mundo*, este me indicó coger la carretera de Banes y, al llegar a una tienda doblamos a la derecha y más adelante nos encontramos los restos del avión, que estaba partido en dos pedazos, uno cayó en el patio de una casa y el otro en un campo de caña y, es ahí donde estaba el piloto, tenía un pedazo del brazo fuera de la cabina.

Junto a los vecinos del barrio ayudamos a sacar sus restos; tenía el casco partido por la mitad, vestía un overol verde olivo, lleno de abrochadores metálicos *-zipper-*. Estando allí, llegó una camioneta de la división 56 con la idea de trasladar el cadáver, al mismo tiempo llegaron en una oruga los

soviéticos y no quisieron que se trasladara en la camioneta y lo hicieron en la oruga, se comentó que entre los soviéticos venía el jefe que había derribado el U-2.

Estos días eran lluviosos y se comenzó el trabajo para trasladar los dos pedazos del avión, en horas de la noche quedó custodiado por un pelotón, finalmente, con una grúa y una plancha de ferrocarril lograron montarlo y trasladarlo para Ojo del Agua, en una zona de mucho monte donde se camufló.

Luis Isla Hernández añade:

Estaba movilizado por la UJC en el caserío del barrio Tasajeras en Banes, al escuchar la explosión y, después de correr un poco, llego al sitio donde cayó el avión U-2. Observo los restos más grandes en el camino, muy cerca de una vivienda y la parte de la cabina en un campo de caña aledaño; aquí pude ver al piloto en su asiento, con su casco puesto y un brazo le sobresalía con una herida en la mano.

En el lugar de la caída estaba de guardia con su fusil el miliciano que aparece en todas las fotos y videos del lugar de este hecho.

Orgelino Pérez Peña, jefe batallón infantería recuerda:

El día 27 me encontraba en la Loma de Retrete con la plana mayor del batallón bajo mi mando. Sobre las 10:00 horas salí del puesto de mando con el médico, un estudiante de 5to año de medicina, para visitar el pelotón de AAA, cuando escuché dos explosiones muy fuertes y, al observar el cielo, aprecié que algo grande caía a tierra, eran evidentes los restos de un avión, aunque el día estaba nublado.

Inmediatamente, vía telefónica me comunico con el puesto de mando de la división, informo lo observado y me confirmaron que era un avión enemigo, por lo que debía incrementar el cumplimiento de las misiones, es decir, que no me impartieron ninguna instrucción sobre el avión. Después conocí detalles sobre los restos, el cadáver del piloto y su conservación en el hospital de Antilla; estas tareas las cumplió el doctor Bisbé, jefe de servicios médicos de la división.

José Victoriano Suárez Mosqueda, vecino de Santiago de Cuba, soldado de la división 56, afirma:

Todas las mañanas nos daban alarma de combate, a esa hora pasaba un avión, el famoso U-2, ese que creaba una situación terrible en la división, en el sentido de que era a la misma hora la alarma de combate y nosotros teníamos que meternos en la trinchera con un agua terrible. Por la radio que había puesto el compañero Ernesto Pérez Shelton, jefe político de la división, oíamos las noticias de los vuelos rasantes de los aviones norteamericanos sobre la capital de la República y otras partes del país.

Aquel día cuando cayó la tarde, yo me deslicé hasta allí donde cayó el avión, entre otras cosas había unos tanques chiquitos, unos tubitos, pedazos de cascos con el nombre de Anderson y un rayo rojo, en ese pedazo de casco. Unos tanquecitos me los eché en los bolsillos grandes del pantalón de

campana y los he conservado durante más de 40 años; eso era parte de la indumentaria que tenía el mayor Rudolf Anderson, piloto del U-2 y mi mayor deseo sería entregárselo al Comandante en Jefe o al Ministro de las FAR en persona.

Omar de Moya Mustelier, vecino de Santiago de Cuba, camarógrafo de la sección filmica de las FAR asegura:

Cuando voy acercándome veo una cosa, una mole, tirada en la carretera, digo, qué será eso, me acerco más y veo que es un avión, pero gigantesco, nunca en mi vida había visto un avión de ese tamaño, llegué, me tiré del carro y vi un poco de compañeros, oficiales cubanos y varios oficiales soviéticos, al pie del avión. Empecé a filmar al personal, pero el avión era el que me impresionaba, y decía us; digo, ¡ah! este es el avión espía.

Adolfo Begdadi Herrera, instructor político del batallón de combate, comparte:

A las diez y pico de la mañana, el jefe de batallón y yo estábamos de recorrido cerca del poblado El Ramón, cuando sentimos la explosión, no sabíamos lo que era; al poco rato nos enteramos de que se había derribado un avión, pero la prensa, con vista a despistar al enemigo, dio una información, de que había sido en la provincia de Pinar del Río. Más tarde, nos enteramos que el cadáver del piloto lo habían llevado desde el hospital de Banes para el de Antilla.

El cadáver estaba custodiado con una serie de medidas de seguridad. A mí me dijeron, gente que lo vio, que tenía las dos piernas destrozadas, pero que de la cintura para arriba estaba entero.

Mario Herrera Carballosa, expresa:

El día 28 de octubre, uno de los movilizados, que no recuerdo su nombre, se apareció a la plana mayor del batallón y sacó de su mochila una serie de piezas pequeñas, chuchos, cables e interruptores y nos dijo que pertenecían al avión U-2, derribado, que había caído en Veguita Tres, este me obsequió algunos de ellos, los cuales guardé durante años y debido a varios cambios de residencia se me extraviaron.

Dr. Mario Pupo, vecino de Banes, explica:

En ese momento tenía 13 o 14 años y me encontraba en el cruce de Veguitas Tres, carretera Holguín-Banes, en la tienda conocida con el nombre de Tanganica, aldeaña a mi casa. En ese momento escuché las explosiones en el cielo y observé en el aire restos que parecían de un avión que caía. Me trasladé en bicicleta al lugar donde cayeron esparcidos los restos del avión y pude observar la parte del fuselaje perteneciente al tubo central y un pedazo de ala. Allí conocí que una parte más pequeña cayó junto con el cuerpo del piloto, pero los rusos no permitieron pasar a verlo. En el lugar encontré un pedazo de una pieza pequeña, que conservé en casa durante años.

Carlos López Monje, expone:

El día que se derribó el U-2 llegó al Baracutey el militante comunista Ángel Suris (*Pelao*) y nos dijo que en el hospital de Antilla se encontraba el cadáver del piloto, del avión norteamericano derribado en la zona de Banes. El personal movilizado nunca tuvo miedo y se cumplieron todas las órdenes y orientaciones que remitían. Los aviones norteamericanos pasaban rasantes por nuestra zona de defensa con rumbo al puerto de Antilla.

Alberto Tirador Escobedo, revela:

En octubre de 1962 trabajaba en el hospital de Antilla como auxiliar general, junto a Guillermo Martínez y otro trabajador de apellido Acosta. Recuerdo que estando en mi casa, en horas de la mañana de un sábado, escuché un fuerte estruendo, después conocí que había sido tumbado un avión por los soviéticos, que se encontraban en Banes, en ese momento yo no sabía lo que eran.

Cuando entré a trabajar en el turno de las tres de la tarde, me pidieron que llevara pijama y ropas de cama para la sala Finlay, sobre las cinco de la tarde, es cuando observo una camioneta que venía bajando hacia la morgue, con cuatro soldados y un *jeep* con cinco soviéticos, traían el cadáver del piloto tapado con gajos de árboles y lo condujeron a la morgue, ya que el hospital tenía una buena cámara de frío y muy buena comunicación interna y externa, también recuerdo que me mandaron a buscar al electricista Pedrín Maurell, ya que la cámara de frío no arrancaba por falta de gas y todos nos pusimos a ayudar para que echara a andar el equipo de refrigeración.

El director del hospital, Juan Simonetty Quintana, se reunió con el dirigente del partido Luis Felipe Santisteban para explicar la situación existente. Finalmente, un sargento y cuatro soldados quedaron de custodio en este lugar.

Ramón Cirilo Mora Morales, campesino de Veguita Tres, declara:

A mí me cogió el avión caído ahí, cuando vine a pagar unos quilos que le debía al señor que tenía un kiosquito en la esquina, cuando escuché el disparo.

Una explosión se sintió en el aire, después, nos quedamos en el kiosco, pero de momento, como yo estoy afuera, digo mira tú, mira lo que viene pa' bajo. Venía la cabina echando humo, mucho humo, pero no se sabía lo que era porque venía muy alto y al momento todo el cuerpo del avión dando vuelta. El cuerpo del avión cayó aquí, cabeza pa' allá y rabo pa' acá. La cabina cayó allá con el piloto dentro, lo sacaron después.

El ejército llegó, entonces nos separaron a nosotros, a tres que estábamos ahí. Raúl Borjas, el Niño Guerrero que era auxiliar de la zona y yo.

Continuando nuestra historia, el mando de la división soviética y su jefe Voronkov, recibieron la inmediata información de que el avión había sido derribado por el grupo de La Anita y cursó la indicación de capturar al piloto,

organizar la defensa circular de los restos en el lugar de caída y su enmascaramiento. Los primeros en llegar fueron curiosos residentes en la zona y en tránsito, además de personas armadas con cualquier instrumento, para capturar al intruso, si estaba vivo o, como había enseñado la Revolución, hasta prestarle auxilio si lo necesitaba. La misión era cuidar todo aquel amasijo de metales y restos humanos, de los posibles intentos de rescate por parte de las fuerzas armadas norteamericanas y sus servicios especiales.

Los restos del piloto estaban dentro de lo que había sido su cabina monoplace de vuelo, de inmediato fue trasladado al hospital del central Nicaragua, antiguo Boston, de la *United Fruit Company*, donde fue reconstruido y embalsamado para su conservación; ante la necesidad de una morgue con la temperatura requerida, fue trasladado al hospital de Antilla. Por fallas de la electricidad, fue enviado en una ambulancia, con una escuadra de soldados dirigidos por Armin Jiménez González —fundador de la Contra Inteligencia Militar (CIM), quien fungía como jefe G-2 militar en la costa norte de Oriente—, para una morgue contigua al Centro Asistencial Antituberculoso, ubicado en la parte que ocupa hoy la sala de fisioterapia del hospital Lenin, en la ciudad de Holguín, de aquí al cementerio Santa Ifigenia y, finalmente, a la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba.

Fue devuelto a su país en ceremonia de entrega oficial del sarcófago con su cadáver y sus pertenencias, realizada el domingo 4 de noviembre a las 3:00 de la tarde, a través del aeropuerto de Rancho Boyeros, con participación de la embajada Suiza y del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba, en plena crisis de octubre. Otros antillanos y holguineros, por diversos motivos, tuvieron acceso al cadáver o al área del hospital de Antilla donde se conservaba.

José Lazo Galbán, vecino de Antilla, plantea:

Encontrándome en mi vivienda sentí un agudo silbido y, posteriormente una fuerte explosión, corrí para el corredor del edificio, en el segundo piso de una edificación antigua y pude apreciar como caían los restos de algo que parecía un avión, de inmediato todo el pueblo se movilizó.

Más tarde y por mi condición de administrador de la farmacia, pude llegar hasta la morgue del hospital, allí estaba el cuerpo sin vida del piloto, su cabeza había sido separada del cuerpo y se le hizo

una reconstrucción. Este cadáver permaneció dos días en la morgue.

Juan B. Rodríguez Rodríguez, vecino de Antilla, rememora:

Yo iba por las cinco esquinas, de la ciudad de Antilla, debe haber sido como las 10 de la mañana y para mí era un día no laborable, porque yo trabajaba en el banco y ese día estaba de descanso, debía de ser un sábado o un domingo. Sentí una explosión, miré para el cielo y vi una cosa que bajaba rápido, detrás de la loma de Pilón. Después la prensa publicó que era un U-2, que había caído por Pinar del Río. Entonces yo dije, no fue en Pinar, fue detrás de la loma de Pilón.

Era jefe de personal de la Cruz Roja, que radicaba en el hospital René Ramos Latour.

Ese día Eladio, que también trabajaba en dicha institución, me enseñó el cadáver, me dijo: *Aquí en esta gaveta está*, entonces haló, pero yo vi nada más que la mitad del cuerpo. Después supe que fue mucho personal del ejército y vinieron médicos a tomarle huellas digitales. Allí no vi ningún militar que estuviera en el área de la morgue, estábamos solo nosotros. Porque se lo llevaron enseguida, no demoró más de dos o tres días.

Ortelio Rodríguez Pérez, técnico de laboratorio del hospital de Antilla, menciona:

En octubre estaba movilizado en la península del Ramón, era el jefe de los servicios médicos en el batallón. Con el segundo jefe, Ricardo Naranjo, me dirijo a Los Pinos a resolver unos problemas de medicamentos y otras cosas.

Al llegar al hospital nos encontramos que había una comisión que estaba revisando el cadáver, yo como andaba con Ricardo pude entrar, porque no dejaban entrar a nadie y vi que el cuerpo estaba completo, ya depositado en una de las gavetas frías de la morgue del hospital.

Conozco algunas opiniones de José Palacio Gallo, Francisco Batista y Manuel Velásquez, trabajadores de dicho hospital, que refieren sobre la llegada a la morgue del cadáver, traído por oficiales de la división y que, en los días que permaneció allí siempre estuvo custodiado y se limitaba el acceso a la morgue. Recuerdo versiones sobre la llegada del cadáver en una camioneta privada de la familia Saco, convenientemente tapado. A los dos días, por fallas de la electricidad, lo trasladaron en la ambulancia del hospital para Holguín.

Armín Jiménez González, fundador de la CIM, alude:

Conocí que se había derribado un avión tipo U-2; el capitán Chaveco, jefe de la división 56, quien trabajaba en la creación del Cuerpo de Ejército de Holguín, me llamó y me indicó que debía trasladar el cadáver del piloto norteamericano que estaba en la cámara fría de la morgue del hospital de Antilla para la ciudad de Holguín.

De inmediato, con una escuadra de soldados, me dirigí a Antilla donde el director del hospital nos entregó el cadáver. Lo trasladamos para la morgue contigua al Centro Asistencial Antituberculoso, ubicada en la parte que ocupa hoy la sala de fisiatría del hospital Lenin, de esta ciudad.

Incremento del peligro nuclear

El 28 de octubre de 1962, Fidel Castro Ruz, en una declaración pública, daba a conocer la posición de la revolución cubana, basada en los Cinco Puntos (véase imagen 1) que, de cumplirse, garantizarían una verdadera paz, pues constituían demandas concretas y sobre bases decorosas. Los yanquis no quisieron considerarlos y exigían la inspección de nuestro territorio, para verificar el compromiso soviético de retirar las armas estratégicas enclavadas en el país, de esta forma querían humillarnos y debilitarnos moralmente. Se había negociado y hallado un entendimiento entre la URSS y Estados Unidos relacionado con la crisis que amenazaba a la humanidad con la guerra nuclear.

Los Cinco Puntos COMUNICADO:

(Publicado en Revolución, el lunes 29 de octubre de 1962)

**El Primer Ministro Fidel Castro, dio
a la publicidad la siguiente declaración:**

En relación con el pronunciamiento formulado por el Presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, en carta enviada al Primer Ministro de la Unión Soviética, Nikita Jruschov, en el sentido de que los Estados Unidos aceptarían, después de establecerse adecuados arreglos a través de las Naciones Unidas, eliminar las medidas de bloqueo en vigor y dar garantías contra una invasión a Cuba; y en relación con la decisión anunciada por el Primer Ministro, Nikita Jruschov, de retirar del territorio cubano las instalaciones de armas de defensa estratégica, el Gobierno Revolucionario de Cuba, declara que:

No existirán las garantías de que habla el Presidente Kennedy contra una agresión a Cuba, si, además de la eliminación del bloqueo naval que promete no se adoptan, entre otras, las siguientes medidas:

PRIMERO: Cese del bloqueo económico y de todas las medidas de presión comercial y económica que ejercen los Estados Unidos en todas partes del mundo contra nuestro país.

SEGUNDO: Cese de todas las actividades subversivas, lanzamiento y desembarco de armas y explosivos por aire y mar, organización de invasiones mercenarias, filtración de espías y saboteadores, acciones todas que se llevan a cabo desde el territorio de los Estados Unidos y de algunos países cómplices.

TERCERO: Cese de los ataques piratas que se llevan a cabo desde bases existentes en los Estados Unidos y en Puerto Rico.

CUARTO: Cese de todas las violaciones de nuestro espacio aéreo y naval por aviones y navíos de guerra norteamericanos.

QUINTO: Retirada de la Base Naval de Guantánamo y devolución del territorio cubano ocupado por los Estados Unidos.

Fidel Castro Ruz

Primer Ministro del Gobierno
Revolucionario de Cuba

Propuesta solución de crisis del gobierno cubano.

Fuente: archivo personal del autor.

El peligro de una agresión militar no había pasado; en las arenas de la playa El Baracutey, en la península del Ramón, como por todo el territorio nacional continuaban los días de tensión. Ahora todo dependía del valor, la decisión y la voluntad de nuestras fuerzas armadas y del pueblo cubano; sin embargo, notamos la ausencia de aviones en el aire y dejamos de escuchar los ruidos de sus motores.

Nos manteníamos bajo la inclemencia de aquellos prolongados días de lluvia y humedad, en el horizonte se veían las mismas siluetas de los barcos que nos vigilaban, muy superiores en la calidad del armamento, fuerzas y preparación militar, no obstante, nunca fueron superiores en lo político, moral y en la justeza de nuestra causa, que era la misma de nuestros antepasados gloriosos.

Pese al mismo régimen de alimentación, casi a diario de carne en conserva de procedencia rusa o china, con cierto sabor dulce, a la que no teníamos el paladar acostumbrado, ni podíamos digerirla por el exceso de grasa, en el transcurso de los días mejoraron los suministros y nos adaptamos a este tipo de comida enlatada. Referido al apoyo por parte de las instituciones y la población testigos como Manuel E. Martínez Suárez (*Villa*) expresaron que “Durante la crisis de octubre estuve todo el tiempo trabajando en el café El Baturro de Antilla, ayudando en los abastecimientos de comida, café y cigarros para las unidades que se encontraban movilizadas cerca de la ciudad”. Mientras que Antonio Portuondo Barrera dijo: “Fui responsable de la panadería de la división 56 en Antilla, la antigua panadería López en la calle Carlos Manuel de Céspedes, pasó a la división en noviembre del 61. Allí, inicialmente trabajé de maestro panadero y jefe de producción, durante la crisis toda la producción se realizó para las unidades movilizadas”.

En las playas antillanas perfeccionando el sistema de trincheras, pozos de tiradores y otras pequeñas obras ingenieras al nivel de mando de la Compañía, que nos ponía como los mejores del batallón. Los hombres cada día se cohesionaban más, no había indisciplinas; nunca vi una discusión entre los compañeros, todo lo contrario, una alta colaboración y solidaridad con el que estaba al lado, la preocupación por repartir equitativamente la comida, traer un paquetico, recados o saludos de los familiares. Se mantenía el espíritu combativo, aunque en los análisis que pude participar siempre se evaluaron las fallas, deficiencias insignificantes, exceso de confianza, no atender una indicación de algún jefe, llegar tarde a la guardia, es decir, todo con un sentido

preventivo, para ganar experiencia y aumentar las medidas de seguridad y elevar la disposición combativa.

Los días 30 y 31 de octubre, U. Thant, secretario general interino de la Organización de Naciones Unidas, sostenía conversaciones con Fidel, calificadas de fructíferas y constructivas. Ya durante la primera quincena de noviembre, conocíamos por nuestra información de mando y por los políticos, de los intercambios de misivas entre Fidel y Nikita Jrushchov, nuestro pueblo tarareaba el estribillo: “Nikita, Nikita, lo que se da no se quita”, en clara alusión a la retirada de los cohetes estratégicos y otras armas que los yanquis consideraban ofensivas. A través de las misivas entre ambos dirigentes, desclasificadas en 2012, nos aclaramos de las debilidades, fallas políticas y militares de la dirección soviética y, en especial de Nikita, ante la soberbia y agresividad del gobierno de Estados Unidos; no obstante, su posición en todo momento fue de reconocimiento y de apoyo a la Revolución.

El 5 de noviembre se reiniciaron los vuelos rasantes y de reconocimiento y había orden de no disparar para no afectar las conversaciones entre la URSS y Estados Unidos. que tenían lugar sin la participación de Cuba. El día 6, el periódico *Surco* anunciaba la actuación de Alicia Alonso y su ballet en el Ateneo Deportivo de la ciudad de Holguín y la visita de esta ilustre bailarina a los combatientes en sus trincheras de combate. En el amanecer del día 7, en la información política se hizo referencia a la conmemoración del XLV Aniversario de la Revolución de Octubre.

Se conocía que, desde el 8 de noviembre, los navíos y aviones estadounidenses inspeccionaban en alta mar los barcos que realizaban la retirada de los cohetes estratégicos y de otras armas consideradas ofensivas; existía el compromiso de que el 12 de noviembre se completaría la operación. Durante la retirada de los cohetes, Cuba había persistido en la negativa a permitir la inspección de nuestro territorio.

Sobresalían, además de la grave situación militar, todas las gestiones políticas y diplomáticas de las visitas a Cuba de Anastas Mikoyan, viceprimer

ministro soviético y de U Thant, por la ONU, a la par que las negociaciones directas entre la URSS y Estados Unidos. En estas circunstancias se conoció sobre el cumplimiento del calendario de retirada, la inspección en alta mar y de las nuevas exigencias yanquis sobre el carácter ofensivo, ya no solo de los R-12 y R-14, sino de los anticuados aviones IL-28, que no estaban incluidos en los acuerdos iniciales, lo que trajo de nuevo tensiones en las negociaciones políticas y en las acciones de carácter militar, con amenazas de bombardearnos, y nuestra respuesta de disparar a los aviones y los buques que violaran nuestro territorio y aguas jurisdiccionales.

De nuevo lo sucedido entre el 10 y 15 de noviembre repercutía en el incremento de las tensiones y de nuestras actividades para la defensa, continuamos mejorando las trincheras y las condiciones de vida en campaña, el adiestramiento en el uso del armamento, las alarmas por el avistamiento de aviones y naves marítimas en nuestro cielo y el horizonte, el cumplimiento de la información y la preparación política adecuadas a nuestras condiciones y la situación imperante.

Después de más de veinte días de movilización o atrincheramiento como decíamos, el día 15 de noviembre, Fidel informaba a la ONU el incremento de los vuelos rasantes violando nuestro espacio aéreo, mediante el uso de aviones que utilizaban bases y portaviones en la zona del Caribe; recordaba los Cinco Puntos de la propuesta cubana y nuestra disposición a una paz verdadera, mencionaba la entrega del cadáver del mayor Anderson, por el interés demostrado en las conversaciones políticas con U Thant y de los propios familiares del piloto, vinculados a la familia Kennedy. También alertaba nuestra decisión de abrir fuego ante las violaciones de nuestro espacio aéreo y aguas jurisdiccionales.

El día 16 de noviembre, los artilleros cubanos se quedaron con los deseos, porque a partir de esa fecha los aviones yanquis no volaron más, el enemigo conocía nuestra posición política y la orden expresa de disparar con nuestras armas antiaéreas a las aeronaves violadoras.

Junto a la disminución de las tensiones en el campo político y militar, los órganos locales de la economía cubana comenzaban sus gestiones para lograr la desmovilización de los hombres necesarios en sus respectivos centros laborales; en algunas oportunidades lograban su propósito, afectando nuestro completamiento y disposición para la defensa. No habíamos llegado al concepto de la Guerra de todo el Pueblo de nuestra doctrina militar.

Comenzaban a correr los rumores de la posible desmovilización de una compañía de nuestro batallón y hasta que podía ser la nuestra por su resultado en la disciplina y la calidad de su trabajo en el acondicionamiento de las trincheras, obras para las condiciones de vida y para situar a los enfermos o futuros heridos, entre otras fortificaciones.

A partir del día 20 de noviembre, por decisión del presidente Kennedy, se dispuso el cese del bloqueo naval militar instaurado, en cumplimiento de los acuerdos URSS-Estados Unidos. Para retirar también los bombarderos ligeros IL-28; se estableció un plazo de 30 días para embarcarlos e inspeccionarlos en aguas internacionales. Los soviéticos impartieron ese día igualmente el cese a la orden de alerta de sus fuerzas armadas. Recuerdo que el horizonte comenzó progresivamente a estar limpio de embarcaciones enemigas desde esa fecha, aunque continuaba la ausencia de entradas y salidas de buques en la bahía de Nipe.

De esta forma, en horas de la mañana del 21 de noviembre recibimos orden para comenzar los preparativos de desmovilización de nuestra Compañía, que debía ejecutarse a partir de la 09:00 horas del día 22 de noviembre. Puntualmente, fue llegando a la playa nuestro transporte y, en el orden establecido, los comenzamos a abordar. Nos llenaba un sentimiento de emoción y alegría, por la convicción del deber cumplido y la proximidad del encuentro con nuestro pueblo y, muy especialmente, con nuestros familiares y amigos.

Tras la salida de las arenas de El Baracutey, comenzamos a subir las elevaciones de la península, nos dirigimos a la región de ubicación permanente

del batallón en su parte más alta, donde aquella noche del 22 de octubre, un mes atrás exactamente, habíamos recibido nuestro armamento individual; ahora con todos los requisitos establecidos en cuanto a conservación y limpieza, hacíamos la entrega establecida, de forma ordenada y sin prisa, los fusiles con la capa de grasa que la mantuvimos durante los 30 días, la entrega de los dos módulos de cartuchos con sus discos.

Después de un mes, cada uno de nosotros conocía el armamento, sus datos tácticos y técnicos, su desarme de campaña, que realizábamos día por día por la adhesión de la finísima arena de nuestras playas; este armamento se había convertido en inseparable durante el día, la noche y hasta en las horas de sueño, sin desprendernos de su correa de sujeción.

Salimos en columna integrada por tres camiones, por el mismo itinerario; próximo al medio día, hicimos entrada a la ciudad de Antilla, hasta el cuartel del Ejército Rebelde; aquí nos organizamos y comenzamos la marcha a pie, en formación por escuadras y pelotones; recuerdo que entonamos himnos de combate, consignas, había banderas cubanas en los portales de las viviendas de nuestros familiares y de la población, nos daban vivas, era evidente el orgullo de todos por la misión cumplida y la unidad del pueblo en torno a su líder Fidel.

Durante la marcha, fijo mis recuerdos en el caserón de madera y techo de zinc donde nací, en la calle Carlos Manuel de Céspedes núm. 35, fruto de la decisión de mi abuelo materno, José Otero Caiñas, nacido en 1879 en Inojo, Orense, España; llegó a Cuba, en 1902, con 23 años, huyendo a los propósitos de sus padres de que hiciera estudios sacerdotales. En Cuba, después de los trabajos propios de un joven inmigrante, que hizo de todo, hasta llegar a retranquero de los ferrocarriles, convirtió su antiguo bar de expendio de bebidas, adquirido tras años de esfuerzos y sacrificios, en cinco viviendas como herencia para cada uno de sus hijos.

Toda la familia coincide en aseverar que mi abuelo, a partir de la muerte de mi abuela a los 35 años, crió a sus hijos con rectitud y los convirtió en

hombres honrados, les inculcó el amor al trabajo, les legó su simpatía por los republicanos españoles en sus luchas, les enseñó ideas elementales socialistas, así como el apoyo a los internacionalistas cubanos de aquella época; en las casas de mis tíos se cantaba la canción sobre el quinto regimiento español.

También observé, al lado derecho, la vieja casona de dos pisos, conocida como la ciudad de Londres, burdel visitado por los marineros de los mercantes extranjeros y de los buques de guerra norteamericanos que entraban al puerto y también donde vivían hacinadas familias numerosas, muy humildes y otras que hasta el año 1959 ejercían la prostitución y no tenían trabajo, allí nacieron amigos míos negros y blancos honrados.

Recuerdo las visitas de personas muy humildes, muchos de la raza negra: Juana la jamaicana, amiga de confianza de la casa; el haitiano Ramón, que nos visitaba casi a diario, venía a caballo de la zona de Canalito; Genaro, el galleguito, de pequeña estatura, paisano de mi abuelo; Iluminada, la comadróna; la negra Zarina, su hijo Kikín y otros hermanos; Pipiche, hijo de Pepe Fáez; Piedra China, estos últimos nunca usaron camisas, apenas pantalones cortos y descalzos, con esta vestimenta integraban nuestro equipo de pelota, ¡había que ver cómo se alimentaban! en el caso de Pipiche, su madre Chicha era doméstica en la casa de una familia acomodada.

Así, absorto en mis memorias, continuamos marchando hasta la estatua de nuestro apóstol José Martí, donde con un acto de recibimiento, organizado por las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), integradas por el movimiento 26 de julio, el partido socialista popular y con las palabras del jefe de batallón, concluyó la movilización de sus integrantes.

Epílogo

La crisis de octubre fue un momento muy tenso y peligroso para las relaciones internacionales, paradójicamente habían transcurrido 17 años del bombardeo nuclear a las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki y estas experiencias no habían servido al mundo; por encima había que preservar el valor humano,

el patriotismo y la justicia. Las lecciones que pueden extraerse de esta contingencia fueron múltiples y muy variadas para la vida de los pueblos. El mundo y nuestra patria estuvieron a punto de una guerra nuclear, consecuencia de la política agresiva y brutal del gobierno norteamericano contra Cuba y el plan de pretender invadir la isla, ya con el empleo directo de las fuerzas navales, aéreas y terrestres de ese país, plan aprobado diez meses después de la derrota que sufrieron en Playa Girón.

La cúspide de los gobernantes norteamericanos no quiso nunca considerar los Cinco Puntos de la dignidad, que concretamente la Revolución había expuesto de forma reiterada y, en contraposición, insistieron en realizar la inspección del territorio nacional, como supuesta forma de verificar el compromiso soviético de la retirada de las armas llamadas estratégicas u ofensivas. Era indudable el intento de humillarnos, afectar nuestra moral, mellar la confianza del pueblo en su Revolución, querían con todo esto, crear un precedente que en el plano internacional le permitiera a la superpotencia aplicarlo a cualquier país débil o pequeño, de nuestra América o el mundo. El entendimiento entre la URSS y Estados Unidos no resolvía las causas que engendraron la crisis. Para Cuba el peligro de agresión no había cesado.

Las enseñanzas y significados están relacionadas con la concepción de que la seguridad del país siempre dependerá, en primer lugar, del valor, la decisión y la voluntad de todo el pueblo unido, con el apoyo de la solidaridad mundial, sobre la base de la capacidad nuestra para resistir la agresión.

Sobre estos acontecimientos el Ché, en su carta de despedida, leída por Fidel el 3 de octubre de 1965, expresó: “he vivido días magníficos y sentí a tu lado el orgullo de pertenecer a nuestro pueblo en los días luminosos y tristes de la crisis del Caribe. Pocas veces brilló más alto un estadista que en esos días, me enorgullezco también de haberte seguido sin vacilaciones, identificado con tu manera de pensar y de ver y de apreciar los peligros y los principios [...]”.^{[11](#)}

En Antilla, nuestro batallón se entrenó y logró la preparación necesaria, en el teatro de operaciones militares durante un mes, logrando, en condiciones

de guerra, ambientales y atmosféricas complicadas, más cohesión, disciplina y una alta moral combativa, que le permitieron cumplir cuantas misiones se le plantearon en los años sucesivos.

Fuentes

HEMEROGRAFÍA

Revolución

BIBLIOGRAFÍA

Che Guevara Presente. Una antología mínima, comp. y pról. María del Carmen Ariet García y David Deutschmann, s.l., Proyecto Editorial Che Guevara/Centro de Estudios Che Guevara, 2007.

Diez Acosta, Tomás, “La operación Anádir”, Conferencia Científica sobre Historia Militar, La Habana, 1983.

Guevara de la Serna, Ernesto, *Diario del Che en Bolivia*, Editorial Pueblo y Educación, Ciudad de la Habana, 2009.

Jiménez Gómez, Rubén G., *Octubre de 1962. La mayor crisis de la era nuclear*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2003.

Larralde Otero, Oscar, *Camilo en Antilla*, Holguín, Editora La Mezquita, 2013.

¹ Operación Anadir: con esta denominación se trataba de encubrir la operación, desviando la atención a esta zona, pues el río Anadir se ubica en el extremo oriental de Siberia y vierte sus aguas o sus hielos en el estrecho de Bering. El 4 de junio de 1962, el ministro de defensa de la URSS ratificó el plan calendario de esta operación, el que contenía medidas de carácter organizativo para la formación, completamiento y preparación de las unidades, el embarque y el carácter secreto del traslado de los 45 000 hombres y la técnica militar a Cuba, a 10 000 km de distancia.

² ATS: Agrupación de Tropas Soviéticas. El 10 de junio de 1962, con la movilización de las tropas designadas, comenzó su integración: una división coheteril estratégica —dos regimientos R-12 y R-14—, cuatro regimientos de infantería motorizada, cohetes FKR y Luna, capaces de trasladar cargas nucleares tácticas, dos divisiones de cohetes antiaéreos sa-75, un regimiento de aviación de caza MIG-21 F-13, bombarderos ligeros IL- 28, fuerzas y medios de la Marina de Guerra, incluido cohetes SOPKA, entre otros medios de combate, fuerzas y aseguramientos. Resumiendo 45 000 soldados soviéticos. Planificado su traslado con 85 buques mercantes y realizando 185 travesías.

³ Entrevista a Víctor Morell Maza y José Lazo, realizada por Oscar Larralde, municipio de Antilla, provincia de Holguín, octubre de 2015.

⁴ Díez, “La Operación Anádir”, 1983, p. 87.

⁵ Larralde, *Camilo en Antilla*, 2013, p. 44.

⁶ Guevara, *Diario del Che*, 2009, p. 29.

⁷ Fidel Castro Ruz, “Comparecencia del día 24 de octubre para informar al pueblo sobre el bloqueo y preparativos de la agresión yanqui”, *Revolución*, 25 de octubre 1962.

⁸ El 15 septiembre de 1962 llegó a Cuba con su grupo coheteril por el puerto de Nicaro, Mayarí. La técnica de combate se trasladó por vía férrea en la locomotora diésel 122, del Central Nicaragua con su maquinista Pio Vázquez López, nacido en Lugo, España, en 1899, hasta el chucho cañero, del poblado de La Anita, Banes. Otra parte de la técnica de combate se trasladó sobre sus ejes, integrados por cuñas Zil 131 KV y sus PR-11 con sus cohetes. Salió de regreso a la URSS ya ascendido a teniente coronel, el 24 de febrero de 1964, después de haber cumplido su misión internacionalista y entregar el grupo a las FAR.

⁹ Alcanzó el grado de teniente general del ejército soviético. Llegó a ser director de la Academia de Especialistas Ingenieros en Defensa Antiaérea en Odesa, Ucrania, donde pasó a retiro.

¹⁰ Versión de estas voces de mando aparecen en Jiménez, *Octubre de 1962*, 2003, p. 273.

¹¹ *Che Guevara*, 2007, p. 405.

Más allá del deber. Un teniente español y los mambises

José Abreu Cardet

“Escribo estos cortos renglones bajo la impresión de una hermosa victoria [...] la columna enemiga, compuesta de 500 a 600 hombres fue casi por completo destruida dejándonos en el campo 350 cadáveres y varios oficiales prisioneros”.¹ Así describía el general insurrecto Calixto García, al presidente de la república de Cuba en armas, Carlos Manuel de Céspedes, la victoria de Santa María de Ocuja. La acción había sido librada el de 26 de septiembre de 1873, en el norte del oriente de Cuba.

Este triunfo fue un momento cumbre de la recuperación de las fuerzas revolucionarias en la parte oriental de la isla. Luego del alzamiento, en octubre de 1868, y de algunos éxitos iniciales como la toma de Bayamo, la situación cambió rápidamente con el envío de numerosas tropas de la metrópoli a la zona de operaciones. Los insurrectos fueron desalojados de gran parte del territorio que ocuparon en los primeros meses de la guerra.

La situación fue paulatinamente cambiando; los cubanos aprendieron a combatir, recibieron armas y parque en varias expediciones enviadas por la inmigración. Se produjo una recuperación militar. Obtuvieron algunas victorias. Pero hasta aquellos momentos ninguna otra acción era comparable a la de Santa María del Ocuja. Llamada también el “Copo del Chato” por el apodo con que los mambises denominaban al jefe de la columna, el coronel Gómez Diéguez. Un militar, según Carlos Manuel de Céspedes, “[...] muy renombrado por su valor y crueldades [...]”.²

Entre los oficiales que quedaron prisioneros se encontraba el teniente Antonio del Rosal y Vázquez de Mondragón, jefe de la contraguerrilla montada de la columna expedicionaria de Chiclana, como se llamaba la unidad aniquilada. Estuvo en poder de los mambises desde el 26 de septiembre hasta el 18 de noviembre de 1873. Al ser liberado por los independentistas cubanos Antonio escribió un folleto titulado *Los mambises. Memorias de un prisionero*,³ que se imprimió en el año de 1874 en Madrid. El texto es un estudio sobre las tácticas empleadas por los independentistas cubanos. Según el autor, en él trató de sintetizar las “costumbres de los insurrectos, a sus modos de vivir y hacer la guerra, a sus recursos, a sus cualidades”.⁴

Los mambises era una obra de un carácter militar que tenía como fin enseñar al ejército hispano cómo combatir a los insurrectos. Se escribieron otros textos con estas características como el de Adolfo Jiménez Castellanos, *Sistema para combatir las insurrecciones en Cuba según lo que aconseja la experiencia*. En este sendero también está el de Leopoldo Barrios Carrión: *Algunas consideraciones sobre la historia de la guerra de Cuba, segunda parte. Deducciones tácticas, logísticas y orgánicas*. Estas dos fueron obras escritas por militares que combatieron la insurrección, pero ninguna tuvo las características de la del Rosal, que además de enfrentar a los rebeldes cubanos desde las filas del ejército fue prisionero de ellos por casi dos meses. Periodo en el que logró obtener valiosa información de sus captores.

Luego escribiría una segunda obra sobre sus días de prisionero, a la cual tituló *En la Manigua: diario de mi cautiverio*,⁵ publicada en 1876 y realizaría una segunda edición en 1879, en la que incluyó *Los Mambises*.⁶

Los motivos del odio de un teniente español

Intentaremos muy brevemente hacer la reconstrucción del pensamiento de un oficial del ejército español, que en 1873, combatía en los campos cubanos. Antonio del Rosal era natural de Loja, provincia de Granada y graduado de una academia militar. En septiembre de 1873, en el momento de caer

prisionero, tenía 27 años. Años después llegaría a general de brigada. Escribió por lo menos cuatro libros sobre temas militares.⁷ Falleció en 1907, pero para los intereses del presente trabajo nos incumbe su vida hasta 1874 el año en que publicó *Los mambises*.

Al iniciarse la guerra de 1868, los oficiales y soldados del ejército español se encontraban bajo la influencia de un intento de recuperar el papel de gran potencia que, en tiempos pasados, había desempeñado España. Para esto la metrópoli participó en varias aventuras coloniales. En 1858 envió una expedición integrada por unos 1 500 militares a Indochina junto con los franceses. No fue hasta 1862 que retiró de esa región sus fuerzas.⁸ Entre 1859 y 1860 realizó una agresión contra Marruecos. Participó en el inicio de la intervención francesa en México, que culminó en el trasnochado imperio de Maximiliano. Alrededor de 4 000 militares fueron enviados a las costas mexicanas, pero se retiraron antes del estallido de la guerra de ese pueblo contra el dominio extranjero. Intentaron ocupar las islas peruanas de Chincha, ricas en guano,⁹ esta agresión provocaría la guerra contra Chile y Perú. No lograron reconquistar las islas y se retiraron prácticamente derrotados.

En 1861 retornaron a República Dominicana, a la que incluyeron nuevamente en su imperio. La iniciativa para esta aventura partió de la élite del poder de ese país, encabezada por el presidente Pedro Santana, pero contó con el respaldo de la metrópoli. Esto provocó una guerra independentista que concluyó en 1865 con la expulsión de España.¹⁰

De este modo fue que los españoles llegaron a la guerra de 1868 luego de una serie de bochornosos fracasos. No obtuvieron provecho alguno de sus intervenciones en Indochina y México. Fueron derrotados en la guerra del Pacífico y en Santo Domingo. El reto cubano de octubre de 1868 fue un fuerte golpe al nacionalismo sobredimensionado, según los defensores del imperio, los vecinos de esta isla, que habían sido civilizados y protegidos por la noble Madre Patria se mostraban desagradecidos y pretendían separarse.

El espíritu imperial y chovinista español fue humillado por las victorias iniciales de los independentistas cubanos. La mayor de Las Antillas con su producción de azúcar y tabaco era determinante en la economía de la metrópoli, su pérdida sería un golpe demoledor para el estado y en general la sociedad española.

Los oficiales hispanos se habían educado en una mentalidad colectiva de la superioridad sobre los criollos del Caribe. Una parte de los vecinos de la isla tenían sangre africana, otros aunque se podían considerar blancos, siempre existía la amenaza de una abuela de piel oscura.

El tipo de contienda que se desarrollaba en la mayor de Las Antillas, a los ojos de un oficial formado en una academia militar europea como Antonio del Rosal debía de ser bastante singular. Escaseaban los combates, los días bélicos se diluían en tiroteos, hostigamientos, ataques a pequeños poblados por los insurrectos con el objetivo de saquearlo más que de vencer las reducidas guarniciones. Antonio no pudo entender a sus enemigos, aunque realizó un detallado análisis de sus tácticas y las formas de combatirlo, no concibió los motivos de por qué peleaban de esa forma. Un aspecto esencial para juzgar las tácticas del mambí era el estrecho bloqueo a que los sometió el imperio español. Un material tan indispensable en una contienda como las municiones escaseaban en las filas libertadoras. El 13 de septiembre de 1872 el presidente Céspedes anotaba en su diario personal: “No tenemos parque”.¹¹ Treinta y cuatro días después, el 6 de noviembre, escribía; “Todas nuestras divisiones carecen de parque”.¹²

Un ejército que vivió en tales límites tuvo que recurrir a medidas extremas para sobrevivir. Una de ellas fue acudir a la guerra de guerrilla. También asaltar poblados para obtener las vituallas. Lo que Antonio llamó despreciativamente como robos era una necesidad de primer orden de los revolucionarios.

Del Rosal nos dio un elemento que nos ayuda a explicar por qué los mambises no se enfrascaban en grandes y costosos combates en vidas humanas. Preferían disparar contra sus enemigos, ocultos en los bosques a gran distancia

o atacar sorpresivamente. Además de las cuestiones sociales y éticas que influían en esa decisión, pues la mayoría de los jefes libertadores conocían a sus hombres, en no pocos casos había lazos de parentesco o de antiguas relaciones de barrios. No se estaba ante una masa anónima que se podía mandar a la muerte con la indiferencia de un general británico o alemán de la primera guerra mundial. A esto habría que agregar lo difícil que era disponer por medio del reclutamiento de un soldado de las características del mambí.

Cada mambí era el resultado de la selección natural. Los que no fueron capaces de resistir enfermedades y penurias quedaban en el largo sendero de la insurrección. Además eran gente de un convencimiento político que rayaba en el fanatismo. Un universo de resistencia, estaba detrás de cada uno de estos hombres que conoció del Rosal en sus días de cautivo. Es lógico que jefes y oficiales tuvieran mucho cuidado en no enviar a estos hombres a combates donde el número de víctimas sería muy alto. Acciones como la de Santa María de Ocujaal eran bastante excepcionales. En el texto *Los mambises* Antonio se refiere a estas características de los enemigos de España en la isla. Gracias a estas tácticas guerrilleras lograron resistir durante diez años a un ejército infinitamente superior en hombres, equipos bélicos y todo tipo de vituallas.

Antonio del Rosal se rebeló durante su cautiverio como un excelente oficial de lo que hoy llamaríamos inteligencia militar. Logró observar cuidadosamente las costumbres de los mambises, escuchó las conversaciones de oficiales y soldados. Se aprovechó de la ingenuidad de estos campesinos convertidos en bravos insurrectos, de esa virtud, llamémosle así, de ser en exceso comunicativo. De la amabilidad del criollo que trata de agradar en todo lo posible al recién llegado aunque sea como en este caso un prisionero enemigo. Tomó toda la información que creyó conveniente, la memorizó y luego la escribió y publicó en su libro *Los mambises*.

Aunque no todos los mambises fueron tan ingenuos. El día 21 de octubre de 1873, el presidente de aquella república guerrillera, Carlos Manuel de Céspedes comprendía la labor de inteligencia militar que estaban realizando los

militares españoles prisioneros. Escribió en su diario personal con amargura pero con objetividad:

Parece que los oficiales españoles se están enterando perfectamente de todos nuestros asuntos y predicando la autonomía. Notable imprudencia la del que tenga esos enemigos en medio de nuestras fuerzas compuestas de hombres ignorantes y comunicativos Por qué esos prisioneros no han tomado ya su destino. En otro tiempo hubiera tomado yo una medida; pero hoy disgustado, sin apoyo, en la indecisión, á nada me atrevo, ni quiero ocuparme de nada.¹³

Céspedes estaba a punto de ser destituido como presidente y sentía que había perdido su poder e influencia de antaño.

Es cierto que Antonio del Rosal engañó a sus amables captores pero de poco le sirvió. Los insurrectos continuaron aplicando sus tácticas, eludiendo la persecución enemiga, hostigando a las columnas e incluso en ocasiones batiéndolas y derrotándolas. Es indiscutible que Antonio del Rosal realizó un importante aporte a la historiografía de la guerra dejando un valioso documento, al parecer único por ser producto de una experiencia personal, primero como represor en las filas coloniales y luego como un agudo observador entre los insurrectos. El texto revela la vida cotidiana de los mambises su forma de luchar, de acampar. Escrito con el objetivo de combatir y matar al mambí perdió su vigencia bélica con el transcurrir del tiempo y se convirtió en un apasionante testimonio que retrata con plasticidad y objetividad la vida cotidiana de los insurrectos.

Antonio publicó la primera edición con el título *Los mambises: memoria de un prisionero*. Posteriormente escribió la memoria sobre su estancia entre los insurrectos que dio a la luz como un diario: *En la manigua: diario de mi cautiverio*, seguido del folleto *Los mambises*. De esta segunda edición tomamos el texto que ponemos a disposición del lector. Respetamos las notas que escribió Antonio del Rosal, la reproducimos y aclaramos que son del autor. Iniciemos la lectura del texto del teniente español.

Los mambises

Por Antonio del Rosal y Vázquez de Mondragón

Al excelentísimo señor D. Francisco
de Costa y Albear Brigadier de los ejércitos
nacionales en la isla de Cuba

Me honro en dedicar á V. B. estos mal ordenados apuntes, que carecerán de elegancia y buena corrección de estilo, como no puede menos de suceder en una obra de quien, cómo yo, ocupado exclusivamente en el ejercicio de la profesión militar, no ha tenido jamás ocasión de dedicarse á estudios literarios pero abrigo la esperanza de que V. E., que tan profundo conocimiento tiene de la especial guerra que se sostiene en este privilegiado suelo, y en la que tantos y tan buenos servicios ha prestado, sabrá apreciar, no el mérito de que estas páginas carecen, sino la verdad que en ellas reina, y la exactitud consiguiente á la constante observación de dos meses.

Si el conocimiento de estos datos, que he recogido en la época más azarosa de mi vida, puede ser de alguna utilidad á mi país, y son del agrado de V.E, mis aspiraciones quedarán satisfechas.

Santiago de Cuba, 3 de Diciembre de 1873.

Excmo. Señor:

Antonio del Rosal y Vázquez de Mondragón

Capítulo I

Los mambises: su número

El objeto que me propongo al escribir estas líneas, es dar á conocer las observaciones que he podido hacer durante el tiempo de mi cautiverio, referentes á las costumbres de los insurrectos, á su modo de vivir y hacer la guerra, á sus recursos, á sus cualidades, y no sólo á cuanto ellos me han dejado ver, y aun creo que han tenido empeño en enseñarme, sino también algunas cosas que he adivinado, por conjeturas fundadas en datos positivos. Siento que mi relato no pueda ser tan detallado como quisiera; pero han sido causas más que suficientes á impedírmelo, por una parte el haberme visto precisado á fiarlo todo á la memoria, por carecer de otros medios, y, por otra, la apatía consiguiente á la escasez de recursos, á las penalidades, y sobre todo, al constante peligro de perder la vida.

A los insurrectos, en el lenguaje familiar, se les conoce con el nombre de *mambises* y ellos parece como que están orgullosos de llamarse así. Muchas son

las opiniones que he oído referentes á la etimología de la palabra *mambís*, de las cuales, á mi parecer, la que más se aproxima á la verdad, es la emitida por un teniente coronel de ellos, llamado Saladriga. Dice que es la palabra india con que en antiguos tiempos se designaba á los que se rebelaban contra sus caciques. Aquellos insurrectos, á la manera de los actuales, se refugiaban en lo más espeso de los bosques, donde permanecían constantemente ocultos, sin dejarse ver más que cuando intentaban alguna fechoría; dé aquí el que, comparándoles con él, le diesen el mismo nombre de mambís, con el cual se designa un pájaro que jamás sale del bosque.¹⁴ Si recordamos que se llamaron así también los insurrectos de Méjico, Santo Domingo, tendremos que convenir en que es un dato que robustece no poco la opinión de Saladriga. Otro insurrecto que no carece de agudeza, el diputado Trujillo, quiere que el nombre de *mambís*, sea un compuesto de la palabra latina *bis* (dos) y de la voz inglesa *man* (hombre), de donde resulta que mambís quiere decir dos hombres, ó lo que es lo mismo, según el raciocinio del citado cabecilla, que cada insurrecto vale por dos hombres. Bien hace, á mi ver, en pretender duplicar, siquiera sea ilusoriamente, por medio de una chanza, el número de nuestros enemigos, que, aunque aparece aumentado por el tino con que sabe presentársenos, es más corto de lo que generalmente se cree.

En la parte insurreccionada recorrida por mí, que ha sido todo el departamento Oriental, no hay más que 5 000 hombres, incluyendo en este número los niños hasta de catorce ó quince años; lo que infiero de la reconcentración para atacar á Manzanillo, á la que han concurrido 4 000 hombres, de los cuales 1 000, más bien más que menos, no pertenecían á la *fuerza*, es decir, al ejército rebelde; y como he visto lo aficionados que son á esta clase de operaciones, razón por la cual sólo han dejado de asistir los que absolutamente no han tenido otro remedio, creo que soy hasta espléndido con ellos si les concedo 1 000 hombres más de los que yo he visto reunidos. Como quiera que de los pertenecientes a la *fuerza*, sólo dejaron de acudir una parte de los que manda Vicente García, y alguna corta fracción que haya podido

hallarse desempeñando otro servicio, bien se puede asegurar que el número total de hombres de armas será próximamente de 3 500, y los restantes, hasta completar los 5 000, son los que pertenecen á esa otra clase inactiva que entre ellos se conoce con el nombre de *majaes*, y á quienes dan sin duda este apodo, comparándoles con el *majá*. Téngase presente que de este cálculo excluyo todo el Camagüey, y considérese además que puede resultar erróneo, en atención á que en el largo período de tiempo que ha transcurrido desde que yo estuve cautivo, puede haber variado notablemente el número de insurrectos.

Capítulo II

Cualidades

Voy a ocuparme en hacer una descripción de las cualidades físicas y morales de estos enemigos de nuestra patria, según el concepto que he formado de ese pueblo nómada, compuesto de dos partes, que podemos calificar, la una de civil y de militar la otra.

La inmensa mayoría de los insurrectos que yo he visto, es de negros y mulatos, sin que por eso deje de haber un crecido número de blancos, de los que casi todos son jefes y oficiales; pues á pesar de la aparente armonía y fraternidad que reina entre ellos, se trasluce un odio terrible de raza entre los unos y los otros, cuyas funestas consecuencias tratan, sin duda, de prevenir los segundos, teniendo especial cuidado en procurar para ellos adelantos y ascensos, postergando á los primeros. Para que un blanco sea simple soldado, preciso es que esté muy tachado de cobarde, así como necesita el hombre de color estar muy acreditado para merecer ascensos: no obstante esto, hay un buen número de oficiales, y aun de jefes y generales, entre estos últimos. Además de los indígenas blancos y de color tienen en sus filas un corto número de chinos, otro escasísimo de desertores de nuestro ejército.

Blancos y negros, oficiales y soldados, todos de una constitución envidiable; se suelen encontrar algunos en apariencia débiles, pero en realidad hombres muy fuertes para la fatiga; rara vez se les ve enfermos, y cuando lo

están, como asimismo los heridos, son muy pocos los que mueren, siendo si que carecen de toda clase de recursos: casi todos han sido heridos, y los hay que cuentan hasta doce heridas graves. Se cargan como acémilas y andan diez, doce y hasta catorce leguas á un paso más que ordinario, sin que por eso se fatiguen ni rindan, á pesar de su escasa alimentación, de la que después me ocuparé. Aunque á primera vista parezca exagerado cuanto digo de estos hombres especiales, fácilmente se comprenderá que puede ser así, si se atiende á que son muchos años los que llevan en esa vida errante y llena de privaciones y fatigas, en cuyo tiempo los más robustos se han acostumbrado, y han perecido los que no han tenido la aptitud física que se requiere para resistirla.

Son tan sencillos, que los cabecillas les hacen creer cuanto les acomoda, y los gobiernan y dirigen á su antojo, pues adolecen de la más crasa ignorancia; pero esto no quiere decir que carezcan absolutamente de hombres verdaderamente instruidos, como son los diputados y algunos otros que desempeñan los destinos de auditor de Guerra y otros semejantes, ni que deje de haber también entre ellos una gran porción que, hijos de buenas familias, han sido esmeradamente educados, y poseen los generales, si bien superficiales conocimientos, que á los jóvenes de su clase se suelen dar.

Otros, los menos, aunque de buenas familias, no han recibido instrucción alguna, por haber salido para la insurrección cuando casi eran niños. Los demás ya hemos dicho que carecen de educación é instrucción.

Sin que se pueda decir que son valientes, no es justo tacharlos de cobardes, pues quien tal haga, de seguro se equivoca: no resisten mucho el empuje de nuestros valientes soldados, ni tienen arrojo suficiente para atacar á pecho descubierto nuestras débiles trincheras, aunque para ello cuenten con un considerable número de combatientes, como lo prueba el ataque de Uñas, en el cual 1 200 hombres no pudieron apoderarse de un fortín, defendido por cuarenta españoles; pero cuando con ventaja se deciden á esperar el ataque de nuestras columnas, escudados con la espesura de los bosques, es indudable que pelean con más vigor del que generalmente se les atribuye. Téngase entendido,

que siempre que á nuestras tropas les quepa la desgracia de volverles la espalda, sufrirán crecidas bajas, porque entonces son terribles: caen como fieras al arma blanca sobre sus enemigos, sin contarlos, y esto lo hacen individual y desordenadamente. De aquí deduzco dos cosas: primero, que en nuestros encuentros con los insurrectos, debemos á todo trance sostenernos para alcanzar el triunfo, pues en caso contrario, nos será muy difícil conseguir una retirada en orden; y segundo, que con tropas veteranas y en las que se tenga una gran confianza, podrá hacerse un gran destrozo en el enemigo, si dejando emboscada la mayor parte de ella, se ataca con el resto y se finge una retirada; porque en ese caso, ó mucho me equivoco, ó aunque sus cabecillas conozcan el engaño, no podrán impedir que, acometiendo los mambises en desorden y con su habitual fiereza, vayan á morir en las puntas de las bayonetas de los que serenos los esperen. Para cada una de estas consecuencias, tengo un hecho práctico con que poder demostrar.

Téngase presente para la primera la acción de Santa María, en que fui hecho prisionero; y para la segunda, citaré la de Cortaderas, en la cual, á las órdenes del coronel D. Ángel Gómez Diéguez, andando yo la retaguardia y estando muy separado del resto de la columna, fui acometido por un numero considerablemente superior; interpretando mal mis órdenes, el corneta tocó *alto el fuego*, por lo cual los enemigos, juzgando temor lo que fué equivocación, se arrojaron con su acostumbrada ferocidad sobre nosotros, que advertidos de su error, los dejamos aproximarse, hasta que teniéndolos muy cerca, les hicimos una descarga á quemaropa, que les causó cuatro muertos, y les hizo retroceder.

Admiran y respetan mucho el valor de sus contrarios, y á tal punto, que aconsejo á los que en lo sucesivo tengan la desgracia de caer en su poder, muestren altivos y dignos, aunque sepan que van a morir en la certeza de que si han de inspirarles simpatías, no será ciertamente humillándose, porque desprecian á los apocados y temerosos: así se ve que no se cansan de elogiar al coronel D. Ángel Gómez Diéguez, y á otro oficial llamado Bonet, que fusilaron algunos meses antes de estar yo entre ellos. De ambos quiero hacer honrosa

conmemoración, para que no queden ignoradas la entereza dignidad del primero, la serenidad y admirable conducta del segundo. Creo de mi deber hacerme eco fiel de las justas y merecidas alabanzas que nuestros mismos enemigos no pueden menos de prodigar á estos dos héroes, rindiendo así un debido tributo á la memoria de tan buenos, leales y esforzados españoles. El coronel Diéguez, peleando como bueno en el momento de la acción, fué herido de tres balazos en un pié: hecho prisionero por el enemigo, y recogido por él, fué trasladado á su campamento, donde lo presentaron al cabecilla Calixto García, que, ignorando su nombre, le preguntó si era el *Chato*, apodo con que se le conocía: «Yo no sé si seré chato ó narigudo, le contestó, pero sí, que soy el coronel D. Ángel Gómez Diéguez, primer jefe de la columna»; y como García se excusara por su disculpable ligereza, volvió á replicarle: «Bueno; chato ó no chato, el jefe de la columna soy; ya está V. enterado». Después no volvió á pronunciar una palabra ni á exhalar una queja, á pesar de la horrible tortura de sus padecimientos. Murió como mártir después de haber combatido como español valiente, y casi todos los cabecillas enemigos, admirando su tesón, asistieron á su entierro, que, presidido por mi compañero de infortunio, D. Andrés Gallurt, se le hizo con la mayor solemnidad posible en aquellas circunstancias.

Al teniente Bonet, hecho prisionero por los insurrectos, se le ofreció la libertad, si la aceptaba, obligándose con palabra de honor á no volver á tomar las armas contra ellos durante la presente contienda. La oferta fué rechazada con la debida indignación, y en consecuencia, lo sentenciaron a muerte en consejo de guerra. El mismo mandó el piquete encargado de su ejecución, deteniendo momentos antes de ella á instruir á los soldados de que se componía, sin jactancia y con la seriedad y el temple de alma de los héroes. Hecho esto dio la voz de *preparen*, la de *apunten* y luego la de *retiren*; y como algunos de los cabecillas lo mirasen con cierta desconfianza, les dijo, volviéndose a ellos, con la misma tranquilidad que si se tratase de una simple broma: «Señores, no se apuren, que no se perderá la *santa causa* porque yo viva

tres segundos más ó menos». Sin más palabra, pronunció la terrible de *¡fuego!* que le dejó sin vida. Estos hechos los refieren los insurrectos á cuantas personas los ignoran, y al recordarlos, no pueden menos de confesar que los españoles saben morir. Tienen la cualidad de no desvirtuar el proceder de aquellos de sus enemigos que saben mostrarse grandes en los momentos supremos de la vida.

También tienen la condición de ser extremadamente generosos. Aun á pesar de que sus recursos son tan escasos, que por lo común están hambrientos y carecen de todo, se ve con frecuencia á tres ó cuatro de ellos fumar de un solo cigarro, y partir un plátano ó un *boniato* el que lo ha podido conseguir, con los que nada tienen.

Son, por lo general, muy buenos tiradores; pero no es esta la principal circunstancia que les distingue, sino la del gran conocimiento que del monte tienen. Este es tal, que aunque se hallen en un terreno que ocupan por primera vez, y sean atacados tan de sorpresa, que tengan que dispersarse sin dar tiempo al jefe para indicarles el punto de reunión, es verdaderamente sorprendente el ver cómo esos hombres, guiados por un certero instinto, van concurriendo poco á poco al lugar en que el cabecilla ha detenido su carrera. Esto no me lo explico, pero es positivo.

Conocen también, con una exactitud increíble, el número de personas que han transitado por un paraje cualquiera; señalan el color de ellas; deducen de su *rastro* la velocidad de su paso, el tiempo trascurrido desde su tránsito, si se han detenido en algún sitio, si lo han verificado mucho ó poco tiempo, y por último, una infinidad de circunstancias que no se concibe cómo pueden alcanzarlas. En todo se fijan, todo lo observan, y tienen una prodigiosa memoria para retener por muchos años hasta los más insignificantes detalles de un lugar determinado, así como su fecunda imaginación les sugiere también mil estratagemas para borrar su *rastro*, á fin de desorientar á nuestros prácticos, tan conocedores como ellos.

Obedecen ciegamente á sus oficiales, á pesar de tratarse todos como iguales y de tener con ellos reyertas y altercados; se quejan con malos modos

cuando se les nombra para algún servicio que creen no les corresponde, pero es lo cierto que no dejan de cumplir lo que se les manda; hacen ciertos servicios con ridícula gravedad, pero el de avanzadas y otros de importancia, con la mayor exactitud, vigilancia y cuidado, por lo que es muy difícil sorprenderlos; tienen verdadero cariño á sus armas, que limpian y conservan con el mayor esmero, y por las municiones raya en delirio lo que sienten, tratando siempre de aumentar el número de cápsulas, y esmerándose en economizarlas. El más grave cargo que se hace á un oficial, es el de abandonarnos un arma cualquiera, así como dejar en nuestro poder muertos ó heridos; estos últimos, en el momento de serlo, corren cuanto pueden hasta hallarse bien lejos del campo de acción, y son muy pocos los que necesitan del auxilio de sus compañeros para retirarse. Por esta razón, me atrevo á indicar que siempre que no se tengan á la vista, deben emplearse los fuegos rasantes, porque de ese modo será más fácil herirlos en las piernas, y no podrán retirarse, ó necesitarán ser ayudados de sus compañeros, con lo cual se conseguirá disminuir el número de adversarios; los fuegos rasantes tienen además la ventaja de que podrán aprovecharse mayor número de disparos, porque en el monte es tanto más intensa la espesura cuanto más separada está del suelo.

Son con frecuencia castigados á golpes con el machete, que ellos llaman *dar plan*, sin que se vuelvan nunca contra el oficial que los maltrata de ese modo, y en casi todos los encuentros que tienen con nosotros, se apela para animarlos *al entusiasmador recurso del plan*. Ocurren pocas riñas entre ellos, pero en cambio está muy desarrollado el instinto de la rapiña: nada hay que les complazca tanto como los *golpes* y ataques á poblados, porque en ellos pueden satisfacer cumplidamente su sed de saqueo: destrozan cuanto encuentran á su paso, aun sin tener necesidad de hacerlo, y sólo por el placer de destruir. Creen que nosotros somos para ellos en extremo crueles, y es ocioso esforzarse en hacerles comprender lo contrario, porque sus jefes tienen especial cuidado en alimentar esa creencia, para lo cual procuran, por cuantos medios pueden, que no lleguen a conocimiento de la tropa las proclamas que nuestras autoridades

les dirigen invitándoles á presentarse, con la promesa del perdón; y no pocas veces han sabido utilizar esas mismas proclamas, leyéndoselas á la *fuerza*, con distinta interpretación. Así lo hicieron con una en que el capitán de milicias D. José González les citaba, para convencerlos, los nombres de muchos de los presentados, que estaban entre nosotros muy atendidos y considerados: la casualidad de que entre los insurrectos hubiese algunos del mismo nombre y apellido que varios de los presentados, hizo que, aprovechándose de ella, pudiesen desmentir al citado capitán, haciéndoles creer que se trataba de engañarlos. Cuando se les presenta alguna de nuestro campo, le obligan, bajo las penas más severas, á que repita lo que el jefe le dicta, y excusado es decir que cuentan horrores de nosotros. Todos los escritos que entran ó salen en un campamento, son antes examinados por el jefe, que da ó niega el permiso para su circulación, según lo cree conveniente.

Los cabecillas, con raras excepciones, están firmemente resueltos á morir antes que deponer las armas ó entrar en convenios que no tengan por base su independencia. Los soldados dicen lo mismo; pero les he oído quejarse tan amargamente y con tanta frecuencia de la duración y penalidades de la campaña, que, en mi sentir, si no se presentan, es por el miedo que tienen, así á nuestra supuesta crueldad, como al castigo de sus superiores.

En todas las funciones de guerra les hacen creer que han obtenido un triunfo completo, aunque reciban el descalabro más sangriento, pues siempre encuentran alguna traza para atribuirse la victoria. Si, por ejemplo, les ataca y derrota una columna que llevando artillería no ha tenido necesidad de usarla, les hacen creer que el temor de perderla ha sido la causa de ello, y deducen de ahí que han vencido. Cuando, por el contrario, se les vence después de dispararles algunos cañonazos, dicen que el miedo obligó á hacer uso de las piezas, y vienen también á concluir en que el *patón perdió la pelea*, que es la frase consagrada entre ellos.

Se figuran que su machete es terrible, y para nosotros objeto de pavor, y esto lo creen hasta los principales cabecillas. Los que pertenecen á la *fuerza* se

creen muy superiores á los *majaes*, y éstos miran á aquellos con cierta respetuosa admiración.

Son sobrios, al par que voraces: es decir, cuando carecen de recursos, que es casi siempre, se alimentan tan ligera y frugalmente, que parece imposible que puedan sostenerse; pero en cambio, comen cuando tienen qué con tal intemperancia, que causa asombro. Por último, son sumamente aficionados á bailes, y gustan tanto de las mujeres, que su mayor desdicha sería verse privados de ellas.

Capítulo III ***Gobierno***

El gobierno de los *mambises* es la república, y su código fundamental una Carta ó Constitución muy data en derechos y libertades, y tan democrática, cual no otra, adoleciendo, en mi juicio, de ridículas exageraciones, pues no contentos con suprimir todos los títulos, tratamientos y honores, han abolido también las cruces y condecoraciones, prohibiendo hasta el uso de las extranjeras, cuando, en mi sentir, no lastiman á la democracia las definiciones empleadas exclusivamente en premiar el verdadero mérito. Entre los derechos que concede la Constitución, me llamó la atención el de testar libremente.

Hay dos poderes. El uno es la Cámara; él otro lo constituyen el presidente y sus ministros ó secretarios. La Cámara debe constar de diez y seis diputados, nombrados por sufragio universal; pero en la actualidad, sólo se compone de nueve. Tiene el derecho de legislar, y á ella corresponde también declarar la guerra y hacer la paz. El presidente le nombra la Cámara, y de ella reciben también su nombramiento todos los altos funcionarios, políticos ó militares.

Para la elección de diputados, deben concurrir á los campamentos de la *fuerza* todos los que, no perteneciendo á ella, hayan de votar. Bajo la dirección del cabecilla principal, expresa cada uno su deseo de ser representado por la persona que nombra, procediéndose lo mismo con los que pertenecen a la *fuerza*. A cada candidato se le marcan los votos que obtiene á medida que los

va recibiendo, con lo cual se procede al escrutinio, que se remite á la presidencia, para que haga el general.

La Cámara tiene poder para destituir á todos aquellos funcionarios á quienes está autorizada para nombrar.

Siempre que la Cámara ha de celebrar sesión, se reúne en un *rancho* del campamento en que se hallan los diputados. A ambos lados, y en sentido de su longitud, colocan dos asientos hechos de cujes apoyados horizontalmente cada una de sus puntas en dos horquetas verticales, unidas por otro palo, también horizontal. Del mismo modo hacen otro asiento más pequeño en un extremo del *rancho* y delante de él una mesa de igual manera construída. Los diputados toman asiento en los bancos grandes, y el presidente y secretario en el más pequeño. Si queda algún asiento sobrante, se deja á beneficio del público, que también invade el *rancho* sentándose en el suelo: unos están descubiertos y otros conservan el sombrero puesto, así como también queda á voluntad de los diputados el levantarse para hablar, ó permanecer sentados.

Además de la Cámara y del presidente, tienen los *mambises* otra junta ó gobierno en el extranjero, cuyas funciones no conozco; pero he creído advertir que no reina la mayor armonía entre aquella y esta, por más que procuren aparentar lo contrario.

Capítulo IV

Organización

Ya he dicho que el pueblo *manigüero mambís* lo constituyen ó forman dos partes principales, una de las cuales está compuesta de los niños, viejos, mujeres y enfermos, y en general de todos aquellos que no están en aptitud de tomar las armas, con no pequeña parte de medrosos que podrían hacerlo, y los empleados civiles; á todos éstos les llaman *majaes*: la demás gente está encargada de hacer la guerra, y se llama la *fuerza*. Aunque el nombre de *majá* se aplica en general á todos los que no pertenecen á la *fuerza*, es preciso tener presente que el *majá* propiamente dicho, es el que no tiene oficio alguno, y de

éstos hay muy pocos, pues cada cual tiene señalada una obligación, que llena cumplidamente. Hay otra gente en el monte, pero poca, que, compuesta de desertores de la *fuerza*, temerosos de presentársenos, vive por cuenta propia, y no tiene otra ocupación sino la de buscar su sustento. Algunos de estos desertores forman pequeñas partidas, que se atreven á acercarse de noche á nuestros campamentos para robar bastimentos o reses, y á veces hasta tienen la avilantez de tirotear á nuestros soldados. Con frecuencia se nombran capitanes para que, con pequeñas partidas se encarguen de perseguir a estos dobles insurrectos; pero les es sumamente difícil encontrarlos.

Para los *majaes* hay dos clases de autoridades: la judicial y la civil. El encargado de administrar justicia se llama preboste, y la primera autoridad civil es el prefecto, que tiene bajo su dependencia al sub-prefecto y al cabo auxiliar. Cuenta además con algunos empleados menudos, de los cuales unos están obligados á atender á la manutención de los que el prefecto tiene á su cargo, y otros son los encargados de hacer el servicio de prácticos y el de correos.

A las prefecturas, que están generalmente en lugares ocultos, no llegan nunca más que las personas que tienen absoluta necesidad de hacerlo, tanto para que no sea muy conocido el punto en que se hallan, cuanto por evitar que con el continuo tránsito se forme vereda que pueda denunciarle á nuestras guerrillas. A sus inmediaciones, y á las de las sub-prefecturas, hay varios *ranchos*, distantes entre sí un buen trecho. En ellos viven algunas familias. Tienen mujeres, pero no muchas, y éstas feas, sucias y desastradas. Sólo he visto tres que, aunque tan sucias como las demás, puede decirse que son bonitas. De las que han tenido buena posición, no creo que de ninguna. Suelen acudir á los campamentos de la *fuerza*, pero no acompañan á ésta en sus correrías, á excepción de ocho ó diez que no merecen la calificación de mujeres, pues tal es su facha que no lo parecen; y si en general usan todas las demás por único vestido un ropón á manera de bata, que llaman túnico, cubierto de roturas y manchas, estas llevan, arrostrando intrépidamente las leyes del pudor, el verdadero traje de Eva en toda su bíblica sencillez.

Los *ranchos* en que viven las familias, no son otra cosa que un techado de hojas de yagua, debajo del cual tienen formados con palos varios camastros ó *barbacoas*, en donde todos duermen reunidos, ofreciendo á la vista un delicioso grupo, que presenta el grotesco contraste de las gruesas y redondas formas de una negra matrona, junto á las angulosas, delgadas, velludas, huesosas y no nada limpias de su arrugado cónyuge, mulato y viejo, entre cuyas piernas rebulle un chiquillo chato y panzudo. Colgados acá y allá, ó rodando por el suelo, se ven un caldero roto, varios *güiros* una piedra que sirve de asiento, un pilón de madera para machacar café, un rifle que no da fuego, tantos machetes como individuos varones, sólo que el que tiene puño carece de vaina, y el que tiene ambas cosas está roto por la punta; una *jutia* domesticada, sentenciada á morir en un día no lejano, de buen apetito en la familia, tres ó cuatro calabazas, algún *boniato* y no pocos guiñapos: tal es el poético interior de un rancho *mambís*.

La *fuerza* está dividida en varios cuerpos de ejército, mandado cada uno de ellos por un cabecilla, que se titula mayor general: cada cuerpo se compone de cierto número de brigadas, cada una de las cuales está formada por dos batallones, cuya fuerza reglamentaria es de 125 plazas, aunque con dificultad puede reunir de 60 á 80. Las brigadas están mandadas por brigadieres, que son oficiales generales, y los batallones por coroneles, que tienen á sus órdenes un teniente coronel, dos comandantes, un capitán ayudante, un teniente sub-ayudante, y un subteniente abanderado. Cada una de las seis compañías de que se compone un batallón, la manda un capitán con dos tenientes y dos subtenientes, y tiene además la suficiente dotación de sargentos y cabos. Les oí decir que se trataba de reformar esta organización, dejando solamente dos cuerpos de ejército, que formarían, el uno con todas las fuerzas del Camagüey y el otro con las restantes. El primero lo mandaría Máximo Gómez, y el segundo Calixto García, reservando á Vicente García la cartera de la Guerra: las brigadas las mandarían coroneles, y los batallones tenientes coroneles; no sé qué aplicación pensarían dar á los brigadieres.

El presidente y los generales tienen una escolta de 25 hombres, y además dos ó tres secretarios y varios ayudantes. No he conocido más que un jefe de estado mayor, que está con Calixto García.

Los sub-tenientes y los tenientes, tienen derecho á un asistente, á dos los capitanes y comandantes, los tenientes coroneles y coroneles á tres, los brigadieres á cuatro, los mayores generales y miembros de la Cámara á cinco, y á seis y dos ordenanzas el presidente.

Cada soldado tiene señalado el haber de un peso diario, y el sueldo de los oficiales son casi iguales a los de los nuestros; mas como no tienen dinero, reservan el pago de todos los atrasos, según ellos imaginan, para cuando triunfe su causa.

En la *fuerza* que yo he visto, no hay más caballos que los de los jefes y ayudantes, que son plazas montadas, y además una escolta, que después de la correría que hicieron por la zona cultivada de Holguín, llegó al número de 50 caballos; pero en las operaciones para atacar á Manzanillo, se comieron muchos de ellos, quedando reducidos á 20 ó 25, que probablemente ya habrán devorado también. Las acémilas no se conocen, pues ese servicio lo prestan, quizá con ventaja, los hombres que ellos llaman convoyeros. De éstos cada batallón tiene cierto número, y están desarmados.

Los generales, jefes y oficiales usan divisas sumamente sencillas. Consisten, para los mayores generales, en dos estrellas doradas de cinco puntas á cada lado del cuello, y para los brigadieres son sólo una de plata; los coroneles usan tres estrellas como las anteriores, pero colocadas en el hombro, sobre una pequeña hombrera de terciopelo azul; los tenientes coroneles, sobre una hombrera igual, llevan dos estrellas, y una los comandantes; los capitanes, sobre la misma hombrera, tienen tres trencillas estrechitas de estambre encarnado, dos los tenientes, y una los subtenientes. Cuando yo estaba entre ellos, no se les exigía que llevasen siempre el distintivo de su empleo, usándolo solamente los que querían y podían hacerlo; pero posteriormente se ordenó que ninguno

estuviese sin él, y no alcanzo á explicarme cómo podrán dar cumplimiento á esa orden los que carezcan de chaqueta y camisa donde colocar las insignias.

Cada batallón tiene las cornetas que han podido adquirir. Son á ellas muy aficionados, y las tocan los que mejor saben hacerlo, bien sean jefes, oficiales ó soldados. Por no parecerse en nada á nosotros, usan toques distintos de los nuestros, y de ellos algunos me han parecido de agradable efecto; regularmente cada jefe de batallón lleva un cuerno ó un *fotuto*, y la mayor parte de los oficiales un pito de estaño.

Las fuerzas de Calixto García tienen una especie de murga infernal, á la que osadamente llaman música, y están con ella muy entusiasmados.

Creo que no tienen banderas, ó por lo menos no las llevan consigo, porque yo no he visto ningún cuerpo con ellas.

Capítulo v

Administración de justicia

El preboste, según dije, es el encargado de administrar justicia. En este ramo tan trascendental es en el que más atrasados se hallan. Pocos, muy pocos son los que entienden algo de leyes, y éstos, por su mayor ilustración, suelen ser elegidos para el cargo de diputados. Rara vez tienen ocasión de juzgar, recayendo tan importante misión, las más veces en hombres en la ciencia jurídica tan profanos, que dan lástima sus decisiones. Durante el último período del gobierno de Céspedes, que ellos califican de tiránico, tanto los delitos comunes como los militares, se sometían á un Consejo de guerra, compuesto de tres oficiales, de los cuales uno hacía de presidente y otro de secretario; pero tengo entendido que se va á volver á encargar el preboste de la parte criminal en todos los asuntos que no sean puramente militares. De la sentencia del Consejo de guerra hay alzada en las condenas de muerte y otras de gravedad, pasando entonces la causa á un Consejo que se llama de revisión, compuesto de los tres generales de mayor graduación que haya en el departamento, con asistencia del auditor de Guerra.

Tienen un Código penal muy incompleto, y lo único que de él recuerdo es que consigna la pena de trabajos forzados, la cual, mientras dure la guerra, consiste en el servicio de convoyeros; y que, por lo mucho que se teme la escasez de recursos, está previsto el caso de que un jefe se coma su caballo, delito que se castiga con la pena de degradación. La pena de muerte sólo ha de imponerse mientras dure la guerra.

A los que incurren en delitos leves y faltas, los castigan con el cepo de campaña y con otra pena cuyo nombre no recuerdo. El cepo de campaña puede ser de pié ó de cuello. Para el primero se hace una ranura en el tronco de un árbol, todo lo más cerca posible del suelo, en la cual obligan al delincuente á colocar la pierna por junto al tobillo. La sujetan clavando otro palo delante de la ranura ó atándolo al árbol, con lo cual queda el reo obligado á permanecer sentado ó acostado. Este castigo puede imponerse por varios días, y para los que están sumariados, hasta que termine la causa. El cepo de cuello consiste en una ranura igual, pero á la altura del cuello, por el cual sujetan al delincuente de un modo análogo al del otro cepo. Para el otro castigo que he mencionado, el cual sólo se impone por algunas horas, se obliga al delincuente á colocarse de cara al sol sostenido sobre un pié, para lo cual le sujetan el otro á un árbol á la altura del pecho: es un verdadero suplicio. Los arrestos de los oficiales se cumplen en sus respectivos ranchos, y cuando se imponen por delitos de cierta gravedad, en el cuartel general.

Capítulo VI

Espionaje

El espionaje es entre los insurrectos una especie de institución. Cuentan con dos clases de espías: los *laborantes*, que además son propagandistas, y los *comunicantes*. Unos y otros hacen su oficio sin sueldo ni recompensa: los primeros quizá por lo que ellos llaman puro patriotismo, pues no sé que les reporte ventaja alguna; en cuanto á los segundos, no es todo virtud, porque siendo los únicos que tienen derecho á comerciar, pueden vender al precio que

quieran los objetos que del nuestro consiguen llevar á su campo. A los que no ejercen el espionaje, sólo se les permiten los cambios y ventas entre ellos mismos, y he visto castigar á uno muy duramente por haber vendido en Manzanillo miel de abejas.

Pocas y malas mercancías llevan estos *comunicantes* al campo insurrecto, porque son muy contados los que pueden pagarlas con la largueza que merece el peligro a que aquellos se exponen; pero no cabe duda de que, pagando generosamente, consiguen que los lleven cuanto desean de lo que hay en nuestras poblaciones. He visto á un cabecilla encargar unas botas, que recibidas, no las encontró a su gusto, y las devolvió, cambiándoselas entonces por otras; y cuando me encontraba en la prefectura de Yara con mis compañeros D. Andrés Gallurt y D. Carlos Peñalver, que enfermaron tan gravemente que llegué á temer por sus vidas, me regaló para ellos un titulado capitán, llamado Palacios, unas medicinas que habían sido compradas en una botica de Manzanillo.

Los *comunicantes* no conocen á los *laborantes*. Con éstos se ponen en contacto valiéndose de personas intermedias, que las más veces ignoran el servicio que prestan al entregar á los unos de parte de los otros, que tal vez no conocen tampoco, los periódicos que han de llevar al jefe de alguna *fuerza*.

Esto es lo único que he podido averiguar respecto á espías. Pero es lo cierto, que yo he leído periódicos de tan reciente fecha como pueden tenerse en Holguín; que cuantos pasos da una columna los saben los insurrectos, y que cuando atacan un pueblo, sabe el jefe cada media hora, antes de llegar á el, si hay ó no alguna novedad.

Dicen los *mambises* que cuentan con muchos de los voluntarios criollos, y lo creo en parte, pero no del todo, porque son muy astutos, y tratan, por cuantos medios pueden, de indisponernos á unos con otros, siguiendo aquella máxima de la guerra «Divide y triunfarás». Me han asegurado que todos nuestros prácticos están vendidos á ellos, y que Juan Fermín, que murió en la acción en que a mí me hicieron prisionero, era uno de tantos; pero observé que

todos se alegraron muchísimo de su muerte, y deduzco de ahí que mentían. Bueno, será que desconfiemos de aquellos cuyo patriotismo y lealtad no estén muy probados, pero sin que demos lugar con nuestra desconfianza á que se ofendan, y sin que sea tanta, que nos impida utilizar los buenos servicios de los que verdaderamente son fieles á nuestra justa causa.

Capítulo VII

Correos

Este servicio está bastante bien organizado. De la correspondencia, que con frecuencia reciben del extranjero en *cayucos*¹⁵ se encarga el prefecto más inmediato, y la remite de prefectura en prefectura á las personas á quienes va dirigida, valiéndose para ello de los empleados que tiene al efecto.

También reciben con frecuencia por mar municiones y armas. Cuando esto sucede, se encarga de proteger su desembarco el cabecilla Jesús Pérez, el cual, además de disfrutar entre ellos el empleo de brigadier, tiene el pomposo cargo de ministro de Marina. Las expediciones desembarcan en un punto cualquiera de Cambute, y desde allí se trasladan inmediatamente á una prefectura de las más próximas, operación que se ejecuta con rapidez, porque contribuyen á ella con su trabajo todos los *majaes* y hasta las mujeres, entre las cuales los *mambises* me citaron una como modelo de adhesión á su causa, enumerándome los servicios prestados por ella y sus hijas. En la prefectura, donde provisionalmente depositan cuanto llega en las expediciones, no permanecen más que el tiempo preciso para distribuir las armas y municiones, enviando á los distintos campamentos de la *fuerza* la mayor cantidad posible.

Los partes oficiales de los cabecillas militares al presidente ó á la Cámara los lleva un oficial, acompañado de algunos individuos si aquellas comunicaciones merecen tanta importancia; pero cuando no, y sólo deseen que lleguen con brevedad, van de prefectura en prefectura, sin detenerse en ninguna de ellas más que el tiempo necesario para que se releven los conductores.

Yo no he visto que reciban de nuestro campo más noticias que las oficiales, digámoslo así, y de ellas se encargan, según he manifestado, los *laborantes y comunicantes*. Todas se reciben con bastante puntualidad, y muy rara vez se pierden cartas ú oficios.

Capítulo VIII

Recursos

Al decir de los insurrectos, cuentan con abundantes recursos, así de boca como de guerra. En cuanto á los primeros, yo no he visto más que hambre y desnudez. No sucede lo mismo con respecto á los segundos. Todos, con leves excepciones, se hallan armados de machetes, y los que pertenecen á la *fuerza* poseen además un arma de fuego. Casi todas éstas son de precisión y del sistema Rémington, algunas Peabody, muy pocas Berdan, y otro corto número de proyectil explosivo, al cual dan ellos el apodo de *virlongo*; pocos son los fusiles de pistón que tiene la *fuerza*, y para eso estriados, pues los fusiles lisos y las escopetas, han pasado á poder de los *majaes*, que los emplean en hacer señales. Están regularmente provistos de municiones, recibidas del extranjero en frecuentes expediciones. No tienen grandes depósitos de ellas, como tampoco hospitales, pues como al principio de la campaña les tomaron algunos, tratan de evitar que se repitan estos contratiempos, llevando consigo la mayor cantidad posible de municiones, y depositando las restantes en pequeñas porciones y en varias prefecturas. Los heridos y enfermos están igualmente distribuidos en éstas; de modo que, aun en el caso de descubrirles algunas serán pocos los que se encuentren en ella.

Si tuviesen artillería, creo yo que me la hubieran enseñado, como han hecho con todo lo que á ellos les puede favorecer; así es, que aunque me han dicho que tienen algunas piezas de gran calibre, no les doy crédito.

No sé que tengan más que un médico, aunque sí varios practicantes, y de medicinas están escasísimos, curándose las heridas con sólo agua, y las demás enfermedades con una porción de cortezas de árboles y plantas medicinales que

conocen. De bastimentos y de ropa carecen, como he dicho, casi absolutamente. Para atender al sustento, se proveen de *jutías*, caña, miel, frutas, palmito y otros productos del campo, con las *viandas* que alguna vez han podido coger en nuestros campamentos; un cerdo ú otra res, y muy pocas veces algún caballo que se les cansa. Dicen que tienen sal en abundancia, pero yo he visto lo contrario, y que sazonan sus detestables *ajiacos* con zumo de limón, y con una planta picante llamada *ají*, que se encuentra en abundancia. Pan y galletas, muchos ni aun los han olido desde que están en la insurrección. Tabaco, muy poco, y para fumarlo, emplean los periódicos y todo el papel que encuentran, aunque éste sea aquel en que escriben la sentencia de sus consejos de guerra, recurriendo, por último, á las hojas del maíz y á la película o capa superior de las *yaguas*, en la cual también escriben algunas ordenes cuando no tienen papel.

Azúcar, se la suelen proporcionar hecha por ellos mismos, pero en corta cantidad. Hay parajes en que se alimentan casi con solo café, y otros en que carecen absolutamente de él; no tienen estancias ó rozas cultivadas, porque yo no llamo tener á las pocas y pequeñas que he solido encontrar, insuficientes para tanta gente.

Del monte sacan infinidad de recursos, tales como leche, que hacen de *corojo*, ñame *cimarrón*,¹⁶ manteca de coco, sal de un árbol que no conozco, y por último, hasta se hacen vestidos con la corteza de otro árbol que creo se llama *guacacoa*.¹⁷ El monte produce mucho, es cierto, pero no tanto como para alimentarlos á todos, por lo cual pasan con frecuencia días enteros sin comer absolutamente nada.

Lo único que yo creo inagotable en algunos parajes, es la miel y las *jutias*: día ha habido en que he visto entrar en un campamento más de mil de estos animalitos, que aunque feos y no muy gustosos, producen un efecto admirable en un estomago agradecido.

Estos son por más que parezca increíble, los recursos de boca con que cuentan los *mambises*. Me he convencido de esta verdad á costa de mi pobre

estómago, que no podía persuadirse, por más que todos lo asegurasen, de que la caña chupada fuese plato fuerte.

El modo de proporcionarse tales recursos merece mencionarse. Cada uno lleva á la espalda un enorme saco, llamado *jolongo*, que destinan á encerrar sus provisiones y su exiguo equipaje. Cuando están acampados, al toque de fagina sale cada cual del campamento en busca de su sustento, que á veces le cuesta encontrarlo andar tres ó más leguas. De esta afanosa ocupación se exceptúan los oficiales, porque sus asistentes tienen la obligación de partir con ellos lo que encuentran: así es que al llegar al campamento, se observan varias operaciones curiosas. Los asistentes se presentan en el *rancho* de sus amos, y con la posible exactitud hacen dos porciones iguales de lo que se han proporcionado. De ellas escoge el oficial para sí la que mejor le parece. De aquí resulta que el que mayor graduación tiene sale mejor librado, pues son más los que con él tienen que partir, y también que muchas veces traten los asistentes de ocultar, para comérselo ellos solos, algo de lo que han conseguido, lo cual, advertido por el amo, origina una graciosa pelotera entre ambos, que concluye generalmente con una buena ración de *plan* para los primeros.

Al propio tiempo se establece un mercado ó feria, que no deja de tener su aspecto cómico; se ve á éste cambiar un pedazo de *jutia* por un panal; aquel una caña por un *boniato*; unos hacen el mismo cambio por tabaco; otros solicitan raspadura por maiz; algunos truecan limones por sal; quién pretende guayabas por naranjas o cualquiera otra cosa, y por último, todos se avienen y quedan contentos.

Las mujeres hacen cada una vida común con un hombre, que se encarga de mantenerlas; y como en estos matrimonios libres toma el estómago más activa parte que el corazón, resulta que los generales son los que tienen con las hermosas más *partido*, porque pueden *partir* con ellas mayor número de *partes* de comida; á los generales siguen los jefes y capitanes; á éstos la tropa. Los pobres subalternos son los últimos en el estomacal amor de aquellas beldades,

porque no cuentan más que con la mitad del alimento que suministra un individuo. ¡Clase desventurada!

Al emprender una operación, los que cuentan con más de un asistente, dejan al cuidado de su mujer o mujeres todos los que tienen, excepto uno que los acompaña; en tales casos, no sé cómo se componen las infelices cuyos protectores tienen un solo asistente ó ninguno.

Para proporcionar el alimento á los enfermos y heridos hay en cada prefectura cierto número de hombres; pero los prefectos, por lo regular, tienen á aquellos tan abandonados, que no se concibe cómo pueden vivir con lo poco que les dan.

Cuando el jefe de la *fuerza* lo cree conveniente, ordena que vayan al *vivere*, nombre que dan á una operación militar, que consiste en mandar á proveerse de viandas y aun de carne á nuestros campamentos. A esta excursión van todos los asistentes, convoyeros y gente menuda, protegidos por el número de armados que se cree necesario, y mientras éstos entretienen á la guarnición del fuerte tiroteándola, aquellos se desbandan por el terreno cultivado y ejercen su oficio. He visto salir varias veces *mambises* para esta operación, y jamás se ha presentado el caso de que vuelvan sin traer sus *jolongos* bien repletos, pero nunca ha sido menor de 1 000 el número de los destinados á ese servicio, pues cuando no pueden disponer de tanta gente salen por la noche, en las horas en que no resplandece la luna.

Los insurrectos se racionan en las marchas, del mismo modo que en los campamentos, lo cual es tanto más penosa, cuanto que después de una jornada, que suele ser larguísima, tienen que salir en busca del sustento, que necesariamente ha de ser escaso, así por el mayor trabajo que les cuesta buscarlo, como por el corto tiempo de que pueden disponer para ello. Por esta razón acuden á todos los medios imaginables. Uno de ellos es visitar los campamentos de nuestras columnas, al abandonarlas éstas, para devorar los montones de rancho que casi siempre dejan. Por otra parte, suelen encontrar algún objeto olvidado: á veces un arma, y muchas, si no todas, gran número de

cápsulas, que por descuido o maliciosamente por quitarse peso, abandonan nuestros soldados. Si media hora después de levantarse un campamento se hiciera volver á él á todo escape las fuerzas montadas de la columna, ó si se dejara emboscada alguna fuerza, es casi seguro que se cogeria á algunos de estos merodeadores, que podrían dar alguna luz sobre la situación del enemigo y demás circunstancias que convenga conocer.

La ropa blanca y demás prendas de vestir se las proporcionan en sus ataques á los poblados; mas como éstos no los verifican con la frecuencia que sus necesidades exigen, es tan heterogéneo como ligero el traje que usan. Casi todos tienen sombrero; la mayor parte son de *yarey*, aunque no faltan algunos que los tengan más finos. Otros lo usan de fieltro, pero tan estrambóticos y estropeados, que sólo viéndolos se puede formar idea de ellos; el más notable es el del coronel Cintra. No sé cuál habrá sido su primitivo, color, pero en la actualidad es parduzco, y como lo tiene desde el principio de la guerra, ha perdido las alas y con ellas su forma primitiva, quedando convertido en una gorra á manera de capacete: es muy conocido de todos los insurrectos, y á esa popularidad dice su dueño que le debe la vida, pues gracias á ella pudo ser reconocido en una ocasión en que, tomándolo por español, le atacó una partida *mambisa*. Ocioso es decir que desde entonces le profesa un cariño entrañable.

En el calzado también se nota bastante uniformidad, pues casi todos usan unas alpargatas que llaman *cutaras*, hechas por ellos mismos con hojas de yagua,¹⁸ otros llevan zapatos de munición, y muchos están completamente descalzos. Lo demás de la ropa varía según las circunstancias, y como cada cual se pone lo que puede, se ven muchos completamente desnudos, mientras otros tienen por único vestido un trapo liado á la cintura, que les cubre hasta medio muslo.

Los oficiales, no por sus recursos, sino por su mayor esmero en conservar la ropa, tienen, aunque muy roto, bastante aseado su traje, que suele ser un pantalón de lienzo, una *camisa guajira*,¹⁹ un sombrero de *yarey* y unas *cutaras*

de yagua; algunos, como el brigadier Maceo y su secretario Pedro Martínez, consiguen, no sé de qué modo, vestir con cierta elegancia.

Para conseguir municiones cuando están escasos de ellas y no las reciben del extranjero, ellos mismos hacen pólvora, aunque mala, sacando los ingredientes no sé de dónde, y se abastecen, no sé cómo, de todo lo necesario para hacer cápsulas, cuyos casquillos ó estuches les proporcionamos nosotros mismos, para lo cual mandan ellos una pequeña partida que, internándose en el monte á una gran distancia de nuestras columnas, les hacen fuego, pero poco, al cual nosotros contestamos tal vez con demasiado lujo. Repitiendo esto varias veces, logran reunir, recogiénolos después, gran cantidad de los estuches abandonados. Por esto sería conveniente que siempre que no se vea al enemigo, se mande de vez en cuando suspender el fuego, para observar si él lo continúa, y también se recomiende con insistencia que no dejen de recogerse los casquillos, según está prevenido.

Cuando no llegan expediciones marítimas por falta de dinero, y pueden reunir algunos fondos, franqueando cada uno los pocos que tenga y hasta las alhajas que haya robado, se sacrifican con gusto y dan cuanto poseen para contribuir á sus fines, que ellos llaman patrióticos.

El papel para escribir oficios, sumarias y demás que necesitan, se recomienda mucho á los convoyeros que lo cojan en los ataques; pero ellos hacen poco caso de tal recomendación, por cuya razón anda escasísimo entre los *mambises*.

Capítulo IX

Servicio y marchas

El más importante servicio es el de jefe de día, desempeñado por todos alternativamente, desde comandante hasta coronel. Para distinguirse, usa una banda de listas azules y blancas de cuatro dedos de ancha. Las atribuciones del jefe de día, en armonía con su responsabilidad, son grandísimas; él nombra todo el servicio, da ó niega el permiso para bailes y diversiones, así como

separarse del campamento; es el único responsable de la tranquilidad y seguridad del mismo, y hasta ejerce las funciones de juez de paz, siendo el encargado de dirimir todas las cuestiones de poca entidad. En las marchas debe cuidar del buen orden, y tiene, para que le ayuden á vigilar, un capitán y un subalterno, que suelen ser de su mismo cuerpo. Hay poca equidad en el servicio, pues como lo nombra el jefe de día, y éste se releva diariamente, no es fácil llevar un turno exacto; sin embargo de eso, se hacen pocas reclamaciones.

El servicio de avanzadas lo hacen con mucha diligencia y cautela. Las colocan á media legua del campamento, y una en cada camino de los que á él conducen; su fuerza es proporcionada á la de la partida, pero suficiente siempre á contrarrestar cualquier ataque el tiempo necesario para que ésta se prepare. Cada avanzada establece un centinela sobre el camino, á treinta ó más pasos de ella, y cuando temen la presencia de nuestras tropas, colocan además varios escuchas en distintas direcciones dentro del bosque.

Al toque de silencio, nombra cada batallón una especie de guarda-patrulla, compuesta de cuatro ó seis hombres, de los cuales uno solo queda despierto y tiene el encargo de celar para que no se haga ruido, lo cual se observa escrupulosamente. Aunque no tienen más guardia de prevención que una muy corta en el cuartel general, no es fácil sorprenderlos, porque su sueño es muy ligero.

Otro de los servicios importantes es el de comisiones ó partidas. El oficial comisionado recibe las instrucciones, y sin preguntar siquiera si habrá víveres por los sitios que tiene que atravesar, y a veces aun sin práctico, emprende la marcha hasta las inmediaciones de la prefectura más próxima. A ella llega solo, y toma un práctico, que lo conduce á las cercanías de otra; allí hace el práctico crugir de un modo especial un látigo que lleva, á cuya señal sale de entre la espesura un vigía, que suele ser negro, sucio, desnudo y feo. El jefe de la partida se hace acompañar por él hasta la vivienda del prefecto, ó le ordena que le traiga otro práctico, con el cual se ejecuta lo mismo, y así con todos los

demás, hasta llegar al término del viaje. En algunas ocasiones suelen escaparse los prácticos, dejando á la comisión abandonada.

Una de las comisiones más delicadas es la recluta, que dispone generalmente el jefe de cada batallón, ordenando con frecuencia que se nombre un capitán, para que con una pequeña partida se encargue de recorrer toda la zona, recogiendo á cuantos *majáes* encuentren útiles para el servicio.

Antes de marchar una fuerza insurrecta, el cabecilla principal da sus instrucciones al jefe de día, el cual, sin pérdida de tiempo, señala á cada batallón el lugar que ha de ocupar en la marcha. El orden de ésta, á excepción de los casos en que convenga variarlo, es el siguiente: delante la extrema vanguardia, compuesta de la caballería, cuando la hay; á ésta sigue la vanguardia, que consiste en un batallón; después los convoyeros y el cuartel general, al cual siguen los demás batallones. Un cuarto de hora después de haberlo verificado toda la fuerza, sale el último batallón, que forma la extrema retaguardia. Marchan siempre uno á uno, aunque tengan espacio para aumentar el fondo, y no dejan distancia entre la extrema vanguardia y la vanguardia, ni entre ésta y el cuerpo principal. La extrema retaguardia es la única que marcha á bastante distancia del resto de la fuerza; dejan muchos claros, y éstos grandísimos; se separan individualmente del camino á bastante distancia, para coger las frutas que encuentran; se sientan á descansar donde les parece, para continuar cuando les acomoda; van sin flanqueos, y, por último, no puede darse mayor desorden. Si durante la marcha enferma alguno, de modo que no pueda continuarla, hacen inmediatamente una camilla con palos que cortan en el monte, y en ella lo trasportan hasta el sitio donde se haya de acampar; desde allí lo trasladan á la prefectura más inmediata. Pero esto se hace muy rara vez, pues mientras el enfermo puede sostenerse, marcha por su pié, y se retira por sí solo á la prefectura. Las marchas, que son larguísimas, las hacen muy deprisa y con cortos descansos: la vanguardia llega por lo regular dos ó tres horas antes que la extrema retaguardia al punto de parada, y al llegar á él, el jefe de día señala á cada batallón el lugar donde ha de acampar, operación

que se hace con prontitud. Cuando el cuartel general llega al campamento, tocan fagina sin esperar al resto de la partida, y salen todos, á medida que van llegando y después de establecidos, á buscar su comida. Este sería el momento más oportuno para atacarlos. Sirve de práctico el que mejor conoce el terreno, sea general ó soldado. Si se cansa un caballo hasta el extremo de no poder seguir la marcha, lo matan sin detenerse, é inmediatamente desaparece, sin que quede la más leve señal, porque se arrojan sobre él los más próximos, no sin propinarse mutuamente puñetazos en abundancia, y se apodera cada cual de un trozo tan grande como puede, que no tarda en ser devorado cuando se llega al término de la jornada.

Capítulo X

Sistema de guerra

Todos sabemos que la guerra que se sostiene en Cuba es la guerra de partidarios ó guerrilleros, por ser la más adecuada al terreno; pero no la guerra de partidarios que nosotros conocemos, la que estamos acostumbrados á hacer en España desde Viriato basta nuestros días. Para ser partidario de ese modo, se necesita como primera, como indispensable cualidad, la de ser temerario, y al mambí le falta mucho para serlo; así es que se limita á las emboscadas, y prescinde de los golpes audaces que tanto se han admirado siempre en nuestros incomparables guerrilleros. Es cierto, y mucho, que en la imposibilidad de reponer sus bajas, conviene grandemente á los *mambises* el evitarlas; pero á pesar de esta poderosa razón, mucho pudieran hacer, que no hacen por faltarles corazón para ello. Esto no quiere decir que no sepan hacer la guerra: al contrario, creo que el sistema que emplean es el mejor que pudieran haber adoptado.

Como ya dije al ocuparme de la organización de su ejército, se compone éste de batallones ó partidas sueltas, mandadas por un cabecilla, que tiene á sus órdenes varios otros con el nombre de jefes y oficiales, los cuales le secundan y ayudan con mayor ó menor inteligencia, al par que hacen el oficio de soldados.

Cada uno de estos batallones tiene señalada una zona, en la cual, por lo común, opera solo, limitándose, generalmente, á robar alguna que otra res en uno de nuestros campamentos, o a sacar de ellos algunas viandas, hasta que tienen aviso del paso de un convoy ó cualquiera otra noticia que les haga comprender la posibilidad de un *buen golpe*: en ese caso, si puede el batallón aventurarse solo, lo hace, y del resultado da el jefe cuenta á su gobierno; pero si se cree débil, *convida*, como ellos dicen, al jefe de algún otro batallón inmediato, y ambos reunidos emprenden la operación. En ella es primer jefe y lleva la dirección el que *convida*, aunque sea de menor jerarquía militar. Lo mismo se practica con los jefes de brigada y los generales, cuando la operación se hace en mayor escala.

Grandes conocedores del monte, eluden el combate siempre que quieren, ocultándose en él, y rara vez, si ellos no lo desean, se conseguirá encontrarlos.

Prescindiendo de las ocasiones en que ellos toman la ofensiva, pueden ocurrir cuatro casos principales en las funciones de guerra con esta clase de enemigos, á saber: que siendo atacados por nosotros en sus campamentos, no estén prevenidos de nuestra llegada; que advertidos de nuestra presencia, determinen esperar la agresión; que hallándose en marcha, sean atacados por nuestras tropas; y, por último, que en igual disposición, sabiendo que se les sigue, se detengan para esperarnos.

En el primer caso, puede suceder que haya poca gente en el campamento, por haber salido la mayor parte en busca de bastimentos, ó que, se halle en él toda la fuerza: sucediendo lo primero, la acción carecerá de importancia, porque la avanzada se sostendrá, aunque poco, el tiempo suficiente para que los restantes huyan y se dispersen, y nosotros, al entrar en el campamento, encontraremos los *ranchos* vacíos y un *cataure* de *yagua* ú otro objeto de igual naturaleza. Cuando al presentarnos nosotros, se hallen ellos en el campamento, la especie cambiará, porque aunque las avanzadas les den el tiempo suficiente para prepararse, nunca será tanto como el que necesitan para adoptar el orden de formación á que dan el nombre de martillo, y en ese caso, cada jefe de

batallón reúne el suyo, y se interna con él en el monte á la misma altura que se halla acampado, rompiendo desde allí el fuego sobre nuestra columna que ha batido la avanzada y penetrado en el campamento: en esta disposición se sostienen todo lo que pueden, apelando á la dispersión cuando comprenden que no les es posible vencernos. Los convoyeros, asistentes y demás desarmados, al primer disparo recogen sus pocos efectos y los de sus amos y se ponen en salvo. He aquí explicado por qué hay quien desea ser asistente, á pesar de su mayor trabajo.

Por lo regular, los soldados mambises vuelven á ocupar, después que nosotros nos marchamos, el campamento de que han sido desalojados.

Siempre que, sabiendo que les vamos á acometer, se deciden á esperar el ataque, nos reciben del modo siguiente: á mitad de la distancia entre el campamento y la avanzada, colocan una línea de hombres, formados en ala o guerrilla, perpendicularmente al camino, y otra también perpendicular á ésta, á la derecha ó la izquierda, según el terreno sea más o menos ventajoso; de suerte que nuestra columna recibe un fuego cruzado, que por fuerza ha de hacerle daño: con sus lados paralelos á los de este ángulo recto, ó martillo, forman otro de brazos más cortos al otro extremo del campamento, para guardar, como ellos dicen, la *juidera* es decir, la retirada, de la cual, con la debida anticipación, ha hecho uso toda la gente que no combate, colocándose en sitio seguro. Nada encuentro más eficaz para contrarrestar los efectos de esta formación, que el hacer uso de los flanqueos, los cuales deben internarse bien en el monte, con buenos prácticos y sin adelantarse á la columna; pero no creo que sea conveniente pasen detrás del brazo del martillo, rebasándolo con el objeto de cortarlo porque si lo advierten, pueden tal vez disponer que se refuerce con los que cubren la retirada, y entonces los aislados seremos nosotros, que nos convertiremos de agresores en amenazados, porque prescindirán de la columna para caer todos sobre el flanqueo, y poco les importará, con tal de destruirlo, que aquella se apodere de un sitio que pueden volver á ocupar si les acomoda.

Si se pudiera esperar que el enemigo resistiese nuestro empuje bastante tiempo, bueno sería que se destacasen una ó dos compañías por el lado opuesto al del brazo del martillo, y por medio del monte tratasen de rebasar y envolver la línea perpendicular al camino; pero para esto será preciso que la columna no avance hasta terminado el movimiento, pues de lo contrario huirán seguramente. Conociendo detalladamente la situación del campamento enemigo, sería de muy buen resultado mandar con la conveniente anticipación tropas que, rodeando, fuesen á emboscarse en el camino de retirada; pero esto es sumamente difícil y peligroso, pues se necesita completa exactitud matemática para llegar á la emboscada pocos momentos antes de emprender el ataque, á fin de que el enemigo, apercibido, no caiga sobre ella antes de la llegada de la columna y abandone el campamento después de derrotarla.

Al perseguir nosotros al enemigo cuando está en marcha, lo hacemos siguiendo su *rastro*, y de aquí el que siempre que lo alcancemos sea por retaguardia; por eso ellos, para marchar, colocan delante á los desarmados, según tengo explicado. Alcanzándolos en esta disposición, se puede obtener mejores resultados, porque marchan con mucho desorden, y aunque tratan de adoptar el mismo sistema de defensa que en el primer caso, haciendo aquí la retaguardia lo que allí hizo la avanzada, no podrían conseguirlo con igual prontitud y buena disposición. Si posible fuera atacarlos por vanguardia, el resultado sería brillantísimo. Así nos sucedió en la acción de San Juan de Cacocum, mandada por el capitán de la contraguerrilla volante de Holguín, el día que atacaron á Güirabo: tuvimos la feliz ocasión de poderlo hacer, y 120 hombres próximamente batieron á 800, causándoles muchas bajas y cogiéndoles rico botín.

No se crea que exagero: el mismo Calixto García me ha dicho que llevaba ese número de soldados, y no quería creer que nosotros fuésemos tan pocos. Allí pude observar lo que después he visto confirmado, y es que el *jolonguero* tiene á su saco más apego que á su vida. No hubo uno que lo arrojara, á pesar de verse perseguidos muy de cerca.

La partida que en marcha advierte que es perseguida, y determina aguardar el ataque, está en igual caso que la que acampada nos espera, pero con la ventaja para ella, de que empezará el fuego cuando tal vez no lo esperemos, y nos será más difícil preparar los movimientos. En este caso nos encontrábamos el día que derrotaron la columna de Gómez Diéguez y emplearon la formación de martillos de que he hablado.

Antes de caer prisionero el cabecilla Calixto García, era uno de los de mayor travesura y empleaba ardides que no quiero pasar en silencio, pues bueno es conocerlos, por si algún otro lo imita.

Cuando sabía que alguna fuerza nuestra le iba á atacar y resolvía esperarla, disponía que durante la noche de la víspera fuese á tirotearla de cuando en cuando una pequeña partida, con lo cual conseguía mortificarla, no dejándola dormir, y hallarla en el momento del ataque más fatigada que el grueso de su partida, que había dormido tranquilamente. Esto puede evitarse, colocando nuestras avanzadas á bastante distancia, y, si posible es, donde principia el bosque, siempre que se acampe en finca, como se hace generalmente.

Después de una acción, fuera o no derrotado, ponía García que alguna gente se encargase de picar la retaguardia á la columna que con ellos había combatido, para lo cual de antemano estaba preparada, y no tomaba parte en la acción hasta ese momento. Para destrozar esta corta fuerza bastará, á mi ver, emboscar una compañía de las que marchan á la cabeza de la columna, sin que esta se detenga, á fin de que el enemigo no se entere de ello.

También los mambises toman á veces la ofensiva y lo hacen, ó por medio de emboscadas, ó atacando alguna población. Para las emboscadas, sabiendo el punto por donde ha de pasar la columna que piensan atacar, se sitúan en lugar ventajoso, ocultándose cada uno en un árbol; nadie rompe el fuego hasta que lo hace el cabecilla, que espera, para proceder así, á que la mayor parte de nuestra tropa esté dentro de la emboscada. Hecha la primera descarga, si nuestros soldados vacilan, se precipitan sobre ellos machete en mano; pero en caso contrario, huyen sin oponer gran resistencia. Tienen orden de emboscarse

siempre á cuarenta ó cincuenta pasos del camino, pero son muy pocos los que se atreven á colocarse a menos de ciento.

Como quiera que no tienen más ropa que la que roban en los ataques á *poblados*, se les hace indispensable intentarlos cuando están necesitados. Estos ataques pueden considerarse como la paga de las tropas, porque está permitido el saqueo: cada uno tiene derecho á lo que roba, y los oficiales á la mitad de lo que coge su asistente. Para atacar un poblado se reconcentra la *fuerza* en el paraje designado de antemano, y desde allí emprende la marcha con mil rodeos, por lo cual á veces, para andar tres ó cuatro leguas, emplea diez ó doce de camino. Nadie sino el jefe sabe lo que se va á hacer, ni el punto que se va á atacar. Después de algunas jornadas, en las cuales se procura y en verdad no es difícil conseguirlo que la gente coma poco, sin duda para que, hambrientos, estén más excitados y rabiosos, se aproximan al punto elegido cuanto es posible sin correr el riesgo de ser descubiertos; allí el caudillo principal reúne á los jefes de batallón, da á cada uno un plano, un práctico con sus instrucciones. De esta suerte se lanzan al ataque á la hora fijada, y cada fracción por el sitio que se le ha señalado, adoptando antes una contraseña para reconocerse. Acuden á estos ataques todos los *majaes* que pueden hacerlo, y mientras la fuerza combate, ellos y los convoyeros y asistentes penetran en cuantas tiendas les es posible, y llenan su *jolongo* con lo que encuentran. Llevados de la codicia, vacían á veces el *jolongo* en otra tienda, para volverlo á llenar de otra cosa tal vez peor que la que antes tenían. Llevan todos una vela; la encienden al entrar en la tienda, y cuando han visto el lugar que ocupan los objetos de que intentan apoderarse, la apagan para recogerlos a oscuras, regalándose unos á otros amigable y fraternalmente recios mogicones. Apagan la vela por que han observado que el que alumbra ve menos que los demás. La *fuerza* abandona con frecuencia su puesto para saquear también, y no faltan oficiales que hagan lo mismo. Después del ataque, se retiran á dos ó tres leguas del punto atacado, despachan á los convoyeros, y se preparan á la defensa para proteger su retirada en el caso de que los persiga alguna columna; ahí es de ver los adefesios que salen á

relucir, particularmente en prendas de ropa; la báquica alegría de que están poseídos los que han logrado hallar vino y licores, el glotón deleite con que engullen los que tienen cosas de comer, y los mil y mil cambios y ventas que se hacen. Yo fui conducido con la *fuerza* que atacó á Manzanillo algunos días después, y pude observar todo esto. Vi á uno con sombrero de copa, botas de montar y la camisa por fuera del pantalón; á otro ejercitándose en atormentar los oídos de los demás rascando las cuerdas de un violón, y á casi todos cambiar y vender los objetos de que se habían apoderado. Por un fraseo de miel de abejas pagó uno media onza, y otro adquirió un magnifico reloj con gruesa cadena por un doblón. En estos desmandados ataques, que descaradamente califican ellos de toma de pueblo, no echan en olvido á sus mujeres, y roban para ellas piezas de tela y todo cuanto pueden.

Capítulo XI

Campamentos

Siempre que no están reunidas las partidas insurrectas para practicar alguna operación de campaña, tiene cada batallón su campamento en un punto fijo de la zona que le está señalada, del cual no sale á menos que sea perseguido muy activamente, en cuyo caso varía de lugar con la frecuencia que exija la persecución de que es objeto. Estos campamentos, que podemos llamar permanentes, los establecen siempre dentro del bosque, cerca de alguna aguada, y á las inmediaciones de una finca. Hay casi tantos *ranchos* como individuos, y están bastante bien contruidos, formando calles, que cuidan mucho de tener aseadas; cada *ranchito* tiene una *barbacoa*, que se construye con el doble objeto de sentarse y dormir. Los de los jefes se distinguen en que les hacen además un asiento pequeño y delante de él una mesita, todo de palos delgados: debajo de la *barbacoa* entierran en un hoyo, que sirve de despensa, las provisiones que puedan tener, cuando sacan viandas de nuestros campamentos. Casi en el centro de los suyos forman una bonita glorieta con asientos, que es á la vez plaza de armas y casino, donde dan bailes cuando no temen la

aproximación de nuestras tropas. Acuden á ellos todas las mujeres de las prefecturas que hay á las inmediaciones del campamento, y se engalan mucho colgándose cuantos moños pueden adquirir, sin cuidarse gran cosa de que casen bien sus variados colores. Bailan y se divierten con los hombres, todos confundidos, sin hacer distinción de razas ni clases. Les gusta con predilección la *danza*, sin que por eso dejen de bailarse la *caringa* y el *zapateado* y les sirven de música cuantos instrumentos pueden haber á las manos, entre los cuales nunca falta el indispensable *güiro* y el tamboril, sustituido el último, cuando carecen de él, por la *tumbandera*.

El cabecilla de mayor graduación concede muchas veces á los oficiales y soldados licencia para ausentarse del campamento por dos ó tres días, que emplean en visitar á sus mujeres, y cuando cree que puede hacerse sin inconveniente, permite que pasen ellas alguna temporada en el campamento, acompañando á sus maridos.

Cuando están en operaciones, colocan siempre sus campamentos sobre el camino, por lo cual rara vez necesitan más de dos avanzadas, si la partida es de un número tan crecido que se considera capaz de rechazar cualquiera agresión nuestra, no tienen inconveniente en acampar en *potreros*²⁰ pero fuera de este caso, se sitúan siempre dentro del bosque. En estos campamentos transitorios no se construyen muchos *ranchos* pero sí gran número de barbacoas junto á las cuales enciende cada uno una hoguera, que procura hacer durar toda la noche.

A manera de epílogo

Así termina la narración de Antonio del Rosal. Es un texto único en la historia de la guerra de Cuba pues hasta donde sabemos ninguno de los prisioneros hispanos de los insurrectos y que sobrevivieron se enfrascaron en escribir una obra de este tipo. Aunque cada acontecimiento histórico tiene características muy propias e irrepetibles creemos que en los análisis que nos ofrece este oficial español podríamos encontrar asuntos que, en cierta medida, tendrían un hilo conductor con otras contiendas guerrilleras realizadas en el ámbito caribeño

incluso hasta el siglo xx. Han variado las armas y la tecnología para practicar ese viejo oficio humano de matarse mutuamente pero pasiones y métodos de llevarlas a cabo no han cambiado tanto desde épocas inmemorables hasta nuestros días.

¿Por qué Antonio del Rosal escribió esta obra? Los motivos pudieron ser muchos. Estamos ante un joven oficial que había pasado por una aventura muy singular. Escribir sobre esos trágicos días era una forma de incrementar su autoestima. Se daba por descontado que la obra sería muy bien recibida. Los integristas, aparentemente, estaban bastante bien informados sobre la insurrección. En los primeros años de la guerra un grupo importante de mambises se habían presentado, entre ellos algunos jefes y oficiales de cierto relieve. La mayoría ofreció toda la información que se les pidió. También fue ocupada una gran cantidad de documentos oficiales y particulares que reflejaba el mundo militar mambí. Algunos incluso publicados en *El Diario de la Marina* y otros periódicos. Se obtuvo importante información de los interrogatorios a los prisioneros. Si bien esto podía servir para dirigir operaciones militares, sorprender campamentos y prefecturas no explicaba el mundo espiritual de la tierra del mambí.

Para los integristas estos desarrapados y obsesionados hijos de la mayor de las Antillas eran un misterio. Por lo que sus dos libros “*Los Mambises*” y “*En la manigua. Diario de mi Cautiverio*”, serían muy bien recibidos. También podía alejar cualquier duda sobre la actitud de Antonio en sus días como prisionero.

La sociedad colonial cubana durante la guerra de 1868 estaba dominada por la pasión. Tanto los independentistas como los integristas habían llegado a todos los extremos. Los primeros entregaron riquezas, familias y hasta sus vidas para tratar de hacer independiente a su isla. Los segundos se sumaron en una espiral represiva y de odio difícil de igualar en la historia de la mayor de Las Antillas. Vivir en medio de tales pasiones luego de permanecer casi por espacio de dos meses en poder de los mambises no sería muy agradable para este joven y orgulloso oficial hispano. Quizás los mismos integristas que lo recibieron

muy cálidamente cuando se presentó en un pueblo del oriente cubano, al mismo tiempo que lo halagaban y convidaban a brindar a su nombre se preguntaban: ¿Por qué no fue ejecutado por los insurrectos como había ocurrido con otros españoles? ¿Por qué lo dejaron en libertad? En cierta forma, su primer libro *Los Mambises*, dedicado a uno de los más crueles represores hispanos, el general Francisco de Acosta y Albear, si bien no respondía a esa pregunta, en parte paliaba el sentimiento nada agradable para un oficial que sufrió las humillaciones de la prisión. Podía afirmar que hasta su prisión había sido útil al obtener información del enemigo.

La segunda obra, *Diario de mi cautiverio*, podría ser un definitivo tapaboca a cualquier comentario desagradable. Esto en parte explica un aspecto bastante peculiar de la obra de Antonio. Según su testimonio, constantemente, está a punto de ser ultimado o sometido a torturas y vejámenes por los mambises, pero la casualidad o la intervención de un tercero lo salva. Realmente los independentistas tenían todas sus razones para ejecutarlo. No solo por un acto de justicia contra el jefe de una de las implacables contraguerrillas, sino por un asunto muy práctico que el propio Rosal en su documento reconoce:

A mí me parecía que matarnos era cometer un crimen; pero la verdad es, que en una guerra sin cuartel, como aquella, é imposibilitado el enemigo, por carecer de lugares a propósito, de conservar sus prisioneros, á menos de distraer una fuerza que los custodiase, fuerza que necesitaban para sus operaciones, precisaba convenir en que, con arreglo á las duras leyes de la guerra, debían sacrificarnos.^{[21](#)}

El oficial mambí Ramón Roa hacía un razonamiento que en buena medida coincidía con el de Antonio del Rosal. Afirmaba que a los prisioneros españoles: “[...] no podemos condenarlos a presidio, porque no estamos en condiciones de darle custodia a nuestros asesinos, aumentando así los trabajos y el servicio de los nuestros, ni mucho menos podemos ni debemos seguir poniéndolos en libertad, porque su gobierno los arma de nuevo y vuelven a hacer fuego”.^{[22](#)}

Incluso algunos de los militares capturados junto con Antonio del Rosal lograron escapar. Según anotó sobre esto Carlos Manuel de Céspedes: “Parece que los jefes militares por falta de experiencia en esta materia cometen muchas imprudencias”.²³ Pese a toda esta realidad que aconsejaba la ejecución, los mambises no pasaron más allá de las intenciones. Rosal regresó vivo y sano junto a los demás oficiales que cayeron prisioneros en Santa María de Ocuja.

¿Son las memorias de un asesino? Antonio del Rosal y Vázquez Mondragón era el jefe de una contraguerrilla. Estas eran unidades que aplicaban las tácticas de guerra irregular de los insurrectos. Su origen, según el militar hispano Leopoldo Barrios Carrión, estaba en la necesidad de los batallones de realizar exploraciones y enfrentar el hostigamiento de los mambises. Se crearon con los oficiales y soldados que por sus características podían adaptarse con más eficacia a la lucha contra los insurrectos. Luego su uso se generalizó y se formaron en la mayoría de las poblaciones de importancia, radicadas en el territorio donde se desarrollaba la guerra.²⁴ A ella se incorporaron campesinos y peones. Era un enemigo temible por el conocimiento del terreno y de las tácticas de los independentistas.

Es criterio generalizado de que los miembros de estas unidades eran en extremo crueles con los vencidos e incluso con las familias. Algunos de sus integrantes habían militado en la insurrección. Los renegados tienen fama de caer en excesos de todo tipo para eliminar posibles dudas sobre su fidelidad.

Las contraguerrillas sembraron un verdadero estado de espanto entre las familias insurrectas. Encarnación Varona Socarrás, una mambisa camagüeyana, rememoró sobre aquellos días trágicos: “Las actividades de las guerrillas no nos tenían seguros en ninguna parte; diariamente asaltaban y mataban a familiares indefensos y saqueaban todas las estancias y quemaban cuanto encontraban a su paso”.²⁵

Ignacio Mora reflejó esta crueldad de las guerrillas en su diario personal. El 26 de marzo de 1872, en momentos en que se encontraba en una rancharía insurrecta rodeado de familias, afirmó que no podía cazar pájaros que

abundaban en la zona pues: “[...] un tiro, rodeados como estamos de enemigos, sería echarnos encima una contraguerrilla que asesinaría á la gente indefensa”.²⁶

Pese a que Antonio del Rosal, en las páginas de su obra, se muestra como un oficial pundonoroso, movido en sus sentimientos por el honor y el amor a su patria, incluso autor de gestos de altruismo como el contactar con parientes, que residían en territorio controlado por los españoles, de algunos insurrectos con los que creó ciertos lazos de amistad para informarle de la situación de estos, podríamos preguntarnos si fue tan noble con los prisioneros o con las familias capturadas en la soledad de los bosques.

Nunca sabremos si cometió exceso con los prisioneros y presentados. Pero lo cierto es que mandaba una de las unidades más despiadadas en el desarrollo de la guerra. Quizás fue un oficial excepcional y no ordenó asesinar a prisioneros, no participó en la violación de las mambisas capturadas, no humilló y ultimó a niños y ancianos. Pero siempre estaremos ante la duda sobre si estas son las memorias de un cruel represor, culpable de numerosos asesinatos y violencias de todo tipo con las familias presentadas y aprendidas o era realmente este militar honorable que quiso mostrar en sus evocaciones.

Estamos ante un texto de gran valor para los estudiosos del pasado bélico de Cuba y en general del Caribe que pese a la pasión que dominaba a los defensores del imperio español deja espacio para cierta imparcialidad. En ello pudo influir el objetivo que perseguía este teniente hispano de que sirviera de enseñanza a sus compañeros de cómo combatir a los insurrectos. También, quizás Antonio acabo sintiendo cierta admiración por sus enemigos y su convencimiento. Sea por una u otra causa estamos ante unas páginas que nos ofrecen una visión singular sobre el pasado bélico caribeño.

Fuentes

ARCHIVO

BNCJM Biblioteca Nacional de Cuba “José Martí”, La Habana.

BIBLIOGRAFÍA

Del Rosal y Vázquez de Mondragón, Antonio, *En la Manigua. Diario de mi cautiverio*, Madrid, Bernardino y Cao, 1876.

Del Rosal y Vázquez de Mondragón, Antonio, *En la Manigua. Diario de mi cautiverio*, Madrid, Imprenta del Indicador de los Caminos de Hierro. 2a. ed., 1879.

Del Rosal y Vázquez de Mondragón, Antonio, *Los mambises. Memorias de un prisionero*, s. l., s. e., 1874.

González Barrios, René, *Chile en la Independencia de Cuba*, La Habana, Casa Editorial Verde Olivo, 2007.

Leal Spengler, Eusebio, *Carlos Manuel de Céspedes: el diario perdido*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1992, (Historia de Cuba).

Portuondo, Fernando y Hortensia Pichardo Viñals (comps.), *Carlos Manuel de Céspedes: Escritos*, t. III, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1982 (Centenario).

¹ Biblioteca Nacional de Cuba “José Martí” (BNCJM), Sala Cubana, C M, Céspedes, núm. 20.

² Portuondo y Pichardo, *Carlos Manuel*, 1982, p. 202.

³ Del Rosal y Vázquez, *Los mambises. Memorias*, 1874.

⁴ Del Rosal y Vázquez, *En la Manigua. Diario*, 1879, pp. 247 y 293.

⁵ *Ibid.*, 1876

⁶ *Ibid.*, 1879.

⁷ En 1874, publicó *Los mambises. Memorias de un prisionero*; en 1876, *En la Manigua: diario de mi cautiverio*, con una segunda edición en 1879. Ese mismo año publicó *Reformas en su organización y reglamentos tácticos correspondientes a estas reformas*. Finalmente, en 1899, *La pérdida de las colonias o un ejército en pie de guerra*.

- ⁸ González, *Chile en la independencia*, 2007, p. 23.
- ⁹ *Ibid.*, p. 24.
- ¹⁰ *Ibid.*, p. 23.
- ¹¹ Portuondo y Pichardo, *Carlos Manuel*, 1982, p. 157.
- ¹² *Ibid.*, p. 162.
- ¹³ Leal, *Carlos Manuel*, 1992, p. 141.
- ¹⁴ No existe la palabra mambis en las clasificaciones ornitológicas. Acaso sea una corrupción de malvis, ave que pasa á Cuba del continente americano.
- ¹⁵ Embarcaciones largas y estrechas, por lo común de una pieza, y sin popa ni quilla.
- ¹⁶ Tubérculo farináceo que se produce espontáneamente donde quiera y sin cultivo en la isla de Cuba.
- ¹⁷ Árbol silvestre, cuyo líber, ó parte interior de la corteza, es tan flexible, consistente y fibroso, que con él se hacen cuerdas, riendas y hasta tejidos.
- ¹⁸ La verdadera acepción de cutara en el departamento Oriental es chancleta.
- ¹⁹ De campesino.
- ²⁰ Cotos destinados al pasto, cría y ceba de toda especie de ganado.
- ²¹ Del Rosal, *En la Manigua*, 1879, pp.165-166.
- ²² Roa, *Pluma*, 1969, p. 356.
- ²³ Leal, *Carlos*, 1992, p. 136.
- ²⁴ Estas unidades se formaron independientes del ejército regular pagadas por jefes locales. Aunque aclaran que en algunas ocasiones los batallones las formaron también con oficiales y soldados. Es posible que simultáneamente los batallones en operaciones, los propietarios de ingenios azucareros, cafetales o comerciantes de poblados radicados en las zonas de operaciones formaran contraguerrillas. Todos tenían un problema común que era enfrentar la guerra irregular de los mambises. No es de extrañar que recurrieran a esa solución por iniciativa propia.
- ²⁵ Memoria de Encarnación Varona Socarrás, citado por Onelio J. Farrey de Zayas (Compilador) *Historia*, 2007, p. 21.
- ²⁶ Sarabia, *Ana*, 1970, p. 143.

Resúmenes curriculares

LAURA MUÑOZ

Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México, Profesora-investigadora de tiempo completo en el Instituto Mora, docente en el posgrado de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, adscrita a la Facultad de Filosofía y Letras. Es miembro fundador de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe, de la que fue presidenta y pertenece al Sistema Nacional de Investigadores. Ha participado en libros colectivos y escrito en revistas especializadas. Es autora de los libros *Fotografía imperial, escenarios tropicales. Las representaciones del Caribe en la revista National Geographic*, México, Instituto Mora/El Colegio de Michoacán, 2014; y *Centinelas de la frontera. Los representantes diplomáticos de México en el Caribe, 1838-1960*, Instituto Mora, 2010, entre los más recientes.

MARÍA DEL ROSARIO RODRÍGUEZ DÍAZ

Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y Maestra en Historia por la Victoria University of Manchester, Inglaterra. Es profesora-investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Ha publicado diversos trabajos relacionados con la historia de Estados Unidos y su expansionismo en el Caribe y Centroamérica en revistas arbitradas de Brasil, Venezuela, Perú, Hungría, Estados Unidos, Chile y México. Es autora de: *Estados Unidos y América Latina a inicios del siglo XX. Una mirada desde El Diario del Hogar* (2016); *El Gobierno militar estadounidense en Cuba: visiones desde México. 1898-1902*. México, IIH-UMSNH, (2011), entre otros.

Coordinó con José Miguel Abreu Cardet el volumen de *Guerras informales en el Caribe. Algunos casos de estudio*. Morelia, IIH-UMSNH/Instituto de Cuba, 2017.

JOSÉ MIGUEL ABREU CARDET

Maestro en Historia y Cultura Cubana. Miembro de la Academia de Historia de Cuba y miembro extranjero de la Academia de Historia de República Dominicana. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *El desbordamiento: Anotaciones sobre la Guerra Grande. (Cuba 1868- 1878)*, La Habana, Editorial UNEAC, 2018; *Gómez, Maceo y Martí: sus discordias*, México Frente de Afirmación Hispanista, A.C. , 2018; *Americanos” y soldados: Documentos del Ejército de Cuba sobre Estados Unidos. (1957 1958)*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2017. Coordinó con Rosario Rodríguez el volumen de *Guerras informales en el Caribe. Algunos casos de estudio*. Morelia, IIH-UMSNH/Instituto de Cuba, 2017.